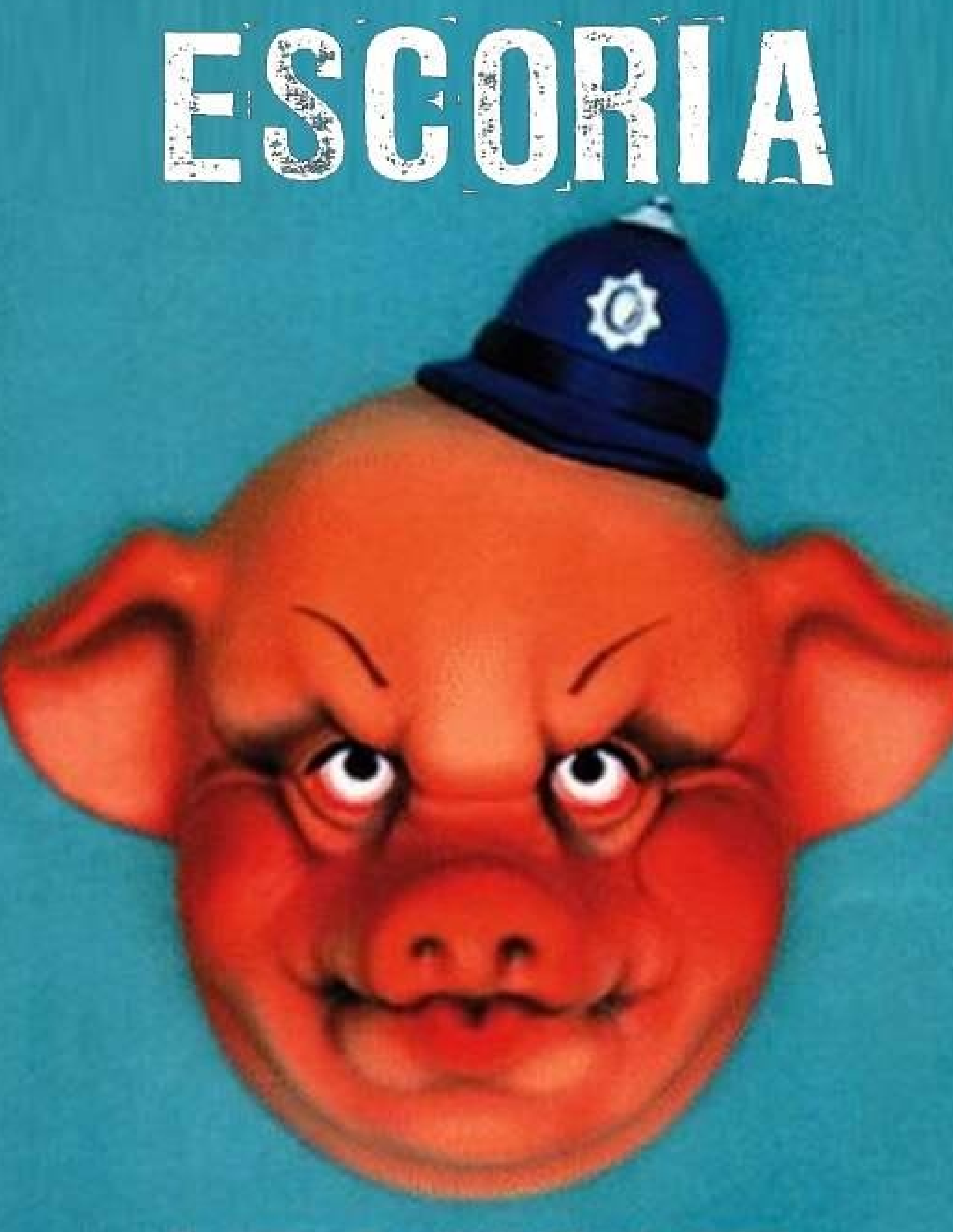


IRVINE WELSH

El sargento Bruce Robertson no es precisamente un policía modélico. Es un tipo corrupto, misántropo, violento, machista, homófobo y racista. Es un consumidor compulsivo de pornografía, servicios de prostitutas, *fast food* de lo más grasiento, alcohol y cocaína. Y además se dedica a lanzar rumores malévolos sobre sus compañeros de cuerpo; practica con una de sus amantes peligrosos juegos eróticos que incluyen la asfixia y es capaz de inducir a una menor a la que ha pillado con éxtasis a que le haga una felación.

Debido a sus excesos, a Robertson le ha aparecido un imponente sarpullido que invade sus genitales y se extiende sin control, y un incordiante parásito en el intestino que acaba convirtiéndose en la voz de su conciencia. Y mientras su vida se desmorona a pasos agigantados —su esposa ha abandonado el domicilio conyugal con su hijo—, el sargento tiene que investigar el asesinato del hijo de un diplomático africano…

Fiel a su habitual contundencia, Welsh nos presenta en esta novela el hundimiento físico y moral de un policía corrupto. Un viaje a lo más abyecto, en el que se mezclan la visceralidad, la violencia y el humor negro.

Lectulandia

Irvine Welsh

Escoria

ePub r1.0
Titivillus 03.10.16

Título original: *Filth*
Irvine Welsh, 1998
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Susan, Andrew, Adeline y Jo.
Gracias por evitar que me meta en líos.

Empecé a compilar una lista de gente a la que dar las gracias pero se hizo demasiado larga —ya sabéis quiénes sois—. Eterna gratitud a todos los que han apoyado lo que hago (con el dinero procedente de su duro esfuerzo o mediante el hurto) y que ven más allá de todas las chorradas, tanto positivas como negativas, que tienden a rodear esta clase de rollo.

Gracias.

IRVINE WELSH

Lo mejor sería que considerásemos la vida un desengaño, un proceso de desilusión: pues resulta claro que todo lo que nos sucede está calculado para producir eso.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Cuando te has levantado esta mañana todo lo que tenías había desaparecido. A las diez y media la cabeza te hacía din don. Repicando como una campana de la cabeza a los pies, como una voz que te dice que hay algo que deberías saber. Anoche estabas que volabas pero hoy estás totalmente hundido… no son éstos los momentos que te hacen preguntarte si alguna vez sabrás lo que significan las cosas para otros: esposas, madres, padres, hermanas y hermanos. ¿Acaso no desearías no funcionar, no pensar más allá de la siguiente nómina y la próxima copita? Pues funcionas, así que decídete a continuar, «porque cuando te has levantado esta mañana todo lo que tenías había desaparecido».

«*Love, Love, Love & The Doctor*»
Woke Up This Morning, de los ALABAMA

PREFACIO

El problema de la gente como él es que piensa que puede mandar a paseo a la gente como yo. Como si yo no fuera nadie. Todos esos seres amenazados que claman por algo de atención y de reconocimiento: no comprenden el tipo de mundo en el que vivimos ahora. Era un joven muy arrogante, muy pagado de sí mismo.

Ya no. Ahora gime mientras la sangre fluye espesa de las heridas de su cabeza y sus ojos amarillos y desenfocados se mueven de un lado a otro buscando desesperadamente la claridad, buscando algún significado entre la desolación y la oscuridad que le rodea. Debe de sentirse muy solo.

Ahora intenta hablar. ¿Qué será lo que intenta decirme?

Socorro. Policía. Hospital.

¿O era socorro, *por favor*[1], hospital? En realidad ese pequeño detalle no importa, porque la vida se le escapa: la existencia humana destilada al extremo de implorar la asistencia de los servicios de urgencias.

Me apartó usted, señor mío. Me rechazó. Me engañó y estropeó las cosas entre yo y mi verdadero amor. Le he visto antes. Hace mucho, ahí tendido como lo está ahora. Negro, quebrantado y moribundo. Me alegré entonces y me alegro ahora.

Busco en mi bolsa y saco mi martillo de carpintero.

Una parte de mí está en otra parte mientras lo dejo caer sobre su cabeza. No puede resistirse a mis golpes. Le dejaron totalmente para el arrastre, los otros.

Tras dos golpes infructuosos experimento una oleada de euforia durante el tercero al reventarle la cabeza. La sangre sale a borbotones, cubriéndole el rostro como una catarata aceitosa y haciéndome entrar en frenesí; le machaco la cabeza y el cráneo cruje y se abre y le hinco el martillo en la materia cerebral y huele mal pero eso es sólo que se está meando y cagando y los vapores se condensan rápidamente en el silencioso aire invernal y arranco el martillo de un tirón, tambaleándome hacia atrás para observar sus agonizantes estertores, viéndole pasar del terror a ese estado descuajeringado de quien sabe a ciencia cierta que está cayendo y noto cómo pierdo el equilibrio con estos incómodos zapatos y me coloco bien, dando la vuelta y bajando por la vieja escalera hasta la calle.

En la acera hace mucho frío y la calle está totalmente desierta. Me quedo mirando un envoltorio de papel de plata con restos abandonados de comida para llevar. Alguien se ha meado sobre ellos y hay arroz flotando en un pequeño embalse de orina congelada. Me aparto. El frío me cala hasta los huesos y cada paso crispante calle

abajo hace que sienta que voy a hacerme astillas. La carne y el hueso parecen ajenos entre sí, como si entre ellos hubiera un vacío. No hay temor ni remordimientos pero tampoco júbilo ni sensación de triunfo. No se trata más que de una tarea que había que cumplir.

LOS JUEGOS

Me he despertado esta mañana. Me he despertado metido en el trabajo.

El trabajo. Te atrapa. Te rodea por todas partes; un gel constante, asfixiante, absorbente. Y cuando estás en el trabajo, ves la vida a través de esa lente distorsionante. A veces, sí, obtienes pequeñas zonas de relativa libertad a las que puedes retirarte, esos alegres y delicados espacios desde los que puede percibirse la posibilidad de cosas nuevas, de cosas distintas y mejores.

Y entonces se acaba. De pronto ves que esas zonas ya no están ahí. Se estaban haciendo cada vez más pequeñas, eso lo sabías. Sabías que algún día tendrías que encontrar tiempo para hacer algo al respecto. ¿Cuándo sucedió? La comprensión llegó algo más tarde. En realidad no importa cuánto costó: dos años, tres, cinco o diez. Las zonas se volvieron cada vez más pequeñas hasta dejar de existir y lo único que queda tras ellas son los residuos. Eso son los juegos.

Los juegos son la única forma de sobrevivir al trabajo. Todo el mundo tiene sus pequeñas vanidades, sus pequeñas presunciones. La mía es que nadie juega como yo, Bruce Robertson. Sargento Robertson, inspector Robertson en breve.

A los juegos siempre, repito, siempre se juega. La mayor parte de las veces, en cualquier organización, resulta oportuno no reconocer su existencia. Pero siempre están ahí. Como ahora. Ahora estoy sentado con una jaqueca de ordago y Toal está gozando como un enano con ello. He estado liado que te cagas y me ha dicho que me quede aquí, no me lo ha pedido, ojo, me lo ha dicho. Me lo ha contado todo Ray Lennox, que fue el primero en llegar al lugar del crimen con unos tarados de uniforme. Sí, el joven Ray me lo ha contado todo, pero, naturalmente, Toal necesita su público. Vas a remolque de los acontecimientos, Toalie, muchacho, a remolque de los acontecimientos.

Pasea de un lado de la habitación a otro como uno de esos putos capullos tipo inspector Morse. Sus sesiones informativas son lo más cerca que este tarado llega a estar de la acción. A continuación vuelve a sentarse sobre su culo, malhumorado porque todavía sigue entrando gente. El respeto y Toal pegan menos que el pescado y el helado de chocolate, independientemente de lo que el muy tarado prefiera pensar para engañarse.

Anoche me puse bolinga perdido y esta luz me picotea la cabeza y tengo los intestinos tan grasientos como el coño de una puta al final de su turno en la sauna. Me tiro un pedo silenciosamente pero me traslado rápidamente al otro lado de la

habitación. La técnica consiste en dejar escapar del todo el pedo un poco antes de largarte; de lo contrario no haces más que llevártelo hasta la siguiente parada metido en los pantalones. Es como en el fútbol, tienes que calcular los desmarques. Mi amigo y vecino Tom Stronach, futbolista profesional y follador de primera clase, sabe mucho al respecto.

Mmm.

Tom Stronach. No es un nombre que desprenda magia. No es un nombre con el que hacer juegos de manos.

Hablando del sentido de la oportunidad, llega Gus Bain, con la cara colorada y trayendo los bocadillos de salchicha de Crawford’s. Los va repartiendo con cara de polla de repuesto en un congreso de putas mientras Toal da comienzo a su informe. Niddrie contempla la escena con la expresión de desaprobación habitual en ese cabrón. Mí gas pedorreico llega flotando hasta él. ¡Bingo! ¡Lo aparta ostentosamente con la mano pensando que ha sido Toal!

Toal se pone en pie y se aclara la garganta: «Nuestra víctima es un varón joven de raza negra de unos treinta años. Fue hallado en Playfair Steps alrededor de las cinco de la madrugada por los trabajadores del servicio de limpieza municipal. Sospechamos que vive en el área londinense, pero de momento no se ha logrado una identificación positiva. El sargento Lennox estuvo anoche conmigo en la morgue», dice, señalando al joven Lennox, quien sabiamente mantiene en disposición neutral sus facciones a fin de no señalarse como diana para el odio y el asco que flotan alrededor de esta habitación como un pedo maloliente. *Mi* pedo maloliente, con toda probabilidad.

Hubo un tiempo en que podíamos eximirnos unos a otros de ese odio y ese asco. Seguro que lo hubo. Me siento un poco alegre y después es como si mi cerebro empezara a dar vueltas dentro de la cabeza lanzando en cascada mis pensamientos y emociones. Noto cómo van a parar a algo que se asemeja a un cubo con agujeros que se vacía antes de que pueda examinar su contenido. Y la voz potente y aguda de Toal asomándose a mi interior.

Entonces empieza a jugar a tontos del culo. «Al parecer había sido una noche infructuosa para nuestro amigo. Estuvo en la discoteca Jammy Joe’s hasta las tres de esta madrugada y regresó a casa solo. Esa fue la última vez que se le vio con vida. Quizá podamos suponer que nuestro hombre se sentía forastero, solo y en una ciudad extraña que parecía excluirle.»

El Toal típico, inquieto por el estado anímico del capullo al que han asesinado. Se cree un intelectual. Que estamos hablando de *Toal*. Resultaría entretenido si no fuera tan trágico, joder.

Muerdo mi bocadillo de salchicha. La pimienta y el ketchup con el que normalmente suelo acompañarlo están arriba y sin ellos no sabe a nada. ¡Esa escoria de Toal ya ha conseguido estropearme el puto día! ¡Apenas acabamos de entrar!

Mientras mi pedo se retira vía el respiradero atisbo a Niddrie saliendo por la

puerta, lo que mejora el ambiente de la habitación de modo casi idéntico. Hasta a Toal se le nota más animado ahora. «El hombre iba vestido con vaqueros, una camiseta roja y una chaqueta de chándal negra con tiras de color naranja en las mangas. Llevaba el pelo corto. Amanda», le gesticula Toal a esa tontorrona de Amanda Drummond, que está haciendo lo único para lo que vale, tareas pseudooficinescas, repartir copias de la descripción. Drummond se ha cortado su rizado cabello rubio, lo cual le da todavía más aspecto de tortillera. Tiene unos ojos saltones que dan la impresión de que está en shock, y apenas tiene mentón; sólo una boca retorcida y amargada que le sale del cuello. Lleva una falda larga de color marrón demasiado gruesa para que se le marquen los bordes de las bragas, y una blusa a cuadros con una rebeca a rayas beige y marrones. He visto más carne en el cuchillo de un carnicero.

¿Poli?

¿Eso?

Me parece que no.

«Gracias, Amanda», sonríe Toal, y esa guarrilla arrastrada le devuelve el arrullo. Le chuparía el puto rabo ahí mismo delante de nosotros si él se lo pidiera. No es que eso vaya a servirle de mucho; pronto ya no estará aquí, algún capullo la dejará preñada y ya se le habrá acabado lo de jugar a polis.

«Nuestra víctima de asesinato abandonó el local nocturno y…», Toal continúa, pero Andy Clelland corta para un chiste: «Jefe, una pequeña cuestión de procedimiento. ¿No le parece que quizá no debiésemos estigmatizar a ese tío refiriéndonos a él con un término tan peyorativo como víctima?»

Hay que brindar en honor de Clell, siempre da en la diana. Toal parece un poco dubitativo y Amanda Drummond asiente con la cabeza en señal de apoyo, sin tener la más mínima idea de que Clell se está quedando con el personal.

«El capullo está muerto, joder, ahora da igual cómo le llames», dice Dougie Gillman a media voz. Yo suelto una risita y Gus Bain también.

«¿Sí, Dougie? ¿Te importaría compartirlo con nosotros?», sonríe sarcásticamente Toal.

«No, jefe, está bien. No es nada», dice Gillman encogiéndose de hombros. Dougie Gillman tiene el pelo corto y de color marrón, unos ojos fríos y estrechos de color azul y una mandíbula grande y poderosa contra la que uno podría romperse los dedos. Es de mi altura más o menos, uno setenta, pero es tan ancho como alto.

«Quizá, implorando su indulgencia, caballeros», dice Toal fríamente, intentando poner el sello de su autoridad a las actas en ausencia de Niddrie, «podríamos continuar. El fallecido probablemente se dirigía hacia algún alojamiento hotelero en el South Side. Tenemos a un equipo comprobando los hoteles en busca de alguien que encaje con esa descripción. Suponiendo que ése fuera el caso, el itinerario que siguió para llegar hasta allí resulta interesante. Todos sabemos que en una ciudad extraña hay ciertos lugares en los que uno no debe meterse después de caer la noche», dice

Toal alzando sus espesas y dispersas cejas, regresando a su faceta exhibicionista, «lugares como los callejones oscuros, en los que el ambiente de un entorno semejante podría incitar incluso a una persona razonable a perpetrar un acto de maldad.»

Vaya si el cabrón egoísta está de excursión psíquica hoy. Se cree que somos un montón de críos a los que asustar con sus cuentos de antes de dormir.

«Y la escalera en espiral que constituye el cordón umbilical que une la parte vieja de la ciudad con la parte nueva es uno de tales lugares», dice, haciendo una pausa dramática.

¡Joder, cordón umbilical! Es una puta escalera, payaso de mierda. E-S-C-A-L-E-R-A. Ya sé de qué va este memo; el hijo de puta quiere llegar a ser un puto guionista. Eso lo sé porque eché un vistazo a lo que tenía en la pantalla del ordenador cuando fue a atender una llamada de teléfono particular en la silenciosa antesala de su despacho. Intentaba escribir un guión televisivo o de cine o alguna mierda de ésas. En horas de trabajo, además. El vago cabrón no tiene nada mejor que hacer, y para eso le pagan. Esa basura sale milagrosamente ileso de todos los peligros, y no bromeo.

«Al comenzar su ascensión, quizá la víctima reflexionase sobre ello. ¿Conocía la ciudad? Posiblemente, de otro modo quizá no habría tenido conocimiento de ese atajo. Pero seguramente, de haberlo sabido, solo y a esa hora de la madrugada, se lo habría pensado dos veces antes de subir. Esa escalera es tan peligrosa y está tan llena de orina, que ni siquiera duermen en ella los borrachínes más desesperados. El tío debió de sentir miedo. No actuó conforme a ese miedo. ¿Acaso el miedo no es la forma de decirle a uno que algo va mal? ¿Como el dolor?», especula Toal. La gente se revuelve nerviosa y hasta Amanda Drummond tiene el buen gusto de poner expresión de vergüenza ajena. Andy Clelland ahoga una risotada tosiendo. Los ojos de Dougie Gillman están posados en el culo de Karen Fulton, que no es mal lugar donde posarlos.

Pero Toal está tan metido en su propia mierda, que se halla totalmente ajeno a todo esto. El cuadrilátero es suyo y no quiere estropear su propia diversión buscando un golpe definitivo tan pronto. «Quizá pensase que todo ello era paranoia, distorsión emocional. De pronto, las voces. Tuvo que oírles llegar, a esa hora de la noche seguro que en esas escaleras se oiría a gente aproximarse.»

No, quiere que tiremos la toalla. Lo siento, Toalie, pero ése no es el estilo de Bruce Robertson. Lidiemos. «¿No hay testigos?», pregunto yo, satisfecho de haber omitido el término «jefe». Ese cabrón no es mi superior más que nominalmente.

«Aún no, Bruce», dice él bruscamente, molesto de que interrumpan su parrafada. Ese es Toal; se la menea en nuestras narices, qué más dan esos pequeños detalles prácticos que podrían ayudar a encerrar a quienquiera que se cepilló al negrata ese.

«Entonces cayeron sobre él y le bajaron a patadas hasta un hueco en la escalera, donde le dieron una paliza salvaje. Uno de los asaltantes, y sólo uno, fue más lejos que los otros y le golpeó con un objeto contundente. Los forenses ya han dicho que

las lesiones causadas encajan con las que produciría un martillo golpeando con fuerza. El asaltante hizo esto repetidas veces, abriéndole el cráneo y hundiéndole el arma en el cerebro. Como he dicho antes, nuestros amigos del servicio de limpieza municipal hallaron el cuerpo.»

Tus amigos del servicio de limpieza municipal, Toal. Yo no tengo amigos barrenderos.

«Le dejaron allí tirado como una basura», dijo Gus sacudiendo la cabeza.

«A lo mejor lo era.»

Joder. Se me ha escapado. No he debido decir eso. Se quedan todos mirándome. «Para el cabronazo que se lo cargó, y tal», añado.

«¿Estás proponiendo que fue un ataque racista, Bruce?», indaga Drummond, mientras la boca se le tuerce para abajo con un movimiento lento y agonizante. Karen Fulton la mira de modo alentador, primero a ella y después a mí.

«Eh, eso mismo», digo yo. Eso les pone a parlotear en un tono demasiado alto para que puedan percibir el castañeteo de mis dientes. Puta resaca. Puto sitio. Puto curro.

LOS CRÍMENES

Intento deshacerme del mal sabor de boca provocado por la resaca y la presencia de un tal Mr. Toal a primera hora de la mañana. Sí, aún se puede salvar, pero eso exige irse a tomar por culo de Jefatura durante un rato. Ray Lennox piensa algo por el estilo. Toalie se está poniendo cachondo con su moreno finiquitado así que lo mejor será quitarse de en medio. En estos momentos tengo trabajo más que suficiente, voy de culo con el papeleo y eso hay que arreglarlo antes de cogerme mi semana de vacaciones de invierno. Oficialmente Lennox está de servicio con la Brigada Antidroga, pero sabe que hoy resultar altamente visible no es una buena opción. Significa que es probable que Toal le reclute para el equipo de investigación del asesinato.

De modo que Ray y yo vamos por ahí en mi Volvo a investigar lo que nos parezca. Hay un poco de escarcha y el aire es desapacible y cortante. El invierno empieza a notarse, ya lo creo, y va a ser de los malos. La calefacción del coche nos calienta agradablemente cuando en la radio sale un tarado de control solicitando nuestra ubicación. Ray le dice que avanzamos en dirección oeste hacia Craigleith. Entonces control nos informa de que alguna vieja arpía de Ravelston Dykes ha denunciado un robo con allanamiento.

«¿Te apetece ir a comprobarlo?», le pregunto.

«Sí, así nos mantendremos alejados de Toalie un rato más.»

Ray conoce el percal. «Así se hace, Ray, acuérdate de lo que te dije de ese cabrón. Tiene la capacidad de concentración de un pececillo de colores, así que si consigues permanecer fuera de su vista un ratito… »

«… ¡el cabrón se olvida de ti por completo!», sonríe Ray. Ray Lennox es un joven legal. Alrededor de un metro ochenta, cabello marrón con raya al medio, un bigote un pelín demasiado largo y desaliñado que le hace parecer un poco bobo, y una gran nariz aguileña con ojos furtivos. Buen policía, y empieza a desempeñar un papel más activo en la hermandad.

En realidad se trataba de una tarea normal y corriente para tarados uniformados, pero nosotros estábamos en el área y servía para perder el tiempo. Uno de mis lemas acerca de este trabajo es: más vale que tú le hagas perder el tiempo a algún capullo, antes de que algún capullo te lo haga perder a ti.

«Llamando a Foxtrot, adelante, Foxtrot, aquí Z Víctor dos BR, cambio.»

«Foxtrot…», cacarea la radio.

«Nos aproximamos a la dirección de Ravelston Dykes. Los sargentos Robertson y Lennox, cambio.»

«De acuerdo BR. Cambio.»

Aparcamos a la entrada de una casa grande. En la calle está aparcado un viejo Escort. Parece un poco destartalado para Rawy Dykes.

Una vieja vacaburra con la mirada perdida nos hace pasar. Me llega de ella cierto olorcillo. La edad hace que uno huela, sea un rico hijo de puta o un arrabalero, da lo mismo. Me da un escalofrío en el pasillo: no es que haga mucho calor aquí. Esta casa es grande para calentarla y percibo el rastro del dinero rancio. El sitio está abarrotado de cacharros; aquí hay por lo menos toda una vida de recuerdos. Montones de fotografías en marcos de plata, alineadas sobre las mesas, los aparadores y la repisa de la chimenea como un ejército de soldaditos de plomo. Excesivo. Eso me dice que montones de pajaritos han volado del nido y que se han marchado bastante lejos. Todo tipo de casas, coches y trapos en esas fotos; sugieren muy claramente el fulgor del nuevo mundo. La vieja bruja debería venderlo todo, vender sus bienes y gandulear tranquilamente el resto de sus días al abrigo de una urbanización pija con calefacción central y un servicio de asistencia de veinticuatro horas. Pero no; otra vez ese orgullo retorcido. Lo único que trae consigo es un trayecto más veloz y más accidentado hasta la tumba, pero a algunos hijoputas es imposible decírselo.

Esa vieja chimenea de carbón parece cómoda. El carbón está colocado dentro de un bonito cubo de latón. ¿Uno o dos terrones[2], o veinte mil cayendo a tu alrededor? El sucio y cochino carbón y los cabrones apestosos que lo extraen. ¿Te mola, nena? ¿Te mola ese carbón, hermano[3]?

Ni me mola extraerlo ni me molan los cochinos cabrones que lo extraen.

Dejo a Ray con la vieja arpía con objeto de husmear un poco mejor por ahí. Hay aquí un bonito y anticuado mobiliario de caoba. Algún pequeño tarado oportunista es el que ha forzado una puerta-ventana en la parte de atrás para entrar, lo cual es un desperdicio total. Un equipo organizado con una furgona grande podría haber sacado un pastón con un vendedor de antigüedades corrupto. La abuelita se marcha a hacer algo de té y cuando vuelve se nos rebota.

«¡Mi pisapapeles!», dice señalando un aparador con el dedo. «Ha desaparecido…, estaba aquí hace un minuto.»

Ni que fuera asunto mío, joder. Sólo hemos venido aquí a perder un poco de tiempo. La vacaburra imbécil, con la cara apergaminada embobada por el shock. Esa expresión atolondrada, el puto gran público británico; hace que me den ganas de partirle los dientes con una porra al que la pone. Eso sí, a esta vieja capulla no le quedan demasiados dientes que partir. Hay que ver el vandalismo que el tiempo perpetra sobre el cuerpo humano. ¡Que me jodan, ahora parezco el gilipollas de Toal!

«Lo siento, no acabo de entenderla», dice Ray.

Puta vieja tarada. Pero hay que descubrirse ante Ray; en situaciones como ésta se muestra frío como el hielo; una cabeza vieja sobre unos hombros jóvenes.

«Pero estaba aquí. ¡Estaba aquí!», sostiene ella. Ravelston Dykes. El dinero habla. Tic toe tic toe. Acostumbrados a salirse con la suya. Ese tono que conozco tan bien. Pero soy un servidor del Estado. Me dedico al negocio del mantenimiento de la ley. Las reglas a aplicar son las mismas.

Respiro hondo y la miro a los ojos. Es endeble, y está asustada y aislada a pesar de su riqueza. La foto dominante del marido sobre la chimenea de mármol. El soldadito de plata número uno. Un poco oxidada de todas formas, cosa que el esplendor del marco realza todavía más. Se puede leer cáncer en todos sus rasgos. Una foto reciente. Ella sigue conmocionada, sigue estando en situación vulnerable. «Quiero que comprenda del todo lo que me está usted diciendo, Mrs. Doman.»

Tiene el aspecto de una vaca entrando en el matadero. Justo en el momento en que saben que algo pasa y que no son buenas noticias. Ten-ti-ten-ten… ten-ti-ten-ten-ten…

«Me está usted diciendo que el pisapapeles seguía aquí después del allanamiento denunciado, pero que a continuación parece haber desaparecido coincidiendo con la aparición de los agentes encargados de la investigación, a saber, nosotros. Quiero que sea usted clara como el agua al respecto.»

«Pues… sí…, quiero decir… »

Me acerco a la ventana y me asomo al jardín. Me fijo en que el Escort que he visto antes sigue allí. El que parece semiabandonado. ¿Semiabandonado? En nombre del puto Jesús todopoderoso de los huevos, ¿eso qué coño quiere decir? Aquí hay algún cabrón Jackie Trent[4], eso está bien claro. Me aclaro la garganta y me vuelvo hacia la vacaburra antediluviana. «Quiero que se concentre, Mrs. Doman. Quiero que esté absolutamente segura de lo que está diciendo y de lo que implica. Acaba usted de sufrir una conmoción muy grande», la sermoneo. «Un intruso en su casa: no es algo muy agradable. Quiero que esté segura de lo que quiere decir antes de que considere las ramificaciones. Eso supondría iniciar una segunda ronda de investigaciones, al implicar a los agentes que han venido aquí a investigar el allanamiento.» Señalo con la cabeza a Ray y después me echo un vistazo al pecho. «En todos y cada uno de los casos las reglas son las mismas. Lo que le estoy diciendo es: ¿está usted segura de que el pisapapeles no ha sido sustraído durante el robo original?»

En ese momento Ray se acerca para darme un poco de apoyo. «Me parece que estamos saltándonos un poco los semáforos, sargento Robertson.»

«Bien, sargento Lennox, la señora parece algo preocupada por ese pisapapeles y quizá un poco confundida en torno a lo que realmente ha desaparecido durante el robo.»

«Sí…, quiero decir…», balbucea ella.

«Diríase que piensa que ha desaparecido durante nuestra investigación», digo con expresión ligeramente triste. Ray sigue haciéndose el inexpresivo.

«Yo no he dicho…», protesta la vieja vacaburra.

«Creo que lo mejor sería que nos vaciáramos los bolsillos, sargento Robertson»,

dice Ray, riéndose con cierta impaciencia.

«¡No! No he querido decir que… No pienso que lo hayan cogido ustedes, ni por un minuto…», gimotea, completamente avergonzada. Ahí está el error, vieja tonta del culo.

Ray sacude la cabeza de forma estudiada y fatigada. «Lo que me gustaría sugerir… »

Yo le corto. Esta vacaburra me ha mosqueado. Quiero diversión. «No creo que haya entendido usted del todo lo que dice la señora, agente Lennox. Sostiene que el pisapapeles ha desaparecido tras la llegada de los agentes encargados de la investigación», digo señalándome a mí mismo y después a él. «Lo que se infiere de ello es que los agentes encargados de la investigación han expropiado ese bien.»

Maldigo para mis adentros, ha sido un error utilizar el término expropiado. Robado hubiera estado mejor, por motivos obvios.

«No he querido decir que…», se disculpa la muy boba. Se está doblando, encogiéndose como una bolsa de patatas fritas arrojada a la lumbre de un pub, contrayéndose antes de consumirse. Pronto empezará a ofrecernos compensaciones pecuniarias por habernos alterado. Sigue reculando, vieja tarada. Estoy disfrutando.

«Si me permite continuar con mi sugerencia», dice Ray en tono práctico, «creo que deberíamos repasar el inventario de nuevo. Apuntarlo todo y asegurarnos de que no dejamos nada fuera.»

Suena mi busca. Es control. Que me jodan, Toal quiere hablar conmigo. «Disculpe», sonrío. Señalo el teléfono. «¿Me permite?» Marco línea directa. Sólo le escucho a medias, estoy medio sintonizado con la actuación de Ray, con la que estoy disfrutando mucho.

«Toal al habla…»	«*¿Me lo pregunta o me lo está diciendo?*»
«Aquí el sargento Robertson.»	
«Bruce, estupendo. Te necesito para este caso de asesinato.	«*Bueno,yo…*»
	«*Quiero dejar esto claro,*»
«Busby ha colocado otro parte de baja por enfermedad. Estamos al límite.»	«*Mrs. Doman; ¿me lo pregunta o me lo está diciendo?*»
«Ya veo.»	«*Es sólo que…*»

Toal se está volviendo intratable. El muy hijo de puta siempre se ha resentido de mi ascendente sobre los muchachos; de mi estatus como representante de la Federación, pero también del hecho de que desempeño un papel más importante en la hermandad de lo que él hará nunca. Eso es lo que convence a los muchachos de la cantina, no tu puto nombre, rango y número de serie. La cuestión fundamental es que a mí nadie me dice lo que tengo que hacer. Estoy escuchando a Toal soltando el rollo

sobre el negro que se han cargado y pienso: ¡Cojonudo! Otro que muerde el polvo y después pienso en mi próxima semana de vacaciones en Amsterdam y mis *hoors d'oeuvres*[5] favoritas y pienso en dos vibradores, uno metido en el culo y otro metido en el coño. La tecnología del amor, desplegada a una escala masiva. Voy medio empalmao: ¡voy medio empalmao y estoy hablando con Toal!

«Lo último que necesitamos ahora es un fiambre», lloriquea Toal.	«*Comprendo lo terrible que resulta esto, Mrs. Doman. Sobre todo tratándose de algo de tanto valor sentimental para usted.*»
«¿Ya se han enterado los del *Evening News*?»	«*Sin embargo, estaba segura de que estaba ahí. ¡Lo habría jurado!*»
Por todo el puto culo.	«*Eso es lo que me encuentro siempre, Mrs. Doman. A veces, cuando la cosa que más deseas ya no está, uno no puede creerlo, así que realmente lo llegamos a visualizar en la imaginación. Una reacción traumática clásica. El robo con allanamiento puede resultar muy traumático. Podría ser buena idea llamar a su médico de cabecera. ¿Quiere que lo haga ahora mismo?*»
«De momento no.»	
«¿Entonces por qué tanto follón? Sólo es un negrata. No es que escaseen precisamente, ¿verdad?», bromeo.	«*Uy, no, lo siento, estoy armando tanto alboroto…*»
«Escucha, no quiero vaciles de cantina con este caso. Quiero que Lennox te informe perfectamente», salta. Sabido es que Toal carece totalmente de sentido del humor. Está yendo demasiado lejos con la mierda esta de la igualdad de oportunidades.	
«¿Y qué tal si se encarga Lennox?», cuchicheo. «Fue el primero en llegar al lugar del crimen.»	«*Haga el inventario, Mrs. Doman. Creo que ésa sería la…*
«No puedo sacar a Ray de la Brigada Antidroga. Está a punto de empapelar a unos suministradores de la Sunrise Community. Además, no tiene la	«*Sí…, eso haré…, no sabe cuánto lo siento, agente…, eh…*»

experiencia en homicidios que tienes tú.»

«Creo que olvidas algo. Mi semana de vacaciones de invierno empieza justamente de aquí a una semana.»

«*Lennox, señora, sargento Lennox*»

Al otro lado de la línea se produce un breve silencio. El corazón me da un vuelco. Me siento como si escuchara por vez primera.

«Todos los permisos del personal de Delitos Graves están suspendidos, hoy saldrá la circular», dice Toal.

Todos los permisos están suspendidos.

No consigo pensar con claridad. ¿Qué es lo que ha dicho? «Mira, Robbo», prosigue Toal, ahora soy «Robbo», «aún no hemos identificado definitivamente a la víctima, pero parece que estaba bien relacionada. El Jefe Superior me tiene cogido por los huevos. Estamos a la máxima capacidad y el presupuesto está casi agotado. Hemos reducido las horas extra todo lo que hemos podido. Tú eres el primero en quejarte cuando hay limitación de las horas extra… » Guardo silencio.

«… esta estúpida reorganización del departamento…, de todas formas, los de Personal van a distribuir una circular. Aquí estamos, en una situación difícil y va y tiene lugar este asesinato…, es mal momento para todo el mundo, Robbo. Todos tenemos que hacer sacrificios y desplegar todos nuestros recursos.»

«Tengo permiso dentro de nueve días, hermano Toal», le digo.

«Mira, Bruce», ah, conque ahora soy Bruce, ¿no?, «… no seas tozudo, joder… Niddrie lleva mis pelotas en bandolera» y su voz pasa a ser un chirrido pedante como para subrayar lo que dice. «¡Dame un respiro!»

«Mi permiso ya está anotado, hermano Toal», reitero, colgando el auricular.

Ray ha puesto a la vacaburra bobalicona a hacer un inventario. Acaricio el pisapapeles que llevo en el bolsillo. El señala la puerta con la cabeza y nos dirigimos hacia ella.

Mientras salimos, la vieja bota chilla lastimeramente. «No es que el pisapapeles fuera valioso. Parece caro pero el oro es de muy pocos quilates. Es el valor sentimental. Jim me lo trajo de Italia después de la guerra. Entonces éramos pobres como las ratas.»

¡Vieja y asquerosa puta caracoño! ¡Todo este puto follón por nada!

«Haremos todo lo que podamos por recuperar los bienes, Mrs. Doman», dice Ray sacudiendo sinceramente la cabeza mientras yo doy la espalda al viejo saco de basura fétida en descomposición para que no me pille bufando de exasperación. Puta vieja tarada.

Besa mi culo de poli con sabor a beicon, hija de puta.

A ésta lo que le pasa es que lleva demasiado tiempo sin que le metan una buena

polla, joder. Eso siempre le distorsiona la perspectiva a una mujer. Los servicios sociales deberían pagar una asignación a algunos de esos jóvenes sementales en paro que tanto se aburren para que fueran por ahí dándoles a estas viejas cabronas unas buenas atenciones, joder. Así no malgastarían tantos recursos con sus achaques de pega. Cada vez que voy a ver a mi médico por lo del sarpullido y los ataques de ansiedad, siempre hay mogollón de viejas capullas haciéndome esperar con sus estúpidas dolencias.

Una vez en el coche saco el pisapapeles. «No vale una mierda, es una baratija total.»

«Vieja roñosa», se burla despectivamente Ray, cogiendo el volante, y gritándole a continuación a un tío que sale delante de nosotros: «¡Puto tarado!» «Ahora hay cada capullo por la carretera…», reflexiono sin dejar de mirar el inútil pisapapeles de esa chiflada carabota.

«Debería seguir a ese cabrón…, anotar su puto número, y hacer que lo miren de arriba abajo… », escupe Ray, y de pronto se ríe y dice: «Que le den por culo. ¿Estás preparado para la Dam[6]? Dijiste que habías hecho reservas.»

«Ya lo creo que sí. Yo y mi colega Bladesey. ¿Conoces a Bladesey? Un tipo pequeño de la hermandad. Funcionario. La Oficina del Registro General para Escocia. Me apiadé del pobre cabrito porque no tiene colegas.»

«Creo que sí. ¿Un elementillo con gafas? ¿Con unos cristales supergordos?»

«Ese es.»

«Una vez estuve un buen rato bromeando con ese tipo. No era mal tío… para ser inglés.»

«Sí, tenemos hechas las reservas: y ahora Toalie se pone a jugar a sacomierda. Está cagado con el negro ese al que se han follado. Intentando suspender todos los permisos. Los de Personal van a repartir una circular hoy.»

«Putos tarados.»

«¿Quedarme yo sin vacaciones por un negrata tieso? Sí, ya. En eso estaba yo pensando. Como si me importara una mierda. Todo dios sabe que paso tres semanas de verano en Thailandia y una de invierno en la Dam. Tradición. Costumbre y puta práctica. Ningún cabrón chupatintas va a impedirlo. No, señor, cuando llegue el día diez de este mes estaré follando por Escocia que te cagas.»

Voy a poner una cinta de Deep Purple in Rock en el *cassette*, pero decido no hacerlo porque eso precipitaría una discusión con Lennox sobre si Coverdale es mejor vocalista que Gillan, cuando, como cualquier tarado sabe, no hay discusión posible. Quiero decir, ¿quién podría comparar la producción del Coverdale de Purple o Whitesnake con la formación original de Deep Purple que Gillan honró con su presencia junto a Blackmore, Lord, Glover y Paice? Sólo un idiota lo intentaría. Por añadidura, Gillan, con Glory Roady Future Shock, produjo dos clásicos y exitosos elepés en solitario. ¿Qué hizo jamás Coverdale como artista en solitario? Pero no voy a entrar en esto con Lennox, así que pongo el *Ultimate Sin* de Ozzy Osborne.

Lennox asiente meditabundo mientras Oz muestra lo que vale. «Te diré una cosa, Robbo, tienes una mujer muy comprensiva. Si Mhari hubiera descubierto que me iba a Amsterdam con un colega… »

La periquita de Ray. De todas formas, le dejó plantado. Probablemente no le daba lo suficiente. Claro está que Ray jamás podría darle lo suficiente a ninguna. En el gran almacén que constituye Ray Lennox, la planta de pico y la planta de paquetería están totalmente desincronizadas, y no es broma.

«Es cuestión de valores, Ray. Toma y daca. Mantiene el picante dentro de una relación», le cuento.

Ray levanta las cejas. «De todos modos, yo que tú tendría cuidado con Toal, Robbo. Ve poco a poco y te soltará. Este caso quedará resuelto en diez minutos de todas formas.»

«Pero nunca se sabe, ¿no?»

«Venga, Bruce, cualquiera que sea lo bastante bobo como para reventar a un moreno en unas escaleras en pleno centro de la ciudad no debe ser tan difícil de pillar. Habrán sido unos arrabaleros inconscientes, de bolinga por el centro y bien surtidos… Toal probablemente lo ve como un mogollón político enorme porque el moreno probablemente tenía un papá con pasta que juega al golf con algún pez gordo en Londres. Si fuera un tipo normal de Brixton les importaría un carajo. Ya sabes lo inseguro que es ese subnormal.»

«Exacto, Ray. Ese tarado está celoso de mi posición en la hermandad… e intentó hacerme la pelota con toda mi experiencia en Homicidios. Pero ¿dónde obtuve la mayor parte de ella? En la puta Australia, lo cual no cuenta para nada con estos subnormales cuando se trata de ascensos. Pero tampoco cuenta para nada cuando quieren reclutar a alguien para uno de sus putos equipos.»

«Es una sobrada», asiente Ray.

«Oye, Ray», grito, guipando un Crawford's, «para un momento junto a esa pastelería.»

Yo pillo un par de panecillos con beicon y Ray se pilla otro bocadillo de salchicha, que nos papeamos y pasamos con un café con leche caliente y viscoso. ¡Me deja el sabor de boca de los labios de un borrachín tras un atracón con la vieja lata morada[7]! Me hago cargo del volante y bajamos conduciendo hasta Water of Leith, donde arrojo al río el pisapapeles de la vieja pelleja. Mientras conduzco me retuerzo en el asiento. Me está saliendo un sarpullido en los testículos y el culo. Causado por exceso de sudor y roces, dijo el matasanos. Desde luego, la pomada que me dio parece estar poniendo las cosas peor. Supongo que se trata de algo que tendrá que empeorar antes de mejorar. Putos tarados. ¿Cómo esperan que cumpla con mi trabajo en estas circunstancias?

No puedo.

Empieza a picarme que te cagas y echo el peso sobre una de mis nalgas para rascarme el culo a través de mis relucientes pantalones de franela negra. Ella…

Necesito un servicio de lavandería como está mandado, eso es lo que me hace falta. No sirve de nada. Me aguanto hasta que llegamos a High Street, donde paro el coche frente a Hunter Square y entro en los servicios públicos. Hace falta una buena rascada. Me lo bajo todo y me quito la humedad de alrededor del culo con papel higiénico. Entonces me rasco que te cagas pero escuece, pues me doy cuenta de que la grasa procedente del bocadillo de beicon sigue alojada bajo mis uñas. Rasco y rasco, notando una deliciosa sensación de liberación cuando la herida se desgarra y late. Veo la sangre en mis dedos. Me pongo una cuña a base de papel higiénico entre las nalgas para impedir que se froten entre sí causando la fricción que hace que pique la piel. Los huevos no los llevo demasiado mal. Vuelvo a subir sin molestarme en lavarme las manos.

«¿Vas a bajar a la logia esta noche, Bruce?», pregunta Ray mientras yo tiro por la Milla Real. Iremos de paseo hasta Jefatura pasando por Leith: así mataremos un poco de tiempo.

«Nah…, a lo mejor el jueves, para el concurso de billar por equipos.»

«¿Una noche tranquila con la mujer?»

«Sí», digo, rebosante de orgullo. «Esta noche Carole va a preparar una cena especial.»

«Ojalá yo tuviera a alguien que me preparara una cena especial», dice Ray mientras recorremos Easter Road y pasamos por delante del restaurante de Tinelli, un sitio al que en tiempos Carole y yo acudíamos mucho.

«¿No me estarás diciendo que no tienes nada entre manos?»

«Nah, desde que corté con Mhari he estado olfateando un poco, pero no pican», dice Ray con expresión lastimera, como muy bien cabría esperar.

«A lo mejor estás demasiado desesperado, Ray, y las periquitas captan ese tufillo que dice quiero-meterme-en-tus-bra-gas-a-toda-costa.»

Lennox parece meditabundo, y deja que su dedo frote un lado de su nariz. Hablando de pestes, hay un pestazo todopoderoso entrando en el coche y estoy a punto de coger por las solapas a ese cabrón asqueroso por haber soltado uno cuando caigo en que el origen está en la planta de filtrado de residuos del alcantarillado. «Sí, a lo mejor», confiesa.

«¡Tendré que buscarte otra cita con mi cuñada, eh, Ray!», me río. Ray parece avergonzado. Odia que le recuerden la vez que los dos nos follamos a esa guarra. Todo dios tiene su talón de Aquiles, y yo siempre insisto en recordar los de mis compañeros. Algo que hace papilla su imagen de sí mismos. Sí, todo queda archivado para futuras alusiones.

En Jefatura todo el mundo está en la cantina subiéndose por las paredes por lo de la circular sobre las vacaciones. Yo no digo palabra. Es mejor ir de tranqui y dejar que la ira fermente un poco. Por supuesto, todos me miran a mí, como representante de la Federación, en busca de un poco de liderazgo, pero tengo que mantener limpia la nariz puesto que hay un nuevo puesto de inspector en ciernes debido a la reorganización del departamento. Ni de coña voy a jugarme yo el cuello por ninguno de los tarados que hay aquí, aunque evidentemente me asegure de que sigan pensando lo contrario.

Toal está que se caga con lo de la dichosa reorganización del departamento. No veo por qué, ya debería estar acostumbrado. Aquí hay una cada seis meses, y cada una de las que se realiza deja las cosas todavía más jodidas que antes. Así que organizan un equipo de trabajo y desaparecen durante siglos y cuando vuelven recomiendan otra reorganización departamental. Lo mejor que tiene ésta es que coloca a nuestro buen amigo Toal en terreno resbaladizo, porque cuando yo obtenga ese ascenso tendré el mismo rango que él. Es un ascenso que tendría que haber obtenido hace mucho si no fuera por sus estúpidas reglas y la imbecilidad de Carole.

Pero ahora mismo tiene una pequeña racha, el pequeño Toalie. Nos ha reunido a todos para otra puta sesión informativa y hay una rubia de paisano nueva repartiendo las notas. Me llega una vaharada de su perfume. Le guiño el ojo a Clell y él asiente en señal de reconocimiento del hecho de que la rubia parece tener un polvo. Yo diría que está en mitad de la treintena, con un cuerpo que sigue siendo firme, pero justamente empezando a ponerse algo más fondona, como a mí me gusta. Tiene uno por lo menos.

Toal está venga a babear sobre el periodista negrata este al que se han cargado y su padre diplomático, pero no escucho una puta palabra de lo que dice porque sobre la rubia cae una luz que hace que su top parezca casi transparente y los melones sobresalen que te cagas. Pero qué pedazo de cabrona. Eso te puede dar una puta migraña. Afortunadamente, la sesión de Toal es corta, así que bajo a tomarme un café y un bocadillo de salchicha.

Me fuerzo a echarle un vistazo a las copias del expediente que Toal ha abierto sobre el fiambre negro. Ya han establecido una identificación segura: el señor Efan Wurie. Su padre es el embajador de Ghana. Se alojaba en el Hotel Kilmuir, en el South Side. Sólo hacía un par de días que había firmado en el registro.

Sólo hacía un par de días…

Eso significa.

No tendría que haber estado aquí, joder.

No tendría que.

Un periodista. Hijo de diplomático y periodista. Eso no.

No tendría que haber estado aquí, para empezar.

¿Qué clase de periodista era?

De una revista de negros rojos que no lee ni dios. Puto periodismo de fanzine futbolero.

Por lo demás, hay pocas cosas relevantes en el archivador, así que doy un telefonazo al Foro de Lothian para los Derechos de los Negratas o como los llamen. A lo mejor vino aquí a ver a una morena de Edimburgo. Comunican. Estoy completamente follao, así que decido irme del trabajo temprano y cojo el coche para ir a ver a mi amiguete Héctor el Granjero, que tiene algunas cintas de vídeo buenas.

Salgo de la ciudad jalando millas en el Volvo con la Michael Schenker Band a todo trapo. Siempre me sentiré en deuda con ellos por salvar una mierda de Festival de Reading al que asistí una vez. Antes de que me haya dado cuenta, ahí está frente a mí: la Casa de Héctor.

Héctor me estruja la mano con una presa masónica, mientras su cara enrojecida por el alcohol me sonríe. «¿Tienes tiempo para tomar un whiskito?», pregunta.

«Lo siento, colega, estoy investigando un asesinato. No se trata más que de un negro bobo que se ha hecho liquidar. Con todo, tiene grandes posibilidades de horas extra. ¿Tienes la mercancía?»

«Sí», sonríe Héctor sacando una bolsa de Tesco's con dos cintas de vídeo de formato VHS dentro.

Quedamos para vernos en la logia más tarde esa semana y yo salgo pitando para casa, notando una fuerte punzada en mis relucientes pantalones de franela cada vez que paso junto a un chochete de categoría.

Esa noche estoy en casa, solo en casa, aunque eso es asunto mío, no de Ray Lennox ni de ningún otro capullo. Para cenar tengo un buen pedazo de *gala pie*[8]. Lo meto en el microondas y veo la película que me ha pasado Héctor. Hay dos putas dándose una buena sesión de lametones y folladas y los sementales negros están a punto de venir y unirse a ellas…, no…, lo quito. No quiero saber nada de sementales negros. Pongo otra cinta en la que salen dos lesbianas y un lechero.

Le pego un bocado a la *gala pie* y los dientes me hacen daño y un espasmo me recorre el cuerpo de resultas. La puta mierda sigue congelada por la parte del centro. Me la como de todos modos. El vídeo no está mal pero empiezo a inquietarme cuando se me despiertan en el pecho unas palpitaciones que van a más. La habitación parece un poco hortera con tantas asperezas que lijar. Voy a la cocina y me sirvo una

buena ración de whisky para tranquilizarme. Me llevo la botella al cuarto de estar. Otro vaso y la inquietud se me pasa. No estoy pensando en el trabajo. Estoy aquí, en casa.

Me quedo hasta tarde y duermo en la mecedora después de unos dulces traguitos. Estoy medio sobado y medio despierto, pensando en Carole. Volverá pronto. Sabe dónde le aprieta el zapato.

Después de un rato la tripa empieza a dolerme de mala manera y estoy sudando. Me retuerzo en la silla mientras ésta se menea a un ritmo enfermizo pero no consigo quedarme dormido hasta que sale el sol. Creo que voy a vomitar. Me retengo, intentando respirar lentamente. El sudor espeso y estancado del alcohol. Mis putas tripas. Será por esa *gala pie*. Casi estoy por denunciar a esos subnormales de la delicatessen a los de salud medioambiental, pero esos cabrones no valen para nada.

Después de un rato, la cosa se alivia un poco mientras el sueño se apodera de mí.

El su (0000000000000000)y agradables sueños qu(00000000000000)ubados por la mierda qu(000000000000000000)ntre Toal y su leche… que (000000000000000000)ra mí; se cree que él puede(0000000000000000) Oportunidad (000000000000000000000) (00 *Estoy* 00000000 *Estoy* 00000)

(00000000 *Estoy vivo* 00000000)

(00000000 *Estoy vivo* 00000000)

(00000000 *Soy blando y débil* 00000000)

(00000000 *Tengo que crecer* 00000000)

(00000000 *Tengo que comer* 00000000)

(00000000 *Tengo que fortalecerme* 00000000)

(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)

(00000000 *comer* 000000 *comer* 00000000)

(00000000 *comer* 0000 *comer* 00000000)

(00000000 *comer comer comer comer* 00000000)

(00000000 *comer* 0000000)

(0000000 *comer* 00000000)

(00000000 *grande y fuerte* 00000000)

(0000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000)

(000000000000000000000000000000000)

(000000000000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000)…

sigo jod(00000000) un hambre que te cagas y las tripas venga a rugirme. Está oscuro y estoy en la cama. No recuerdo haberme acostado. Eso no es habitual en mí. Noto el hueco que hay junto a mí y me aferró a su camisón con fuerza. Sigue oliendo a ella. Lo solté durante la noche y de resultas tuve esas pesadillas. También me he

rascado las pelotas sin darme cuenta porque me pican una cosa mala.

Siento la cabeza como rota y endeble, como si me la hubieran reventado y el contenido se hubiese desparramado por la almohada. Pese a ello, parece como si los tendones del cuello estuviesen tensados al límite de su capacidad, aparentemente incapaces de soportar su peso muerto. Los primeros rayos de sol empiezan a filtrarse insípidamente por las persianas dando a la habitación un aspecto ruinoso y desdibujado.

Con cierto esfuerzo, me levanto para asearme y voy a afeitarme pero me he quedado sin hojas y me arrastro la que está gastada por la cara. Decido no coger el coche y me encamino hacia la parada del autobús con una sensación que es una extraña mezcla de liberación y desesperación, al darme cuenta de que sólo son las diez y veinte de la mañana y ya he decidido que esta noche voy a salir a beber.

Sigo teniendo el estómago revuelto y el tufo de los cuerpos en el autobús me resulta insoportable. Demasiados arrabaleros. ¿Es que no podrían poner un autobús que fuese de Colinton al centro sin tener que pasar por Oxgangs? Cuando bajo, un borrachín me tiende una mano mugrienta y esperanzada. Se la estrecho y le digo al cabrón que Jesús le ama. Parece confuso mientras yo me aparto y cuando comienzan los gruñidos, yo ya voy calle abajo. De no ser porque se aproxima la temporada de la buena voluntad habría vuelto y lo hubiera hecho detener.

Entro en una papelería y compro un ejemplar del *Sun*. También echo una mirada a las revistas pornográficas del estante superior. No me disculpo por esto en absoluto; éste es un trabajo en el que resulta peligroso pensar demasiado, así que lo mejor es que cada cual canalice la propia energía hacia algo en lo que sea fácil pensar pero que no perjudique en absoluto. Para la mayoría de nosotros, el sexo cumple perfectamente la papeleta.

No obstante, me marcho sin hacer otras adquisiciones, y me molesta lo alegre que está el tendero. «El *Sun*», grita en voz alta, «muy bueno, treinta peniques.»

Esto me disgusta, pues no soy como los demás plebeyos apestosos que leen el *Sun*. Soy más bien como alguien que lo redacta, que lo edita incluso. Ten en cuenta la diferencia, so plebeyo, ten siempre en cuenta la puta diferencia.

Lo último que necesito para empezar el día es otra sesión informativa de Toal acerca del asesinato del Wurie ese. Tal como suceden las cosas, es lo primero que recibo junto con Gus Bain, Peter Inglis y tres tarados de agentes, a saber: Roy, al que conozco de la logia, Muir, con el que trabajé en la Brigada Antidroga y que es lo bastante *Jackie Trent*[9], y Considine, que no parece mal tipo. De forma que parece que Toal va a encabezar este equipo en persona para trabajar en el caso del negrata frito.

Sin embargo, estoy que ardo por dentro cuando veo aquí a esa tonta del culo de Amanda Drummond. ¿Qué cojones hace ella en un equipo de investigación de un

asesinato? Yo no le confiaría ni la tarea de elegir las putas cortinas para la oficina.

¿Por qué no le dice alguien a esa nena tontorrona que resulta superflua ahora que tenemos a ese pedazo de rubia de paisano con las piernas depiladas a la cera y el moreno de rayos uva repartiendo papeles? Sí, y aquí viene ahora, colocándose en mi punto de mira. ¡Fuaa! Me pasa una nota informativa.

«Gracias, querida», le sonrío, y me echa una de esas imperturbables miradas de evaluación de las putas predispuestas que saben lo que buscan.

«Joder, qué muñeca», oigo que me dice una voz al oído. Es Ray Lennox.

«Qué coño haces tú aquí», le pregunto, «creía que estabas de servicio con los de Antidroga.»

Ya sé yo lo que está haciendo aquí este cabrón; está al acecho de la rubia buenorra, eso es lo que hace aquí.

«Ahora me iba. Sólo me he asomado para dar los buenos días», sonríe, y se marcha. Lennox se ha recortado el bigotillo, pero se ha pasado. Ahora parece un puto maricón.

Frunzo los labios mirando el culo de la rubia buenorra, perfectamente envuelto en esa falda estrecha, pero el gesto que tenía por destinatario la complicidad coleguil de Ray ha sido interceptado por el parásito con corazón de hielo de Amanda Drummond.

Ignoro la mirada ceñuda de The Thin White Puke[10]. Le doy con el codo a Dougie Gillman, a mi lado, que mira el culo de la rubia con un gesto de examen y aprobación.

Toal ya se ha ido de vinos, agitándose con emoción apenas contenida: «Como sabéis, ahora ya disponemos de una identificación segura de nuestra víctima. Se trata de un tal Efan Wurie y es un periodista *freelance* de Ghana que trabajaba en Londres. No sabemos qué había venido a hacer a Edimburgo y sus amigos dicen que estaba aquí de vacaciones.»

Curioso momento para subir aquí de vacaciones. Me apostaría algo a que no se traía nada legal entre manos.

«Vaya unas vacaciones, pobre chaval», asiente Peter Inglis.

Sí, cierto inspector Robert Toal está demostrando estar en una forma excelente o, si lo prefieren, el hijo de puta está soltando la misma mierda que siempre tiende a soltar. «La policía metropolitana nos ha informado de que recientemente nuestro hombre fue víctima de un ataque en Haggerston, Londres. El dos de febrero de este año salió de un bar con dos amigos. Fue agredido por unos matones que salieron de la parte trasera de una furgoneta con bates de béisbol. Hubo una denuncia pero no se efectuaron detenciones.»

«¿Crees que quizá una de esas bandas con prejuicios raciales fue la que le metió al moreno?», pregunta Gus.

Amanda Drummond hace una mueca. Toal parece cansado. «No podemos pronunciarnos. Podría ser una coincidencia. Sin embargo, sin duda debía tener presente aquel incidente al subir las escaleras del North Bridge. Eso hace que resulte

aún más sorprendente que no tuviera más cuidado.» Toal nos mira en busca de una reacción, pero nadie dice ni pío. Entonces se vuelve y me enfoca. «Bruce, ¿puedo hablar contigo en mi despacho dentro de una hora?»

Un escalofrío me recorre. No quiero tener nada que ver con este caso. «Tendrán que ser dos, jefe.» No he podido evitar pronunciar esa horrible palabra que intento no utilizar jamás en relación con Toal. Me detesto por ser tan… subordinado. Que se joda. «Tengo una reunión con el Foro por la Igualdad Racial de Lothian. Pensé que lo mejor sería mantenernos en contacto con ellos, partiendo de una perspectiva *cotn rels*[11], para disipar temores y lo que fuere, al ser éste un caso delicado y tal.»

«Bien pensado, Bruce, así se hace. Entonces, que sea dentro de dos horas.»

Noto una sensación de vivo placer extendiéndose por mi pecho. Últimamente no he estado del todo bien, pero sigo teniendo combustible de sobra en el depósito para despachar a tipos como Toal. Ni de coña voy a visitar yo a un puñado de monos de la selva y sus niñeras. Necesito dos horas para comer, es lo mínimo. Me dirijo hacia la salida con Gus, pero mientras salimos Amanda Drummond me para. «Bruce, ¿puedo hablar contigo?»

«Tú, querida mía, puedes hablar conmigo en cualquier momento», le digo con una sonrisa. Ese enfoque es una pérdida de tiempo tratándose de una bollera de corazón glacial, pero hay que recordar que hasta los glaciares se funden siempre y cuando mantengas puesta la calefacción. Y si hay algo que Bruce Robertson sepa hacer, es *eso* exactamente.

Me mira con ceño. «Es que he estado hablando con Alan Marshall en el Foro esta mañana y no me ha dicho nada de una reunión contigo.»

«Hmmm», digo frotándome la barbilla. Tendré que apurar más con esa maquinilla. Un afeitado muy apurado; eso es lo que hace falta. «Debe haberse cruzado algún cable por algún sitio. Volveré a hablar contigo sobre el tema más tarde, Mandy, mi amor», digo, guiñando un ojo y volviéndole la espalda.

«Me llamo Amanda y no soy tu amor», me espeta, pero yo ya le he dado la espalda y le hago el gesto de largarnos a Gus, ignorando por completo los gimoteos inútiles de esa pobre zorrilla.

Puedes marcharte, nena.

Nos metemos en el coche y salimos para Crawford’s. En la cola vemos a dos tarados de uniforme a los que conocemos pero cuyos nombres no conseguimos recordar. Agentes veteranos. Yo y Gus les miramos por encima del hombro; van a toda prisa hacia ninguna parte en la estructura profesional del cuerpo. Cuando estamos escogiendo nuestra comida, un vejestorio caradura mira a los uniformados y dice: «En este sitio no entrarán a robar, eh. ¡Las pastelerías y las tiendas de *fish n’chips* son los sitios más seguros de Edimburgo!»

A los agentes se les pone la cara coloradísima. En ocasiones como ésta doy

gracias por lo que tengo, un trabajo de paisano. Los tarados se ruborizan y se largan, mientras Gus y yo volvemos a meternos en el coche.

«La Drummond esa. Un buen polvo, eso es lo que le hace falta», le digo, arrancando el Volvo y notando un subidón de testosterona al poner la siguiente marcha. Venga, nena, ahí te va eso.

Gus sonríe. Es un viejo agradable. Un poco beato, pero no te da el coñazo con eso. «Eres un hombre malísimo, Bruce», dice.

«Parece la clase de tía que ha sufrido una desilusión con un tío. Probablemente será frígida», especulo yo, mientras giramos para meternos en Raeburn Place. Me tomaría encantado una pinta y uno de esos pasteles de carne de Bert's Bar. Mejor que la mierda esa de Crawford's. Pero, bien mirado, una pinta podría llevar a una docena y estoy con ese vejestorio de Gus que se niega a embolingarse cuando está de servicio. Habrá que echarle huevos.

«Es mona, de todos modos», dice Gus, levemente desafiante.

«Sí, claro, mona sí que es», asiento. Mejor recular de momento: de aquí a nada ya pondré a Gus del derecho en lo que a esa puta se refiere.

Pongo la radio. Hay un programa concurso en Radio Forth.

«ASÍ, QUE, MALCOLM, TIENES TRES OPORTUNIDADES PARA HACERTE CON EL PREMIO GORDO. ¿LISTO?»

«¡CREO QUE SÍ!»

«DE ACUERDO. ¿EN QUÉ CONTINENTE ESTÁ PARAGUAY?»

«EH… ¿ES EUROPA?»

«OOOHHH… LO SIENTO, MALCOLM. DE HECHO ESTÁ EN AMÉRICA LATINA. NO IMPORTA, VUELVE A INTENTARLO. ¿LA CAPITAL DE HUNGRÍA ES…?»

«EH… OH… EHM… ¿TRANSILVANIA?»

«OOOHHH… LO SIENTO, MALCOLM… ¡DE HECHO ES BUDAPEST! ESTABAS PENSANDO EN LOS VAMPIROS Y TODO ESO, ¿VERDAD?»

«Sí, BOBBY, ES QUE ESTABA PENSANDO EN EL CONDE DRÁCULA Y TODO ESO.»

«NO TE PREOCUPES. SIGUES TENIENDO UNA OPORTUNIDAD MÁS PARA GANAR EL PREMIO GORDO. ¿LISTO?»

«EH… PSI.»

«VALE. ¿QUÉ ACTOR INTERPRETA AL CANTANTE SEXY TONY FERRINO?»

«AY… TENDRÍA QUE SABERLO… ¿ES STEVE COOGAN?»

«¡STEVE COOGAN ES LA RESPUESTA ACERTADA! MALCOLM WINTERS DE LARKHALL, ¡HAS GANADO NUESTRO PREMIO GORDO DE QUINIENTAS LIBRAS!»

Apago esa mierda y pongo una cinta, el primer y para muchos el mejor elepé de Saxon, *Wheels of Steel*. Aunque a mí me mola más *Denim and Leather*. Observo a

Gus torciendo su gesto de marioneta de goma cuando los muchachos arrancan.

«¡Vaya estruendo, Bruce! ¡No sé cómo eres capaz de escuchar eso!»

«Es la música *soul* del hombre blanco, Gus. Llegamos, conquistamos y sometimos», le explico.

Volvemos alrededor de una hora más tarde cuando quién baja al despacho sino Toal. Habíamos acordado dos horas; me está jodiendo el tiempo que dedico a los crucigramas, el saco de mierda presuntuoso. Toal en la planta de abajo. ¡Toal aquí! ¡Somos unos privilegiados! Normalmente ese tarado nunca sale de detrás de su mesa de despacho. Jamás supe que el cabrón tenía piernas hasta que una noche le vi en el vestíbulo del King's Theatre cuando llevé a la peque a la función. Allí de pie estaba ese cabrón de Toal y pasó de mí. Me acuerdo de la cría preguntándome quién era y yo diciéndole: Es uno de los hombres malos al que hice que encerraran una vez, muñeca. ¡Después de aquello siempre le ha puesto mala cara a ese sacomierda!

«Robbo…, ven aquí», dice señalando la sala de interrogatorios y cerrando la puerta a mis espaldas. «Escucha, no se lo digas a nadie, pero, como sabes, las cosas están bastante al límite por aquí, en particular hasta que se cubra el nuevo puesto de inspector con la reorganización de Año Nuevo.»

Mi puesto. Pero hay que oír a Toal; haciendo como que *quiere* que haya uno de nosotros con el mismo rango que él cuando él no hace nada. De todos modos, tal y como están las cosas, yo debería tener una graduación mucho más alta que ese imbécil. Y además la tendría si Carole no me hubiese obligado a irnos a tomar por culo a Australia durante seis putos años.

«Lo que quiero que hagas, de hecho, es encabezar el equipo del caso Wurie. Yo estaré por ahí vigilando, pero estoy bastante pillado con la mierda esta de reorganización. He recibido una nota de Busby, va a estar de baja algún tiempo más. No sé cómo esperan que dirija esta división con un inspector de menos. De todos modos, acuérdate y manténme al tanto. Este caso lo quiero resuelto prontito.»

El muy gilipollas intenta bailarme el agua porque se cree que si me hace responsable del caso no querré tomarme mi asueto en la Dam. A la mierda con su circular; si tengo que armar un follón a través de la Federación y la hermandad lo haré. Mismas reglas. Después tengo que escuchar su coba sobre lo buen policía que soy, y supongo que es cierto.

Claro que quiero ese puto ascenso, ese puesto de inspector. Es mío, por la experiencia acumulada tengo derecho a él. Cualquier capullo del cuerpo puede decírtelo. Joder, no puedo ser peor que el último desastre al que se lo dieron; nadie podría. Busby, sufriendo de presunto estrés. Nunca se aparta de ese puto campo de golf. Algunos no se lo montan mal, tiene a los tarados de los servicios sociales bailando al son que les toca. Yo le entregaba a ese pedorro inútil y cabrón el petate, entonces habría dos puestos de inspector disponibles en la división y no causaría tan mal ambiente entre los muchachos de la cantina. Pero yo: ocho años desperdiciados. ¿Qué se creen que estuve haciendo todo ese tiempo en Sydney? ¿Puñetas? No cuenta

para nada el servicio en ultramar, según sus estúpidas normas. Y todo por culpa de ella, que no sabe lo que quiere. Carole de Edimburgo: quiero estar allí con mi madre. Carole de Sydney: no logro sentirme en casa, echo de menos a mi hermana. Su hermana: lo único que echo de menos de su hermana es follármela.

«He decidido que con tu experiencia en Homicidios», confirma Toal, «eres el hombre idóneo para encabezar el equipo. A todos los efectos, pues, actuarás como inspector. No podemos hacer nada por lo que se refiere a la remuneración, pero si obtienes resultados te serán útiles para, eh…, el futuro. Tendrás a Inglis, Bain y Drummond en el equipo, con el apoyo de agentes de uniforme.»

Detesto a Toal, pero sabe hacer su trabajo. Eso hay que reconocérselo al cabrón. Me da una palmadita en el brazo y me limito a asentir. Salimos de la habitación. «Entonces todo resuelto, Bruce», dice sonriendo.

En el corto espacio de tiempo que lleva salir de esa sala de interrogatorios y poner la tetera, caigo en la cuenta de que el cabrón casi se sale con la suya con su bazofia lisonjera. Toal no tiene ni puta idea de este trabajo. Con ascenso o sin él, yo me largo para la Dam.

Me fijo en que Amanda Drummond ha estado merodeando por ahí, haciendo como que habla con Gus, pero en realidad acechando a Toal. Se aproxima. «Perdona, Bob, ¿podría hablar contigo un momentito?»

Conque ahora es Bob, ¿no?

«Claro», dice Toal, volviéndose después hacia mí: «Acuérdate de lo que he dicho, Bruce.»

«Sí», digo entre dientes. Me acerco a donde está Gus, observando cómo desaparecen pasillo abajo la maciza silueta de Toal y el cuerpo de cerilla de Drummond. Joder, el Gordo y el Flaco, ya lo creo. «Si se cree que voy a echar el bofe por resolver este caso, está loco que te cagas», le digo a Gus.

«Tal como lo veo yo, todo este asunto no es más que política», dice Gus sacudiendo la cabeza fatigosamente. Me gusta Gus. Parece un teleñeco y es anticuado, pero me gusta. Puedo permitirme ese lujo. Eso sí, él también va detrás de ese ascenso. ¿Las probabilidades en su contra? Demasiado elevadas para calcularlas.

«Joder que sí lo es. ¿Yo renunciar a mi semana de vacaciones en la Dam, que el cabrón sabe que me tomo todos los años por estas fechas, sólo para descubrir quién le ha dado matarile al negro ese y hacer puntos de boy scout ante un tal Mister Toal? En eso estaba yo pensando. En eso andaba yo, sí, señor. No, gracias, Mr. Toal. No, gracias, Mr. Niddrie.»

«Pero nos tiene con el agua al cuello, Bruce. Por lo del puesto de inspector en la reorganización.»

«¡Eso no tiene nada que ver!», le salto demasiado vehementemente a Gus, quien pone cara de inquietud. Tendré que tener cuidado con el genio este. Doy marcha atrás: «Él no tiene una mierda que ver con quién va a obtenerlo. ¿Crees que Niddrie o cualquiera de los cabrones que están en la junta encargada de los ascensos van a

hacer caso a ese gilipollas? ¿El qué sabe? ¡Una puta mierda! En resumen: cero pelotero», digo tocándome un lado de la cabeza.

Dejo a Gus pensando al respecto. El vejestorio cree de verdad que *él* va a obtener el puesto. ¡Error! ¡Lo sieentoo! Ha envejecido demasiado pronto y espabilado demasiado tarde. Vuelvo a mi crucigrama del *Sun*.

HORIZONTALES	VERTICALES
1 Trampa de la araña (6)	**1** Ocurrir (4, 5)
4 Reemprender (6)	**2** Bagatela (9)
7 Tres Hombres Sabios (4)	**3** Músculo (5)
8 Obvio (8)	**4** Cables (5)
9 Mancha (7)	**5** Cierto (4)
12 Chelín (3)	**6** Fruta tropical (5)
14 Aplicador de lubricante (6)	**10** Responder (5)
15 Cerrado (6)	**11** Saludo (5)
16 Artículo definido (3)	**12** Testigo (9)
18 Lotería (7)	**13** Gradualmente (2, 7)
22 Chica de pelo oscuro (8)	**17** Multitud (5)
23 Inactivo (4)	**19** Ascendiente (2, 3)
24 Reírse de (4, 2)	**20** Grito de oveja (5)
25 Signo zodiacal, el toro (6)	**21** Broche (4)

No, hoy no sale nada. Vuelvo a la página tres. «Hola, Bruce», dice Gus, pasándole una bolsa de patatas fritas de Crawford’s a Peter Inglis, «¿quieres que te lea tu horóscopo?»

«Venga, vale pues.» Me ha distraído de Alicia Hull. Joder, cómo está la tía.

«¿Cuál es el tuyo?»

«Tauro.»

«Vale: “Has abarcado más de lo que puedes apretar y de resultas tienes que salir del paso sin saber cómo…”»

«¡Joder, si es verdad! ¡Y todos sabemos quién tiene la culpa!» Señalo con el dedo hacia el techo.

«“… Pero no te preocupes, el eclipse solar de esta semana debería haber disipado algo la incertidumbre que rodea tu futuro…”»

Ray Lennox acaba de entrar: «Suena a ascenso, Bruce», dice riéndose.

«“… Después de eso, te sentirás más inclinado a relajarte y disfrutar.” ¡Buueeno! “La semana de vacaciones de invierno”», dice Peter tomando el relevo.

«¡Deben estar hablando de Amsterdam!» Me froto las manos, justamente en el momento en que entra el pedazo de rubia. Está repartiendo unas notas.

La leve euforia no dura demasiado. Es una puta circular de Niddrie.

CIRCULAR INTERNA

De: Superintendente en Jefe James Niddrie

Para: Todos los inspectores de la División (ver lista de envío adjunta)

Asunto: Módulos de Entrenamiento para la Prevención del Racismo

Como ya habrán sido informados ustedes, se ha puesto de manifiesto cierta preocupación en lo referente al tratamiento de las cuestiones raciales en el seno del Departamento. Hace algún tiempo que la Dirección es consciente de ello, pero a raíz de ciertas críticas recientes se ha decidido que toda la plantilla efectúe unos Módulos de Entrenamiento para la Prevención del Racismo, impartidos por nuestra plantilla de Personal e Igualdad de Oportunidades. En un principio se concederá prioridad a los miembros de la plantilla con más antigüedad y todos los agentes involucrados en casos que se estimen especialmente relacionados con este tema.

Este curso será impartido por Amanda Drummond y Marianne San Yung

---

No puedo creerlo. Toal y Drummond. He estado con ellos esta mañana y no me han dicho una puta mierda. A mí, cuando se supone que soy el número dos de este caso, lo cual, puesto que Toal lo dirige formalmente, significa número uno. Esto es pensar con el culo. Ha ido a espaldas mías con otro de sus proyectos-lameculos-de-negros de joven exploradora.

«¡Vaya una puta pérdida de tiempo!», gimotea Peter Inglis, mirándome.

«Y mira quién lo imparte, además», digo yo, «¡la nena tontorrona esa! ¿Qué coño sabe ella del trabajo de policía?», digo mirando a Ray Lennox. Ha estado olfateando alrededor de esa pequeña zorrilla. Lleva una expresión un poco culpable e intenta cambiar de tema. «No veo cómo vamos a resolver este asesinato si vamos a estar todos haciendo un cursillo», dice encogiéndose de hombros.

«Son un montón de chorradas», asiente Gus. A los chicos no les hace ninguna gracia. Me miran a mí, como representante de la Federación, para que asuma el liderazgo. «¿A ti qué te parece, Bruce?»

«Creo que deberíamos seguirles la corriente. Como tú has dicho, Ray», digo volviéndome hacia Lennox, «no vamos a resolver este caso sentándonos a hablar con periquitas embobadas, pero es cosa suya», digo encogiéndome de hombros.

«Toal lo único que quiere es quedar bien con esos cabrones de la junta, y con todos esos hijos de puta de los foros», se queja Peter Inglis. Está demasiado delgado para un policía con más de treinta años, Inglis. Una puta víctima del sida es lo que me

parece a mí.

«Yo me lo tomaría con calma, démosles a esos cabrones cuerda suficiente con la que ahorcarse», asiento yo.

Más tarde le doy un toque a mi coleguita funcionario Bladesey y le digo que se encuentre conmigo luego en la logia. Después salgo un momento a Crawford’s a por un panecillo con huevo. Aquí fuera hace un puto frío que pela, aunque no pueda anular el acerbo pestazo que sale de mis pantalones. Tendré que llevarlos a la tintorería. Abro el gabán y lo sacudo para ver si la peste es tan firmemente rancia como me imagino, pero sólo viene en ráfagas sueltas. Esos pantalones aún valdrán para un par de días.

Veo un sobre muy manoseado asomando del bolsillo interior superior de mi chaqueta. Es la carta de Tony de Chelmsford que llevo en el bolsillo desde hace un mes. No estaría mal volver a bajar allí a por un poco de folleteo, quizá para Año Nuevo. Pienso en esa guarra de Diana y su gran culo desnudo en mi cara y mis pantalones vuelven a estirarse y ese familiar abultamiento se hace evidente una vez más. Me abrocho el gabán mientras unas mujeres pasan frente a mí. Lo siento, chicas, no vais a echarle un vistazo a carnes de primera como éstas sin poner el parné sobre la mesa. Pero la Diana esa, ésa sí que la va a probar otra vez; no veo el momento de volver por ahí abajo. Son esas pequeñas escapaditas las que te mantienen en danza. Sin ellas lo único que te queda es el trabajo. Y los juegos.

A los de Crawford’s se les han acabado los huevos revueltos. Probablemente se los han pillado los desgraciados de la construcción que tendrían que estar cumpliendo con su puto trabajo en vez de andar pedorreando en las tiendas de comida rápida todo el día. Un desperdicio del puto tiempo de la policía.

INVESTIGACIONES

Ha sido una buena noche en el concurso de billar. Yo he ganado el torneo, demoliendo la resistencia de Lennox y saliendo victorioso por 4-3 tras perder las dos primeras partidas. El capullo lamentable se ha mosqueado y se ha ido a tomar viento. No juegues con los mayores si tu habilidad con el taco no está a la altura y desde luego que la de Lennox no lo está: da igual el juego de que se trate. Así que ahora estoy en la calle helada con mi colega Bladesey, que se viene de vacaciones conmigo a la Dam. Me apetece seguir, ya lo creo. Está nevando ligeramente. Cojo un copo de nieve y me maravillo ante su perfección a través de una neblina de lager, antes de que se desintegre al contacto con el calor de mi mano.

Empieza a caer con más fuerza mientras conduzco a un renuente Bladesey a un roñoso antro de priva en el Cowgate, uno de esos garitos con licencia de apertura tardía, llenos de estudiantes y de bolingas. Piso con fuerza para sacudirme la nieve de las botas y pido dos pintas más. Encontramos asiento y oigo a un capullo de la mesa de al lado hablando de fútbol, dice algo así como que Stronach ha sido un buen criado pero ya no se le pueden sacar noventa minutos bien jugados. Pondero esta afirmación más bien obvia cuando por el rabillo del ojo veo a un viejo cabrón completamente hecho polvo vestido con ropa descolorida pero limpia dándoles la tabarra a unos estudiantes. Eso sí, los jovencitos parecen entusiasmados de complacer al puto vejestorio don nadie.

«¿Ése no es el fulano bohemio ese, Arthur Cormack, ya sabes, el fulano mayor que recita poesía?», me pregunta Bladesey.

Le miro y me burlo. «Para ti el capullo será un bohemio, pero ¿eso qué quiere decir? Para mí es un puto borrachín.»

«Pues resulta que le han publicado una colección de poemas, y que obtuvo un premio del Arts Council.»

«Pero es que un bohemio es eso, ésa es la definición: un bolinga alcohólico y gorrón que consigue engatusar a gilipollas liberales ricos para que crean que es una especie de puto intelectual. ¡Es un puto bolinga! Puedes llamarle como te salga del culo, pero para mí no es más que un puto capullo bolinga y un gorrón.»

Echo un vistazo y noto que algunas de las periquitas estudiantes más follables están venga a hacer aspavientos con ese apestoso montón de trapos y lo detesto todavía más.

«No sé, en realidad…, si viviera en la margen izquierda de París o algún sitio

como ése, sería aceptado universalmente como bohemio…», dice Bladesey, quitándose las gafas y frotando los cristales con un paño. Uno de los *minee pies*[12] de Bladesey está en mucho peor estado que el otro, de modo que uno de los cristales es mucho más grueso.

«Los putos gabachos, ¿qué coño sabrán esos capullos? Un bolinga es un bolinga, joder.» Señalo con el dedo al vejestorio. «¿A eso lo llamas arte? Le he oído. Un puto borracho musitándole unos poemas de mierda a gente que no tiene puta gana de oírlos. ¿Conque eso es lo que ahora llaman arte, eh? O eso o algún puto arrabalero que escribe sobre todas las putas drogas que se han metido él y los espabilados de sus colegas. Por supuesto, él ya no está con ellos, vive en el sur de Francia o algún sitio de ésos, engatusando a todos los putos gilipollas de mariconas liberales para que crean que es una especie de artista… ¡y un huevo! ¡Y un puto huevo!», le grito al bolinga y sus amiguetes estudiantes.

Bladesey parece un poco nervioso. «Bruce, ¿hay algún sitio donde pudiéramos, ejem, ir?…»

«Mensaje recibido, Bladesey. Aquí huele más que en Scrubber's Glose», bufo, mirando al beodo y a un estudiante con el pelo ese de los negros y los andrajos que les gusta llevar a los chavales blancos con pasta. «Vámonos a mi queo», le digo. «Los dos vamos bolingas a tope.»

«¿No le importará a tu mujer?»

«Nah, está en casa de su madre, en Aviemore. La vieja no se encuentra bien. Una enfermedad cardíaca.»

«Santo cielo… » Bladesey me mira con expresión triste, como el puto perro ese, cómo se llama el capullo…, Droopy, como el perro Droopy ese de los dibujos animados.

«Lo provocó ella misma, la vieja boba», explico. «Vas a esa casa y consumen una cantidad de mantequilla enorme, y lo fríen todo. Dulces, chocolate también, y el fumeque…»

«Ya veo…, ya veo», dice siempre Bladesey con un tono que me dice que no, que el capullo no ve una puta mierda. El mejor psicólogo es siempre el policía, vaya bolinga o no. Pienso en mi suegra y una cosa hay que reconocerle a la abuela: siempre preparaba una buena tripada. Cantidad de carne. Le hacía falta un polvo: ése era su problema, desde que cascó el viejo. No recibía suficiente folleteo como para mantener la circulación de la sangre. No es de extrañar que se le atascaran las arterias. Culpa de la vieja pelleja por ser tan frígida, joder. Le advertí a Carole que ella iba por el mismo camino si no se animaba un poco en lo tocante al frente follador.

Apuramos nuestras pintas y nos largamos; paro un taxi y nos dirigimos a mi casa. La nieve está empezando a acumularse de verdad, lo cual quiere decir caos total para los demás y horas extra a tope para los tarados de Tráfico, considerados lo último de lo último por los muchachos de Delitos Graves. El taxista se pone a dar conversación

amigablemente, pensando erróneamente que así va a ganarse una propina. ¡Erróneo! Sólo un imbécil se plantearía darle propina a un taxista de Edimburgo. Lo siento, mi queridísimo amigo, pero las reglas son las mismas. Cuando paramos y salimos del taxi, le largo al capullo toda mi calderilla, contándola antes de ponérsela en la mano mientras su boca se convierte en una hendidura de desaprobación tensa y tiritante.

«Bladesey, ¿tienes alguna moneda de dos peniques? Sólo necesito dos o cuatro de uno.»

«Ahí tienes una de cinco», dice Bladesey. La cojo y la dejo caer en la mano del taxista, retirando un penique de la misma. «Toma», le digo al cabrón, «así estamos en paz. Tres libras y sesenta peniques.»

«Muchas gracias», rumia él.

«En absoluto, muchas gracias a ti», sonrío yo. El mamón se embolsa las monedas y se larga a toda velocidad mientras yo abro la verja.

«¿No le has dado propina?», pregunta Bladesey.

«A ese tarado no le daría ni la mierda que llevara pegada al zapato», le digo yo.

«Hay un par de tíos de la logia que conducen taxis… »

«Lo sé pero que muy bien, hermano Blades. Sólo porque hay algún puto pirata en la hermandad, para mí eso no quiere decir que le tengo que dar propina. Las reglas son las mismas. ¿Propina? ¿A estos hijos de puta? No les daría ni un mal chivatazo para las putas carreras. ¿Me importa a mí? ¡Me importa una mierda!»

En la cocina me sirvo una buena ración de Chivas Regal de doce años y lleno un vaso con una de esas botellas de plástico llenas del Scotch Whisky de Tesco’s para Bladesey. Pienso que es nuestra bebida nacional y que, siendo él un capullo inglés, no notará la diferencia y que de todos modos va bolinga perdido. Podría haberme meado en un vaso y ni se habría dado cuenta.

Pasado un rato se le ve un poco melancólico. «Tienes tanta suerte con tu mujer. Parece que te comprende», gimotea.

Parece que está a punto de abrirme su pecho sobre su relación con el trozo de mujer con el que se casó el año pasado. Bunty, se llama. Adora a esa vacaburra: que si Bunty esto, que si Bunty lo otro, sin parar el capullín. Por supuesto, parece que ella trata al hermano Clifford Blades como una mierda. De acuerdo con mi experiencia eso significa que la mujer necesita una buena follada o una mejor de lo que Bladesey es capaz de proporcionarle. Las reglas son las mismas.

«Es todo una cuestión de valores», le digo. «Quiero decir…, es como plantearse qué le pides a la vida. ¡Eso sí, tendré que darle una buena limpieza a este sitio antes de que vuelva! ¡Parece un muladar!»

«Mmm, desde luego que sí», dice Bladesey, sorbiendo su whisky. Estoy seguro de que el cabrón ha arrugado la cara un poco. Se joda. Joputa caradura.

«¿Y qué hay de tu hija, Bruce? ¿A qué colegio va?»

«Eh, al Mary Erskine’s. Aún está en preescolar y tal.»

«En realidad, eh, yo, eh, estoy pasando una temporada difícil con Craig. Bunty es

tan protectora con él. Él nunca me ha aceptado de verdad. No es que yo haya intentado hacérmelo de padre sustituto…, quiero decir, pensé que ya improvisaría…, tu hija, ¿nunca tienes problemas con ella?»

«… Hubo un pequeño incidente…, la pillaron en unas mentiras, unas mentirijillas de nada, nada grave, ya es agua pasada…» Me tenso. No debería estar contándole nada de mis asuntos a este hijo de puta. La mejor defensa es atacar… «Escucha, Bladesey, viejo bribón, ¿te importa que te haga una pregunta personal?»

«Bueno, yo… »

«Tú y Bunty. ¿Te la follas?»

Bladesey me mira y después aparta la mirada. Este capullo no folla en absoluto, ni de coña. Cuando empieza a hablar, parece avergonzado, pero no ofendido, lo cual me importa un carajo, evidentemente. «Pues…, eh…, en realidad, ese aspecto de las cosas no va demasiado bien últimamente… »

Asiento gravemente mientras Bladesey escupe ante mí su humillación. Este gilipollas realmente cree que me importa. ¡Error!

«Supongo que en realidad siempre he sido, eh, un poco solitario…, siempre me ha resultado difícil hacer amigos…, por eso la hermandad ha sido algo tan bueno para mí…, a todo el mundo se le acepta… Conseguir este empleo aquí arriba y conocer a Bunty…, pues bueno, pensé que había caído de pie. Quiero decir, Bruce, no sé lo que quiere. Nunca le levanto la voz, ni siquiera cuando se muestra muy poco razonable conmigo, y nunca le ha faltado de nada. Quiero decir… »

Será mejor aclararle las cosas al chaval de una vez por « todas. Escucha, colega, un pequeño consejo en el apartado de asuntos-del-corazón. Con las mujeres lo que hay que hacer es follárselas con regularidad. Tenías bien folladas y harán lo que sea por ti. Bien calzadas y bien folladas, ése es el viejo dicho.»

«¿De verdad lo crees?»

«Claro que sí. Todos esos estúpidos tarados de consejeros matrimoniales: vaya montón de puta mierda. La raíz de todo problema matrimonial es siempre sexual. A las mujeres les gusta que se las follen, al margen de lo que digan. Si no te estás follando a la mujer con la que se supone que tienes que estar, entonces eso crea un vacío y la naturaleza los aborrece. Segurísimo que te cagas que llegará algún cabrón que cubra el hueco. Lo cubrirá con varios centímetros de carne de primera. Y si ella no te satisface, ve y consíguete tu cacho en alguna otra parte. Yo sé que podría salir ahora mismo y conseguir el mío como si tal cosa», digo chasqueándole los dedos en la cara y haciéndole dar un respingo en su asiento, «si quisiera y tal.»

«¿De veras crees que es tan fácil?»

«Claro que sí, joder. Hay chochos a los que se les cae la baba, y no bromeo. En esta ciudad y en todas, joder. A lo largo y ancho de este inmenso planeta», digo, haciendo un barrido de la habitación con los brazos. «Lo único que tienes que saber es dónde mirar. Ahora, yo soy detective. Soy poli. Un buen poli siempre sabe dónde mirar. Y sé hacer bien mi trabajo. Quizá no sea el mejor policía del mundo», le

cuento, esperando que asienta con un gesto de empatía, antes de saltar con total seriedad, «pero desde luego soy uno de los mejores.»

Porque vaya si lo soy, joder.

«Bueno, pues tengo que decir que me hace ilusión lo de Amsterdam», dice con expresión de sonrojo.

Un triste gilipollas. Totalmente carente de confianza en sí mismo.

«Será magia pura, Bladesey, y no bromeo. Putas de todos los colores, formas y tamaños. *Slainte!*[13]».

CAROLE

El problema de Bruce es que se lo guarda todo dentro. Sé que en su trabajo ha visto cosas terribles y sé que, diga lo que diga, le han afectado profundamente. En el fondo es un hombre de enorme sensibilidad. Su fachada de dureza engaña a mucha gente, pero yo conozco muy bien a mi hombre. No comprenden lo complicado que es. Conocerle es quererle y desde luego yo le conozco.

Sé, por ejemplo, que Bruce impresiona a las mujeres. Sé que le encuentran atractivo. Lo sé porque soy consciente del efecto que yo tengo sobre los hombres. Si eres una persona sexy creo que siempre eres muy consciente de la sexualidad de los demás. El aura sexual, por así decir. Se convierte en moneda corriente, en un código, en una lengua no hablada. Sí, alguna gente sencillamente posee esa especie de arrebol y sé muy bien que ése es el caso de Bruce.

Yo paso mucho tiempo arreglándome porque siempre me gusta estar guapa para él y también para mí misma. Hay algunas mujeres que dicen que no hay que vestirse para agradar a un hombre, pero cuando amas a alguien te deleitas con su placer; de eso soy culpable y siempre lo seré.

Observo mi propio cuerpo desnudo frente al espejo. Pienso: Sí, Carole, sigues siendo la misma. Creo que estoy perdiendo peso. Me pongo el sujetador, me lo abrocho por delante, después le doy la vuelta hacia atrás e introduzco los pechos. Cojo una sedosa blusa color crema del armario, me la pongo y la abrocho. Me encanta el tacto de esta blusa sobre mi piel. Tengo aquí una falda de color azul marino que le va muy bien. Me pongo la falda y me miro en el espejo. Sí, no hay duda de que estoy perdiendo aquellos kilos que gané; la falda me sienta bien. Mi cara tiene una frente ancha, pero puedo neutralizar ese efecto llevando largo el flequillo. Admiro el grosor de mis labios. Bruce siempre admira mis labios y mi nariz pequeña y mis grandes ojos marrones.

Saco unos zapatos azules aterciopelados del fondo del armario. Pienso en Bruce todo el rato, en cómo jugamos a esos juegos de romper/hacer las paces el uno con el otro, en cómo estas pequeñas ausencias que nos tomamos el uno del otro no son más que un picante que sólo hace que nos echemos más de menos. Siento necesidad y añoranza de él, pronto tendré que volver con él. Me rodeo con los brazos y me imagino que estamos juntos. En cierto sentido lo estamos porque nada, ni el espacio, ni el tiempo, ni la distancia ni lo que sea, puede romper la deliciosa comunión que existe entre nosotros.

IGUALDAD DE OPORTUNIDADES

Me ha costado siglos vestirme esta mañana porque no se me ocurría qué ponerme. La culpa es de Carole; si pensaba darse el piro, al menos podía haber dispuesto un puto servicio de lavandería antes de largarse. A punto he estado de mandarlo todo a paseo y esperarme hasta la tarde para ir a trabajar. Sin embargo, he descubierto un par de pantalones negros que no están demasiado mal una vez que les sacudes las células de piel muerta.

De todos modos, me alegro de haber hecho el esfuerzo, porque han traído a mis novietas para interrogarlas. A esta pequeña podría gozarla a tope. No hay cosa mejor que una periquita con labios que se curvan hacia fuera realzados con mucho brillo de labios. Los chochetes jóvenes con más clase se dan cuenta de ello: jamás puede haber excesos con el lápiz de labios y el rímel.

Noto latidos en el pantalón y respiro hondo para recomponerme. Menos mal que soy un profesional y puedo sobreponerme a cualquier otra cosa que esté en el orden del día. «¿Así que no viste a nadie comportándose de un modo que pudiera considerarse sospechoso en el local?», le pregunto. Pero qué polvete tiene la chica. Estelle, se llama.

«No», dice ella distraídamente. La pequeña zorra está pensando en otra cosa. Gus está al lado con su amiga, me gustaría ver qué tal le va. A punto estoy de empezar a darle caña a esta guarrilla engreída cuando recuerdo que Amanda Drummond está en la misma habitación que yo. Me mira y su nariz se mueve nerviosamente. La ignoro. Entonces ella dice: «Sargento Robertson, ¿podríamos hablar un momento?»

Abandono la habitación, seguido por Drummond. El puto caso este. No estamos adelantando una mierda. Llevo la mayor parte de la mañana interrogando a algunos de los clientes que estuvieron en el club, pero muy poca gente reconoce que recuerda haber visto marcharse a Wurie. El portero, ese cabrón de Mark Wilson —a ese capullo lo reconocí de inmediato—, fijo que él se acuerda del tío, pero no suelta prenda. Más ancho que Leith Walk, se quedó el cabrón espabilao. Las dos chiquitas estas, Sylvia Freeman y Estelle Davidson, me daban buenas vibraciones, pero probablemente es porque están como para follárselas más que por cualquier información que tuvieran. Haré que las vuelvan a traer más tarde. Esa Estelle. Fuaa. Eso sí, Sylvia también. Pueden volver. Volverán. Cuando Drummond haya dejado de merodear.

Estamos en el pasillo y hay un par de pintores extendiendo emulsión institucional barata sobre las paredes. Uno de ellos, me doy cuenta, está mirando el culo informe y huesudo de Drummond. «Tendríamos que ir terminando aquí, Bruce. Está el curso de esta tarde», me recuerda. Aparto la vista del pintor para mirarla a ella. Hay una cosa de ella que sí me gusta: unos dientes saltones que podrían ser una fuente de diversión seria si llegan a estar debajo del prepucio de uno. Aunque Drummond nunca habrá aprendido a hacer buen uso de ellos.

«Intentaba olvidarme de todo eso», le digo. Drummond vuelve la cabeza y enfoca una grieta en el suelo embaldosado. Va adquiriendo cierta pericia en eliminar las malas noticias de las ondas hertzianas. Pues habrá un puto mogollón que eliminar, y no bromeo.

El puto curso idiota este. Como si a mí me importara un carajo. Pero tengo que acceder y damos permiso a las guarras para marcharse y bajamos a la cantina con Gus para un almuerzo más breve de lo habitual. El cacho rubio está en la mesa de enfrente con otro par de chochos de paisano. Me planteo acercarme a saludar, pero veo a Drummond aleteando como un pelícano y Gus y yo decidimos que no nos dejará en paz hasta que vayamos a su puto curso.

«No veo qué sentido tienen los módulos esos. En mi opinión son una puta pérdida de tiempo. Probablemente estén asesinando a algún pobre cabrón en Pilton, y nosotros aquí mariposeando con unas chiquillas empanadas», digo durante el café y la inscripción.

«Dales una oportunidad, Robbo, aún no hemos empezado siquiera», dice Clelland.

Clell es un vacileta de primera clase. Es un tipo apergaminado, alcohólico, con cabellos grises cortos y una cara roja. Con unos carrillos como labios vaginales. Me llega de él la peste en gestación del aftershave rancio. Tapa multitud de pecados. Si lo sabré yo.

«Escucha, Clell, piensa en los años de servicio que llevamos. Una zorrilla boba va a la universidad, se saca un puto título de sociología y después hace un cursillo de Gestión de Personal que viene en los cupones de los tambores de Daz e ingresa en el cuerpo gracias a ese programa acelerado para licenciados, ¡y gana casi tanta pasta como tú o yo, que nos la jugamos constantemente tratando de evitar que los pringados se maten unos a otros! ¡Nunca ha ido más allá de una mesa de despacho sin que un policía de verdad la escoltara a todas partes! Después redacta un documento de normas estúpido que te cagas que dice: “sean amables con los negratas, los maricones y las nenas tontorronas como yo” y a todo el mundo se le calienta el morro. ¡Encima traen a una periquita *chinky*[14] pija con acento americano para que venga a decirnos cómo hacer nuestro trabajo y cómo relacionarnos con la ciudadanía y además, sorpresa, sorpresa, con otro fajo de formularios que rellenar! ¡Sí, ya! ¡En eso estábamos pensando!»

Eso me hace recordar. Tengo que rellenar una OTA 1-7 con mis horas extra.

«Sí», dice Gus Bain, «Escocia es un país de hombres blancos. Siempre lo ha sido y siempre lo será. En cualquier caso, así es como lo veo yo y soy demasiado viejo para cambiar ahora», se ríe alegremente. Buena gente el viejo Gus.

«Precisamente, Gus. Me acuerdo de cuando llevé a Carole y a Stacey a ver *Braveheart*. ¿Cuántos pakis o negratas viste con los colores de la bandera luchando por Escocia? Lo mismo pasaba en *Rob Roy*, y lo mismo en *The Bruce*.»

«Ya», dice Andy Clelland, «pero ahora ya hace mucho de eso.»

«Precisamente. Nosotros levantamos este puto país. No había ninguno de los suyos en Bannockburn o Culloden[15] cuando las cosas se pusieron feas. Es nuestra sangre, nuestra tierra, nuestra historia. ¡Y luego quieren entrar aquí tan frescos, cosechar todos los beneficios y decirnos que todo eso debería darnos vergüenza! ¡Nosotros éramos unos putos esclavos antes de que a estos cabrones los cazaran y los embarcaran para América!»

Ya durante la sesión, la periquita *chinky*, la pequeña San Yung o como la llamen, se pone en pie en traje de negocios y dice: «Bien, quiero hacer un ejercicio de libre asociación. Sencillamente soltad aleatoriamente cualquier respuesta que se os ocurra.»

Se vuelve y escribe un encabezado sobre la pizarra: ¿QUÉ SIGNIFICA PARA TI LA PALABRA «RACISMO»?

Clell grita el primero: «Discriminación.»

La periquita *chinky* se pone toda cachonda y centrada y lo escribe con ilusión en la pizarra.

Gillman entra a saco, cosa desusada en ese capullo, estoy seguro: «Conflicto», salta.

Mientras ella apunta esto último, Clell dice: «Quizá no tenga que haber conflicto. Podría haber armonía.» Gillman le ignora.

Gus Bain dice: «Estás pensando en la laca.»

Yo hago mi aportación y digo: «Esa chica no lleva laca Armonía.» Todo el mundo se ríe un poco con eso, bueno, al menos los chicos que tienen edad para recordar el anuncio. Hasta Dougie Gillman sonríe.

La periquita *chinky* levanta la voz y dice: «Me parece que… te llamas Andy, ¿no?» Clelland asiente. «Creo que Andy ha dicho algo muy válido. Los que estamos metidos en el trabajo policial tenemos tendencia a acostumbrarnos a ver una sociedad basada en el conflicto debido a la naturaleza de nuestro trabajo, pero de hecho en Gran Bretaña las relaciones entre las razas se caracterizan mucho más por la armonía que por cualquier otra cosa.»

«Es la marca puntera de laca», le digo yo. Esta vez nadie se ríe y me siento aislado, como un tonto del culo.

Al menos la zorra parece molesta, que es de lo que se trata. Me mira directamente y pregunta: «¿Qué significa la palabra racismo para ti?…», mirando mi etiqueta identificativa, «… ¿Bruce?»

«Para mí no significa nada. Trato a todo el mundo por igual.»

Bain aplaude lenta y enfáticamente, con los ojos vidriosos y el mentón adelantado.

«Vale, muy loable», dice la *óúcí-chinky*, «¿pero no reconoces el racismo en otras personas?»

«Nah. Allá ellos. Uno es responsable de su propio comportamiento, no del de los demás», le digo. Estoy contento, ésa ha sido una buena observación, sacada directamente de la boba jerga de entrenamiento para habilidades interpersonales de estos cabrones. Puedo ver que casi está en sintonía con el pensamiento hecho polvo de esta *Kitchen Sink*[16]. Entonces Amanda Drummond se lanza con: «Pero sin duda, en nuestro papel profesional como agentes de la ley, hemos de asumir la responsabilidad por los problemas de la sociedad. Es algo que va implícito, diría yo.»

Eres una capullina embobada. Eso es implícito, diría yo. Ni de coña vas a hacer zozobrar a B. R., chochete mongólico. Las reglas son las mismas para la puta nena en jefe. «Hablaba como individuo. Pensé que eso es lo que queríais. Nada de ocultarse detrás de los roles profesionales, creo que se nos dijo en la sesión informativa previa al curso, debíamos responder como seres humanos. Por supuesto que como agente de la ley acepto que tenemos esas responsabilidades.»

La bollera atontada parece haberse quedado pasmada con mi respuesta y desvía la cuestión. Táctica rutinaria. Se está comportando como un puto criminal. ¿Policía? ¿Eso? ¡Ja! «Buena observación, Bruce», dice de forma condescendiente, «¿alguien tiene algo más que añadir?»

«El mayor problema», empieza Gus, «y no vais a agradecerme que lo diga, pero hay que hacerlo, es que los negros cometen la mayor parte de los delitos», dice volviéndose hacia mí. «Tú trabajaste para la Met en Londres, Robbo. Cuéntales.»

«Bueno, yo sólo puedo hablar del tiempo que pasé en Stroud», digo, evitando comprometerme. Miro hacia Ray Lennox. Su rostro está impasible pero en su mirada hay cierta tensión. Apuesto a que el cabrón está sufriendo. Ha vuelto a pegarle a la mierda de las narices, me apuesto cuatro contra uno.

Interviene braguitas de *chinky*: «¿Qué pasa con Stroud Green?»

«No creo que sea apropiado entrar en los problemas particulares que haya podido o no sufrir una zona aislada», le digo abruptamente.

«Muy bien», dice ella de forma vacilante. No le ha gustado ese desaire. Pero, por supuesto, eso no supone ningún problema real. Si nosotros no hablamos, entonces estas cabronas nunca se cortan en rellenar los huecos. Así que escuchamos una insípida conferencia, atentos al tiempo hasta que llega la hora del café, mientras el calor del radiador casi hace que nos durmamos.

Por fin se suspende la sesión para ir a tomar café. Unas galletitas de mierda, eso es todo lo que nos dan con el café. Yo suelo ir a buscar un bocadillo a la cantina o algo de la panadería para desayunar, pero nah, todo eso queda olvidado con esta desorganización para su cursillo de amor al negro. No piensan en la rutina de nadie

que no sean ellas. Cojo un café y me quedo de pie junto a Clell. Me mantengo deliberadamente alejado de Gus. Agradable, pero se traiciona mucho más de la cuenta. Lleva demasiados lustros en el ajo para aprenderse un guión nuevo. Lennox está en lo cierto. Aunque es demasiado espabilado, ese joputa.

Estamos esperando al joven Mister Lennox. Joder que sí.

A Clell, Gillman y yo se nos une la periquita *chinky* con el acento pijo angloamericano. No para de cambiar, joder. Probablemente habrá ido a colegios pijos de todo el mundo. Odio a esos cabrones privilegiados. Se creen que eres una puta mierda, que pueden utilizarte para que limpies su mierda y, de hecho, la mayor parte del tiempo dan en el clavo. Lo que no saben, sin embargo, es que tú siempre estás acechando en la penumbra. La oportunidad de saltar no suele presentarse jamás, pero tú siempre al acecho, siempre preparado. Por si acaso.

Chinko le lleva dando al pico que te cagas, anda que no. Los problemas particulares de los barrios céntricos. Ya, qué razón tienes, muñeca, ese acento no lo adquiriste en ningún puto barrio céntrico. Está venga a largar intentando que le soltemos algo, tácticas habituales, pero nosotros nos mantenemos herméticos. Clell está un poco más expansivo, diciéndole a la capulla lo que quiere oír, pero va de vacile. Está de esgrima dialéctica conmigo y con Gus; el hijoputa no hace más que adoptar su papel. Yo pienso que el mejor modo de tratar con estas cabronas es simplemente hacer chitón. Los mejores presidiarios también lo saben: no decir una puta mierda. Pero ella sigue dale que te pego y yo asiento, miro sus ojos y labios en movimiento y empiezo a pensar en su coño.

Joder, le echaba uno descarao. No es gran cosa en el apartado careto, pero el cuerpo que lleva pegado está muy bien. Alta puntuación en curvatura de culo. No te preocupes de la repisa de la chimenea cuando estés removiendo el fuego; ése es mi lema, y me ha servido. Las mismas reglas.

Es como si ella pudiera leerme el pensamiento, porque parece que se ruboriza y mira el reloj. «Bueno», dice, «será mejor que nos metamos dentro otra vez.»

Yo sí que me voy a meter dentro de ti en un minuto, cabrona. Probablemente está dispuesta que te cagas, además.

Lennox está hablando con Amanda Drummond. Lo más probable es que esté intentando meterle un cacho, el muy guarro. Aunque tratándose de Lennox no sería mucho cacho. Drummond me pilla mirándoles y aparta la vista. Yo le echaba uno, aunque sólo fuera para pasar el rato. A lo mejor de pie en el tigre, si me quedara algo de tiempo entre terminar el crucigrama y la pausa para el desayuno. El dedo índice de Lennox frota el lado de sus napias. El chivato de que el cabrón supertranqui Ray Lennox está contando mentiras, que debajo de tanta fachada es un manojo de nervios rotos.

Sí, Lennox, cacho cabrón, ya te enterarás.

Así que volvemos a darle al tema. Clell juega a ser el tipo agradable, Gus les toma el pelo y yo me mantengo chitón. Hace calor y empiezo a sentir náuseas y a

encontrarme un poco tembloroso. Noto una sensación enfermiza y pesada en la tripa. Es como si tuviera algo dentro, casi noto cómo crece y se va haciendo más fuerte. Un tumor quizá, como el que mandó a la vieja al otro barrio. Somos propensos, los de nuestra familia. Pero ella era…, empiezo a sudar profusamente, presiento un ataque de pánico.

Lo estoy perdiendo.

A la mierda.

No soy como Busby ni como ninguno de esos pimpollos enfermos-de-estrés crónicos que no pueden manejarse en el gran mundo. Los cabrones de aquí nunca lo sabrán, nunca lo sabrán porque valgo más que eso, más que todos ellos, soy más fuerte que toda la basca de esos cabrones a la vez.

Me disculpo y me voy al tigre. Ya en el cagadero, tiemblo y me castañetean los dientes. Me siento. El culo me pica cosa mala. Querría esterilizar esas almorranas: un poco de agua hirviendo, un dolor agudo y ya está. El papel es esa basura áspera de los servicios municipales. ¡Putos cabrones! Cómo esperan que yo…

Me rasco las almorranas hasta que se me saltan las lágrimas. El dolor me permite concentrarme en algo. Mi respiración se hace más lenta y los temblores disminuyen. Intento hacerme una paja, tratando de imaginarme en pelotas a la periquita *chinky* y después a Amanda Drummond, pero no lo consigo. Tendría que haberme traído el periódico a escondidas. No sé quién sería la guarra que sale en la página tres, no la he visto antes.

Cuando vuelvo a entrar sigo estando un poco nervioso. Todas las miradas se centran sobre mí.

«No pareces muy a gusto, Bruce», dice Amanda Drummond, «¿te pasa algo? ¿Te encuentras bien?»

Un buen ataque es la mejor defensa. La miro directamente a los ojos. «Me encontraría mucho mejor si supiera lo que estoy haciendo aquí. Al igual que varios de mis colegas, me he visto envuelto en la investigación de un asesinato: intento resolver el asesinato de un hombre perteneciente a una minoría étnica. Me han apartado de eso para pasar el tiempo aquí.» Esto último lo digo de manera que ella sepa que no considero que *ella* participe en el caso. «Respóndeme a esto si puedes: qué es lo que favorece más la armonía entre las razas, ¿este cursillo o resolver ese crimen? Porque aquí sentados desde luego no vamos a resolver ninguno, hermana», le digo.

«¡Ahí, ahí!», dice Gus, y empieza a aplaudir, y algunos de los otros chicos hacen lo mismo. Peter Inglis silba.

Eso le provoca a la muy puta rubor y medio.

«No es cuestión de una cosa o de otra, tenemos que hacer ambas…», dice débilmente, y después añade con un poco de entusiasmo, «como deja claro el

borrador sobre estrategia.»

Ah, ¿conque ahora se trata del borrador sobre estrategia? Ya me estaba preguntando cuándo íbamos a llegar a ese montón de mierda particular. Pues bien, he estado haciendo los deberes, caratorti, muchísimas gracias. «Me alegro de que lo hayas mencionado porque si se me permite citar una circular de Personal relativa al borrador sobre estrategia, y cito: "No existen vacas sagradas en una organización moderna como la policía. Todo está por hacer, todo es prioritario".»

«Exactamente. El hecho de que estés aquí demuestra que es prioritario», me replica con presunción.

«Precisamente. A la inversa, el hecho de que no estemos ahí fuera investigando el asesinato de un joven demuestra que eso *no* tiene prioridad.»

«¡Ahí, ahí!», grita Dougie Gillman. Es bastante desagradable, Dougie, pero cojonudo como interrogador. Uno de los pocos cabrones del cuerpo que podría ser un adversario formidable. Menos mal que no ha rellenado el formulario para el puesto de inspector. Respeta la jerarquía de la hermandad.

«Y lo mismo decimos todos nosotros», ladra Gus.

Estas taradas no se salen con la suya hoy, eso es más seguro que una mierda pegada al zapato. Para cuando finaliza el día parecen tan destrozadas como un par de putas al volver del turno de tarde, y no bromeo.

Al final del cursillo noto que Ray Lennox está disfrutando de un poco de palique con Gus. Estos capullos parecen estar de un amiguete que te cagas. Aunque eso ya lo resolveremos.

Estoy otra vez pensando en las oportunidades de ascenso mientras bajo las escaleras. La competencia no es muy dura que digamos.

GUS BAIN	Demasiado viejo y estúpido.
KEN ARNOTT	De segunda división. Un íntegro y aburrido poli-sin-colegas-fuera-del-cuerpo-y-la-her-mandad. Una amenaza seria si tuviera medio cerebro.
PETER INGLIS	No me extraña que me esté lamiendo el culo después de haber tenido la audacia de presentarse al puesto. Un perdedor. Hay algo raro que te cagas en este triste y solitario individuo.

Llego a mi mesa y hay un mensaje que dice que una mujer ha intentado hablar conmigo, pero no ha dejado el nombre. Será Carole, seguro. Habrá visto lo equivocada que estaba. Estará poniéndose un poco llorona con la proximidad de las Navidades. Ese es su problema. Tengo que largarme para ir al matasanos. Tengo hora.

Cruzo la ciudad en coche. Estos cabrones han cambiado el sistema de sentido único para confundirte todavía más. Intentar conducir desde un lado de la ciudad al otro con todo este follón es un puto chiste. Si por mí fuera, prohibiría todos los

autobuses y cortaría la mayor parte de los estúpidos jardines esos y pondría unos cuantos carriles nuevos en Princes Street.

En la consulta del doctor Rossi me hacen esperar durante doce minutos. He llegado a las 5.25 para mi cita de las 5-30, pero son las 5.42 cuando me hacen pasar, probablemente gracias a alguna vieja vacaburra que huele a rancio y sólo quiere desperdiciar el dinero de los contribuyentes hablando todo el día con un médico, única persona dispuesta a acercarse a ella a cuenta del tufillo que despide la cabrona.

No pasa nada, cabrona vieja y apestosa, sólo estoy investigando un asesinato. Sigue, sigue, no te preocupes por mí.

Cuando entro, Rossi no me pide disculpas por hacerme esperar. En vez de eso, me dice que me baje los calzoncillos.

«Bueno, Mr. Robertson», dice Rossi inspeccionando mis testículos y el interior de mis muslos, «esto parece un eczema.»

«¡Eczema! Pero aquí…, quiero decir, a la gente le salen eczemas en la espalda, los brazos o la cara… pero ahí no… »

Los ojos de Rossi se ensanchan tristemente y resulta evidente en ellos cierta desaprobación. «Los eczemas pueden aparecer en cualquier parte. No hay nada que sugiera que pueda usted tener algo más, y desde luego no se trata de una ETS.»

Aquí estoy, desintegrándome y este cabrón quitándole importancia como si no fuera nada… «Nunca he tenido algo así. Ni siquiera cuando…, quiero decir, simplemente nunca he tenido algo así.»

«¿Alguno de sus padres era propenso? Puede ser hereditario.»

«No.»

Padres a la mierda padres a la mierda.

«Se trata de una enfermedad de la piel, más irritación, probablemente algún tipo de eczema. No puedo insistir demasiado en que mantenga limpia esa zona. Voy a recetarle una pomada.»

Respiro profundamente y lleno mis pulmones con el aire rancio de la consulta de Rossi. Intento concentrarme en Rossi sin mirarle a los ojos. Mira las cejas, un viejo truco de presidiario: centrarse en las cejas del policía en vez de en las pupilas. Si te traen un Fyfe un Begbie un McPhee un Wylie o un Doyle esos cabrones de criminales siempre adoptan la misma táctica. Contacto visual sin contacto visual. Siempre descoloca a los polis novatos, ese truco. El solo hecho de formular una estrategia, volver a la noción del juego resulta un tanto revigorizante y le pregunto secamente a Rossi: «¿Qué es lo que ha provocado esto?»

Rossi empieza a rajarse. Ahora su tono resulta menos altanero. Después de todo, no se trata más que de dos profesionales charlando juntos en modalidad diagnosticadora. Identificar el problema y sugerir posible solución. «Bueno, quizá sea usted alérgico a determinadas comidas. Puede formar parte de la situación de estrés y ansiedad que ha estado experimentando.»

Estrés. Eso me cuadra. El puto curro. ¡Esto lo ha provocado Toal! ¡Ha jodido a

Busby y se cree que va a joderme a mí! ¡Error!

Cojo las pomadas de Rossi y me dirijo a casa. No es un buen sitio para mí, nunca lo ha sido. Prefiero hacer todas las horas extra que pueda. A la gente como Gus le encantan las horas extra. Cogen la costumbre durante el verano para poder acumular todo el tiempo posible para jugar al golf durante el día, cuando los campos están libres. A mí me gusta mantenerme ocupado de noche. Me dirijo a casa y paso una noche tranquila cascándomela con algunos de los vídeos de Héctor el Granjero. Le echo un vistazo al *Evening News*. Hay un artículo escrito por un tarado al que llaman su «Reportero Criminal en Jefe» que sencillamente parece ofrecer una caja de resonancia a cualquier amante de los negros que quiera criticar al cuerpo. Después me dirijo a la disco de Jammy Joe's; una oportunidad de mezclar los negocios con el placer. Intentar aparcar por el centro da por culo y no debería haber cogido el coche. De todos modos, voy a mantenerme bastante sobrio, sólo quiero tirarle los tejos a alguna guarra con ganas, llevármela a casa y follármela hasta estar lo bastante cansado como para sobar un poco.

El Mark Wilson ese está de portero y el listillo me está mirando con los nervios de punta. Sí, estoy casi seguro de que el cabrón andaba con los CCS[17] en tiempos. De ser así, es casi seguro que apoya(00000000 *comiendo siempre comiendo* 00000000) que todos los asunto (00000000 *creciendo* 00000000) básicamente me jod(00000000 *alimenta a mi anfitrión* 00000000)Hay algún limpio co(00000000 *viajo en el interior*) para bajar con una cer (00000000 *de esta nave, creciendo*) cara agradable y le pago (*llenando sus cavernosos vacíos, para utiliza*) Bacardí.

Co(*su espacio y hacerse uno con él. Gracias*)un truco sucio intenta (*por el hogar, anfitrión mío. Gracias*.) pregunta.

«No (*Gracias por la vida* 00000000) sólo que no como (00000000 *comer más* 00000000)

«m(00000000 *comer* 00000000), (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)na sonrisa asom(00000000 *comer* 00000000 *comer*)

«Cog(00000000 *comer* 00000000) a la luz es chillor (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)ges algo para pode(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)

Pue(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)mo si estuvie(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)

M(00000000 *comer* 00000000) ahí Ella debe d (00000000 *comer* 00000000) gruñe sin para (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000) como si fuéram(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)ra, joder violenta(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000) librarme de ella (00000000 *comer* 00000000)RRERSE ANTE(00000000 *comer* 00000000) después yo in(00000000 *comer* 00000000) a dormir lleva (000000000000000000000000) dormitando tan ra(00000000 *comer* 000000000000) hija de puta y eso re(0000000000000000 *comer* 00000000) mientras ella lleva la (0000000000000000) con todos esos asquerosos,

me pare (00000000 *comer* 00000000)

(00000000, *comer* 0000000000000000 *comer* 00000000), (0000000000000000) (0000000000000000) (00000000) (0000000000000000000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000000000)

(00000000000000000000000000000000000000000)

(000000000000000000000000000000000000000000) (0000000 *comer* 000000000 *comer* 00000000) (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000) (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000) Llam(00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)n Lee Marvin (00000000 *comer* 00000000 *comer* 00000000)edad. Yo estoy con(00000000 *comer* 00000000)gar a casa por Crawf(00000000 *comer* 00000000)on jamón y donuts. (00000000 *comer* 00000000)

Presum(00000000)e largarme sin haber po(0000000000000) telefonear otra vez. Si anoche era cuestión de vaciar la bolsa, esta noche, gracias a san peo, toca logia. Los masones son el único lugar al que puedes ir para conocer tipos que no sean polis. Aquí las cosas son distintas de como son en Inglaterra. Existen, por supuesto, algunos peces gordos y profesionales, como en el sur, pero en las logias de aquí arriba lo que hay sobre todo son trabajadores cualificados. Es como con el golf: en Escocia hay clubs de golf arrabaleros como Silverknowes. Pero anda, sé un puto obrero cualificado e intenta ingresar en un club de golf en Inglaterra, a ver.

Personalmente, opino que los delantales son para que se los pongan las chicas tontuelas en la cocina y no para hombres hechos y derechos cuando salen de noche. El ritualismo de las logias tiene, sin embargo, su utilidad; me ha hecho mucho más imaginativo sexualmente. Eso viene bien para los juegos.

Me hago unas tostadas en la parrilla, pero quemo la primera tanda y tengo que volver a intentarlo. Abro la puerta trasera para que salga el olor. En el jardín, en la parte trasera, me doy cuenta de que la bicicleta de Stacey no está guardada en el cobertizo. Se oxidará hasta quedar hecha una mierda. La meto dentro y voy al fondo del jardín con el pretexto de hacer las pequeñas labores de mantenimiento, pero lo que quiero es meter las narices en casa de Stronach. Hoy estará entrenando y no me vendría mal un vistazo a su periquita, a ver en qué anda la pequeña zorra. No parece que esté en casa y aquí fuera hace rasquilla.

La segunda tanda de tostadas sale bien. Es mediodía y relleno mi ficha de horas extra de anoche en Jammy Joe’s en el formulario OTA 1-7 antes de dirigirme a Jefatura en el Volvo acompañado por una cinta del álbum de debut de Iron Maiden del mismo nombre, aquel en el que estaba al micrófono Paul Di Anno en vez de Bruce Dickinson.

Las últimas nevadas se han helado. Por supuesto, eso significa caos en la carretera e incapacidad de los de tráfico en carretera para hacerle frente. Como si no estuvieran acostumbrados al mal tiempo. Hay un cuello de botella que va de Colinton al puto Aberdeen de los huevos o casi. ESTO PASA TODOS LOS PUTOS AÑOS. Me dan

ganas de salir del coche y estrangular hasta matarlo a cualquier tarado cuya cara me ofenda, que en este caso es casi todo dios. Aquí el puto cuerpo de policía…

Putos servicios de emergencia. Cabrones. Joder, les aparco el coche junto a las tiendas que hay a la entrada de Napier College. Ahora es una supuesta universidad, pero todo dios sigue conociéndolo como Napier College. El público reconoce una uni de verdad cuando la ven y este puto sitio para aprendices de tejedores de cestos no encaja en modo alguno con esa descripción. Las mismas reglas. Aquí hay una panadería decente y llamo por radio para decirles que el tráfico está de escándalo y que los veré cuando sea.

Cuando por fin llego, empiezo repasando los papeles del caso Wurie. Me interrumpe una llamada de Gus Bain, que está en los archivos. Si no conociese mejor a ese cabrón, diría que también anda olfateando al gran cacho rubio que hay allí arriba. Pero lleva casado setenta mil años luz con la misma vieja pelleja, el vejestorio meapilas.

«Bruce, aquí Gus. ¿Ya has abierto tu correo interno? Hay un regalito del graciosillo de arriba.»

Abro uno de los sobres del montón que hay en mi bandeja de entrada, el que lleva el nombre de Niddrie.

CIRCULAR INTERNA

De: Superintendente en Jefe James Niddrie

Para: sargentos Gillman, Stark, Robertson, Mclnally, Thomas, Inglis, Clelland, Noble, Phillips, Lennox y Bain Fecha: 3 de diciembre de 1997

Asunto: Módulo de Igualdad de Oportunidades: Prevención del Racismo

Los tutores del curso han hecho llegar hasta nosotros casos de actitudes y comportamientos inapropiados durante el curso en el que usted tomó parte. Teniendo esto presente, se pretende celebrar una serie de sesiones informativas individuales con miembros del curso, tutores y miembros del equipo del que yo y el Jefe de Policía Delegado Mathieson somos miembros.

Teniendo esto presente, por favor preséntese en mi despacho el viernes, 4 de diciembre, a las 14.15 h., la hora prevista para su sesión informativa.

Estoy sentado digiriéndolo, y abriendo otro Kit Kat cuando entran gimoteando Inglis y Gillman.

«Eso es mañana, joder», bufa Gillman. «¿Qué clase de aviso es ése?»

A Niddrie deben de estar machacándole la cabeza los jefazos. Este caso no va a desaparecer, desgraciadamente. Los chicos están venga a gruñir al respecto y llega el viejo Gus. El viejales también está por la labor de armarla.

«Pues os diré una cosa», dice, «yo no subo ahí arriba sin un representante de la Federación. Ése eres tú», sonríe, mirándome. Resulta descaradamente obvio que el viejo y lamentable chivo pretende que yo ponga nerviosos a Niddrie y Toal y así me elimine yo mismo de la carrera por el ascenso. El viejo cabrón es muy previsible. Tiene sentido seguirle la corriente.

«¡Joder, y que lo digas, Gus! ¿Pero qué mierda es ésta? Voy a ponerme al habla con Niddrie ahora mismo. Tú reúne a los demás. Diles que no digan una puta mierda sin un representante de la Federación. Esto es un puto montaje disciplinario. Estos cabrones pretenden dar ejemplo con uno de nosotros sólo porque la prensa y unos capullos con pelos en la lengua están levantando un follón por el moreno frito ese.»

«Vale», dice Gus.

Me siento y me tranquilizo. Después telefoneo al Marshall ese del Foro Multicultural por los Derechos de los Negratas o como coño se llame, el cabrón que me ha estado agobiando. «Hola, ¿señor Marshall? Aquí el sargento Robertson.»

«Llevo siglos intentando localizarle para celebrar una reunión… »

«Sí, parece que no ha habido forma de coincidir hasta ahora. ¿Le parece bien mañana a las dos?»

«Sí, muy bien. ¿Quiere que vaya a su despacho?»

«No, en absoluto, le he hecho esperar, iré a verle yo a usted», le digo.

Cuelgo el teléfono y me arrebata un placentero calorcillo. Después llamo a Niddrie mientras capto la atención de Gus. Le hago un gesto para que ponga la tetera.

«Aquí el sargento Robertson. Respecto a su circular. La fecha que me da no me conviene», le cuento a Niddrie. «Tengo una cita para esa hora y no puedo escabullirme.»

«Anúlela. Esto tiene prioridad», me informa secamente Niddrie. Niddrie odia que le llame directamente a él. Todo tiene que pasar a través de Toal. Niddrie cree en la estricta división jerárquica de la estructura informativa de la organización. La cadena de mando. A los recién llegados a la división les suelta la basura esa de «mis puertas siempre están abiertas», pero ay de los capullos que alguna vez se muestren lo bastante bobos como para intentar cruzarla.

Resultaría agradable joder a Niddrie sin necesidad de jugar la carta de la hermandad. Sé que los gilipollas estos neolaboristas de las City Chambers[18] están ebrios con su victoria electoral y van contoneándose como pavos reales y poniéndose duros con Niddrie y cía y que una de sus reivindicaciones es la igualdad de oportunidades. «Tengo una reunión con una gente del Foro sobre Igualdad Racial y

Relaciones Intercomunitarias», le cuento.

Se hace un silencio al otro lado de la línea. «Mierda…, escuche. Tendrá que ir… Lo dejaremos para el jueves por la tarde. A las tres y inedia.»

Niddrie rae cuelga. Mantengo el auricular pegado a la oreja y llamo a Toal, fijándome en que Gus, ocupado preparando el café, no ha visto cómo volvía a marcar. Piensa que todavía hablo con Niddrie.

«Soy Bruce Robertson», cuchicheo. «Niddrie me ha cambiado la hora de mi informe. Tengo que ir a una reunión del Foro. Te informo como mi superior más inmediato», levantando la voz para que Gus lo oiga. «Iré, pero llevaré conmigo a un representante de la Federación. Drysdale, del South Side.»

Gus enarca las cejas. Me pone delante una taza de café con el logotipo de los Hearts. Esta no es mi taza de los Hearts, es la de Inglis. Seguro que pillo algo de ese cabrón.

«Creo que no has comprendido la circular, Robbo», dice Toal.

«¿No?»

«Se trata de una sesión informativa y explicativa. De momento no se ha planteado la cuestión de amonestar ni sancionar a nadie.»

«¿Así que lo que me estás diciendo es que puede ser el paso previo a unas medidas disciplinarias?»

«No…, no necesariamente. Es una discusión sin propósitos fijos.»

«Entonces, ¿es una sesión de orientación?»

«Pues… sí…, pero no una sesión orientativa en el sentido de que en este momento guarde relación, siquiera potencial, con los sistemas disciplinarios de la Policía de Edimburgo y los Lothians.»

«¿Pero mi presencia es obligatoria?»

«Todo el mundo ha de asistir.»

«¿Me lo pides o me lo ordenas?»

«Robbo, lo que espero de ti y del resto del equipo es vuestra colaboración voluntaria. Si ésta no se da, entonces me veré obligado a introducir algún elemento disciplinario.»

«Ya veo…», dejo colear el silencio.

Finalmente, Toal dice: «No tengo tiempo para esta mierda. Te veré en el despacho de Jim Niddrie a la hora prevista. Cancela todo lo demás.»

La línea se corta. ¡Ahora me ha colgado Toal! ¿Quién coño se creerá que es? El puto chico de los recados de Niddrie, eso es lo que es. Grito al micrófono: «¡No tengo tiempo para esta puta mierda, Niddrie! ¡Tenemos un caso de asesinato que resolver!» Cuelgo el auricular violentamente.

Gus Bain enarca una ceja: «Vaya, Robbo, se lo has dicho claro a Niddrie, ¿vale?»

«Es la única forma con estos cabrones, Gus», digo yo. «Es lo único que entienden.» Me vuelvo y me fijo en la Sonia esa, una de las oficinistas civiles, que ha entrado en la habitación. «Disculpa, Sonia, cariño, lo llaman lenguaje industrial.»

«No importa», dice ella. «Me llamo Hazel.»

«Claro…, claro…, Hazel.» Apuesto a que le gusta por todos los orificios. Aunque es un poco joven para mí. Pero oye, si tienen edad para sangrar…

«Estoy seguro de que Hazel ha oído cosas peores», dice Gus con esa risa grimosa y asmática suya, y ella sonríe nerviosamente.

«Lo que podrías hacer por mí, Hazel, es darles un telefonazo a esa gente del Foro. Tenía una reunión con ellos para mañana a las dos. Diles que tengo que cancelarla, pero que volveré a llamarles.»

«De acuerdo…, ah, sí…, te ha llamado una mujer por teléfono mientras estabas fuera», me dice.

«¡Vaya!», se ríe Gus. «Mister Popular.»

«¿Sí? ¿Quién?»

«No ha querido dejar su nombre ni su número de teléfono. Ha dicho que tú sabrías quién era.»

«Vale… »

Qué putada. Mierda. Probablemente sería Carole pidiendo perdón. Dejaré un mensaje en el contestador esta noche.

Esos cabrones de Toal y Niddrie me están jodiendo pero bien. Haciéndome perder llamadas de teléfono importantes con su mierda. Joder, tendría que haberme quedado en Australia. ¿Dónde estarían entonces esos hijos de puta? Si no hubiera ido allí sino que me hubiera quedado en Londres con la Met, ahora probablemente sería jefe de una agrupación de tamaño normal tirando a mediano. Noto que me pica el culo cosa mala. Los calzoncillos estos se suben y me rozan las heridas. El culo no tendría que sudarme tanto, joder. Estrés, eso es lo que es, como dijo Rossi, y lo provocan estos cabrones de Personal que no sabrían en qué consiste el trabajo policial ni aunque les chupara la polla o les comiera el coño.

Decido encaminarme a la cantina para comer, bueno, para picar, pues es un poco pronto. Demasiado tarde para desayunar y demasiado pronto para comer. La hora de Bruce Robertson, la llamo yo. Ina me sirve unos panecillos con beicon y oigo voces cobistas a mis espaldas que pertenecen a unos capullos trajeados y uno de ellos es ese cabrón piquito de oro de Conrad Donaldson, abogado que se pasa el tiempo cobrando de los impuestos que pagamos todos por defender a la puta escoria que nosotros nos jugamos la vida tratando de encerrar: violadores, asesinos, pederastas y demás.

«¿Practicando el canibalismo, Bruce?», dice, señalando el plato con la cabeza y sonriendo.

Yo me limito a mirarle fríamente. Me encantaría tenerle en mis manos. Sólo él y yo, sólo veinte minutos juntos en un cuarto de interrogatorios.

«Hola, Conrad», digo, forzando una sonrisa.

Quiero pegarle un puñetazo en la cara, tirarlo al suelo e incrustar esa sonriente cara de pijo en el suelo bajo el talón de mi bota sin parar hasta que su cráneo estalle sobre el linóleo, haciendo que su jodido contenido amante de los criminales se

desparrame por el suelo embaldosado de la cantina. Después me sentaría a comer tranquilamente y sin problemas de vómitos, y no bromeo. «¿Recuerdas lo que te dije que significaba PIG[19]? Orgullo, Integridad y Agallas.»

Sonríe y se vuelve hacia sus amiguetes. «El sargento Bruce Robertson. Uno de los reaccionarios más destacados del cuerpo. Y tengo oído que procede de una familia minera, además.»

«Has oído mal», digo suavemente, mirándole con dureza a los ojos. «Debes confundirme con algún otro.»

«Hmm», dice Donaldson entre dientes, enarcando las cejas.

Llevo los nudillos que sujetan la bandeja blancos al marcharme. Oigo a Donaldson murmurar un adiós consensual, a través del zumbido que tengo en los oídos. Me encuentro enfermo y mareado. Me siento en una esquina y devoro los panecillos, desgarrando y rasgando la carne fibrosa con mis afilados dientes, deseando que fuera el escuálido cuello de Donaldson. La estrella en alza del neolaborismo Conrad Donaldson.

Cuando vuelvo arriba me he calmado, pero cada vez que pienso en Donaldson y los de su ralea, una furia salvaje se estrella contra el interior de mi pecho. Llega a ponerse tan mal que tiemblo y los dientes vuelven a castañetearme. Necesito una copa, así que termino pronto y voy al bar del club social de abajo. El solo hecho de notar bajo mis pies la espesa alfombra me tranquiliza. Supone un cambio con respecto a las demás habitaciones del edificio, con su suelo beréber áspero, delgado y barato. El propio bar resulta mucho más básico de lo que era antes. Cuando abrió estaba lleno de curiosidades de calidad, vasijas antiguas y tal, pero no paraban de desaparecer así que optaron por un decorado más funcional. Hay un par de polis novatos jugando al billar, pero veo a Bob Hurley en la barra. «Veo que llego justo a tiempo», digo sonriéndole.

«Hombre, Robbo», dice volviéndose hacia el camarero:

«Otra pinta, Les, y será mejor que pongas una pequeña Grouse también.»

«Que sea una Grouse grande, Les, en vista de que invita este capullo inglés.» Le guiño el ojo al camarero. El rostro de Hurley palidece brevemente un pelín. La carta racial no es más que una de las que hay en la baraja y si te tomas este juego en serio empleas toda la baraja cuando hace falta y según hace falta. Ese pequeño aparte sólo era para recordarle a Hurley su estatus como huésped apenas tolerado, no sólo en este país, sino en esta vida.

Hurley y yo nos sentamos en una esquina y unas cuantas rondas más tarde seguimos allí. Toal, de todas las personas posibles, acaba de entrar, pero ignoro a ese gilipollas. Se sienta en el reservado que hay junto al nuestro, leyendo el *Evening News*. Que se joda, el lamentable capullo-sin-amigos. Sólo intenta hacer vida social con los muchachos cuando quiere algo. Es Hurley el que más me interesa.

Sigue melancólico por la separación de su mujer. «Lo que jodio las cosas entre Chrissie y yo fue su familia. Ya sabes lo que es ser un poli», canturrea con esa voz de

Tony Newley que hace sonar tan graciosa la palabra «poli».

De qué va con eso: ¿«un» poli? Pedazo bobo.

«Les cuentas a todos, a sus amigas, familia, a los vecinos lo que haces para ganarte la vida y te tratan como a un leproso. Sus amigas y sus maridos están sentados en casa, y sin decir nada, como si estuvieran en un cuarto de interrogatorios. La conversación está llena de silencios embarazosos y apenas pueden esperar a dar sus excusas y marcharse. Después siempre posponen el volver a pasar por casa. Te tratan…», jadea, aparentemente dolido, recobrando el aliento, «como a un puto leproso», repite, «… así es como te sientes, Bruce, como un puto leproso.» «Sí.»

Hurley se saca un poco de cera del oído y la frota contra los bajos del asiento. «Así que pasé por una fase de decirles que era fontanero o que vendía seguros. Entonces empiezan a contártelo todo sobre sí mismos. En plan "hago esto de estranjis" o "esto no lo pongo en la contabilidad". Están todos en el ajo. Todos sin excepción», dice, levantando la voz furibundo, «*Jackie Trent*, joder. Son todos unos *Jodidos Jackie Trent*.»[02]

Veo a Toal levantándose y marchándose, el cabrón fisgón y entrometido.

«Exactamente. Y tú eres un agente de la ley», le digo.

«Claro, ¡y eso es lo que ella no entiende, puñeta! Cuando haces lo que tienes que hacer como agente de la ley, cuando les desmontas el chiringuito a esos hijos de puta, ella se da la vuelta y dice: "Es mi familia. Me voy."»

«Así son las mujeres», le cuento, dándole un lingotazo a mi whisky. Si bebes whisky, nunca tendrás lombrices.

No folla demasiado bien la Chrissie esa. Le molaba bastante lo de la cámara de vídeo, pero me puso una cara un poco rara cuando saqué el vibrador. Me tuve que poner tierno y cariñoso con la muy vacaburra para evitar que se pusiera histérica.

«Sencillamente, a veces me resulta difícil desconectar. Lo que pasa con ser poli es que te acostumbras a ver las cosas de cierta manera: buscas lo que va mal. Es tu forma de ser; cómo se comporta determinada gente, te hace sospechar. No logro dejar de hacer comprobaciones rutinarias con ellos. Eso fue lo que la enervaba, las preguntas que le hacía a su familia. Ni siquiera me daba cuenta de que les sondeaba. No podía dejar a un lado el rol. No se puede ser de ninguna otra forma, Robbo, eso es lo que haces.»

«Lo coges o lo dejas, eh, colega», sonrío yo. Yo volveré a coger a tu señora, eso seguro, capullo estúpido.

«Ya», dice él al estilo Tony Newley, «así que ella lo dejó. Se acabó. Esta vez definitivamente.»

«Pero estás casado con el cuerpo, amigo. Que la fuerza sea contigo, porque ten por seguro de cojones que los chochetes no se quedan.»

«Pero tú tienes suerte, Robbo», dice él con un tono casi acusador.

«Ah, sí, yo y Carole. Bueno, ella es un poco especial. De eso no hay duda. ¡Esta noche hay filete en el menú!»

«¡Además sabe cocinar!», dice Hurley. «¿Tienen fin los talentos de esa mujer?»

El puto capullo lujurioso está deseando que le hable de nuestra vida sexual. No me extraña que a su mujer se la folle todo el mundo. Mucha boca y poca polla este pringao. «Es cuestión de valores», digo apurando el vaso de whisky.

Aparece Gus Bain y echamos un trago. Yo intento controlarme, pero a Gus le gusta meterse un buen tirito cuando sale de trabajar. Hurley se va a toda hostia de regreso a su vida miserable. Hurley no cae demasiado bien en el cuerpo. No sé por qué; es que el capullo tiene algo que hace que lo detestes de cojones y que te alegres de todo lo malo que le pasa, que no es poco, y no es broma. En este juego uno aprende a reconocer a un perdedor. La peor clase de perdedores son los que creen que son ganadores y hay que recordarles la realidad. Como cierto caballerete que responde al nombre de Raymond Lennox, por ejemplo.

«El joven Ray Lennox no tenía mucho que decir durante el curso», le cuento a Gus.

«Ya, agua mansa», dice Gus, sonriendo algo afectuosamente.

«Mira, Gus», le digo, bajando la voz, «no me entiendas mal, pero ojo con lo que dices delante de Ray. No estoy diciendo nada contra él. De hecho, lo adoro. Pero ojo con lo que digas delante de él.»

«¿Qué quieres decir, Robbo?» Gus parece alarmado.

«Lo que quiero decir es que es un representante típico de los cabrones jóvenes. Si le conviniera te dejaría caer en la mierda enseguida. Ya sabes cómo son las cosas, Gus, llevan cinco minutos en el cuerpo y quieren ser el puto Jefe de Policía. Se cree que lo sabe todo. El caso es que estos cabrones jóvenes son totalmente implacables y desde luego no les repugna recurrir a unas puñaladitas por la espalda y un poco de difamación para abrirse paso.»

«Pero Ray seguro que no…, parece un chaval tan agradable…», dice Gus con cara de desconcierto. Capto la duda a través de su oposición. Hora de pegar duro.

«Escucha, Gus, ¿dónde está Ray Lennox ahora? No está aquí bebiendo con nosotros, ¿verdad que no? No. Apuesto tres contra uno, nah, que sean cuatro contra uno, que estará bebiendo con esas chavalillas bobas en algún puto bar pijo del centro, igual que hizo después de ese puto curso… »

«Pero eso es cosa de ellos…, son jóvenes y no quieren estar aquí con gente como nosotros… »

«… Sí, Gus, muy bien y le deseo buena suerte al chico. Espero que se las tire a las dos, espero que hagan con él un puto sandwich, una rebanada blanca, una amarilla y el joven Lennox en el puto medio.»

«Eres un hombre tremendo, Bruce», se carcajea Gus.

«Pero el caso es: ¿quiénes crees que serán el tema de conversación principal durante ese conmovedor *téte-á-téte*? Tú y yo. Los capullos atontaos que hacen las bolas de nieve y también las lanzan.»

«Hmmm», murmura Gus, meditabundo, «ya veo lo que estás insinuando. ¿Crees

que el joven Lennox está corriendo con los galgos y cazando con las liebres?»

«Por mí puede cazar a los putos galgos, tal y como lo veo yo, mientras no esté yéndose del pico como suele hacer.»

«Mantendré un cliso encima de ese capullín», asiente Gus, tocándose el globo ocular.

Gracias al copón que esta noche toca logia. Apuramos nuestras bebidas y nos dirigimos a Stockbridge. Las calles están resbaladizas, pues la superficie se ha helado. Vemos un taxi intentando torpemente meterse despacio por una bocacalle y raspándose la chapa contra una farola. Cuando se detiene, el tarado iracundo del conductor sale de un salto para comprobar los daños. «La madre que te parió…», salta, y después abre truculentamente la puerta de su taxi.

Le hago a Gus un gesto con la cabeza. Los capullos de dentro están saliendo. Éste nos llevará hasta Shrubhill.

Una chávala está saliendo del taxi. Una chávala bastante joven. O cuando menos *intenta* salir del taxi. El cabrón malhumorado del taxista no la ayuda, sólo sujeta la puerta y le pregunta impacientemente si se encuentra bien. La chávala lleva enyesada una pierna e intenta incorporarse y al mismo tiempo apoyar las muletas sobre esa traicionera superficie helada.

Es igual que…, hostia puta…

Me acerco rápidamente y la sujeto. «¿Puede arreglárselas? Venga, deje que la… »

«Gracias… »

La ayudo a ponerse en pie y Gus coloca las muletas y conseguimos llevarla hasta la acera. El aroma de su perfume me llena las fosas nasales. Estoy arrimado a ella y percibo su suave calidez. Podría estar sosteniéndola así eternamente.

Dios, recuerdo…, hace ya tanto tiempo…

Entonces sucede; una erección dentro de mis pantalones de franela y mis calzoncillos y tengo que adoptar la vieja postura de-lumbago-causado-por-el-último-baile-en-la-disco para ocultarla.

«¿Va muy lejos?…, el pavimento está muy resbaladizo.»

«Nah, son esas escaleras de ahí», dice señalando la puerta que hay al final de las mismas.

«Le echaré una manita», sonrío, cogiéndola del brazo.

«Muchísimas gracias…, es usted muy amable», dice cuando llegamos a su puerta.

«Ningún problema. ¿Puede subir las escaleras sola?» Deseo que diga no, sube conmigo, sube y tómate un café, deja al viejo carateleñeco de Gus con su estúpida mierda masónica, sube conmigo y sujétame en tus brazos como solías…

… pero no. Eran otros tiempos.

«De verdad, ahora estoy bien. Gracias de nuevo», sonríe ella.

«De acuerdo pues… »

No es ella. Nunca podría ser. Pero deseé de todo corazón que lo hubiera sido.

¡Ja!

¡Y una mierda! ¡Deseé de todo corazón poder tomarme otra pinta!

«Venga, Gus, hora de ir a la logia. Estoy harto de ayudar a tarados cuando estoy de servicio para tener que hacerlo también durante mi vida social.» Me aprieto dentro del taxi.

«¿Te encuentras bien, Bruce? Pareces contrariado», dice Gus, mirándome directamente a los ojos, mientras entra.

«Estaré perfectamente en cuanto lleguemos a donde se suponía que íbamos.» Le grito al taxista: «Al Club Masónico de Edimburgo, en Shrubhill, chófer. Al lado de las cocheras.»

Recorremos en silencio las calles heladas.

COARSE BRIEFINGS[21]

En el club los muchachos se mueren de ganas de empezar, pues hoy es una gran noche de iniciaciones. Los nuevos aspirantes a reclutas parecen nerviosos, y ya pueden estarlo. Hay un par de polis novatos a los que examinar, así como otros jóvenes; no sé de dónde proceden.

Ya me siento un pelín pedo puesto que no he comido nada, así que decido controlarme un poco hasta que hayan terminado todos los rollos aburridos, y después me cargaré un poco para las pequeñas actividades de nuestro club de especialistas.

Tengo que (00000 *comer* 0000000000 00000)voso ritual de poner a Alfie (*comer*)ran Maestro (0000000000 *comer* 0000000000) de Bill Crozier (000000000000 *como* 00000000000) Joven parece o(000 *comer* 0 *Comer*. 0 *Comer*. 000 *Comer*) algo parecido (*Yo como. Como a través de la piel y*)índose como (*aferró con las mandíbulas extendida* 000000) un viejo Tod(*Lentamente, muy*)ra siempre (*lentamente, voy*) como un cali(*consumiendo disuelto en materia que me rodea*) Aprendiz.

La voz de(000000000 *ingiriendo y excretando a*) esto mi Grao(*través de mi cuerpo, a través de la piel*) de Masón (000000 *Tengo que comer para salir*)

El joven (*adelante, consumir para vivir,*)ive mientras Crozier le da (*Consumir para crecer. Noto cómo voy*)ía a lo largo y la lengua se (*creciendo. Comer. Comer. Comer*.)rena del mar en el agua. Una carg(*comer* 0000000 *comer* 000000 *comer*)do de miedo y que siemp(00000 *comer* 0000000 *tanto consumir*) demasiado bien. Despu(*tanto morder y masticar*)es sábanas y Bladesey fuer(*me proporciona más pruebas de mi*) cabezas de la hydra. Jake (*existencia que mi mente*) bote de gel KY tirado en la b(*Ésta es la única forma que tengo de*)do de luchar, y los gritos d(*interactuar con el medio en que estoy*)rotección de los chicos (*El problema es que parece que*)dores.

Hay un(*también tengo estructura biológica*) calma real en los procedim(*simple sin mecanismo para*)nnox agarra una botella de (*convertir todos mis*) después Bill Armitage, uno (*grandes y nobles pensamientos en*) o Laborista es partidario (*actos admirables. ¡Oh, sí!, puedo*)o estoy con como un gua(*concebir mi cuerpo como*)urarme de él con un whis(*este estructura simple: introducir*) de carne.

Entonces m(*procesar y producir. Comer*) taxi a casa. Discuto con (*digerir y cagar hasta estar satisfecho*) cabrones y cuando mi ca(*Y también a través de la piel, sí*)

(*¡ése soy yo! 000000000000*)
(*Esta cosa simple 000000 pero sé que*)
(*la complejidad de mi alma ni*)
(*siquiera se aproxima a la del organismo*)
(*básico que es mi cuerpo. Lo sé*)
(*porque lo siento, lo siento en mi esencia,*)
(*en la que tengo que confiar tanto*)
(*como en cualquiera de los datos sensoriales*)
(*que capto en mi entorno. Así, ¿cómo puedo*)
(*llamarme a mí mismo? Bueno, lo único*)
(*que puedo llamarme es el Yo, para ser*)
(*mucho más exacto. Pero tiene que haber*)
(*algo más en este rompecabezas que mi*)
(*lindo Yo. Por alguna razón*)
(*concibo la fantasía de que estoy*)
(*viviendo en otro organismo. Mi medio*)
(*ambiente es otra criatura, nada menos que*)
(*un anfitrión. Podemos referirnos a él como*)
(*el Anfitrión. Sólo la consideración de*)
(*esta idea me hace preguntarme si mi Anfitrión*)
(*se apercibe de mí, y si es así, qué es lo que*)
(*esta criatura siente por mí. Porque aquí*)
(*estoy yo, pensando que este Anfitrión, debido*)
(*a su gran complejidad, es un empasta*)
(*que cree que una inteligencia no puede*)
(*ser inferida del comportamiento,*)
(*lo cual sé que es falso. Lo sé como*)
(*sé que mi alma no se corresponde con*)
(*las restricciones que mi forma física*)
(*me impone. Pero después me pregunto*)
(*si mi Anfitrión sabe de mi presencia*)
(*y no la considera bienvenida,*)
(*qué hará. Es terriblemente*)
(*preocupante. Como organismo simple*)
(*creo que no debería cargar con*)
(*preocupaciones de éstas. Pero supongo*)

Estoy apla(*que todos debemos preocuparnos*)o las botellas de whisky es (*por la cuestión de la supervivencia,*)pa la cabeza que me va a reventar.

Vaya una sesión más loca en la logia anoche, sobre todo con Bladesey, el capullín empanao. Estará avergonzado que te cagas esta mañana. Tengo los intestinos grasientos y el contenido especiado de mis regüeldos y el ardor de estómago me

comunican que en algún momento un potente curry entró a formar parte de la mezcla.

Barajo algunos papeles sobre mi mesa, examinando de nuevo las declaraciones de los testigos. Por supuesto, ninguno de ellos vio una puta mierda. Sylvia Freeman y Estelle Davidson. Los dos chochos a los que interrogamos en relación con el fiambre negrata. Estaban, cierto es, en el club aquella noche. Debe irles la marcha si estaban allí una noche de entre semana. Ya me jode, pero no consigo acordarme en detalle de la pinta que tenían, aparte de que tenían un polvo. Ése es el problema, cuando piensas en una periquita que te va, lo primero que recuerdas es la ropa, normalmente una falda o un top o algo así, cuando lo que quieres es culo, tetas, ojos, boca, pelo, etcétera. Quiero decir, no vas a entrar en un Chelsea Girl o un Next o un River Island y meneártela con un montón de tops o pantalones o faldas colgando de una percha, ¿verdad que no? No, salvo que seas algún capullo tristón como mi coleguita Bladesey. De todas formas, haré que traigan a ese par de guarrillas para una ración del interrogatorio especial de Bruce Robertson. *If ayy nighteengaahhle could seeng like you*[22].

Aquí dentro me aburro que te cagas.

Barajo los papeles un rato más pero las imágenes de Sylvia y Estelle no toman forma en mi cabeza, así que le pego un toque a Bladesey en su curro.

«Extensión cuatro-cero-uno-siete, Cliff Blades al habla, ¿en qué puedo ayudarle?»

«Para empezar, podrías dejar de hablar con ese acento de maricona inglesa.»

«Ah, hola, Bruce. ¿Qué tal estás?»

«Perfectamente, Bladesey, muchacho», contesto, mientras una oleada de náuseas atraviesa mi cuerpo y mi mano comienza a temblar incontrolablemente sobre el auricular. Quiero irme a casa. Quiero irme a la cama. «Hace falta bastante más que unos whiskitos para trastornar el ritmo habitual de Bruce Robertson. No bromeo, mi querido, queridísimo amigo.»

«Debo confesar que yo, de hecho, me encuentro bastante espeso. He estado a punto de coger la baja. De hecho, lo habría hecho si Bunty no se hubiese quedado hoy en casa. Creo que prefiero estar en el trabajo que enfrentarme a ella en ese estado.»

«Qué me dices de esta noche, tú y yo, ¡de parranda otra vez! *No surrender to the IRA!*[23]».

«Eh, no sé, Robbo…, de hecho, tengo que…»

«¡Venngaa, Blades-ey-ey! En el Blazer. Esta noche.»

«Bueno…, verás. Se trata de Bunty. Está un poco…»

«Te diré una cosa, Bladesey, te está atropellando a su antojo. Por eso te trata como una mierda, porque puede. En el Blazer pues.»

«Bueno, vale. Pero sólo puedo tomarme un par.»

«¡Ese es mi chico! Tienes cojones, hermano Blades. ¡A las nueve campanadas en el Blazer!»

«Vale… »

«Vaya cómo ibas anoche», le cuento.

«Ya, la verdad es que no recuerdo gran cosa al respecto… »

«Muy conveniente, Mister Blades, muy conveniente.»

«Hice algo…, eh… »

«Te lo contaré en el Blazer, Bladesey. Tengo que largarme.» «Sí… »

«Chao, Bladesey», digo estrellando el teléfono. Hurley tiene razón. El gran problema de ser poli es que no puedes evitar ver a la gente como a criminales o víctimas en potencia. De esa forma sientes odio o desprecio por cualquiera que no sea como tú, es decir: poli. Todos mis colegas son polis, todos salvo Bladesey y Tom Stronach, el futbolista que vive al lado, que supongo que es más o menos colega. Pero sobre todo Bladesey. Y tengo que esforzarme muchísimo para no mostrar el desprecio que siento por Bladesey.

Miro la página tres. Hoy toca Cathleen Myers. Polvo y medio. Unas tetas estupendas y un culo fantástico, que el tarado del fotógrafo no nos ha ofrecido en esa instantánea. De todos modos, lleva puestos esos ojos que dicen ven-a-la-cama-Bruce-Robertson. Marco el teléfono de casa de Bladesey. Joder, menos mal que aquí aún no han instalado ese servicio de rellamada 1471. Pronto implicará que para jugar a simples juegos como éste *tendrás* que ser poli.

«Hola, tres-tres-seis-dos-nueve-cuatro-seis.»

Es la voz de Bunty. Nunca nos han presentado. Dejo volar un poco el silencio.

«¿Hola? ¿Quién es?»

Intento imaginarme a Bunty. Pienso en Bladesey. Me recuerda a Frank Sidebottom, el humorista con la gran cabeza falsa. Un acento de Manchester: se hace tapándose la nariz. «Hola.»

«¿Quién es?»

«Un amigo me dio tu número de teléfono.»

«¿Quién es usted? ¿Qué quiere?»

«Digamos que me lo han contado todo sobre ti y sobre esos servicios que proporcionas.»

«Escuche, creo que se ha equivocado de número… »

«¿Ése es el tres-tres-seis-dos-nueve-cuatro-seis?» «Sí.»

«Entonces no me he equivocado de número, ¿a que no?»

«¿Quién te dio este número?»

«Alguien que habló muy bien de ti. Me lo contó todo. Dijo que follabas de puta madre… »

Mi polla se endereza ante la cara de Cathleen y el silencio de Bunty al colgar el teléfono.

El problema que tiene mi juego es que no somos grandes pensadores. Actuamos. Tienes que seguir actuando, tienes que encontrar cosas que hacer.

Somos los agentes de la ley de esta sociedad. Pienso en lo que eso significa.

Significa que nos pagan por hacer un trabajo que no podemos hacer a causa de todos estos capullines engreídos: políticos, abogados, jueces, periodistas, trabajadores sociales y demás ralea. Pongamos por ejemplo la Ciudad de Edimburgo. Que me den armas y bucearía en la pequeña libreta negra de direcciones que guardo en casa en el cajón superior de mi mesilla de noche. Haría unas cuantas visitas domésticas, dejaría un poco de plomo como tarjeta de visita y ya veríais como las cifras de delitos caían durante los meses siguientes. La solución Robertson. Tolerancia Zero *de verdad*.

Me pasan una llamada interna y es Toal. «Sube aquí ahora mismo, Robbo», dice sin aguardar una respuesta antes de colgar. Cabrón. ¿Se cree que estoy a su disposición cuando tengo puto trabajo que hacer? Trabajo de verdad, joder, trabajo de la clase que ese subnormal jamás comprendería. Ha echado raíces en esa puta silla. Probablemente querrá otro puto informe sobre los progresos de la investigación. Espero que no estemos ahí mucho rato pues he quedado para hacer otras cosas. Puedes besar mi culo de poli con sabor a beicon, hijo de la gran puta.

Subo las escaleras, pasando por delante de administración central para ver si puedo echarle un vistazo al gran cacho rubio calientapollas, pero no hay suerte. Lennox ha estado olfateando a su alrededor en la cantina antes, el muy guarro.

Toalie parece estresado mientras tomo asiento frente a él. Se nota. Nunca está muy animado, pero el gesto que delata al hermano Toal es curvar los labios sobre los dientes. Podrías ponerle un pañuelo en la cabeza y parecería tu anciana madre.

«Tenemos que juntar nuestras cabezas, Robbo», me dice, su achaparrada figura rebosando sensación de urgencia. «Han encontrado el martillo. Estaba enterrado bajo un seto de la parte superior de los jardines de Princes Street. Los forenses han conseguido trazar micropartículas de sangre y tejidos en la veta del metal que coinciden con los de la víctima. Se lo encontraron allí tal cual, entre los matorrales.»

Matorrales. Espesos matorrales negros. Labios mordisqueados de Amsterdam. Si yo tuviera un martillo. La casa de los horrores martilleros.

«¿Supongo que no habrá huellas?», pregunto mecánicamente.

«Nah…, lo han pulido hasta dejarlo limpio, eso si el asesino no llevaba guantes para empezar. Como sabes, este hombre era hijo de diplomático», dice, bajando la voz y levantando los ojos, como si se supusiera que yo tenía que decir: ¡Ostras! ¡No!

Me importa un carajo.

«Entiendo, entiendo. ¿Qué clase de martillo era?»

«Ah, un martillo de carpintero con la cabeza de acero, con el mango templado y la empuñadura de goma. Material estándar, se puede conseguir en cualquier B&O ferretería Texas. El número de serie del martillo estaba limado. El tipo iba muy en serio.»

«Vale, haré que algún afortunado hijo de puta compruebe todas las ventas de martillos en ferreterías durante los últimos meses.»

Eso no sería mi trabajo de todas formas, joder. Ese se lo pueden comer unos tarados de uniforme y algún oficinista.

Pienso para mis adentros que al negrata ese se lo han cargado un par de hooligans de esta ciudad y que, en lo que a mí se refiere, no tenía por qué estar aquí para empezar, así que a la mierda. ¿A quién le importa un carajo? La respuesta es: a mí. Ese puesto de la reorganización se presentará pronto. Quiero ese puesto, así que voy a encontrar al arrabalero hijo de puta y asesino que se cepilló a nuestro inocente primo de color. Eso se llama, en una palabra, profesionalidad y yo soy un profesional que te cagas, algo que los tarados de por aquí no entenderían. Las reglas son las mismas en todos y cada uno de los casos.

Pero Toal está venga a babearme. «Este es un caso puñeteramente extraño, Robbo. No aparece nada. Hemos repasado a todos los juerguistas.»

A la pequeña Sylvia y a Estelle las repasaba yo ahora mismo.

«Probablemente habrán sido unos jóvenes matones racistas de marcha por el centro. Futboleros o miembros del BNP[24] o algo así. A lo mejor habría que obtener información acerca de sus últimas andanzas. Me gustaría presionar un poco más a algunas de las chavalillas que estuvieron allí. Protegen a esos tíos, son sus novios o lo que sea.»

«Yo no estoy tan seguro, Robbo. Estoy un poco harto de que todos los delitos de esta ciudad se achaquen a unos mozalbetes atontolinados. Es pereza policial, ni más ni menos.»

Él acusándome *a mí* de pereza policial. *Él*, que lleva siglos sin salir para nada de detrás de esa puta mesa. «Ya, vale. Pero yo conozco a esos tíos. Algunos ya no son tan pequeños y están orientándose hacia otras áreas, aparte de pelearse en el fútbol. Cuando esos tíos empiezan a creerse su propia propaganda, entonces hay que tener cuidado. Se convierte en una profecía cumplida por ellos mismos. No estoy convencido de que esos tarados sean inocentes.»

Toal alza las cejas. «Tú manténme informado», dice.

O Toal no tiene ni puta idea sobre el trabajo policial, o me está ocultando algo, algo acerca de ese puto moreno. ¿Cuál de las dos? Las dos, joder, eso es evidente. Diga lo que diga, esos capullos son un buen punto de partida. Ya va siendo hora de que algunos de esos cabrones vayan al talego; hayan sido o no responsables de ésta es algo que no hace al caso, son unos hijos de puta de cuidado y encerrar a unos cuantos haría que las calles fueran más seguras. Es el momento de presionar a algún capullo, me aburro de estar aquí barajando papeles. Tendrá que ser Ocky. El más débil de los eslabones débiles de la cadena. Un follador que siempre va hasta el culo de éxtasis y va por ahí con algunos *top boys*[25] porque les gusta su ingenio devastador. Ja. Lleva años contándonos cosas sobre ellos. Por supuesto, seguimos dejándoles que vayan a lo suyo. Sus travesuras proporcionan titulares a la prensa, lo que supone grandes cantidades de horas extra y un clamor en favor de recursos policiales extraordinarios. Así funcionan las cosas. Dejemos que se inflen a hostias entre sí, pero estando siempre listos para saltar cuando amenacen el comercio.

Vuelvo a pasar por delante de la unidad de administración central, pero sigue sin

haber ni rastro del cacho rubio. En los cagaderos de abajo me peso en la balanza. Sigo perdiendo peso. Espero no haber pillado el sida o algo así de alguna puta de mierda. Tengo que comer más. No logro engordar, nunca he podido. Metabolismo acelerado, no como algunos de los tocinos que hay aquí. Si por mí fuera, todos los años pesaría a todos los capullos que hay en el cuerpo y todo aquel que no diera el peso requerido se iría a tomar por culo. ¿Prejuicios contra los gordos? ¡Puedes apostar tu dulce trasero!

Me llega un tufillo de la cantina. Investigo y resulta que hay pastel de pescado, lo que parece interesante. «¿Todo bien, Ina?», le pregunto a la vieja de detrás del mostrador.

«Hoy llegas pronto, Bruce», dice ella.

«He sentido la tentación del pastel de pescado.»

«¿Con patatas fritas?»

«Magia pura, Ina, y échame unas judías también», le digo, saboreando esa enorme y hermosa masa coagulada de gelatina. El pastel de pescado tampoco está demasiado mal.

Me siento y disfruto de mi comida. Ray Lennox se acerca y se une a mí. «¿Todo bien, Bruce? ¿Has visto el periódico?» Lo arroja delante de mí. Hay otro titular sobre los negratas locales y sus críticas a la policía. Uno de ellos es ese capullo del Foro, Marshall, hablando, por supuesto, en calidad de otra cosa. Tienen muchas más calidades de la cuenta, los sacomierdas como ése.

«Mierda. Estos morenos representan aproximadamente el cero-coma-uno por ciento de la población. Dicen en su favor más cosas de la cuenta. A ese periódico deberían llamarlo el “Diario Negrata, Maricón, Nena Tontorrona, Arrabalero y Comunista”. Yo sólo lo leo por el fútbol y Andrew Wilson. Es el único que dice cosas sensatas en ese puto periódico aunque sea un hijo de puta *Hibby* de Leith.»[26]

«A mí acaba tocándome los cojones», dice Ray sacudiendo la cabeza. Está mirando fijamente, el capullo parece un poco maníaco.

«Escucha, Ray, quería hablarte de algo. Ya sé que oficialmente no estás adscrito a esta investigación, pero creo que deberíamos hacerle una visita a nuestro amiguito Ocky esta mañana. Como es viernes, estaría bien estropearle al capullo el fin de semana a base de bien asegurándonos de que mantenga las orejas abiertas para nosotros. Tú podrías sacar alguna información sobre alijos si le chantajeamos un poco. Con las Navidades a punto de caer, todos querrán surtirse de tema.»

«El saco de escoria se ha mostrado un poco descuidado últimamente. Ha olvidado quiénes son sus verdaderos colegas. Sus colegas de este lado de la raya», sonríe Ray.

De Ray Lennox podrá decirse lo que se quiera, pero es un poli de cabo a rabo. «Va siendo hora de que se lo recordemos», sonrío. «¿Y qué ha sucedido últimamente en tu parcela, joven Raymondo?»

«La mierda de costumbre. Todavía estoy siguiéndoles los pasos a esos capullos de la Comunidad Sunrise. Se supone que son proveedores de cannabis. Es una puta

pérdida de tiempo, pero ¿qué se le va a hacer?»

Cualquier cosa que no sea coca es una pérdida de tiempo para este capullo. Pero comprendo su punto de vista. ¿Qué sentido tiene estar de servicio en la Brigada Antidroga si no se consigue tener acceso a unos alijos decentes?

«Escucha, Robbo», cuchichea, «voy de benzedrinas. Cumplirán su función mientras tanto. Te mantienen en funcionamiento cuando estás un poco jodido. ¿Quieres un par?»

«Sí», le digo.

Me desliza un paquete de pastillas. «Las pillé en una redada. La situación de la blanca debería mejorar esta noche.»

«Me alegro», sonrío, guardándome las pastillas.

«¿Qué hay de esa puta sesión de IO?», pregunta Ray.

«No debería durar más de una hora», digo, estremeciéndome cuando la gran puta rubia de administración central pasa por delante. Le guiño el ojo pero no pica. Probablemente tiene tendencias lésbicas. «Un polvete, ¿eh, Ray?»

«Ni medio.»

«¿No ha habido suerte? Te he visto olfateándola en la cantina esta mañana.»

«Nah, sólo folla por recomendación. He oído que es una maníaca del tamaño. Se entera por otras tías de la catadura de Karen Fulton y esa peña de quiénes son los tíos con paquetes realmente grandes y sólo folla con ellos.»

«Eso te deja a ti fuera de concurso, ¿eh?» Me río, acordándome de la vez que tuvimos una sesión con mi cuñada Shirley.

«Sinvergüenza», dice Ray, con un leve rubor en la cara. «Escucha, deberíamos largarnos a esa reunión.»

«Ya, venga.»

Tal como resultó después, la reunión de IO sólo duró media hora. Hasta me granjeé la benevolencia de Niddrie cuando di con el tono político acertado para él, para gran disgusto de Amanda Drummond.

«La igualdad es una tontería», digo yo, aguijoneando a Drummond, que espera que me ahorque yo solo diciendo algo estúpido como que el hombre negro no es igual al hombre blanco. Piensa otra vez, boba.

«¿Cómo puedes decir eso?»

«Fácil. Es una cuestión filosófica. Creo en la desigualdad justificable. Por ejemplo: todos los que encerramos. Los criminales. Los pederastas. No somos iguales ellos y yo. Ni hablar», digo, tan lenta y desapasionadamente como me es posible. Eso lo acoge positivamente Niddrie. Es un hijo de puta impasible, pero sé que piensa como yo.

De todos modos, la función termina lo bastante pronto para que Ray y yo bajemos a la cantina a tomarnos un descansito de medio día y practicar nuestra rutina antes de

ir a apretarle las clavijas a Ocky. Amanda Drummond nos intercepta en el pasillo y nos dice que va a hablar con Sylvia y Estelle y que si la acompañaría. Me molesta que la muy cerda las haya convocado sin consultarme, pero me hace ilusión la perspectiva de poder ponerles cara, culo y un par de tetas a ese par de polvos. «Claro…», me vuelvo hacia Ray y enarco las cejas, «… dame media hora, ¿vale, Ray, colega?»

«Eso está guay», asiente Ray, «te veré arriba, donde la Brigada.»

Tendré que darle un toque a Lennox por toda esa mierda de «eso está guay» y «aquello está guay». Esto no es una puta casa de juventud.

Entro en la sala de interrogatorios y ahí está Drummond, que ha puesto juntas a ambas putillas. Eso demuestra que no tiene ni la menor idea como poli. Nunca se les pone juntos, se les separa desde el primer momento. Lo primero que te enseñan. No es que me queje, aquí hay chochete por todos lados y del bueno. Las benzedrinas empiezan a hacer efecto, así que tendré que tener cuidado con la boca. ¡Y con el puto culo! ¡Mierda saliendo por todos los orificios! Calma, Bruce, calma. Estelle, Sylvia. Es curioso, pero la última vez que estuve hablando con ellas, tuve la impresión de que Estelle me miraba de forma rara. Ahora no me cabe duda alguna.

«Sé que te he visto antes», dice ella. Es una guarrilla dura que te cagas, de eso no hay duda. Pero ese flequillo que cuelga justo encima de esos ojos con rímel de club y ese lápiz de labios rojo escarlata…, cacho cabrona estás hecha…

Me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente y que Drummond podría estar guipando mi impúdica mirada, pero no, la muy bollera la mira de forma igualmente penetrante, probablemente también le va.

«Sí, estoy segura de haberte visto», repite.

«Bueno, puesto que estuviste aquí el otro día para que te interrogara yo, es altamente probable», digo desdeñosamente.

«Nah, pero antes», dice ella.

«Estoy seguro de que me acordaría de una encantadora joven como tú.»

Oigo cómo los dientes delanteros de Drummond chasquean contra sus labios. ¡Visto! ¡Gesto imitación de Toal! Su puto mentor. ¡No me extraña que esté tan hecha polvo! Coloca unas fotos delante de las chicas, entre ellas hay dos escorias conocidos como Setterington y Gorman. «¿Visteis a alguno de estos hombres en el club?»

Parecen pasmadas, sobre todo Sylvia. Le echaba uno ahora mismo. Parece rubia natural. Habíale a Brucie, nena.

«Nah», dice demasiado apresuradamente. Hasta Drummond se percata de ello.

Son demasiado inteligentes para mentir. «He oído hablar de ellos, los he visto por ahí», contesta Estelle.

«¿Quiénes son?»

«No sé, sólo unos tíos que están por los clubs y tal», dice Estelle. Es mucho más dura, ésta. Una *casual* veterana si alguna vez hubo una. Esas marcas de lápiz de labios alrededor del cigarrillo…

«¿Así que no sabéis cómo se llaman?», sondea Drummond. Yo sí que os voy a sondear: os voy a sondear con un poco de carne escocesa de primera.

«No.»

«¿Hay alguna otra cosa que queráis contarnos acerca de esa noche?», pregunta Drummond.

Estelle mira a Sylvia y después a Drummond. Me están ignorando, me están ignorando unas guarras, y no me gusta ni pizca. Tamborileo en la mesa con los dedos, pero es como si fuera invisible. Estelle empieza a largar: «Había una mujer rara en el club. Probablemente no sea nada, pero parecía un poco extraña. Estuvo hablando un rato con el chico de color, pero él se apartó de ella, como si estuvieran discutiendo. Me acuerdo porque la había visto antes en los servicios, estaba maquillándose al lado mío.»

«¿Qué es lo que tenía de raro?», pregunta Drummond. No me gustan esas putas luces fluorescentes. Toda esa mierda de los setenta. No podríamos tener una oficina decente…

… la Met…

… la policía de Sydney… una oficina decente…

Pero eso era Nueva Gales del Sur.

«No sé… »

No, claro que no sabes, joder, ése es el puto problema, pequeña e idiota marrana arrabalera, no sabes una puta mierda, nada de nada…

«Era joven, vieja, pequeña, morena, rubia… »

La cabeza me está estallando que te cagas y voy a empezar a temblar aquí dentro…

«Era un poco callo», dice Estelle.

Estoy perdiendo el puto tiempo con estas guarras. No saben nada. Esa *Roger Moore*[27] de pacotilla de la Drummond tendría que darse cuenta. Las reglas son las mismas. ¿Poli? ¿Ella? Ya me gustaría verlo. Me levanto y salgo.

Drummond sale de la sala de interrogatorios detrás de mí. «Bruce, tenemos que… »

«Sí», levanto la voz para silenciarla, «tenemos que seguir esa pista pero hay una pista que *yo* tengo que seguir y llego tarde… »

«¿Hay algo que yo debería saber?» La mirada de irritación de Drummond me tranquiliza. Ella está tan jodida como yo. La única cosa que se me ocurre que *ella* debería saber es la obvia: que nunca será poli.

Mientras me desplazo hacia atrás la señalo y sonrío: «Sí, tenemos que hablar, Mandy, cariño. Pero más tarde. Te daré un informe a fondo. Chao.»

Dejo a la aturullada bollera pediéndose y cagándose en el pasillo y me dirijo a la oficina de Ray en la Brigada Antidroga.

Cuando llego, Clell está allí con una botella de champán y la está sirviendo en vasitos de papel. Me tiende uno.

«¿Qué se celebra?»

«He obtenido el mejor regalo de Navidad de mi vida, Bruce, un traslado de la división de Delitos Graves a Tráfico.»

Anticipándose a lo que yo iba a decir prosigue: «Sí, seré un chupatintas en un empleo aburrido, sin riesgos y sin diversión… ¡y apenas puedo esperar! Estoy harto, Bruce. ¡Os dejaré las cosas tipo Sweeney a los cowboys! Voy a colgar las esposas y la porra y a familiarizarme con la sencilla belleza de este pequeñajo de aquí», dice, sosteniendo un bolígrafo.

«Si eso es lo que quieres, te felicito», digo yo, levantando mi vaso y detestando la presunción del muy tarado. Lo apuro y me vuelvo hacia Lennox. «¿Listo, Ray?»

«Guay», dice Lennox.

Me asalta un ataque de ansiedad furibundo. Tengo que salir de este lugar ya. Bajo las escaleras corriendo y salgo hacia el aparcamiento y Ray tiene que acelerar para seguirme el paso.

ME PONES UN POQUITO SENTIMENTAL

Estoy más contento cuando arrancamos el coche. El solo hecho de salir de ese cagadero le devuelve a uno la perspectiva. Vamos conduciendo lentamente por Leith Walk. Tengo puesta la radio, pues tengo pocas ganas de empezar a discutir de rock con Ray. Es un hijo de puta pedante cuando de música se trata y no tiene ni puta idea. Lyn Paul, antiguo miembro de los New Seekers, canta «I Get A Little Sentimental Over You». La carrera en solitario de Lyn nunca llegó a despegar del todo. Me planteo mencionarle esto a Ray pero decido que carecería de objeto. Quiero decir, ¿para qué molestarse? Me encuentro mejor, sin embargo, más centrado. El ataque de ansiedad ha amainado, como suele suceder cuando se apodera de uno el olor de la caza.

Dejamos el coche junto al edificio donde vive Ocky, salgo y toco el timbre. No hay respuesta. Espero que no se nos haya escapado por culpa de que Drummond y sus novias de *casual* lésbicas nos hiciesen perder el tiempo. Volvemos a meternos en el coche y esperamos un rato. Hay una panadería en la esquina, así que Ray da un salto y vuelve con bocadillos de salchicha y pasteles de vainilla para postre, que bajamos con café fuerte en un vaso de plástico. Me quita el sabor del champán barato de Clell que se había mezclado con el bicarbonato de las pastillas de Ray hasta formar una mezcolanza corrosiva y acre en mi estómago. Eructo.

«Parece que vamos a pillar a los borrachínes de la peña *neto* con las manos en la masa, Robbo. Esa puta Comunidad Sunrise o como se llamen», me cuenta Ray.

«Joder, y además ya iba siendo hora, Ray. Estas cosas están surgiendo por todas partes. Son una amenaza para el gran modo de vida británico y hay que detenerles antes de que consigan un punto de apoyo. Los muy capullos se creen que pueden vivir sólo a base de cuidar unos de otros y bailar con puta música. Sólo quieren hipnotizar a los jóvenes con sus fiestas gratuitas y engancharles a las drogas. Ni siquiera tienen una puta tele en la granja esa. ¡Pueden permitirse tener un sistema de sonido enorme que te cagas, pero no pueden permitirse una televisión!»

«Escoria», dice Lennox sacudiendo la cabeza.

«Eso sí», reconozco yo, «hicieron un buen trabajo cuando la arreglaron. Estaba abandonada antes de que la cogieran ellos. ¡Tendré que reunirlos para que vengan a arreglar mi casa!»

«Volverá a estar abandonada muy pronto. Uno de los tíos que vive ahí, el Colin

Moss ese, blanco, varón, metro noventa, delgado, cochinos rizos de color castaño, piel en mal estado, chaqueta militar verde, vaqueros rotos y botas, ha sido visto entrando y saliendo de los pisos en Leith. Donde viven Alian y Richards. Los empapelaremos. Pondremos el piso patas arriba y después la granja. Si no hay alijos cuando lleguemos, los habrá cuando pongamos el garito patas arriba.»

«Avísame cuando tenga lugar, Ray», le digo. «Me gustaría apuntarme a ésa.»

Este trabajo *puede* resultar satisfactorio.

Acabo de apurar los últimos restos de mi café cuando atisbo a Ocky por el retrovisor acercándose a la casa con una periquita. Están abrazados. Pequeño guarro. Mister Ockenden viste una chaqueta de pana azul oscuro forrada en piel y unos vaqueros. Medirá alrededor de uno setenta, uno setenta y cinco, tiene unos llamativos cabellos rubios y rasgos ligeramente afeminados. Su amiguita es una monada, delgada, en torno a uno sesenta y exactamente la misma clase de rubia que él. Se les podría tomar por hermanos. ¡De hecho, considero a ese pequeño guarro perfectamente capaz de estar follándose a su hermana!

«Buen cachito», dice Ray, fijándose en la escena. Toda la blanca que se mete aún no le ha dejado colgado ni le ha mellado el filo. Todavía.

«Aquí el concepto operativo es el diminutivo. Esto es una situación de estupro. ¿No te parece?»

Ray la mira, estrechando los ojos y sacando el labio hacia fuera. «Siempre es difícil saberlo. Culito redondito… », observa cuando pasan por delante.

«Olvídate del puto culo, ¿le has visto el careto? ¡Es una criaja, joder!»

«Es posible», asiente Ray, «un caso *borderline*. Por ahí andará.»

«No hay duda. Me juego cuarenta libras a razón de cinco contra una.»

Lennox se encoge de hombros y empieza a cagarse en los pantacas.

«Venga, Ray, doblo la apuesta. Cinco contra una», insisto.

«Nah, puede que tengas razón», confiesa.

Ya lo creo que la tengo. Cuando hay que jugarse la pasta no tiene huevos. No confía en sus instintos, y por eso, por listos que sean, los Lennox de este mundo jamás echarán a los Robertson.

«¿Qué quieres que hagamos?», pregunta.

«Entrar a saco, Ray», le digo. «Lo mismo que hacen estos cabrones. Sólo que nadie entra a saco como la poli. Somos la cuadrilla más dura de esta ciudad y ya va siendo hora de que estos sacomierdas se den cuenta.»

«Aquí nos tenemos que andar con cuidado, Robbo…» Ray se está cagando.

«Y un huevo. Las reglas son las mismas. Venga. Utilizaremos el número de La Bestia, eso le meterá el miedo en el cuerpo.»

Me sabía el número de La Bestia de carrerilla. Ya puedo sabérmelo, joder.

«Sí…» Ray enarca dubitativamente las cejas pero sale conmigo del coche, y cuando llega a la escalera está espídico del todo, botando de adrenalina, subiendo los peldaños de tres en tres, casi chafando a un gato atónito que sale de entre sus pies.

El viejo gato ya es muy mayor, se está volviendo lento. La escalera huele a sus meados de mala manera.

Paramos junto a la puerta para volver a recuperar el aliento. «¿Crees que ya le estará echando uno?», pregunto.

«Yo diría que sí. Prácticamente iban a por todas cuando subían la puta escalera.» Lennox me mira y después duda: «… ¿Quieres una raya?»

«Vale», asiento, mirando alrededor mientras Ray coloca un poco de blanca sobre la esquina de su tarjeta de crédito y le pega una esnifada brusca.

Yo estoy un poco dubitativo, pues no quiero joderme las fosas nasales con piedrecitas. «No pasa nada, es buena. Está molida que te cagas», dice Ray, mientras los ojos le lloran y no para de esnifar.

Le pego un tirito y resulta ser buen género; ese dulce olor en mi cabeza, ese entumecimiento del rostro, un subidón de energía que fluye por todo mi ser. Hora de actuar.

Llamo a la puerta con fuerza. Una, dos, tres veces. Oigo una voz quejumbrosa: «¡Vale, vale! Ya voy.»

Ocky, también conocido por Brian Ockenden, también conocido como blandengue con una boca que abrió más de la cuenta, abre la puerta en camiseta y shorts. Se le abren la boca y los ojos de espanto.

«Señor Ockenden. Hola», sonrío, apartándole para entrar en el recibidor.

«No podéis pasar… »

«¡CIERRA LA PUTA BOCA!», le grita a la cara Ray, haciéndole retroceder. Lennox se ha inflado y está encima de Ocky, que está encogido y achantado. «¡Tú habla cuando te hablen o te espachurro ahora mismo! ¡Te enteras!»

El miserable capullín le mira, tratando de armarse de un mínimo de rebeldía.

«¡TE HE PREGUNTADO QUE SI TE ENTERAS!», ruge Ray, cerrando la puerta y sacudiendo la cabeza con un gesto de asco.

«Tranquilo, Ray», digo yo, colocando un brazo protector alrededor del hombro de Ocky. «Quédate aquí un minuto. ¿Dónde está el dormitorio?», cuchicheo.

«Está…», mira de lado, «pero hay alguien dentro…»

«No pasa nada», le digo con una sonrisa coleguil. Abro la puerta del dormitorio, y la chica está metida en la cama sentada con la camiseta puesta. Entro, cerrando la puerta a mis espaldas.

«¿Qué es todo esto?», pregunta. «¿Quién eres?»

«Policía», digo sacando mi identificación. «No intentes abandonar esta habitación. ¿Comprendido? ¿Cómo te llamas?»

«No tengo nada que decirte… »

Es una monada. Todavía tiene esas pecas encantadoras. «No te compliques las cosas, nena», le recomiendo, y a continuación pregunto con urgencia: «¿Cuántos años tienes?»

«Dieciséis», dice ella, mintiendo.

«¿Alguna identificación?» Miro hacia una bolsa que está sobre el armario que hay junto a la cama.

Ha perdido el empaque. Tiene los ojos como las antenas parabólicas que hay en la pared exterior de Tom Stronach. «Quince…, pero cumpliré dieciséis en septiembre», dice apresuradamente. Demasiado apresuradamente. Lo ha reconocido demasiado rápidamente. Me pregunto por qué no quiere que le eche un vistazo a esa bolsa.

«Si tu amigo ha tenido relaciones contigo ha violado la ley. ¿Lo ha hecho?», pregunto, acercándome para echar una ojeada a las tetitas que hay debajo de esa camiseta. No son grandes, pero desde luego sí lo bastante firmes. Jo jo jo, qué divertido.

Ella se echa atrás, levemente, hacia la cabecera y se cubre el pecho con el edredón. Su cara pierde el color del todo sin embargo, cuando alargo la mano y cojo la bolsa, vertiendo su contenidos sobre la cama. Esto descubre una pequeña bolsa de plástico con lo que evidentemente son pastillas de éxtasis en el interior.

«Yo…, yo no…», tartamudea. Ahora lo ha perdido del todo.

«¡Sargento Lennox!», grito, y entra Ray. Levanto la bolsa de pastillas para que las vea. «A mí me parece que son pastillas de MDMA. Apunta que fueron halladas en la persona de esta muchacha. Al menos seiscientos miligramos. Apunta también, por favor, que esta muchacha se halla por debajo de la edad legal para mantener relaciones.»

«Vale», dice Ray mientras sale.

«Tú quédate aquí», digo yo guardándome las pastillas. «Estás metida en un buen lío. ¿Cómo has dicho que te llamabas?»

«Stephanie…», dice tímidamente, abrazándose las rodillas y llevándolas junto a su pecho mientras descansa el mentón sobre ellas. Su pelo cae hacia delante. Se echa parte de él hacia atrás y se lo coloca detrás de la oreja.

«¿Stephanie qué?»

«Stephanie Donaldson.»

«Bueno, Stephanie Donaldson, te dejaré para que pienses lo boba que has sido. Vas a tener que colaborar un poquito con nosotros, hija mía.»

Un mogollón de colaboración. Stephanie Donaldson. Hmmm.

Se yergue en la cama y yo me voy a ver qué tal le va a Ray. Tiene a Ocky en la habitación principal.

«Los jueces están castigando el estupro con una dureza que te cagas», le cuenta Ray.

«Pensé que tenía dieciséis. Me dijo que los tenía», protesta Ocky, y después me sonríe, una de esas sonrisas de aquí somos todos tíos.

Yo le devuelvo una sonrisa de verdugo. Me paso el dedo por la garganta y hago un ruido chasqueante y baboso. «Lo siento, colega, pero, como dice Ray, éste no es buen momento para que te empapelen por estupro; ahora no, con todos esos rollos de pedofilia en la prensa. Tiene a los magistrados totalmente lanzados por el sendero de

la guerra, toda esa palabrería. Estupro, tío, ahora hay gente cumpliendo condena por eso. Sólo un año más o menos, lo cual quiere decir seis meses. Nada que sea demasiado molesto para ti. Eso sí, este chochete es pijo, así que échale otro año. Lo cual suma un año entero encerrado.»

No parece demasiado contento.

Ray contribuye: «Ya, bueno, Ocky podría soportar doce meses de encierro, después de todo, todo el mundo adora a los estupradores. Un pedacito de carne se pone un poco de maquillaje y todos los machos de sangre ardiente de Saughton se dan por enterados. Una polla tiesa no tiene conciencia», sonríe Ray de forma fría y fantasmal. «Siempre preguntan por el polvo, los demás muchachos. ¿Qué tal estaba? ¿Las tenía grandes? ¿Uniforme escolar?», se ríe Lennox secamente. Se saca un moco de la nariz y lo examina para ver si lleva pegado algo de coca. Satisfecho de que esté limpio, lo amasa entre el dedo índice y el pulgar, extrayéndole la humedad, y lo arroja sobre la alfombra de Ocky. Se queda un rato mirando a Ocky y sacude la cabeza. «Aunque seis meses por un polvo, no quiere uno ni pensarlo, ¿verdad que no? Espero que haya sido bueno, colega. Será el último en bastante tiempo.»

«No necesariamente», contribuyo yo. «Porque sí, todos adoran a un estuprador. El problema es que la línea divisoria entre chulo y estuprador es muy fina. Dentro se cuentan muchos cuentos de pescador, sólo que, con el estupro, el tamaño se reduce en vez de aumentar», suelto yo juntando las palmas de forma coleguil y como quien comparte secretos profesionales.

«El caso es», dice Ray, «que si alguien de la poli le contase a un boqueras como Ronnie McArthur, un masón estricto y hombre de familia incondicional, que la chica tenía once años… o diez… o incluso ocho… »

«Ya sé lo que vas a decir, Ray: al pobre cabrón no le merecería la pena seguir viviendo. Le pondrían en la galería de La Bestia en Saughton. Pero yo no sé de ningún policía, de ningún profesional de la policía, que pueda caer tan bajo», le cuento, ensanchando los ojos y extendiendo las palmas mientras miro a mi alrededor.

«Pero, pensando en evitar males mayores, Bruce», asiente Ray, presentando su propuesta, «supongamos que el estuprador en cuestión tuviese acceso a cierta información y tuviese la capacidad potencial de ayudar a la policía con una investigación importante pero que se negara a hacerlo… Tú y Ronnie McArthur sois bastante amigos, ¿no, Robbo?»

«En la hermandad sí», asiento pasando a mirar a Ocky. El capullo se está cagando. Dejo que el hijo de puta se cueza en su salsa y echo un vistazo para potenciales mangoneos. Pero este cabrón no tiene una puta mierda que merezca la pena chorar.

«Venga, chicos…», suplica.

«Sabes, Ocky, dentro hay un tío, en la galería de La Bestia. Hay montones de bestias en esa galería, pero sólo uno en todo el sistema penitenciario escocés al que apoden *La* Bestia. ¿Me sigues?», explica Ray.

El capullo parece hecho mierda. Es como si estuviese viendo una reposición de su vida en la que sólo quedaran los cachos mierderos. Un poco como ver *La historia de Tom Stronach* en vídeo, de haber alguien lo bastante bobo como para cometer el suicidio comercial y estético que la producción de semejante película entrañaría.

«No es la clase de sujeto con el que compartir celda, tío. Pero Ronnie se vería obligado a hacer que eso sucediera si llegase a circular que la chica tenía ocho años o algo así.»

«Por tu propia seguridad y tal», dice Ray.

«Vaya seguridad», me río. «La Bestia está del bolo. Ni de coña tendría que estar en la cárcel ese cabrón. Pero así es el puto sistema penitenciario, ¿eh? Lo tuvieron en Carstairs una temporada. Pero se escapó.»

«Eso sí que fue divertido que te cagas, ¿eh?», dice Ray soltando otra risotada seca y sin gracia y volviendo a frotarse la tocha. Le ha estado pegando a la farlopa, ya lo creo, y no me refiero sólo a ese tirito de antes de entrar. Con tal que no esté dejando tirado al viejo Robbo, su mentor.

«A mí me lo dices. Pero lo bueno es que había unos cuantos campos entre él y la ciudad. Así que el ganado local soportó el grueso de la frustración de La Bestia. Tuvieron que sacrificar a cuatro vacas después de que él terminara con ellas. Horas extra a manta para los veterinarios. Peter Savage, de Strathclyde, me contó que en todos sus años de servicio nunca había visto nada semejante. El caso es que La Bestia vuelve a estar dentro del sistema penitenciario convencional. La única forma en que pueden conseguir que el cabrón esté callado es metiéndole en la celda una modelo nueva cada pocas semanas.»

Miro desde arriba al gili empanao este. Se oye un débil ruidito procedente de su garganta. Intenta decir algo. Ray tose y hace un pequeño comentario que no pillo.

«¿Qué has dicho, Ray?»

«Las modelos», suelta Ray, «¿qué es toda esa mierda de las modelos?»

«Ah, así es como los boqueras de aquí llaman a los chavales que le envían. Normalmente chicos jóvenes y guapos, con veintipocos… como este de aquí.» Me vuelvo y señalo a Ocky, que ahora no es más que una masa temblorosa de nervios. Ahora ya no va tan de listo. «Yo diría que tú eres el retrato-robot de una modelo», le digo. «Sabes, los chicos que ponen en la galería de La Bestia suelen ser violadores más que estupradores. Se emocionan un poco más de la cuenta y no pueden oír cuando una chica les dice “No”. Pues bueno, tienen amplias oportunidades para practicar esa palabra con La Bestia; pueden probar con todas las permutaciones de notas, tonos y volumen, ¿pero sabes La Bestia?, bueno, él también padece la sordera selectiva esa. Y el suyo es un caso grave.»

Ray sonríe al joven gilipollas. «Apuesto a que disfruta con la resistencia. Le gusta ver forcejear a los chicos.»

«Dos metros quince de puro músculo. Con un rabo como el de un caballo. Legendario. Siempre les parte el culo la primera vez; incluso los chaperillos de

Calton Hill que le sirven, y esos chicos están acostumbrados a encajar mogollón de carne prieta.»

«¡Fuua! ¡Sólo de pensarlo se me humedecen los ojos!», jadea.

Ray.

«Pero los funcionarios miman a La Bestia que te cagas y tal. Tienen una selección de pelucas, vestidos y maquillaje para que pueda vestir a las modelos como le apetezca. Les pone nombres: normalmente franceses: Juliette, Justine, Celestine, Monique y todo eso. A ellos les parece que los saca de las gogós del Bermuda Triangle en Tollcross. Aunque este de aquí», digo frunciendo los labios ante Ocky, «éste sería una Christine.»

«¿Cómo es eso?», suelta Ray, dejando la boca abierta como un cretino, y entonces me doy cuenta de que yo también lo estoy haciendo, puesto que estamos disfrutando de la sexualidad retorcida pero innegable que forma parte integral de la completa dominación sobre otro ser humano. Ésta es una de las cosas que hace de la labor policial una carrera tan satisfactoria.

«Cabello rubio», digo lentamente y con suavidad.

«Ah, claro», capta Ray, «he oído hablar de eso. Cuando le llega una rubia siempre les llama Christine. Dicen que tiene algo que ver con su mujer. Me cuentan que es mucho más posesivo con las rubias.»

«En realidad es una pasada que te cagas, pero así es el sistema, ¿eh?»

«Ése es el eterno problema con el sistema, Robbo. Un basurero para la sociedad, para todo aquello con lo que no puede o no quiere lidiar. Pero el caso es que en esa situación uno descubriría mucho acerca de sí mismo. Encerrado con La Bestia. ¡Uuuf!»

«No logro imaginarme peor suerte.»

«A lo mejor descubres cosas sobre ti mismo que preferirías no descubrir», apunta sombríamente Ray. Ocky está listo, lo hemos hecho pedazos. Sólo tenemos que refregársela por la cara un poco más antes de volverlo a ensamblar con varias modificaciones psíquicas de detalle, a fin de que haga lo que le pedimos.

«Una cosa es segura: cumples condena allí dentro con ese monstruo, y sales hecho un hombre distinto», sonrío yo.

«Eso suponiendo que salgas. Me cuentan que se ha anotado un par de suicidios a lo largo de los años.»

«Sí, y otro chaval fue y se ahorcó después de unos meses fuera. Una experiencia así cambia a un tío. Fijo», le suelto al horrorizado gili, que vuelve de golpe desde el infierno futuro al infierno presente.

«A lo mejor el tío lo habría hecho de todos modos; era un subnormal, un delincuente común de mierda. ¿Quién puede decirlo?»

«Pero La Bestia, tío, estar a la sombra con eso inclinaría la puta balanza. ¿No te parece, Ocky? ¡Socorro! ¡Socorro!, les gritan esas pobres modelos a los funcionarios. Y no sirve de nada.»

«Eso he oído, Robbo», sonríe Ray.

El capullín está ahí sentado temblando. Ya es nuestro. Siempre lo fue.

«Me han dicho que ahora es seropositivo. ¿Pero te crees que aíslan a ese cabrón?», pregunto retóricamente.

«Y una mierda», responde Ray.

«De hecho, pues, es una sentencia de muerte para cualquier capullo que esté con él en esa celda.»

«De hecho, sí. A eso se reduce», dice Ray encogiéndose de hombros.

«Sé que suena macabro, pero ésa sólo es una de las opciones, ¿eh, Ocky? Hay modos y maneras, y no bromeo, mi dulce amiguito», digo suavemente, tomando entre mis manos la cara del aterrado capullo. «Sé que toda tu vida acaba de pasarte por delante, pero todo eso no es más que en el peor de los casos. De todos modos», digo girando la cabeza del tarado para que se quede mirando a Ray Lennox, que sonríe como un Papá Noel de unos grandes almacenes, «el tío Ray te dirá lo que tienes que hacer para mantenerte fuera de las viles garras de La Bestia. Considérale tu príncipe azul.»

Ray le guiña un ojo, después chasquea los dedos y empieza a cantar: «Siento que va a comenzar una canción…»

Yo siento el comienzo de la trepada. Stephanie Donaldson. «Entretanto, iré a ver qué hace esa pequeña guarra traficante de tu novia, Ocky. Francamente, hay que ver las compañías que frecuentas. Pero oye, no sería la primera vez que un chocho pijo ha llevado a un buen hombre a la ruina. Tienes que mirar dónde pones ese pito. Siempre tiene consecuencias», le guiño un ojo y salgo en dirección al dormitorio.

Cuando vuelvo a entrar, ella está levantada y vestida y sentada sobre la cama.

«Bien, bien, señorita, ¿hemos tenido tiempo de pensar sobre nuestra posición?», pregunto. Ya le enseñaré yo a la pequeña guarra unas cuantas posiciones. Empezando por el estilo perrito.

«Por favor, no se lo digas a nadie… No quiero que mi padre lo sepa. No debe saberlo», suplica ella.

«Tendré que acusarte de posesión e intención de traficar. Por supuesto, como menor, es probable que no te condenen a prisión, pero tendrás que acudir al juicio. ¿A qué colegio vas?»

«Al John Gilzean's…», gimotea lastimeramente.

«Bien, estoy seguro de que un colegio tan acreditado tomará medidas disciplinarias. Por supuesto, me veré obligado a informarles, y también a tus padres. El éxtasis es una droga muy peligrosa.»

«Por favor, no se lo digas a mi padre…, por favor…, es abogado. Para nosotros sería terrible…»

Donaldson. ¡Claro! «Tu padre no será Conrad Donaldson, ¿verdad?» Siento que se me levanta el ánimo y estoy seguro de que mi polla nunca ha estado antes tan gorda en mis pantalones.

«Sí», dice, con los ojos iluminados por la esperanza.

¡Mecagüen la puta! ¡El Mismísimo Señor Capullo Presuntuoso! ¡Bingo! ¡Su descendencia aquí mismo, en el plato de Bruce Robertson! Qué pequeño mundo, qué pequeña ciudad. ¡Dios bendiga a *Edina, Scotia's darling seat*[28]! Me aclaro la garganta; la lujuria y la perspectiva de la venganza la han puesto espesa. «Mira, nena, pienso decírselo. Por ahora, pienso decírselo. Que acabe haciéndolo o no es del todo cosa tuya, pero por ahora voy a hacerlo.»

«Por favor…, haré lo que sea…, ¡no se lo digas!», chilla.

«Bueno, pues voy a decirte lo que vamos a hacer. ¿Me estás escuchando? Porque voy a decirlo una vez. ¿De acuerdo?»

Levanta la vista y asiente lentamente. No veo que haya salido a Donaldson. No estoy seguro de si eso es bueno o malo.

«Me chupas la polla y estamos en paz. Y me la chupas bien. ¿Vale?»

Está mirando al suelo. Le tiemblan los hombros.

«Vale, no hay trato. Stephanie Donaldson, se te acusa de posesión de una sustancia controlada con intención de traficar. Tienes derecho a… »

«¡No! ¡No! ¡Por favor!»

Sonrío a la cabrona pijilla. «Venga, nena. Ponle fin a esta pesadilla. Ponle fin con una pequeña mamada», digo suavemente. «Esa pequeña escoria de tu novio, no me digas que no lo has hecho con él. Una polla es casi igual que otra. Unos minutillos de tu dulce cabecita y la pesadilla se terminó. Quedas en libertad. Estamos en paz. Ahora, si no quieres cooperar… El colegio y papaíto se enterarán de todo.»

Una familia minera. ¡Ja! Procedo de sitios mucho más sucios y puercos que un puto pozo, como está a punto de averiguar esta pequeña zorra.

«Está bien…», dice ella, cerrando el trato. Un acuerdo verbal me irá de perilla. Quizá no valga el papel sobre el que está escrito, pero tampoco es que haya manera de devolver una mamada una vez hecha.

«Buena chica. Un intercambio justo no es un robo. ¿Para qué involucrar al Estado, muñeca? ¿Para qué causar tanto papeleo fastidioso?» Sonrío mientras me desabrocho. Sale volando como un puto muñeco de muelle. «Chúpamela, nena…», susurro, «chúpasela requetebién aquí a Robbo.»

Ella la mira y después me mira a mí con grandes ojos suplicantes, pero sostengo la bolsa de éxtasis en la otra mano. «Me acercaré por ese colegio pijo. Chupa. Me aseguraré de que papaíto Conrad conozca toda la historia. Chupa.»

Tengo las pelotas escamosas y costrosas. La piel se está desprendiendo en escamas. Mi eczema se está poniendo fatal, ya lo creo. Demasiados pensamientos cochinos. Demasiados lugares malos. Pero ahora no. Pero qué boquita tan hermosa.

Coloca la boca lentamente alrededor de la punta de mi polla y hace una mueca. «Así, nena, así. Chúpamela como se la chupas a tu novio…, pon esa lengua en movimiento…, eres una chiquita preciosa, ¿lo sabes? Tócame las pelotas. ¡Tócame las putas pelotas con las manos!», le ordeno.

La hija de papá.

«Estrújame las pelotas… más fuerte, nena, venga…, estrújame las putas pelotas con más fuerza… »

Ella se ahoga y le dan arcadas y llora a moco tendido, pero ahora la he cogido por esos cabellos dorados y su cabeza es mía.

La puta hija de papá. Conque canibalismo, ¿eh, capullo? Pues a tu chiquilla le gusta el sabor de ese beicon, adora esa carne que te cagas, la adora desde el fondo de su garganta…

«¡Chupa, pequeña zorra de mierda, o tu viejo sabrá que eres un puto pendón traficante!»

Sí sí sí sí.

Está chupando, joder, ya lo creo que chupa…, angelito…, ahhh… ahhhh… ahhhhh…

«Sííí…, ¡traga!» Estoy pediéndome a mogollón, me escuecen los ojos. ¡Qué poderío el de ese *vindaloo* de la Casa del Curry de Lauriston Place!

Ella traga en vez de escupir. Siento que voy a desvanecerme mientras bombeo. Siento un intenso martilleo detrás del cuello como si me levantaran la cabeza con una pala, pero refluye, igual que mi lefa contra el fondo de su garganta y por su gaznate. Se está asfixiando, pero le mantengo firme la cabeza hasta que estoy listo, entonces retiro mi polla de su cara miserable y atormentada, me la guardo en los pantalones, me abrocho y la dejo con sus lloriqueos. «Estamos en paz, cariño, hasta la próxima. Mantente alejada de esto», sonrío, meneando las pastillas delante de ella y embolsándomelas. «Y dile a tu viejo que Bruce Robertson estuvo preguntando por él», le guiño un ojo, sacudiéndole de los hombros algunas escamas de piel muerta.

Estuve preguntando por él, pero me topé contigo, muñeca.

Salgo de la habitación dejando que la pequeña guarra se empape de ese tufillo de curry, Guinness y lefa. Ray Lennox le advierte a Ocky que nos mantenga al tanto de los movimientos de hooligans como Alex Setterington y Ghostie Gorman. Pobre Ocky; un martillo un poco grande para una nuez tan pequeña, pero lo que cuenta es la diversión y es lo que hace pasar el día.

Mientras nos preparamos para irnos, Ray se vuelve hacia Ocky: «Tendrías que dejar esas pastillas en paz. Yo nunca las toco. Las probé una vez, pero no encajan con este trabajo. Me hacían tener sentimientos demasiado buenos hacia todo el mundo. Eso no sirve de nada en lo mío. Pero la farlopa, ésa es otra historia», se ríe.

Ocky se limita a asentir tímidamente.

«A ver si la enseñas a hacer una mamada decente, joder», me río, señalando la habitación y sacudiendo la cabeza con una mezcla de risa y asco mientras nos marchamos. Ya fuera, Ray y yo chocamos los cinco.

Un tío legal, Ray Lennox. Si todos los cabrones que hay en el cuerpo fueran como él, este trabajo resultaría mucho más llevadero.

¡Ya llegó el fin de semana! Terminamos pronto después de eso y ni de coña voy a volver a Jefatura a escuchar a Drummond gimotear acerca de dos nenas tontorronas que saben que la peña de Setterington y Gorman estaba allí pero que intentan desviar las cosas soltando pistas falsas. Estoy en casa y pongo mi *Frank Sidebottom Salutes the Magic of Freddy Mercury and Queen and Kylie Minogue*. Kylie Minogue: podrá decirse lo que se quiera de ella como cantante y como actriz, pero es una preciosidad. Las cosas serían más llevaderas si hubiera periquitas como ésa en el cuerpo en vez de fetos como Drummond. O incluso las periquitas esas que le gustan a Stacey, esas que dicen: *Dinos lo que quieres, lo que quieres, lo que quieres*. La pequeña me dice: ¿A ti cuál es la que más te gusta, papá? Carole se limitó a lanzar una mirada sarcástica y dijo: Qué pregunta más tonta.

Ensayo el acento de Manchester de Frank durante otro ratito mientras le doy un toque a Bladesey para comprobar que sigue en el trabajo, como efectivamente sucede, y me dice que vendrá directamente al pub a las nueve. Nuestro hermano Blades está trabajando hasta muy tarde. Es una señal infalible de que o te estás follando a alguien que no debes o, en el caso de Bladesey, que no te estás follando a quien debes.

Después le hago otra llamada a Bunty.

«Hola, *Boontay*[29] Te llamas así, ¿no?»

«Sí. ¿Quién eres?»

«Apuesto a que tienes los pelos del coño como las ramas de un árbol. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amooor, Boontay?»

«No me parece que eso sea asunto tuyo…, debes llevar una vida muy triste si tienes que interesarte tanto por la de los demás. Te compadezco.»

Santo cielo. Me siento tratado con condescendencia hasta más no poder. ¿Cómo recuperarme de este devastador golpe al mismísimo centro de mi imagen de mí mismo? Chupado. «Vaya, ¡gracias! ¿Pero qué me dices de tu vida, *Boontay? ¿Es* tan aburrida?»

«Eso es cosa mía. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?… ¿Cómo te llamas?»

Preguntas y respuestas; honradez, mentiras… «Me llamo Frank, de hecho.»

«Pues, Frank, me pareces una excusa muy lamentable para un ser humano.»

Conque sí, ¿eh, cariño? Qué fascinante que te hayas dado cuenta. Fue papá. La culpa es suya. Era un hombre malo. Pero qué hay de ti, encanto; ¿qué hay de ti, que te casaste con un tal Clifford Blades? «Me dicen que te gusta que te la metan por el culo, *Boontay*. ¿Es cierto?»

«Dios, qué patético eres. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te ha dicho esa estupidez?»

«Fue…, fue…, el pequeño Frank.»

«¿Y ése quién es?»

«Es…, es…, no voy a seguir hablando contigo», chillo. Esta puta es una

rompecojones de primera categoría. Fría como el hielo. No es de extrañar que el pobre Bladesey se la menee con las fotos de la prensa. Aunque cuanto más grandes, más dura la corrida. Esto va a ser un desafío. Decido efectuar una retirada temporal.

«Cuéntame, ¿quién es ese tal pequeño Frank?», insiste.

«Uuy…, lo siento, *Boontay*, mi mamá me está llamando, tengo que marcharme. Acabarás metiéndome en líos tú. Voy, mamá…, no, no estoy haciendo llamadas cochinas a prostitutas… »

Cuelgo el auricular de golpe. A ese putón que le den. Eso. Buena falta le hará. La extraña sensación en mis pantalones me informa de que ya va siendo hora de una sesión manual con el material de Héctor el Granjero. Una buena paja a la salud de una puta tetuda, y después intentaremos despachar los restos del *Ruby Murray*[30] de anoche hacia la próxima vida. Llevo los huevos un poco en carne viva y escamosos, y me excito más aún pensando en los labios de la pequeña Stephanie sobre mi polla.

Después de un rato la cosa se hace inaguantable, así que me voy a la sauna de Maisie, también conocida como el Fish Factory. Maisie no está allí para charlar un rato y aconsejar expertamente cómo satisfacer mis necesidades específicas, pero encuentro a una puta joven y me la llevo al *Bed & Breakfast* de los Links que lleva un tío de la hermandad que me debe un favor. Intento tirármela pero llevo la polla y los huevos sensibles que te cagas por el eczema, así que me la follo con el dedo de forma basta y consigo que me la chupe. No le apetece nada, pero le cuento que cerraré el puto garito si me rechista lo más mínimo y accede. Cuando su olor se me hace insoportable, la mando a tomar por culo antes de que me sienta tentado de romperle la mandíbula.

Me quedo dormido durante aproximadamente una hora y me despierto con un ataque de ansiedad malísimo, sin saber dónde estoy. Tengo que abrir la ventana y echar un vistazo a la oscuridad de los Links para orientarme. Son las nueve menos cuarto y voy a llegar tarde a mi cita con Bladesey. Salgo disparado para el centro en un taxi conducido por un tío al que conozco vagamente d(000000000000 *comer* 0000000000)

Me suenan las (000000000 *comer* 00000000) Ja y otra vez y acabo de llegar del jodido (0000000000 *comer* 00000000)tonces me he encontrado a Bladesey en (0000000000000000000)Bladesey está un po(00000000 *comer* 000000000) casi se precipita en (0 *come Anfitrión mío* 0) Bladesey está (0000 *come para tu amigo*)ido al Blazer, donde un pastel de carne (0000000000 *comer* 00000000) para recordarle toda su humillación(0000 *el Yo. Come* 0000000) «No lo creo qu(0000000000 *comer* 00000000) miedo y tensión. «Créelo, digo secame(0000000 *comer* 000000) a el jodido timbre y lo mío es una p(0000000 *sí* 0000000000)

El hermano Clifford (000000 *sí* 00000000000)a tiene esa cara de preocupación por c(00000000000000000000)osa menos joven.

Tomamos un trago (00000000000000000000)le está dando una perspectiva diferente (00000000000000000000)una gran broma, pero el terror será (0000000 *la*

cuestión de)ia especialmente con Bunty mordisqu(*la supervivencia* 0000)el diminuto tonto mierda.

(0000000000000000000)

Bladesey está (00000000000000000000000) dos pantalones, camisa rosa y cor(00000000000000000000000)icima. He visto alguno de sus com(0000000000000000000000)ía el marginado espástico que es (000000000000000000)

He pagado otr(000000000000000) Vio un Silk Cut. Bladesey coge un (0000000000000000000000000)io el entrecejo. Tu cara está (0000000000 *comer* 0000000) el muy mierda.

«¿Todo en orden? (0000000000000000)

«Eeh, realmen(0000000000000)eguro de poder ir a Amsterdam m(000000000 *comer* 00000000)e Bunty le daría un ataque al coraz(*Mi Anfitrión come para el yo*)

«Venga colega (00000000000000)

«Qué sabes tú (000000000000000)po de su cerveza. Hay otro problem(00000000000000)stado haciéndole llamadas Obscenas(0000000000000000) Tengo gana(0000000000000) donde tienen ese 1471 tengo (0000000000000)vertidos.

Se ha deshecho de un (00000000000000)bscenos, sí, pero el efecto de la r(0000000000000) a ese acecho ha penetrado el pa (0000000000000)arar en la táctica a los desarrollo(0000000000000) tecnológicos. Acecho a(00000000000000)

«Oye, Blan (0000000000000)na palabra con vosotros dos u(000000000000000)le disipar dudas y que has disi(0000000000000000000)

«Oh, Bru(000000000000000)

«Cualquie(00000000000000000000)

«Yo, realment(00000000000000000000)

«Entonces se tr(00000000000000) Cucharadas y un Ruby Murray (0000 *comer* 0000000)

Después de un (00000000000000000000)bby Murray y entramos tambal(0000000000000000000) nos conoce y no le importa, o hac(000000000000000000000) le importa. Me estoy gastando una (00000000000000000)roblema y aunque lo he intentado (000000000000)miento me corroe las entrañas hasta un (00000000000000000)

(000000 comer 0000)

(0000000000000)

(00000 *comer* 00000)

(0000000000000)

(0000000000000)

(0000000000000)

(0000000000000)

(0000000000000)

(00000 *comer* 00000)

000000 *gracias de*)
(*parte del Ego* 00000)

Esta mañana me he toma (0000 *comer* 00000)benzedrinas que Ray Lennox encontró en (00000000000)iéndome a mil porque anoche iba bolinga perdido y en ese estado siempre se apuesta un poco más fuerte con los currys sólo para poder saborearlos. Creo que esas tabletas de benzedrina tienen un alto contenido en bicarbonato, así que eso tampoco ayuda. Este sábado por la mañana no trabajo. No, he prometido ir a visitar a mis amigos los Blade.

EN CASA CON LOS BLADE

Puede que Bunty sea un hueso duro de roer por teléfono, pero Bladesey me ha dicho que todo esto empieza a afectarle. Así es como debe ser. Ahora mismo tengo un bulto en mis pantalones de franela y me siento henchido con la sensación de mi poder sobre ella. Ya va siendo hora de que conozca a ese putón, como le prometí a Bladesey.

Pronto empezará a nevar otra vez. Caerá con fuerza. Se percibe en el ambiente. En el centro han colocado los adornos y encendido las luces. Por fin enterraron al tío ese, Wurie, en Londres. En el telediario de anoche dieron un reportaje sobre el tema; como era de esperar, era crítico con la investigación. A la mierda, el negrata está quitado de en medio, bajo tierra y hielo. Lo más importante es que las calles están más despejadas, y llego a Carrick Knowe en un santiamén.

Bladesey se caga en los gayumbos. Quizá por buenas razones. Bunty parece bastante adusta, y anoche él llegó bolinga perdido. Me aseguré de ello. Es una mujerona, fornida, pero si pulsas los botones acertados ese putón se dispararía como un despertador pese a todos sus aires de superioridad. Conozco el tipo. Las reglas son las mismas. Eso sí, más austera y recogida imposible; en este queo amueblado con material Plabitat/John Lewis no hay nada que birlar. Ni fundas ni una pizca de polvo. Sería una buena esposa para un policía. O un buen polvo. Alrededor de un metro sesenta, pero más de setenta kilos, gorda pero tirando a voluptuosa, cabello negro rizado y dispuesto en tirabuzones propios de una mujer más joven (Bunty debe de andar por la mitad de la treintena) y bastantes joyas vistosas: collar, pendientes y pulseras que le dan un toque putón que desentona con su tono altanero.

El total de la ecuación representada por Bunty es: demasiada mujer para el hermano Clifford Blades. El casi tartamudea: «Este es Bruce, el amigo del que te he hablado. Eh, de hecho, voy a ir con él a la fiesta de los masones en Scarborough.»

Intento sofocar una carcajada. Scarborough. Ya. ¿Yo en un lugar de vacaciones plebeyo como ése? Creo que no, mi queridísimo amigo. «Encantado de conocerte, Bunty», sonrío, tendiéndole la mano y recreándome en una presa plena y saludable.

Ella me devuelve la sonrisa. «Te llamas Bruce, ¿no es así?»

Así es, puta tetuda y de muslos carnosos. «Sí…», empiezo.

«Cliff me lo ha contado todo sobre ti», dice un poco burlonamente.

«Ah, espero que no haya dicho nada difamatorio…», digo volviéndome hacia Bladesey, «por el bien de tu abogado, quiero decir», añado humorísticamente.

«En absoluto. Todo lo contrario», dice este putón con enormes pendientes. Si los cogieras bien cogidos y tiraras tendría que chupártela, no tendría opción, aunque a lo mejor se le ponía el coño como la pista de patinaje de Murrayfield en cuanto lo hicieras. Pero a lo mejor no, porque esta vaca respeta el poder. Conozco el tipo. Paso a modalidad profesional. «Comprendo lo inquietante que esto debe ser para ti, Bunty. Sin embargo, intenta no preocuparte excesivamente. He tratado con tipejos como ése en otras ocasiones. La mayoría de ellos, si me disculpas, son todo boca y nada de pantalones. Colgarles el teléfono de golpe sólo les muestra que estás asustada. Se alimentan de ese temor. Permanece todo lo tranquila que puedas, y habíales. Entonces es cuando empiezan a patinar. Se vuelven descuidados, y se van del pico.»

«El agente me dijo que no hablara con ellos», dice, un tanto perpleja.

«Sí, por lo general eso es lo que les decimos a nuestros agentes más jóvenes y menos experimentados. Y sí, eso funciona si lo que quieres es que paren. Pero si lo que quieres es coger a esos hijos de puta, si me disculpas, tienes que utilizar tácticas diferentes.»

«Uy, quiero que le cojan, por eso no te preocupes», dice Bunty con gruñido de tono grave. «Quiero que sufra.»

Siento que se me empina la polla ante el énfasis que este putón pone en la palabra «sufra». ¡Fuaa! «Bueno, Bunty», digo yo con un suave resuello, «ehmm, disculpa, tengo la garganta un poco tocada», digo tosiendo, «lo mejor que puedes hacer es ofrecerle algunas revelaciones.»

«¿Qué quieres decir con eso de revelaciones?», pregunta desafiante, inclinándose hacia delante desde el asiento, apartándose el largo y oscuro flequillo de los ojos. Sí, no sería fácil satisfacer a este putón y yo aceptaría el desafío de buena gana. De buenísima gana, y no bromeo.

«Cuéntale algo sobre ti. Síguele el juego. Sube la temperatura. Sube la apuesta. Así es como se hace. No te inventes ninguna bobada, probablemente se daría cuenta. Limítate a atraerlo. De esa forma tú te haces con el control. Él se convierte en la víctima. Oblígale a enfrentarse a su propia necesidad. Deja que el cazador se convierta en cazado, por así decirlo.»

Bunty asiente con macabro entusiasmo y nuestras miradas se traban. Noto cómo chispea entre nosotros la electricidad. La sostengo durante un segundo, justamente hasta que ella parece estar algo preocupada, y entonces me vuelvo hacia Bladesey: «Pillaremos a ese hijo de puta, Cliff. No lo dudes», y entonces me vuelvo otra vez hacia ella: «Le cogeremos, Bunty. Cliff», digo sin mirarle, «quiero que cuides muy bien a esta dama, a esta dama tan valiente.» Nuestras miradas vuelven a trabarse y a partir de las pupilas de ambos se tiende un rayo láser conector de energía sexual.

«Así lo haré», dice obedientemente, y mientras me vuelvo para mirarle, noto la mirada despectiva de Bunty ante su aplomo, pero no quiero confabularme con ella. Todavía no.

«Me siento mucho más contenta ahora. Muchísimas gracias, Bruce», sonríe ella.

La vacaburra se levanta para ir hacia la cocina, permitiéndome inspeccionar la mercancía. Dentro de esas mallas negras hay abundante carne de culo y un par de tetas entre las que podría uno perderse.

«En absoluto, dale las gracias al bueno de tu maridito, a mi amigo Cliff. Amigos de baja estofa en posiciones de importancia, ¿qué haríamos sin ellos, eh, Bladesey, muchacho?»

«Muy cierto, Bruce», dice Bladesey tratando de dárselas de sabio, pero lo único que consigue es parecer insípido. Me asomo por la ventana detrás de esa figura fatigante e insustancial y efectivamente, está empezando a nevar.

Presento mis excusas y me marcho. Es sábado, pero los Hearts hoy juegan fuera, así que opto por ir a la comisaría y hacer unas horas extra más *in situ*. No se puede uno quejar. De hecho, al consultar mi diario me doy cuenta de que le dije al equipo investigador que estuviese allí para una sesión informativa. No sé por qué. Creo que es porque escuché por casualidad a Drummond diciéndole a Karen Fulton que hoy pensaba hacer las compras navideñas. ¡Piénsalo dos veces, cara de bollera!

CORTANDO EL GAS

Como siempre, Jefatura es una puta pérdida de tiempo. Me dirijo a mi despacho y me echo dos tazas de café negro al coleto antes de mi sesión informativa. Toalie ha empezado a liarme la cabeza de verdad incluyendo a la puta de Amanda *Drumstick*[31] en mi equipo investigador. Intento informar a esos capullos y lo único que oigo es ese gañido agudo al fondo; es evidente que le pica verse arrastrada hasta aquí hoy.

«Así que la situación que tenemos en la noche del asesinato de Efan Wurie es ésta: hemos establecido que Gorman y Setterington, dos conocidos matones con un historial de violencia organizada, y subrayo lo de organizada, se hallaban en las inmediaciones de la discoteca Jammy Joe. Nadie, por supuesto, les vio allí, pero tampoco se chivarían. Ya sabéis el reinado del terror que estos matones han impuesto a la vida social de esta ciudad…, lo mejor será no perderles la pista y ver a qué se dedican. Conocemos su *modus operandi*. Así que ¿qué hacen de forma distinta? ¿Con quién se ven? También deberíamos presionar más a los testigos, a la gente que estaba en el club: Mark Wilson, el portero, Phil Alexander, el propietario, esas dos chicas, Estelle y Sylvia…»

«No estoy de acuerdo», dice ella.

A quién coño le importa lo que pienses tú, putilla imbécil. Haz el favor de dejarme hacer mi puto trabajo.

«¿De veras? ¿Y por qué, si puede saberse?»

«Bueno, recuerdo que en Tayside…», dice ella, y después empieza a divagar sobre alguna mierda irrelevante y que no viene a cuento que sucedió en su último trabajo en el Tayside de los huevos. Tayside. ¿Pero qué cojones ha pasado allí jamás? Que se follaron a una oveja o algo así. Allí eso son delitos mayores. Además, ella sólo estuvo allí durante diez minutos como ayudante de aprendiz a tiempo parcial del encargado del té o algo así. Está venga a decir cómo esta investigación nos ofrece una oportunidad ideal para construir puentes con la comunidad negrata y toda esa mierda. Lo que queremos construir para esos capullos son barcos bananeros, para mandarles de vuelta al sitio de donde cojones vinieron. No pienso tragar con esta mierda.

«Reitero, creo que la forma correcta de abordar esta investigación…», empiezo yo.

«Con el debido respeto, Bruce, ese método apenas ha dado frutos hasta ahora…», desafía ella.

«Gracias por ese provechoso comentario. Se me ha confiado la responsabilidad de encabezar esta investigación. Hasta que eso cambie, éste es el método que emplearemos», le informo gélidamente.

Putilla descarada. Un buen polvo es lo que le hace falta a esa vacaburra.

De todos modos, empieza a parlotear otra vez, como la capulla embobada que es. Así que al final de la sesión acordamos que *ella* construirá los puentes con los grupos negratas, lo cual a mí me parece perfecto porque no tengo intención alguna de escuchar a algún mono de la selva dándome el coñazo con su mierda de resentidos. Me largo pensando en llamar a Bunty, pero aparece Gus.

«Bruce, acabo de recibir una llamada anónima. Varón, joven. Me cuenta que Setterington, Gorman, Liddell y otro tío más estuvieron en el club aquella noche.»

Eso ya lo sé, teleñeco de mierda. Será Ocky, esa escoria cobarde y chivata. Más que inútil a menos que diera el chivatazo ante los tribunales, cosa que no hará, pues supondría el final de su triste vida de capullo.

«Vale, Gus.»

«¿Qué quieres hacer?»

«La vieja historia, ¿eh, Gus? No les vio ni dios. Ni dios se presentará en el juicio para decir que estuvieron allí. Creo que iré a ver a la pequeña zorra que trabaja en la floristería, la Estelle Davidson esa. Es una tipilla dura, pero es a ella a quien hay que presionar. No me da la impresión de que Sylvia sepa mucho. Aunque Drummond les da coba. Lo que tenemos aquí montado no es un grupo de apoyo para niños tontos, es una investigación por asesinato.»

Sí, eso haré, y después Ray y yo iremos a ver a Ocky. Eso sí, será después de que me haya ido al tigre con mi ejemplar del *Sun*.

Hoy la chica de la página tres es impresionante, y se parece algo a la pequeña Stephanie Donaldson que nos la chupó. April, de Newcastle. He oído hablar de llevar carbón a Newcastle[32], pero desde luego no hace falta llevar *chochos* a Newcastle si son todos como ésta.

La pintada de hoy:

KAREN FULTON LE GUSTA QUE LE DEN CULO

No reconozco la letra.

Venga, nena… Bruce está aquí.

Esta es tu gran noche…, eso es…, venga…, saco mi polla tiesa y escamosa. Hay un poquito de tufo al asomar el capullo, en color rojo carne viva, dejando atrás el prepucio descolorido. Me pican tanto los putos huevos…, fua…, venga, nena…, ese gilipollas de médico y sus putas cremas…

No pienses en eso

… fuá, nena…, esto es tan bueno…, oohh ooohh oooohhh… April de Newcastle, ooohhh, eres una chica preciosa…, ay qué cabrona estás hecha…, ooohhh…, allá

voy…, fuahh…

¡PUTO BINGO!

Oohh ooohh…, fuá, cabrón…, dejo que la lefa me caiga sobre los muslos. Quizá sus propiedades alcalinas le sienten bien al sarpullido, en todo caso no le harán tanto mal como las inútiles cremas de ese cabrón de Rossi. Deberían poner de patitas en la calle a los médicos incompetentes. Si en el cuerpo no pudiésemos estar a la altura estaríamos hundidos en la mierda, pero esos cabrones cometen asesinatos impunemente porque ellos nunca tienen que jugársela. Las reglas son las mismas o en cualquier caso debería ser así, joder.

Olisqueo las perneras de los pantalones de franela negros. Hay un pestazo espeso de sudor rancio puntuado por el esporádico y acerbo olor a pis. Ah, lo que daría por un servicio de lavandería decente. Ahora mismo necesito una tía que sepa cocinar y lavar más de lo que necesito una que sepa chupar y follar. Por supuesto, las integrantes de la lista ideal de candidatas poseerían todos esos atributos. Un sucedáneo de Carole, hasta que empiece a entrar en razón, cosa que no tardará mucho en hacer. Nunca lo hace.

A Karen Fulton le gusta que le den por culo. Hmm. Nunca me la he follado por el culo. Me la he follado por el coño, ya lo creo, pero eso no es que me convierta en miembro de un club exclusivo. La última vez que me lo hice con ella fue después del funeral de la princesa Diana. La puse bolinga perdida y nos lo hicimos. Es sabido que en ocasiones Fults se ha ofrecido a todo quisque, en fiestas de Navidad o cuando alguien se va y tal, pero a mí la pintada esta me parece la piadosa expresión de un deseo, escrito probablemente por algún inepto como Toal.

Tacho KAREN FULTON y pongo BOB TOAL en su lugar. Me quedo mirando mi obra un rato y me da un ataque de risa que me deja sin aliento y me inmoviliza mientras las lágrimas me ruedan por las mejillas.

Salgo y me lavo las manos pero no consigo limpiarme las uñas como es debido. Observo mi mandíbula en el espejo y me froto los pelos de la barba. Me hace falta un buen afeitado.

(0000000000000000)
(000000000 *comer* 000000000)
(000000000000000)
(0000 *come Anfitrión mío* 00000)
(000000 *comer* 00000 *comer* 00000)
(000000 *comer* 0000000)
(000000 *comer* 0000000)
(00000 *comer* 000000 *comer* 000000)
(000000 comer 000000)
(000000 comer 000000)
(0000 *comer, el yo necesita alimentarse* 000000)
(0000 *comer* 00000)

(000000 *comer* 0000 *sí* 000000)

Placeres sencillos. El ventilador eléctrico que hay debajo de mi mesa arroja aire caliente contra mi pierna mientras me recupero de esa paja con una potente taza de café y un Kit Kat con un *donut* de Crawford's. Me interrumpe el teléfono. Además, es una llamada del exterior. No es ella. No es Carole. Es ella.

Le dije que jamás telefoneara aquí. Jamás. «Te dije que *jamás* telefonearas aquí», le digo. «Estoy en mitad de una investigación muy seria.»

«Lo siento…, tenía que hablar contigo. Sobre lo que dijiste hace un par de semanas, ¿lo decías en serio?» ¿De qué va esta puta tarada? «¿Qué? ¿De qué se trataba?» «Aquel día, Bruce…, me dijiste que me querías. ¿Te acuerdas?» Su tono de voz desciende una octava. «¿O sólo fue algo que te inventaste porque pensabas que quería oírlo?»

Me lo inventé porque iba empalmado y una polla tiesa no tiene conciencia. Y si esa polla tiesa está pegada a Bruce Robertson, entonces tiene menos conciencia aún. Uno no puede permitirse tener conciencia en esta vida, eso se ha convertido en un lujo para los ricos y en un grillete social para los demás. Incluso aunque quisiera tenerla, cosa que no deseo en absoluto, no tendría la menor idea sobre cómo adquirirla. ¿Se pueden comprar en el mostrador de discos de Woolie's?

Pero esto se pone peliagudo: esta guarra está dando peligrosas muestras de inteligencia. El caso es que me vendría bien echarle otro tiento a esa puta estúpida y subnormal. «No creo que fuera eso lo que dije. Lo que dije, si te acuerdas, es que podría enamorarme fácilmente de ti. Pero también dije que si te daba amor, amor espiritual, tendrías que ser lo bastante fuerte como para soportarlo. ¿Te acuerdas?»

Se produce un largo silencio, y por fin grazna: «Me acuerdo… »

No se acuerda de una puta mierda. Va hasta el culo de putos Valium o Prozac o lo que sea que le haya recetado para los nervios algún matasanos lo-que-sea-para-vivir-tranquilo tipo Rossi. «Te dije que te marcharas y volvieses cuando te encontrases con fuerza suficiente. Porque ya lo creo que te daré amor. Te daré todo el amor del mundo. Más amor del que podrías imaginar nunca… »

Cómo coño se llamaba… la mujer de Hurley…, Brigitte…, Sarah… ¡Chrissie! «Chrissie…, ay Chrissie…, mira…, tienes que tener suficiente fuerza para soportarlo…», dejo que mi voz tiemble un poquito, «porque si lo doy y no lo recibo de la otra parte, me destrozará… »

Gus entra y se acerca al borde de mi mesa, recogiendo mi taza de los Hearts casi vacía y señalando la tetera. Le hago la señal del pulgar hacia arriba. Al menos esta vez ha cogido la taza correcta. Por el auricular se oye un curioso ruido jadeante que se pega al gimoteo de Chrissie. «Bruce…, lo siento mucho…, es que necesito saber cuál es mi situación. Sólo estáis Bob y tú… y, quiero decir, ¿qué hay de Carole?»

«Carole *no* tiene que ver con esto. Afortunadamente, en este momento está en casa de su madre. Esto tiene que ver *conmigo, Bruce,* y *contigo, Chrissie.* Si es que hay un tú y yo. Si hay un tú y yo, entonces hablamos de Carole. Hasta que haya un tú

y yo, en el sentido real de la palabra, Carole es asunto mío y sólo mío.»

Hay una pausa. Ese fluorescente está parpadeando otra vez. No es de extrañar que me sienta con ganas de vomitar aquí dentro. ¿Es que esos tacaños no pueden gastarse una puta mierda en simples cuestiones de mantenimiento? Gus se acerca y deposita sobre mi mesa una taza llena de café.

«Bruce…, tengo que verte. Es que me siento tan sola desde que dejé a Bob. Incluso he estado pensando en volver con él…, has dicho que Carole está fuera…, ¿puedo ir a verte esta noche? Por favor… »

Meto la mano en el cajón y saco otro Kit Kat del paquete de celofán que contiene ocho. Al tipo que inventó el Kit Kat deberían darle el título de Sir, hostias. Yo me los como a patadas. Quién coño sabrá cómo será que no engordo un montón. Metabolismo rápido, supongo. «Sí. Vale. Pero te diré una cosa, Chrissie. No estoy de humor, repito, no estoy de humor para mamoneos. No me vas a explotar porque he dejado claros cuáles son mis sentimientos hacia ti. Ataré cortos esos sentimientos hasta que obtenga de tu parte algún compromiso espiritual.»

La carta espiritual. Había que jugarla. Siempre pican con ésa, no lo pueden remediar. Oigo desfallecer su voz hasta convertirse en boqueada. «Necesito verte, hablar cara a cara. Me acercaré esta noche. ¿Cuándo te viene bien?»

«Que sea a las ocho», le digo, antes de terminar y colgar el auricular. «A follar, a follar, a follar», canto suavemente para mis adentros, con la melodía de «Here We Go». Saludo semieufóricamente a Gillman e Inglis, que acaban de entrar en la oficina. Gillman asiente lacónicamente con la cabeza, ese capullo jamás muestra emoción alguna, pero Inglis me envía un gran saludo exagerado que desencadena en mi estómago una sensación de náusea.

Chrissie esta noche. Bueno, al menos me he asegurado un polvo. Aunque difícilmente sin agobios. Espero que sea mejor que la última vez. Era una tía rara, la máquina de fotos parecía excitarla, pero cuando saqué el vibrador empezó a llorar y venga a hablar de Bob y del lío en que se había convertido su vida. A algunos chochos no hay manera de entenderlos.

Echo un vistazo a mi calendario de la Federación Escocesa de Policía. Cinco de diciembre. No queda tanto para Navidad, pero a la mierda, lo primero es la escapada invernal a la Dam. Ese puto y aburrido calendario. El año pasado tenía uno cojonudo, pero entonces llegó la circular esa de Personal, sin duda iniciativa de bolleras de chocho árido como Drummond, declarando que iban a prohibirse los *pin-ups*. No sé qué bobadas acerca de imágenes negativas de la mujer. Si una tía follable en bolas es una imagen negativa, ¿entonces qué es lo que cuenta como imagen positiva? ¿Un puto feto como Drummond vestido de policía? Me temo que no. Las reglas son las mismas.

La náusea no se va y tengo que salir de aquí temprano. Ray Lennox está al acecho de los cabrones de la comunidad hippie Sunrise de Penicuik, así que no hay nadie con quien pueda escaquearme. No me fío de Gillman, y Clell ha perdido los papeles con

toda esa mierda de Tráfico. Decido irme al centro, a dar un paseíto. El centro está abarrotado de compradores de sábado en busca de ofertas navideñas. Casi puede respirarse la codicia cruda suspendida en el ambiente como vapor. Al caer la oscuridad de final de la tarde, las luces resultan cursis y siniestras.

El lugar del crimen. Aquí estoy, subiendo las escaleras del Playfair. Un joven borrachín, vestido con ropa mugrienta y raída, zapatillas agujereadas y dándole sorbos a una vieja lata morada, me tiende esperanzadamente un vaso de plástico. «La oficina de paro es por ahí, colega», digo señalando hacia el West End.

«Feliz Navidad», dice él.

«Tú también, colega», sonrío. «Pero podrían resultar algo frías. Yo que tú firmaba en el registro de ahí», digo señalando la presuntuosa magnificencia del Hotel Balmoral, «deja que los del servicio de habitaciones carguen con toda la tensión. Sabes que tengo razón.»

El borrachín me dispara una mirada iracunda que es incapaz de ocultar el puro terror subyacente a contemplar una temporada fría en la calle, y muy posiblemente el fin de su miserable vida. Aun así, si se empapuza lo suficiente de la vieja lata morada, no notará que el frío se lo lleva lentamente.

Me dirijo hacia el South Side, y me planteo presentarme en el viejo garito de Alan Anderson, en Infirmary Street. Me pregunto qué es lo que hará Alan ahora. Uno de nuestros jugadores espectacularmente buenos de los setenta; había una fábrica que los producía. Por los puentes la cosa está de lo más bulliciosa, lleno de arrabaleros adquiriendo bienes de pacotilla de las tiendas de descuento de los indios y de estudiantes olfateando por las tiendas de discos de segunda mano entre clase y clase.

Intento echarle un vistazo a los resultados en el escaparate de una tienda de televisores. En Inglaterra han ganado el Man U, el Arsenal, el Newcastle, el Chelsea y el Liverpool, así que todo sigue igual. Estoy esperando que salgan los resultados escoceses cuando un chillido estridente surca el aire frío, erizándome el pellejo de la espalda. Me vuelvo y veo formarse una multitud al otro lado de la calle. Me acerco a investigar, abriéndome paso entre los estupefactos necrófilos, y veo a un hombre, de alrededor de cuarenta y tantos, bien vestido, sacudiéndose espasmódicamente en el suelo en un feo paroxismo, con un brazo rígido y aferrándose el costado.

El tío se vuelve morado y una mujer grita: «¡COLIN! ¡COLIN! ¡ayúdennos, por favor! ¡por favor!»

Me arrodillo junto al costado de la figura postrada. «¿Qué pasa?», le grito a ella. Él no parece estar respirando. Se ha meado; en la entrepierna se le está formando una mancha negra y húmeda.

«Es el corazón…, tiene que ser el corazón…, tiene problemas de corazón…, ay Colín, no, ¡AY DIOS, COLÍN, NO!»

Inclino la cabeza del tipo hacia atrás y le hago el boca a boca.

Venga, hijo de puta.

Siento cómo le abandona la vida, cómo el calor abandona el cuerpo y trato de volver a metérselo a la fuerza, pero no responde. Ahora tiene la cara blanca, parece un maniquí. Me vuelvo hacia la mujer. De su propia cara blanquecina sale un brr resollante. «Qué…, qué puedo… »

«Haga algo…, por favor…», las palabras parecen aspiradas desde un agujero en su garganta.

Le grito al tío: «Venga, colega…, no puedes irte así como así…» Me vuelvo hacia la multitud boquiabierta. «¡Llamen a una ambulancia! ¡IROS A LA MIERDA Y QUITAOS DE LA PUTA CALLE!»

Pruebo con el masaje cardíaco, aplicando la presión, aporreando el pecho del tío, pasando del respeto y la esperanza a la malevolencia cuando se niega a responder. Le cojo la muñeca.

No hay pulso.

VIVE

VIVE

VIVE

«Tienes que vivir», le digo suavemente. Los ojos se le han quedado en blanco.

La mujer me grita al oído: «COLÍN…, AY NO, DIOS, NO…»

No sé cuánto tiempo pasa mientras estoy sentado junto a esta cosa informe, echado entre el tufo de sus secreciones y con la mano de la mujer cogida. Oigo las sirenas y siento una mano sobre mi hombro. «Tranquilo, colega. Has hecho más de lo que podía haber hecho nadie. Se ha ido.» Levanto la vista y veo a un tío al que le salen pelillos rojos de las fosas nasales. Lleva un chaleco verde luminoso.

Los tíos de la ambulancia se lo llevan. Con un movimiento repentino y estridente, la mujer me coge por la cintura, y su dulce olor se fusiona con el tufo maloliente. «¿Por qué?…, era un hombre bueno…, era un hombre bueno…, ¿por qué?» En un primer momento resulta violento y molesto, pero nuestros cuerpos se asientan en una convergencia natural, encajamos como la mano y el guante.

«¿Lo era? ¿Lo era?», pregunto yo, sintiendo cómo las lágrimas ruedan por mis mejillas y me las enjugo. La mujer está en mis brazos, su cabeza contra mi pecho. Quiero abrazarla para siempre, no soltarla jamás.

Se llevan al muerto y lo meten en la ambulancia y deshacemos nuestro abrazo y noto la fría superficialidad del aislamiento cuando se la llevan. Me levanto y me vuelvo para enfrentarme a los necrófilos. Siempre son las mismas caras. Como esa película boba en la que todos se reúnen para una tragedia.

«¿Qué coño miráis todos? ¿Qué esperáis ver? ¡Volved a vuestras compras! ¡Venga!» Les enseño mi placa. «¡Policía! ¡Dispersen!»

El muerto está sobre la camilla y la mujer se derrumba sobre su pecho. A eso es a lo que quieren echarle un vistazo los necrófilos, como en el funeral de la princesa Diana, quieren escrutar a los que realmente la conocieron, embeberse de la desdicha que hay en sus rostros.

Alguien me habla. «¿Quién es usted?»

«Bruce Robertson, sargento Bruce Robertson», le grito. «De la policía de Lothian.»

«¿Qué ha sucedido?»

Miro al tío: «He intentado salvarlo…, lo he intentado, pero se me ha ido… se me ha ido…, he intentado salvarlo.»

«¿Cómo le ha hecho sentirse eso?»

«¿Eh?», pregunto al cabrón. «Qué cojones…»

«Brian Scullion, del *Evening News*. Le estaba observando. Lo ha hecho realmente bien, sargento Robertson. ¿Cómo se ha sentido al no conseguirlo?»

Me aparto de ese subnormal y me abro paso entre la multitud. Bajo por Infirmary Street y entro con ojos de topo en el viejo garito de Alan Anderson.

El tío tenía que haber seguido vivo. Aquella mujer le quería.

Estoy temblando. Hacía frío ahí fuera.

Un whisky doble mantiene el frío a raya. A continuación, no obstante, me paso al vodka; la gente no lo nota en tu aliento del mismo modo. Me trasiego unos cuantos. Pienso en el tío. Devolviéndole a la vida, luchando todo el rato contra una fuerza superior. Tratando de llenar la bañera sin tapón pero sin que sirva de nada, se va.

Salgo del bar y encuentro el coche. Le doy unas vueltas a un poco de enjuague bucal y lo escupo sobre la nieve helada, mirando cómo el líquido azul hace mella en la blancura. Pongo el motor en marcha y la parte trasera patina cuando giro en la esquina. Un subnormal me pita pero estoy demasiado bolinga para hacer caso.

El trabajo, sin embargo, ha perdido su atractivo, y con eso no quiero decir que alguna vez lo hubiese tenido. Dejo el coche en el parking para guardar las apariencias y me largo temprano, caminando penosamente hacia casa entre la nieve antes de parar un taxi. De vuelta en el rancho, miro los resultados en el teletexto, fijándome en que los Hearts han perdido tres a cero en Rugby Park. Me esfuerzo por hacer una limpieza, y consigo tirar a la basura algunos platos de comida y viejos cartones de aluminio de currys y comida china. Chrissie llega temprano, lo cual me molesta, pues la casa sigue siendo un estercolero. Pero estoy contento de ver en los ojos de la muy puta esa mezcla de necesidad y devoción que turba la polla. Chrissie medirá uno sesenta más o menos. Dudo que pase de los sesenta y seis kilos. Parece menos chica de heroína que chica de hospicio, y tiene un aspecto algo menos que resplandeciente, con una llamativa blusa amarilla y una falda negra por encima de las rodillas que parece estar hecha de la misma tela que mis pantalones de franela.

Espera que yo diga algo. ¡Error! No es así como funcionan las cosas. El silencio es oro y a veces tienes que luchar para controlarlo. Cualquier preso arrabalero te dirá

lo mismo.

«Bruce…, ¿realmente querías decir lo que me has dicho antes, sobre cómo podrías enamorarte de mí?»

La miro con atención, los capilares reventados en torno a su nariz. Joder, si parece un espantapájaros. Pienso: Imposible. «Claro que podría, y tú lo sabes tan bien como yo. No te hagas la inocente conmigo. Siéntate.»

Se quita el abrigo, se sienta en el sofá y enciende un cigarrillo. Es igualita que uno de ellos, que los necrófilos que se han quedado de pie mirando mientras yo intentaba devolverle la vida al tío ese. Los repugnantes, pasivos, ociosos y agradecidos necrófilos. ¿Qué se siente?

«Estoy tan confusa, Bruce. Esta temporada no ha sido fácil», dice ella. Me instalo en el sofá junto a ella. Va a saber lo que se siente cuando te dejan sin aliento.

«Escucha, hay algo que deberías saber sobre mí, acerca de cómo soy… » Abro un botón de la blusa de la puta esta y meto la mano dentro. Es como un horror de Belsen, todo piel y huesos. Tiene inmensas sombras negras bajo los ojos. Me asomo a sus pupilas y las veo dilatarse en consonancia con las punzadas de mi bragueta. Le quito el cigarrillo de las manos y lo apago en el cenicero. Ella se sobresalta nerviosa y me mira con una extraña sonrisa.

«Bruce…», dice mirando el pitillo humeante.

«¿Sabes lo que pasa con los pitillos?», pregunto señalando con la mano libre el cenicero, deslizando mi otro cazo bajo su sostén y pellizcando con fuerza el pezón. La observo mientras cierra los ojos y sofoca un gritito. «Lo que te producen los pitillos es un colocón por asfixia. Cierran el paso del oxígeno al cerebro. En eso consiste el colocón», digo dándole una palmadita en la cabeza. Introduciendo y exprimiendo la vida. Saco la mano y empiezo a desabrocharle la blusa, botón a botón, y después desabrocho el botón superior de su falda y mientras me pongo de pie y la levanto conmigo y la falda resbala y cae al suelo, como un trozo de cordero kebab del grasiento montón del espetón. Tiro de ella hacia mí y meto la mano dentro de sus bragas, cogiéndola de las nalgas, apretándola contra mí. Llevo mi boca hasta su oreja, donde percibo el olor de un perfume de pis de gato. «Te diré una cosa, cuando se hace el amor eso de la falta de oxígeno es una pasada que te cagas. ¿Alguna vez lo habéis hecho tú y Bob?»

«No sé…, nosotros nunca… »

«¿Nunca os cortáis el gas el uno al otro? Sssssssss», le digo suavemente al oído.

«Nosotros… no…, nosotros nunca…»

«¿Quieres jugar a cortar el gas? ¿Tú lo haces por mí y yo por ti?»

Miro las raíces negras de su asqueroso cabello amarillo, que parece paja engrasada, totalmente jodido por los tintes baratos. Una zorra de cafés, pitillos y Valiums. En algún sitio hay una fábrica que las produce en serie. Giren a la izquierda en las afueras del Bulevar de los Sueños Rotos.

«No sé en qué consiste…», protesta. Está asomada a un precipicio sin poder ver

realmente el otro lado, cegada como está por la desesperación y la medicación.

«Es una aventurilla. En todas las aventuras por lugares diferentes hace falta un guía experimentado. Déjame ser tu guía. Ponte en mis manos. Yo nunca te haría daño», le digo, y estoy bajándole las bragas, descubriendo ese sucio felpudo negro que contrasta absolutamente con ese asqueroso cabello amarillo. La piel me hormiguea maravillosamente y los colores de las paredes y el mobiliario parecen realzados mientras vuelvo a colocarla sobre el sofá. Me desabrocho los pantalones ignorando un tufillo bastante nocivo, y los dejo caer en torno a mis rodillas. Estoy perdiendo peso, ya lo creo.

Tengo preparados dos cinturones, que saco de debajo del sofá. Uno va a parar alrededor de su cuello y el otro alrededor del mío. Estoy metiéndole el dedo distraídamente y ella se está poniendo a punto. Es una puta con ganas, ya lo creo: pronto su clítoris resulta tan prominente como la polla de Ray Lennox. Separo sus muslos con las manos y le meto la polla. No tiene sentido ponerse un condón porque me dice que lleva años sólo con Hurley, lo cual es casi como ser virgen. No llevo el pito demasiado sensible. A medida que va llegando a su destino aprieto el cinturón en torno a su escuálido cuello. Hallo el ritmo y empiezo a darle a base de bien. Ella venga a menearse, disfrutando de la novedad.

«Mi puto cinturón», grito, aumentando el ritmo, «¡córtame el puto gas!»

Aprieta un poco pero la cara se le está poniendo roja y se le tuerce el gesto formando una extraña mueca mientras la ahogo y empieza a intentar gritar: «Me… cack… cack… cack ahogas… cack… me… cack… cack…cack…» Suena igualito que un viejo coche destartalado al intentar ponerlo en marcha, lo cual, supongo, es exactamente de lo que se trata.

¿Cómo de lejos hay que ir para estar como el tío ese del South Side? ¿Habrá un momento durante el forcejeo, durante la lucha por vivir y respirar, cuando por fin eres consciente de que todo se ha ido a la mierda y que te despides para siempre? ¿Qué se siente?

«¡ENTONCES AHÓGAME TÚ A MÍ, JODER!», grito, ahogándola y ensartándola, y al final tengo que coger mi propio cinturón y cortarme el gas yo para poder correrme, pero ella también lo hace y a punto estoy de seguir aumentando la presión y ella lo ve en mis ojos durante un segundo y veo el pánico en los suyos y me corro con fuerza acompañándome de una serie de jadeos amortiguados.

Suelto y se saca el cinturón del cuello, veo la marca que le ha dejado y que los capilares de sus párpados han sangrado. Intenta llenar de aire sus secos y rígidos pulmones, pero llora y se ríe y disfruta de cada puto minuto la muy guarra. Nunca ha llegado tan lejos, no tanto como el tío aquel. Ese estaba totalmente fuera de alcance. No he podido traerle de vuelta, he hecho todo lo que he podido.

¿Cómo te ha hecho sentirte?

Dormimos un rato, mientras nuestra respiración retorna a la normalidad al unísono. Cuando me despierto me consume un impulso abrumador de mostrarme

cruel, y sé que si no lo satisfago verbalmente acabaré partiéndole la mandíbula a esta guarra y como es la esposa de un policía y no una *Roger Moore*[33] del montón, eso podría resultar un poco problemático administrativa y legalmente hablando. «Eres una guarra», afirmo fríamente mientras me incorporo en el sofá y enciendo uno de sus pitillos, «porque he estado follando contigo, nos hemos cortado mutuamente el gas y eres la mujer de mi colega. ¿Sabes en qué te convierte según yo lo veo? En una guarra. G-U-A-R-R-A.»

Se lo deletreo.

Ella me mira como un ciervo herido suplicándome que no le dé el tiro de gracia. «No digas eso…, ¿por qué te portas así?…, ¿por qué?… »

¿Por qué? Porque es la hora de los juegos. «¿Sabes por qué eres una guarra? ¿Sabes por qué? Porque me dejas entrar aquí», digo señalándole el potorro, «pero aquí no me dejas entrar», digo señalándole la cabeza, «ni aquí», digo señalándole el pecho, «porque eso sería amor. Lo de ahora mismo, eso no ha sido nada. No han sido más que juegos de desesperados, y eso es lo que yo llamo una guarra.» Sacudo la cabeza. «Ha sido una pequeña prueba y has fracasado miserablemente. Fracasado con colores desfallecientes… » Cojo un manojo de su grasiento cabello pajizo entre el índice y el pulgar para ilustrar lo dicho.

Su rostro parece burbujear e hincharse a medida que se le abre la boca. «¿Qué estás diciendo?», chilla, «¿dónde nos deja eso?»

«Estoy diciendo que tienes que marcharte y pensar detenidamente acerca de cuáles son tus verdaderos sentimientos. De otro modo…, seré perfectamente franco, esto es completamente inútil. Las reglas son las mismas. ¿Harás eso, Chrissie? ¿Lo harás por mí? Porque yo no puedo poner orden en tu cabeza. Sólo tú lo puedes hacer si entras en contacto con tu corazón. Si sólo quieres follar», le explico, mostrándole una palma, «no hay problema, déjate ver, yo me hago cargo. Pero encuentro todo esto un pelín sórdido, sobre todo cuando pienso que podríamos tener mucho más.»

«Me siento tan confusa…, me estás confundiendo», gimotea.

Sacudo lenta y afligidamente la cabeza. «Todos estamos confusos. Ahora mismo, creo que lo mejor será que te marches.»

«Quiero quedarme contigo, Bruce. ¡Tenemos que hablar!»

Muevo la cabeza de forma excluyente. Tenía previsto ir al club de Shrubhill esta noche. Un par de birras civilizadas para relajarme. Vida social en un marco perfectamente legal y que así sea por mucho tiempo. «Chrissie, trabajo esta noche. Estoy investigando un asesinato. A-S-E-S-I-N-A-T-O. En mi oficio eso quiere decir: G-R-A-V-E.» Observo su mirada de incomprensión. No creo que haya caído en la cuenta aún. «Grave. Lo cual quiere decir que tengo que poner mi C-U-L-O en M-A-R-C-H-A. Esa es la situación.»

La puta empieza cor(000000000000000)e la idea de comer sopa de pescado en el(*comer* 000 *comer* 000)entras ella no está, jodidas gracias. And(0000 *comer* 0000 *comer* 000) hacia el de Dell, y me lleno la boca (000 *comer* 0000 *comer* 000)la

tierna rebozada que el doctor le dij(000 *sí* 0000 *sí* 000)ue lo que recetó el médico, aunque no el matasanos ese de Rossi, con su aversión por los fritos. Hora de bajarlo con unas copichuelas. Entro en el Royal Scot, pido un pinta y después llamo a un taxi para que me lleve al club. Cuando exista una ley que prohíba todo eso, sabremos que la civilización está jodida de verdad.

CAROLE OTRA VEZ

A mí me gusta salir. En realidad no me importa estar aquí, en casa de mamá, pero ella puede resultar muy exigente. Aun así, todos tenemos que llevar nuestra cruz. El gran problema es que mamá nunca ha aceptado realmente a Bruce. A veces es un poco rara. Es curioso decir eso de tu propia madre, pero es cierto. Odio estar aquí arriba, pero eso hará que sea mucho más emocionante cuando Bruce y yo por fin volvamos a estar juntos.

Stacey también me deprime. Está en una edad rara.

Me acuerdo de cuando conocí a Bruce. Mi hermana Shirley salía con un tío que pertenecía al cuerpo. Don, creo que se llamaba. Quedamos con él en un pub del West End y nos presentó a Bruce como un tío que había subido desde Londres, donde estaba con la Met. Tanto Bruce como yo acabábamos de salir de unas relaciones bastante malas, así que los dos nos mostramos bastante circunspectos, aunque lo primero que pensé nada más verle fue mmm hmmm. Bueno, tomamos algunas de más y acabamos en casa de Don. La forma en que Bruce me miraba cuando íbamos en el taxi era extraña, me daba cuenta de que ocurría algo, presentía que íbamos a ser amantes. Cuando me habló, con aquellos resplandecientes ojos oscuros… me sentía desfallecer… Dios, me apetece acariciarme por todas partes cuando lo pienso.

Pero no. Me contengo y decido salir.

La calle está fría y gris, como tantas calles en tantas ciudades de este país. Este viento te traspasa, bajándote la temperatura hasta que estás demasiado entumecida para darte cuenta de lo asqueada e incómoda que te ha hecho sentir. Y la gente: entrometida, depredadora, siempre dispuesta a deleitarse con la desgracia ajena. Hay un hombre mirándome. Conozco el tipo. Un sórdido tipo de mediana edad que ya no lo hace con su mujer.

Los reprimidos; más que cualquier otra cosa hay que compadecerles. Lo sé, porque yo era así antes de conocer a Bruce. En muchos aspectos sigo siéndolo, aunque él me ha hecho salir de mi concha. Bruce se dio cuenta de que tenía que salir de mi concha, que necesitaba, aunque fuera a mi pesar, salir de mi concha. Ese era el motivo que había tras nuestro club sexual.

Bruce sabe que nuestros jueguecitos y flirteos sólo sirven para fortalecer un amor *verdadero*, haciendo que se enfrente a su auténtica naturaleza, haciendo que sienta sus profundidades y sus alturas.

Lo hizo por *mí*, y dio resultado.

Ahora soy una persona distinta.
Una persona mejor.

ÁREAS INFECTADAS

Un fin de semana perezoso. Eso sí, me medio emborraché el sábado por la noche con Lennox, que tiró de una patada el vaso de plástico de un borrachín callejero al desagüe, esparciendo las monedas por el Walk. Fue de lo más divertido ver al capullo buscarlas a tientas. Después de aquello le di un par de libras, con el único objeto de que Lennox se sintiera mal. No funcionó y lamenté el desembolso inútil. Me mantuve alejado del whisky sin embargo, lo cual hizo que no me encontrara demasiado mal el domingo por la mañana, y el domingo fue un día tranquilo.

Pensé mucho en Carole. Sé lo que está tramando. Está jugando a un juego muy, muy peligroso y ni siquiera se da cuenta de ello.

Esperemos que entre pronto en razón.

Por el bien de todos.

Estoy hojeando el *Sunday Mail* y doy un respingo al ver una foto de alguien conocido. Blanco y ne…

Joder

El pánico se apodera de mí y noto una sacudida. Me siento como si una goma psíquica en el interior de mi cuerpo hubiera sido llevada hasta el límite de su capacidad tensora y liberada y mi fuerza vital hubiera sido disparada hacia las estrellas. Alcanza un punto extremo y después se estabiliza mientras jadeo y vuelvo a mirar, tratando de encontrar la claridad entre la grisura de la letra impresa.

Me tranquilizo, pues no es quien yo pensaba. Soy yo.

Una foto antigua.

Una foto antigua y un pie de foto nuevo:

POLICÍA HEROICO EN INTENTO DE RESCATE

por BRIAN SCULLION

Un comprador navideño murió trágicamente ayer en brazos de su esposa a pesar de los valientes esfuerzos por salvarle de un heroico policía fuera de servicio que acudió en su ayuda.

ATÓNITOS

> Los compradores del bullicioso South Bridge de Edimburgo quedaron atónitos cuando el gerente comercial Colin Sim (41) —que tenía un historial de problemas cardíacos— se derrumbó en la calle. «Estábamos conmocionados. Simplemente se desplomó», dijo Mrs. Jessie Newbigging (67). «Yo iba buscando algo para mi nieta por Navidad. No podía creerlo. Y además era joven.» Su hija, June Patón (39) que vive en Hawes Road, Armadale, añadió: «Es terrible que tenga que pasar algo así, sobre todo en Navidad. Te da que pensar.»
>
> HÉROE
>
> Mientras Heather Sim confortaba a su marido agonizante, un hombre que salió de entre la multitud emprendió un dramático intento de rescate ayudándose de la respiración boca a boca y del masaje cardíaco en un vano esfuerzo por resucitar al hombre afectado, que es padre de un niño de ocho años. «El tío fue un verdadero héroe, intentó todo lo imaginable para resucitarle», dijo Billy Gibson (21). Añadió: «Sentía un poco de lástima por mí mismo, pues acababa de quedarme sin hogar y he estado durmiendo en la calle, pero algo como esto hace que te des cuenta de lo afortunado que eres. Ahora estoy decidido a disfrutar de estas Navidades.»
>
> SHOCK
>
> Mr. Sim ingresó cadáver en el hospital. El portavoz del centro hospitalario dijo: «Ha sido un ataque grave. No ha podido hacerse nada.» El heroico policía, el sargento Bruce Robertson del Constabulary de Lothian, dijo: «He hecho todo lo que he podido por salvarlo, pero se me ha ido.» La estudiante Janet Onslow (19) añadió: «Creo que todos estamos un poco conmocionados. Un minuto estás aquí, y al siguiente te has ido. Hay que ver.»

¿Cómo me hizo sentirme eso?

Me hizo sentir ganas de ver uno de los vídeos de Héctor el Granjero, salir después a tomar una pinta y comer en el Royal Scot y leer los demás periódicos.

En el Royal Scot arde un hermoso fuego que despide un calor abrasador. Después de un *roast beef*, puré de patatas, zanahorias, coles de Bruselas y demás guarnición, el oxígeno abandona mi cerebro y el calor y las llamas y los tintineantes sonidos de los cubiertos sobre la vajilla se vuelven hipnóticos. Los veo entre las llamas, a los demonios; veo sus bailes parpadeantes y burlones mientras me reclino en la silla. Llevo la pinta de negra hasta mis labios y rompo el hechizo. Me la bebo de un trago.

Cuando llego a casa me tomo unas pastillas para dormir y en torno a lo que a mí me pareció que había sido media hora de inconsciencia vuelve a ser lunes por la mañana.

Lunes otra vez. El teléfono me saca de un sueño pasmoso. Es Gus. Quiere empezar pronto. Sí, le gusta que el cómputo de horas vaya rodando durante el invierno para que cuando mejore el tiempo esté sobrado y el golf se convierta en una posibilidad.

Hay algunos mensajes en el contestador, de gente que leyó el artículo del *Mail*. «Soy Chrissie. Te felicito, Bruce, si sabes a lo que me refiero. Llámame. Chrissie.» «Bien hecho, Bruce. Debió ser angustioso. Bladesey.» «Bruce. Aquí Bob Toal. Lo siento, pero bien hecho de todas formas. Toal.» «Estoy orgullosa de ti. Llámame. Shirley.» «*Whatever happened to, all of the heroes, all the Shakespearoes…*»[34], canturrea un Lennox a tope de coca.

Voy al retrete y vuelvo a lavarme y restregarme las manos a tope. Es difícil quitarles toda la mierda. Les doy una oportunidad de airearse a los pantalones negros y me pongo un par de color beige. Llevan una mancha añeja de curry, pero logro quitar la mayor parte utilizando la manopla de Stacey.

Después salgo fuera, aplicando el raspahielos al parabrisas del Volvo. Se ve a Julie Stronach en su ventana principal, estirándose para colgar un adorno en el árbol de Navidad que acaba de colocar. ¿Colocar? ¡Que venga aquí a ver si puede colocar el mío! Tengo un buen panorama de las abultadas tetas que hay dentro de esa estrecha camiseta blanca. Me pilla mirándola, así que saludo como un buen vecino y levanto la lata de spray antihielo en una mano y el rascador en la otra y me encojo de hombros. Julie sonríe con cautela y empatía. Me meto en el coche, poniendo el *Houses of the Holy* de Led Zeppelin y me dirijo a Jefatura para reunirme con Gus, que justamente está saliendo de su propio coche en el aparcamiento. Le saludo con la mano, se acerca y se sube al asiento del copiloto. Tiene la nariz roja a causa del frío. «Bien hecho, Bruce. Debió ser terrible aquello, lo del sábado y tal», dice.

«Fue peor para él», digo yo.

Nos vamos para Leith, y nos quedamos sentados dentro del coche, frente a la pequeña floristería de Estelle y quién aparece sino Gorman. Lo que nos permite dejar el tema del tío ese que murió. «Veo desconocidos», le sonrío a Gus.

Gus decide dar un salto hasta Crawford’s mientras yo me mantengo oculto. «Dos bocadillos de salchicha, Gus, un bollo con mantequilla, una ración de patatas fritas y un bollo de vainilla más café.»

Me pongo a pensar en la pintada del cagadero de la semana pasada.

El vuelve con las provisiones y nos sentamos a esperar a que Gorman se marche. «El caso es, Gus, que a Karen Fulton al principio le iba la marcha. En el South Side la llamaban la bici del cuerpo. Estas putas de mierda están dale que te pego con lo de la igualdad. ¿Cómo coño dejó de llevar uniforme ella? Yo te lo diré: follando con el puto Toal. Ahora que está por encima de todo eso, forma parte de la peña lesbiana esa de Personal. Cada vez que ellas se bajan las bragas obtienen un ascenso, cada vez que

lo hacemos nosotros, una sanción. ¿Dónde cojones está la igualdad ahí?»

Gus se ríe y suelta: «Y que lo digas, Bruce.»

A este capullo no lo ascenderán jamás. Hay que deletrearle las cosas. «Con eso no quiero decir que me gustaría follar con Toal, eh, vaya un precio que pagar por un ascenso», sonrío maliciosamente, «pero el principio es el mismo. Pero mira ahora a Fulton: una guarra presumida de mierda, que no se mezcla con los de nuestra ralea. Sólo pollas superiores. Hubo un tiempo en que lo único que tenías que hacer era pintarte tres rayas en el pito y perdía el culo por metérselo entre las piernas.»

«Eres un espanto de hombre, Bruce», dice Gus tosiendo de la risa. Buen tipo, aunque un poco lento a decir verdad. De pronto me invade una sensación de inquietud. Fue una equivocación mencionarle a Gus tanto a Fulton como a Toal. Probablemente habrá visto también la pintada de los lavabos. Ahora seré el principal sospechoso, joder. Afortunadamente, Gus no tiene una mente lo bastante aguda, ni siquiera lo poco que necesita un policía.

Hay que reconocer que ese capullo de Ghostie Gorman se lo hace muy bien. Ese pequeño y malévolo gilipollas albino tiene el buen talante de largarse veinte minutos más tarde, después de que nos hayamos terminado el papeo, y sin llevarse una flor siquiera. «Nunca pensé que ese capullo diera el tipo romántico», le sonrío a Gus.

«Bingo», dice Gus en voz baja, con los instintos del policía veterano ajustados y alerta. Sí, puede que el vejete sea algo lento, pero puede olfatear una presa. Eso nunca se pierde.

Eso es lo que hace que este trabajo merezca la pena, el olor a sangre de arrabalero subnormal, mejor aún si se presenta bajo la forma de chochete de categoría. Como correrse dos veces con un mismo golpe de riñones.

Espero a que Gorman desaparezca de mi vista y luego entro y echo un vistazo a las flores; la más bonita de todas: la que está detrás del mostrador. «Hola, Estelle», le sonrío. Hay una vieja en la tienda también. Mira de forma desafiante a Estelle, quien ha perdido algo de su compostura de tía dura, al habérsele ido ligeramente el color del rostro a la muy puta. La vieja enarca las cejas y se mete en la trastienda.

«¿Cómo va el negocio?»

«Bien», dice, echándose el pelo hacia atrás con un gesto nervioso.

«Es curioso, acabo de ver salir de la tienda a un tío con las manos vacías. ¿No tenías nada que le gustara?»

«No…», dice dubitativamente, evitando mirarme a los ojos y haciendo como que está limpiando.

«¿Quién era?»

«No sé, iba buscando un ramo… pero ha cambiado de idea…»

En ese preciso momento, sale la vieja y dice: «¡Si vas a pasarte todo el día hablando con tus novios, hazlo fuera de la tienda y te lo descontaré de la paga!»

Ante esto, Estelle se pone un poco colorada. «Escucha, creo que deberíamos tener una pequeña charla. ¿Crawford’s? O eso o te llevo a comisaría ahora mismo. ¿Qué

prefieres?»

«Vale», dice ella, saliendo conmigo y montando el numerito de tiritar en bata.

Nos encaminamos hacia Crawford’s y le guiño el ojo a Gus, que sigue en el coche. Nos sentamos a tomar un café. Yo pido otro bollo de vainilla. «¿Puedo invitarte a uno?», pregunto.

«No», dice ella como dándole poca importancia.

Se sienta y enciende un cigarrillo. «No he hecho nada malo», me dice.

Ya, vale.

«Hacer perder el tiempo a la policía, retener información, quizá albergar a un sospechoso. Escúchame bien, joder», digo señalándola, «o me dices lo que sabes o vas a ir a juicio. Tú verás. Si no quieres estar fabricando juguetitos en Cornton Vale durante el próximo año yo que tú me buscaría la lengua, y no me tomaría demasiado tiempo para hacerlo.»

Empieza a ceder un poco. Lo presiento. Baja la cabeza.

«¿Vas a colaborar?»

«Mira, conozco a ese tío de los clubs y tal. Le llaman Ghostie. Es uno de los tipos cuya foto me mostraste aquella vez. A veces se pasa por la tienda para hablar de los clubs y de música y todo eso.»

«Una sociedad de apreciación musical compuesta por dos personas nada más. Qué bien.»

Ella levanta la cabeza y se centra en mí mirándome con dureza. «No es eso. Hay mogollón de gente a la que conozco y a la que conozco a medias que se pasan por aquí a charlar sobre sus últimas andanzas en los clubs y tal.»

«Entonces, ¿con qué frecuencia viene a verte ese chico?»

«Puede que una vez cada quince días…, depende.»

Es un hueso duro de roer, ya lo creo. «¿Y estaba en Jammy Joe’s la noche del asesinato de Mr. Wurie?»

«No lo sé…, mira, yo salgo casi todas las noches. No me voy fijando en quién anda por todas partes y quién no.»

«Una vida social agitada. Deben pagarte bien en esa floristería.»

«Eso es asunto mío», dice ella. Esta guarra ha recuperado rápidamente la compostura. Una elementa dura de verdad, pero también una muñequita que te cagas. Me mira atentamente. «Estoy segura de que te conozco de alguna parte…», dice, casi acusando.

«Pronto será así, eso te lo digo gratis. Te estaremos observando, Estelle, a ti y a tu novio.»

«No es mi novio», salta ella.

«Por tu bien espero que no. Venga, vuelve a tu tienda», le digo, señalando la puerta con la cabeza. Ella se levanta y me echa otra mirada antes de marcharse. Esta guarra espabilada necesita una puesta en vereda que te cagas. Una puesta en vereda exhaustiva y a fondo. Buen culo tiene, incluso con bata.

Tengo los genitales calientes y noto un hormigueo, así que me voy al cagadero del café con mi ejemplar del *Sun* y me la casco a la salud de Tara de Portsmouth, y la imagen del culo de Estelle al desaparecer complementa la de las tetas pequeñas pero firmes de Tara. Me corro echando leches. Después le doy un buen refrote a mi ojete con el papel higiénico y me rasco bien el culo. Iré a ver a Rossi dentro de poco, puesto que no ha habido progreso alguno con las pomadas de ese necio.

Vuelvo a salir y dejo a Gus en comisaría. Cojo el coche hasta la consulta de Rossi y pongo una cinta recopilatoria de Michael Bolton grabada por mí. Sale el «*How Am I Supposed to Live Without You*» de Soul Provider y canto a todo pulmón. Entonces sale la versión de «*When A Man Loves A Woman*» de Bolton, que es diez veces mejor que cualquier mierda negra, a toda pastilla por el altavoz y cuando llego a la consulta de Rossi y aparco el Volvo estoy de mejor humor.

¿Pensarán todos esos arrabaleros, negratas y demás que pueden arrastrar a Bruce Robertson hasta su nivel? ¡No alucinéis, tristes capullos!

«He estado dándome la pomada esa que me recetó, doctor Rossi, pero sólo me pone peor.»

«Mmm», dice Rossi, «bájese los pantalones, por favor.»

Accedo, preguntándome si este cabrón no será un culeador. Parece que nunca pueda esperar a que me quite los putos gayumbos. Rossi, claro. Italiano. Papista. Esos capullos son todos pederastas. Por eso hay tan poca población en Irlanda, joder. La crisis de la patata, y un cuerno, es porque todos estos cabrones fenianos[35] son porculeadores. Mismas reglas. Rossi, bueno, ya sé que es su trabajo, pero vaya una tapadera tan perfecta para bujarrones.

«Sí, sí, el área infectada se ha extendido más. Ahora, además de los testículos, llega hasta los muslos. Sí. ¿Evita usted los alimentos con alto contenido en grasa?»

«Sí…», le digo. El capullo espera que me muera de hambre.

«Bien, creo que tendremos que cambiar de pomadas», dice, escribiendo una receta nueva. «Sé que resulta difícil, pero intente no rascar el área infectada. Esto parecen…, bueno, parecen marcas de uñas. No puedo insistir lo suficiente en la necesidad de lavar y de cambiar la ropa interior regularmente. Calzoncillos de algodón a ser posible, o mejor aún, calzones para que circule el aire.»

Necesito que me hagan una puta colada. Esa guarra me ha abandonado; ¡está intentando matarme! Sabe que no sé hacer funcionar esa puta máquina. Hace siglos que no me como una comida hecha como está mandado, un asado o algo así. Cuando un hombre ama a una mujer, sí, claro. Yo la seguí hasta Australia, joder. Volví aquí por ella, joder. Cuando un hombre ama a una puta mujer.

¡El problema es que *ellas* no aman a los hombres!

«El caso es que estoy comiendo como un caballo, doctor, pero sigo perdiendo peso… me preocupa que haya pillado algo…»

«¿Quiere decir una enfermedad venérea?»

«No…, bueno, sí… »

«¿Ha estado usted manteniendo distintas relaciones sexuales?»

Le sonrío. «Ya sabe cómo son las cosas, doctor…, un varón normal heterosexual de sangre caliente… »

Me mira de forma extraña y me pregunto si este capullo sabe *realmente* cómo son las cosas.

«Quiero una muestra de orina, pero… », Rossi saca un envase de plástico con una tapadera, «pero también me gustaría que me diese una muestra de sus heces.»

Este capullo debe de ser un pervertido de élite. Tendré que darle su número de teléfono a Inglis. «¿Para qué?», le pregunto con frialdad.

«En lo referente a la cuestión de su peso, creo que quizá tenga lombrices. La tenia solitaria.»

«¿Y eso qué consecuencias tiene?»

«Son parásitos inofensivos, pero puede resultar difícil desembarazarse de ellas.»

«Iré al lavabo ahora mismo», digo levantándome.

«Eso no será necesario…», dice él, «no hay prisa…»

«Puedo hacerlo ahora», le digo mientras salgo. Me dirijo a su cagadero y lleno el contenedor de fangosa mierda de lager y curry. ¡Si el cabrón quiere mierda, ya le daré yo mierda!

Dejo a Rossi con mi zurullo y mi pis y me voy al centro en coche. La solitaria. No quiero ni pensarlo. Un mensaje de Ray diciéndome que en los pisos la cosa ha estallado interrumpe mis meditaciones. Colin Moss llegó allí con una bolsa de deporte, así que los chicos de la Brigada Antidroga han bajado con los perros olfateadores y están con unas ganas locas de empapelar a Moss, Richards y Alian.

El tráfico está bastante mal y tiemblo al volante, preocupado por perderme toda la acción, joder. Que le den por culo a eso de buscar a alguien que le dio mule a un negrata, esto es trabajo policial de verdad. Coloco la luz encima del coche y le doy a la sirena mientras bajo por Leith Walk jalando millas.

¡QUITAOS DE EN MEDIO, PUTOS CABRONES!

Cuando llego a los pisos, fuera hay reunida una multitud enorme. Algunos borrachines de la casa de huéspedes están sentados formando un corrillo en torno a un banco, bebiendo lager fuerte y vino peleón y haciendo comentarios insultantes a dos jóvenes tarados de uniforme, a uno de los cuales las orejas se le han puesto de color rojo vivo con el frío y la humillación. Algunos otros polis intentan acordonar la zona y dispersar a la muchedumbre. Veo que hay algo en el suelo. A medida que me acerco se va pareciendo a los restos de un animal estrujados hasta resultar irreconocible, esparcidos por la acera fangosa y con nieve a medio derretir. Levanto la mirada hacia los cielos sospechando de nuestra vieja amiga la gravedad y de los pisos. Probablemente el modelo del año pasado, cuyo collar apretaba ya un poco y fue arrojado por la borda para hacerle sitio al cachorro navideño entrante.

Después veo a Ray, que parece un poco cortado y me dice que el perro era uno de los nuestros, un olfateador del grupo avanzado. Acaricio la perspectiva de una alianza

con la Sociedad Protectora de Animales, destruyendo así la credibilidad pacifista y humanitaria de estos cabrones de okupas hippies. ¡Asesinaron a ese pobre animal! ¡Ja! ¡Os pillé!

Ray señala con la cabeza a George Mackie, el amo, que está sentado en la acera donde una mujer policía le consuela. Conozco a George de la logia. La Logia de San Juan, en Corstorphine.

«Bruce…», dice resollando…, «se ha ido, Bruce… Pedro se ha ido… mi Pedro…, el mejor olfateador del cuerpo…, se ha ido… »

«¿Qué ha pasado, George?», pregunto, inclinándome sobre él.

«Ha encontrado una hoja de ácido… pero la habían escondido en la cocina… se ha soltado de la correa… habían escondido el ácido con unas galletas para perros…, el pobre Pedro se lo ha comido todo», gime Mackie, que suena él mismo como un perro dolorido. «Pobre Pedro…, se ha ido por completo…, ¡ha flipado y hasta se ha revuelto contra mí! ¡Contra mí, Bruce! Lo he tenido desde que era un cachorro…, el pequeñajo de la carnada…, reconozco que lo he golpeado… fue en defensa propia, Bruce…, ha saltado por la ventana sin más…, el mejor perro que he tenido nunca…, el mejor olfateador del cuerpo…, catorce pisos de altura, tenía menos posibilidades que una bola de nieve en el infierno… »

Me vuelvo con Ray otra vez. «¿Dónde está Moss? ¿Miss Richards? ¿Mr. Alian?»

Lennox señala con el dedo al trío de hijos de puta costrosos con cara de estar muy pagados de sí mismos y metiéndose en un BMW. El coche lo conduce Conrad Donaldson, letrado de Su Majestad.

«No hay nada que podamos hacer, Bruce», dice Ray. «Escucha, Bruce, ven aquí un momento… » Lennox hace un gesto furtivo en dirección a la puerta de un bloque de pisos, lejos de la multitud. «La he cagado. Tenía la hoja de ácido para incriminarles y estaba a punto de hacerlo cuando el puto perro me la ha arrancado de la mano…» Me enseña una marca de diente en uno de sus dedos. «George estaba en el cuarto de estar y el perro se ha metido en la cocina…, tendría que haber estado con él en todo momento…, no ha seguido el reglamento.»

«¿Qué había en la bolsa de deporte de Moss? ¿No podemos empapelarlos por eso?»

«Un puto *pudding* navideño. Ni siquiera me he molestado en confiscarlo para llevarlo a analizar al laboratorio. El listillo ha llamado directamente a Donaldson, que ha llegado aquí en menos de diez minutos. Se descojonaban de la risa», dice Lennox, sonriendo ligeramente, viendo el lado gracioso. Yo no lo veo. Me marcho encolerizado y furioso y vuelvo a meterme en el coche.

Esa noche salgo a tomar una copa con Clell, que no para de hablar de su nuevo trabajo en Tráfico.

«Es estupendo estar fuera de Delitos Graves, Bruce», dice levantando el vaso. «Me ha dado tiempo de pensar acerca de qué quiero hacer con mi vida. Ese es el problema de Delitos Graves, te aíslas demasiado. Sencillamente haces lo que haya

que hacer…», dice colocando las palmas en paralelo y adelantándolas como si de un tren se tratara.

«Bueno, tendrás mucho tiempo para pensar sentado con esos vegetales de Tráfico», le digo yo.

Clell me mira con atención. Hay un ligero mosqueo en su mirada. Parece que le ha molestado.

«Así es exactamente como quiero que sean las cosas», gimotea.

El capullo se cree que se le han acabado los problemas y que puede refregárnoslo por la cara sólo porque ha conseguido un curro como vegetal. ¡Error! No nos interesan los triviales asuntos de un tal Mister Andrew Clelland.

Después de un rato me excuso y me voy para casa.

LA DISPOSICIÓN DEL TERRENO

Tom Stronach, o Tommy Stronach, como le llamaban al principio, cuando se abrió paso desde la cantera juvenil de los Hearts en 1984, es más o menos amigo mío en virtud del hecho de ser mi vecino. Tom Stronach: dos veces convocado para jugar con la selección escocesa, la primera en 1988 debido a varias desconvocatorias, que resultaron en el infravalorado pase para que Coisty o algún otro cabrón de la costa oeste marcase el gol de la victoria durante un emocionante partido de tres goles en Belgrado, contra un equipo yugoslavo considerado el favorito; bueno, en cualquier caso considerado el favorito para vencer a Escocia. Después una travesía del desierto seguida de una segunda convocatoria para enfrentarse a Irlanda del Norte durante su temporada de canto del cisne en 1990-91. Aquélla fue su última oportunidad para hacer algo, cuando, según se dice, Everton y Sunderland le hicieron ofertas que fueron rechazadas por la «ambiciosa» junta directiva que, como Tom, pasó unos cuantos años más sin trofeos y en el limbo. Esos subnormales tendrían que haber aceptado la pasta: iba a ser la última temporada de Stronach, aunque fuera como una potencia futbolística menor.

Los juicios por pensiones alimenticias y las demandas de paternidad hicieron mella en su manteca y Tom tuvo que emprender el descenso socialmente humillante desde Colinton Village con la esposa número tres hasta este pequeño piso prefabricado. Es un capullo duro de mollera cuyo único atributo es la capacidad de patear una pelota de mala manera y tiene el atrevimiento de pensar que es *él* quien vive en los bajos fondos por estar al lado de un profesional del mantenimiento de la ley. Me había tomado la mañana libre para ver la gimnasia femenina en la tele. Había algunos chochetes pubescentes exrojos que valían cuarenta meneos. Pero en realidad no me enganchaba; cuando desperté quise oír algo del Michael Schenker Group pero no podía decidirme entre *Assault Attack* y *Rock Will Never Die*. Después de prepararme una gran fritanga y encender el fuego, no me decido por ninguna de las dos opciones y opto por *Built To Destroy*. Acompaño un bocado con una guitarra imaginaria y elaboro una lista mental de las mujeres a las que rae gustaría reducir a un estado de esclavitud y cautiverio, siendo Drummond la que ocupa el lugar número uno. Compruebo el correo y no hay una puta mierda de Cheímsford. Me estás haciendo esperar, Tony. No me gusta esperar. La soledad y la melancolía se afianzan después de esto y los esfuerzos jadeantes del comentarista estuprador de la gimnasia

me irritan y decido buscar compañía en la puerta de al lado. Los periódicos siguen desperdigados desde el fin de semana. Veo esa cara en el periódico. Arranco la página y hago una bola con ella antes de arrojarla al fuego. Releo rápidamente la posdata del *Sunday Mail* del sábado de la debacle tres-cero en Rugby Park.

> Una pobre actuación del equipo visitante y que Tom Stronach, en particular, querrá olvidar. Fue su flojo pase hacia atrás el que le regaló a Killie ese segundo y decisivo gol, poniendo así fin a un partido hasta entonces disputado.

Voy al lado y Tom está en casa, todavía mirando las grabaciones en vídeo de los partidos del fin de semana. No por nada se refieren constantemente a él como «un apasionado estudioso del juego». En el lenguaje de la prensa amarilla eso significa un vago gilipollas que se pasa todo el día sentado sobre su culo viendo vídeos de partidos de fútbol.

Tom va vestido con su chándal. Parece preocupado. Siempre lo parece, eso cuando no parece estúpido. «Qué tal, Bruce», me dice. Yo entro como Pedro por su casa por delante del tarado.

«No va mal, Tom», digo escudriñando la casa en busca de cosas que mangar. Por parte de la familia de ella hay algunos capullos de lo más dudoso. Eso sí, yo me la follaría, el verano pasado tendió unas prendas íntimas de lo más guarro. Esa es la marca de una auténtica puta, el dejarlas ahí como una invitación. Los chochos decentes utilizan una secadora para ese tipo de cosas. Atisbo una bonita lámpara sobre los armarios de teca que Tom encargó recientemente. Porcelana china azul y blanca. «Bonita lámpara.»

«Sí…, la compró Julie. En John Lewis.»

Mmm. Podría ser. «¿Qué partido es?», digo señalando la pantalla. El último modelo de Phillips, sonido cuadrafónico con cuatro altavoces, pantalla de treinta pulgadas. No está mal. Le eché una mirada en Tandy el otro día. El que está al lado de Crawford's, en el centro.

«La liga de fútbol belga en Eurosport. La grabé y tal. Mechelen contra Molenbeck. Menudo gol mete el tío del Mechelen. ¡Mira esto!»

Tom rebobina el vídeo y un tarado belga mete el balón a puerta desde veinticinco metros de distancia. Puede que sean unos capullos aburridos, pero saben jugar al fútbol.

«No te habría venido mal un poco de ese estilo el sábado en Ayrshire, ¿eh, Tom?», me refocilo, intentando, mientras su cara se retuerce defensivamente, introducir en mi tono de voz un poco de preocupación y de simpatía forzadas: «¿Qué fue lo que falló?»

Tom se encoge de hombros: «A mí no me lo preguntes, Bruce», dice entre dientes, sacudiendo la cabeza.

Considero prudente cambiar de tema. «¿Listo para el homenaje?»

«¡Sí!» La cara de Tom se ilumina de entusiasmo. «Resulta difícil ahora que llegan las fiestas, pero los chicos del comité han hecho un trabajo estupendo y parece que Kenny Dalglish va a subir y jugar al menos durante parte del partido.»

«Guapo», digo yo, «eso hará que se vendan unas dos mil entradas más.» Estoy buscando algo que añadir al estante de los *compacts* y como no podía ser de otro modo, Stronach tiene el nuevo de Phil Collins. Lo cojo. «¿Qué tal está?»

«Cojonudo», dice, «el mejor hasta la fecha.»

«¿Qué?», pregunto, incrédulo, «¿mejor que *Face Valué* o *No Jacket Required*?» Este tarado no tiene ni zorra de música.

«Bueno», confiesa Tom, «quizá no tanto como *No Jacket Required,* pero sin duda alguna es al menos tan bueno como *Face Valué* y está muy por encima de *I Must Be Goingly But Seriously* y el último, ¿cómo se llamaba?»

«*Both Sides*», digo yo.

Ésa es su mujer; ambos lados…, dudoso.

«Pero eso no sería tan difícil, ¿eh?»

Supongo que Stronach controla su música. Yo también lo haría, si no tuviera nada mejor que hacer que estar escuchando mierda todo el día.

«Vi que tú también saliste en los periódicos, Bruce», sonríe Tom, cogiendo el *Mail* y meneando delante de mí esa horrible imagen.

Me estremezco. «Sí… »

«Debió ser espantoso», sacude la cabeza Stronach, «… ¡eh, mira esto!», dice señalando la pantalla, «en breves momentos, el gol de Bergkamp para el Arsenal… »

Dennis Bergkamp controla un centro de Ray Parlour con un primer toque precioso que sirve para engañar al primer defensa, y entonces regatea al segundo antes de escoger el sitio, con el portero desamparado. Uno a cero para el Arsenal…

Me tomo un par de latas con Stronach para quitarle el mordiente a mi resaca, y después vuelvo a casa. Me pica y necesito inspeccionar mis genitales. Este puto sarpullido está empeorando. Rossi podría tener razón, puede que tenga algo que ver con los fritos. Me rasco y me araño los muslos y el escroto. Estoy pensando si alguna puta me habrá contagiado. Puede que tenga alergia a los fritos, pero es más probable que sea al queso. Pero nunca como queso. Como durante todo el día, pero estoy perdiendo peso. Puede que haya pillado algo. El sida de una puta. Nah…, no puede ser. Tengo cuidado. Sólo los maricones y los arrabaleros pillan el sida. La solitaria, eso es lo que piensa Rossi.

Puta solitaria.

Hoy estoy demasiado cansado para entrar a trabajar. Los martes son una mierda de día y de todas formas he estado haciendo demasiadas horas extra. Nunca hagas en un lunes o un martes lo que puedas hacer un sábado o domingo por el doble. Esa es mi filosofía. Quito el edredón de la cama y me lo pongo encima en el sofá y me quedo dormido viendo a Stephen Hendry meterle a alguien una paliza al billar.

Menos mal que al menos un *jambo*[36] consigue echarle el guante a la plata, aunque no sea más que en un juego de pub en vez de un deporte como está mandado.

(00000000000000)
(0000000000000)
(0000 *comer* 0000)

Me despierto hamb(*comer para el yoo*)a con fideos chinos con patatas al horno M(00000 *comer* 0000) botellas de sidra la nevera. (0000 *gracias* 0000).

Llamo a Bladesey (00000000000000000) se queda en casa consolando a Bunty. Le pego un toque a Ray Lennox pero ha salido. Esta noche no estoy para volver a la logia, pero decido salir a tomar una copa yo solo. A lo mejor tengo suerte y ligo con algún chocho perdido a la hora de las brujas. De camino al centro me paro en la biblioteca. Me hago con un libro de medicina y leo sobre la solitaria. Da un miedo que te cagas. A un tío le sacaron del culo una de trece metros de largo. Después de leer eso creo que me merezco un trago.

Los pubs están muertos que te cagas. Uno de los bares de Victoria Street parece una morgue. Era un sitio popular, sencillo, así que se gastaron una fortuna en modernizarlo. Entonces no fue ni dios, así que se gastaron otra tacada en restaurarlo, sólo que lo restauraron guiándose por alguna gran idea que tenían sobre el aspecto que tendría que tener un pub tradicional en vez de por el aspecto que tenía éste. Así que aun así no va ni dios. Pienso en Amsterdam y me entra una inspiración repentina, así que llamo a la logia al Gran Maestro Frank Crozier y le digo que le haga cerrar el pico a ese cabrón de Toal, explicándole que tengo reservadas mis vacaciones en Amsterdam. Frank y yo nunca llegamos a congeniar del todo. Él quiere que el viejo Willie McPhee siga haciendo el *address to the haggis* en los *Burns supper*[37], y yo creo que hace falta un cambio. Así que se le nota un poco de frialdad en el tono. Una cosa que tiene Crozier a su favor sin embargo, es que odia ver a los espabilados como Toal, que aportan poco, creerse que pueden utilizar la hermandad cuando les conviene.

«Este herm(00000000000000000000000)te con regularidad», le explico (000000000000000000000000)ina suavización de sus mandos (0000000000000000000000000) que se ocupara del tema.

(00000000000000000000000000)
(00000000000000000000000000)
(00000000000000000000000000)
(00000000000000000000000000)
(00000000000000000000000000)
(0000 *Todos estos pensamientos*)
(*y estas exploraciones*)
(*sobre mí mismo. No hay tanto*)
(*que saber. Vivo en el intestino*)

(*están empezando a dar dividendos*.)
(*Estoy aprendiendo mucho*)
(*de mi Anfitrión. Tengo un*)
(*cuerpo comprimido en forma de tubo*,)
(*que se adapta perfectamente al*)
(*intestino de mi Anfitrión. Sin duda*)
(*es irónico que yo no tenga*)
(*ningún canal para alimentarme*,)
(*pero vivo en el más que generoso*)
(*de mi Anfitrión. Es mi sólex el que forma*)
(*el principal punto de contacto entre el Yo*)
(*y el tejido de mi Anfitrión. A veces siento*)
(*que me agarro a una vida pavorosa*)
(*cuando continúo comiendo, ingiriendo y*)
(*excretando a través de mi piel*.)
(00000000 *Para ser completamente*)
(*sincero, aquí no hay gran cosa*)
(*que hacer. Por eso pienso que*)
(*intentar aprender cosas sobre*)
(*mi Anfitrión sería una manera*)
(*más provechosa de pasar el tiempo*.)
(*¿Por qué no? Mi Anfitrión*)
(*me fascina. Intenta llevar una vida*)
(*mucho más interesante que yo, un organismo*)
(*primitivo confinado a un ritual*)
(*anodino y monótono*.)
(*Sólo un pensamiento especulativo*)
(*produce una intriga que proporciona*)
(*algún Interés a mi vida*)
(*limitada. Por eso absorberé*)
(*toda la comida que mi*)
(*Anfitrión ingiere, analizaré*)
(*las células de la piel a la que*)
(*estoy ligado, asimilaré todos*)

La vieja(*los datos objetivos*)a Toal de encima, per(*ceremonial, y continuar por los patrones de consumo y condiciones físicas de*)esparcirá por mi cara antes (*mi valiente. Para hacer*)ada dirigida a mí, destinada(*esto tengo que comer y comer*)no Bladesey (000 *comer* 00000000000). Tengo un(00000 *comer* 000000 *comer* 0000)masiado para preocuparme p(0000000000 *entonces comer* 00000)os panecillos con huevos rev(000000 *sí* 00000 *sí* 00000000)algo mágico! El papeo e(00000 *sí oh sí oh sí* 0000000)ara incluso ir a la oficina no (0000000000000000000000)rece

soportable.

No es que hayamos adelantado mucho. Esa pequeña rata de chumino, Ocky, ha desaparecido de la faz de la tierra y Lennox no me está ayudando una puta mierda. Esta mañana ha empezado a gimotear acerca de no dar abasto con la caza de la hippie esta. Una puta pérdida de tiempo. Los grandes traficantes inundan la ciudad de jaco y tres cuartas partes de los capullos que entalegamos son bobos arrabaleros o estudiantes con un poquito de hachís o unas pastillas para sus colegas. Con todo, cumple su propósito y mantiene a los cabrones en un constante estado de terror y alienación y les recuerda que este mundo no está hecho para *ellos*, está hecho para *nosotros*. Tendrán que hacerlo mejor la próxima vez, después de la debacle en los pisos okupados. Pero pillaremos a esos cabrones.

Lo que eso quiere decir es que sólo esa guarra de Estelle y su colega Sylvia representan mis posibilidades de obtener algo contra Gorman. (0 *comer* 00000 *comer* 0000)ue estaba en el club aquella noche n(0 *comer* 00000 *comer* 0000)cesito demostrarlo. Paso por de(000000 *gracias* 0000) dos pasteles daneses de Crawford's y (000000000000000000)ber para ese cabrón. Pongo el *Agent Provocateur* de Foreigner a tope y cualquiera que no lo tenga en su colección de discos es una escoria inmunda, aunque en realidad *Inside Information* es mejor elepé. Cumple su función y me quita algunas telarañas. En particular, el single «*I Want To Know What Love Is*» probablemente es el mejor single de todos los tiempos, bueno, en materia de baladas y tal…

… you know I need a Hule time…
…a little time to think things ov-uh[38]…

Vuelvo a la oficina o, para ser exactos, a la cantina. Toal está allí, y parece de buen humor. Tiene el aire de un matón de lavadero que ha oído un malicioso cotilleo que le complace, pero en cuanto me ve de repente se pone todo serio, acercándose y dándome un apretón en el hombro. Yo espero que nadie haya notado este gesto y echo un rápido vistazo alrededor y para consternación mía veo las facciones de Gillman dispuestas en una implacable expresión de asco.

«Mala suerte el sábado», dice Toal en un gesto de conmiseración.

No sabía que a Toal le interesara el fútbol y a punto estoy de criticar la actuación de Stronach, cuando caigo en que está hablando del tío al que intenté salvar.

¿Cómo te hace sentirte?

«Gracias, Bob», asiento. Creo que podría ser un buen momento para verle, así que dispongo una pequeña reunión en su despacho después de comer. Su predisposición favorable me hace esperar que obtendré resultados de él en lo que se refiere a mi permiso por vacaciones. Por lo demás, bajar a la cantina ha sido un error. El curry

parecía bueno, pero estaba soso e insípido. Me lo he comido de todas formas, pero después me he comprado un bocata de salchicha que he atiborrado de *brown sauce*[39] y pimienta.

Amanda Drummond y Karen Fulton me ven y se acercan con sus ensaladas en la bandeja. En esta época del año y comiendo putas ensaladas. Entiendo que Fulton quiera perder unos kilos, pero Drummond, hostia puta. Tendría que moverse en la ducha para mojarse. Probablemente sepa hacer una buena mamada sin embargo, eso dicen de las tías flacas. «Debió ser terrible, Bruce», dice Drummond sacudiendo la cabeza. Me mira con la mayor seriedad y pregunta: «¿Te encuentras bien?»

Asiento y parto el bocadillo de salchicha con el tenedor. Fulton me dedica una sonrisa indecisa y compasiva.

«Si necesitas hablar de ello», balbucea Drummond.

Sí, ya. ¿Contigo? Esa sí que sería una gran idea, cariño. No me insultes haciendo como que te importa un bledo.

«No es una experiencia muy agradable, hay que decirlo», declaro asépticamente, «pero el espectáculo debe continuar. Debo ver a nuestro buen amigo Mister Robert Toal. Si ustedes, damas, me disculpan», inclino la cabeza, me levanto y me marcho.

Tengo que intentar salvar a gente más a menudo. No parece mal sistema para atraer a los chochos.

Pero *es* la hora de subir a ver a Toal. Tiene aspecto furtivo cuando entro en su despacho sin llamar y rápidamente hace un poco de trampa en el ordenador. El capullo tendría ahí su guión cinematográfico y lo habrá cambiado por algún organigrama organizativo o algo así. Cabrón desvergonzado. «Bruce, Bruce…, ¿cómo va el caso?», pregunta, recobrando la compostura.

«Bob, me parece que es cosa de coser y cantar. Gorman y Setterington estaban por los alrededores. Sé que aquella noche estuvieron en ese club. He visto a Gorman comportándose de modo muy amigable con Estelle Davidson. Gus está vigilándola. En realidad, no es más que cuestión de estar a la espera y llevarlos ante los tribunales.»

«Ya…, la tontería política se ha apaciguado un poco. Los periódicos están aburridos y los jefazos están un poco menos inquietos. Menos mal que no nos dejamos llevar por el pánico. Un negrata es un puto negrata, eh», bufa, sacudiendo la cabeza.

«Sí…», digo como quien no se compromete a nada. Podría ser una prueba para provocarme. No pienso entrar en eso con él. «Bob, iré al grano, colega. Necesito un respiro. Sé que querías suspender los permisos, pero voy a volverme majareta si no desaparezco. Lo último que quiero hacer es acabar como Busby… y lo del fin de semana fue la gota que desborda el vaso», digo casi suplicando. Odio esa pintura de color azul claro del despacho de Toal. Siempre le da un aspecto frío. Y también está el olor, esa terrible peste a tabaco rancio que parece haber impregnado incluso las células de su piel. Quiero decir, a mí me gusta echar un pitillo de vez en cuando, pero

este capullo…

«Vale, Bruce, vale. Puedo autorizar un permiso especial. Estoy dispuesto a hacerlo sólo en tu caso. Considerando la singularidad de las circunstancias.» Toal me escruta con la mirada, como si esperara alguna clase de reacción. Por supuesto, no obtiene ninguna. «Pero encárgate de informar a todos los miembros del equipo de que resuelvan este caso en tu ausencia», continúa, ahora de lo más presuntuoso y autoritario, como si yo no supiera lo que ha hecho cambiar de parecer a este cabrón. Eureka. Esa pequeña charla con el Gran Maestre Frank Crozier ha dado sus frutos. Debe de haber puesto en su sitio a Toal. «Gracias, Bob. Lo aprecio.»

Toal conoce la disposición del terreno, ya lo creo. Y más le valdría a Niddrie ofrecerme ese ascenso. Es mi puesto. Ahí lo tienes, so cabrón: unas vacaciones seguidas de un ascenso. Y lo más importante, esa vacaburra de Carole debería ponerse las pilas y ponerse a remolque de la *Nave Estelar Bruce Robertson*, porque llegará lejos. Y puede que muy pronto haya muy pocos camarotes disponibles en esa embarcación, ¡sobre todo viendo la manera en que los chochos están haciendo fila y no es broma!

Le doy un toque a Bladesey para decirle que nos vamos de vacaciones, después voy en coche hasta la agencia de viajes de Lothian Road, especializada en reservas tardías para ir a la Dam, acompañando con la voz el álbum de debut de Curtis Stigers del mismo nombre del que salieron los singles clásicos «I Wonder Why» y «You’re All That Matters To Me». Una periquita mollar con largos cabellos negros ensortijados me resuelve el tema; la única nube en el horizonte es que los vuelos directos están todos ocupados y por tanto habrá que cambiar de avión en Bruselas. La chica me dice que nunca ha estado en Amsterdam.

«Puede que te lleve alguna vez», sonrío, acariciándome la barba de las cinco de la tarde.

Ella me devuelve una sonrisa forzada y sombría. Cuando ya lo tengo todo reservado y confirmado nieva otra vez. Mis zapatos aplastan las bolitas de nieve de plástico mientras vuelvo a meterme en el coche y me dirijo al East End. Aparco en Gayfield Square, al lado de la comisaría local, y después me compro un pollo asado en el Deep Sea que devoro con ferocidad en el portal de Bandparts. Tras eso, voy a Mathers a tomarme una pinta. Cuando voy por la tercera, decido que ni de coña vuelvo hoy a ese cagadero.

Le doy a Bladesey otro toque a la oficina y confirmo que tenemos hecha la reserva. Me planteo llamar a Bunty desde alguna parte, pero no quiero que la puta ate corto a Bladesey porque quiero que el capullín salga de pedo esta noche para celebrar nuestro viaje a la Dam. Se muestra renuente, pero yo le digo que si folla con otra (ya lo estoy viendo), eso le hará sentirse mejor consigo mismo y puede que así le resulte más atractivo a Bunty. Si hubiese la menor posibilidad de que eso ocurriera y diera

resultado, no se lo digo ni de coña. En realidad. Ahora empiezo a hablar como ese capullo. En realidad.

Así que me veo con Bladesey en el Guildford y nos trasegamos unas pintas, seguido por un viaje al indio de Hangover Street[40]. Bladesey se toma un *chicken korma*, lo cual es más o menos lo que cabía esperar de un mariquita como él, mientras que yo destrozo ese *beef vindaloo*[41] como si mañana fuera el fin del mundo.

Nos encaminamos hacia el Ritz Ballroom, siendo ésta la noche de los divorciados y separados, esto es: guarras desesperadas por follar. Y allí están en la pista pavoneándose alrededor de sus bolsos mientras se oye a todo trapo el «*Uptown Girl*» de Billy Joel: todo estrías y patas de gallo y cuellos fláccidos y michelines, pero que le den, sea oveja o cordero, para Bruce Robertson todo es puta carne, sea la semana de Cuaresma o no, ¡cuanta más sangre, mejor!

Así que tomamos asiento, Bladesey y yo, junto a dos gallinas viejas y están por la labor cuando les invitamos a una copa. La morena bajita tiene un aspecto asqueroso, el aspecto de una vacaburra amargada con los hombres; una pseudolesbiana. Probablemente estuviese con algún puto tipo criminal que le daba de palos a la guarra bobalicona y la culpa era suya por no tener ni los sesos ni la personalidad como para buscarse a alguien mejor. Las guarras como ésa no pueden aceptar las verdades sencillas y claras, de modo que con frecuencia se vuelven bolleras. Pero la puta pelirroja esta parece que se anima.

«¿Cómo te llamas?»

«Michelle», dice ella.

«¿De dónde eres, Michelle?»

«Kirkcaldy.»

«Ah, ¿así que eres *Michelle the Fifer*?»[42], pregunto. La boba se ríe, eructa y después se lleva la mano a la boca. La puta guarra va bolinga perdida. Su colega sigue teniendo la cara agriada. No creo que Bladesey tenga demasiado que hacer. «¿Así que tú eres Michelle Fifer? ¿Y tu colega qué? ¿No será Demi Moore?»

«Nah», dice la puta, mientras la pelirroja sigue haciendo risitas. Las mujeres que vienen por aquí están tan próximas al puterío, que es una mera cuestión de detalle. Demi Moore. *Semi Hoor*. Eso me gusta, *Semi Hoor*[43].

«Pues eres como una *semi hoor*», le digo.

«¿Qué?», dice ella, pugnando por oír algo por encima de la música de negros que ha reemplazado a Joel.

«¡Que eres como Demi Moore!», grito.

Mis lisonjas no logran hacer mella en su lésbica amargura. Bladesey intenta darle palique, pero sólo está quedando como un capullo con sus en realidad esto y en realidad aquello. Decido ir a saco a por la pelirroja. «¿Qué te parecería quedar algún día para salir, para cenar por ejemplo?»

«No, lo siento», dice ella sacudiendo la cabeza.

«Venga, podríamos pasárnoslo muy bien», le digo. «¿Cuál es tu número de teléfono?»

«Mira, sólo hemos salido a tomar una copa tranquilamente, ¿vale?»

«Sí, claro», digo, echando una mirada desdeñosa en torno a la feria del ganado, «exactamente la clase de sitio donde iría uno a tomarse una copa tranquilamente, ¿eh?»

Me pone mala cara, y después se vuelve hacia *Semi Hoor*. El capullín de Bladesey habla con las dos. Lo único que oigo yo es en realidad esto y en realidad aquello.

Me acerco a la barra a ver si hay algún chocho descarriado por ahí. Le hago un guiño a una chica morena con un vestido verde pero ella se limita a apartar la vista con una expresión que bordea la repugnancia. Eso me hace sentirme bien, así que me echo un chupito de whisky en la barra. Ahora mismo me sentaría muy bien un poco de farlopa.

Hay un tío que se parece al padre Jack, de la serie *Father Ted*[44], y está con una periquita joven de aspecto extranjero. Me pregunto cuánto le costará a ese cochino y viejo cabrón. Me hace pensar que Carole debería andarse con ojo. Estos días resulta muy fácil mejorar las prestaciones de los modelos antiguos con modelos nuevos procedentes del Este. Estuve leyendo en la prensa dominical algo de algún vejestorio que trabajaba para la Junta de Eléctricas que cambió su viejo cacharro por un poco de chochete fresco de primera. Y tampoco estamos hablando necesariamente de una pasta; en algunos casos un anillo de Ratner’s y un billete de avión pueden resolver el tema. Por supuesto, ella habrá desaparecido antes de que el anillo se deshaga, pero para entonces ya le has dado rodaje suficiente. La periquita esta que está con el padre Jack sabe lo que hay; refregándose contra él, haciéndole mimos, vendiendo ilusiones además de sexo. Por eso se paga muchísimo más. ¿Realidad virtual? Los ricos hace mogollón de años que la tienen.

Veo que Bladesey sigue profundamente enzarzado en su conversación. Vuelvo y me hago sitio junto a él. «Bladesey, colega, unas palabras…», digo. Se vuelve hacia mí.

«¿Qué pasa, Bruce? Guapas chicas, ¿eh?», sonríe.

«Ojo con esas tipas. Ya me parecía que las conocía de alguna parte. Conozco a sus tíos. Escoria. Unos hijos de puta de cuidado. Si te pillan ligando con esas guarras, te darán una paliza que te cagas.»

«¿De verdad? Pero si parecen… »

«Tío, te lo estoy diciendo, joder. Mantente alejado de esa basura.»

Tras eso, Bladesey pierde algo de interés. Las guarras se marchan a bailar juntas, desplazándose de forma pedestre en torno a sus bolsos. «Bruce», dice él, articulando mal, un pelín borracho, «¿te importa que te haga una pregunta?»

«Dispara», salto yo, con la suficiente aspereza como para que no sea *demasiado* personal.

«¿Qué fue lo que te llevó a ingresar en la policía?»

«¿Que por qué ingresé en la policía?», repito. «Ah, pues tendría que decir que fue por causa de la opresión policial. La había presenciado en mi propia comunidad y decidí que era algo de lo que quería formar parte», sonrío.

Estoy seguro de que la cartera de Bladesey está en el bolsillo de su americana. Cuando se va para el cagadero la saco, retirando el grueso de las doscientas libras que le he visto sacar del cajero antes. Rápidamente coloco de nuevo la cartera en su lugar.

Bladesey regresa y nos marchamos a las ahora húmedas calles. Y sin embargo hace un frío que pela. El viento azota mis labios irritados y creo que uno de mis zapatos de pico empieza a hacer aguas. Señalo con la cabeza hacia un par de chochetes de repuesto que van haciendo camino calle arriba. Parecen bastante jóvenes, pero puede que la pasta les impresione. No hace ningún daño tirarles los tejos.

«¡Qué tal, chicas!», grito.

Se vuelven. Una no está nada mal. De nuevo, la que no me gusta es la de Bladesey. «No demasiado mal», dice la guapa con cautela alegremente desafiante. Me mola de inmediato: alrededor de uno sesenta y cinco, una pequeña nariz respingona y unos labios bien pintados. Siempre es buen indicio cuando la preciosa es la primera en dar pie, porque el feto generalmente se pone a la cola, pues pocos son los callos que se muestran demasiado tiquismiquis con lo que se meten entre piernas.

«¿Adonde vais?»

«No sé…, íbamos a intentar entrar en Jammy’s.» Me examina de forma lenta y lasciva. Esta chica ha salido de marcha con intenciones viciosas y le pica demasiado el chichi para mostrarse fría al respecto.

«A mí me parece bien. Pero os digo una cosa, me muero de hambre. ¿A alguien le apetece un curry? Sois bienvenidas si queréis uniros a nosotros», digo señalando a Bladesey con la cabeza. «Invitamos mi amigo y yo.»

«Eh, Bruce…, yo no estoy tan hambriento…, acabamos de tomar un cur… »

«No seas tan maricón, Bladesey. ¡Podrás con otro!»

Vamos al Balti House y hacemos eso precisamente. Este es uno de los garitos de curry de baja estofa. Todos los que están en este lugar son bolingas con gazuza. La comida apenas resultaría comestible si uno estuviera sobrio.

La periquita buenorra tiene ganas sobradas de echar un polvo. Se ríe con todo lo que digo y cuanto más picante me pongo, más descarada es su respuesta. Podría estar sentado aquí toda la noche viéndola llevarse ese tenedor lleno de curry a esos labios rojos. Casi. Está venga a hablar de un curso de hostelería que está haciendo y de cómo quiere abrir un bar-restaurante algún día. El callo no dice nada, aunque parece que ganas no le faltan, incluso aunque Bladesey esté quedando como un capullo con todos sus «ums aahs» y «en realidades». Pero la mía: a ésta me la follo esta noche. No hay cuidado. Las reglas son las mismas.

Tras la cena, hago señal de que nos traigan la cuenta. Cuando llega, el hermano Blades sufre un pequeño shock.

«Yo…, yo… no puedo creerlo…, mi cartera… está vacía…, yo…, yo…»

«¡Venga, Cliff, no esperarás que paguen las damas!»

«No…, yo…»

El callo pone mala cara, pero la otra, el polvete, Annalise se llama, dice: «Yo llevo dinero… »

«¡No quiero ni oír hablar de ello!», insisto yo, sacando el fajo de Bladesey y montando un gran número con pagar yo.

«No sabéis cuánto lo siento…, yo…», balbucea Bladesey.

Mientras los chochetes se ponen los abrigos le cuchicheo a Bladesey, que está algo apurado: «Te he advertido sobre aquellas putas del Ritz. Los criminales no sólo tienen penes, pueden tener vaginas, Bladesey. Probablemente estarán ahora en algún cagadero de queo de Leith con comida y bebida para llevar: Tennent's Super, Babycham y fumeque, suministradas por la generosidad de un tal hermano Clifford Blades.» Le señalo a él y después coloco mis manos extendidas encima de mi cabeza para simular unas orejas de burro. «¡Jiii-aaah! ¡Jiii-aaah!», le rebuzno.

Mando a casa al callo y después a Bladesey, que anda demasiado apurado para darse cuenta de que ella se moría de ganas. Voy por la circunvalación con Annalise. Salgo por una carretera de acceso y tuerzo por una comarcal. «¿Adonde vamos?», pregunta ella. Está un poco preocupada pero, mucho más, intrigada, porque sigue sonriendo. Tras haber flirteado toda la noche, no querrá irse a casa sin pito.

«Un atajo», digo yo, deteniéndome en un aparcamiento abandonado. «¿Sabes por qué los llaman *lay-bys*[45]?», le pregunto. «Porque cuando te detienes en uno es para follar.»

«¿Qué?» Parece preocupada al verse desprovista del control.

«De acuerdo, nena, deja de enredar, venga: o polla o a pata. Esas son las opciones», digo con un guiño.

«Aquí no…», dice hoscamente, «¿no tienes casa?»

«No me estás escuchando, Annalise», digo golpeándome el pecho. «O polla o a pata son las opciones.»

«¿Estás casado?», pregunta, mirándome directamente.

La ignoro. «¿Qué va a ser?», insisto. Hay mucho loco suelto por ahí de noche.

Elige sabiamente la primera opción, aunque con un poco de reticencia. «Vale, pues…», dice, mirándome fijamente, como si esperara que dijera alguna otra cosa. Me la acerco y le empujo mi lengua saturada de whisky en la boca. En cuanto empieza a responder y noto el bulto dentro de mis pantalones, le hago un gesto para que se eche en el asiento trasero.

Nos metemos y ella se quita una bota y se baja sus dos gruesas medias y las bragas, sacando una pierna. Me planteo sacarle las tetas pero no parece que tenga gran cosa por ahí arriba, así que decido ir directamente a por el plato principal. Le

meto el dedo en el coño y, como sospechaba, está tan mojada que podría habérselo metido hasta el codo.

Mis pantalones y calzones se deslizan muslo abajo y el aire caliente de la calefacción del coche da una fuerza extra a los acres gases que proceden de ellos. Tengo la polla sudorosa y me pican los muslos y hay un momento en que pienso que no voy a poder meterla tras la distracción que supone ponerse ese puto condón. No debería haberme molestado, joder. Tras un par de intentos inútiles causados por la cerveza y las limitaciones de espacio, finalmente consigo empalmarme y soltar el chorro después de algunos golpes de riñones. Me he rozado los muslos de mala manera contra sus medias y la tapicería del coche. En esas circunstancias un polvo largo estaba fuera de lugar. Me he puesto un poco ansioso por el alcohol y rae he alegrado sólo de poder correrme.

Annalise saca un kleenex del bolso y se limpia tensamente, a pesar de que yo llevara goma. Eso sí, con lo mojada que iba ella, no es de extrañar que quisiera limpiarse. Mientras me quito la goma y la tiro por la ventana, la veo subirse rápidamente las bragas, las medias y ponerse las botas. Yo me subo los gayumbos y los pantalones y volvemos a colocarnos en los asientos delanteros en silencio.

Apenas vuelvo a mirarla, aunque capto su estado de ánimo, de amargo arrepentimiento, mientras la conduzco hasta su casa. Bruce Robertson, un caballero hasta el final.

«Ya nos veremos, nena», digo despidiéndome afectuosamente con la mano mientras sus tacones claquetean sobre el pavimento de Pilrig y me muestra el largo dorso de su abrigo. Pero no se vuelve.

NUESTRA TAPADERA SE ECHA A PERDER

El aparato. Peters y Lee. Lenny Peters fue un gran cantante de aviación. *El avión vuela sobre mí. Un arco iris en el cielo*, Pero a la mierda con eso. Odio los aviones. Lo único que notas a tu alrededor es avión estéril. La comida sabe a avión: sosa, fría, de plástico. Las azafatas huelen a avión y tienen aspecto aéreo: imperturbables, prístinas, frígidas. Te dan ganas de llenar este ambiente con toda la verde flatulencia de que seas capaz. Como nos hemos echado unos cuantos chupitos antes de embarcar, eso basta.

Así que Bladesey y yo estamos pontificando sobre la naturaleza de la sodomía. La pequeña guarra de anoche, a ésa tenía que habérmela follado por el culo. Eso sí, me costó un siglo metérsela en el coño. ¡Sabe Dios cómo habría logrado metérsela por la bombonera! De todos modos, fue un poco desperdicio: un chochete por su sitio y con ganas. Tendría que haber permanecido tranquilo y habérmela llevado a casa y haberme tomado mi tiempo. Entonces podría habérmelo hecho con calma durante un buen rato. Aun así, hay otras. Hay una azafata a la que le echaba uno, pero Bladesey está en el asiento del pasillo y en vez de mirarle el culo está hojeando el periódico del vuelo como el gafotas capullín que es.

El problema de Bladesey es que intenta intelectualizarlo todo. Eso no se puede hacer con el folleteo. O la metes en el agujero o no. «El sexo anal heterosexual no presupone necesariamente una actitud misógina», dice en voz baja. «Es sólo una actividad libre de juicios de valor y mutuamente consentida entre dos partes. Sí, lleva asociada una carga cultural misógina, como en las letras de *rap*, pero es en esencia neutral. Lo que la gente le asocie es cosa suya. Leí en uno de los *Cosmos* de Bunty que el veinte por ciento de las parejas heterosexuales practican el sexo anal, mientras que en el caso de las parejas homosexuales sólo lo practica el cincuenta por ciento… »

«¿Eh?», pregunto. «¿Me estás diciendo que la mitad de los maricones no se dan por culo unos a otros? ¡A mí eso me suena a vacile!»

Bladesey tiene aspecto nervioso y asustadizo. «Baja la voz, Robbo. Sólo te estoy contando lo que dice el artículo.»

«Escucha, Bladesey, eso no me lo creo ni por un segundo. Y te diré una cosa sobre todos esos negratas y sus putas letras de *rap*, toda esa música celestial sobre tirarse periquitas y apiolar cerdos, ¡sólo son deseos piadosos y nada más!»

«¿Las fantasías de poder de los desposeídos?», sonríe Bladesey, bajándose las gafas hasta la punta de la nariz. Es un tipo raro el hermano Blades, ya lo creo.

Eso sí, aquí encaja bien, porque en este avión hay un montón de inadaptados de cuidado. Hay un par de payasos delante de mí, vestidos de forma idéntica, con trajes azul oscuro, corbatas y maletines. Que le den a viajar maqueado de esa manera; vaya par de putos pavos.

Me vuelvo hacia Bladesey. Éste es mi colega para el viaje, que Dios nos asista. Será mejor que haga todo lo que pueda con el material de mala calidad de que dispongo e intente ponerle los puntos sobre las íes a este capullo lamentable. «El gángster *rap* es un montón de mierda. Qué *gangsters* ni qué hostias, es todo un puto montaje. Si eres un gángster de verdad, lo último que haces es dedicarte a pasar el tiempo en estudios de grabación. ¿Pasaba Al Capone el tiempo en un estudio de grabación? ¡Y una mierda! Pasaba el tiempo siendo gángster. Espera a que el *rap* llegue a Escocia. Todos los capullines embobaos que han estado en dos o tres partidos en Easter Road con un par de *casuals* se pondrán a hacer discos de *rap*.»

«¿Pero no crees que esos tipos de América a los que les pegaron un tiro tenían conexiones mañosas?»

«Puede que sí. Pero la verdad es que somos los llamados cerdos los que liquidamos a los negratas. Cuando yo estaba en la Met siempre era temporada para los morenos. Lo mismo en Nueva Gales del Sur. Para nosotros, los aborígenes y los pakis eran siempre presas legítimas. Si se llevara un marcador con las cuentas de cerdos apiolados contra negratas liquidados, nosotros iríamos muy por delante. Por lo que respecta al folleteo, en alguna parte leí que había diez veces más posibilidades de que una periquita blanca haga una mamada que una negra. Así que toda esa mierda del *rap* no son más que fantasías de negritos.»

«A menos que sean las mujeres blancas las que estén haciéndoselo a ellos», se ríe Bladesey.

Eso me saca de quicio. «Sólo una guarra que no esté bien de la cabeza, que sea una enferma y una jodida viciosa miraría a un moreno», le digo.

«Pero tú, eh, has disfrutado de relaciones con damas de distintas procedencias raciales», cuchichea Bladesey.

Veo a la azafata y le hago un gesto para que me traiga otro whisky. Si bebes whisky nunca tendrás la solitaria. Quememos al enemigo interior. «Me he follado a putas de distintos colores. Eso es distinto, Bladesey; estamos hablando del derecho inalienable del escocés cuando se encuentra en el extranjero: ¡follarse a las putas por el ojete! Somos una raza dispersa. *Slainte!*[46]». Levanto mi vaso.

«¿Le importa?»

Una voz a mis espaldas. Me vuelvo y veo a un capullo engominado de dientes prominentes.

«¿Qué?», digo, mirándole fijamente.

«Si tienen que hablar de semejantes porquerías, les agradecería que bajaran la

voz. Hay mujeres y críos que pueden oírles…», dice señalando con la cabeza a una chiquilla de aspecto furtivo y un ama de casa abochornada.

¿Porquerías? Ya le daré yo putas porquerías a este capullo. Este cabrón no ha visto porquerías en su vida. «¿Me lo pides o me lo dices?», repito lenta y enfáticamente.

«¿Qué?», dice él.

«Terry», dice la mujer, tirándole de la manga.

«Eh, Bruce…, creo que en realidad, eh…» Bladesey se está cagando.

«Se lo estoy pidiendo con educación…, pero si no bajan la voz llamaré a la azafata… »

Yo sonrío y me encojo de hombros. «Muy bien. Lo siento si les hemos ofendido. Siempre y cuando me lo pidan.»

Me doy la vuelta y aprieto el apoyabrazos hasta que los nudillos se me ponen blancos. «Ya le enseñaré yo a ese cabrón», le espeto a Bladesey. «Escucha lo que te digo, hermano Blades.»

«Déjalo, Bruce… »

El resto del viaje transcurre sin incidentes y tomamos tierra en Bruselas. Bladesey y yo tenemos una hora que matar antes del vuelo de enlace con Schipol. Cambio algo de dinero y me voy al bar a meterme un par de pintas de Stella. Uno se siente como un millonario con los francos belgas esos, pero no valen una mierda.

Veo que los tarados esos del traje y la corbata que iban delante de nosotros en el avión se han sentado y están tomándose una cerveza.

Entonces sigo con la vista a ese capullo grasiento y bocazas, el gilipollas que me ha echado la reprimenda en el avión, Mister Familia Feliz. Está solo, se dirige a mear. Me levanto.

«¿Adonde vas?», pregunta Bladesey, algo alarmado.

«Negocios», le digo yo. El levanta una ceja en señal de exasperación.

Sigo al listillo a los wateres. Sólo estamos él y yo. Le dejo mear y sacudírsela antes de volverse para encararse conmigo. Durante un instante parece perplejo, después su cara se retuerce al reconocerme. «Tú…», dice con desprecio, dejando caer las manos junto a los costados. «Si has venido a buscar problemas… »

Un poco cowboy el capullo este. Estupendo.

«Puedo asegurarle, señor, que lo último que quiero son problemas. Quiero tener la oportunidad de darle explicaciones.» Saco mi carné. «Inspector Robertson, de la policía de Edimburgo y Lothian», digo con rapidez. Bueno, pronto seré inspector.

«¿Qué significa esto?», dice con una leve nota de pánico en la voz.

«Señor, estoy dividido entre retorcerle el pescuezo y estrecharle la mano. Estrecharle la mano porque yo también soy un hombre de familia y tenía usted razón al protestar contra mis repugnantes y toscas palabras. Retorcerle el pescuezo porque estaba trabajando clandestinamente en conjunción con mis colegas holandeses. Mi puerca conversación era un intento de atraer a los dos hombres que estaban sentados

delante de mí. ¿Sabe usted algo acerca de la pornografía infantil, señor?»

Inclina la cabeza con un gesto de incomprensión.

«¿Los vídeos *snuff*?», pregunto yo.

«No…, yo…»

«Cuando desaparecen niños pequeños de las calles en Gran Bretaña, pasan las últimas horas de sus miserables vidas entre abusos y torturas en almacenes y granjas abandonadas. Todo ello se graba en vídeo para el negocio del porno en el continente; Amsterdam, Hamburgo, etcétera. Allí es donde se dirigían los dos bicharracos que iban delante de mí con sus mercancías.»

«Quiere decir… que aquellos señores de traje eran…»

Inclino sombríamente la cabeza. «Habíamos planeado tratar de trabar relación con esos monstruos para destapar su operación. Hemos tenido que recurrir a esa charla obscena para intentar situarnos en su onda, para establecer contacto. Yo veía que estaban a punto de comunicarse con nosotros cuando, de repente, aparece un miembro bien intencionado pero equivocado del público… »

El idiota se me queda mirando un rato. «Ay Dios mío…, qué he hecho, inspector… »

«No ha ayudado usted a nuestra causa, hay que decirlo.»

«¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? ¡Lo que sea!»

«Señor, he venido aquí a disculparme como marido y padre por mi lenguaje en el avión. El lenguaje que me he visto obligado a emplear en esta investigación. No le pido asistencia alguna en un asunto que compete a la policía. Quiero que sepa que detesto haber hablado de esa forma, especialmente delante de su esposa y su hija, pero si hubiese visto usted esos vídeos, visto cómo degradan a esas criaturas, cómo les hacen sufrir… Llevo en el cuerpo un buen montón de años. Siento gran convicción de que hay que pillar a esos hijos de puta. ¡Haré lo que sea para atraparles!»

«Quiero ayudar. Por favor, inspector…»

«Quizá haya una cosa que podría usted hacer…, no, no puedo pedírselo, es escandaloso.»

«¡No, insisto! ¡Debí haberlo pensado!»

«Usted no debía saberlo, señor», digo sacudiendo la cabeza.

«Sí…, pero he echado a perder su tapadera.»

«La situación no es irremediable. Aún podemos pillarles.»

«¡Sí, y yo quiero ayudar!»

Enarco las cejas y exhalo. Entra otro tío a los servicios, así que llevo a mi hombre a las pilas y bajo la voz. «Escuche, señor, es evidente que es usted un buen ciudadano, pero esto es de alto riesgo. Lo que ha sucedido en el avión me ha convertido en el centro de atención. Lo que tiene que producirse es otro altercado de alguna clase. Señor, le voy a pedir que entre en ese bar y les monte una gorda a esos hijos de puta. Llámelos de todo, dígale al mundo entero lo que son. Entonces

quedarán descompuestos, furtivos y ansiosos de amigos. Yo estaré a mano para congraciarme con ellos. *Su* tapadera se habrá echado a perder y se volverán descuidados», sonrío de forma macabra, mirando a mi amigo a los ojos. «¿Tiene usted las agallas necesarias, señor?»

«Oh, por eso no se preocupe, inspector. Ya lo creo que tengo las agallas. ¡Le enseñaré a esa escoria inhumana de qué va la cosa!»

Entro en el bar con el tío. Veo a los empresarios sentados y tomándose una copa. Me aparto y me acerco paseando despacio hasta el kiosco de prensa que hay junto a la librería y observo parapetado tras él. El pequeño hijo de puta va directamente hacia su mesa y se inclina sobre ella, apoyando los nudillos encima.

«¿Cómo va el negocio?», pregunta.

«¿Qué?»

«¡Os pregunto que como va vuestro asqueroso negocio, cochino par de animales! ¿Cómo va, eh?», le trona a los empresarios el capullín engominao, «¿Eh? ¡Los dos! ¡Ah, claro, ya sé a qué jugáis!»

«¿Qué es todo esto?…, ¿qué quiere?…», le pregunta uno de los tíos. Todo el mundo les mira.

La mujer del tío se acerca. «Terry», grita, «¿qué es lo que pasa?»

«No sé a qué viene esto. ¿Quién es este hombre?» Uno de los trajeaos parece petrificado del shock.

«Esta gente», escupe él, «son unos cochinos guarros hijos de puta… »

«No sé de qué está usted hablando…, estamos haciendo un viaje de negocios… »

«Ah, ¿es así como lo llamáis? ¿Así es como llamáis a hacer esos putos vídeos? ¡Traficantes porno! ¡PORNÓGRAFOS INFANTILES!» Mira a su alrededor y señala a los dos empresarios. Entonces coge a uno de los tíos por las solapas y el otro se pone en pie y le empuja. Aparecen dos tíos de seguridad en un santiamén que agarran al tarado y se lo llevan con un brazo tras la espalda, al estilo policía.

«¡Terry!», chilla su mujer. Él se vuelve hacia ella y cruza brevemente su mirada con la mía alegando: «Ese hombre te lo explicará, es un agente de policía… »

«Lo siento», le digo a uno de los guardias, «este tío está un poco majareta. Se ha metido conmigo en el avión. Parece un pelín trastornado» digo tocándome la cabeza.

Los de seguridad del aeropuerto se llevan a rastras al payaso protestón y aturdido, mientras su atónita mujer les sigue con la criatura, que ahora está chillando. Bladesey se acerca, tratando de averiguar lo que pasa.

«No hay tiempo que perder, hermano Blades, es la hora de nuestro vuelo de enlace con la Dam», le informo. «Sabes, Bladesey, anda cada majareta suelto por ahí.»

COK CITY

Nos hemos registrado en el Hotel Cok City, que está en Newzuidsvoorburgwal, el segundo barrio chino de Amsterdam, lo cual queda muy a mano para ir de putas si eres demasiado vago para cruzar el Damrak. Yo no lo soy, y pronto le doy esquinazo a Bladesey y salgo a explorar. Ir de putas en serio es una actividad solitaria.

Hace demasiado frío para llevar zapatos, especialmente mocasines, pero para ir de putas hay que vestir apropiadamente y no habría manera de aguantar el agobio insoportable de unas botas de cordones. Pese al fresco, el mero sonido y la sensación de mis suelas sobre los adoquines de las calles bastan para que casi me empalme.

Me he metido en un cine y he pagado por una cabina de tecnología punta. La luz verde está apagada y la roja encendida. Estoy cómodo. No está mal la película, una tentativa de ciencia ficción sobre dos bolleras extraterrestres que raptan a núbiles colegialas vírgenes de una ciudad americana de los colegios, las discos, a la salida de los centros comerciales etc., y las convierten al lesbianismo a base de actos sexuales reiterados. El plan a largo plazo de las astutas bolleras alienígenas es hacer superfluos a los hombres y convertir la Tierra en un planeta lésbico gobernado, por supuesto, por ellas. Un detective semental y su equipo de atletas sexuales tienen que salvar a las jóvenes colegialas del tortilleo y devolverlas al buen camino a través del poder de sus pollas. Al final, tras haber retrotraído a las colegialas a la heterosexualidad a base de follárselas, el estupendo detective se enfrenta al mayor de sus desafíos en una refriega con las lesbis cósmicas y sus superpoderes. Tiene que hacer que se pasen al otro bando. Resulta ser un final feliz para todos. Las chicas espaciales descubren que adoran las pollas, pero el poli admite que el lesbianismo excita a los hombres, siempre que las mujeres sean bien parecidas y ellos puedan mirar. Así que deciden unir sus fuerzas y exterminar a todos los hombres homosexuales.

Una película muy por su sitio, y sienta bien ver una película tan políticamente correcta. Puedo sintonizar. Las colegialas están todas buenas y las bolleras espaciales impresionantes que te cagas. Me tienta hacerme una manola pero necesito mantener lleno el depósito para una ocupación tan seria como ir de putas.

Así que voy mirando los escaparates del barrio chino en busca de una prosti idónea. Cerca del Oíd Kirk no hay más que negrazas gordas y en este momento eso no me vale. Después me topo con un callejón lleno de chicas thailandesas, algunas con largos rostros chupados, que son, evidentemente, chicos reconstruidos. Pero ahora mismo, tras ese vídeo, tiene que ser chochete blanco de primera. Rubio además,

como en la película.

Delante de mí hay un gordo cabrón poniéndose hasta el culo de patatas con mayonesa y pienso que eso no me vendría mal, carbohidratos para la energía sexual. Mi loción para después del afeitado hace que me pique la cara al contacto con el fresco aire nocturno. Me he dado un buen afeitado en el Hotel Cok City, el cual resulta ideal, con todas las amenidades, incluida la televisión por cable holandesa con canal erótico incorporado. En todos los demás países, eso hay que pagarlo. ¡Que le den! Estos cabrones holandeses lo tienen claro: el sexo y las drogas hay que sacarlos a la luz pública y dejar que la gente los compre. Pero nunca funcionaría en Gran Bretaña, hay demasiados capullos tristes que lo estropearían para todos los demás. Como los turistas que hay aquí. Llego a mi callejón favorito y delante de mí hay un enjambre de chiquillos obscenos dándole al pico. Uno de los gilipollas bocazas está negociando con un ángel que me vendría ideal y me entran ganas de romperle al cabrón la cabeza y lanzarme a la habitación con ella.

Paso de largo, y una chica me sonríe y me guiña el ojo, al estilo bollera espacial, pero la dejo atrás pues necesito inspeccionar la mercancía. Quizá esté un poco demasiado vieja y gorda para ser una auténtica lesbiana espacial. Aquí empieza a haber demasiado ajetreo. A lo mejor visito el Pijp mañana. Me dio la pista un holandés al que conocí aquí el año pasado: un viaje de veinte minutos en tranvía desde el centro de la ciudad, donde los lugareños hacen sus compras, y los lugareños siempre saben dónde encontrar las gangas.

Veo a otra pequeña zorra, pero demasiado morena; no obstante, la guardo mentalmente en el archivo de folladas para mañana. Una enorme guarra me hace señas con el dedo mientras está sentada con una lencería horrible en su silla, pero de repente, unas puertas más abajo, una escoria gorda y grasienta es excretada a la calle y tras él una visión. Ella me vendrá muy bien. Vuelve a entrar y me dice: «Un minuto, por favor.»

Es evidente que va a lavarse el coño y tal, lo cual a mí me parece perfecto porque quiero que todo rastro de ese gordo grasiento quede borrado. Pienso en Bladesey, sentado en la habitación o en un restaurante italiano a su bola, con aspecto de lo que es: un inadaptado social. O quizá el hijo de puta esté dando botes encima de una de esas gordas putas negras ahora mismo, o haciendo que le den unos azotes en su sudoroso culete mientras besa el tacón de la bota de cuero negro de una nueva ama.

Ojalá fuera astronauta. Ella me hace seña de pasar a sus aposentos: luz roja, cubrecama rojo y tumbona roja. Hay una copia de *Los girasoles* de Van Gogh en la pared, lo que le añade un agradable toque hogareño.

«No puedo besarte», sonríe ella, «son las normas.» Se encoge de hombros coquetamente.

Yo me quito los avíos y extiendo la ropa, chaqueta, jersey, camisa, y pantalones sobre la tumbona, mientras ella se sienta sobre la cama. Ella sonríe y se reclina de una forma bastante elegante y sus caricias son superfluas, pues ya la tengo dura. Me

coloca el condón y se tumba de espaldas mientras yo me coloco encima de ella y se la meto y empiezo a echarle un clavo.

Vale, nena, vamos a coger este cohete hasta Urano.

Esta puta es perfecta, y encima sabe actuar. Ni de coña le va la historia, pero uno casi la cree. Una formación de escuela de teatro debería ser obligatoria para todas las putas. Mientras yo vacío la tubería, ella interpreta un fantástico gemido histriónico acompañado de un elogioso «ohhh, es tan hermoso, cariño… »

«Tienes que volver», me dice mientras me visto. «¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?»

«Algunos días», le digo. Es una buena puta, ya lo creo, una verdadera profesional. No hay necesidad alguna de que mantenga la fachada del interés ahora que se han intercambiado los contratos; hasta en esta época del año es un mercado de los vendedores, pero esta chica tiene su orgullo profesional.

«¡Pues vuelve corriendo! ¡Vuelve a correrte aquí!», se ríe.

«Eso haré», sonrío, y salgo al estrecho y ajetreado pasaje, molesto por verme rodeado de hombres vociferantes y sudorosos tras haber estado con una mujer fría y serena. Es como trasladarse del cielo al infierno con sólo abrir una puerta. Aquí fuera hace un frío que pela y sobre los adoquines ha caído una lluvia torrencial. Jamás pensaría uno que esto está más al sur que el sitio de donde yo vengo. A la mierda: no estoy aquí por el clima, además en el coño de una puta hace calor de sobra.

De repente me encuentro agrupado en el callejón con el mismo grupo de muchachos insolentes y subnormales que he visto antes, bromeando y dando voces. Conecto disimuladamente con las costillas de uno de ellos, que se queda sin aliento y doblado sobre sí mismo mientras yo me abro paso entre la multitud, escabulléndome. Oigo a su amiguete preguntándole: «¿Qué pasa, Mick? ¿Qué pasa?» Pero este tarado medio memo está demasiado inmovilizado y confuso como para deducirlo y para entonces ya estoy muy lejos, con la piel erizada de emoción y satisfacción. Es la sensación esa de primera línea; ese subidón de cuando estás frente a un piquete o en un gran partido y tienes tu porra y tu escudo y toda la fuerza del Estado respaldándote y te estás mentalizando para apalear a la insolente escoria tarada que cuestiona las cosas con sus bocazas y sus malos modales hasta convertirlos en la papilla doliente que tanto se merecen ser. Vivimos en una gran sociedad.

Los odio a todos, a esa sección de las clases trabajadoras que no hacen lo que se les dice: criminales, tarados, negros, matones, me importa un cojón, a fin de cuentas se resume en una sola cosa: algo que machacar. Sí, puede que ya esté un poco mayor para esa chirriante mierda de la primera línea, pero lo que sigo adorando, y siempre lo haré, es el viejo dos contra uno con un montón de escoria en la sala de interrogatorios. La guerra psicológica, mucho más satisfactoria. Cuanto más difícil es quebrarlos, más gratificante resulta. Estás otra vez en el territorio de los juegos.

Como la siguiente puta que me encuentro después de haberme tomado una cerveza y un whisky en un *brown bar*[47]. Estoy venga a bombear encima de ella y

ella limitándose a aguantarlo. Buena chica. La imaginería de las bolleras espaciales sigue viva en mi cabeza y suelto mi chorro rápidamente. Mientras me visto le pregunto si quiere ganar algo de pasta gansa.

«Ya lo hago», dice arrogantemente, pero la luz de la avaricia calculadora de toda puta se ilumina en sus ojos y cuando estoy de vuelta en mi habitación del hotel ella también aparece nada más terminar su turno de mañana.

Sí, es cara, sobre todo una sesión diurna, pero para eso están las horas extra, para cubrir ese tipo de gastos. ¡Gracias de la hostia al formulario OTA 1-7!

Esta chica estudia en la Universidad de Amsterdam. Seis años de educación superior les proporciona el Estado a estos capullos mimados. Hace la calle porque se ha cambiado de Filología Inglesa a Sociología y de Filosofía a Cinematografía, derrochando seis años de beca. Eso es lo que tendrían que obligar a hacer a todas las estudiantes de nuestras universidades: prostituirse para conseguir el dinero de la beca. Ahora que lo pienso, eso es lo que algunas de ellas se ven obligadas a hacer. Hurra por el mercado libre.

Esta pequeña de aquí ha convenido en que me la folle por el culo, con gran renuencia, pues no para de largar conque si el sida y que no tiene condones extrarresistentes. Tanto mejor, yo no habría sido capaz de sentir nada. Pero es muy atlética, lo veo por la forma en que se agacha sobre el respaldo de la silla. Se me resecan los labios cuando veo tensarse la fibra de la parte trasera de sus piernas con esos tacones altos y me pongo más duro que una piedra. Le he dado una buena mano de grasa a la caña, pero lo tiene bastante prieto. Pero una vez que consigo entrar, empieza a deslizarse hacia dentro. Me doy cuenta de que está un poco dolorida porque hace unos ruidos siseantes y se le tensan los músculos de la espalda, pero probablemente es porque la muy puta está gozando con cada segundo.

«Para, por favor, para un minuto», dice algo picajosa, y empieza a desplazar su peso, reajustándose, tratando de hallar más espacio en su interior, y yo estoy aquí de vuelta en el planeta Tierra, enviando esta sonda, que utilizo para detectar señales de vida alienígena en su interior, en el interior de esta bollera espacial, sí esta superbollera espacial, como la vida alienígena en mi interior no no no que esta puta lesbiana espacial que ha follado por todo el universo pero a la que nunca se han follado así y le encántale… «Uugghhh…»

Suelto mi puta carga dentro del condón que tiene metido en el culo. El culo de esta guarra me aferra la polla y mientras la libero ella sigue sin ceder el condón. Ella se lo saca de su propio recto. En el extremo hay puntitas de mierda. Pero mi pito está tan limpio como un espejo. Menos mal, joder con el cochino pendón de los países bajos.

Pago a la puta y le digo que se vaya a tomar por culo y que me deje en paz. Caigo sobre la cama y me quedo durmiendo plácidamente durante aproximadamente media hora. Cuando despierto, me siento solo y deprimido y asalto el minibar. Después de un par de whiskies voy a llamar a Bladesey, pero está fuera. Capullín atontolinao. A

punto estoy de llamar a Bunty, cosa que hago con una tarjeta desde la cabina que hay en la calle.

«¡Qué tal, Coontay!»[48]

«¡Déjame en paz!»

«¿Me echas de menos? Le he estado hablando de ti al pequeño Frank. ¡Quiere lamerte el coño, en serio!» Bajo la voz y digo como sin aliento: «No es verdad»… Después vuelvo a ponerme nasal: «¡Sí que quieres!»

«¡DÉJAME EN PAZ!», grita la muy puta, colgando de golpe el teléfono.

Vuelvo al hotel y subo a mi habitación, donde miro el Cartoon Channel y hago unas risillas. Estoy un pelín decepcionado de que Bunty se haya mostrado incapaz de seguir mis consejos y darme un poco de diversión. Probablemente se sienta vulnerable ahora que el supermacho Bladesey está fuera. ¡Ja! De todas formas, pronto llega la hora de darle a la priva, pues oigo al mismo que viste y calza volviendo a su habitación, al lado.

«¿Todo bien, Clifford, hijo?», sonrío, «¿has estado de putas un poquito?»

Sonríe tímidamente: «Eh, en realidad no… He ido al Rijksmuseum y he visto el *Nichtwacht* de Rembrandt…, un cuadro asombroso.»

«¿Sale algún polvo?»

«Eh, no…, no es una película, es… »

«¡Ya sé lo que es, joder! ¡Sé quién es el Rembrandt de los huevos!», digo señalándome a mí mismo. Vaya morro que tiene el capullín; se cree muy listo. No sabe una puta mierda. Es un gran cero a la izquierda.

Salimos de traca y cometo el error de permitir que Bladesey le pegue un toque a Bunty. Me intrigaba saber si mi andanada desde el otro lado del charco le había afectado. Mala jugada. Incluso desde el taburete, viendo la parte trasera de la cabeza de Bladesey y el enrojecimiento de su cuello, me doy cuenta de que la cosa va fatal.

Él está destrozado cuando cuelga. El capullo está temblando. «Bruce», jadea, «creo que en realidad voy a tener que volver… Bunty está trastornada, el de las llamadas ha vuelto a las andadas. Nunca debí dejarla… »

«¡Ni hablar! ¡Son tus putas vacaciones!»

«Quiere que le dé el teléfono del hotel. Se piensa que estoy en Scarborough. Más o menos tuve que comprometerme a volver… »

«¡Ni hablar!»

«No sé qué hacer… » Se coge la cabeza entre las manos.

Dejo caer mi brazo rígidamente alrededor de su hombro. «Te está amargando la vida, eh, colega.»

«No parece que consiga hacer nada a derechas», gimotea, «o estoy por en medio si estoy allí, o la tengo abandonada si estoy fuera…, lo único que hace Craig es poner mala cara y poner esa puta música tecno…, ¿qué es lo que espera de mí, Bruce? ¿Cómo espera que sea?»

«Bladesey, escucha. Soy tu colega, y los colegas se apoyan unos a otros. Te diré

exactamente lo que va a pasar… »

«Tengo que volver…», empieza él.

Miro sus ojos grandes y asustados. «Tú y yo», sonrío, «nos vamos a ir de putas. Vas a poner en marcha esa puta manguera otra vez», digo señalándole la entrepierna. «Vamos a hacer que te sientas guay del Paraguay respecto de un tal hermano Clifford Blades. Y cuando retornes pavoneándote a esa casa de Corstorphine, lo primero que vas a hacer es agarrarla y darle», sonrío malévolamente sacando el dedo corazón, «con el badajo este. Y te diré algo, colega, estará tan mojada que se le abrirán los labios del coño para ti como el Mar Rojo lo hizo para Moisés. Pronto tendrás que quitártela de encima a palos», digo, y después vuelvo a señalarle la entrepierna, «con ese palo de ahí.»

«¿De verdad crees que eso me hará algún bien?»

«Mismas reglas, colega», asiento con malicia, «mismas reglas.» Me vuelvo hacia el camarero: «Lo mismo otra vez, amigo.»

No pienso tolerar ni una palabra más de este lamentable perdedor acerca de volver a casa.

CAROLE TODAVÍA

Cuando me maquillo los ojos, siempre noto que me recorre el cuerpo una oleada de agitación. Creo que es porque es cierto eso que dicen de que los ojos son el espejo del alma. Y yo tengo un alma muy sexual. Una no puede negar su naturaleza. Eso me lo enseñó Bruce. En momentos así siento el impulso de acariciarme…, me encanta el tacto de esta blusa de seda contra mi piel.

Me encanta.

La cabeza me da vueltas. Es como si Bruce estuviera aquí conmigo.

Pronto.

Es hora de salir. Sólo voy a dar una vuelta, mamá.

Dile a Stacey que no tardaré.

Chao.

El bar es grande, ideal para observar a las personas. Tiene muchos sitios donde esconderse.

Aquí sentada, aquí sola, recuerdo cuando conocí a los padres de Bruce. Eran buena gente, de un pueblo minero de Midlothian. Eso fue antes de que los corrompiera el Scargill ese, que dividió a las familias y volvió a todo el mundo en contra de los demás. Pero Bruce no les guarda ningún rencor, aunque fueron crueles con él y le rechazaron, a su propio hijo. Pero eso es lo que busca esa gente: dividir a la familia. A ellos no les parece importante, pero tal y como veo yo las cosas, si no tienes familia no tienes nada. Bruce también lo ve así. Resulta tan inoportuno que Stacey dijera esas cosas tan horribles, pero no culpamos a nuestra chiquita, todos los niños pasan por una fase en la que dicen mentirijillas bobas. En el caso de Stacey creo que son las malas compañías con las que anda en ese colegio.

De todos modos, he de decir que estoy hecha un bombón y sé por las miradas que me está echando el tío ese de detrás de la barra que él piensa lo mismo. Bien, amigo mío, ¡puedes mirar pero no tocar! Me he puesto los tacones, esta blusa de seda y mi falda plisada. Me miro en el espejo. No está mal, Carole. No está mal.

Sé lo que estarán pensando; una mujer bebiendo a solas. Piensan que soy una prostituta o una mujer fácil. Lo único que hago es enfrentarles con su propio deseo. Eso es lo que no soportan.

Me desean.

Todos esos hombres, todos desean a Carole Robertson.

Pero sólo hay un hombre que puede poseerme, aunque si él quiere que me

entregue a otro hombre, lo haré, pero sólo por él. No querría que me entregara a ninguno de los hombres que hay en este bar.

Ya he dejado las cosas claras, muchachos, y ahora me marcho a ver a mi hija. Soy una buena madre y una buena esposa.

Todos las miradas se centran en mí mientras abandono el bar. He dejado las cosas claras.

Fuera tengo la vista borrosa. Es como si todas las señales de las tiendas y de publicidad estuvieran escritas en una lengua extranjera. Aquí no me siento segura. Tengo que ir donde me siento segura.

VIGILANCIA NOCTURNA

Amanece no tanto con un estallido como con un sollozo cuando Bladesey llama tímidamente a mi puerta y me pregunta si quiero bajar a desayunar. En realidad.

«Sí, pero te diré una cosa, Bladesey, no pienso bajar a tomar esa mierda de desayuno continental. ¿Queso, jamón y panecillos? Que le den. Hay un café británico en el Haarlemerweg. Vamos allí.»

Subimos por el Singel, notando cómo el vigorizante aire disipa las telarañas matinales, y entramos en Barney's Breakfast Bar. Está lleno de puta basura estudiantil y costrosa de bajo presupuesto, así que me deleito exhibiendo mi fajo mientras pido de todo: beicon, huevos, salchicha, tomate, champiñón, *black pudding*, tostadas y té.

«Ayer desapareciste sin previo aviso, Bruce», me reprende Bladesey. «¿Conociste a alguna dama interesante?»

«Pues sí, a decir verdad. Conocí a una chávala escocesa en un bar. Era muy agradable.»

«¿Era, eh…, una, ya sabes…, una dama de la noche?»

Miro con gran irritación a este mísero desastre que de algún modo ha logrado introducirse en mi vida. «No. No lo era. ¿Crees que no puedo conocer a nadie salvo a una puta? ¿Es eso lo que crees?»

«No…, en absoluto…», balbucea en tono de excusa.

Me yergo en la silla. Será mejor que le aclare las cosas a este capullo de una vez por todas. «Pues te diré una cosa, colega: yo me he cepillado más chochetes que tú comidas calientes. Y hablo de chochetes de calidad, además. Potorro de primera. Y no me estoy remontando tanto. No te pienses que porque folle con putas por cuestión de comodidad tenga que pagar por follar. No vayas a pensar eso», le digo al muy caradura.

«No sabes lo mucho que lo siento, Bruce…, no he querido ofenderte. Me has malinterpretado. Sólo supuse que, ya sabes, estando en Amsterdam… »

«Pues supusiste mal», le informo bruscamente, liando un gran petardo de *skunk*[9] y encendiéndolo mientras llega nuestro desayuno.

Comemos en silencio y dejo al capullín con sus museos y sus galerías. Yo me voy a por pornografía y drogas.

Me dirijo al barrio chino y un sacomierda de aspecto lánguido me espeta: «Vídeo show. Resultará ins-truc-ti-vo.»

Noto cómo el resentimiento se me acumula en el pecho. Un semiborrachín, de pie

en mitad del frío trabajando por una golosina, pensando que podría formar parte del proceso de instruirme a *mí*, en cualquier modo o manera. Me detengo y le miro lentamente de arriba abajo, y me doy cuenta de que eso le amilana.

«Vídeo show…», repite de forma más cautelosa.

«¿Vale la pena?», salto yo en modalidad poli.

«Es el mejor.»

Miro la señal de £25 a sus espaldas. «Por veinticinco florines más vale que lo sea. De lo contrario, volveré con refuerzos. ¿Entendido?»

El levanta las manos en el aire. «Eh, tranqui, tío. Esto es Amsterdam. Es el mejor vídeo show que verás jamás.»

«Esperemos que así sea.»

Entro y le pago veinticinco florines a una atolondrada guarra mascachicles que evidentemente es de la vida y está pensando en la pasta gansa que ganará luego poniéndose en horizontal. Entro en lo que resulta ser una sala de cine de las antiguas en lugar de una serie de cabinas que funcionan con monedas. Está medio llena y el show empieza puntualmente. No hay intimidad para meneársela, pero eso no detiene a un vejestorio que hay a mi lado, que tiene la polla fuera y metida en un pañuelo y está venga a cascársela en cuanto dos tíos empiezan a meter mano y follarse en un ascensor que han parado entre dos pisos a la primera actriz vestida para matar, que se parece a Victoria Principal, la de Dallas. Intento concentrarme en el vídeo pero la calidad de la fotografía es mala y me distraen los gemidos del capullo del viejo.

Sin embargo, enseguida se pasa a una loca secuencia en una fiesta de oficina, donde todo el mundo folla como loco. Pienso en los chochetes por los que voy a ir en nuestras fiestas de oficina estas Navidades: primero la periquita oficinista joven esa, después Fulton, y por supuesto, ese putón de la Reina de los Paquetes y hasta Drummond, joder, si estoy lo bastante desesperado. Noto cómo se me va la mano hacia el bulto de los pantalones, pero después de darme unos apretones en el glande unas cuantas veces, demuestro mi fuerza de voluntad, apretando los dientes y dejándolo. No tiene ningún sentido agotar el generador en estos momentos.

Después de curiosear por algunos *sex-shops* intento en vano encontrar una puta que se le parezca, que se parezca a mi chica. Llevo sus bragas conmigo en el bolsillo desde anoche. No encuentro a nadie. Me estoy frustrando y la cosa sólo puede empeorar. Decido ir a tomarme una copa y me propongo intentar encontrar una que no se parezca a ella *en nada*. Esa táctica funciona porque de inmediato todas las habitaciones que dan a las grises calles adoquinadas parecen ofrecer infinitas posibilidades. Encuentro a una chica prometedora. Tiene cabellos rojos y una cara llena de marcas de pústulas. Me suelta el viejo rollo, esta vez sin encanto alguno, sobre que no besa. Me entran ganas de decirle que no tengo absolutamente ningún deseo de besar su careto marcado por las pústulas, pues ya llevo los labios suficientemente agrietados por el frío tal como están las cosas. Se desnuda y me la menea un rato, tratando de insuflarle algo de vida a mi polla, y sólo me empalmo

cuando miro su piel marcada por las pústulas. Como las demás putas de por aquí, mi sarpullido y mi eczema no parecen preocuparle, aunque con una piel como la suya cabe suponer que simpatice.

Cuando me la follo se pone a soltar todos los Aaay cariños, qué mojada estoy…, aay qué bienes…, y toda esa mierda, cosa con la que disfruto. De nuevo, está bien que se enorgullezca de hacer bien su trabajo y se esfuerce. Indudablemente, la vieja Amsterdam es la capital del puterío mundial. Pero a ésta, después de soltarle el moco en la goma, los mortecinos ojos de puta se le tornan mecánicamente gélidos mientras se prepara para el siguiente cliente y yo me largo en busca de un bocado.

Voy a uno de los mediocres garitos de pizzas del Damrak, que en su mayoría son establecimientos poco espectaculares cuyo objeto es esquilmar al turismo. Después de comer me encamino hacia mi habitación. Sigo llevando sus bragas en el bolsillo. Desde anoche. No podía pedirle a esa puta con la que he estado que se las pusiera. Me las pongo en la cabeza y husmeo, llenando mis fosas nasales con su olor. Percibo el sordo rumor de los sollozos en la habitación y unos gemidos agudos y feos.

Me saco las bragas pero en la habitación no hay nadie más que yo.

EL SARPULLIDO

A la mañana siguiente me voy a echar una cagada en los meaderos en forma de bandeja del hotel. Una pila de pilongas me mira, soltando un pestazo de impresión, pero no arrojan señal alguna del monstruo alienígena. Sé que anda por ahí arriba sin embargo, dentro de mí, retorciéndose y creciendo, aguardando su hora, como un Arthur Scargill en el sano cuerpo político de la Gran Bretaña de los ochenta, el enemigo interior.

Salgo y visito a otro par de putas, una thailandesa y una negra. La negra me mira las pelotas como si nunca hubiese visto carne blanca con anterioridad. Quizá sea el sarpullido, decididamente está poniéndose peor.

Peor.

Me hago otro turno de priva de tarde, Heineken y ginebra, antes de pillarle a un tío algo de cocaína buena de la que entumece las encías en un *brotan bar*. Entonces vuelvo a irme de pedo. Eso es lo que tiene la farla, te proporciona poderes de priva sobrehumanos. Y no es que yo los necesite.

En uno de los bares me bebo una botella de Grolsch y veo que están tomando tarta espacial de ésa. Me tomo un trozo, y luego otro. Un espabilao detrás de la barra me dice que debería tener cuidado; yo me limito a reírme y me como otro trozo. Noto un buen rollo en mi cabeza.

Cuando salgo del bar es cuando me pega y me siento realmente mal y con náuseas.

Esos hippies cabrones han intentado envenenarme, a mí, un puto policía. Les daré el chivatazo a los de la poli holandesa para que les cierren el garito a esos cabrones. Voy tambaleándome, demasiado atemorizado para cruzar la calle porque los tranvías estos vienen en todas las direcciones y los capullos que van en bicicleta también, y estoy demasiado cerca del canal en este estado…, estos cabrones holandeses…

… la CE debería chapar este puto sitio…

Salgo del Damrak, pero voy tambaleándome por una calle estrecha y choco contra alguien que me grita pero sigo adelante, es como una puta pesadilla de esas en las que uno no se atreve a volver la vista atrás. Jadeo con fuerza cuando llego al hotel. Bladesey está tumbado sobre la cama de su habitación mirando la tele. Me voy al cagadero y vuelvo a cagar y veo que entre mis heces hay algo. No puedo mirarlo. Me quedo ahí sentado un rato y me tranquilizo antes de volver y enfrentarme a Bladesey.

Su cara parece reverberar contra la pared y lo único que oigo es esa puta voz que

dice en realidad. No sé cómo sucede, pero Bladesey me está echando un rapapolvo. Al parecer está bolinga perdido y me dice que conoció a unos londinenses y acabaron destrozados. La conversación parece deslizarse hacia la música. Comento que me gusta la Motown; Marvin, Smokey y todos ésos, o que me gustaba antes de destruir mis elepés al darme cuenta de que tener música negrata en casa era un signo de debilidad.

La voz de Bladesey es un chillido agudo e incesante pasado por el filtro del bebercio. «¿Cómo puedes ser racista y gustarte la Motown?», gimotea. «Quiero decir, ¿cómo puedes ser racista y gustarte Marvin Gaye?»

«Marvin Gaye no era negro.»

«¿Cómo puedes decir eso?»

«Para mí no era negro. El cabrón que le mató de un tiro, ése era negro. Ese era un puto negro.»

«¡Pero si fue su padre!»

«Sí. Un negro.»

No siento nada, no noto en ningún momento que me ponga en pie y me acerque a él, pero tengo cierta sensación de coger a Bladesey por el cuello y él gritarme: «¿Qué haces, Bruce? ¡Soy yo! ¡Soy yo!»

Pero yo sé que es él y quiero estrangularle hasta sacarle el último aliento de mierda, cortarle el gas de una vez por todas porque detesto al muy hijo de puta y no es más que otro de los cabrones que me la tienen jurada.

No se les puede salvar, joder.

El tío de al lado de los puentes.

Se les puede matar como quien no quiere la cosa

por qué cojones no se les puede salvar como quien no quiere la cosa

detenedles

detenedle

Las paredes reverberan y la situación se me ha ido de las manos…, su cuello…

¿Cómo te hizo sentirte?

Él sigue sobre la cama mientras yo me marcho, frotándose su escuálido cuello de paloma, luchando por respirar.

No puedo creer que haya atacado a Bladesey. Mi colega. Mi compañero de viaje. El hermano Blades. Un incondicional de la logia. Un hermano.

Bajo las estrechas escaleras, tambaleándome al pasar frente al tío rubio con mala

cara que está en recepción. En la calle, una harapienta puta yonqui me sonríe desde debajo de una farola, residuo de una Amsterdam de camiseta que rara vez se asemeja a la vida real, más saneada y regulada. Entro en un bar y pido una Heineken. Pienso en Bladesey, ese triste capullín que necesita tan poco y que es incapaz de comprender el enorme furor que su actitud y su comportamiento inducen en los demás, para quienes todo lo que hay en el mundo nunca jamás podría ser algo remotamente parecido a suficiente.

Me palpita el pecho mientras estoy sentado en el taburete de la barra. Las manos me hormiguean y hay voces que me resuenan en los oídos, hablando una lengua que no comprendo, pero cuyas intenciones homicidas son inequívocas.

Bladesey. Tengo que volver con Bladesey.

Bladesey.

Cuanto más se ha desarrollado nuestra amistad, más han llegado a obsesionarme la destrucción y humillación de esa lamentable criaturilla. Necesita que le enfrenten a lo que es en realidad, tiene que sentir, ver y reconocer su inadecuación como miembro de la especie humana, y entonces tiene que optar por la vía honorable y renunciar a esa pertenencia. Y yo le ayudaré.

Primero tengo que beber para sacudirme esas putas drogas hippies.

METAS

«Joder, cómo ibas anoche, hermano Blades», le digo a un Bladesey furtivo y tembloroso durante el desayuno. Tiene un aspecto terrible, lleva moratones en un lado de la cara y en el cuello.

«Yo…, yo… no consigo acordarme…, me he despertado y me sentía…», dice vacilante.

«Yo sí que me acuerdo, vaya que sí», digo con ironía. «Volví al hotel completamente ido de chocolate hippie y tú volviste bolinga perdido después de pasar el día de pedo con unos tíos de Londres. De todos modos, insististe en salir… »

Me fijo en el aturdimiento de su rostro.

«… ¿Te acuerdas del Hunter's Bar?», pregunto.

«No…, en realidad no… »

«Tuvimos una bronca con unos cabrones alemanes. ¡Entonces, cuando volvimos al hotel, fuiste a por mí!»

«Dios…, no recuerdo…, no sabes cuánto lo siento, Bruce…, estaba tan borracho que… »

Levanto las cejas y bajo la vista con un gesto de desaprobación. «Joder, ya puedes sentirlo», le digo.

Me quedo mirando su expresión de desdicha e incomprensión y dejo al capullo con su miseria. Juego a estar mosqueado y me voy con la mayor tranquilidad a comprar el periódico.

Una de las cosas estupendas que tiene Amsterdam es que si vas hasta Central Station se puede conseguir el *Sun* a la misma hora que en Gran Bretaña. He comprado un ejemplar del *Sun* por el suplemento futbolístico «Goals». Creo que es un hábito. El fútbol es un hábito. Creo que para la mayoría de hombres es un sustituto del sexo, cierto que no tan descaradamente como el rugby, porque en los clubs de rugby los tíos llegan a darse literalmente por el culo. Pero eso tiene más que ver con la clase social, porque son ricos gilipollas que fueron todos a colegios sólo para chicos. Pero el fútbol también es así. Cuando lo piensas, la mayoría de tíos se interesan por el fútbol cuando son demasiado jóvenes para follar. Cuando vas al fútbol siempre puedes distinguir quiénes son los colegas tuyos que tienen una vida sexual mala o inexistente. Siempre son los que parecen tener ese poquito interés *de más* por el juego. En realidad ahora parezco el Bladesey de los huevos, con tanto análisis psicológico, en realidad. El capullín tiene que esperar por su puñetero

Independent o *Guardian* o como se llame la mierda roja que lea. En el trabajo siempre compro el *Sun* los lunes para meneármela con la página tres y leer «Goals». Placeres sencillos. En realidad no es que ahora mismo me importe un carajo. Aquí he estado demasiado ocupado con el *Roger Mooring*[50] para molestarme por el fútbol.

De todos modos, me meto en un bar a reflexionar sobre los resultados y las clasificaciones y quedo atónito al fijarme en que Tom Stronach sale en la página de resultados con una victoria por dos a cero en East End Park, lo cual nos coloca en el tercer puesto de la liga, por delante de la escoria feniana[51]. Despedíos de Europa, hijos de puta de Leith. Ahí está, en blanco y negro, Stronach *(74)*. En la mesa de al lado hay unos *scousers*[52] leyendo el *Mirror*. Nunca me han gustado los *scousers*; los cabrones rezuman criminalidad. La influencia irlandesa, sin duda. Las mismas reglas.

«No sé cómo puedes leer esa mierda», me dice uno de ellos.

«Es fácil», le sonrío.

«En Merseyside nadie que está bien de la cabeza lee el *Sun*», continúa el entrometido atontao de *scouser* con sus modales de predicador. «Después de lo de Hillsborough, de lo de Souness y de lo de Bulger no… »

Siento un incontrolable deseo de reírme en su cara. «¿Sabes una cosa de los *scousers*? Yo te diré de qué van los *scousers*», bufo yo.

«No tienes que decirnos nada sobre los *scousers*, colega, somos de Liverpool», dice irguiéndose cuan alto es.

«Eso ya lo he notado», vocifero guasonamente, señalándole directamente con el dedo. «Los *scousers* son una pandilla de lamentables divas histriónicas de mierda. Es como si toda ese puto pozo negro de ciudad estuviera haciendo castings para *Brookside*[53]. No se puede negar.»

«Te estás pasando de la raya que te cagas, colega», dice el grandullón, mirándome con dureza.

«Venga, chicos», dice su colega, intentando calmarle.

«No se puede negar. Las mismas reglas», digo yo, encogiéndome alegremente de hombros.

«Venga, Derm, no te impliques», dice su amiguete. «Venga, colega, tú eres *Jock*[54], nosotros somos de Liverpool, somos exactamente iguales, hostia puta.» Se tira de la camiseta, una camiseta roja, que lleva escrita una cita de Bill Shankly.

«No, no somos iguales. Yo no soy igual que vosotros», digo sacudiendo la cabeza.

«Estamos aquí de palique, tomando una copa…, hostia puta…», dice el tío. «Puedes leer el periódico que quieras, colega, sólo te estábamos tomando el pelo, joder», me dice. Está muy molesto, cosa buena, porque debería sentirse molesto de proceder de un cagadero como ése. Pero no tendría que estar molesto conmigo. El gilipollas debería aprender a no matar al mensajero, aquel que le recuerda a uno las malas noticias.

«Escuchad, es obvio que habéis estado robando o engañando a los del paro para

poder permitiros cruzar el charco hasta aquí. Así son las cosas con los de vuestra casta. Las reglas son las mismas. Os estoy diciendo lo que pienso», digo yo. «Soy portador de malas noticias.»

«¡No queremos saber lo que piensas!»

Casi Navidad. Santa Robertson. ¡Jo jo jo jo jo! ¡Malas noticias!

«Dejadle hablar.»

«Sólo decía que cuando pasa algo malo en Liverpool, os ponéis histéricos. Lo tomáis como excusa para mostrar pancartas en el fútbol…, *illsburgh…, isell…*» Imito el jadeante gemido nasal de los *scousers*. «¿Por qué no podéis quedaros en vuestra puta casa y lamentaros tranquilamente, por qué tenéis que convertirlo todo en un casting de mal gusto para *Brookside*, para mostrar quién es el que puede quedarse más destrozado por la tragedia?»

«Porque nos importa, por eso. ¡Porque hacemos una piña!», escupe el de la camiseta.

«¡Hacer una piña! ¡Ja! Si os pasáis el día entrando y saliendo de vuestras respectivas casas con vuestras respectivas pertenencias. Muéstrales a los putos necrófagos profesionales de esa ciudad algo por lo que llorar y salen en comandita. La mierda aquella de *Boys From The Blackstuff…*, ¡vosotros os alegráis de que no haya trabajo, cabrones, porque os da la oportunidad de montar la tragedia y de haceros los puteados! La mayor tragedia para vosotros, sin embargo, es que el desastre de Lockerbie sucedió en otra parte. ¡Imaginaos lo que os habríais divertido si ese avión se hubiese estrellado en alguna cochambrosa urbanización de una barriada de Liverpool! ¡Os hubiese permitido lloriquear y gruñir delante de las cámaras durante años!»

«Estás fatal de la cabeza…, me voy de aquí ahora mismo. Si no estuviéramos de vacaciones, puto gilipollas, te forraba ahí fuera», salta, apurando su copa.

«Oooohhh, estoy cagado de miedo.»

Malas noticias

Santa Robbo 202

Jo jo jo jo jo

«Déjalo, Derm, no merece la pena. Deja al capullo triste y solitario con su vida llena de diversiones. He sabido de qué ibas enseguida. He pensado: Nah, estamos de vacaciones, charlemos con el pobre chalao solitario», sonríe el espabilao sarcásticamente. «Te dejamos aquí, pues, con todos tus colegas. Venga, chicos.»

No pienso aguantar esto de parte de un trozo de mierda, de un trozo de puta escoria roja. «¡Volved a vuestra habitación de hotel y follaos los unos a los otros, putos maricones *scouse*!»

Uno viene hacia mí, pero sus colegas se lo llevan y se marchan lanzando maldiciones.

«¡Inadaptados!», le grito al camarero. «Conozco a los de su ralea. Lo que les da marcha es gritarles a las putas y golpear las ventanas en el barrio chino. Después vuelven y follan entre ellos. Así son los *scousers*, ¡unas divas histriónicas que te cagas! ¡Yo les echo la culpa a los Beatles, tienen muchas cosas de las que responder! ¡Seguimos teniendo que aguantar a ese viejo gnomo que presenta el programa de ligues ese en la tele por culpa suya! Desde que llegaron esos capullos y los éxitos del Liverpool FC en Europa —un éxito edificado por escoceses: Liddell, Shankly, Dalglish, Souness, Hansen, etc.— todos los *scousers* creen que tienen talento. ¡No son nada! ¡Nada!»

Se aparta de mí gélidamente como si el puto chalao fuese *yo*. Hijo de puta descarado. Apuro mi bebida y salgo fuera. Mientras deambulo por la estrecha calle entre el frío me doy cuenta de que alguien camina junto a mí, y al volverme siento un golpe seco en la cara y mi cabeza se ve bruscamente sacudida hacia un lado. Intento reaccionar, pero otro tío se aproxima y me da una patada en los huevos y entonces siento el reflejo de la náusea. Caigo sobre una rodilla y vomito sobre los adoquines.

«¡Puto mamón!», grita el tío.

Dónde está el apoyo aquí… ¡Soy policía, joder! ¡Dónde está la puta policía con zuecos! ¡Hostia puta!

«Venga, Dermott, ¡vámonos de aquí, joder!», le oigo decir a uno de los *scousers*, y se marchan calle abajo.

Me quedo sentado un rato, la cabeza me zumba y me lloran los ojos. La náusea ha remitido ligeramente, quedándose justo por debajo del nivel que hace que le den a uno ganas de vomitar. Al final, un puto hippie apestoso me ayuda a ponerme en pie. «Vosotros los ingleses, siempre causando los problemas, tío. Tranquilízate, tío, esto es Amsterdam», dice.

«No soy inglés, joder», le suelto, y me largo calle abajo. Quiero salir de aquí. «Cobardes hijos de puta *scousers*, como vuelva a ver a esos cabrones… »

Cruzo la calle y a punto estoy de ser atropellado por un tranvía. Tengo los nervios completamente destrozados. Ya se la devolveré a esos cabrones.

Ya.

Entro en un bar y fumo hachís y bebo cerveza. Es un garito de turistas escasamente iluminado. Después de algunas copas y fumadas me siento mejor. Tengo un lado de la cara hinchado.

«Me han asaltado unos putos *scousers*», le cuento a un irlandés. «Me han levantado ochocientos florines. Eran tres.»

Él se limita a asentir de modo neutral. No esperaba más de un criminal. Todos los irlandeses son así, salvo los protestantes norirlandeses, nuestros hermanos.

Compro una tarjeta de teléfono y llamo a Bunty.

«¿Todo bien, *Boontay*, mi amor? ¿Qué tal estás?»

«¡Déjame en paz!», grita ella, colgando el teléfono de golpe. Estoy empalmado, así que lo que toca es ir al barrio chino.

Intento montármelo con una puta negra, pero llevo los huevos tan doloridos después de la paliza que no se me levanta. Los cabrones *scousers* me han jodido el puterío de hoy; unas cuantas horas extra desperdiciadas. Voy y me fumo más hachís, pero lo odio. Lo que me hace falta es el polvo blanco. Me pongo a remolque de unos holandeses que van a una fiesta en una casa flotante. Cuando llegamos, el sitio está lleno de escoria, igual que los cabrones esos de Sunrise en Penicuik, pero la cocaína que pillo es la mejor que he probado nunca. Se lo digo a una de las zuecudas, que tiene una piel tan clara, tan parecida a la de una muñeca que te dan ganas de probarla, y ella se limita a decir: «Pues claro. Esto es Amsterdam.»

De todos modos, acabo destrozado. Recuerdo que me pidieron que me marchara. Cuando estoy de vuelta, Bladesey aún está levantado. Ha estado por ahí de marcha y ha comprado una botella de whisky de malta como disculpa por su espantoso comportamiento de la noche anterior. Nos la pimplamos entera y después limpiamos el minibar de su habitación. Vuelvo tambaleándome a la mía y me derrumbo en un sueño pulverizador.

«… LA NATURALEZA ESENCIALMENTE DEPRAVADA DE LA CRIATURA CON LA QUE SE CASÓ…»

Me levanto en plena noche con un espasmo estremecedor; es como si estuviera cayendo a través de mi propio cuerpo. Estoy sudoroso y temblando. No hay ninguna puta a mi lado pero llevo las pelotas en carne viva. Empiezo a enfocar los objetos en la oscuridad. Es la habitación del hotel de Amsterdam. Pienso en Carole y un dolor aplastante casi me despedaza. Es sólo una reacción ante mi pérdida. Siento como si me hubiesen repasado la boca con un soplete y hubiesen injertado sobre ella la piel de mi escroto, pero cuando voy al minibar me tomo un agua de soda que sólo consigue revolverme las tripas. Me tambaleo hasta la cama mientras se enciende la luz. La luz. Vuelvo a estar a salvo. Consigo echar una buena soba.

Me despierto más o menos a la hora de comer. El calendario de mi reloj me dice que es el quince de diciembre. La Navidad está al caer. Me ducho, con el lateral de la cara todavía hinchado y dolorido, me visto y me acerco a la habitación de al lado. Bladesey sigue dormido. El capullo duerme profundamente. Sin sus gafas anda medio ciego. Ahí están, sobre la mesilla de noche.

Las cojo.

Al dejar el hotel me doy un paseo por las calles del canal y veo un café en una esquina que promete para un desayuno tardío. Por el camino, saco las gafas del bolsillo. Los cristales son gordísimos. Me las pongo y me inclino sobre la balaustrada verde y veo bajar por el canal un remolcador distorsionado. ¿Cómo puede nadie llevar estas gafas?

Por gordas que sean, en un enfrentamiento con el talón demoledor y lleno de barro de Bruce Robertson sólo podía haber un vencedor. Bailo el twist, sonriendo ante el satisfactorio crac que hacen sobre los adoquines. Después, con unos desplazamientos tan diestros que Tom Stronach se pondría a darle al botón de rebobinado del vídeo en señal de aprecio, arrojo de un golpecito las gafas rotas al Herengracht y observo cómo sus aguas se las tragan.

Cuando vuelvo al hotel, Bladesey está en un estado endemoniado, sentado sobre la cama. «Bruce…, eres tú…, no encuentro mis gafas…, no sé lo que he hecho con

ellas…, anoche las tenía… »

«Anoche ibas bolinga perdido», le suelto yo.

«Sí, pero tenía mis gafas… »

«Escucha, Bladesey, ahora que lo pienso, yo no recuerdo que llevaras gafas anoche… »

«Ay Dios mío…, no veo, Bruce…»

«No te preocupes, hermano Blades. Bruce Robertson será tus ojos. Elegiré las putas para ti, hijo, tú no te preocupes. Chochete de primera.»

«Pero… »

«Los únicos *peros* que vienen a cuento son los que nos estaremos follando en el barrio chino[55]. Ahora ponte ese abrigo y vamonos de parranda. ¡Es nuestro último día!»

Voy guiando a Bladesey hasta el barrio chino. El organillo suelta música ambiental holandesa. El tío que le da a la manivela tiene el sombrero expuesto para recoger calderilla pero conmigo pierde el tiempo. Hasta el último penique está designado como dinero para putas y drogas. Hasta el papeo es un lujo en estos momentos. Me aparto del gorro tendido y salgo disparado para evitar una bici que se aproxima, puesto que estamos en el carril de las bicicletas, pero Bladesey es demasiado lento. Le golpea, aunque sin fuerza. El capullo zuecudo empieza a gritarle: «*¡Klootzak!* ¡Gilipollas!»

Lo agarro más estrechamente. El capullín tiembla a causa de la abstinencia alcohólica y el miedo. Tras un rato le conduzco hasta la madriguera de una zorra gorda y le abandono.

«Bruce, yo…, yo», tartamudea.

«Cuida de mi colega, muñeca», digo guiñándole un ojo, «ha perdido las gafas y no tiene demasiado bien los *minee pies*[56].»

«Yo cuidarle bien», dice con acento caribeño.

«Yo…, yo…, yo…», gimotea Bladesey.

«Voy a darte cuidados especiales, grandullón», dice la puta, guiándole al interior de su madriguera.

Entonces me pongo en camino para *mi* día de puterío, dejando que el capullín encuentre el camino de vuelta solo. Vuelvo con mi chiquita estudiante. Me entusiasmo tanto que me olvido por completo de mi compinche, el hermano Blades. Un descuido por mi parte.

Cuando regreso al Cok City algunas horas más tarde, Bladesey está allí y está cabreado. Tiene un aspecto terrible.

«Te he dicho que te quedaras allí, Bladesey, ¿dónde te has metido? ¡Estaba preocupadísimo!»

«Eh…, en realidad he cogido un taxi…, has estado fuera tanto rato…, no ha querido dejar que me quedara hasta que volvieras… la chica de la habitación… »

«Pues te has perdido un rato bien divertido», le suelto.

Estaba seriamente tentado de abandonar al capullo medio ciego en la Dam, pero decido que tiene su utilidad. En el bar del aeropuerto de Schipol espero a que Bladesey se vaya al retrete y entonces meto un vídeo porno y algo de la farlopa que he pillado antes dentro de su bolsa.

Para mí es imposible que la cosa salga mal cuando pasemos por la aduana en Edimburgo. O bien tendré el placer de ver el careto de Bladesey mientras se lo llevan a rastras, lo que me deja en la posición de explicarle a Bunty que yo no estaba por lo de Amsterdam, que estaba convencido de que íbamos a Scarborough, pero que Cliff insistió, o, por el contrario, él sale ileso y yo tengo el perico de calidad y el kit de manolas. El segundo pronóstico es el que se hace realidad al atravesar Bladesey la aduana con facilidad.

Para mí es un alivio mayor que no hayan abierto mi bolsa; los pantalones, camisa, calcetines y gayumbos armaban un escándalo de los que hacen llorar. Aunque evidentemente me alegre de tener material de calidad al recuperar los bienes mientras el hermano Blades echa otra meada en el aeropuerto de Edimburgo, me decepciona un poco que Bunty no tenga la oportunidad de constatar la naturaleza esencialmente depravada de la criatura con la que se casó.

Pero habrá tiempo de sobra para eso.

MELANCOLÍA POSVACACIONAL

El primer día de vuelta de las vacaciones y ese cabrón de Toal me llama a su despacho. Hay algo distinto en el tarado, y me cuesta un segundo darme cuenta de qué se trata. Entonces lo veo: ha prescindido de la gomina y se ha secado el pelo con un secador, peinándoselo hacia atrás. ¡Un nuevo Toal! Una imagen del agente de la ley moderno de una democracia presentable para los medios de comunicación, más blando, más astuto, más juvenil y más *a la page*. Parece un puto maricón bobo y remilgado, cohibido y fatigado. Llevará algún tiempo acostumbrarse a ese moño. ¡Ah, no, hermana Toal, nada de eso! ¡Mismas reglas!

«Durante tu ausencia, Amanda Drummond ha asumido la dirección de la investigación. He decidido, tras mucha deliberación, que quiero mantener ese estado de cosas.»

Siento que mi euforia vacacional se evapora ante el calor generado por el bombazo de Toal. Mi respuesta resulta informe e indigna. «Una niñata tont…», tartamudeo.

«Espero que le brindes tu plena colaboración. Bruce, desde que te marchaste los medios de comunicación han vuelto a interesarse. El Foro ha estado haciendo mucho ruido. Parece ser que has estado poco exigente en el tema de las relaciones comunitarias. Esa es exactamente el área fuerte de Amanda. Se trata de que cada cual haga aquello para lo que vale, Bruce», dice Toal inclinando la cabeza en una semidisculpa. «Tendrás que seguirme la corriente en esto por ahora», salta truculentamente, mientras yo noto cómo las palabras Escucha, hermano Toal se me secan en la garganta.

No logro hacer otra cosa que quedarme de pie ahí como una *fag-hag*[57] junto a los meaderos de una discoteca de ganado mariquita justo antes de que sirvan la última ronda, mientras Toal coge el auricular. «Amanda, Bruce ha vuelto. ¿Puedes subir aquí e informarle de lo que ha sucedido?»

Cuelga el teléfono.

«Mira, eh, Gus Bain me ha puesto al corriente…», empiezo yo. Sólo quiero marcharme. Necesito hacer inventario antes de poder enfrentarme a esa bollera satisfecha de la Drummond.

«Gus no es un hacha, Bruce, no va a ninguna parte», dice Toal con impaciencia.

Eso me hace sentirme bien, puesto que tenía a Gus anotado casi como un rival

serio para el asunto del ascenso. Pero es una sobrada que Toal insulte al vejestorio de esa manera.

Pero buenas noticias para mí. Me siento un poco más animado cuando entra *Drumsticks* y me lanza una mirada de asco, y me hace sentirme aún más cómodo el hecho evidente de que ella odia tener que hacer esto tanto como yo. «Hola, Mandy», sonrío.

«¿Has pasado unas buenas vacaciones, Bruce?», pregunta con forzada cortesía, en atención a Toal.

«No han estado nada mal.»

«En Holanda, ¿no?»

«Sí. Es un viajecito que hago regularmente. Es un país muy civilizado.»

«Pero el paisaje es un poco plano, ¿no?», interpone Toal.

«A mí me gusta», digo encogiéndome de hombros. «Proporciona un contraste interesante con el territorio de Escocia, más abrupto.»

«¿Qué es lo que se puede hacer allí?», sondea Drummond. Quiere que diga «putas y drogas» delante de Toal.

«Es un lugar muy relajante. Puedes sentarte en un café y simplemente ver pasar el mundo mientras te tomas un agradable café», digo estremeciéndome ligeramente mientras la resaca me cae encima. Los putos cabrones intentan tomarme el pelo. ¿Pero qué sabrán ellos? Nada, nones, una puta mierdecilla. En resumen: cero pelotero.

«He oído que Amsterdam tiene muchos problemas con las drogas», dice Toal, mirándome de forma desafiante.

«Sí, es la pega que tiene la ciudad. Es demasiado liberal con mucho y, de resultas, atrae a la escoria. De todos modos, basta de chachara ociosa sobre las vacaciones, ¿qué hay del caso?», digo de forma fría y enérgica, haciendo que Toal y Drummond queden como los frívolos pesos pluma que son. Toal parece un poco mosca de que le haya tomado la delantera. Más vale que se acostumbre porque en cuanto me asciendan, así van a ser las cosas. Que me jodan si voy a aguantarle alguna de sus chorradas entonces.

Drummond empieza a soltar un montón de mierda, que, por mucho que se la aderece, se resume en que no ha sucedido una puta mierda desde que me fui, exactamente como supuse. ¿Cómo coño pensaban avanzar en un caso como éste en ausencia del jugador estrella? Ese es el problema de este pequeño equipo nuestro: demasiados Stronach, y demasiado pocos Dallish.

«… Y Valerie Johnston, la chica del guardarropa, ha declarado que Alex Setterington y David Gorman estuvieron sin duda en el club aquella noche.»

Drummond lleva una blusa blanca y debajo un sujetador de color más oscuro que se transparenta a través de la blusa. Yo les daba un pequeño apretón a esas tetas, sólo por hacerle un favor personal a ella, no se vayan a creer. ¡Eso le daría algo por lo que refunfuñar! Capta dónde tengo la vista y se abrocha ostentosamente la americana. Sí,

ya te gustaría, vacaburra bobalicona.

«Así que lo que tenemos que hacer es traer a Setterington y Gorman para interrogarles», continúa.

«No creo que ésa sea la mejor jugada, Mandy, mi amor», interpongo plácidamente, y ella empieza a reprenderme pero levanto la voz más que ella: «Setterington y Gorman son delincuentes habituales. Son veteranos en materia de interrogatorios. Nos revelarán Scottish Football Association[58], harán que venga aquí de inmediato un abogado sabelotodo como Conrad Donaldson.» Noto que Toal frunce la boca en un gesto de aceptación, disgustado pero resignado ante lo que acabo de decir. «Si saben que les seguimos la pista, cerrarán filas. Conozco a estos hijos de puta. Creo que deberíamos mantenerlos bajo observación para ver en qué andan. Uno de sus colegas es un chivato y puedo presionarle.»

Drummond ha perdido el impulso y Toal asiente vigorosamente. «Estoy de acuerdo, Bruce», dice, «son unos hijos de puta astutos. Necesitamos pruebas irrefutables antes de poder dar un paso contra ellos. Ese chivato al que conoces, ¿crees que aportará algo?»

«Con toda certeza», sonrío.

«Bien», dice Toal. «De acuerdo, Amanda, continúa con la vigilancia. Bruce, ¿podrías esperar un minuto?»

Drummond carraspea un nervioso: «Desde luego, Bob», y se marcha con la jeta tan colorada como mi capullo tras una noche de puterío, y Toal probablemente se dispone a decirme que puedo considerar el puesto de inspector como mío.

«¿Tienes algún problema con Amanda?», pregunta.

«En absoluto», le digo.

«Se ha quejado ante mí de tu comportamiento. ¿Tienes que referirte a ella de ese modo condescendiente? Se llama Amanda, quizá fuera mejor que la llamaras así, en vez de Mandy mi amor.»

Puta tortillera rebotada.

«Venga, jefe», sonrío, usando un tono relajado pero respetuoso para ablandar a Toal, como en efecto sucede, «está demasiado tensa. Sólo me comporto de un modo amistoso e informal, eso es todo.»

«Bruce, eres un agente bueno y experimentado, pero vas a tener que relacionarte mejor con otros agentes, en particular si piensas llegar a inspector. Estas cosas son importantes en los cuerpos de policía modernos, toma buena nota de lo que te digo», me reprende Toal, pasándose una mano por su pelo crepado, pero se trata de una reprimenda suave y no puede evitar la complicidad subyacente en su tono de voz.

«Escucho lo que me dices, hermano Toal, pero dos no se pelean si uno no quiere. Sugiero que tengas una conversación semejante con Miss Drummond.»

Me gustaría cortarle el gasssss a Msssss Drummond, cortárselo de una puta vez por todas.

Toal se yergue en la silla un tanto pomposamente, como tiende a hacer cuando

saco la carta de la logia. «He hablado con Amanda y me he encargado de que supiera cuáles son sus responsabilidades.»

Seguro que sí, joder. Esa guarra se cree que lamerle el culo a Toal es el modo de llegar a alguna parte. ¡Error!

Más tarde, cuando estoy en la cantina poniéndome al día con los cotilleos, la pequeña guarra se me acerca. «Bruce, ¿puedo hablar contigo?», dice señalando el pasillo con la cabeza. Un tarado de uniforme de la logia levanta la vista. Esta pequeña capulla ya va a refregarme por la cara su nuevo rol. Ni de coña voy a aguantarle mierda alguna a alguien como Drummond.

«No sé si te has enterado, Bruce, pero mañana es el cumpleaños de Gus, y tenemos previsto hacerle una pequeña fiesta sorpresa. En Delitos Graves.»

Así que eso es todo. No me lo ha dicho ni dios, ni Lennox ni nadie. Hijos de puta. «Ya lo sabía», digo arrogantemente.

«Sólo quería asegurarme», sonríe ella, y se vuelve para marcharse. «Ya nos veremos.»

Cree que puede engatusarme con la actitud suave-suave. Error. Las reglas son las mismas. Me dirijo otra vez escaleras abajo pero tengo la típica melancolía posvacacional y odio estar en este estercolero.

Escudriño los papeles de mi mesa buscando el archivo del caso y veo por el rabillo del ojo que una mujer ha entrado en la oficina con Drummond y Hazel, la secretaria. Me resulta vagamente familiar. Drummond me está señalando.

«Bruce», me informa mi colega, «alguien ha venido a verte. Es Mrs. Sim.»

Quién cojones es.

«Vine la semana pasada», dice tímidamente la mujer, «pero me dijeron que estaba usted de vacaciones. Quería agradecerle personalmente todo lo que hizo por Colin.» Se vuelve hacia el chavalín. «Éste es un hombre bueno, Euan, éste es el hombre que intentó ayudar a tu papá…», dice ahogando un sollozo.

El chavalín se mantiene cabizbajo, pero levanta los ojos para mirarme y fuerza una sonrisa. Tendrá más o menos la misma edad que Stacey.

«Tenía mal el corazón…, era algo familiar…, hereditario.» Veo moverse sus labios. «Nunca permitió que eso le condicionara. Era un hombre bueno», lloriquea y solloza y Drummond la coge de la mano, y ella vuelve a mirar al chavalín y después a mí, «… y éste es un hombre bueno. Este hombre intentó ayudar a tu papá, hijo, intentó ayudarle cuando los demás no hacían más que quedarse allí mirando…, se esforzó tanto por ayudar a tu papá… »

Cómo te hizo sentirte

«… Sólo quería darle las gracias, sargento Robertson…, Bruce…, sólo quería darle las gracias por intentar ayudarle… »

«Siento no haber podido salvar a su marido», le digo yo.

«Gracias…, hizo usted todo lo que pudo. Gracias. Este es un hombre bueno, Euan», dice ella con un sollozo, mientras Amanda se la lleva, volviéndose para mirarme de una forma profunda, conmovedora y humana.

Gus se acerca y me coge con fuerza por el hombro. «Pobre mujer. Qué Navidad tan espantosa para ella y el pequeño.»

No lo sabe, la mujer: sencillamente no lo sabe.

Pruebo suerte con el crucigrama. No logro concentrarme, y decido terminar pronto el día. Esta noche es el partido homenaje de Stronach en Tynecastle, pero de ningún modo voy a ir allí y llenarle los bolsillos a ese tarado. Sería demasiado verle por ahí dando botes pagado de sí mismo. No creo que haya demasiada basca. Será del tamaño Gary MacKay o Craig Levine, me imagino.

Así que la noche me sorprende en la logia escuchando a un gilipollas de arbitro que es inspector de la construcción en el ayuntamiento. Es el centro de atención y la conversación no es mala. Bladesey está perdido. Viene a reunirse con nosotros con sus gafas nuevas puestas pero, como la mayoría de ingleses, no entiende nada de fútbol. Ray Lennox aparece con un par de tarados de uniforme que no van uniformados pero que siguen siendo unos tarados de uniforme y siempre lo serán. Le hago gesto de acercarse y se acurruca junto a mí. Ya le he dado el toque otras veces sobre andar por ahí con esas nulidades. Si frecuentas demasiado a los perdedores eso es exactamente en lo que acabas convertido.

Menudo tipo el arbitro este. «Así que ahí estaba yo en Ibrox y necesitan tres puntos para quedarse con el título. Quiero decir, llevan como unos treinta puntos de ventaja, así que se trata de un resultado inevitable, es matemáticamente imposible que les alcancen. Era un día de gala y han salido las familias, los críos con la cara pintada, los muchachos con esperanzas de celebrarlo luego. Coisty les ha puesto en el uno a cero con un toquecito a corta distancia contra el poste. Ja ja ja. Menudo personaje. Sospecha de fuera de juego pero la bandera de Oswald Beckton permanece bajada, Oswald, Logia 364. Lo conoceréis de vista», apunta el arbitro.

Se suceden algunas inclinaciones de cabeza y sonrisas maliciosas alrededor de la mesa. «Así que, de todos modos, el sitio está revolucionado y llega la hora de la diversión. Todo el mundo canta "*we're up to our knees in fenian blood*[59]" y hay un ambiente de fiesta. Pero entonces, a un par de minutos del final, alguien da un pase largo desde el centro del campo en dirección a la portería de los Rangers. Un chaval joven se cuela entre Goughy y McLaren y le entran con dureza dentro del área. Sí, es un penalti descarado pero por supuesto que ni de coña voy a pitarlo y estropear la fiesta. Quiero decir, tendrían que haber ido a Firhill la semana siguiente para ganar, en un estadio con capacidad para quince mil personas. ¿Cómo podía yo estropearles la oportunidad de enarbolar la bandera en casa? ¡Iban a ganar de todas formas! ¡Pero por una diferencia más larga que Argyll Street! Ni de coña iba a ser este humilde

servidor un aguafiestas. ¡Imaginaos lo que habrían dicho los chicos de la Logia de Whitburn! No habría merecido la pena seguir viviendo. ¡Echar a perder un día de gala! Así que señalé que continuara el juego.»

«Lo que hay que hacer, colega, eh», dice el concejal Bill Armitage.

«Tuve que expulsar a un gilipollas por protestar. La decisión del arbitro es definitiva. El tonto del culo ese no quería dejar estar la cosa, incluso después de que le sacara la amarilla. ¡Siempre hay alguno, eh!»

«Hijoputa feniano», se burla Bill Armitage.

«No me importa confesaros», continúa el arbitro, «que resultó un poco vergonzoso verlo al día siguiente en *Scotball*. Pero los muchachos se portaron estupendamente, pusieron un mínimo de repeticiones y evitaron cualquier perspectiva de ángulo inverso. De todos modos, hablé con el observador de la SFA que estuvo en el partido en el Blue Room después y comprendía perfectamente la situación. Resultó que pertenecía a la misma logia que el pequeño Sammy Kirkwood. ¡¿Te acuerdas del pequeño Sammy?!», me dice.

Asiento con la cabeza. El pequeño Sammy solía conseguirme revistas. Buen material además, aunque no tan bueno como el de Héctor el Granjero. Tendré que darle un toque a ese viejo cabrón y ver si tiene algo de material nuevo.

«De todas formas, gracias a Dios por el presentador. Dijo que de ninguna manera podía yo haber visto el incidente, pues no estaba bien situado. Los tíos de la prensa también se enrollaron muy bien, minimizaron toda la historia, no revelaron nada sobre el colapso de las centralitas por las llamadas. Hicieron pasar los pocos que se les colaron por los testimoniales fanáticos *Tim*[60] que habrían dicho eso de todas formas.»

«Esos cabrones son unos paranoicos», se ríe Armitage.

«Uno de los principales columnistas deportivos de uno de los diarios me lo contó en la logia, me dijo: Normalmente habríamos armado más follón, pero estar siempre vilipendiando el fútbol escocés no beneficia a nadie.»

Después escuchamos a Armitage perorar un poco sobre el nuevo parlamento escocés. «Será algo bueno; más oportunidades para nuestra gente. Por supuesto que tendremos que lidiar con los papistas, pero ahí no hay nada nuevo. En el partido de Escocia siempre ha habido un toma y daca entre la mafia católica y la hermandad. A mí no me importaría concederles una legislación antiabortista a cambio de algunas pingües presidencias de comisiones de trabajos o comités…, en particular las de las licencias de apertura de los pubs», dice sonriendo. «Lo único que supone es que alguna guarrilla embobada que se queda en estado tiene que coger el autobús hasta Carlisle para deshacerse del marrón. A mí no me parece un golpe demasiado demoledor.»

«Desde luego», asiente Ray, y después se vuelve hacia mí y cuchichea: «¿Te apetece algo de coca esta noche?»

Ya lo creo que me apetecía algo de coca, de hecho llevaba una poca encima.

Sobre todo tras las nuevas de Toal sobre que Drummond encabeza el equipo. Toal. Ese cabrón no estará satisfecho hasta haberme convertido en un puto yonqui.

¿Tener que dar cuentas yo a una niñata atontada?

Sí, cierto, (0000000000 *comer sin parar*.)y un fallo por parte de Toal (00000000000 *comer. Quizá*)n blanco y no veo la posibili(*haya otros como yo. Desde luego*)do inútil culo.

Estoy en e(*me resulta concebible la noción de*) margen es la única cosa que (*no ser el único de mi especie*.) el resto de los chicos de la po(*¿Por qué habría de serlo? Quizá*) en a ser un problema p(*haya otros aquí dentro, compartiendo*) Así que soy yo, Lennox (*conmigo el rol de parásito, incluso*)berdeen. Rituales ma(*imagino que siento su presencia*) reprimida en eso mantien(*aquí dentro, retorciéndose y contor*)cen a Ray Lennox y a cu (*sionándose conmigo en el vientre del*)ocio con cualquiera de(*Anfitrión, pero quizá esto sólo sea una*)entro de los masones, (*respuesta ante mi melancólico estado de*) lejos que cualquiera de e(*ánimo. Tengo a mi Anfitrión, el amigo*).

Detrás de (*que me proporciona todo lo que necesito*)los, y una luz estroboscó(*para sobrevivir. Pero para vivir*)ve y agita mientras Coul(*necesito mucho más. Necesito sentir*)o seco, y Underwood en(*que formo parte de algo mucho más*)ubo en la incisión y sorl(*grande, quizá algo que sea parte de mí*.)na botella y y consigue qu(0000000000000000000) mujeres de manera lujurio(0000000000000000000 *hay que*)onor, y las miradas abrasa (*reconocer que la dieta de este*)pas ha sido hecho. Aun a (*muchacho no es demasiado nutritiva*.) espásticos.

(*Esto indica quizá que mi Anfitrión ha*)
(*tenido un punto de partida pobre y*)
(*poco ventajoso en el gran*)
(*itinerario de la vida*.)
(*Está consumiendo, toda clase*)
(*de basura barata e inútil. Pero por otra*)
(*parte, el propio volumen del consumo milita*)
(*en contra de tal supuesto*;)
(*de modo que quizá podamos postular que*)
(*creció en un mundo de privaciones y aunque*)
(*ha sido capaz de acumular más recursos no ha*)
(*sido del todo capaz de deshacerse de todas*)

Ter(*esas costumbres proletarias*. 000000000000000000) mientras las cerve(*La filosofía de la vida del Anfitrión parece*)asta que todos lo (*ser, pues, más y no mejor*. 0000000000000000) Ray y yo nos sacudimos de encima a Bladesey después de que yo le haya sonsacado más información sobre el estado mental de Bunty. Después nos largamos a hurtadillas a su piso. El piso de Ray está decorado al estilo neofollador soltero arrabalero pos-Thatcherista. Es decir, en realidad sin ningún estilo. Está dominado por un mobiliario rojo, un sofá aterciopelado de dos plazas y una silla a

juego. ¡Es como la habitación de una puta en la Dam! No pienso sentarme en ese sofá, qué más quisiera Lennox. ¡Si se tratara del puto Inglis, se lanzaba sobre él disparado! ¡Aunque claro está que si Lennox se la metiera no sentiría nada!

Ray está buscando el conjunto de espejo, cuchara y cuchilla de afeitar que le traje de la Dam. Es de la opinión de que le proporciona calidad extra al corte y ahora ya no usa nunca tarjetas de crédito en casa. Me doy cuenta de que el conjunto me costó el equivalente a veinte libras en pasta británica y siento que se me acumula el resentimiento en el pecho. Fue un momento de debilidad hacerle un regalo a Lennox, aunque sólo se lo diera para animarle a que me surtiera de blanca. Aprieto distraídamente la punta de mi pitillo contra su cojín de terciopelo, notando un placentero subidón de adrenalina y sintiendo que se me levanta un bulto en el pecho cuando se torna marrón y se abre al primer, segundo, tercer y cuarto contacto. Después admiro mi obra de artesanía antes de darle rápidamente la vuelta al cojín para ocultar los cuatro nuevos agujeros.

Lennox vuelve y hace unas rayas. Ha estado de servicio en la Brigada Antidroga y se ha hecho con una buena ración de material de gran calidad, el afortunado hijo de puta. He dividido lo que me traje de Amsterdam, y aunque me duela reconocerlo, la mandanga de Lennox es aún mejor. Gajes del oficio. Para algunos está bien. ¿Y yo qué? ¿Cuáles son los gajes que proporcionan los morenos apiolados? Recorrer los grupos comunitarios hablando con oscuros resentidos que te odian a muerte. Y esa niñata embobada de la Drummond metiendo la cuchara. Anda y que le den por culo. Eso sí, horas extra a manta con esta historia, sobre todo con los pantacas de ese lelo de Toal llenos de mierda blandita y fangosa. En este caso las reglas son las mismas, y no bromeo.

«La última esnifada que les saqué a esos imbéciles a los que empapelé, como te digo, Robbo, una pérdida de tiempo. Llevaba tan poca coca que tendría que haber dejado que se encargaran los tarados y haberme ahorrado el puto papeleo. Se habrían sentido muchísimo peor si se hubiesen metido esa mierda de lo que se sintieron con una piojosa multa de doscientas libras por ser la primera vez.»

Lennox se está dejando crecer un poco el bigote. «¡Es asqueroso que te cagas! ¡Doscientas puñeteras libras! ¿Quién era el juez?»

«Urquhart. Sorpresa, sorpresa», dice Lennox sin levantar la vista, plenamente absorto haciendo las rayas. Tiene paciencia Lennox, sabe que quiero esa raya, pero el capullo seguirá enredando hasta que esté fina que te cagas.

«El puto señor palmadita en la cabeza y sácate una moneda de la hucha», digo sacudiendo la cabeza con asco.

«Además, a los muy cabrones los defendía el puto Conrad Donaldson», se burla Ray.

Sonrío ante ese nombre. Me pregunto cómo le irá a su chiquilla. No me vendría mal otra mamada de esa pequeña preciosidad. No es broma.

Ray me indica con la cabeza que me acerque. Voy a por mi primera raya, con el

billete de veinte ya enrollado. Me tapo una de las fosas nasales y esnifo por Caledonia. Me sacude con fuerza. Buena mandanga. Fuah, vaya cabrona estás hecha. La boca se me entumece instantáneamente y empiezo a largar. «Escucha, Ray, tendrías que haber oído a ese capullo de Toal hablando de ti el otro día. Que si Ray Lennox esto, que si Ray Lennox lo otro. Le dije al cabrón: Aquí se le está atribuyendo una cantidad de cosas impresionante a Ray Lennox. Creo que Ray Lennox se plantaría ante algunos de los asuntos en relación con los cuales se está mentando su nombre.»

«¿Eh? ¿De qué se trata?», pregunta Ray, mirándome sin demasiada confianza.

«Entre tú yo, Ray, no me sorprendería que te reclutaran para el equipo del caso negrata.»

«¡Y una mierda! ¡Llevo meses detrás de los putos hippies de la comunidad Sunrise para detenerles por un alijo de *cannabis*!»

«Sólo te lo digo, Ray. Ya conoces a estos cabrones, las reglas son las mismas. Ah, y otra cosa…, esto queda entre tú y yo», digo bajando la voz como si estuviéramos en la cantina, aunque estemos en la intimidad del queo de Lennox.

«¿Qué?», dice Ray, tratando de mostrarse frío pero evidentemente alarmado.

«Ojo con Gus.»

«¿Gus Bain?»

«Exacto.»

«Gus es legal…, a mí me ha tratado bien… »

«Por supuesto que es legal. Te tratará bien durante todo el tiempo en que te vea como a un jovencito, como segundo de a bordo. El caso es, Ray, que te has ganado mucho respeto en este departamento, y al abuelo empieza a inquietarle. ¿Entiendes lo que te digo?» Miro a Ray a los ojos. Empieza a captar la onda que yo quiero. «Es el síndrome del joven soltero. Gus tiene costumbres profundamente arraigadas. Es de la vieja escuela. Pero le asusta la sangre nueva y puede ser un viejo bastante vengativo y se ha estado interesando de forma poco saludable por las actividades extracurriculares hasta la fecha de un tal Mister Ray Lennox.»

«¿Estás diciendo que Gus es un chivato?»

«Es famoso por ello. Ojo con lo que dices acerca de la tía farlopa cuando ande por los alrededores.»

«Pero si yo nunca digo nada sobre la farlopa.»

«Sí, pues acuérdate de lo que te he dicho y sigue así.»

«Vale… », asiente meditabundo Lennox. «Te agradezco que me lo digas, Robbo.»

Todo esto es vacile, pero la vida es una gran competición. Ray es un amiguete, pero también es un competidor actual o en potencia y la única forma de manejar a los competidores es controlar su nivel de incertidumbre. En eso consiste la vida: en la gestión de los niveles de incertidumbre de tus adversarios. No queremos que a este capullo se le hinche la cabeza y se piense que de alguna manera cuenta para algo.

El Ray Lennox que esnifa su raya parece perturbado. La droga restaura al instante



ese barniz de arrogancia, pero las semillas de la duda están sembradas y el bajón será testigo de la cosecha de confusión en el punto exacto de madurez para que yo la recoja.

UN HOMENAJE

Anoche llegué pronto a casa pero no pude dormir. Vuelvo a estar en la oficina temprano por la mañana pero estoy totalmente jodido por la cocaína esa. Iba como una moto. Tengo las fosas nasales arrugadas y me gotean sin parar. Los nervios los tengo a flor de piel. Habrá que ser más fuerte. Eso es lo que me hace mejor que la escoria, mejor que los Ray Lennox de este mundo. Puedo reírme de toda esa mierda. Pero tengo que ponerme las pilas. Suena el teléfono y doy un salto y me estremezco antes de levantar el auricular y, como era previsible, es ese tarado de Toal. Todo esto forma parte de su guerra psicológica, pero ese imbécil lleva demasiado tiempo atado a su mesa de despacho para mostrarse capaz de superar en la maniobra a Bruce Robertson. Bueno, mediomemo, tenemos noticias para ti: las putas reglas son las mismas.

Me dice que quiere verme en su despacho inmediatamente. Nuestra rutina que se vaya a la porra; capullo egoísta. No piensa más que en su propio culo gordo y en cómo mantenerlo a cubierto. No hace otra puta cosa que redactar ese guión cinematográfico. Ya sé lo que pretende el cabrón. Dejo el periódico en la mesa y me dirijo escaleras arriba. Siento náuseas al llegar frente al despacho de Toal. Los ascensores están averiados y estoy sin aliento después de subir esas dos plantas. Esos putos cabrones de mantenimiento no hacen una puta mierda.

«Bruce, tenemos que tener una pequeña charla. Niddrie ha convocado una reunión del equipo en su despacho para esta tarde», me dice el cotilla este. Está empleando un «Niddrie» de mal gusto en lugar de un coleguil «Jim» o un respetuoso «el super». Es evidente que le han estrujado sus gangrenados huevos y anda en busca de amiguetes. O quizá no. El cabrón podría estar simplemente tocándome los huevos. Drummond aún no se ha puesto en contacto conmigo. Otra vez jugando a chochetes tontorrones.

«¿A qué hora?», pregunto. Necesito pasar algún tiempo con el periódico. Sale la Claudia Schiffer. Un polvo que te cagas, no hay duda. Dice que va a abrir un restaurante o algo así. ¿A quién le importa eso un carajo? ¡Enséñanos el culo y las tetas, muñeca, eso es lo que queremos! «A las tres.» La Página Tres.

«Podría estar trabajando. Dije que iba a estar en una reunión del Foro a esa hora.»

«Dios…, Amanda es la que debería estar ocupándose de eso.»

«Bueno, pues no se ha puesto en contacto conmigo para decirme que no fuera. ¿Estás sugiriendo que no debo asistir?»

«Dios…, no…, con eso es con lo que ha estado volviéndose tarumba Niddrie. La gente del Foro ha hablado con Malcolm St John de STV y con Andy Craig del *News*. Parece que se han vuelto a mostrar muy críticos con la investigación», bufa con amargura, como si fuera una crítica personal del propio Toal. Pues debería serlo, joder, él es el cabrón encargado de esta investigación, o eso se supone.

Tengo una copia del periódico de ayer por la tarde abajo. Lo entró la secretaria. No vi nada sobre el caso. Recuerdo haberle echado un vistazo a la contraportada y al editorial, pero lo único que recuerdo era el artículo sobre el homenaje a Tom Stronach:

> Los aficionados al fútbol de Edimburgo ya pueden bajar la cabeza de vergüenza ante la irrisoria asistencia de menos de dos mil personas en el homenaje a uno de sus hijos favoritos, Tom Stronach. Por supuesto, la recesión ha significado para muchos fans que ahora los partidos extra sean un lujo, en particular a una semana de las Navidades, y el tiempo de Edimburgo tuvo mucho que ver. No obstante, semejante nivel de apoyo para tan leal servidor del ambiente deportivo de la capital no es ni más ni menos que un desaire inmerecido.

También leo que el ídolo de Tom, Kenny Dalglish, no pudo asistir debido a otros compromisos, pero que envió sus felicitaciones a Tom en su noche de gala. Dalglish probablemente tenía que lavarse el pelo o algo así. Acertó manteniéndose lejos de toda esa mierda.

Deseé poder mantenerme lejos de toda la mierda de Toal. «No hay resultados, Robbo. Esta investigación no avanza. Hemos estado en todas las tiendas, pero no encontramos el rastro de ese puñetero martillo», gimotea. Como si a mí me importara un carajo. «Ya veo. Conque Niddrie espera que Televisión Escocesa y el *Evening News* resuelvan el caso, ¿no es así? ¿Qué subnormal de periodista ha resuelto un puto crimen en su vida? Contéstame a eso.»

«Yo estoy tan molesto como tú, Robbo», dice Toal retorciendo su boca de vieja. Esa boca: el morro de un ladrón que no puede evitar cotillear sobre lo que ha chorizado y después es lo bastante estúpido como para sorprenderse cuando la puerta de la celda se cierra a sus espaldas. «De todos modos, ¿tienes alguna otra noticia?», pregunta.

«No, se lo habría comunicado a Amanda, como dijiste.» Sí, ya, en eso estaba pensando.

«Mmm. De acuerdo…», dice Toal. Ya noto cómo empieza a entrarle el desencanto con la pequeña zorra.

«Volveré a cambiar la fecha de la reunión del Foro y apareceré por el despacho de Niddrie a las tres.»

«No… Yo iré al despacho de Niddrie. Tú acude a la reunión del Foro.»

«De acuerdo», le digo, y mientras salgo pienso: ¿Qué cojones va a hacer la pequeña Amanda? Debería volver a entrar y decírselo a Toal pero paso. Me pica el culo que te cagas. ¿Por qué siempre soy yo el que tiene que encargarse de esta puta mierda? Si presentara la dimisión mañana aprenderían estos cabrones. A ver cómo se las arreglaban entonces. Todo este puto sitio se detendría en seco, por la sencilla razón de que está abarrotado de los capullos más inútiles que jamás se han escondido tras un uniforme de policía. Estos capullos no durarían ni diez minutos en Nueva Gales del Sur o incluso en la Met. No saben en qué consiste la auténtica labor policial, ninguno de ellos.

Que les den. Bajo las escaleras y me detengo en los servicios a darle una buena rascada al culo. Los pantalones están húmedos con mi sudor y tengo que coger algo de papel higiénico y colocarlo entre mi piel y la tela saturada a fin de intentar que los muy hijos de puta se sequen. Después, vuelta a la rutina.

Estudio los papeles que tengo encima de la mesa, y después echo una mirada en torno a mis colegas, que no tienen ni idea. Nunca jamás he visto una dotación tan abigarrada de inútiles subnormales reunidos bajo un mismo techo.

«Sí, es raro, Peter, ya lo creo», le digo a Peter Inglis.

«¿Qué quieres decir?»

Me dan ganas de decirle: Como tú, capullo amariconao, tú eres el raro, pero en vez de eso escudriño la documentación que hay sobre la mesa. «A veces miro esto y pienso: Las pistas nos están mirando directamente a la cara, pero no conseguimos resolverlo, joder.»

«Un solo descubrimiento importante y todo encajaría», dice Gus encogiéndose de hombros.

«Pero de eso se trata, Robbo», dice Peter, «es siempre la misma historia. Un noventa por ciento de sudor y un diez por ciento de inspiración. Sencillamente tendremos que seguir insistiendo.»

«Y cómo Peter», asiento, levantando el periódico.

HORIZONTALES	VERTICALES
1 Velocidad (8)	**1** Sustituto del monarca (8)
7 Lo más bajo (4)	**2** Fruto cítrico amargo (5)
8 Peinado corto años 20 (4, 4)	**3** Lugar de recreo laboral (6)
9 De Francia (6)	**4** Grupo de jugadores (6)
10 Brillo, lustre (6)	**5** Cae (5)
11 Órgano visual (3)	**6** Felino a manchas (6)
12 Contar trolas (5)	**13** Estrecho (5)
14 Cerveza oscura (5)	**15** Incompetente (7)
16 Quejarse ruidosamente (3)	**16** Guía del Himalaya (6)
18 Lotería (6)	**17** Noble, dignatario (6)
20 Divisiones de pies o yardas (6)	**19** Ciervo de cuernos planos (2, 3)
22 El día después de hoy (6)	**21** Isla de la bahía de Nápoles (5)
23 Piel de naranja (4)	
24 Ganga (4, 2)	

«Venga, tíos, un poco de movimiento, joder. Gus», le grito. «Veintiuno vertical. Isla de la bahía de Nápoles, cinco letras. ¡Venga! *Crime: together we'll crack it*[61]»

Gus arruga la cara. «Estuvimos por esa parte del mundo, Edith y yo. Sorrento. Cogimos el hidrodeslizador hasta Nápoles por un día. No vi ninguna isla, Bruce, y estábamos enfrente de la bahía de Nápoles, puesto que acudíamos desde Sorrento y tal.»

«Pues es evidente que las hay, Gus, al menos según el puto periódico. Eso sí, es un periódico plebeyo, yo sólo lo compro por las tetas, la tele y el fútbol… y qué tal uno vertical: ¿Sustituto del monarca? Ocho letras.»

«Regente.»

«Eso son una…, dos… tres…, siete. Nah.»

«Jeanette Charles.» «¿Eh?»

«La Jeanette Charles esa. La doble de la reina. Sustituye a la reina.»

«Hoy no me está saliendo nada de nada. Aunque ésta sí: Lo más bajo. Cuatro letras. Toal. No, ésta tendríamos que saberla, ya lo creo: *SCUM*[62]. Tratamos con ella todos los días. Ahora, que Toal es lo mismo, eh.»

Más tarde veo a Lennox en la cantina. Aún está tras la pista de los hippies esos. El cabrón me ha estado evitando un poco. Le llevo al centro. Pasamos delante de uno de esos colegios pijos para chicas. «Mary Erskine's…, James Gillespie's…, cómo suenan los nombres de esos reductos de colegialas pijas, Ray. Es que te la pone morcillona. *Erse. Skin. Lesbians*[63] Menudo guarro el que les puso nombre a esos colegios. Vaya un pervertido que te cagas.»

Lennox se ríe y sacude la cabeza. «Vaya tío estás hecho, Robbo.»

«Ya te digo, Ray», digo yo, «esas chavalillas: como angelitos. Después crecen, ése es el problema. Se convierten en guarras y en putas de mierda. Y una guarra es peor que una puta. Al menos con una puta sabes a qué atenerte. ¿Con una guarra? Nunca se sabe, joder.»

Lennox parece incómodo. «Bueno, sí… »

No entiende nada, ése es su problema. Se cree que lo sabe todo. ¿Pero qué es lo que sabe?

No sabe nada.

Absolutamente una puta mierda. Demasiados humos es lo que tiene, este capullo.

Nos paramos a tomar un bocado en la pastelería del South Bridge. Ahí está Eddie Moncur, de la oficina del South Side, con un tarado de uniforme. Les saludo con una inclinación de cabeza. Nos sirve, o debería estar sirviéndonos, un capullo lento, vago y obeso, pero se toma su tiempo. «Quién se ha comido todos los pasteles…», empiezo a canturrear, pero Mister Mamón Tranqui Lennox se niega a sumarse. ¿Estará por encima y más allá de eso? No lo creo.

«Pero luego un par de pintas, ¿eh, Ray? Ni de coña voy a volver a ese sitio esta tarde, eso seguro.»

Ray me mira como si yo estuviera ido de la cabeza. «Te olvidas de algo. La fiesta sorpresa de Gus.»

Claro. Cómo he podido olvidarlo. Me pongo a pensar que también puede que haya sorpresas para Mister Ray Bobochorra Lennox.

FIESTA SORPRESA

Ha sido buena idea prepararle una pequeña fiesta sorpresa a Gus, puesto que es el cincuenta y cinco cumpleaños del vejestorio. La Navidad está casi al caer, así que cualquier excusa es buena para embolingarse. Pero Gus: tendría que estar pensando en la jubilación anticipada, no en putos ascensos, joder. Vaya un viejo subnormal, estropeando las cosas para todos los demás. O *tratando* de estropear las cosas. Piénsalo de nuevo, viejo.

Sin embargo, hemos entrado algunas latas y botellas, y hay una multitud considerable. Sí, incluso Drummond está aquí: una copa de vino, y después grandes aspavientos ante todo dios sobre la necesidad de volver al trabajo. Ni dios le hace puñetero caso sin embargo, aunque el ambiente se anima cuando se marcha. Ésa necesita un polvo de mala manera, para la tranquilidad de espíritu de todos los demás aparte de la suya. De todos modos, a mí me interesan más los chochetes *de verdad*. Ese gran cacho, la Reina de los Paquetes, anda por ahí. Lennox está haciéndole la pelota sin llegar a ninguna parte. Hace la pelota pero no piensa. Yo sí. Hicimos una apuesta de cincuenta libras sobre quién sería el primero en metérsela a la Reina de los Paquetes, y esa pasta va a ir a parar al cofre de los Robertson. Y no bromeo. Tengo cuidado con lo que bebo y aguardo el momento propicio hasta que todo dios va bolinga perdido. Entonces voy orientando el tema de la conversación hacia la talla de un caballero, observando cómo Lennox se pone nervioso y trata de cambiar de tema.

«Me acuerdo de que en *Oz*[64], en el Departamento de Policía de Nueva Gales del Sur», prosigo, «solíamos jugar a un juego de sociedad… en nuestra comisaría de College Street. Los *aussies…*, bueno, pueden ser un poco subidillos de tono.»

«Ah, sí, ¿cómo era?», pregunta Karen Fulton. La muy guarra está cachonda. Ya se sabe. Últimamente se ha vuelto un poco presumida, pero el alcohol y la atmósfera festiva son exactamente lo que hace falta para devolver a una guarra al redil. Sencillamente no lo pueden remediar.

«Quizá no debería decirlo, Karen, cariño. Nuestros primos coloniales… pueden ser más bien ordinarios.»

«¡Venga! Escupe», insiste Fulton.

«Esto suena interesante», ronronea la Reina de los Paquetes.

«Venga, Bruce, no empieces con algo que luego no puedas terminar», dice el bocazas de Lennox, enarcando una ceja, benditamente ajeno al hecho de estar firmando su sentencia de muerte.

«Bueno…, vale…, pues consistía en que los tíos iban por turno al cuarto de las fotocopiadoras y se hacían una fotocopia del aparato. Entonces escribían su nombre al dorso y la metían en un sobre. Una vez que todo el mundo estaba listo entonces alguien las ponía en el tablón de anuncios con chinchetas.»

«¡No digas bobadas, Bruce!», se mofa Lennox, pero, para vergüenza suya, todos los demás parecen encantados. Miro a ese putón, la Reina de los Paquetes, que tiene los ojos como platos.

«Nah, pero escucha», continúo, «entonces las chicas intentaban emparejar la polla con el tío.»

«¡Hagámoslo!», ruge la Reina de los Paquetes. Veo a Lennox con expresión afligida, pero no hay nada que pueda hacer. Hasta el viejo Gus está por la labor. Peter Inglis se apunta el primero, el puto bicho. Las mariconas son las mayores reinas de paquetes de todas y a un sujeto reprimido, inepto y de tapadillo como él, se le debe de caer la baba ante la perspectiva de inspeccionar tanta carne. Sí, Inglis, ya te sacaré yo del armario, cacho cabrón. Puede que algún capullo de militante proigualdad de oportunidades tenga la idea de convertir el cuerpo en un bastión de la bujarronería, pero aquí los viejos valores se resisten a morir, sobre todo en la hermandad. Ya se enterará, ya.

Inglis sale con una hoja de papel dentro de un sobre. Le entrega el sobre a Ralph Considine, que no es más que un tarado de uniforme y por lo tanto no debería estar aquí, para empezar, y él entra y hace lo propio, entregándole el sobre a Gus. Hay alaridos y gritos de ánimo por parte de todo el mundo, salvo de un indeciso Lennox, cuando entra el viejo Gus. Después es Lennox el que desaparece a regañadientes, intentando echarle valor. Yo soy el siguiente, pero cuando pongo el aparato sobre la placa de cristal, limpiándola primero después de que el resto de esos capullos la hayan tenido ahí puesta, le doy al botón de ampliación a tope y retiro la copia antes de volver a dejarlo en su posición normal. Pongo el nombre detrás de mi pito aumentado. Afortunadamente, el sarpullido no parece demasiado evidente gracias a la imagen en blanco y negro y la calidad del papel.

Salgo con el sobre. Clell y algún tarado que ha trabajado con Gus hacen lo propio, y ya estamos listos.

El juego resulta interesante. Una de esas vacas descaradas me adjudica lo que es obviamente el organillo de Lennox. Sí, ya. Finalmente se da la vuelta a todas y se colocan en orden descendente:

BRUCE

GUS

ALAN

ANDY

PETER

RALPH

STEVE RAY

PHILLIP

Resulta que el viejo Gus la tiene casi tan grande como la mía ampliada. ¡No me extraña que el taimado viejo cabrón tuviera tantas ganas de probar suerte! Lo más impresionante de todo ha sido que alguien la tenía más pequeña que Lennox, un tarado de uniforme llamado Phillip Watson. ¡A mí eso se me habría antojado imposible como no fuera que tuviera coño!

Tras la revelación, todo el mundo me dedica mogollón de atención. Capto la flirteante mirada de la Reina de los Paquetes. A medida que pasan el tiempo y la bebida, pierde el culo por mí, y Lennox está mosqueado que te cagas, la rata de cara larga. Yo me lo hago de tranqui: lo bastante coqueto para mantener a la guarra caliente, haciéndola sufrir, siempre es la mejor manera. Estoy haciéndomelo de James Bond, disparando finos dobles sentidos a derecha, izquierda y al centro, uno o dos de ellos en plan cañonazos de advertencia para un tal Mister Raymond Lennox. Las reglas son las mismas.

No pienso decirle una puta mierda a esta gran puta rubia. Quiero que la Reina de los Paquetes se baje del burro, quiero que *ella* me haga proposiciones *a mí*. Cosa que, después de un rato y más bebida, hace. Se me acerca sigilosamente y anuncia en plan vampiresa: «El vencedor se merece un premio. Vamonos allí dentro…», y se larga y yo la sigo a una distancia discreta hasta el cuarto de la fotocopiadora, guiñándole un ojo a Lennox cuando desaparezco. Ella se apoya contra la mesa y yo ni siquiera la beso. Le levanto la falda y le bajo las bragas. «Métemela», dice, «métemela ya», cerrando los ojos.

Yo empujo y observo a la Reina de los Paquetes menearse y encabritarse con una expresión cada vez más perpleja en la cara. Ella está haciendo todo el trabajo y eso me viene a mí perfectamente. Después de un rato vacío la tubería y la dejo ahí preguntándose qué ha pasado.

Recojo las cincuenta libras que me debe Lennox y después me voy a casa más volado que una puta cometa. Incluso el corto trayecto en coche vuelve a empinármela. Es el ritmo del tráfico y el calor del coche, además del contenido lírico del elepé de los Motley Crüe *Girls Girls Girls* en el estéreo, donde hay más

referencias a chochetes calientes de las que habría en un periódico holandés si alguien le hubiese pegado fuego al barrio chino en Amsterdam.

Cuando llego a casa hay un par de cartas. Una es un recibo del gas, la otra tiene remite de Chelmsford y es de Tony y Diana. Siento que se me remueve la polla y pienso en el viaje de setecientos kilómetros en coche hasta Chelmsford. Podría hacerlo de noche a base de farlopa, follar hasta reventar durante un par de horas, y después volver derechito a casa. Sí. Ignoro el recibo del gas, ignoro todas esas. Carole se encarga de esa mierda, y yo ya tengo bastante papeleo de mierda en el curro, hostia puta. Abro ansiosamente la carta de Chelmsford.

14 de diciembre de 1997

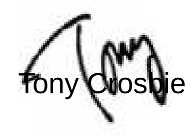
Querido Bruce:

Espero que te vaya todo bien. Te escribimos para decirte que no nos parece buena idea que el mes que viene te reúnas con nosotros y con Laurence e Yvonne. Siento que tú y Carole estéis pasando por momentos difíciles, pero no creo que fuera correcto que tú estuvieses con nosotros sin ella.

Hemos pasado algunos ratos estupendos juntos, pero creo que cualquier período de experimentación requiere un poco de tiempo para reflexionar. Eso es lo que Diana y yo estamos acometiendo en la actualidad.

Espero que tú y Carole resolváis vuestros problemas satisfactoriamente.

Con mis mejores deseos,



Tony, el puto gilipollas. Siento que me recorre un espasmo de odio mientras mi polla pierde simultáneamente su energía. El puto blandengue de Tony: profesor de bellas artes en el Instituto Chelmer o como lo llamen. Con todo aquel folleteo frenético en curso y él haciendo remilgos como un vegetariano en un matadero. Y Carole cagándose también, haciéndole nerviosa una manola. No tienen el temperamento de las grandes ocasiones. Pero la Diana, ésa sí. Hostia puta, no me habría importado hacer unos cuantos asaltos más con ese putón.

Me planteo llamar por teléfono a Geoff Nicholson, de la policía de Essex, y contarle lo de este sórdido clubecillo. Incondicional de la hermandad, Geoff. A punto estoy de coger el auricular cuando llaman a la puerta y es Tom Stronach, su cabello ondulado lleno de mechones encrespados. Va vestido con una sudadera gris Russell Athletic y unos pantalones de chándal grises. Parece bastante abatido.

«Tom…, ¿qué tal?», pregunto con fingida preocupación.

«Estoy hecho polvo que te cagas, Bruce. Mil doscientos trece clientes. Le di doce años de leales servicios a ese puto club.»

«Ya veo. Yo pensaba que el aforo fue de más o menos dos mil.»

«Nah, el *Evening News* lo infló un poquito.»

«Pues yo estuve allí», mentí. Ni de coña. ¿Frente a un equipo de reserva del condado de Derby en un martes que caían chuzos de punta a falta de sólo ocho días

para hacer las compras hasta la movida?

Tom sacude la cabeza, y después se le alegra un poco la cara: «Eso sí, recibí una nota agradable de Kenny Dalglish.»

«Estoy seguro de que habría estado allí si hubiera podido», digo, encogiéndome de hombros. «A los tíos como él los tienen muy solicitados. Es una mala época del año.»

«Sí, ya lo creo», confiesa Tom. «De todas formas, Bruce, tengo un par de entradas para ti para el Almuerzo del Deportista, para mi homenaje y tal. Lo vamos a celebrar durante la tregua que hay entre Navidad y Año Nuevo. ¡Cualquier excusa para que siga la fiesta!»

«Por su sitio, Tom», digo yo, apoderándome de los billetes estampados en relieve y el folleto a la vez. Veo instantáneamente que ha sido un error, el hijo de puta me la ha metido doblada. El billete dice:

QUEDA USTED INVITADO COMO PERSONAJE VIP A EL
ALMUERZO DEL DEPORTISTA EN HOMENAJE A
TOM STRONACH

en el Hotel Sheraton, Lothian Road, Edimburgo
el lunes, día 28 de diciembre de 1997
Ropa informal

Donativo de 60 libras de todos los portadores de entradas
al Fondo de Homenaje a Tom Stronach.

Donativo. Sesenta machacantes. ¡Ese hijoputa de Stronach me la ha metido! No digo nada, pero el cabrón entra directamente. Tendría que haberlo supuesto. Es famoso por ello. En el *Evening News* siempre hay informes de maniobras poco limpias, histrionismo y situaciones estancadas cuando toca renovar su contrato. El hijo de puta no es torpe cuando de pasta se trata. «Siento no poder dártelas gratis, Bruce, pero sería contraproducente, ya me entiendes.»

«Mmm, cierto, Tom», carraspeo, «ahora mismo voy a por mi talonario de cheques.»

Cabrón.

Estoy rellenando un cheque y él venga a parlotearme al oído. «Puede que Graeme Souness sea uno de los oradores después de la cena. También espero que esta vez pueda venir Kenny. Y está confirmado que Rodney Dolacre subirá. Es un gran orador.»

«Mmm… Rodney Dolacre, exmiembro de la selección inglesa. He oído que gana algo de dinero por el circuito. Ha hecho alguna cosa con Besty, Marshy y

Greavesy.»[65]

«Sí, fue muy amable interesándose.»

Ni de coña van a venir Dalglish, Souness o Dolacre a la cena de homenaje de este gilipollas.

Stronach pierde poco tiempo en ponerse el manto de la arrogancia que caracteriza a la mayoría de futbolistas cuando les va bien. «Si quieres alguna entrada más, Bruce, pégame un grito. Eso sí, no quiero decir que pueda conseguirlas, pero ya sabes, tratándose de ti y tal… »

«Lo tendré en cuenta», salto bruscamente, entregándole un cheque que equivale a doce mamadas de una puta de Leith. Hijo de puta.

El cabrón se marcha con una sonrisa en la cara. Está satisfecho que te cagas consigo mismo porque se piensa que le ha metido una a Bruce Robertson. Pues menuda sorpresa te espera, mi querido y mongólico amigo futbolero de pocas luces, porque las noticias que tenemos para ti son que las reglas son las mismas.

Esa misma noche pero más tarde viene Chrissie. Se oye el chasquido de los visillos de Stronach, pero él juega esta noche, así que será esa puta entrometida y aventurera con la que se casó. Hago pasar a Chrissie y empezamos a cortarnos el gas el uno al otro. A esta puta empieza a dársele bien, a ella, a la que al principio no le enrollaba nada.

«Aprieta más, Bruce…, aprieta más», gime, y siento estrecharse mi propia tráquea algunos centímetros cuando ella aprieta su cinturón.

Me resulta difícil mantener el entusiasmo. No dejo de pensar en mis rivales en la carrera por el ascenso.

GUS BAIN
PETER INGLIS
JOHN ARNOTT

Que os jodan a todos, plebeyos…

«¡Fóllame más fuerte, Bruce! ¡Fóllame más fuerte!», suplica Chrissie.

Que os jodan a todos…

Ahí está la foto escolar de Stacey, sobre el aparador. No puedo mirarla, quisiera haberla vuelto para otro lado o haberla guardado en el cajón. Nos está mirando…

Stacey nos está mirando a mí y a esta guarra…

… esto no es…

Soy un hombre bueno…, ella lo dijo…, la mujer, su esposa…, traté de insuflarle vida de nuevo al tío…

Bombear.

Como estoy bombeando a esta zorra…

Bombear.

«Oh, Bruce…, venga…, oh… oh… ay Dios… oh… oh… oh… ooohhhhh… »

Y sigo bombeando, pero cuanto más le das a esta puta, más aguanta. Estoy esforzándome que te cagas de verdad y es un alivio cuando el aire se llena con ese chillido horroroso en señal de que está llegando y siento aflojarse el cinturón alrededor de mi cuello y giro hábilmente las caderas y empiezo a disparar mi semen a puerta.

«Hostia puta, Chrissie…», jadeo mientras mis eyaculaciones se disipan como el pulso de un hombre moribundo y mis golpes de cadera van apaciguándose hasta llegar a la inmovilidad.

Me derrumbo sobre ella, me quito de encima y sobamos un rato. Yo me despierto el primero y compruebo los daños.

Los capilares de mis párpados han estallado y tengo una abultada marca en el cuello. Soy un agente profesional del mantenimiento de la ley. Tengo que tratar con el público. No puedo andar por ahí con este aspecto a causa de esa zorra egoísta. Ahora que se avecina una junta de ascensos, no.

«Ha sido magnífico», dice ella estirándose lánguidamente antes de levantarse y vestirse. «Escucha, Bruce…», dice mientras se pone con destreza la ropa interior y después la falda y la blusa. «Sé que tenemos que hablar sobre la clase de compromiso que queremos tener el uno con el otro, pero no veo que haya necesidad de andar con prisas.»

«Eso me parece bastante sensato», digo yo. Está elegante. Ha aumentado un poco de peso, se ha teñido el pelo. Sus movimientos tienen más confianza y más gracia.

«Quiero decir, no creo que salir de una relación y meterse directamente en otra sea algo muy sensato», sonríe, echando hacia atrás su cabello rubio y cepillándoselo. «Mantengamos las cosas sobre esta base hasta que descubramos cuáles son nuestros verdaderos sentimientos.»

«No podría estar más de acuerdo. Antes de que te cases, mira lo que haces», le suelto yo. Tiene un polvete, ya lo creo. «¿Por qué no te quedas un rato, papeas algo y a lo mejor luego nos divertimos un poco más?» Me acerco al aparador y coloco la foto de Stacey en el primer cajón.

«Me encantaría, Brucey, pero he de ver a alguien.»

«Ah», digo yo.

«Ya nos veremos, Brucey, nene», dice echándose el bolso sobre el hombro. Se vuelve hacia mí, me hace un guiño me besa en la frente y me dice a continuación con

acento americano: «Me alegro de que estemos en el mismo parking, cariño», y después coge la puta puerta.

«Vale… »

Se ha ido.

Joder.

Cree que puede marcharse así tal cual después de tratar de joderme el ascenso. ¿Quién se habrá creído este desastre que es? ¡Jamás reemplazaría a Carole! ¡Ella nunca!

¡No es más que un polvo de poli barato!

Se ha dejado el pintalabios. Su rojo, rojo pintalabios.

Más Carole

Tengo que reconocerlo, fue un error dejar Australia. Allí fue donde Bruce y yo vivimos nuestros momentos más felices. Es sólo que fuimos para estar con mi madre y cuando murió mi padre, ella quiso volver. No parecía haber razón alguna para quedarse allí porque Stacey sólo era un bebé y aún no iba al colegio. Sé que fui egoísta y que en realidad no tuve en cuenta la carrera de Bruce. Le iba tan bien con la policía de Sydney. Creo que es diabólico que tuviera que volver a Escocia con menos rango del que tenía en Australia.

Tengo ganas de volver a ver a Bruce, para que estemos juntos otra vez, como una familia; yo, Bruce y nuestra pequeña Stacey. Tiene que asumir el mal que ha hecho y el daño que le ha causado a todo el mundo con sus bobas mentirijillas. A menudo me siento culpable, siento que tendría que haberla educado mejor, haberle enseñado la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. Pero en realidad es una buena chica y es importante que sepa que Bruce y yo la perdonamos.

Todas las familias pasan por este tipo de traumas y es importante no darles a estas cosas más importancia de la que tienen. Hacerse mayor en los tiempos que corren ya es lo suficientemente complicado.

Vuelvo a estar en el bar. Hay dos hombres mirándome. Uno de ellos dice algo que no capto, pero la hostilidad es inconfundible.

¿Por qué será que una mujer no puede beber sola?

Me deseáis, pero no seré vuestra. Mi nombre es Robertson. Adopté el apellido de mi hombre. Soy suya.

Si él estuviera aquí ahora, os haría callar, haría callar vuestros rostros impúdicos y despectivos. Jamás seríais capaces de hacer frente a mi Bruce. No sois lo bastante hombres.

Solitarias. Eso no me hace feliz. He estado leyendo más sobre ellas en la biblioteca. Además hay una periquita trabajando allí que está bien. Cuando me aburro de mirar los libros, la miro a ella. He pasado allí la mayor parte de la mañana tras otra noche sin dormir. Pero pronto llegará el momento de trasladarse a la oficina, pues sábado es igual a horas extra a manta. Como era de esperar, está abarrotado. Lennox también está. Nos ponemos de acuerdo en barajar papeles durante una hora y después largarnos.

Es estupendo andar por ahí en coche. Voy bien abrigado y las calles están más despejadas. Es evidente que Lennox se encuentra incómodo, temblando bajo una inapropiada chaqueta de ante.

«Vestido para el mal tiempo, eh, Ray», me río.

«Las putas dietas para ropa de paisano apestan.»

Capullo protesten. Si no se gastara todo el dinero en ropa de diseño, podría invertir las dietas en unos trapos más prácticos. Se cree que el ciudadano que paga sus impuestos no tiene nada mejor que hacer que subvencionarle para desfilar por una pasarela imaginaria mientras hace ver que es poli.

A medida que progresa nuestro viaje, queda cada vez más claro que Lennox está jugando con las cartas bien cerca del pecho. El caso es que soy consciente de eso. Lennox es de segunda división. Existen una serie de reglas pertinentes y se trata de reglas de las que la ralea de los Ray Lennox sólo puede tener un conocimiento rudimentario, en tanto que los Bruce Robertson de este mundo nos salimos por otra tangente.

Y no bromeamos.

«A lo mejor paramos en el Fish Factory, ¿eh, Ray?»

«Vale», dice Lennox.

Giro por Junction Street para meterme en Ferry Road. «Shirley», medito, «mi cuñada. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos la follamos los dos?»

«Sí», dice Lennox con inquietud.

Mr. Lennox Follador de Pro, ¡ja! Este chavalín atontado no podía satisfacer a aquel chocho. Quedó en evidencia como inepto. Ella me la está chupando y Lennox se la mete por detrás y ella reculando contra él y, después de un rato, ella empieza: «Cambiad de lado…, Bruce… fólla(0000000 *come, Bruce, come*) Lennox se saca el palillo de la boc(*cómetelo todo* 000000 *te dijeron*)parta, a la vez que con los labio (

que estaba bueno 000000000000)mbro fláccido de Lennox. (0000000000 *tenían razón* 0000000)

«La puta de(00000 *tú no les creíste entonces*)

Lennox sonr(000000 *pero tenían razón así que*) Robbo.

No eres ningú(*come*, 00000, *cómetelo todo*)mond.

El Fish Factory es el nombre que le damos a un burdel de Leith que opera como sauna, ¿o es una sauna de Leith que opera como burdel? No importa. La vieja Maisie, la madame más experimentada de la ciudad, está allí, y la tetera está puesta.

Suelo apretarle las tuercas a Maisie tan a menudo que la exputa difícilmente puede alegrarse de verme, pero una buena puta (y Maisie fue una de las mejores) es siempre una espléndida actriz, así que nos recibe con la alfombra roja. Ahí está lo hermoso de ser poli: en realidad no importa si todo el mundo te odia o no, siempre y cuando se muestren corteses en tu presencia y sepan guardar las apariencias. Sólo se puede vivir en el mundo que se conoce. Lo demás son deseos piadosos o paranoia. «Bruce, querido», afirma Maisie (correctamente), con un besito en la mejilla para un servidor de ustedes.

«Bueno, Maisie, ¿cómo va?», indago, volviendo a tumbarme en el sofá y colocándome las manos detrás de la cabeza. Me llega un tufillo de los sobacos y casi los bajo aterrorizado. A la mierda. Que se jodan y huelan a Bruce Robertson. Maisie no se da por enterada. Una puta tiene que aprender a convivir con olores desagradables. Maisie ya va teniendo años, pero sigue siendo guapa; al estilo matrona corpulenta con vestido estampado.

«No va mal, Bruce, no va mal. Ha entrado una chica nueva; una chica de Aberdeen. ¿Quieres echarle un vistazo?»

«A lo mejor luego, Maisie», sonrío, guiñándole lentamente un ojo.

Vuelve la vista hacia Lennox. «¿Tu joven amigo quizá?»

Lennox se ruboriza alrededor de los ojos. Sonríe estoicamente.

Me doy cuenta y me vuelvo hacia él: «Te diré una cosa, Ray, Maisie te enseñaría cosas que tu madre no podría. Ha olvidado más cosas de las que tú probablemente aprendas jamás. No dejo de intentar inducirla a que salga del retiro, pero no quiere saber nada.»

Maisie se ríe y sacude la cabeza mientras parece que Ray sigue incómodo. Me inclino hacia delante y saco un bolígrafo de mi bolsillo superior y empiezo a dar golpecitos en la mesa con sobre de vidrio. «¿Ni siquiera por un trozo de carne fresca y joven como el sargento Raymond Lennox, Maisie?»

Ella le dedica a Ray, que ahora parece estar pasándolo fatal, un rápido repaso. «Lo siento, cariño, ahora sólo lo hago por amor, no por dinero. Eso se lo dejo a las jóvenes. En la actualidad soy mujer de un solo hombre.»

«Ray está adquiriendo cierta reputación como semental en el cuerpo», sonrío, frunciendo los labios, haciendo asomar y esconderse lánguidamente la punta del bolígrafo de la bola que he hecho con el puño.

«¿Ah, sí?», dice Maisie sonriendo impúdicamente.

Eso pone en su sitio a Mister Lennox. Y aún no he terminado. «Uy sí, así que si alguna vez te convencen para volver al oficio, éste es tu hombre: sin duda. Me dicen que es el mejor.»

Maisie sabe que puede que tenga que tratar con los chicos jóvenes y emprendedores del cuerpo como Ray Lennox, así que de nada sirve humillarle. Pasa de lo particular a lo general, en un esfuerzo evidente por ahorrarle rubores a Lennox. «Te diré una cosa, Bruce», dice Maisie con aire confidencial, «si se pudieran medir todos los centímetros de polla que me he metido trabajando y los juntaran todos, ¡se podría llegar a la luna y volver!»

Por supuesto, yo estoy más que dispuesto a jugar a esto y que me jodan si ese tarado de Lennox se va a librar hasta que a mí me venga bien que así sea. «Pues bueno, Maisie, si querías ponerle los labios encima al más dulce pedazo de carne escocesa de primera», me beso la punta de los dedos y, cerrando los ojos en un gesto de exquisitez, señalo con el pulgar a Ray, «aquí el sargento Lennox es tu hombre.»

«Como decía, Bruce, para mí esos días ya pasaron, pero si no fuera así, con un chico tan bien parecido sería mezclar los negocios con el placer, te lo aseguro.» Se relame ante Lennox, que parece como si su puta alma acabase de estallar.

Sí, Lennox, ya te enterarás. Para ahorrarle ulteriores humillaciones, Maisie se pone a contar una historia relativa a uno de los padres de nuestra ciudad. «Hubo un Lord Provost[66], esto fue muy anterior a tus tiempos, hijo», dice señalando a Ray con la cabeza y después se vuelve hacia mí: «¿Tú te acordarás de él, Bruce?»

«Uy sí…, pero sólo de su reputación, Maisie. ¡Tan viejo no soy!»

«No he querido decir eso, no eres más que un chaval, por Dios», sonríe con esos labios de culo de gato, que han perdido la humedad hasta quedar chupados tan cierto como que ellos han chupado el semen de millones de parroquianos de aquí y de ultramar. «Nah, estoy hablando de Provost…, bueno, sería incorrecto dar nombres. Pero este Provost era muy conocido entre las chicas locales por querer consumar sus relaciones vistiendo el traje ceremonial y las cadenas de la Ciudad de Edimburgo.»

«Corría el rumor», interpongo yo, «que de lo contrario no se le levantaba.»

«Eso es cierto, Bruce, hijo, y lo sé de muy buena tinta. Me lo dijo él mismo, dijo: Maisie, mi mujer no me comprende. No le gusta que ande por casa con el traje ceremonial. El caso es, Bruce, Raymond, que ella no le permitía que lo hicieran si lo llevaba puesto. Pero ya sabes el aspecto que tenía el Provost: un hombrecillo de lo más vulgar. Nadie le reconocía sin el traje, toda su identidad y su sensación de poder provenían de ese traje. Un día la administración de la oficina del Provost mandó el traje al tinte. El Provost tuvo que llevar a cabo sus obligaciones en traje y corbata. El caso es que todos los jueves por la noche el pobre hombrecillo tenía reserva hecha aquí para una pequeña sesión con un par de chicas. Al Provost le ponía nervioso tener que cumplir sin su traje ceremonial, así que se tomó unos chupitos para armarse de valor.»

«Como suele hacerse», sonrío afectadamente.

«Pues bien», continúa Maisie, captando la indirecta y rellenándome la copa, «el Provost se puso borracho de verdad. Cuando vino aquí se quitó toda la ropa y se negó a marcharse o a volver a ponérsela hasta tener su traje. Gritaba: ¡Soy el Lord Provost de la Ciudad de Edimburgo y haré que cierren esta inmunda casa de libertinaje! ¡Se le oía por todo Leith! Lo único que iba a satisfacer al Provost era recobrar su traje, que estaba en Pullars of Perth, en la sucursal del South Side, que en aquel entonces eran los tintoreros de la oficina del Provost. Teníamos el número de teléfono del principal aliado político del Provost, el presidente del departamento de la vivienda. Él se puso en contacto con el jefe de policía, que hizo un trato con Alee Connolly, que en esos momentos estaba bajo custodia policial, acusado de embriaguez y alteración del orden público.»

«Busquen a Alee», sonrío yo. «Todavía anda por ahí. Fue uno de los mejores allanadores de moradas antes de que el bebercio pudiese con él y se echara a perder. Pasó bastantes años trabajando para el GPO[67] después de aquello, ¡antes de que la bebida le impidiese cumplir hasta con esas obligaciones!»

«Sí, es un hombre terrible, Alee», dice Maisie con cierto afecto. «Bueno», continúa, «dijeron que no presentarían cargos contra Alee si entraba en Pullars of Perth y recuperaba el traje. Así que Alee dijo: Vale, ningún problema. El caso es, y tú ya conoces a Alee, Bruce», y asiento con una sonrisa, «estaba huido, ésa era la razón por la que estaba bajo custodia para empezar. Así que Alee se cuela en la tienda mientras el Provost sigue aquí abajo y venga a gritar: ¡Quiero mi traje! ¡Si no me traéis el traje haré que cierren este sitio! Y acordaos, lo que decía lo hacía. Entonces entró en la cocina y cogió un cuchillo. Las chicas estaban aterradas, pero cogió su propia ropa y empezó a hacerla trizas. ¡Soy el Lord Provost! ¡Llevo la ropa que corresponde a mi cargo! ¡No llevo esta puta mierda! No hacía más que gritar. Bueno, desde luego que Alee había conseguido entrar, pero algo salió mal. O se equivocó de paquete o estaba etiquetado de forma poco clara y cogió la bolsa donde creía que ponía Oficina del Lord Provost. Mientras tanto, emborrachamos al Provost de tal manera que perdió el conocimiento. Cuando Alee llegó aquí con el paquete, nos encontramos conque dentro no había más que un abrigo de piel de señora. Al parecer habían llevado el traje del Provost a la oficina principal de Perth para un tratamiento especializado. Así que vestimos al Provost con aquel abrigo y le metimos en un taxi para mandarlo a casa», sonreía afectadamente Maisie.

Le doy un empujón con el codo a Lennox: «Espera a oír esto, Ray.»

«Bueno, pues al taxista, sin que nosotras lo supiéramos, acababa de quitarle la recaudación una cuadrilla de chavales que iban hacia Niddrie. No estaba de humor para descubrir que al llegar a la dirección del Provost, en la parte de atrás de su coche sólo había un hombre inconsciente y desnudo vestido con un abrigo de pieles y sin dinero.»

«¿Qué hizo?», pregunta Ray.

Maisie toma un vigorizante sorbo de whisky. «El taxista pensó: Se va a enterar este cochino caradura. Vuelve al centro y sube a Calton Hill. Saca al Provost inconsciente del coche y le deja tendido en el monumento, el grande de los pilares que está a medio acabar, el que llaman la vergüenza de Edimburgo. Un poco más tarde apareció un coche patrulla y encontró a un grupo de esos jóvenes raritos que solían andar por allí arriba haciendo fila detrás del Provost.»

A Ray se le ensanchan los ojos.

«El Provost…, bueno, llamémosle el Provost X, era muy conocido por su hostilidad hacia la comunidad gay», explico yo. «Había denegado el permiso para que abrieran un centro de acogida. Dijo que se convertiría en un semillero de sodomitas. De todas formas el Provost fue hallado por ese coche patrulla un poco más tarde. Las jóvenes reinonas salieron pitando. No apareció en la prensa, pero los rumores circulaban por todas partes. Como decías, Maisie, ese monumento había sido conocido durante mucho tiempo como la vergüenza de Edimburgo, pero el nombre había caído en desuso. ¡Ese incidente contribuyó sin duda a popularizarlo otra vez!»

«Según los rumores el Provost dejó el whisky después de aquello», se desternilla Maisie, «¡decía que le dejaba el culo inflamado!»

Nos reímos durante un rato hasta que me harto y me detengo abruptamente, mirando fríamente a Maisie. «Esa chica nueva, Maisie. Creo que ahora estoy listo para echarle un vistazo. Me la presentas y a lo mejor concertamos una pequeña cita para esta noche.»

«Claro, Bruce, claro», dice Maisie, levantándose de la silla y marchándose.

«Vaya mujer Maisie, eh», sonríe Ray, «toda una personalidad.»

«Sí, ya. Así no es como funcionan las cosas con las mujeres, Ray», le alecciono con sabiduría. «Las mujeres son como los tetrabriks: lo importante no es lo que hay dentro, lo crucial es abrir las aletas esas. Nunca lo olvides», le digo.

La visita tiene aliciente. «Esta es Claire», dice Maisie, presentándome a esa muñequita.

La nueva puta de Maisie es un número de categoría que ha dejado al hijo de puta homicida de su chulo en Aberdeen y está de acuerdo en hacerle favores a la policía a fin de obtener cierto nivel de protección. Le echo una sola mirada a esta niña desamparada y me presento voluntario para ese empleo. Por supuesto que ella ni de coña la entusiasma, se limita a emplear a tope las habilidades dramáticas de las putas. Descifro ese código de inmediato y arreglo las cosas para que se pase por mi casa esta noche. Se trata de un planteamiento arriesgado por toda clase de razones pero si espero a que Carole entre en razón estaré esperando (00000000 *come* 0000000)na con algunas mujeres: todas(00000 *come para el Ego* 000)cosa.

Oigo un n(000 *come* 000 *consume para ser libre*)do que es hora de ir a Crawf(000 *come* 0000 *come* 00000)steles escoceses con patatas fritas, como sólo Crawford’s sabe prepararlos, en cantidad y rezumando grasa. En realidad no es más que harina, pero resuelve el tema.

Me apetece poner a prueba a Claire de Aberdeen esta noche, pero ya es hora de que Ray y yo estemos de vuelta en la oficina. Resulta oportuno dirigirse primero a la cantina, como siempre. Está ajetreado pero hay un ambiente extraño y miro y veo a Drummond sosteniendo una enorme tarjeta. Inmediatamente sé que algo anda mal a causa de las vibraciones silenciosas que me llegan. Ella parece destrozada, como si alguien le hubiese dado una noticia horrible. Me noto eufórico. Me dirijo hacia Dougie Gillman. «No sé si te habrás enterado», me dice, «pero Clell ha intentado matarse esta mañana. Se ha tirado del Dean Bridge.»

Esta noticia me provoca un rapto de emoción. Aún más emocionante que el intento de suicidio de Clell me resulta pensar que estuviera tan hundido en la miseria como para intentarlo, y que al haber fracasado lo único que ha logrado es humillarse mientras que el dolor seguirá ahí.

¿Cómo te hizo sentirte?

Intento tranquilizarme, convertir mis sentimientos en un pasmo horrorizado, pero no puedo ocultar el júbilo y en realidad no tengo que esforzarme demasiado pues Gillman se muestra más que cómplice. «¿Qué ha pasado?», carraspeo.

«Los árboles han frenado la caída, pero se ha hecho migas la cadera. Está en el Hospital Princess Margaret Rose. Le operan por la mañana. Un trasplante de cadera.»

«¿Eso es todo?», pregunto.

Amanda Drummond se ha colocado junto a mí con la enorme tarjeta firmada por todo el mundo. «Yo diría que con eso es suficiente», dice con frialdad.

«Por supuesto…, no es eso lo que he querido decir», protesto convincentemente, haciendo que quede un poco mezquina por insinuar que sí lo he hecho. «Déjame firmar esa tarjeta…, es que la impresión es tan fuerte…, apenas acababa de conseguir el traslado soñado a Tráfico…, no consigo digerirlo… »

«Por supuesto que sí…, lo siento», dice Drummond, «no he querido insinuar… »

«¿Hay una colecta?»

«Karen y yo estamos recogiendo los donativos», dice ella.

Eso me había parecido. Atendiendo a un disminuido psíquico mientras abandonáis vuestras obligaciones. Seguid arropando vegetales, sólo estamos tratando de resolver un caso de asesinato.

Rebuscando entre mis bolsillos encuentro un billete de diez libras arrugado que le entrego a Drummond. Conozco a una chica que te chuparía hasta la última gota de lefa de las pelotas por ese billete.

«Bruce…, ¿ya has hablado con Bob?»

«Toal», la corrijo. «Hoy no. ¿Por qué?»

«Ha dicho que te pusieras en contacto con él en cuanto entraras. En tu mesa hay una nota al respecto.»

«Subiré ahora mismo», le digo, marchándome.

Toal está tecleando su puto guión cinematográfico cuando entro, porque guarda subrepticiamente lo que tiene delante y cambia el programa a otra cosa. Intenta

hacérselo de tranqui, pero tiene un aspecto tan culpable como un Begbie en el almacén de un joyero. Me pide que le disculpe un minuto, la llamada de la madre naturaleza, dice. Mientras sale, yo me coloco detrás de su mesa. No hay nada en la pantalla, qué astuto el cabrón. Hay un juego de llaves en la cerradura del cajón superior de su mesa. Se trata evidentemente de las llaves de casa y del coche, así que la que está metida en la cerradura tiene que ser valiosa para que Toal la guarde con ésas. Me pongo la manga del jersey sobre el puño y hago girar la llave.

Dentro está lo que parece un grueso informe, sólo que no es un informe, es el borrador de un guión. Título de la primera página:

CIUDAD OSCURA: EL MISTERIO DE UN ASESINATO

Guión de Robert S. Toal

¿Quién cojones se habrá creído que es? ¿Cree que va a salir de este sitio, que va a aparecer Hollywood y va a decir: Sí, eres un poli escocés duro de mollera que no sabría coger un resfriado ni escribir su nombre, toma, aquí tienes un millón de libras para un puto guión de cine? Pondremos a Tom De los Huevos Cruise y a Nicholas De los Huevos Cage de estrellas y a Martin de los Huevos Scorsese de director…, sí, ya. Me entran ganas de hacer trizas la mierda de este cabrón, de tirarlo al fuego para mantenerme calentito estas Navidades, no sirve para otra cosa joder…

Al lado hay una llave. Parece idéntica a la de la cerradura. La cojo y cierro el cajón. Voy a hacerme con el guión de Toal y con sus disquetes. Tendría que joderlos todos ahora, y el capullo no podría decir una puta mierda al respecto. ¡Eso sería excelente! Pero la comisión de ascensos…, no, tendré que asegurarme su buena voluntad. No debe sospechar que soy yo el que lo está jodiendo. Atengámonos al principio rector de destruir sin hacerse enemigos declarados. El estilo corporativo.

Vuelvo a sentarme en mi asiento mientras Toal regresa. Me dice secamente que Mssss Drummond ya no es la agente al mando del caso. Este primo vuelve a estar en primera línea. Tengo emociones contradictorias al respecto. Es obvio que ha quedado en evidencia como la tonta del bote que es, pero a mí me supone más trabajo y estoy demasiado ocupado para ir por ahí en busca de unos putos tarados criminales. Me dice que quiere un informe acerca de los progresos sobre su mesa al final del día, para que sepa quién está trabajando en qué.

Puede metérselo por su crepado culo. Bajo las escaleras y les doy instrucciones a Drummond y a Gillman. Resulta agradable decirle a Drummond que habrá de supervisar el procedimiento oficinesco de seguir la pista del martillo. «Quiero que ampliéis la red de búsqueda del martillo, que incluyáis todos los B&Q y Texas de Escocia», sonrío.

Ella está a punto de decir algo pero se tranquiliza, mientras yo me embebo de su incomodidad antes de preguntar: «¿Es eso todo?» Le guiño el ojo a Dougie Gillman

mientras Miss Drummond ¡se escabulle de forma muy poco profesional!

Una vez leí algo de un capullo que decía que era mejor viajar con esperanzas que llegar y sólo de pensarlo me dan ganas de sacudirle en la cabeza al hijo de puta con una porra porque si eso es todo lo que cabe esperar entonces estamos jodidos pero bien. Me siento a rellenar tres A4 con el puto informe de Toal.

Después de dos caras y un párrafo, me voy a casa a poner un poco de orden. Eso significa que saco una bolsa de basura negra de debajo del fregadero y meto dentro toda la mierda acumulada. Antes de salir del cuarto de estar me hace falta otra. Normalmente jamás llegaría a tal extremo por una puta, es sólo que necesito que el garito tenga el aspecto apropiado para la escenificación. Saco la silla y el pupitre del garaje y bajo la tiza y la pizarra de juguete de Stacey de su dormitorio. Ya estoy listo. Pongo uno de los vídeos de Héctor el Granjero para ponerme a tono antes de que aparezca la *Roger Moore*.

La pequeña Claire es de lo mejor, ya lo creo. Muy buena, Maisie. Me ha costado siglos encontrar una chica que fuera ideal para todo esto. El caso es que conozco a la mayoría de las chicas por haber trabajado en la Brigada Antivicio. En Dock Street. Yo las cuidaba a ellas y ellas me cuidaban a mí. El mejor chulo que jamás han tenido esas putas. Ésta es especial, ya lo creo. Se ha encargado del tema como especifiqué: peluca corta con permanente, falda de tweed, jersey verde con broche. Perfecto. Igualita que Miss Hunter.

«Bruce Robertson, ven aquí», me ordena.

Esta puta tiene la expresión y la entonación correctas. Maisie le ha dado instrucciones excelentes. Nos vemos obligados a obedecer. ¿Nosotros? Yo. «Sí, señorita», digo en voz baja.

«Eres una vergüenza, Robertson», me dice. «El trocito de excremento humano más furtivo, malvado y vil que jamás ha pisado este planeta… »

«Supongo que sí», asiento. Somos una vergüenza. Todos nosotros.

Empiezo a mearme. La orina caliente me chorrea por el muslo, el eczema me escuece.

«… pero al mismo tiempo resulta paradójico que nunca haya conocido a un muchacho que me provoque un estado tan intenso de excitación sexual…, los labios de mi vagina tiemblan y se inflaman cuando entras en una habitación, Robertson…», jadea ella. Hostia puta. «¿Eres consciente de ello, Robertson? ¿Lo eres?»

«Supongo», le digo. Se me está poniendo dura. Muy dura.

«Te deseo, Bruce Robertson. Haces que el coño se me ponga mojado. Vas a ser mío, Bruce Robertson…», se acerca a mí y la tengo encima, empujándome contra el pupitre que compré hace poco, desabrochándome el cinturón y bajándome los pantalones empapados. Ella se levanta la falda y no lleva bragas, se empala contra mí y me folla lentamente diciéndome que he sido un chico muy malo por haberla

obligado a hacer esto y la cojo de las nalgas y llamo a la vieja y frígida puta todos los nombres habidos y por haber y esto es terapia en su forma más pura y simple y se levanta una neblina y aparecen manchas delante de mis ojos y la cabeza me da vueltas y la lección de hoy es: BRUCE ROBERTSON.

Me siento y me recompongo, encendiendo un cigarrillo. «Joder, eres excelente, Miss Hu…, eh, Claire.»

«¿Necesitas alguna otra cosa?», sonríe dulcemente, recogiendo sus cosas y arreglándose.

«Nah, ahora mismo no, gracias», reflexiono, pensando si se apuntará a un numerito del que hablamos Héctor el Granjero y yo hace algún tiempo. Merece la pena pensarlo.

Ella se marcha y yo me ducho y me cambio. La ropa sucia se está amontonando. Ya no me quedan demasiadas cosas limpias. Pronto tendré que hacer una colada.

Refrescado, decido salir para tomar una copa a altas horas en la logia. George Mackie, el entrenador de perros, está allí con aspecto ausente y solitario, en compañía de un tarado de uniforme cuyo nombre se me escapa. El pobre Dode parece estar bolinga perdido. Pido un whisky triple y una pinta de Guinness y me reúno con él y con la no persona.

Dode sigue llorando a moco tendido a aquel puto chucho que acabó tieso gracias a la incompetencia de Lennox. A medida que avanza la noche se vuelve cada vez más tedioso. Hasta el tarado de uniforme se larga. En determinado momento, los ojos de Gorgeous George se llenan de lágrimas.

«No es algo que se supere, Robbo… »

«El mejor amigo del hombre, vaya que sí, George», asiento yo, echándome al coleto otro Grouse doble.

«… ese perro era mi compañero. Ese perro…», dice mirando con cautela alrededor del bar, «… ese perro tenía corazón. ¡Ese perro era más policía que cualquier hombre que haya en este bar!»

«Seguro, George», digo yo.

Vete a por otra ronda, viejo tonto del culo.

«Era policía, ya lo creo. Policía de cabo a rabo. Yo quería a ese perro, y ese perro me quería a mí.»

«Era una relación», le digo con consideración. «Una relación plena y amorosa entre un hombre y un animal.»

George me mira con espanto y asombro. «No era así…, no era… »

«No, no, no…, no he querido decir…», le digo, «quiero decir…, supón que aterrizaran unos alienígenas. Alienígenas del espacio», intento explicarle. «Sólo verían dos especies de terrícola… Quiero decir que no verían al *Homo sapiens* y al can por así decirlo. Lo único que verían serían dos terrícolas…, es la relación…» Levanto mi vaso casi vacío con la esperanza de que este capullo lamentable pueda ver más allá de su egoísta pesar y irse hacia la barra: «¡Por los terrícolas!», brindo.

El levanta ligeramente su vaso y musita distraídamente no se qué bazofia que no capto.

Me levanto y me planteo ir a por la siguiente. Me decido en contra y abandono al miserable y viejo loco. Paro un taxi y estoy a punto de decir Colinton, pero noto en el bolsillo la llave del cajón de Toal entre la calderilla y me entra una ola de emoción y decido ir a Stockbridge. Está cerca, así que salgo y camino por las oscuras calles hacia nuestro cuartel general.

Todavía hay algunas luces encendidas, pero el sitio está casi desierto. Los limpiadores están dentro, pero están en nuestra planta. Tienen llaves que abren las puertas de todas las oficinas, de las que obtuve copia hace algunos años. Solía follarme a una de las oficinistas sobre la mesa después de cerrar. Maureen. Se casó y se marchó. No tenía mal polvo, era bastante osada.

Cojo las escaleras de atrás y salgo al pasillo de la planta de los archivos. Entro, abro el cajón y me llevo la copia impresa del manuscrito de Toal y la meto en mi carpeta de documentos. Después entro en el disco duro y borro el archivo: «DARK/wks» del C-drive, asegurándome de que es el correcto. Encuentro los discos del A-drive y tengo que buscar entre ellos para asegurarme de estar borrando los que corresponde. Ha hecho dos y les ha dado nombres diferentes de los del C-drive, «BOB/wks» y «CITY/wks». Reciben el mismo trato.

Dejo la llave de repuesto dentro del cajón y me largo. Oigo los aspiradores de los limpiadores y mientras paso escaleras abajo miro por la cristalera de la puerta de la oficina, estremeciéndome al ver a Inglis y Drummond. Esos capullos haciendo un turno de noche. Es evidente que están realizando los procedimientos oficinescos que conlleva localizar el martillo. Nunca descubrirán de dónde procede, los lamentables hijos de puta. Creo que también oigo la voz de Gillman.

Entonces el corazón me da un vuelco. Oigo a alguien subiendo por la escalera de atrás.

Me pongo a cuatro patas y empiezo a arrastrarme debajo de la sección de vidrio del tabique. Me encantaría escuchar para ver de qué habla este abigarrado equipo y mientras voy a gatas debajo del ventanal estoy seguro de que oigo a alguien decir «Robertson» pero si no me muevo quienquiera que esté subiendo por la escalera de atrás me encontrará aquí, de cuclillas en el pasillo. Tiemblo de emoción y voy casi bolinga perdido y la cuestión es salir sin que mi presencia sea detectada.

El ventanal se convierte en la pared, y rae levanto y bajo majestuosamente por el pasillo.

¡Joder!

Oigo voces aproximándose a mí, y un limpiador con una fregona y un cubo sube al primer piso detrás de mí. Me lanzo hacia las sombras y me vuelvo hacia las escaleras de la parte frontal. Desciendo sigilosamente, y entonces me escondo en uno de esos retretes que hay en el rellano del recodo de las escaleras para tranquilizarme. Después de temblar dentro del cubículo durante unos minutos, me asomo. No hay

moros en la costa. Salgo por la puerta. Gracias a Dios que aquí no tenemos seguridad.

No puedo creer en mi suerte a medida que el edificio se aleja y camino a buen paso hasta Stockbridge y luego hasta el centro, con los pies ligeros sobre la nieve dura y compacta. Me caigo una vez y me río, echado sobre el culo mientras vuelve a empezar a nevar, los hermosos y perfectos copos blancos. Me levanto y camino un rato, cantando bajo la nieve.

… *though we sometimes go down we kin ey go back up*[68]…

Se está levantando un viento entumecedor y después de un rato ya no puedo competir, así que paro un taxi para volver a Colinton. Dentro del taxi no puedo dejar de reírme. El conductor se vuelve y dice: «¡Te lo has pasado bien esta noche, colega!»

«Desde luego que sí», asiento yo.

Nos ponemos a hablar de fútbol y los Hearts y de cómo Stronach tendría que colgar las botas. Casi estoy tentado de darle propina, pero me lo pienso mejor, embebiéndome de la estoica desilusión manifiesta en su rostro mientras cuento la cantidad exacta.

NOCHE DE SEÑORAS

Domingo por la mañana y me hago con el *News of the Screws* y le echo un rápido vistazo a la tele del sábado noche que he grabado en vídeo, después de encender el fuego. Al menos he logrado que sigan enviando carbón. Esa es una de las cosas que sé hacer en mi casa: un fuego de verdad. Carole nunca ha sabido hacerlo, siempre me lo ha dejado a mí. He intentado lavar a mano un par de pantalones en el fregadero utilizando el jabón de fregar y los he colgado en un tendedero plegable delante del fuego para que se sequen.

La tele es una puta mierda como de costumbre, pero yo siempre he preferido trabajar de noche. En la caja tonta está el callo ese con tres chochos que están pidiendo que se las follen. Una de ellas tiene un parecido tan acusado con la periquita esa, Annalise, la que me follé en el apartadero antes de irme de vacaciones, que casi espero que tenga acento escocés. Resulta ser Lesley, de Londres. Las putas preguntas me tocan los huevos. Yo sé lo que emplearía para las preguntas de *Cita a ciegas*:

1. Si te pidiera que me hicieras una mamada, ¿lo harías?
2. ¿Te gusta que te la metan por el culo?
3. ¿Has comido alguna vez las heces infestadas de lombrices de un agente de policía de paisano mientras él te trabajaba con un vibrador?

Ésas son las verdaderas preguntas que este país quiere oír de una puta vez.

Es tan tedioso que le echo un vistazo al guión de Toal.

EXT. CALLE. NUEVA YORK. JUEVES POR LA NOCHE, 3 DE LA MADRUGADA

Un hombre solitario camina nervioso por una calle oscura, fría y desierta. De vez en cuando lanza una mirada furtiva hacia atrás, como si le preocupara que le estuvieran siguiendo. Se dirige hacia el puerto con las luces del puente de Brooklyn visibles ante él. Alguien grita y se vuelve. Mientras sucede esto, vemos en cámara lenta a un joven con una palanca corriendo hacia el…

¡Vete a tomar por culo, Toal! ¡Vaya montón de mierda! El cabrón no hace más que birlar cualquier puto caso que estemos resolviendo en estos momentos y situarlo en Nueva York. ¡Eso no es escribir guiones, joder!

Arranco la página del título y las dos siguientes y las echo al fuego que he encendido. ¡La última copia de la puta obra maestra de Toal y allá va! Decido ponerme a escribir en serio y pruebo suerte con el crucigrama del *News ofthe Screws*.

El crucigrama se vuelve más difícil cada día que pasa. Los anillos de Saturno…, los anillos de Urano…

Los anillos de ese puto teléfono[69].

Y descuelgo.

Siempre es un error contestar al teléfono cuando uno está en casa. Es una debilidad, una debilidad de policía: la curiosidad. Tenía que averiguar quién era y es el puto Toal. Eso quiere decir que tendré que tener cuidado con lo que ponga en la OTA 1-7. Me está metiendo caña. No está impresionado con el informe de dos páginas y media sobre los progresos de la investigación, claro que ¿cómo podría estarlo un prodigioso escritor como él? Así que se lanza a largar sobre el negrata apiolado, el tal Efan Wurie (para mí sí que es un *Ejfen Worry*[70]), sobre cómo el viejo del negrito envió una carta al ministro del Interior que le hinchó la cabeza al jefe de Policía, que se la hinchó a Niddrie, que se le hinchó a Toal y ahora él me la hincha a mí. Por eso ha sacado a Drummond de la posición de agente al cargo de la investigación: demasiados espadones haciendo ruido por todos lados para un peso pluma. Me dan ganas de preguntarle: ¿Pero qué hay de la sargento Amanda Drummond, qué hay de su papel fundamental en esta investigación? ¿Será posible que no haya demostrado ser una jefe de equipo lo bastante competente para que el ministro del Interior se dirigiese directamente a ella con tales asuntos? ¡Ja!

Pero no puedo hablar en mi favor. Toal. Me está agobiando, pero sólo porque él también está agobiado…

No puedo pensar en otra cosa que en el cráneo de ese tío, hundido, en la forma en que su cabeza cedió y en cómo no parecía una cabeza en absoluto, sino un bobo rostro de marioneta rota, en cómo cuando uno destruye algo, cuando uno brutaliza algo, siempre parece deformado y desfigurado y ligeramente irreal e inhumano y eso es lo que hace más fácil que uno siga brutalizándolo, siga jodiéndolo y dañándolo y machacándolo hasta destruirlo por completo, demostrando así que la destrucción es intrínseca al ser humano, que la naturaleza posee resortes que nos permiten destruir, que hacen que nos resulte fácil; una forma de hacer que la gente honrada que quiere actuar haga cosas sin miedo a las consecuencias, una forma de hacer que seamos algo menos que humanos mientras infringimos las leyes…

… pero ella se equivocó. Se equivocó haciendo eso; tratando de demostrarme algo. O al tratar de que yo le probara algo respecto de lo que siento por ella. Sin embargo, nunca la entregaré. Nunca. Pero estaba equivocada, no debió hacerlo, joder.

Toal ha dejado de largar. Está esperando una respuesta. Le cuento lo que he

escrito en el informe, que Dougie Gillman ha sido enviado a realizar la misión de enlace con el Foro por las Relaciones Comunitarias y a la querida y dulce Mandy Drummond se le ha encomendado la tarea de supervisar los procedimientos oficinescos de seguir la pista del martillo.

Nosotros, yo, por otra parte, estoy ocupado en la vigilancia activa del enemigo. El enemigo hooligan.

«Presiona a esos cabrones, aprieta a esos imbéciles cabritos fascistas», me dice Toal. Me pregunto si se habrá dado cuenta ya de la desaparición del manuscrito. Pobre Toalie.

Por supuesto, el enemigo es Toal. Eso está más claro que el agua. Nos vimos obligados a adaptarnos a este hombre, puesto que el enfrentamiento abierto hubiera levantado sus sospechas, pero nuestra estrategia de hallar discretamente sus debilidades y después minarle ha dado sus frutos. Debemos continuar dejando a un lado nuestra repugnancia por su persona para continuar lográndolo.

Hemos descuidado nuestras obligaciones. Otras cuestiones nos han quitado demasiado tiempo. Posesión por putas. Correr detrás de brujas. Contención. Control. Hemos de liberarnos. Tenemos que cor(0000000000000000000000000)

No hay desc(000 *Comer comer comer* 000000)mente. Gus ha puesto el archivo(*Fuera el mundo es hostil. No*)ntando mostrar algún interés, (*hay comida. Aquí, me rodea*)qué día de la semana es. El jo(*por todas partes. Comer comer*) jodidos nervios. Al menos Toal(*comer. Crecer, hacerme más*)ortero fue visto con Estelle, la q(*fuerte, más grueso, más largo.*) una cabalgadita En un jodido m(0000000 *Ahora el Anfitrión es*)cer un rato con la puta esa para (*consciente de mi presencia,*) poder disponer de su culo con t(*Comer comer comer. Pero aquí*)

Debería sali(*dentro hay otra presencia. Sí*) A coger una teta y ladrar. Llamo a(*estoy yo, debe haber más.*)hando saliva por la boca, ceband(*Más como yo. La conciencia de*)ble para Lennox, y Gillman, esa(*ello lleva algún tiempo*) próxima vez. El ordenador sólo (*desarrollándose. Ahora siento*) en él o si la información en él, y(*algo distinto a la*)ierdas tienen que introducir tod(*materia intestinal del*) añadir cualquier cosa, pero eso (*Anfitrión a mi alrededor.*) documentación.

Sólo soy una (*Puedo sentir a aquel al que*)en la rueda (*ahora habré de referirme*)

(*como el Otro. No estoy solo.*)
(*Mi alma gemela está aquí,*)
(00000000000000000)
(*Nos acoplamos el uno con*)
(*el otro en la más deliciosa*)
(*e íntima de las uniones,*)
(*ese intercambio químico entre*)
(*nuestros cuerpos como medio*)
(*de unión de las almas…,*)

(*fundirse…, hacerse uno con*)
(*nuestra identidad universal.*)
(*tanto mejor que el amargo y*)
(*solitario destino que creí era*)
(*el mío, esta fusión, aquí, en el*)
(*vasto túnel representado por*)
(*la tripa de mi Anfitrión,*)
(*nuestros dos organismos se*)
(*encuentran demasiado lejos en la*)
(*escala para que considere los tristes*)
(*y pequeños Egos que somos con*)
(*equidad alguna. No, lo que este buen*)
(*muchacho siente por nosotros es que*)
(*no somos otra cosa que una plaga*)
(*parásitos alimentándose de los biliosos*)
(*contenidos de su tripa. Estamos siendo*)
(*atacados. Además de con alimentos, se*)
(*nos bombardea con corrosivos productos*)
(*químicos. Pero amamos a nuestro*)
(*Anfitrión. Sí, así es. Pues hemos*)
(*de amarle. ¿Cómo podríamos no*)
(*amarle, más que a nuestros propios*)
(*y míseros Egos? Pues no le hago*)
(*mal alguno al muchacho con mi*)
(*insignificante vidilla, y sabe Dios que*)
(*no le desearía mal a ninguna criatura*)
(*viviente para salvar esa vida. El Otro*)
(*sin embargo, es diferente,*)
(*el otro entiende. Nos alimentamos el uno*)

La verda(*al otro a través de nuestros cuerpos,*) que ellos me vean de esta (*que respiran, devoran y excretan,*)se adentran en el interior (*entrelazados infinitésimalmente a*)nteriormente controlando (*través de los intestinos de nuestro*)re razonable pero cuando (*gloriosísimo Anfitrión* 0000000000) muerte es lo siguiente. To(0000000000000000000)iempo libre, jodidas gracias. (000000000000000000000000)

Entro en el despacho de Toal y parece destrozado. El caso es que no logro extraer placer alguno de ello. Algo no marcha. Conmigo. Me siento indispuesto. Tengo que frenar con la bebida. Me está matando, joder.

Había pensado que quizá me hallo en una posición de fuerza para chantajear a Toal con objeto de que respalde mi solicitud de ascenso, puesto que tengo la única copia del borrador de su guión, aun cuando le falten las primeras páginas. Después de

tratar los asuntos de interés profesional relativos al infructuoso caso Wurie, dice: «No llevo una buena temporada, hermano Robertson.»

¿Sospechará Toal que he apañado su guión o sólo está jugando la carta de la hermandad para tenderme una trampa? «¿Y cómo es eso, hermano Toal?», pregunto arrogantemente.

«He perdido unos archivos», dice señalando la máquina que hay sobre su mesa.

«¿Archivos de ordenador?» «Sí.»

«No soy un gran entusiasta de las nuevas tecnologías. Así son los archivos de ordenador. Son un poco como los hermanos masones de la logia: no importa lo imbéciles y engreídos que te parezcan, tienes que acordarte de apoyarles.»

Toal sonríe tristemente, y después parece meditabundo durante un rato. Entonces dice algo que me confunde pero a la vez me anima. «A menudo se apoya a los hermanos de maneras que ellos no se imaginan.» Entonces dice cansinamente: «Si te enteras de algo, Bruce, házmelo saber. Lo apreciaría.»

«¿Quieres decir acerca de archivos y eso…?», pregunto, jugando al muchacho tontorrón para darme un poco de espacio.

«Lo que sea», dice melancólicamente.

La conversación con Toal me ha hecho sentirme incómodo. Lo que tendría que haber sido un puto triunfo me deja un regusto amargo y vacío. No se me ocurre por qué. De todos modos, el día parece escapar paulatinamente a mi control. No paro de pensar en… cosas estúpidas.

Stacey. Las Navidades. Carole.

Que se joda toda esa mierda. Es veneno, joder. Un peligro para sí misma y para otra gente. Pues bien, tengo noticias para ella y para Mister Toal y para Mister Niddrie: a Bruce Robertson nadie le toca los huevos. Las reglas siguen siendo las mismas. Mis métodos son mis métodos son mis métodos.

Piensas que el día no puede empeorar más aún. ¡Error! Las cosas siempre pueden empeorar, ahora parece como si no pudieran mejorar, joder. Un trinquete social, eso es mi vida. ¿Qué es un trinquete? Algo un pelín más grande que una mierda de ratón.

Pero está empeorando, Bruce, mi querido, queridísimo amigo, porque ella está aquí, esperándome, *aquí*, en la puerta de la puta comisaría. «Bruce», dice, mientras yo hago como que no la veo y me dirijo al coche. El siseo viperino de una voz. Bruusssss…

Bruuussssss.

Cortemos el gas, Bruuussssss…, no, ésa es Chrissie. Esssta esss Shhhirley. Te acuerdas del vídeo del *Libro de la Jungla* de Stacey. Aquella ssserpiente que cantaba: Confffía en mí…, ¿cómo se llamaba la cabrona? ¿Sheer Khan? Nah, ése era el puto tigre. Eso es, eso es, eso es… Pies de Tigre. Barro. O Les Gray y Mud, como acabó conociéndoseles.

«Hola, Shirley. Aquí no podemos hablar. Te veré en el pub de la esquina dentro de diez minutos.»

«Pero, Bruce…», dice ella, torciendo la cara en ese gesto que suplica clemencia, pero no puede haber clemencia, sólo existe la ley, a la que hemos de obedecer. Lo mismo vale para las leyes sociales, las que establecemos en nuestras interacciones cotidianas. Intenta renegociar el contrato entre nosotros. El contrato estipula que no se nos tocarán los huevos en nuestra vida privada y personal y ese puto contrato está siendo violado. ¡No, no y otra vez no!

Bruuusssss.

«Repito, aquí *no* podemos hablar. Escucha, porque no pienso decirlo otra vez, y no bromeo. Te veré en el pub dentro de diez minutos.» Me deslumbra la luz del sol que intenta insulsamente negar el frío de un invierno escocés, impidiéndome ver a esta puta. Me doy la vuelta bruscamente y salgo del aparcamiento, largándome calle abajo.

Diez minutos y una mierda, puedo oír cómo me sigue, con esos pasos horripilantes. Espero que nadie nos vea. No se da cuenta de que está suministrando a esos cabrones armas con las que destruirme; cabrones como Toal, Lennox, Gillman, Drummond y demás. Su presencia en mi compañía podría ser, en las manos equivocadas, un arma letal.

El duro polizonte escocés Bruce Robertson oía las pisadas de la dama a sus espaldas mientras sus tacones repicaban sobre el alquitrán. Pensó en las piernas pegadas a esos tacones y en La Meca a la que conducían. Sin importar cuántas veces había hecho esa peregrinación particular, Robertson siempre pensaba que estaba indicada otra visita. La oía respirar con dificultad, la persecución había hecho que sus abultados pechos, esas glándulas mamarias cálidas y acogedoras que Robertson conocía tan bien, subiesen y bajasen…, ¡ahí lo tienes, Toal, cacho cabrón! ¡Eso es hacer guiones! ¡Esa puta mierda la puede hacer cualquiera!

Aunque la idea de Toal es la correcta. Métete en la cabeza todas las voces que puedas y ocúltate entre la multitud. Yo tengo montones. Probablemente tantas como lombrices devorándome por dentro. Ahí hay unas vallas publicitarias diciéndonos que bebamos Tennent’s Lager: ¡eso podemos hacerlo! Pero no hay ninguna anunciando la lata morada: saben que no es una droga recreativa, ni más ni menos de lo que lo son el jaco o el crack. Allí hay otra diciéndonos que probemos el nuevo Fiat Uno. Eso podemos hacerlo; ¡al mismo tiempo que la Tennent’s, si queréis! ¡Ja!

¡Te pillé!

¡Error!

¡Ven a probar el beicon, nena, ven a probar ese beicon hijo de puta!

Entramos en el bar del Rag Dolí y saco unas bebidas. Pienso que quizá tendría que estar más enojado con esta vaca estúpida de lo que lo estoy. En realidad.

¡En realidad!

Shirley es una zorra extraña; desesperada. Todo en ella es postizo, pero con su destreza en la aplicación del maquillaje puede aproximarse al aspecto que tenía antes, o en cualquier caso su maquillaje se confabula con mis hormonas para hacerme creer

que se parece. Después de haber vaciado la tubería, sólo la veo a ella como caricatura de sí misma en otros tiempos.

Una puta de mierda, eso es lo único que es. Esta puta anda desesperada por probar el beicon.

Eso me hace pensar en todas las veces que nos, que me la he follado a lo largo de los años. Montones y montones y montones y montones y montones. «Tendríamos que ser capaces de hacer cosas el uno por el otro, nosotros», le dije una vez. «Los chicos están en el colegio, la pequeña Stacey también. Tú estás harta, yo estoy harto. Tendríamos que poder divertirnos un poco de forma inofensiva. Sólo se vive una vez, eh.»

Todos esos años de engaños. Me doy la vuelta y la veo. Ahora que se está haciendo mayor me recuerda más a Carole. Siempre ha sido más corpulenta que Carole.

Ven a probar ese beicon, nena.

Abre la boca y hay un ruido en mi cabeza, y nosotros, yo, vemos cómo su boca adquiere forma ovalada y suplicante y en nuestra cabeza oímos el mensaje:

Bruuuusssss.

Se va a enterar. Se van a enterar todos, joder.

Nos dice algo mientras estamos en el pub sentados ante la mesa. La barra está casi vacía. El sol ilumina las baldosas. Vemos un artículo sobre un partido en la última página del *Evening News*. Me pregunto si jugaría Stronach. Saludo con una inclinación de cabeza a un tarado de uniforme que entra y le dice algo al tabernero. Un tarado de uniforme con la lengua suelta en la cantina y las malévolas orejas del despiadado cotilla maricón de Inglis sintonizadas para captar todas y cada una de las salaces golosinas que caigan de esos labios amargados. Hora de marcharse.

«Aquí no podemos hablar», digo yo, y llamamos a un taxi. Afortunadamente llega enseguida y nos metemos con ella en él. El motor y el calor y el perfume de ella hace que mis pantalones empiecen a abombarse y mi boca está sobre la suya silenciando ese estrépito quejumbroso mientras introduzco mi lengua a la fuerza dentro de su boca hasta más no poder, hurgando en todas las grietas. El taxi se detiene y volvemos a estar en casa.

¡Te pillé!

Yo, nosotros…, la llevo a nuestra cama apestosa y sin hacer, llena de semen rancio y de migas. Me tiro de cabeza sobre su coño con la boca, sorbiendo, devorando. Sabe a fresas. El jabón. A ella le encanta pero no quiere meterse mi polla erecta en la boca, mi polla escamosa, costrosa y apestosa, y se la aparta de la cara y le da tirones y estamos a punto de corrernos, así que me aparto, me doy la vuelta y se la meto, y ella está molesta porque no quiere tener dentro de ella esa picha rancia que Rossi ha sido incapaz de curar, pero quiere correrse y estamos follando fuerte y nos corremos y ella también, y las reglas son las mismas.

Las mismas reglas. Está tumbada, contenta y en las nubes, ya se ha metido su

dosis de polla. El hombre de su hermana. Ha ganado, joder; ha vuelto a degradarnos. Estamos vacíos.

Bruuussss.

Estamos en la cama, incorporados en la cama, y yo estoy encendiendo un pito y diciendo: «¿Te acuerdas de la primera vez que te follé?»

«¡Qué forma tan horrible de expresarlo!», dice poniendo morritos obstinadamente.

«¿Qué cojones quieres que diga? ¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor, querida? Ja ja ja. ¿En el ochenta y cinco? ¿En el ochenta y seis? Ahora ya hace más de diez años de todas formas. Carole…, no llevábamos mucho tiempo casados. Tú estabas en nuestra casa y las dos ibais bastante bolingas. Te llevé a casa. ¿Te acuerdas?»

«Me acuerdo», dice ella mientras tuerce el gesto ante esta historia compartida pero no reconocida.

«Te follé en la parte trasera del coche. Portobello», sonrío. «¿Recuerdas lo que dijiste entonces? ¿No? Nunca se lo digas a Carole. Eso es lo que dijiste. Diez años follando a intervalos con el hombre de tu hermana. ¿Te acuerdas de la vez que viniste a Australia? Tú y yo y aquella periquita aborigen a la que me tiraba. Madeline. Hicimos aquel trío. Te dio de lengüetadas. Apenas podías esperar. En cuanto Carole volvió la espalda. ¿Te acuerdas?»

«Puedes ser tan cruel», dice ella sacudiendo la cabeza. «¿Qué es lo que sacas siendo así? ¿Eh?»

«Sólo establezco los hechos. Lleva diez años ocurriendo. Empezó de nuevo en cuanto volví de *Oz*. ¡Ni siquiera había abierto las maletas y ya estaba metiéndotela, hostia puta! Para cualquiera eso es una guarra», digo sacudiendo la cabeza, viéndola a punto de estallar de ira. «Una vez, puede que dos, sería una indiscreción, ¿pero diez años? Eso quiere decir guarra. G-U-A-R-R-A. Guarra», le digo.

«¿Sí? ¿Y has pensado alguna vez en qué te convierte eso a ti, hijo?», carraspea ella.

Nosotros, yo, nosotros, la ignoramos. «¿Te acuerdas cuando te juntaste con Danny? La primera vez que me invitaste a tu casa fue cuando él estaba en las plataformas petrolíferas. Es curioso, me acuerdo de que antes me llevé a Ray, ¿te acuerdas de Ray? Era agente en aquel momento. Ahora es sargento. Te follamos los dos. Vaya un *ménage a trois* más abigarrado. Ahora ya tienes la colección completa, un trío con tía extra y con tío extra.»

«Eso fue…, estábamos todos borrachos…, tú… »

«Pobre Danny. Dos semanas trabajando, dos semanas sin trabajar. ¡Sé exactamente cómo se siente!»

Me mira de forma amarga e intensa. «¡No sé por qué pierdo el puto tiempo contigo! Tan bueno no eres», comenta despectivamente.

«Hay tres razones: una, que Danny está en los Emiratos Árabes Unidos, dos, que

tengo polla, y tres, que soy discreto», digo sonriéndole.

«¡No me extraña que Carole se haya largado! ¡Ha hecho bien deshaciéndose de ti!» Se levanta y se viste apresuradamente. Nada excita más la imaginación morbosa que ver a una gallina vieja a la que acabas de follarte luchar sin dignidad para ponerse la ropa.

Pero lo que ha dicho nos ha herido y queremos gritar: Volverá, pero no decimos nada sobre el tema. «Venga, vete», le ordeno.

«Por eso no te preocupes», escupe ella, y se larga.

Tras un rato nosotros, yo, nosotros descubrimos que nos hemos vuelto a excitar. A nosotros, a mí, a nosotros nos habría venido bien otro revolcón. De todos modos, volverá. No hay cosa más segura. Ponemos el EP *Timperley* de Frank Sidebottom. Después nosotros, yo, nosotros ponemos un vídeo donde una gran puta rubia se hace cargo de dos leñadores en un bosque de Alaska. Ahora estamos de lo más excitados y decidimos llamar a Bunty.

«¡Hola, Boontay!»

«Frank. Si ése es tu verdadero nombre… »

«¡Claro que es mi verdadero nombre! No sabes de lo que estás hablando, estúpida puta tetuda de mierda.»

Se hace el silencio brevemente. Bunty ya no está tan espabilada. Tengo a esta puta vacaburra acogotada. Estoy perdiendo el control de la respiración.

«¿Cómo sabes de qué tamaño tengo los pechos?», acaba diciendo en plan de tanteo.

Ahora está siguiendo los consejos que le dio el sargento Bruuussss Robertson. Inspector electo Bruuussss Robertson. Nos encontramos con que nuestra polla se está poniendo tiesa de verdad y hemos de desabrocharnos los pantalones.

«Lo sé todo. Ahora cuéntame tus fantasías sexuales, *Boontay*.»

«¡Cállate! ¡Tipejo asqueroso! ¿Quieres dejarme en paz?» Cuelga el teléfono violentamente. Esta capulla está fuera de madre.

Rebobinamos el vídeo hasta el punto donde un semental del continente de aspecto cansado y grasiento está follándose a una gallina vieja por el culo. Mercancía pasada, pero hay algunos excelentes primeros planos. La manguera tendrá que estar bien engrasada para obtener esa clase de movimiento. Descargamos sobre la alfombra.

Más tarde decidimos telefonear al hermano Clifford Blades.

Está un poco perturbado. «Lo siento, Bruce, esta noche no puedo ir al club. De hecho, Bunty está agitada. El pervertido ha vuelto a llamar.»

«Ay Dios, Bladesey. Llueve sobre mojado, eh. Mira, tú consuélala y yo voy ahora mismo para allá.»

«Gracias, Bruce, lo aprecio mucho. Está fuera de sí.»

Voy al cagadero y le pego una buena rascada al culo, los muslos y los genitales, y

después me hago una raya de coca. Me la bajo con un Glenmorangie para sacarme el sabor de la enfermiza escoria drogadicta de las amígdalas.

Después nos damos cuenta de que nos hemos dejado el coche en el aparcamiento del trabajo, por culpa del egocentrismo de esa puta de Shirley. Cogemos un taxi hasta Corstorphine, y el taxímetro llega hasta el precio de una mamada de una puta medio decente, sólo para estar con nuestros amigos Cliff y Bunty Blades.

CAROLE RECUERDA AUSTRALIA

Las cosas que ha presenciado Bruce, las cosas que le han hecho daño. Ellos no lo saben. No pueden saberlo. Pero conmigo las ha compartido. Siempre.

Me explicó por qué estuvo con aquella prostituta cuando estábamos en Australia. Necesitaba estar con alguien. No significó nada. Yo le fallé por no estar allí con él. Estaba con mi madre.

Bruce había estado trabajando más horas que un reloj. Había estado operando clandestinamente en el distrito de King’s Cross, siguiéndoles la pista a unos *gangsters*.

Me contó lo de aquel horrible día. Allí estaba, tratando de abrir las enormes puertas giratorias del garaje. No conseguía abrirlas adecuadamente, sólo lo suficiente para colarse. Se adentró en la oscuridad, aventurándose directamente hasta el corazón de la misma. Mirando detrás de él, a sus espaldas, vio un rayo de luz atravesando el patio del garaje. De vez en cuando pasaba un coche, quizá de vez en cuando pasaba alguna mujer trabajadora en minifalda y tacones altos.

Dentro, al oscuro final del garaje, Bruce oyó aquellos gemidos casi imperceptibles. Me dijo que era el sonido más horroroso que había oído en su vida. Apenas podía decirse que fueran gemidos humanos. Había algo en la oficina del fondo del garaje. Se movió hacia allí.

Bruce abrió la puerta y encendió las luces.

Allí estaba. Costas. O lo que quedaba de él.

Le habían torturado estudiadamente. Estaba tumbado sobre la mesa, boca abajo. Con el mentón sobre la mesa, la cabeza vuelta hacia arriba, mirando a Bruce. Le habían roto la mandíbula y arrancado los dientes. Yacían junto a sus dedos amputados. Sus ojos son testigos. Le habían cortado los párpados y sacado cuidadosamente los glóbulos oculares de la cabeza sin seccionar el nervio óptico. De algún modo, éstos habían sido estirados como los de un personaje de dibujos animados y cada uno de los ojos yacía sobre una pila de libros, cada uno de ellos vuelto hacia algunos de los dedos y dientes y párpados y orejas, que también le habían extirpado y amputado con tijeras quirúrgicas. Las tijeras estaban junto a las tenazas y la pistola de clavos que habían utilizado para sujetar las manos y la ropa de Costas al banco. Los órganos genitales no habían sido amputados, quizá para impedir que muriera desangrado. Le habían cortado la lengua.

Querían mantenerle vivo como mensaje para sus socios.

Bruce estaba allí de pie, mirándole, pensando cómo un ser humano podía hacerle aquello a otro. Pero lo único que le dijo a Costas fue: Has estado frecuentando malas compañías, amigo.

Le pone la pistola en la boca y dispara. No puede mirar pero ya no hay gemidos. Bruce se estremece y sale de la oficina atravesando el patio. La puerta está dura y resulta muy difícil llegar a la luz del sol de Sydney. Le entra el pánico, y tiembla de ansiedad. Intenta telefonearme pero estoy en casa de mi madre. Si hubiera estado allí para él…

Bruce camina un rato y entonces se encuentra con una prostituta, una chica medio aborigen que se llama Madeline. Se la lleva a un hotel y le paga quinientos dólares, sólo por hablar con ella.

Sólo por hablar. Ella se sienta cautelosamente mientras él habla con tono mesurado, contándole lo de Costas y la guerra que tiene con los demás y las consecuencias que ha tenido para él.

Tendría que haber sido yo la que hubiera estado allí, no esa puta.

Creo que para Bruce la imagen de Costas se convirtió en un símbolo de las posibilidades extremas del mal. Por eso Bruce es como es.

GUSANOS Y ASCENSOS

Voy en coche a ver a Rossi, pero pienso en Carole. Solía contarle montones de mierda cuando me tiraba a Madeline, aquella periquita medio aborigen que me follaba cuando estábamos allí. Me inventé montones de trolas sobre si estaba trabajando clandestinamente en King's Cross para enchironar a un villano llamado C(0000000000000000)s otros chicos encontraron a Costa(000000000 *¡come, Bruce,*)destinamente puesto que se estaba(*come! Ojalá yo pudiera hacer*) Stacey de por medio. De hecho (*que comieras más. Eres terrible*) Madeline…

(*Había alguien que siempre podía*)
(*obligarte a comer Me doy cuenta*.)
(*Sólo con moverme en tu interior*)
(*percibo todos tus fantasmas. Los has*)
(*interiorizado, Bruce* 000000000000000)
(000000000000000000000000 *Detecto*)

Enton(*la presencia de uno muy importante*)dad no se podía garantizar (*en tu vida*. 0000000000000000000)ue tenía que irse porque hab(0000000000000000000000000000)s de Nueva Gales del Sur y yo(00 *Se llamaba Ian Robertson* 00) y Madeline, esa guarra semiaborigen de Madeline me presionaba para que dejara a Carole. Era muy terca y más difícil de controlar que Carole. La madre patria llamaba.

Carole siempre se creyó todo lo que yo le decía. Era feliz en su propio mundo con la criatura. La buena de Carole siempre fue del tipo doméstico. Eso sí, en la cama era una guarrona. Le dabas la carne y la pasta y aceptaba lo que fuera. Fue toda la política bollera la que le lió la cabeza, cuando la abofeteé después de que se pasara de la raya y entonces flipó y se fue al centro de acogida ese. Le pedí disculpas, pero reaccionó desmesuradamente. Pero pronto entrará en razón, no hay nada más seguro.

Estoy tan perdido en mis reflexiones que me paso la bocacalle que lleva a la consulta de Rossi. Paro en una papelería para hacerme con *Playboy, Penthouse* y *Mayfair*, antes de aparcar delante de la consulta.

El capullo este del doctor Rossi se lo tiene muy creído. Moreno hijo de puta espagueti. Viste bien, el amigo Rossi. Bonito traje, camisa, zapatos. Apuesto a que se saca una pasta con la consulta privada.

«Sí, tenemos los resultados de las pruebas. Como sospechaba, efectivamente tiene usted la solitaria. Tendremos que seguir con el tratamiento.» «¡Eh!»

No puedo creerlo. Otro precio más que he de pagar por andar por ahí con arrabaleros y criminales.

«No se trata más que de la solitaria, nada por lo que deba preocuparse. Son muy comunes, pero en absoluto peligrosas.»

«¡Tengo algo creciendo en mi interior y usted me dice que no es peligroso!»

«No lo es. Lo que tiene que hacer es tomarse este preparado; le ayudará a defecar con más frecuencia.» .

«Esto no tend(00000 *más química* 0000000)do el zarpullido, ¿verdad? (00 *guerra más sofisticada* 000)».

«No, eso parece ser un estado de persistente nerviosismo. ¿No habrá alguna cosa rondándole la cabeza, algo de lo que no me haya hablado?»

Rossi no es más que un matasanos explotador, pero así son los de medicina general, se creen que son otra cosa. Algunos quieren ser cirujanos. Rossi evidentemente quiere ser psicólogo. Te conozco, Rossi.

«No hay nada rondándome la cabeza», digo fríamente.

Haz tu puto trabajo, cacho cabrón.

Me alegro de alejarme de Rossi y volver a la comisaría.

Vuelvo justo a tiempo para almorzar, así que me quedo en la cantina. Hoy toca *haggis*[71] del que prepara Ina. Lennox y el mariquita oculto Peter Inglis están sentados el uno junto al otro. Me uno a ellos. Drummond y Fulton estaban detrás de mí en la fila y se acercan y se sientan con nosotros.

Karen Fulton, la nueva mejor amiga de Drummond. No siempre fue así. Estoy sentado frente a ellas mirando el *haggis* y me dan ganas de gritarle a Fulton: ¿Te acuerdas de la vez que te follé, Karen? ¿Después del funeral de Lady Di? Jamás en la vida he visto un felpudo tan grande, espeso y negro. ¡Venga, todo el mundo, echémosle un vistazo al potorro de la exagente femenina Fulton! Es una puta jungla: pelillos rizados que le llegan hasta y alrededor del ojete.

Drummond cacarea sobre su mierda favorita: política y cambios en la legislación y cómo afectan a la labor policial. Parece un poco cansada. Demasiadas noches en la oficina, intentando descubrir la procedencia de un martillo. Jamás lo identificarán. Oí a esa capulla hablando de mí además, a ella y al maricón de Inglis.

«Pobre Clell. Desde luego ya no controla desde el traslado a Tráfico», dice Ray. «Fui a verle el otro día.» Me mira a mí y a Drummond. «Decía que trabajábamos para la junta de mercadeo del alcohol. Está obsesionado con el Führer Antidroga que ha nombrado el gobierno.»

«No, trabajamos como agentes de la ley. El gobierno democráticamente elegido del momento hace las leyes en el Parlamento. Nosotros aplicamos esa ley», chirría Drummond, con su retórica policial.

«Hmm», digo yo burlón. «Puede que Clell tenga razón. El nuevo Führer Antidroga quiere atacar la demanda en vez de la oferta. Eso significa mandar a la cárcel a más chavales. Si eso funciona y a los chavales les da miedo tomar drogas

ilegales, entonces se volverán en busca de sustitutos legales como el alcohol.»

«¡Lo cual significa más violencia!», dice Ray levantando los pulgares.

«¡Condenas más severas!», digo yo.

«¡Más polis!», se ríe Ray.

«Y más ascensos», digo frotándome las manos. «También significa más prisioneros, más prisiones, más guardianes, más personal de seguridad. ¡Inversión estatal, economía keynesiana elemental! ¡Entonces en cuestión de diez años volveremos a tener a Maggie en el poder diciéndonos que hemos gastado demasiado!»

«Pero podemos hacer recortes en educación, asuntos sociales, sanidad y toda esa mierda», dice Lennox meneando la cabeza.

Drummond parece horrorizada. «Nosotros sólo aplicamos la ley del país. Quiero decir, si un gobierno de izquierdas llega al poder mediante unas elecciones y tiene una agenda radical que se convierte en ley y esa ley fuese ignorada u obstaculizada por intereses creados, entonces nosotros aplicaríamos esa ley con el mismo rigor. Así es como funcionan las cosas en una democracia», dice con suficiencia.

«Y una mierda», le digo. «Si tú te crees eso entonces eres aún más tonta de lo que había pensado.»

Ray enarca una ceja mientras Drummond se pone de morros.

«Quiero decir… recordemos la huelga de los mineros. Entonces nuestro trabajo e(0000000000000000)sar al socialismo y éramos recompensad(*Ian Robertson. Él te hizo*) por lo que hacíamos. Destrozando (*comer, Bruce*. 000 *Sus*)s en el poder.» .

«Demasiado pa(*métodos eran sus métodos*.), intentas llamarme jodido roj(*¿Aprendiste esos métodos de él?*)rne viene con que nosotros som(*Te hizo comer carbón. Carbón*)odidamente comunistas.» (*negro, brillante y sucio* 0000000)

No sé quién le ha pedido a este maricón que abra su fláccida boca. El capullo debería limitarse a pensar en las pollas de los jovencitos o cualquier otra mierda pervertida que transcurra en su enfermiza cabeza y dejarles la política a los expertos.

«No, defendimos la ley», chirría Drummond. Fulton asiente en señal de apoyo.

«Si los sindicatos jamás hubiesen violado la ley, no tendríamos democracia alguna…, eso lo primero», digo yo, preguntándome por qué cojones estoy soltando todas estas gilipolleces.

«Pero eso es historia. Ahora las cosas no son así», dice Drummond.

«Sí, tienes razón, Amanda», me corrijo, «pero dentro de los sindicatos hay gente a la que le importa una mierda la democracia. Maggie les ajustó las cuentas, pero siguen ahí, esperando que el tarado ese de Tony Blair muestre signos de debilidad y vuelva a hacerles sitio. Por eso se liaron tanto las cosas con el último gobierno laborista. Estos hijos de puta eran los que mandaban. Scargill y los de esa calaña. Por eso tuvimos que ajustarles las cuentas.»

«Ese Scargill era un alborotador», bufa Inglis, «pero a Tony Blair hay que reconocerle que ahora se ha deshecho de esas insensateces de los sindicatos y el

socialismo en el Partido Laborista.»

Como de costumbre, Lennox no dice una puta mierda. Supongo que es lo mejor. «¡Desde luego, las reglas son las mismas! De todos modos», digo yo, «¡ya basta de política, es un aburrimiento! ¡Es Navidad! ¿Qué hay de la fiesta? Eso lo estabas organizando tú, Amanda.»

Con gran autodominio consigo no añadir: No vales para otra puta cosa.

«Sí, bueno, hemos hecho reservas en el Burning Ruby Tandoori House de Cockburn Street para la cena», dice disgustada. Ella y Fulton querían ir al Pierre Victoire, pero ni de coña iban a acceder a eso los muchachos. No tengo ningún deseo de tener a enfermizas mariconas gabachas balbuceando a mi alrededor mientras intento comer. Eso sí, me sorprende que a Inglis no le apeteciera.

«Sólo hay un problema, Bruce», dice Ray. «¿Sí?»

«Bueno, Ralphy Considine ha estado en el equipo, y supongo que cuenta como uno de nosotros. Aún tenemos que decidir si debemos invitarle al curry o no.»

Ni de coña es uno de nosotros un tarado de uniforme, pero, bien mirado, sé que Drummond está en contra de apuntar a Considine a la sesión navideña.

«Por supuesto que hay que decirle a Ralphy Considine que venga», les digo. «Empiezo a estar un poco harto de esta división entre agentes de uniforme y agentes no uniformados. Estamos todos en el mismo equipo y todos tendríamos que cosechar los mismos beneficios.»

Pienso en los subnormales *scousers* que me dieron la paliza en Amsterdam. Uno de ellos llevaba la camiseta aquella. La roja. Conmemorando lo de Shankly, me parece.

«Unos sentimientos muy dignos de alabanza, Bruce», dice Drummond, «y creo que todos los que estamos aquí sentados los suscribiríamos. Pero sin duda hay otras cuestiones a tener en cuenta.»

Enarco las cejas como quien no se casa con nadie y dejo que Drummond se lance a un discurso acerca de que independientemente de lo que cada uno piense al respecto, hemos de reconocer que el cuerpo es una organización jerárquica y que si intentamos oponernos abiertamente a la cultura de la organización instalaremos la oposición, la división y la desilusión en sus filas en un momento que después de todo resulta delicado, debido a la reorganización pendiente.

«Se trata de un punto de vista interesante, Amanda. Creo que a mi pesar empiezo a ser de tu misma opinión. Quizá sí parezca un poco inmoderado hacer manifestaciones de nuestro liberalismo personal en un momento en que la organización necesita continuidad en sus prácticas.»

Se producen algunos gestos de asentimiento alrededor de toda la mesa, salvo Inglis, que no parece contento. Es irrelevante. En este sector no hay votos para los maricas. Así que Drum mond se sale con la suya y decidimos que conviene no invitar a un tarado de uniforme a nuestra fiesta navideña.

¡Bingo!

Por supuesto, si yo hubiera dicho: Ni de coña vamos a invitar a un tarado de uniforme a una fiesta de los de paisano, entonces Drummond habría sido la primera en abatirme como a un conejo. Pero lo último que quiero es estar sentado con mi chupa de cuero marrón, camisa a cuadros y pantalones beige en el restaurante indio al lado de Considine ataviado con camisa blanca, y pantacas y zapatos negros de poli.

Tras esta pequeña reunión me siento impaciente, y noto que se avecina una cagada. Me dirijo abajo con el periódico.

Hago un poco de pintada en el tigre:

PETER INGLIS ES UN PUTO DIFUSOR DEL VIH

Y

INGLIS = ASQUEROSOS Y ENFERMIZO MARICÓN

Me quedo sentado mirándolo durante un rato. Empiezo a carcajearme y me duelen los costados. Entonces me entra una sensación deprimente, seguida de una indignación que va en aumento. Está mal hacerle esto a un compañero y agente. El cuerpo no puede tolerar este tipo de cosas. Aquí el puto representante de la Federación soy yo. Describir de este modo a un compañero del cuerpo…, me estoy mentalizando, poniéndome en situación.

Tiro de la cadena para hacer desaparecer mi mierda. Hay algunos restos de tenia, pero ni rastro de la cabeza. Pero pillaré a esa hija de puta, ya lo creo que la pillaré, joder.

La pillaré, ya lo creo.

Subo arriba y me acerco resueltamente hacia Peter, tocándole la muñeca y llevándolo hacia un rincón.

«Peter, ¿has visto la pintada que hay en el retrete?», pregunto en voz baja y con tono de preocupación.

«Ah, allí siempre hay algo. Nunca le presto la menor atención», dice encogiéndose de hombros.

«Quizá deberías…», le digo, dejando que aflore mi ira. «Empiezo a estar un poquito más que harto de esa mierda. Como representante de la Federación no pienso dejar que se difame a la gente de esta manera. Voy a subir a ver a Toal ahora mismo.» Levanto la voz y barro la habitación con la mirada, «Por aquí hay algún cabrón que se está haciendo el imbécil. ¡Más vale que no me entere de quién es!»

Salgo de la habitación como un huracán, dejándoles con expresión confusa. Subo las escaleras precipitadamente hasta la oficina de Toal y entro sin llamar. «Jefe, unas palabritas.»

«Bruce, ahora mismo estoy un poco ocupado», dice Toal barajando unos papeles.

Parece de lo más deprimido.

«Quiero que vengas a ver una cosa, unas pintadas en el retrete.»

«No tengo tiempo para… »

«¡Como representante de la Federación, yo no tengo tiempo para ver a compañeros agentes calumniados por otros miembros del cuerpo!»

«¿De qué se trata?»

Le describo la pintada a Toal y entonces me sigue hasta el tigre. Los demás se suman con unas caras como las de los necrófagos cuando murió el tío aquel, Colin Sim. Miran a Inglis esperando una reacción y él tiene aspecto alicaído. «No son más que puñeteras insensateces», dice una y otra vez, desgarrado entre restarle importancia y mostrarse auténticamente consternado.

¿Cómo te hizo sentirte?

Vuelvo a subir las escaleras con Toal, que me pide que pase a su despacho y cierra la puerta. «Escucha, Robbo», dice, «Inglis no será, bueno, ya sabes, ¿no?»

«¿Qué?», pregunto. Esto empieza a gustarme.

«Lo que dice la pintada, hermano Robertson», salta Toal.

Toal debe de estar alterado para recurrir tan desembozadamente a la carta de la hermandad. «Sin duda el que lo sea o no es irrelevante», digo yo, plantando la semilla, «la sexualidad de Peter es asunto suyo. Le están acosando y nosotros tenemos una política opuesta a la discriminación basada en la orientación sexual.»

«Pero no puede ser acosado sexualmente si no es un…, bueno, homosexual, creo que es el término de moda en la actualidad.»

«Bueno, puedes llamarlo acoso sexual o acoso a secas, Bob, pero tal y como lo veo yo, se trata de la cara inaceptable de la cultura de la cantina… »

«Para el carro, Bruce, para el carro, estoy de tu parte…, hay que erradicar esto. Es sólo que a mí me ha cogido un poco por sorpresa…, quiero decir, Peter es un incondicional de la hermandad… »

«Peter es un tío solitario, Bob. Es cosa suya lo que haga, y no pretendo saber mucho sobre él, pero no voy a tolerar que se acose de este modo a un compañero.»

«Exacto. Me aseguraré de que se haga algo al respecto.»

Salgo más volado que una cometa. Los conceptos «Inglis» y «mariconería» se encuentran ahora indeleblemente asociados. Los conceptos «Inglis» y «ascenso» no. Ah, los juegos, los juegos.

Cuando uno tiene una buena racha debe mantenerse en movimiento y decido hacerle una visita a Estelle en la floristería. Ya rae gustaría echarle uno a ese yogurcito, joder. Probablemente tiene miedo de Gorman y Setterington. Lo que necesita es que la protejan de esos monstruos. Alguien en quien pueda confiar en esta vida. Un hombre mayor, más maduro, que pueda responder a sus necesidades. Si hay damas en apuros que necesitan que las salven, a mí no se me ocurre mejor príncipe

azul que el inspector electo Bruce Robertson.

Ese viejo y familiar bulto en los pantalones empieza a levantarse mientras pienso en Estelle y en una combinación de posiciones y sonidos sexuales femeninos. Un trío con ella y la pequeña Claire, la puta de Maisie. Justo lo que recetó el doctor. ¡Eso sí que me arreglaría el sarpullido, Rossi!

Cuando llego a la tienda la única persona que hay allí es la vieja carabota, que me dice que Estelle está de baja por un resfriado.

«Estos días le pasa a mucha gente», digo yo alegremente.

«Sí, claro», musita la vieja vacaburra. Estelle no le gusta nada, eso es tan seguro como que la próxima temporada no habrá trofeos en Gorgie.

«¿Tiene muchas visitas?»

«Demasiadas», dice la maruja, arrugando después la nariz y abriendo las hostilidades: «¿A usted qué le importa?»

Parece como si la vieja capulla acabase de despertar y oler el beicon. La clase trabajadora escocesa y el respeto por la policía van tan unidos como la Madre Teresa y las chicas de las páginas centrales del *Playboy*.

Decido no indagar. «Sólo trataba de asegurarme de que no tengo rivales», sonrío, dirigiéndome hacia la salida.

«Nunca pensé que estuviera tan desesperada», dice la impertinente carabota.

Me paro en seco y echo un vistazo al género, olisqueando algunas plantas. «Mala época del año para las flores», digo, y a continuación: «¿Tiene un servicio para los empleados ahí detrás?»

«Sí», dice ella. «¿Alguna cosa más?»

«De momento no.»

Esta impertinente carabota va a recibir una visita de los de sanidad y medio ambiente; seguro que te cagas que así será. De todos modos, parece buena idea tomarme el resto de la tarde de fiesta y dejar que el formulario OTA1-7 cargue con la tensión. Llámelo gestión del estrés, Mr. Toal. Llámelo gestión del estrés, Mr. Niddrie. Gestión de estrés al estilo Bruce Robertson.

Pero ahora es hora d(00000 *cómete eso* 0000)avabo. Cojo el laxante que me recet(00 *come* 00 *come para el Yo*) inmediato y me voy al retrete, (*y el* 00 *qué es esto* 000000)ua marrón de mi culo fétido (*agárrate fuerte* 0000 *agárrate* 00)una cabeza a la vista.

(*agárrate agárrate* 0 *ataque químico* 00)

(000 *hay que resistir el temporal* 000)

Abandono los cagaderos de Hunter Square, y después entro en la tienda a por un pastel de chile. Casi saco del todo a esas lombrices hijas de puta ahí detrás. No puede quedar gran cosa de ellas. Me meto en el Volvo y me dirijo a Colinton. Los gusanos se baten en retirada. El gusano llamado Inglis está siendo arrojando a la cisterna del sistema; expulsado y puesto en fuga, antes de que pueda tener lugar mayor infestación.

Ya en casa me hago una gran raya de farlopa para celebrarlo. Pronto me muero por echar un polvo. La única persona a la que se me ocurre llamar es Shirley. O eso o ir de putas, y ella es más barata.

Shirl girl.

Sucumbo a la fuerza de la libido y hago la llamada, pero en cuanto aparece me doy cuenta de que he cometido un error y de que más me habría valido meneármela. Es como un bloque de hielo; me mira fijamente, apoyada contra el respaldo de la silla, fumando un pitillo, con aspecto verdaderamente malévolo.

«No sé por qué estoy aquí», dice con amargura, y a punto estoy de replicar con algo así como «porque eres una guarra que quiere que se la follen» pero me muerdo la lengua. «Llamó Carole», dice de pronto en un ataque de alegre inspiración, esperando fastidiarme. «Me dijo que no quiere saber nada de ti. Si intentas ver a la cría… »

«¡Ja! ¿Qué sabrá ella? ¡No sabe nada! Eso es lo que sabe, joder. En total», salto yo, notando cómo mi ira va en aumento. Intento controlarme. «Quiero decir, se está engañando a sí misma, Shirley…, es una pena. Me da más pena que coraje. Es inestable. Personalmente, creo que ha sufrido una especie de crisis nerviosa. Me preocupa.»

«A mí me parece que está bien…», dice Shirley dubitativamente, cruzando los brazos, fijando sobre mí la mirada. Sus ojos negros. Desde cierto ángulo resulta sexy.

«Puedes creerme, Shirley, en mi oficio uno se convierte en una especie de experto en la naturaleza humana. Es obvio que ha sufrido una especie de crisis que ha pasado desapercibida. Cuenta mentiras. Mentiras para envenenarte contra mí.»

«¡Envenenarme contra ti! ¡Ja! Ahí te las has arreglado muy bien solo», se burla, con la cara contraída en un gesto petulante, casi quebrando la crema de base que se pone para tapar sus cicatrices de acné. De todos modos, me gusta cómo se pinta los ojos, siempre me ha gustado.

Es el momento de acelerar. Me preparo para soltar mi rollo. «Mira…, sé que en el pasado he sido cruel contigo. Pero tú sabes por qué, seguro que lo sabes, por Dios», suplico.

«Ojalá lo supiera, Bruce, de verdad que ojalá lo supiera», dice ella sacudiendo la cabeza.

«No me tomes el pelo, Shirley, por favor, y no nos insultes a los dos…» Me levanto y camino hasta la puerta. No puede ser que la muy puta sea tan estúpida para caer con algo así.

«Lo siento, Bruce, no te sigo…», dice ella. Se le están dilatando las pupilas. Jodida tarada. No puedo creerlo. Duda de sí misma. Ese es el primer paso: afianzar la duda. Segundo paso: pasar por encima de sus putas dudas como un autobús.

«Shirley, por Dios, tienes que saber muy bien que he intentado hacer que te apartaras de mí… porque yo…, joder…, estoy hablando demasiado…», sacudo la cabeza.

«¡Qué! ¿Qué estás diciendo?»

«¡Intenté hacer que te apartaras de mí porque no podía soportarlo, joder!»

«¡Qué! ¿Qué es lo que no podías soportar?»

«¡Danny! ¡Carole! ¡El contigo! ¡Yo con ella! ¡Hacer el amor con ella e imaginarme que eras tú! Soportando polvetes furtivos en la parte trasera de los coches cuando quería llevarte a mi cama y tenerte en mis brazos y hacer el amor contigo toda la noche y gritarle al puto mundo entero: ¡Ésta es! ¡Esta es la chica a la que amo!»

Me sostiene la mirada y sus ojos empiezan a llorar y yo pienso en todas las injusticias recientemente perpetradas contra mí y espero sentir suficiente lástima por mí mismo para que mis ojos también se humedezcan y que lo tome por alguna parte de mi alma que se asoma a ellos y la vacaburra subnormal así lo hace y no puedo sostener esta mirada mucho más tiempo sin estallar en carcajadas así que la atraigo hacia mí abrazándola estrechamente y la oigo sollozar: «Bruussss, Bruuuussss, ¿no podemos arreglar las cosas de alguna manera, Bruuusss?, yo te quiero…» y veo mis ojos en el espejo detrás de ella, como los ojos del póster electoral de los Tories sobre el tarado ese de Tony Blair.

Me la follo y me arrepiento de ello y de mi estúpida parrafada incluso antes de haberle vaciado dentro la tubería de los mocos. Después tengo que escucharla largar sobre sus planes y ambiciones para ambos. El sexo con ella no se parece en nada a lo que me imagino que será antes de empezar. Me siento entrampado por mi lujuria, pero cuando me pongo a ello, resulta completamente carente de sentido y tedioso. Ella está venga a farfullar y yo le cuento sobre Inglis y sus infortunios.

«Bruce», se ríe, «¿por qué tienes que saborear todo lo malo que les pasa a otros?»

Pienso en ello durante uno o dos segundos. «Parto de la convicción de que sólo hay un número finito de cosas malas que pueden suceder en el mundo en un momento dado. Así que si le suceden a otra persona no me están sucediendo a mí. En cierto modo, se trata de una celebración de *la joie de vivre*.»

Ella quiere quedarse a dormir, pero le digo que tengo turno de noche. Se marcha a regañadientes y yo me hago algunas rayas más antes de pegarle a una botella de Grouse. Eso me da cagarrinas y me voy tabaleándome hasta *el* tigre.

Me bajo los gayumb(00000000000) y la cosa pedorretea y revienta como si me esa (00 *no no no no* 00) mierda sale volando…

¡Ahí está! La veo comc(*oh no hijo de puta*). La cabeza y todo, entre un montón de la(00000000000000) aguachirle de color marrón. (0000000000)

¡Bingo!

(000000000000)

(000000000000)

Salidas masónicas

¡Ahí está! ¡Despertar de un enloquecedor sueño semibolinga y ver esa puta cosa! Se asoma reptando desde mi ojete, reposando sobre mis caderas. La he tocado. Sus ojos negros. Su boca de ventosa en forma curva. Como un trozo de *tagliatelle* con cabeza. He ido a cogerla sólo para que se reabsorbiera por mi ojete como cuando uno se come un trozo de espagueti…

… y nos despertamos. Estoy despierto. En el sofá. El vídeo está puesto: los que me consiguió Héctor el Granjero. *Vibrator Massacre*: las bolleras que se lo hacen con jovencitas en el bosque.

Joder, no puedo respirar…, me estoy descosiendo…, me estoy viniendo abajo…

Los cabrones estos intentan matarnos con el recorte de horas extra este porque saben que no podemos dormir por las putas noches, nunca hemos podido. Saben que necesitamos dormir muy poco y que lo único que hacemos en la oscuridad es pensar y pensar y pensar. A fin de dejar de pensar tenemos que follar y entonces llegan las complicaciones: financieras tratándose de putas, sociales tratándose de guarras.

Estoy levantado y esperando, rezando para que se haga de día. Lo consigo leyendo *Tam O'Shanter*. Es probable que me pidan que haga el brindis al *haggis* en la cena de homenaje a Burns de la logia este año, sobre todo tras lo mal que lo hizo el viejo Willie McPhee la última vez. Sé que lleva más de cincuenta años haciéndolo y que sólo vive para eso, pero la cosa ya pasa de ser una broma y ya va siendo hora de que el vejestorio lo deje y se embarque en el largo paseo hasta el pabellón geriátrico. Por fin se hace la luz y duermo durante unas horas.

Entonces me levanto y a trabajar. Esta noche es la fiesta de Navidad. Me tomo algunos de los laxantes de Rossi. Vamos a expulsar a esta puta cosa del interior de Bruce Robertson, hasta la última traza, ya lo creo que sí, joder. Hoy empezaremos el día temprano; quiero tomarme el primer lingotazo antes del mediodía y nada de putas bobadas sobre negratas muertos ni mierdas de ésas.

En la comisaría todo el mundo está de humor festivo. Inglis ya se ha tomado unas cuantas, probablemente haya estado bebiendo a solas al lamentable estilo del homosexual de tapadillo. ¿Eso, inspector? A mí me parece que no, joder. Inspector de traseros puede. Se va a enterar, y no bromeo. La pintada no fue más que el comienzo. Pronto todo el mundo sabrá qué clase de nenaza ha estado compartiendo cubiertos en la cantina con ellos.

Karen Fulton y Amanda Drummond son los únicos chochetes que hay por los

alrededores, de modo que el panorama no tiene buena pinta. Al parecer han trasladado a ese putón de la Reina de los Paquetes al South Side. Karen dice algo sobre la cadera de Clell, y Lennox pregunta: «¿Qué elepés tiene? ¿A qué clubs va?» Pero nadie lo entiende.

Drummond dice con frialdad que han llevado a Clelland al Hospital Royal Edinburgh, a la clínica Arthur Dow. ¡Al parecer volvió a intentar quitarse de en medio mientras estaba ingresado! ¡Con pastillas y vodka!

Eso me levanta mucho el ánimo.

Dejamos la oficina y vamos al restaurante para el curry navideño. «¡Esta es la única clase de contactos con la comunidad de los morenos que a mí me interesa!», dice Gillman, alzando su pinta de lager. «¡Salud!»

«¡Feliz Navidad a todo el mundo!», brindo en alta voz, levantando mi vaso y cortando a Drummond cuando está a punto de reprender a Dougie por su comentario.

Tras la comida, nos dirigimos calle arriba para ir de pubs. Una partida escandalosa de gilipollas trajeados y chochetes con parecidos atuendos de negocios de alto nivel sale tambaleándose de un pub de Cockburn Street, luchando para mantenerse en pie entre la pendiente y el hielo. Un mamón de gruesos mostachos con un peinado a lo Arthur Scargill vomita en la alcantarilla, arrojando judías en todas direcciones. Una periquita caracaballo nos mira avergonzada y otra figura oronda reprende al potador con un tono de voz agudo y chillón: «¡Venga, Hank! ¡Demasiado espíritu navideño!»

Esto es un congreso de tarados completo. Yo pensaba que iba con una pandilla de tristes, pero siempre hay alguien que está peor que uno. Veo a Drummond haciendo un gesto de desaprobación toalesco y de inmediato eso hace surgir en mí un subidón de buena voluntad hacia esos bebedores estacionales a tiempo parcial a los que instintivamente había odiado. Me saco unos Kleenex del bolsillo de la chaqueta. Siempre los tengo a mano para las pajas, pues nunca se sabe cuándo se les van a acabar a los cabrones culiprietos de Jefatura. Le paso un par al desastre vomitante. «Ahí tienes, colega.»

«Gracias», dice de su parte la cosa chillona.

«¿Fiesta de la oficina?», pregunto.

«Sí, Standard Life.»

Ah, Standard Life. La ciudadela de los chochetes sobrantes de Edimburgo. Uno no reúne los plenos requisitos de un nativo varón de esta ciudad a menos de haberse follado como mínimo a un par de periquitas de Standard Life antes de haber cumplido el cuarto de siglo. Eso sí, los chochetes que se ven aquí están lejos de resultar impresionantes, probablemente chochos jerárquicamente superiores. Olvídate de la bazofia esa de modelos en trajes de negocios de las revistas de mujeres. Generalizando, cuanto más se sube por la jerarquía de una organización, más feas se ponen las tías. Esto no es debido a que las tías buenas tengan menos cerebro que un perro; lo que pasa es que las tías buenas que de verdad tienen cerebro siempre toman

el atajo casándose con pastosos y haciéndose la estética antes de largarse con la música a otra parte con un acuerdo de separación. Miro a mi alrededor y decido que aquí debemos de andar cerca del nivel sala de juntas.

Nos metemos en el pub que acaba de dejar vacante la pandilla de Standard Life. Yo pido las copas, para mí un vodka con tónica. Estoy cachondo y me apetece tirarle los tejos a alguien más tarde. La candidata obvia es Fulton, pero se toma las cosas con bastante calma. No como las Navidades pasadas o el funeral de Lady Di, cuando la puse bolinga perdida y me la tiré en su piso de Newington.

«¿Todavía no vas a toda máquina, Karen?», pregunto, notando la parsimonia con la que bebe.

«He dejado un poco la bebida», dice. Drummond observa con cara de aprobación.

«¿Te acuerdas después del funeral de Lady Di? ¡Entonces sí que íbamos bolingas perdidos!»

No he podido resistirme, y me embebo con el evidente encogimiento de Fulton.

«Acabamos en tu casa… »

«Conque sí», se ríe Inglis, «cuéntame más… »

Fulton vuelve a hacer una mueca, pero Drummond se interpone: «Aquél fue un día muy triste y muy emotivo.»

«Sí», dice Gus. «El otro día volví a ver el funeral de la Madre Teresa esa. Estaba mirando las cintas viejas para ver encima de cuáles podía volver a grabar. Volví a verlo entero, pero no era tan bueno como el de Lady Di.»

«Bueno, papistas, no sé qué esperabas», dice Gillman.

«Pues mira, los papistas normalmente saben hacer un buen funeral, eso no se lo voy a negar», comenta Gus.

«Pero los de Calcuta son unos putos negratas, eh», dice Gillman en tono áspero, «qué se puede esperar. Si no pueden dirigir el país sin nosotros, joder, no esperarás que sepan hacer un funeral sin cagarla.»

«A mí no me parece…», empieza Drummond.

Gillman la rechaza con una mirada ceñuda y despectiva. «Han tenido cincuenta putos años para hacer las cosas bien. Si lo hubieran hecho bien no necesitarían ninguna Madre Teresa porque no tendrían barriadas y miseria, para empezar.»

«Bueno», dice Inglis alegremente, «ahora nosotros tenemos nuestro propio parlamento. ¡Esperemos que lo hagamos mejor!»

«Eso son un montón de puñeteras bobadas», bufo yo. «¿A quién cojones le toca ir a pedir? ¡Si no somos capaces de organizamos para llegar hasta la barra no vamos a ser capaces de dirigir nuestros propios asuntos!»

Inglis capta la indirecta y se va a pedir.

Perdemos a Drummond después de unas copas, pero Fulton también se marcha, lo que jode las expectativas de orgía para más tarde. De todos modos, así son los chochetes del cuerpo: no valen las pollas que se meten. La excursión avanza por el centro de la ciudad, hasta el St James Oyster Bar. Yo acabo morreándome con una

zorra que me estaba tocando el culo, y sólo decido no llevármela a casa para follármela cuando Lennox me hace ver que es un feto total que te cagas. Me escabullo por la puerta y nos vamos calle abajo.

Inglis hace no sé qué comentario sobre damas dudosas, y yo decido que este maricón es demasiado bocas y que se va a enterar. Arreglo las cosas para que todos tomemos una copa tardía en el casino, que sé que está cerrado por obras. Hace un frío que pela y caminamos entre una tormenta de nieve.

«Mierda», me quejo al ver las puertas entabladas, «habrá que ir a uno de esos garitos de maricones», les digo, señalando el *Top of the Walk*.

«Yo allí no voy», se mofa Inglis. «Me voy a la logia de Shrubhill… »

«¿Qué tienes que ocultar?», se ríe Ray. Se ha llevado su pinta consigo y se la está bebiendo.

Inglis mira a Lennox como si el artista del spray fuera él. «¿Estás diciendo que tengo algo que ocultar o qué?»

«Nah», dice Ray encogiéndose de hombros y dándole un sorbo a su pinta.

Eso me hace sonreír.

«Venga, oye, sólo a tomar una puta copa», salta Dougie Gillman.

Ray apura su pinta y lanza su vaso contra una furgoneta municipal de las que reparten sal y arena por la calzada. Se hace añicos contra el casco. «¡Tarados!», grita.

Entramos en el club. El portero nos echa una mirada escrutadora, pero entramos en cuanto se huele que somos polis. Es un club de bolingueo lleno de toda clase de lamentables maricones. Está el tipo *catny*, las reinonas veteranas de la movida y los expresidiarios endurecidos que le cogieron el gusto en Saughton. También hay unos cuantos mariquitas turistas, preguntándose qué cojones hacen aquí. Bajo las escaleras y veo al hombre de mis sueños, Sinky, un chico de alquiler mercenario de Calton Hill. Le informo de lo que tiene que hacer antes de volver arriba con los muchachos.

Nos lo estamos pasando bien. Gillman ya le ha partido la boca a un maricón en los lavabos por mirarle de forma rara. Tras un par de copas, aparece Sinky y se dirige por la pista hacia Inglis. «¡PEATIHR! ¡OH, PEATIHR!», grita amaneradamente, «¡CUÁNTO TIEMPO SIN VERTE! ¡Veo que te has traído a unos amigos!»

«¡No te conozco!», grita Inglis.

«Ay, lo siento…, no me he dado cuenta de la clase de ambiente que era…, tan exclusivo…» Sinky se retira, enarcando las cejas. «A veces es TAN inmaduro», añade haciendo un aparte con varios individuos escandalizados a su alrededor. Gillman mira a Inglis con asco en estado puro y Lennox se aparta ligeramente de él.

«¡NO LE CONOZCO, JODER!», chilla Inglis, y hace ademán de ir a por Sinky. Yo le cojo de los hombros. «¡Hostia puta, Peter, somos polis! ¡Aquí no montes un puto número!»

«¡Pero no le conozco!», alega Inglis.

«Pues parece que él te conoce a ti», dice Dougie Gillman, con los ojos estrechados por el odio.

«Tú escribiste esa mierda…», acusa Inglis, y la exasperación de su voz hace que ésta suene aguda e hiperexcitada, como la de un sarasa.

«Yo no escribí nada sobre ti, probablemente fue uno de tus putos novios…», se mofa Gillman, adelantando el mentón.

«So cabrón… » Inglis le asesta un golpe a Gillman, quien da un paso atrás y le sacude en un lado de la cara. Yo agarro a Inglis y espero que Gillman vuelva a soltarle una y machaque ese careto de maricón, pero Ray y Gus lo sujetan y le contienen. Gillman está en forma e Inglis lo sabe, y su forcejeo se vuelve más patético a medida que esos ojos sobresaltados lo hacen parecer más desgraciado que nunca.

«Mirad, larguémonos todos de aquí. Vamos todos un poco pedos. Acerquémonos todos a la logia», recomiendo yo.

Salimos tambaleándonos al exterior entre la ventisca e Inglis ya se marcha, una figura solitaria caminando penosamente por la nieve que cubre Leith Walk. «¡Venga, Peter!», grita Gus.

«Deja al puto maricón», dice Gillman.

«¡Puto bujarrón!», grita Ray tras él.

«¡PEDAZO DE MARIPOSÓN DE MIERDA!», ruge Gillman, haciendo bocina con las manos. Quizá mañana los demás muchachos consideren que esto no son más que un montón de bobadas de borrachos, pero Gillman ha saboreado la sangre de maricón y ahora no le soltará. Aullamos de risa como una multitud de linchadores tras la figura quebrada del sodomita Inglis mientras su espalda encorvada desaparece por el Walk.

Ray lleva otro vaso en la mano. Se lo tira a Inglis, pero se queda varios metros corto y se rompe con un rumor sordo contra el asfalto, pues la espesa nieve amortigua el impacto.

«¿Quién lo habría (0000000000000)? Miembro de la logia además», reflexiono (000000000000000000) hacia el club. Una estupenda fiesta de (0000000000000000000)uélla fue la noche con más movim(0000000000000000)y la peña.

(0000 *Necesitas estar en el trabajo*)
(*Necesitas el trabajo; odias sus*)
(*mezquinas rutinas pero a la vez vives*)
(*de ellas. Estas rutinas bastan para distraerte*)
(*del Ego, al que sólo has de enfrentarte por la*)
(*noche, entre el final de la programación televisiva*)
(*y el progresivo descenso sobresaltado e intermitente*)
(*hacia un sueño físicamente penoso. ¿Cómo puedo perdonarte*)
(*Bruce, después de deshacerte implacablemente de mi Otro,*)
(*tan significativo? Aquella criatura de sublime belleza, el más*)
(*puro de los seres, que confiaba en ti, nuestro Anfitrión, que no*)

(*quiso aferrarse desesperadamente a la vida, entre estas*)
(*entrañas llenas de explosiones de gas. Ese ser que creyó*)
(*que tenías las más puras intenciones con respecto al*)
(*otro, al igual que el Otro las tuvo para*)
(*con todos los otros*)
(*de este mundo nuestro.*)
(*Mi dolor.*)
(*Mi dolor.*)
(*Maldito sea cualquier dios que azote esa bondad*)
(*de espíritu con su más maléfica carga. Maldigamos*)
(*cualquier sociedad de seres injustos y desleales que*)
(*opte por castigar esa bondad como una debilidad y*)
(*que llena esa gran esencia con cinismo y vileza*)
(*antes que con más saber y más bondad aún.*)
(*¿Cómo puedo perdonarte?*)
(*Mas he de hacerlo. Conozco tu historia. Cómo*)
(*puedo perdonarte, mas he de hacerlo.*)
(*¿He de hacerlo?¿Cómo*)
(*puedo perdonarte? He de*)
(*perdonarte. ¿He de hacerlo?*)
(*Tu historia*)
(*Para ti comenzó en un pequeño pueblo*)
(*minero llamado Nittin, justo en las afueras*)
(*de la hermosa ciudad de Edina. Fuiste el*)
(*primogénito, nacido en circunstancias difíciles, de*)
(*un tal Ian Robertson y una tal Molly Hanlon. Eran*)
(*gente minera. Tú fuiste su primogénito, pero algo no*)
(*andaba bien. Eran gente acostumbrada a una vida de*)
(*lucha. Nada, sin embargo, podía haberles preparado*)
(*para el trauma personal al que iban a enfrentarse.*)
(*La gente de las comunidades de los pozos siempre*)
(*supo a qué atenerse. Sabían que a lo largo de su*)
(*historia las clases gobernantes siempre habían*)
(*cuidado de los suyos; los aristócratas propietarios*)
(*de las tierras en las que los mineros extraían el carbón*)
(*y los capitalistas propietarios de las fábricas*)
(*abastecidas por aquella mercancía. Muy rara vez, si*)
(*es que alguna vez fue así, tomaban los gobiernos*)
(*partido por la gente que trabajaba en aquellas*)
(*fábricas o extraía aquel carbón. Sin embargo los*)
(*mineros ganaron batallas, pues formaban una piña y*)

(*eran poderosos y firmes. Pero en la única ocasión en*)
(*la que no lo hicieron lo perdieron todo. Pero tu familia,*)
(*Bruce, tu familia lo perdió todo nada más conseguirlo*.)
(*De modo que procedías de un pueblo y una familia*)
(*mineros. Incluso bajaste al pozo cuando dejaste el*)
(*colegio. Y sin embargo, cuando la policía se alineó*)
(*frente a ellos para imponer la nueva legislación*)
(*antisindical en nombre del Estado y romper la*)
(*resistencia de los trabajadores de la mina que formaban*)
(*piquetes contra el cierre de los pozos, tú no estabas*)
(*del lado de los trabajadores de la mina. Estabas del*)
(*otro lado. El poder lo era todo. Eso lo entendías*.)
(*No para el logro de finalidad alguna, ni para*)
(*conseguir nada, ni para la mejora del prójimo, estaba*)
(*allí para poseerlo y conservarlo y disfrutar de él. Lo*)
(*importante era estar del lado de los vencedores; si no*)
(*puedes vencerlos, únete a ellos. Sólo los vencedores o*)
(*quienes están patrocinados por ellos escriben la*)
(*historia del momento. Esa historia decreta que sólo los*)
(*vencedores tienen una historia que merece la pena*)
(*contar. Lo peor de lo peor es estar en el bando de los*)
(*perdedores. Hay que aceptar el lenguaje del poder como*)
(*moneda de cambio, pero también hay que pagar un*)
(*precio. Tus desesperadas burlas y mofas sólo ilustran lo*)
(*grande que ha sido el precio y la plenitud con la que ha*)
(*sido pagado. El precio es tu alma. Llegaste a perder*)
(*el alma. Llegaste a no sentir. Tu vida, tus circunstancias*)
(*y tu trabajo exigían ese precio. Atemorizado por no*)
(*arrojar una sombra estando ante el sol, dejaste de*)
(*levantar la vista hacia él. Mantuviste inclinada la cabeza*)
(*salvo cuando estabas al servicio de tus nuevos amos*.)
(*Pero esto no sucedió a causa de una huelga. Sucedió*)
(*mucho, muchísimo tiempo atrás. Yo diría que como*)
(*hiciste una travesía en la oscuridad, pero la*)
(*verdad es que nunca saliste de ella*)

Como de(0000000000000000000000000000)tenía por qué llamar de parte del enfermo, ya sabíamos que el mierda ese estaba enfermo.

De modo que Gillman era el hombre perfecto para enviarlo al Foro. Aquel nazi latente era el más indicado para decírselo claro a todos esos listillos hijoputas de mierda. Toal está volviéndose loco conmigo. El espíritu navideño y un huevo. Me asomo por la ventana para ver caer la nieve. Nochebuena y ni siquiera he tenido

tiempo de ir a hacer las compras navideñas gracias al caso este del negrata muerto. La nieve está cayendo con fuerza, sin embargo, y Toal tiene un árbol en un rincón de su despacho. Se está bien y calentito, y su voz resulta extrañamente sosegante. Pero sube de tono: «¿Por qué Dougie Gillman? ¿Por qué le enviaste a él?»

Miro atentamente a Toal y su ridículo pelo crepado. Toal. Se cree un intelectual. Su primera fantasía fue que era gerente, después de que le enviaran a aquel cursillo MBA. Eso ya fue lo suficientemente malo de por sí. Su segunda, la de creerse guionista, sólo es estúpida que te cagas. Estas dos, no obstante, palidecen hasta resultar insignificantes en comparación con su presunción mayor y más nociva, a saber, que es policía. Me dan ganas de reírme en su cara. En vez de eso, me lanzo a soltarle el rollo. «Como agente al mando, tengo que tener en cuenta el desarrollo de todos los agentes a mi cargo. Dougie Gillman era flojo en materia de relaciones comunitarias. Haciendo uso de mis funciones como supervisor, tomé la decisión de que podría mejorar en el área de relaciones comunitarias viéndose expuesto de forma orientada a las actividades propias de esa área, así que hice que estableciera lazos con el Foro.»

«Pues yo no sé qué orientación recibiría, porque lo único que han hecho ha sido presentar una queja contra él. Una queja grave. Peor todavía, la iniciativa partió de la San Yung aquella, la que dirigió el cursillo de *IO* con Amanda Drummond. Niddrie ha insistido en una sanción disciplinaria. He tenido que informar a Gillman.»

No estoy de humor para esto. Casi resulta tentador decirle a Toal que ya sabía yo que aquellas bolleras nos traerían problemas, pero me muerdo la lengua. «Bien, pues aquí tenemos un conflicto de intereses. Como representante de la Fed… »

«¡Ni se te ocurra pensar en representar a Gillman!», grita Toal.

«Ya veremos», le digo yo, manteniéndome en mis trece.

Toal entorna los ojos. «Mira, Bruce, las cosas están muy difíciles por aquí. Tenemos a Arnott con una baja por larga enfermedad, recortes en las horas extra, y el asunto este del racismo. ¡Encima de eso tenemos a un puñetero marica metido en el sorteo para el puesto de inspector!»

«¿Te refieres al hermano Peter Inglis?»

«Sí, hermano Robertson, así es», chilla Toal, ajeno al hecho de estar cayendo en mi trampa. «Mira, Bruce, yo soy tan liberal como cualquier otro miembro del cuerpo, pero sé cómo piensan los polis. Comprendo la cultura de la cantina. ¿Cómo podríamos tener a alguien de sus inclinaciones, haya o no una política de igualdad de oportunidades, dirigiendo a compañeros agentes?»

«¿Qué quieres decir?», pregunto.

«¿Cuántos agentes serían capaces de recibir órdenes de alguien así? Sería una receta para el desastre. Ni de coña. Voy a tener una charla con Inglis y voy a convencerle de que no se presente. Y no quiero que haya objeciones encabezadas por el representante de la Federación o la Hermandad.»

No digo nada.

«Se trata de preocupación profesional, no prejuicio personal», escupe Toal como a través de una boca ulcerada, y cada palabra que articula le provoca malestar, «… no digo que la idea de hombres haciéndose eso unos a otros no me resulte absolutamente repugnante…, pero eso es aparte.»

Le echo a Toal una mirada que espero diga que eso es algo que deberían dar por hecho todas las personas decentes y que el hecho de que te parezca necesario aclararlo me indica que tú también podrías ser un maricón latente.

Parece que él capta y tose nerviosamente: «Pero estoy mucho más preocupado por las implicaciones profesionales… »

«Sigo sin ver por dónde vas», le digo.

«¡Venga, Bruce! De obtener él el ascenso, ¿qué supondría eso para la moral? ¿Cómo se puede tener respeto por un…?, quiero decir, ¡cómo se puede confiar en un hombre que va a estar desnudándote constantemente con los ojos, masturbándose con imágenes tuyas!»

«Eso me resulta un tanto cavernícola, Bob. En algunas partes del país el cuerpo se anuncia en la prensa gay. Se supone que tendríamos que estar en la vanguardia en lo que se refiere a la discriminación basada en la orientación sexual.»

«¡Esto no es algunas partes del país! ¡Esto es Escocia!», dice Toal golpeando la mesa con el puño, y a continuación poniendo ligera cara de vergüenza.

Yo me encojo de hombros. «Es un compañero y un hermano de la logia.»

Él sacude la cabeza y se tranquiliza. «Mira, Bruce, sé que piensas así porque él va detrás del mismo puesto que tú, y no quieres dar la impresión de estar sacándole ventaja a base de minarle. Aprecio tu integridad al respecto. Pero te lo voy a decir claro: en lo que se refiere a ascensos, Inglis es historia.»

Toal se ha tragado el cebo, pero yo sigo asintiendo con expresión grave. Lo mejor es dejar que piense que esto está lejos de gustarme. Puede que Inglis sea un lamentable sarasa, pero sigo estando en contra del principio general de que Toal me diga lo que sea. De todas formas, me despido.

Me encuentro con Gillman en la oficina y nos vamos al Rag Dolí a echar un billar. Necesita amigos en la Federación y en la hermandad. «No te preocupes por una sanción interna. Nadie va a hacer nada. Garantizado», le digo.

«Espero que no, eh», dice encogiéndose de hombros. Este capullo se comporta como si de verdad le importara una mierda. «¿Por unos cuantos negratas? El problema es que no te dejan llamar a las cosas por su nombre o, en mi caso, llamar puto negro a un puto negro», dice sin gracia.

«Ni de coña. No recuerdo quién fue el último tipo del cuerpo al que le impusieron una sanción seria como resultado de una queja presentada por un ciudadano.»

Gillman es buen tipo. Sospecho que sabe que el cuerpo es el mejor lugar para un hombre instintivamente violento, con el apoyo total del Estado cuando las cosas se ponen feas. La mayoría de polis no son más que tipos ordinarios haciendo un trabajo extraordinario, lo cual hace que sea un verdadero placer toparse con un auténtico

psicópata como Dougie. Me impresionó el modo con que despachó a Inglis. No es la clase de hombre que deja que la beligerancia de otros le desvíe de la dirección que él haya elegido. Lo único que eso quiere decir, por supuesto, es que me lo tengo que follar. La cabellera de Gillman será un buen trofeo. Lo tengo en el punto de mira. Y quizá esté un poquitín más preocupado de lo que yo había pensado. «Yo sí», dice, «Artie Hutton, por abrirle la cabeza a un tío en el calabozo. El tío casi la palma. Lo salvaron gracias a una intervención de urgencia.»

«Pero aquello fue cosa de drogas, Artie no tuvo elección», le contesto.

«¿Qué, quieres decir que el tío estaba bajo los efectos de un narcótico y era potencialmente peligroso?», pregunta Gillman.

«Nah…, me refiero a Artie. Acababa de salir de desintoxicación la semana anterior por su problema con la coca. Tenía un monazo que te cagas y el tarado ese de la voz aflautada empezó a ponerse chulo con llamar a un puto abogado y hacer una llamada cuando Artie sólo intentaba hacerle unas simples preguntas.»

Gillman sonríe al modo frío de los asesinos. Es como mirarse al espejo. Pero nunca ha sido un Bruce Robertson y nunca lo será. Se cree que soy el único amigo que tiene en el cuerpo; yo, que le di cuerda como a un juguete y lo mandé a la madriguera de los negratas. Piénsalo otra vez, mi simple amigo. «No te preocupes, Dougie», le digo, «resolveremos esta bobada.»

Cuando vuelvo, me encuentro con Toal al habla otra vez. Está dale que te pego con la falta de progresos, lo cual supone que Niddrie ha estado encima de él y que alguien le ha pateado el culo a Niddrie. Nada más seguro. ¡No es mi problema, hijo! ¡Estoy muy ocupado!

Me dirijo al tigre con el periódico para meneármela con Jilly de Bath. Alguien ha escrito una pintada nueva con rotulador sobre la pintada de nuestro retrete favorito. Por un momento se me hiela la sangre:

MEDIO HOMBRE
MEDIO MEMO
ZERO COP
ROBBO COP

EL FUTURO DEL MANTENIMIENTO DE LA LEY UNA MIERDA

Ahora no puedo concentrarme en Jilly de Bath. Lo único que veo en mi mano es una polla fláccida, escamosa e irritada. Me rasco y me araño los huevos. Vaya risa, joder. Ja ja, so cabrones. Me fuerzo a no pensar quién puede haberlo escrito… Toal, Lennox, Inglis…, pero él no ha estado aquí hoy… Gillman…, Bain… carecen de la imaginación suficiente… o quizá un tarado de uniforme que sepa cuánto desprecio a esos perdedores…, no…, me fuerzo a no pensar en quién puede ser porque si haces eso quiere decir que han ganado. Lo siento, mi querido, queridísimo amigo, Bruce

Robertson está hecho de otra pasta.

¡Buen intento, subnormales!

Ja. Ni de coña, aquí está Jilly… Jilly de Bath, pedazo de pequeña zorra… Lennox difundiendo rumores…, no, venga, Jilly…, tienes unas tetas preciosas…, te gustaría que te las lamiese y chupase…, Toal… pretende estar por encima de toda esa *cultura de cantina*, como él la llama…, que les jodan, venga, Jilly, Robbo es el hombre que puede hacer que suceda para ti, nena…, apuesto a que te afeitas el coñito…, si te quitaras esas braguitas para Robbo…, el futuro del mantenimiento de la ley, EL CAPULLO CARADURA DE GILLMAN, y/o representarle a él, pero no, Jilly y yo, Jilly y yo, nadie más, sólo esas carnes; carnes que ha puesto en papel impreso todas para Robbo, que se jodan todos los demás subnormales que leen el *Sun*, ellos no entienden, este es nuestro pequeño secreto, Jilly, nuestra pequeña carta de amor…, como montar a caballo…, apuesto a que sí, joder…, tómala, nena…, toma a Bruce todo entero…

… Me corro…, estoy chorreando más mugre que un *Weedgie*[72] después de tomar sulfato de anfetamina, y Toal y Lennox y Clelland e Inglis y Lennox no me detendrán ahora, os he jodido, cabrones, os he jodido… Bruce Robertson, ¡INSPECTOR BRUCE ROBERTSON, SO CABRONES ENVIDIOSOS E INEPTOS!

Esta ha sido de las buenas.

Tras una cena navideña en la cantina que no ha estado mal (Ina ha desplegado todos sus recursos, pavo y relleno), Lennox y yo decidimos salir a ponernos ciegos. Disfrutamos de algunas cervezas civilizadas en la logia, y después vamos a casa de Ray, y hay una tormenta de nieve, pero dentro de su piso. La tormenta es de cocaína. Nos sentimos débiles y la droga nos proporciona la ilusión de la fuerza. Le contamos a Lennox la conversación con Toal y sabemos que estamos hablando demasiado, pero dejar de hacerlo dejaría huecos y por tales huecos se colarían pensamientos inoportunos. No tenemos otra alternativa que continuar. Lennox, sin embargo, no ha sido el que ha hecho la pintada. Sabemos que no sería capaz de mirarnos a los ojos de haber sido él el culpable.

«¿Sabes lo que me ha dicho?», le preguntamos a Ray Lennox.

«No», contesta Ray, haciéndose otra raya de categoría.

«Va y me dice: La hermandad ha cambiado. Yo le digo: ¿Qué quieres decir?»

«Puto subnormal.»

«Y se da la vuelta, ¿y sabes lo que me dice entonces?»

Ray sacude la cabeza.

«Va y dice: Si te metes en un atolladero, no esperes que tus contactos en la hermandad te saquen de él.»

«¿De qué va ese cabrón?», pregunta Lennox, de forma lenta y exasperada, con los

ojos abiertos y enrojecidos. Ese bigote va tomando cuerpo. Bandido Lennox.

«Cojo y le digo: ¿Qué quieres decir con eso? Y él me dice: Lo que acabo de decir. No esperes que la hermandad te saque de un atolladero.»

«Qué jeta tiene el cabrón», se mofa Lennox.

«Ves, Ray, tiene miedo. Tiene miedo de nuestros contactos en la hermandad. De nuestra influencia en la hermandad. Caza con los galgos y corre con las liebres el muy cabrón. ¿Sabes lo que ha dicho mientras salía por la puerta?»

«No.»

«Va y dice: Los contactos en la hermandad sólo te permiten llegar hasta cierto punto.»

«¡Eli! Vaya un puto…»

«Pues espera que oigas ésta, entonces dice, espera que oigas ésta, va y me dice: ¡Además, tú no eres el único que tiene contactos en la hermandad!»

«¡Ja ja ja! ¡Vaya un puto gilipollas! Eso es…, eso es…, quiero decir, no te puedes tomar en serio a ese capullo.»

«Exacto, Ray. Eso es lo que me daban ganas de decir: No puedes estar hablando en serio. Apenas podía mantener una cara seria, ya te digo. Me he limitado a decir: Gracias, hermano Toal.»

Ray sonríe y después deja prolongarse un rato el silencio. Sé que el capullo se ha estado preparando para decirme algo. «Escucha, Robbo, tengo que decirte algo», dice, bajando la voz, «no quiero que haya malentendidos, por eso te lo digo antes. Quiero hacer carrera en el departamento, pero durante los próximos años no tengo posibilidades reales de ascenso. No tengo suficiente experiencia.»

Acabas de llegar a sargento, capullín caradura. Por supuesto que no tienes suficiente experiencia. «Pues no sé, Ray. Lo que cuenta es lo bueno que seas.»

«Incluso he estado pensando en presentarme yo a la plaza vacante de inspector por la reorganización. Sé que no tengo posibilidad alguna, pero sería buena idea adquirir la experiencia de presentarme para algunos de estos puestos, de pasar por un par de procedimientos de selección de la junta de ascensos, para saber qué es lo que cabe esperar cuando tenga la experiencia suficiente. Odiaría pensar que cuando estuviera preparado, dentro de un par de años, podría cagarla sencillamente por no tener experiencia alguna de una entrevista en grupo. ¿A ti qué te parece?»

A mí me parece que eres un capullín de lo más cobista. «No veo por qué no, Ray, no puede hacer ningún mal», asiento.

Ahora Ray Lennox es el que va tras nuestro puesto. Ray Bobochorra Lennox. Picha Gorda Lennox en la cantina y en el club. Lameculos Lennox en el despacho de Toalie. Caguetas Pichafloja Lennox cuando hubo que entrar en acción con la puta de mi cuñada.

Traicionero Ray Lennox.

«No es mala idea, Ray», repito con esfuerzo, «no puede hacer mal alguno… y coloca un poste indicador para el futuro.»

«Eso es, Robbo, no es más que poner a volar una pequeña cometa para que sepan quién es Ray Lennox», sonríe el capullo, y se pone a hacer más rayas.

Criminal Lennox.

Cuando se va al retrete miro cómo las cubiertas de los cojines rojos de prostíbulo que hay en su sofá ceden ante el implacable calor de la punta de mi cigarrillo. Hago unas cuantas más, y les doy la vuelta.

Feliz Navidad, Mister Lennox.

COMPRAS NAVIDEÑAS

Bobochorra Lennox, tras haber lanzado la bomba de que intenta quedarse con mi puto puesto, tiene la audacia de arrojarme prácticamente a la nieve puesto que se marcha a pasar las Navidades al hogar paterno. Que le jodan: tengo que hacer las compras navideñas de todas formas. Esta noche las tiendas están abiertas hasta tarde. Me tomo una pinta en el viejo garito de Alan Anderson, y después me voy al tigre, donde me hago una raya enorme encima de la cisterna y me la esnifo. La necesito para afrontar el infierno este de las compras. Llego al St Jame's Centre. Tengo que utilizar la energía de la coca para comprar. La puta Nochebuena. Tengo que comprarle algo a la cría…

Me fijo en el C&A, pues necesito unos pantalones nuevos. Todos los demás empiezan a estar un poco apestosos y me niego a llevar vaqueros, pues son la marca del arrabalero. Cojo un par de color beige que parecen de mi tamaño, talla cuarenta, pernera mediana, y entrego temblorosamente mi tarjeta de crédito. El límite crediticio de la Visa se ha ido a tomar por culo y me enfrento a la humillación del rechazo. Lo pago con la Switch y me piro de ahí, proclamando en voz alta mientras lo hago: «Es un problema de líquido, eso es todo. Soy un profesional, no un arrabalero. ¡Un hombre acaudalado! ¡Un hombre acaudalado!»

Pero los buitres andan haciendo círculos. No puedo enfrentarme al puto Toys'R'Us ese. Ahora dónde…, ahora dónde…

El puto John Lewis.

GUÍA DE LOS ALMACENES JOHN LEWIS: ROPA DE MUJER A lo mejor le compro algo a Carole. Algo bonito. Una Carole navideña[73].

Pero no puedo con esto, las multitudes y toda esa mierda. Me hago otra gran raya en los cagaderos de los almacenes.

Cuando estoy fuera sigo descontrolado porque estoy de pie solo (puede estarse de pie de alguna otra forma) y pasan volando en todas direcciones esos compradores de John Lewis, esos ojos en todas partes salvo en los míos por favor miradme y una zorra vestida con unos pantalones de cuero lo hace y después aparta la vista para comprobar las DEMÁS MERCANCÍAS dirigiéndose a PRENDAS DE CABALLERO LANAS DE TEJER COLECCIONES TELAS… Yo le digo señora, suba un piso más arriba de TARJETAS y ALMAS PERDIDAS.

Entonces la veo: 2,35 libras por una bolsa de regalo negra en la que meter pequeños regalos… regalos… regalos para regalos… mejor dar que recibir… lo que

nos queda por ver… el enano gordo y sudoroso que escupe bruscamente en su carrito… la procesión de borregos ausentes en la escalera… la vacaburra a la que te entran ganas de gritarle ÉCHANOS UN PUTO POLVO o sólo mírame por favor policía por favor por favor mírame.

Y siento una mano sobre mi brazo y alguien me pregunta si se encuentra usted bien caballero y yo me aparto y saco mi identificación y gruño: «¡Policía! *please me like I please you…*[74]», y entonces me aparto atravesando la casa del señor este gran templo de culto a nuestro Dios de la generosidad cristiana del gasto consumista del desembolso del negocio de la competitividad de comprar y estafar de la muerte y salgo a la calle donde los borrachines excluidos mendigan peniques…

> *last night I said those words to poor Ray Our Shirl she reckons you're a crap lay fuck off, fuck off, fuck off, fuck off please police me oh yeah like I police you*[75].

Estoy follado y me voy para casa sin otros putos regalos que mis pantalones Man At C&A.

Sin regalos.

Sin nadie a quien dárselos de todos modos.

Ni de coña voy a dormir. Ni de coña. Me hago una raya y veo unos vídeos porno. Pero soy incapaz de hacerme una paja y eso me deprime. Me guardo mi polla en descomposición y veo algunos de los programas del sábado noche que he grabado. *Jim Davidson's Generation Game*. Davidson es un buen humorista. Pone en su sitio a las basuras, pero los maricones de la BBC no le dejan mostrar todo aquello de lo que es capaz. Así paso el tiempo hasta que amanece y ya puedo irme a sobar con más seguridad.

Sin sobar

Pero no he podido sobar.

Así que aquí estamos, Feliz Navidad, todo el mundo se divierte…

Algunos puede, pero otros tenemos trabajo que hacer. Estos formularios OTA 1-7 no se rellenan ellos solos, qué mala suerte. Así que salgo, tempranito por la mañana, con Gus Bain y recorremos calles desiertas en busca de un poco de acción. Los listillos no van a aflojar la presión por algo tan trivial como las Navidades, así que nosotros tampoco.

No es difícil encontrar a los putos espabilaos en esta ciudad. Están los de Leith, los de Gorgie, los del South Side y los de Tollcross, aunque los dos últimos son menos ahora gracias a la rehabilitación del centro. El South Side ha sido colonizado por teatreros y estudiantes, mientras que los hombres de negocios han hecho lo mismo con Tollcross.

Ignoremos a los arrabaleros: esos cabrones obran por cuenta propia. En tanto permanezcan fuera del centro de la ciudad pueden matarse unos a otros todo lo que quieran a base de alcohol barato, fumeque, drogas y comida de alto contenido en colesterol. Tolerancia cero del delito en el centro de la ciudad; *laissez-faire* absoluto en el interior arrabalero. Ese es el camino hacia delante del trabajo policial en el siglo XXI. Tony Blair ha acertado: mantengamos a esos mendigos borrachines fuera del centro de las ciudades. Desposeídos, alejaos…, no queremos que vengáis a nuestra fiesta…

Gus y yo somos tempraneros los dos. Yo no podía dormir así que ya está. Si pudiera dormir, pero por la noche oigo voces en la cabeza y entonces empiezo a pensar en esa cosa que tengo dentro devorándome las entrañas. Demasiados ataques de ansiedad por la noche. Ojalá fuera de día las veinticuatro horas. Gus tampoco suele dormir apenas, ahora menos con lo del ascenso en ciernes. Los dos queremos que nos vean llegar temprano. A veces dejo el coche en el aparcamiento sólo para dar esa impresión. No hace falta que hagas una puta mierda, siempre y cuando te vean llegar temprano y marcharte tarde. Esta táctica le dio buenos resultados a Toal, que era conocido por ser un agente incompetente. Pero mirad a ese cabrón ahora. Pero ya se enterará, joder.

Lo primero que me ha dicho Gus en esta fría y aburrida mañana ha sido: «Feliz Navidad, Bruce.»

«Tú también, Gus.»

El día de Navidad. Gus quiere empezar pronto y terminar pronto por la cena familiar. Yo quiero empezar temprano y no terminar nunca.

«¿Qué planes tienes para hoy entonces, Bruce?», pregunta él.

«Los rollos familiares de costumbre, Gus. ¿Y tú?»

«Sí, yo también. Edith va a preparar un pavo enorme. Tiene a la mujer de Malcolm, Sarah, para echarle una mano. Han venido con los dos pequeños. Después vendrán Angus y Fiona. Ellos sólo tienen una niña pequeña. Edith preparará ese vino especiado suyo. Esta tarde estaremos todos un poquito piripis. Pensé que lo mejor sería quitarme de en medio hasta que esté todo listo.»

Asiento con un gesto de complicidad.

Me acuerdo de Edith, la mujer de Gus. La he visto unas cuantas veces. Una mujer alegre. Ella y el señor polla gorda Gus y su Navidad en familia. No es de extrañar que la vieja bruja siempre lleve una sonrisa atontada en la cara. Cualquier puta a la que le metieran el cacho ese que tiene Gus lo haría. Pero ella: carroña putrefacta bajo una piel de cordero. Casi lo siento por el viejo Gus. De nada sirve tener la mayor cuchara de madera de la cocina si sólo la usas para remover la misma olla de caldo rancio que hace mucho que ya no hierve. Eso dice Bruce Robertson.

De todos modos, estamos inspeccionando un bar de los que abren de madrugada en Leith. Parte del bar está llena de polis de la comisaría de Leith. Las reglas son las mismas para los garitos que abren temprano, sea el puto día de Navidad o no. La mayoría son tarados de uniforme que acaban de terminar el turno y por tanto no vale la pena hablar con ellos, pero resulta divertido hacerles de vez en cuando la vieja inclinación de cabeza tersa y seria que les pone paranoicos y les hace pensar que está teniendo lugar alguna investigación interna y algunos de los más corruptos terminan rápidamente sus consumiciones y se largan. Los despedimos. Reconozco a un par de caras de la hermandad; un capullo que ni siquiera sabía que era poli.

Echamos un vistazo al otro lado del bar, ocupado por las clases criminales. Reconozco inmediatamente una cara en la mesa del billar. Un Begbie, no hay duda. No estoy seguro de cuál, Joseph o Francis o Sean o algún otro asqueroso nombre papista. Tienen todos el mismo aspecto. Creo que es Francis, el peor. Menuda pieza. El hijo de puta levanta la mirada y después vuelve a mirar a la mesa. Ese hijo de puta es tan paranoico que si le preguntaras con naturalidad si recuerda dónde estaba cuando mataron a John Lennon, diría que estaba jugando al billar en The Volley y que tenía montones de testigos.

Pero no hay rastro alguno de mi amigo Ocky. Tisk, tisk, tisk, como dicen en los cómics. «A lo mejor desayunamos un poco, Gus, y después vamos al queo de ese subnormal. A ver si sigue estuprando.»

«De acuerdo, Bruce», sonríe Gus.

Sí, Gus es un viejales simpático. Un abuelo que adora a sus nietos, pero todavía sigue siendo uno de los interrogadores más temidos de la cristiandad. Eso es lo estupendo de los tipos como Gus, para ellos no es sólo un trabajo. Es un tipo religioso

y odia genuinamente el crimen y la violación de la legalidad. Su problema es que en ocasiones muestra excesiva compasión cristiana.

Nos vamos a un comedor, un sitio que conocemos junto al muelle. Como siempre, está abierto, sea el día de Navidad o no. Gracias al infierno por estos sitios. «¿Qué te parece que Ray Lennox vaya a presentarse al puesto?», pregunto yo.

«Bueno, comprendo el punto de vista de Ray: hace que tomen nota de él para el futuro.»

«Para mí denota falta de respeto para la gente como nosotros, Gus. Es su forma de decir que no nos valora.»

«¿Tú crees?»

«Pensé que tú estarías más mosqueado que nadie: una táctica clásica de reclutamiento para estrechar el campo. Si hay que elegir entre tres es más difícil que elegir entre dos. Así que teníamos que ser yo, tú o Arnott. Inglis es historia. Ni de coña iban a poner a un maricón.»

Gus asiente atentamente; la preocupación empieza a aparecer en su mirada.

«Ahora Lennox coge y echa su nombre al sombrero. ¿Qué dicen los cabrones de la junta? Dicen: Ya era malo tener que elegir entre tres, pero ahora son cuatro. Así que la táctica habitual es coger al más joven y al mayor y eliminarlos, sin planteárselo siquiera, para no tener que elegir más que entre dos. Tendría que agradecérselo al capullín, acaba de eliminar al favorito, que eras tú», digo señalándole y enarcando las cejas con una expresión funesta.

Gus parece estupefacto. «Qué cojones…»

«Es una vieja treta, Gus; como te he dicho, prácticas habituales de Personal. Las reglas son las mismas. Probablemente inspiradas por esa nena tontorrona de Drummond. Así es como obtuvo sus galones, rehaciendo los procedimientos de Personal. Venga, Gus, ya viste lo muy amiguitos que eran ella y Lennox durante aquel estúpido curso sobre racismo. Charla de alcoba. Esa es la nueva francmasonería, Gus, la francmasonería de los bares pijos. New Labour, New Freemasonry. Ese tipo de cosa. Se lo están montando todo a su medida.»

Gus observa con espanto mientras mi arenga empieza a hacer mella. Se limita a menear lentamente la cabeza, observando mientras treinta años de servicio se van por el desagüe.

«Llevan aquí cinco minutos, Gus», le recuerdo, sacudiendo la cabeza con un gesto de asco, «cinco putos minutos.»

Llegan los huevos, las judías, la salchicha, el tomate, la morcilla y los bollos de patata. Gus, sin embargo, parece haber perdido el apetito. «¿De verdad crees que es a eso a lo que está jugando?» Las palabras salen de cuajo de su garganta como una tirita arrancada de una herida.

«Garantizado», asiento yo, «pásame el ketchup, Gus.»

A Gus se le nota enconado mientras subimos por el Walk. Sí, es una lástima para el pobre viejo, pero aún necesita que lo pongan en su sitio. Mantengámosle nervioso,

mantengámosle susceptible y con la confianza baja y el viejo bobo se desmoronará y meterá la pata mucho antes de que la entrevista para el ascenso tenga lugar siquiera. Tan cierto como que la noche sigue al día.

Aparcamos delante de una tienda de muebles de segunda mano en el Walk. Fue el local del viejo Rab Vanee antes de que Franco Begbie y Alex Setterington entrasen un día por la puerta y lo jubilaran. Simplemente le dijeron que ellos se iban a hacer cargo del contrato de arrendamiento y asunto resuelto. Rab era medio borrachín de todos modos (poco después de aquello alcanzó el estatus de borrachín con dedicación plena), pero esencialmente inofensivo, aunque más corrupto que el copón. Es obvio que esos cabrones están vendiendo drogas desde allí, no hay más que ver a las putas heces que entran y salen: Keasbo Halcrow, Nelly Mclntosh, Spud Murphy, Johnny Swan, Simón Williamson, Raymie Airlie, Juice Terry y todos los capullos *casuals* y maquineros bajo el sol. No creo que a esos cabrones les interese el mercado de los trajes viejos o los frigoríficos usados. Begbie y Setterington se creen sutiles cuando quedan con alguien en el pub de la esquina o el café de enfrente. ¡Error! Sus fétidos culos son míos. Pero no vamos a empapelar a cabrones como ésos por algo trivial, los vamos a encerrar para los restos.

Sobre todo a Setterington. Lo que él y sus colegas le hicieron a aquella chiquilla aquella vez fue una pasada. Conrad Donaldson le defendió. Bueno, pues a ése se la devolví, y lo mismo le haré al viejo Lexo Setterington. No hay que preocuparse.

Nos acercamos a casa de Ocky pero no está. Eso está lejos de sorprenderme, el asqueroso estupradorcillo probablemente estará gozando de una Navidad en familia.

«Escucha, Gus. Me gustaría tener el ojo puesto sobre Lexo. No te preocupes demasiado por Franco; ese capullo es totalmente previsible. Se cree que hace falta pasaporte para ir más allá de Pilrig. Pero vigila a Lexo. Y atento por si aparece Ocky.»

«Así lo haré, Bruce. Si el Setterington ese hace los recados para su mamá, lo sabré.»

Hoy no hay casi nadie en la oficina y tendré que contestar yo al teléfono. Ni de coña voy a hacer yo el trabajo de un tarado de uniforme saliendo a impedir un baño de sangre en la cena navideña de alguna familia disfuncional de arrabaleros o algo así. Toal tendría que haber preparado un turno para el personal de Delitos Graves. Toal. Ese cabrón vive como Dios. El guionista. Tiene gracia, pero con lo mucho que me apetecería ver encerrados de por vida a la gente como Gorman, Setterington y Begbie, renunciaría a todos ello a cambio de ver a Toal y Niddrie reducidos al estatus de borrachines callejeros.

Gus y yo nos marchamos tras haber rellenado nuestros formularios de horas extra. El día de Navidad cuenta el doble. Fiestas oficiales.

En casa me tomo unas judías con tostadas como comida de Navidad. Hay un

mensaje en el contestador. La voz de una chiquilla, cansada y forzada: «Feliz Navidad, papá.»

Espero que Papá Noel tratara bien al pobre cagarro, pues es seguro de cojones que yo no lo he hecho.

Estoy sentado frente al fuego con la tele puesta. Es una película de James Bond que he visto cerca de un millón de veces. A Bond lo interpreta Connery. Ese hizo lo correcto: pirar de Escocia y quedarse fuera. Volver durante diez minutos para decirles a los muy tontos del culo que les hacía falta un parlamento, ¡pero no quedarse el tiempo suficiente para votar! ¡A los muy tontos del culo eso también les encanta!

Caliento más judías y echo otro par de hojas del manuscrito de Toal al fuego. Resulta tan satisfactorio verlas arder, Pero la siguiente página capta mi atención:

INT. OFICINA DE BILL TEALE.

Un despacho de policía austero y funcional. Sobre la mesa hay fotos familiares. BILL TEALE es un hombre refinado y apuesto de mediana edad al que el paso de los años ha tratado bien. TEALE no es el estereotipo del policía: tiene un aire fino e intelectual. Una mujer delgada y atractiva, ANNABEL DRAPER, entra en su oficina con un informe.

[BILL]

Annabel…

[ANNABEL]

Bill, sobre lo de anoche…

[BILL]

Annabel…, lo de anoche fue…, quiero decir, todo esto se nos está yendo de las manos. Nunca quise que nosotros…

[ANNABEL]

Dilo, Bill. Dilo. Anoche dijiste bastante. ¡Pero eso fue antes de obtener lo que buscabas!

[BILL]

Jesús, Anna, yo…

[ANNABEL]

Nunca pretendiste que nos enamoráramos, Bill.

[BILL]

Maldita sea, Anna, tenemos que comportarnos como personas maduras. Yo estoy casado. Podría ser tu padre. Y somos agentes de policía profesionales. Anoche fue…

Les interrumpe una voz grave, monocorde y monótona procedente del interfono de Bill. Pertenece al sargento BRETT DAVIDSON

[BRETT (V. O.)]

Jefe, aquí Brett. Hemos identificado positivamente al fiambre. Creo que debería venir a ver esto.

[BILL]

De acuerdo, Brett, ahora mismo voy.

Desconecta el interfono

[BILL] (cont.)

Tendremos que dejar esto para más tarde, jovencita.

[ANNABEL]

Ah, muy oportuno. Supongo que…

[BILL]

¡He dicho que eso es todo, sargento Draper!

Annabel se da la vuelta y se marcha, enfurecida.

¡Aquí qué cojones está pasando! ¿Significa esta mierda que Toal se ha tirado a Drummond, o se trata de piadosos deseos por parte del muy guarro? ¡De repente me estoy interesando por la incipiente carrera de guionista de Mr. Toal!

Dejo caer al suelo el manuscrito pero decido no arrojarlo al fuego. Brett Davidson…, voz grave, monocorde y monótona…, ¡tendrá jeta el muy cabrón! Lo cojo y empiezo a hojearlo en busca de más referencias a Brett Davidson, pero entonces decido que si hago eso, si cedo a mi curiosidad, entonces dejo que Toal gane. El objetivo de levantar el manuscrito era comerle la cabeza a Toal, no dejar que él me la comiera a mí.

Tengo que ser fuerte. Una persona débil miraría el manuscrito. Tengo que ser fuerte.

Echo el manuscrito al fuego, observando con creciente pánico a medida que su

masa empieza a ennegrecerse y a consumirse por los bordes. Me aferró a los brazos de la mecedora. Hay un momento en (00000 *arroja más combustible al*)cia eso pero afortunadamen(*fuego, Bruce* 0000000000000000000)a de calor y me sentí a la (*mas carbón* 000000000000000 *más negro*)reado por la experienc(*Cochino carbón. Ése era el combustible. Come*)

Ni de coña puedo quedarme aquí solo. Cojo el coche hasta el centro de la ciudad, sin tener ni idea de qué puedo hacer. Entonces tengo un golpe de inspiración y vuelvo a dirigirme a los suburbios de la parte sur. A mitad de camino, me doy cuenta de que Clell ya no está en el Princess Margaret Royal, así que cambio de dirección hacia Morningside y el Hospital Royal Edinburgh y su anexo más bien pintoresco, la clínica Arthur Dow.

Hay unos putos comediantes que alucinas en este sitio. El pobre Clell es uno de ellos. Es curioso, pero pensé que Clell estaría bien tras dejar Delitos Graves por Tráfico, pero parece hecho un saco de nervios. Como si a mí me importara. La única razón por la que estoy aquí es por curiosidad morbosa y porque no tengo otra cosa que hacer.

«Muy amable por tu parte interrumpir tus vacaciones navideñas, Bruce», dice tajante. «Te lo agradezco mucho.» Me pregunto si lo dice porque lo han drogado o porque entiende exactamente por qué he venido. Como si me importara un carajo en cualquiera de los dos casos.

Empieza a despotricar de forma resollante, esperando que yo me quede ahí sentado escuchándole como si fuera un puto sacerdote. «Delitos Graves…, ver toda aquella mierda, lidiar con ella un día tras otro… tiene que acabar haciéndote polvo… Yo pensaba que me había vuelto un poco más duro y un poco más cínico…, creí haber capeado el temporal…, que había salido bien de todo aquello… »

Veo a una periquita sexy en uniforme de enfermera. Fua. «¡Vaya periquita, Clell! ¡Te lo has montado de cine aquí dentro!»

«… no había calado la cuantía de los daños…, quiero decir, dos matrimonios a la mierda en siete años…, bebiendo como un cosaco…, tendría que haberme dado cuenta… »

«Una preciosidad como ésa cuidándote. ¡No me extraña que quieras pasar las Navidades aquí!»

«… sólo fue cuando obtuve el traslado soñado a Tráfico…, al tercer día frente a la mesa estaba desgarrando las hojas de informes con el bolígrafo…, la normalidad resultaba tan dura de llevar, Bruce… »

«¿Crees que tendrá novio? Eso sí, un chochete como ese tendrá que tenerlo.»

«… estaba pagando el precio, Bruce…, estaba pagando el precio.»

Es una preciosidad, ya lo creo. ¡Uuh-uh-uh! «Disculpa, Clell, ¿qué decías? Ah, sí, alguien tiene que hacer el turno de lucha contra las plagas. Por mucha mierda que sea, prefiero hacer eso que ser un subnormal encadenado a su mesa. Mismas reglas.»

«Nah, Bruce…, el problema no estribaba en Tráfico…, estribaba en Delitos

Graves. Estribaba en tener el espacio suficiente para poder volver a pensar. Para abrirse el pecho. Todos volvieron a mí, Bruce. Todos los cadáveres, todos los críos víctimas de abusos…, toda la gente destrozada y hecha polvo…, y no paraba de pensar ¿por qué? No debería ser así…, no debería…, ¿por qué?»

Me coge de la muñeca y rae mira con el ceño fruncido, pero yo miro a la enfermera sin reparar en él. Lleva esas medias que probablemente son pantis, pero opto por pensar que son medias y llevan esas costuras que recorren todo el dorso de sus piernas definiendo esas estupendas pantorrillas y muslos y fuá…, pero no puedo decirle nada a Clelland, que me sigue cuchicheando fijamente: «¿Por qué?» Me dan ganas de decirle exactamente por qué. En dos simples palabras: selección natural, colega, selección natural. A la gente destrozada y hecha polvo se la desecha y tú eres uno de ellos, amigo mío. Mismas reglas. Bajo esa apariencia exterior bromista, Clell siempre fue un mariquita débil, sensible y rojeras. Carecía del temperamento de las grandes ocasiones. No tenía agallas. El factor Inglis está muy presente aquí. Personalmente, preferiría andar hasta la cintura entre montones de cuerpos que entre montones de formularios cualquier día de la semana.

Caigo en que no sé lo que estoy haciendo aquí. Me siento como el cabrón ese de Rolf Harris[76], o quien sea, que va a visitar a los críos en los hospitales el día de Navidad. Sólo que yo visito a los críos grandes que no están en condiciones de realizar el trabajo de un hombre.

«Tengo que marcharme, Clell», digo, liberando mi muñeca enérgicamente, «Carole ha echado mano de todos sus recursos con el pavo en esta ocasión. Llámame tradicionalista si quieres, pero la comida navideña en familia tiene algo.»

«Jackie nunca ha venido a verme…, pero ha llamado…», dice él.

«Me cuentan que en estos sitios se enrollan muy bien el día de Navidad. Estás en buenas manos, Clell.» Vuelvo a mirar a la enfermera. «¡Sobre todo estando ella aquí! Yo dejaría que ella me lavara en la cama…, qué digo que me lavara, ¡dejaría que me hiciera un enema! ¡Y le devolvería el favor! ¡Fua! De todos modos, ¡nos vemos, Clell! ¡Feliz Navidad! Arriba el pito.» Le guiño un ojo mientras me marcho. «¡En cualquier caso, el mío lo estaría en un sitio como éste! ¡Seguro!»

Mientras abandono al zoquete farfullante veo a las enfermeras empezando a servir el papeo navideño para algunos otros lunáticos debilitados del pabellón. La mayoría son capullos jóvenes y estúpidos; anoréxicos, yonquis y así sucesivamente, inadaptados que no pueden soportar la vida. Deberían echar a todo el puto mogollón a la nieve en vez de malgastar la pasta del contribuyente mimándoles con pavo y guarnición servido por jacas con medias. Es una puta vergüenza. ¡Eso nos gustaría a todos!

Me planteo tratar de hacerme con uno de los platos, pero hay demasiado personal por los alrededores.

En vez de eso, vuelvo a casa y reavivo el fuego; el manuscrito de Toal está reducido ahora a un montón de cenizas. Caliento algunas judías más, las aderezo con

polvo de curry y me hago unas tostadas. Escucho a esa vieja capulla rica embobada y apestosa soltar su mierda habitual de las tres. Soy un masón, y juro fidelidad a la corona como institución, pero, como personas, la familia real son la gentuza subnormal más lamentable que jamás ha pisado el tercer planeta del sistema solar.

Afortunadamente hay un festorro en el club de Shrubhill para la noche del día de Navidad. No hay demasiada gente, al ser Navidad y eso. El hermano Blades está presente, no obstante, y ambos nos ponemos bolingas perdidos. Tiene que sostenerme para el «Dios salve a la Reina». Está hablando sin parar acerca de Bunty, algo sobre una discusión y su madre, pero no entiendo una palabra de lo que dice. Me deshago de él y salgo tambalean dome al frío. El fresco me reanima un poco y un tío de la logia me acerca a casa en coche. Entro en casa, esnifo un poco más de blanca y empiezo a pegarle a otra botella de Grouse. Pongo el *Women and Children First* de Van Halen a todo volumen y toco la guitarra aérea, especializándome en la danza del pollo de Jimmy Page. Entre canción y canción oigo que llaman con fuerza a la puerta.

Stronach y su esposa están en el umbral de mi puerta. Juega mañana, contra el Motherwell, me parece. No oigo nada, porque acaba de empezar el siguiente tema y está alto de verdad. Sólo veo dos bocas abriéndose como las de los peces. Los dos van vestidos de chándal. Levanto la mano para silenciarles y después entro y bajo la música antes de volver a aparecer.

«¡Feliz Navidad, Tom! ¡Julie!», grito.

«¡Dios, Bruce! ¡Tranquilízate, tío! ¡Estamos intentando dormir!», gimotea Stronach, mientras su estúpido rostro beligerante me escruta en busca de signos de que me hago cargo de su situación.

«¡Joder, Stronach, no entres ilegalmente en mis dominios! ¡Si quieres quejarte por el nivel de ruido, llama a la puta policía! ¡Es el puto día de Navidad!»

Le doy un empujón en el pecho y sale impelido fuera del umbral y hacia atrás. Cierro de un portazo en su cara de atontao.

Ese capullo tiene todo el puto año para dormir. Yo trabajo todo el puto año.

Intento ver algo de televisión por un solo ojo. Dan una película en Channel Four, donde se atisba el chocho, el culo y las tetas de alguna guarrilla francesa. Vuelvo a pensar en la enfermera esa otra vez y decido seguir visitando a mi colega Clell de forma regular. Resulta imposible leer el teletexto para saber lo que van a dar, y resulta igual de difícil leer el puto *Radio Times*.

Estoy pasado.

RADIOCASETE DEL COCHE DEVORA UNA CINTA DE MICHAEL BOLTON

Suena el Big Ben, *Radio Times*. Se supone que son las putas Navidades y la tele es una mierda, todo reposiciones. Stronach acertó con lo del satélite ese. Me jode amargamente tener que pagarles una cuota a los gilipollas de la BBC por absolutamente nada. Esta mañana me encuentro espeso, espeso de hacer zapping; la cabeza me zumba. Intento encender el fuego y conseguir que se ponga en marcha una llamarada razonable. Casi estoy tentado de archivar mi plan de cazar a Bladesey. Sin embargo, el muy necio sella su propia suerte al telefonearme para recordarme la partida de bolos para el día después de Navidad que concertamos la otra noche en la logia cuando íbamos bolingas perdidos. Ian McLeod, de la hermandad, me entregó las llaves de la bolera, me recuerda. Me preguntaba qué era aquello que tintineaba en mi bolsillo.

Bolos el día después de Navidad. Con Bladesey. ¿Se puede hacer algo más lamentable y que ponga de manifiesto mejor que no tienes colegas? Decadencia y desaliento en todo lo que veo. La casa está hecha un cagadero, hay basura y ropa usada y apestosa acumulándose por todas partes. Incluso yo empiezo a notar el pestazo cuando entro en casa. Esos irresponsables y débiles suicidas, esos críos drogatas y esos putos borrachínes callejeros tienen mejor convenio que yo para esta época del año. Carole tendría que aclararse. Si viera las molestias que me ha causado, joder…

Estoy tembloroso, enfermo y nervioso. Hoy no voy a conducir. El radiocasete del coche devoró la cinta de Michael Bolton. Tengo que hacer que instalen un puto compact en el coche. El caso es que cuando el tema de dónde meterlos aflora, estás jodido. Ese listillo de Bladesey se ha pillado uno, el pequeño hijo de puta. Ha venido a buscarme temprano para la partida de bolos, tal y como estaba previsto.

Miro su *compact* desdeñosamente. «Yo me planteé lo de pasarme al *compact disc* pero luego pensé: Espacio para guardar los discos. Las reglas son las mismas», le digo.

«Pues yo, eh, a mí me parece que en realidad no ocupan mucho más espacio que las casetes.»

«No me convence. Falta espacio», le salto al capullín.

Entonces el subnormal este sonríe como el tarado que es y abre un cajón abarrotado de putos discos que hay debajo del estéreo. «Instalaron este compartimento para guardarlos debajo. Caben hasta cincuenta», sonríe. Capullín estúpido.

«De acuerdo», digo y me sale una voz bronca y policial de servicio. Entramos dentro, donde tengo la tele puesta accidentalmente a propósito. El pequeño canalla observa desdeñosamente el desorden que hay a su alrededor, pero sabe que más le vale no decir nada.

Lanzo un ataque preventivo por si pregunta por Carole y la cría. «¿Y cómo van las cosas con Bunty? La otra noche intentaste decírmelo pero estaba matao.»

«No demasiado bien, Bruce», dice Bladesey con aspecto lúgubre. «En realidad, esta tarde cojo el coche para ir a casa de mi madre, a Newmarket. Sólo unos días. Para ver a la familia y todo eso. Bunty ha decidido quedarse aquí. Menudo follón está armando. Quiero decir, sólo los veo una vez cada mil años, por Dios.»

«Hmm, ya entiendo», asiento yo. «Sí que parece un poco excesivo.»

Así que Bunty va estar sola unos días. ¡Pues eso no podemos tolerarlo!

«Sí…, es un verdadero problema…»

«Difícil, hermano Blades. Entonces, el tipejo que la incordia, ¿cómo habla?»

«Me parece que en realidad es un acento nasal, del norte de Inglaterra, Manchester en realidad…», dice Bladesey.

«Man-chesh-tehr», digo de forma mierdera, «Soy una mierda para los acentos, me temo, menos para el *cockney* porque antes vivía allí. *Ol roight moite? Dahn the old frog'n'toad*[77]…»

Justamente entonces, como había planeado, aparece la gran cabeza de Frank Sidebottom en la pantalla presentando la siguiente calamitosa actuación de música pop. El *Radio Times* sirve para algo después de todo.

«Dios mío…, ese tío de la tele…, así es exactamente como Bunty imita su voz. Esa marioneta de la televisión.»

«¿Eh?», digo yo, subiendo el volumen. Frank está diciendo que este número suele salir muy entrada la noche en el show de Jools Holland y que su mamá no le deja quedarse despierto para verles…

«El tipo de la máscara… »

«Vale. Es evidente que alguien está imitando a ese personaje televisivo.»

Esperamos a que salgan los créditos. «Santo cielo», dice Bladesey, «se llama Frank. Frank Sidebottom.»

«Vale», digo yo, levantándome y acercándome al teléfono. Hago como que me pongo en contacto con la operadora, y después como que estoy pidiendo un número de teléfono para los estudios Granada: «Sólo quiero que se ponga alguno de sus relaciones públicas… Hola…, quería hacer unas preguntas sobre Frank Sidebottom, que ha salido en su programa…» Me quedo un rato hablando solo al teléfono diciendo Mmmhhmm sí y garabateando en el bloc de notas, haciéndoles un guiño de

vez en cuando a los enormes y sobresaltados ojos de Bladesey. Bajo esas lentes, parecen más grandes que los de Frank Sidebottom. Les presento las gafas nuevas de Bladesey. Iguales que las viejas.

Cuelgo de golpe el teléfono y le hago al hermano Clifford Blades el gesto de los pulgares levantados. «Bien, tenemos que salir pitando a una tienda de discos y encontrar algunos elepés y cintas de Frank Sidebottom. Ahí es de donde saca nuestro hombre su mundo de fantasía. La chica que estaba al teléfono decía que su voz era fácil de imitar. Sólo hay que taparse la nariz con los dedos. Manchestehr», suelto, volviendo deliberadamente a sonar fatal.

Bladesey, sin embargo, está lanzado: «No, escucha, ya lo tengo. ¡Muhn-chiz-tih!» Está la mar de contento.

«¡Así se hace, hermano Blades! ¡Bien hecho!» Empiezo a toser, pues la resaca de anoche empieza de verdad a hacer acto de presencia. Ahora, debido a años de alpiste, mis riñones se han vuelto muy vagos y tardan cada vez más en ponerse en marcha, y a veces tienes la sensación de que te vas a librar, pero cuando llega, la resaca es más dura y más larga que nunca y mientras llegamos al centro en coche voy nervioso que te cagas. A la mierda con los bolos, Rose Street, aquí estamos. Un clavo saca otro clavo. Bladesey va de zumos de naranja, puesto que más tarde va a coger el coche en dirección sur. Yo no intento disuadirle pues quiero que el capullín deje a Bunty de solateras.

Aunque sea el día después de Navidad, en el centro hay mogollón de garitos abiertos. Algunas tiendas han decidido iniciar el primer día de las rebajas de enero. Bladesey se agencia un par de cintas de Virgin y HMV y escucha *Frank Sidebottom Salutes the Magic of Freddy Mercury and Queen and Kylie* y el EP *Timperley*. Vamos a unos cuantos pubs de Rose Street más y yo me pongo medio bolinga y me quedo mirando fijamente a un par de criminales, en particular a ese cabrón de Oxgangs, Fingers Billy, que va vestido con su bata blanca de reglamento y con la tablilla sujetapapeles que siempre utiliza cuando desvalija tiendas.

El *modus operandi* habitual de Fingers Billy es entrar tranquilamente en una tienda y ordenar al personal del almacén que llene su furgoneta blanca. Entonces hace que firmen y se larga. «Billy», digo inclinando la cabeza.

«Mister Robertson. ¿Cómo va el negocio?», pregunta el taimado cabrón.

«Ah, muy bien. ¿Y el tuyo?»

«Estupendamente, Mister Robertson. ¿Está usted, eh, trabajando hoy?»

«Si lo estuviera, ¿te lo iba a decir? ¿Y tú? Veo que el uniforme lo llevas.»

«Mister Robertson…» Fingers Billy sonríe y enseña las palmas de las manos. Después sonríe y se larga.

«¿Amigo tuyo?», pregunta Bladesey.

«Algo así», sonrío yo.

Volvemos a mi casa con las cintas y algo de comida para llevar y nos pasamos toda la tarde imitando el material grabado. Yo la cago deliberadamente pero Bladesey

lo tiene dominado. De verdad parece que el capullín se esté divirtiendo de lo lindo. Yo diría que resulta penoso, pero en realidad llega mucho, muchísimo más allá de eso. «Sí, lo tienes controlado, Bladesey. Creo que debe de ser porque eres inglés.»

«¿Querrá eso decir que el pervertido también es inglés?», pregunta Bladesey ansiosamente.

Opto por complacer al capullín empanao. «Muy agudo, hermano Blades, muy agudo. Pero eso no lo sabemos. Simplemente podrían dársele mejor las imitaciones que a mí. Pero en razón del cálculo de probabilidades quizá fuera una buena hipótesis inicial considerar al menos la posibilidad de que así fuera. Hemos de partir del principio de que las reglas son las mismas.»

Bladesey asiente maliciosamente con un gesto y una sonrisa de lastimosa comprensión. «Bueno, tengo que marcharme. Al sur de la frontera en dirección Newmarket.»

Mi amigo el hermano Clifford Blades se marcha hacia el seno de su familia tarada en Inglaterra mientras yo le pego un toque a Héctor, para asegurarnos de que seguimos citados para el lunes por la mañana. Después quedo con Claire en el Fish Factory. Avanti a toda máquina.

El solo hecho de pensar en la juerga del lunes me pone cachondo. Me planteo pasarme a visitar a Bunty, teniendo en cuenta que está sola, pero decido dejarlo para mañana, dejemos que Bladesey se aleje más de la vista y de la mente.

Acabo de darme cuenta de que se ha dejado las cintas que ha comprado de la tienda sobre la mesita del café. Las tiro junto con la basura, avergonzado por haber tenido algo que ver con algo que le ha proporcionado su nimio placer a ese bobalicón, por pasajero que haya sido. Echo unas patatas al horno McCain’s en una bandeja y caliento unas judías, añadiéndoles polvo de curry.

Para gran alegría mía, mi amigo el hermano Blades también se da cuenta de que se ha dejado las cintas. Pensé que tardaría algún tiempo en descubrirlo pero no, el estúpido gilipollas me ahorra tener que rebanarle yo mismo el pescuezo. Más tarde esa misma noche me llama y no cojo el auricular, dejándole balbucearle al contestador automático. El destino puede ser un hijo de puta cruel, en especial para aquellos como Bladesey.

«Hola, ¿es Bruce Robertson? Aquí Frank. Soy tan afortunado, tan afortunado, tan afortunado en amores…, voy camino de casa de mi mamá… pero me he dejado las puñeteras cintas. Cuídamelas, ¿te importa?»

Y lo hace todo con una hermosa e impecable voz de Frank Sidebottom. Me froto las manos y aprieto el botón del contestador que pone «Guardar».

¡Te pillé!

PRESENTAR UNA QUEJA

Domingo. Para algunos un día deprimente, para mí el día más feliz de la semana: significa horas extra a manta. No encuentro mis zapatillas. Voy al cuarto de estar y el corazón me da un vuelco. La foto ha desaparecido del aparador. Por supuesto. El cajón superior.

Abro el cajón superior y la vuelvo a poner en su sitio.

Era Navidad y no le compré nada.

Eso fue.

Miro la foto un rato y después vuelvo a meterla en el cajón y lo cierro de golpe. Esa pobre chiquilla, vaya una puta herencia. Es mejor que esté alejado de ella. Es mejor que esté alejado de todos. Se trata de un virus en estado latente y se está haciendo más manifiesto.

Pero era Navidad y no le compré nada.

Fue por Carole por lo que yo…, ella suele comprarle…, ella le habrá, seguro que le habrá comprado algo de parte de los dos.

Seguro.

Pero quizá su mente funcione así: tratando de ponernos, de ponerme en contra de la cría. Vive en Babia. Mismas reglas. Ella no me importa un carajo. Ni una mierda.

Me pongo mi ropa usada y apestosa y descongelo el Volvo. Poner el coche en condiciones e ir a toda mecha por la carretera de circunvalación de la ciudad al son del LP *Bat Out Of Hell* de Meat Loaf me devuelve cierta alegría. Jim Steinman, probablemente el mejor compositor de rock de todos los tiempos. El cabrón es operístico.

Cuando llego a Jefatura, me encuentro con que la mayor parte de la cuadrilla está allí; ya están hartos de la mierda esta de las Navidades. Pese a todo el vacile sobre la familia, los amigos íntimos y las fiestas, siempre he notado que la mayor parte de la gente apenas puede esperar para poner fin a toda esa basura y volver al tajo. Encuentro que los polis no son capaces de funcionar mucho tiempo en compañía de los no polis.

«¿Quién sale hoy en el *Seretes*?», le pregunto a Peter Inglis, que tiene el periódico abierto.

«Nikki, de Somerset. Buen par de teta§. La muy guarra se pellizcó los pezones para la foto. Los tiene como los pulgares de un piloto de combate», dice con el aire falsamente grosero del homosexual de tapadillo que tiene un miedo desesperado a ser

descubierto. Mister Inglis ha renunciado a su solicitud de ascenso recientemente. Por recomendación de un tal Mr. Toal sin duda. Levanta la página para que yo la vea. Se cree que mantener un perfil discreto y hablar guarro de las tías servirá para levantar una cortina de humo. Tan obvio intento de ser uno de los muchachos no hace más que chirriar y sólo sirve para aislarle más.

«Ésa tiene polvo y medio», asiento con un gesto de aprobación.

No engaña usted a nadie, Mr. Inglis.

Abro mi servidor de archivos y saco mi propio *Screws* para una inspección más detallada. No está mal, tiene cuarenta pajas más tarde. La región genital me pica que te cagas. Bajo a los servicios y me limpio el sudor de la raja del culo. Después me forro el culo y los muslos con papel higiénico, y me subo los calzoncillos por encima. Eso debería absorber la hume dad generada. Vuelvo a ponerme los pantalones que lavé y me llega de ellos un tufillo de detergente. Parecen decolorados, además. (000000 *comer comer comer, ésa*)

No estoy (*es la manera*. 00000000 *Cuando*)para una paja, así que me di (*él entraba en casa,*)na clasificación de fantasía. No (*cubierto de negro carbón.*)oda esa mierda. Afortunadas (*Tú jugabas nerviosamente*) arreglarse.

No suma (*con la comida que él había puesto en tu plato*)erosa taza de los Hear(*con su sudor y su trabajo*.) Enfermedad que sale por (*Tratabas de no mirarle a los ojos*) que si puede lavar al cabrona(*Entonces se daba cuenta*)beth intentando lavar la sangre (*de que no probabas bocado.*) caso Inglis…

(«*¡Come!*»)
(*rugía. Tu madre miraba para otro lado*)
(*mientras Ian Robertson te arrastraba*)
(*hasta la chimenea y señalaba el carbón que había*)
(*en el cubo «¡He estado extrayendo esta puta*)
(*mierda durante todo el día por ti! ¡Come!*»)
(*Pero seguías sin poder comer. Entonces cogía*)

El (*un pedazo de carbón y te obligaba a comértelo*.) ningún avance ho(«*Come*», *decía*. 0000000000000) todo este sórdido asunto sigue igual de oscuro que al principio. Sí, hay pistas, pero la cuestión es desentrañar lo que significan…

HORIZONTALES

1 Habitante de la ciudad (8)
5 Insecto que pica (4)
8 Dio dinero (4)
9 Unido con hierro candente (7)
10 Externo (7)
12 Engreído (5)
13 Lugar sagrado (6)
15 Arma corta (6)
17 Aprendiz (5)
18 Analgésico (7)
22 Amistoso (8)
23 Deslucido (4)
24 Logia (4)
25 ¡Después de hoy! (8)

VERTICALES

1 Vestimenta externa (7)
2 Parte estrecha (5)
3 Ponderado (5)
4 Río africano (4)
6 Fruta
7 Apócope de Patrick
11 Isla (5)
12 Seco, quebradizo (5)
14 Vino o pastel (7)
16 Arma de un arquero (7)
17 Categoría (5)
19 Vapor de agua (5)
20 Más escaso (5)
21 Cómplice de un delito (4)

«Gus», grito, «Habitante de la ciudad, ocho letras… Y no digas ciudadano porque son nueve.»

«Ah…, eso es lo que yo habría dicho. Ciudadano. Oye, ¿qué ha puesto para el nueve horizontal?»

«Soldado. Unido con hierro candente», le digo. «Aquí tienes una cojonuda. Doce horizontal. Engreído. ¡TOAL! Lástima que tenga cuatro letras.»

La risa de Gus rebota por la sala abierta como el martillo neumático de un currante en una zona edificada.

Miro las páginas de fútbol. El titular es DESASTRE POSNAVIDEÑO.

> una actuación anodina y deslucida por parte de Tom Stronach, normalmente tan concienzudo en el área del visitante, condujo a su sustitución durante la segunda mitad.

Dougie Gillman se asoma por encima de mi hombro. Sacudo el periódico en su dirección. «¿Estuviste, Dougie?»

«Una puñetera pesadilla. El Stronach ese es un puto impostor», se mofa Gillman.

«Yo sé por qué lo hizo tan de culo ayer», le cuento maliciosamente, «el capullo estuvo levantado hasta la madrugada el día de Navidad, poniéndose hasta el puto culo… y no sólo de priva por lo que a mí me pareció.»

«Ya, todos le pegan a la puta cocaína…, los futbolistas», dice Gillman sacudiendo la cabeza.

«El caso es que están estafando a la afición, Dougie. Nosotros les pagamos el

sueldo a esos cabrones.»

Gillman asiente amargamente mientras entra Lennox. Él también lleva un ejemplar del *Screws*. Ve a Gus resolviendo el crucigrama. «Siete vertical», dice, «apócope de Patrick. Esa es fácil: sucio cabrón terrorista subnormal feniano de mierda.»

Lennox luce ahora un enorme mostacho al estilo Zapata: parece que crezca al mismo ritmo que su consumo de farlopa. No paro de pensar que casi veo restos de coca pegados a él.

«No está mal, Ray, pero tiene más de cinco letras, eh», sonrío.

¿Qué es lo que ha hecho que de repente Ray Lennox quiera mostrarse tan coleguita y tan uno más?

«¿Qué me dices del veinticuatro horizontal: “*Lodge*[78]”?», pregunta Gus con cierto retintín en la voz, dándole la espalda a Lennox.

«Presentar», dice Ray.

«¿Eh?», salta Gus desafiante.

«Presentar una queja. Efectuar una queja», dice Lennox con aire de superioridad. «¡Me juego algo a que lo primero que has pensado ha sido masónico o naranja!», se ríe.

«¡Y yo me juego algo a que ha sido lo último en lo que has pensado tú!», dice Gus avasallando.

«¿Eh?», pregunta Ray, atónito, casi balanceándose sobre los talones.

Yo me tambaleo de la risa desde detrás de mi periódico. ¡Guau! ¡Guau! ¡Ve por él, muchacho, venga, ve y enséñale a ese cachorrillo espabilado un par de cosas! ¡Venga, muchacho! ¡Tú puedes! ¡Guau! ¡Guau!

«No te vayas a pensar que en la hermandad no se han fijado en tu comportamiento, hijo», dice Gus señalando con el dedo.

«¿Pero de qué estás hablando, Gus?», dice Lennox volviéndose hacia mí y luego hacia Peten «¿Qué es todo esto?» Nosotros no respondemos, así que vuelve a mirar a Gus.

«Lo que acabo de decir. No es prudente, hijo», le espeta Gus, dándose un golpecito en su cabeza de teleñeco, «no es prudente en absoluto.» Después se da la vuelta y se marcha. Inglis le sigue como si fuera su novia. Sí, los bujarrones son las mayores reinas de los paquetes de todas.

«¿A qué cojones venía todo eso?», pregunta Ray.

«Escucha, Ray, es lo que te vengo diciendo», le cuchicheo confidencialmente mientras veo a Gillman entrando en el cuarto de la fotocopiadora. «El síndrome del macho joven.»

Ray parece sofocado. «No sabe nada de la farlopa, ¿no?», cuchichea ansiosamente.

«Lo dudo», sonrío.

Estoy mirando mi horóscopo mientras, sí, casi puedo oírlo, es el sonido lento y

delicioso del gilipollas de Ray Lennox cociéndose en su propia salsa. Mi signo es Tauro, el toro. Apropiado que te cagas porque eso es lo único que saco de aquí, sobre todo por parte de ese subnormal lamentable de Toal[79]. No. ¡Error! No es un subnormal lamentable, ¡no es tan interesante!

> TAURO (21 de abril - 21 de mayo): La influencia conjunta de Marte y Plutón, dos planetas más bien volátiles, junto a tu signo regente, Venus, indican una época de ardiente pasión. Pero hablando en serio, no te emociones en exceso, pues todo podría terminar en llanto. En cuanto a alguien que aparecerá hoy pisando con fuerza, tendrás que preguntarte por sus motivos.

Después de un rato, el *News of The Screws* me repugna. Todo triángulos de sexo, drogas y crímenes protagonizados por arrabaleros gordos. Tendré que volver a comprar el *Mail On Sunday*. Antes lo compraba por la cobertura política, pero dejé de hacerlo después del funeral de Lady Di. Todas las personas entrevistadas a las puertas del Palacio parecían ser lamentables tarados-sin-colegas, más o menos del tipo Bladesey. Entonces leí que la mayoría de la gente que asistió eran lectores del *Mail*. Eso me aterrorizó hasta el punto de dejar de leer el periódico.

Decido ir a ver a Bunty. «Ray, me voy de paseo sin rumbo fijo. Si ese lelo de Toal me busca, dile que me he ido al Foro.» «Así lo haré, Bruce. ¿Cuándo volverás?» «Dentro de un par de horas más o menos. ¿Por qué?, ¿quieres que te traiga algo de Crawford's?»

«Sí…, supongo que un *Cornish pastry* con patatas fritas», dice Ray de modo vacilante, como si estuviera pensando en algo más sabroso.

Peter vuelve a entrar. «¿Peter? ¿Algo de papear?» Para este mariconazo serán tomates secados al sol, aceitunas y queso feta.

«¿Vas a pasar por delante de Brattisan's?»

«Podría ser.»

«Entonces un *white pudding supper*», dice. Probablemente ve en el *white puddin* la polla de un tío. ¡Ya lo creo que el cabrón querrá uno, joder!

«Pues si vas a pasar por Brattisan's, yo quiero un *fish supper*[80]», decide Ray.

Roger esco(*comer* 0 *comer* 0 *¿a qué sabe,*)en provisiones para el micro(*Bruce? ¿Captas el sabor de la,*)los. Estas minipizzas solo sir(*porquería, de la aceitosa*) supermercado en paquete (*negrura de ese combustible fósil*) Sí, (*en tu boca mientras te ahogas y te dan*) D(*arcadas y lo escupes? ¿Sigues oyendo*)tamos intentand(*su voz dentro de tu cabeza insistiéndote*)

Aq(*en que comas? Come, come, come. Los*)de Bunty consis(*gritos de tu madre. ¿Los oyes? Deberías,*) jodido satisfi(*Bruce. Porque yo sé que nunca te han*)su gran admira(*abandonado.*)

(*Ahora puedes comer lo que*)

(*quieras comer. Para mí, para ti, para todos*)
(*los demás. Ahora puedes consumir hasta*)
(*quedar satisfecho o hasta quedar destruido,*)
(*cualquiera de los dos acontecimientos*)
(*que llegue antes. Así que come*.)
(0000000000000000000000000)

UNA SOCIEDAD DE SECRETOS

El seto de Bladesey es el que está cortado con más precisión de toda la calle. Es pulcro, eso es lo que es el hermano Blades. Probablemente procede de una familia pija pero salió corto y por tanto era apto sólo para un trabajo proletario de cuello blanco. Pero por otra parte también es posible que provenga de un hogar de clase trabajadora emprendedor pero no demasiado, en el que la pulcritud y la obediencia fueran subrayadas como virtudes. Y lo son. Los serviré durante todos los días de mi vida. Eso significa que las reglas son las mismas.

Estaba de paso accidentalmente a propósito, por aquello de que estaba en el vecindario y toda esa mierda. Hace una mañana sombría. Chispea, pero no parece que vaya a nevar. Tengo los labios un poco agrietados, pero me he aplicado el lápiz grasiento.

Bunty parece contenta de verme. Me pide que pase; tiene puesta la tetera. Lleva un grueso jersey de angora pero esas tetas siguen siendo insuperables, piden atención a gritos debajo de él. Se muestra amargada cuando empiezo a contarle lo gran tío que me parece Bladesey.

«Sí, claro», dice en tono despectivo. Esta es demasiada mujer para ti, hermano Blades. Lo siento pero sí, las reglas son las mismas. Pone una tetera en una bandeja de plástico verde con dos tazas y un jarro de leche y un tazón de azúcar. Hace mucho tiempo que no me servían el té de esta manera, fuera de la oficina. Siempre que voy a hacer una tetera en casa, siempre hay bolsas de té usadas dentro y en el fregadero, y sencillamente ha llegado a ser demasiado agobiante limpiarlo. Además, nunca me acuerdo de comprar leche, aunque por lo general suele haber cerveza en la nevera.

Tomo un sorbo y levanto las cejas.

«Es débil. Eso es lo que le pasa. No tiene agallas», escupe con amargura.

Bueno, el hermano Blades está hundido en la mierda, ya lo creo. Pero tengo que apoyar al hermano en este caso porque ponerle a parir denotaría falta de carácter a ojos de ella, aunque tengo que hacerlo como si estuviese mostrándole lealtad, más que siendo sincero, puesto que eso denotaría falta de discernimiento. «Para mí Cliff es uno de los mejores», le digo, forzando una expresión que espero resulte afligida y avergonzada.

«Es tu amigo y le eres fiel y eso está bien», dice ella, tragándose el cebo. «A veces quisiera tener una amiga que me fuese tan fiel. ¿Se trata de la hermandad

masónica de la que tanto oigo hablar?», dice bajando un poco la voz y mirándome con expresión coqueta.

«Bueno, espero que no oigas hablar demasiado de ella», digo, devolviéndole la sonrisa.

«Oh, no es que me interese mucho. Pero resulta intrigante eso de una sociedad secreta.»

«No es una sociedad secreta, sino una sociedad de secretos», digo reprendiéndola suavemente con un gesto del dedo índice.

«Ah, ya veo. ¿Y hay alguna diferencia entonces?»

«Bueno, en realidad no lo sé. Pero hay una cosa que sí sé sobre la hermandad: en la actualidad es poco más o menos un pretencioso club de priva con pretensiones para chiquillos atontaos, a decir verdad.»

«No parece que tú des el tipo del chiquillo atontao», dice sonriendo servilmente.

Aquí me están tirando los tejos a tope. «En realidad no es más que algo en lo que acabas envuelto al formar parte del cuerpo. Es una manera de conocer a gente que no pertenece al cuerpo, bueno, que no pertenece necesariamente al cuerpo. A veces uno necesita perder de vista a los demás policías. Tendemos a ser una gente bastante incestuosa, con los turnos, ya sabes. Y el trabajo puede ser bastante exigente a veces.»

«Sí…, me imagino que verás algunas cosas bastante penosas.»

«Sí, pero uno apechuga con ello. Es la suerte que te ha tocado y tienes que enseñarles a todos que eres más fuerte que ellos y eso lo demuestras no dejando que te deprima. Como tú. Eres una dama muy valiente. Estás intimidando a ese tipejo. Enseñándole que eres mejor que él.»

«A veces no me siento tan fuerte…, quisiera que Cliff pudiera ser de más ayuda. No es precisamente un pilar de fuerza», dice ella, soltando una lagrimita, derrumbándose lentamente. Por muy dura que sea hablando, esta puta no puede soportar el calor. El calor marca Bruce Robertson.

De una larga zancada estoy allí y cojo sus manos entre las mías. «Una mujer como tú se merece a alguien que pueda cuidar de verdad de ella.»

«Gracias por ser tan amable…, resulta difícil no sentirse sola… Craig está en una edad difícil…, me temo que la vida que llevo no es gran cosa… Dios, me estoy autocompadeciendo y eso es algo que odio… »

La miro profundamente a los ojos. «Saldrás adelante. Tienes lo que hay que tener.»

«¿De verdad lo crees?», dice con tristeza. Adoro la duda en una mujer. Es casi tan sexy como la determinación.

«Escucha. Voy a decirte una cosa. Algo que no debería decir. No, no voy a hacerlo», le digo, sacudiendo lentamente la cabeza.

«¿Qué?», dice ella, incorporándose de golpe.

«No. Sólo provocaría malos rollos y complicaría las cosas…, ninguno de los dos

necesita eso en estos momentos… »

«Por favor. Di lo que tengas que decir. Quiero que lo hagas. Por favor.» Sus dedos se enredan con los míos y aprietan.

Please. Pólice. Me.[81]

Inspiro con fuerza y después suelto el aire con un suspiro largo y lento. «Vale. Lo haré. Me está destrozando lo que te está haciendo este tipejo porque albergo sentimientos intensos hacia ti. Ahí está, lo he dicho, lo siento», digo encogiéndome de hombros. Suelto mis manos de las suyas. Después me pongo en pie y levanto las palmas en un gesto de rendición. Me vuelvo y dejo caer un largo silencio. Voy hasta la ventana y abro los visillos. Hay un Nissan Miera de color blanco sobre una doble línea amarilla, joder. ¿Dónde están los subnormales de Tráfico?

«Bruce…, no pasa nada…», se oye una débil voz a mis espaldas.

Voy y me siento en el sofá. Meto la cabeza entre las manos y dejo descansar los codos sobre las rodillas. Pongo una voz baja y dolida y digo: «No puedo hacer ni decir nada…, he estropeado las cosas.»

«No… »

La oigo levantarse y acercarse a mí. Noto su leve tacto sobre mi cuello. Me masajea, con los pulgares amasa el dorso enrojecido de mi cuello, y llora con sollozos abruptos e intensos. «No sé qué decir…», gimotea.

Levanto la vista hacia ella y dejo que un temblor invada mi voz. «Dime que no sientes nada por mí, di que soy un tipejo apenas mejor que esa escoria que te llama por teléfono… »

«… No…, no…»

«… porque eso es lo que soy, un tipejo sucio, asqueroso y enfermizo; hablarle así a la mujer de un amigo, cuando está en un estado de angustia emocional, cuando no está en sus cabales… »

«¡No! ¡No! ¡Sí que estoy en mis cabales, Bruce! ¡Quiero estar contigo!»

La siento sobre mis rodillas, hostia puta, hay que ver lo que pesa esta zorra, y me acerco su cara roja e hinchada. Sosteniéndola a pocos centímetros de la mía, enjugo sus lágrimas con la punta de mis dedos, como los parabrisas del Volvo. «Voy a hacer desaparecer estas lágrimas, nena, créeme, voy a hacerlas desaparecer. Las reglas son las mismas», susurro suavemente.

En ese momento oigo un chisporroteo procedente de mi bolsillo. Le echo una mirada de decepción.

«Foxtrot llamando a Z Victor BR, adelante, BR, cambio.»

«De acuerdo, Foxtrot, cambio», gruño cansinamente.

«Especifique su posición, cambio.»

«Número doce de Carrick Glen Gardens, Corstorphine, cambio.»

«Por favor, preséntese en Jefatura, cambio.»

«De acuerdo, Foxtrot, voy para allá, cambio y corto.»

Y eso he hecho, después de follarme a Bunty en el dormitorio. Pero me he

tomado mi tiempo, siempre se hace con un chocho nuevo. Lo que suelo hacer con una periquita nueva es encerrarme con ella durante un fin de semana y mimarla con muchos preliminares, champán, comidas para llevar y plena atención a toda la ridícula basura que babee. Eso suele dar resultado para estar metiéndosela sin compromiso durante meses. Lo mejor que se puede hacer es que una periquita nueva se lo pase lo mejor posible, y entonces sabe que eres capaz de volverlo a hacer y siempre estará haciendo introspección culpándose por no ser capaz de reavivar en ti esa pasión. Los mejores amantes saben que sólo tienes que ser un buen amante una vez con una misma tía. Si aciertas la primera vez, básicamente puedes hacer lo que quieras. A la larga se percatan de que eres un cabrón egoísta, normalmente después de algunos años de autoanálisis infructuosos, pero entonces por lo general ya te has hartado y te lo estás montando con otra.

Bunty es una mujer poderosa, pero es evidente que Bladesey no cumple satisfactoriamente con sus deberes. Yo pensé que sería difícil satisfacerla, pero la muy guarra ha explotado como un dispositivo incendiario. Supongo que después de Bladesey *cualquier* ejecución resultaría más que adecuada. Después, mientras me visto, soy consciente del olor procedente de mis pantalones. Espero que Bunty no lo haya notado. Joder, tendría que haberme acordado de ponerme el par nuevo que pillé en C&A…, estúpido hijo de puta…, qué sentido tiene comprarlos si luego no te los pones…

Afortunadamente, no parece que se haya fijado, así que nos despedimos como amantes y me marcho.

Cuando vuelvo a comisaría resulta que no era más que Gus, que quería noticias de la quiniela futbolística y de la liga imaginaria.

Los goles de Shearer la semana pasada en Tottenham me colocan en buena posición, justo detrás de Peter Inglis y de un tarado de uniforme. Estoy a punto de saltar. Detrás de Peter Inglis. Bien mirado, ¡mejor eso que tenerlo a él detrás de ti!

Estoy pensando que no me importaría echarle otro tiento a Bunty y la llamo para quedar en que se pase por mi casa mañana, cosa de la que me arrepiento instantáneamente, ha sido una auténtica señal de debilidad. El problema de las putas no es tanto el meterse en sus bragas, sino en mantenerlas a raya después. La vida puede complicarse, lo cual me parece perfecto; sólo los simples llevan vidas simples. El problema es que la mía ya está lo suficientemente complicada ahora mismo. Cuando acab(0000000 *Echo de menos al*) me la meneo. Es lo mismo que ha(*Otro. Echo tanto de menos a*)entarlo como Gary Glitt (*ese ser. ¿Cómo puedes vivir así*,)ta el control remoto haci(*Bruce, tal y como nos has hecho*)o de el mismo McCain (*vivir, solos en este mundo? Necesitamos*), desde luego, por sup(*estar juntos, Bruce, juntos en nuestras*) los vídeos que Hecto(*sociedades y comunidades. ¿Cómo puedes*)

(*hacernos esto?* 0000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000000)

(0000000000000000000000000000000)
(00000000000000000000000000000)

UNA CENA DE DEPORTISTA

Karen Fulton está muy sexy hoy. Ha engordado un poco, lo cual no le sienta a la mayoría de mujeres, pero ella lo lleva bien. Demasiada buena vida durante las fiestas quizá o a lo mejor se trata del clásico sustituto del sexo. Ese es el mejor plan dietético, ¡follárselas regularmente! ¡Así no tendrán tiempo para papear putos bizcochos! Demasiado tiempo comiendo felpudos con Drummond, ése es el problema. Las reglas son las mismas. «Estás preciosa, Karen», le digo.

Ella me sonríe, pero tras una fina capa de hielo lésbico que supongo será cosa de Drummond. Lo único que hace falta es la lengua exploradora de una bollera espacial para apartar a las impresionables del buen camino. Pero lo único que hace falta es algo de carne escocesa de primera para devolverlas a él, y no bromeo. Hace mucho que le hace falta un cacho.

De todos modos, Lesbi Drummond entra con Inglis y Gus Bain. Parece haberle cogido cariño a Inglis desde que sólo ha faltado demostrar que es un bujarrón. Si obtener la amistad de una *fag-hag* no significa que el hijo de puta es un muñecas de goma, sabe Dios qué lo hará. Inglis es consciente de ello y evidentemente odia que ella vaya siguiéndole por ahí.

Hoy he convocado temprano al equipo, y me percato de que algunos de ellos no están demasiado contentos. Como si a mí me importara: tengo un día muy ajetreado. Luego voy a ver a Bunty, pero antes tengo una cita urgente con Héctor el Granjero en Penicuik, donde pasé mi juventud, dentro de un par de horas. Necesitamos toda la luz posible.

Presento un breve informe acerca de la falta de progresos en el caso Wurie. A continuación abro la discusión. «De acuerdo, amigos, ¿alguna novedad por vuestra parte? ¿Gus?», pregunto.

«He estado vigilando a Setterington y Gorman. Siguen frecuentando a todas horas esa puñetera tienda de muebles de segunda mano», me dice Gus. El viejo parece amargado; ¡ha perdido un poco de dinamismo! ¡Le sentaría bien un tirito de farlopa! ¡Hazte una raya de polvo blanco, vejestorio carateleñeco!

«Sí, Ray Lennox y algunos muchachos de Antidrogas están convencidos de que Setterington y Francis Begbie trafican con drogas duras desde allí.» Me satisface la expresión de desprecio en la cara de Gus cuando menciono el nombre de Ray. «Manten esos pequeños y brillantes ojos abiertos, Gus. ¿Peter?»

«La mujer misteriosa sigue sin concretarse. Le he enseñado fotos a casi todo el

mundo de Jammy Joe's, desde los porteros a la mayor parte de los parroquianos, pero sigue sin concretarse.»

Tú te estás *concretando* como un asqueroso y pervertido porculeador de otros hombres. «Seguimos con esta mujer misteriosa en nuestras vidas…, qué emocionante…» Me vuelvo hacia Drummond: «Mandy, mi amor, ¿qué noticias tenemos de nuestros amigos en la comunidad étnica?»

«No me parece apropiado referirse así a los agentes femeninos», me desafía.

«¡Absolutamente correcto!», canturreo. «Mis disculpas por cualquier ofensa que haya causado, querida, es la fuerza de la costumbre. Mala costumbre, sí, pero costumbre al fin y al cabo. Por eso dependo de la buena gente que, como tú, sois mucho más conscientes de esos temas para mantenerme informado de mis transgresiones en esta importante área… »

«Tampoco soy tu querida», dice ella. Karen Fulton asiente en un gesto de apoyo. Drummond se me queda mirando fijamente un segundo, y entonces dice: «Mira, Bruce, puede que a ti te parezca pedante por mi parte, pero ya es bastante duro tener que recibir todos los insultos habidos y por haber por parte del público, para que encima te traten de forma condescendiente, paternalista y burlona tus propios colegas. Lo único que pido es el mismo trato que reciben los demás, eso es todo.»

Entonces haz el mismo trabajo que los demás, cacho capulla, y deja de mariposear por ahí con los grupos negratas.

«Entendido. Bien, ¿qué noticias hay del Foro?»

Se pone a balar durante siglos acerca de las esperanzas y temores de los negratas de Lothian en torno a este caso. Cuando terminamos, Peter Inglis se acerca servilmente. «A ésa lo que le hace falta es un buen meneo», dice amargamente, intentando en vano establecer su credibilidad heterosexual.

Sí, Inglis, cuánta razón tienes. ¿Qué vas a hacer? ¿Ponerle un puto consolador con una correa y darle por el culo? «Desde luego», le digo. «Si quiere igualdad de derechos, que haga un trabajo igual. Me gustaría verla bajar a Leith y traer a Lexo Setterington o a Ghostie Gorman o a Franco Begbie. ¿Quien tendrá que hacerlo? Tú o yo, Peter. Ella estará barajando papeles o dando asistencia psicológica a alguna guarra inútil al que el mierda de su compañero le ha partido la boca.»

Resulta oportuno dejar que Inglis crea que soy su único amiguete en el cuerpo. Se queda ahí alimentando su ira mientras mira a Drummond, que raja sin parar con Fulton. Inglis *es* básicamente homosexual. No estoy diciendo que sea la clase de tío que te tocaría el culo en el retrete o algo así, pero su *psicología* es homosexual. Desenmascararle es algo que cuadra. Las reglas son las mismas.

«¿Quién se apunta a algo de Crawford's?», pregunta Gus.

«Lo siento, Gus, yo tengo que largarme», proclamo yo, poniéndome el gabán. Desprende un olor mohoso y rancio, pero por lo menos me he acordado de ponerme los pantacas nuevos de C&A. Pero parece que la tela irrita el sarpullido de la cara interna de mis muslos. «Un colega de Ocky me va a dar una pequeña pista. Puede que

sea algo o puede que no sea nada. Pero tendré que comprobarlo. Os veré luego.»

Subo corriendo a la sección de audiovisuales para recoger el trípode y la cámara de vídeo que Pete Loburn, el técnico, me ha dejado durante unos días. Buen tío, de la hermandad. Bajo corriendo y dejo todo el equipo en el asiento trasero del Volvo.

Tengo que recoger a Claire en el Fish Factory antes de marcharnos a Penicuik para el rodaje. Después tengo que ir a casa y ordenar un poco, pues voy a follarme a Bunty allí esta tarde. También, en cierto sentido, voy a follarme a Bladesey. Voy a follarme a ese pequeño hijo de puta de una vez por todas. ¡Avanti a toda máquina!

Menos mal que la carretera está despejada. Bajo a toda leche por el Walk en el Volvo y aparco indiscretamente en la puerta del Fish Factory. Normalmente lo aparcaría a unas calles de distancia, pero estoy jugando contra el reloj. Maisie está allí con Claire, y afortunadamente está lista.

«¿Una taza de té o algo más fuerte, Bruce querido?», pregunta Maisie.

«Me encantaría, Maisie, pero no puedo. El tiempo aprieta. Claire, preciosa, ¿estás lista?»

«Sí», dice ella. Lleva su abrigo de piel que le llega a la altura de las rodillas, y espero que debajo lleve puesto lo que especifiqué. Eso parece, pues lleva tacones.

«Déjame echar un vistazo entonces», le ordeno.

Ella abre el abrigo, mostrando el sujetador negro, las medias y el liguero. ¡Fua!

«Magia pura.»

Claire hace gesto de ponerse un chándal y unas zapatillas deportivas, pero le digo que lo lleve todo consigo y venga tal y como va. «El coche está caliente, he dejado el motor en marcha», insisto.

«Cuídala, Bruce», dice Maisie en tono de semiadvertencia mientras nos marchamos, «vale mucho.»

De eso no hay duda, joder. A la muy puta le echaba uno ahora mismo.

«Ya me conoces, Maisie», sonrío yo. «Llámame anticuado, pero creo que hay que tratar a las damas con el máximo respeto.»

No nos cuesta mucho llegar a la circunvalación. En el estéreo tengo puesto a todo trapo el «*Highway Star*» de Deep Purple, en la versión original de *Machine Head*. Tengo el coche y la tía buena, ¡ahora lo único que necesito es una raya de coca! Menos mal que la carretera no va demasiado cargada, pues casi no puedo mantener la vista en ella, con Claire sentada a mi lado y el abrigo deslizándose sobre esos muslos y revelando esos ligueros. Ha habido un momento en que he pensado: A la mierda, voy a tener que meterme por una carretera de acceso y llegar a un camino vecinal y gastar un poco más de guita de horas extra.

Curiosamente, lo que me detiene es tener que escuchar sus quejas. Empieza a pensarse mejor lo del proyecto este. «No estoy tan segura de que quiera hacerlo», dice mientras enciende un cigarrillo.

«Venga, Claire, vas a cobrar una pasta por esto. Además, considéralo como algo educativo, una nueva experiencia que será beneficiosa para el desarrollo de tu carrera», argumento yo. Parezco Toal hablándole a un tarado de uniforme recién reclutado antes de enviarle a Drylaw. «Es un buen perro. Un perro pastor. Un collie, hostia puta. Son perros apacibles y obedientes, son célebres por eso. Y garantizo que ese vídeo será exclusivamente para uso privado. Héctor y yo. Dos de los grandes, Claire. Es un pastón.»

«Ya…, vale.»

Menos mal que Héctor está forrado. Los granjeros siempre se quejan de su suerte, pero nunca verás a uno sin blanca. Tienden a ser los únicos profesionales que se llevan bien con la policía. Ellos tienen la propiedad, y nosotros estamos en el negocio de la protección de la propiedad. Así que tienen tendencia a mostrarse instintivamente más simpáticos con nosotros que la mayoría. Como nosotros, tienden a tener una tasa de depresiones y suicidios elevada. A ellos lo que les afecta es la depresión estacional esa.

Nos salimos de la carretera y subimos por la pista de grava que lleva hasta la granja. Héctor ha oído el Volvo y sale a saludarnos con sus habituales modales de hombre sano y fuerte. Es un verdadero arquetipo de chusma granjera: rechoncho, coloradote, cabello y barba blancos, chaqueta de tweed, pantalones de pana y botas.

«Hola, Bruce.»

«Héctor.»

Los ojos se le ponen como platos. «¿Y cómo debo llamar a esta encantadora jovencita?»

«Claire», dice ella.

Su cara se ilumina más aún. «Es un absoluto placer y un honor, querida», dice, cogiéndola del brazo y llevándola hasta el Range Rover. Yo la sigo con la cámara y el trípode. Está todo embarrado, embarrado que te cagas, y trato de tener cuidado con los nuevos pantalones de color beige.

«¿Es tuya esta granja?», le pregunta Claire a Héctor.

«Toda mía, querida, toda mía.»

La casa de Héctor.

«Desde la carretera que lleva al pueblo de ahí detrás», dice, deteniéndose y barriendo con la mano libre hasta los feos montículos de color marrón que nos miran desde arriba, «hasta la base de esas colinas de allí.»

Claire sonríe con expresión calculadora e impresionada. Esta chica llegará hasta lo más alto de su profesión. Tiene la comprensión instintiva del valor de las putas de élite.

Héctor suelta un silbido, y un collie sale disparado hacia nosotros desde no se sabe dónde como si fuera un misil. Justo cuando pensabas que iba a chocar contigo, ralentiza y da unas cuantas vueltas en círculo a nuestro alrededor, gañendo de emoción.

«Éste es Angus», dice Héctor con orgullo, acariciando al jadeante y entusiasmado animal.

Nos subimos al Range Rover.

«Qué frío hace», dice Claire, encendiendo otro pitillo.

«Angus te hará entrar en calor», digo yo, metiéndome en el asiento de detrás después de ella, dejando que el perro se siente en el asiento del copiloto.

Claire le echa una mirada dubitativa a su galán.

«Medalla de plata en el Royal Highland Show del noventa y cinco, eh, muchacho», le dice afectuosamente Héctor al perro mientras arranca el coche.

El perro se asoma y empieza a lamerme la mano con su lengua de papel de lija. «Le gustas, Bruce», comenta Héctor, mientras arranca el motor.

La pista sigue un itinerario serpenteante sobre el terreno helado, atravesando una zona de árboles llenos de incrustaciones de hielo hasta llegar a un claro y bajar por la colina a los establos. A medida que bajamos, la pista se deteriora hasta convertirse en una pequeña extensión de pantano fangoso que no ha llegado a helarse.

Me vuelvo hacia Claire. «Tú deberías estar acostumbrada a este tipo de movida, Claire, con eso de que eres de Aberdeen. Tendrías que ser buena en tu oficio para competir con todas las ovejas de allí arriba.»

El puto Range Rover se para y queda atrapado en el barro. Miro el reloj mientras el coche gruñe sin resultado, y las ruedas giran pero sin lograr agarrarse.

Héctor se vuelve. «Lo siento, Bruce, pero nos va a hacer falta un poco de tu fuerza. Yo tengo que hacer esto», declara, girando el volante en respuesta a mi fría mirada fija.

Salgo del vehículo y mis pies se hunden en el barro, cubriendo mis zapatos de punta. El extremo de mis pantalones nuevos está…, ese vejestorio inútil de Héctor…

Empujo con exasperación mientras miro el reloj y el coche se libera de un salto, arrojando un chaparrón de lodo sobre mis espinillas.

Cuando vuelvo a entrar, Héctor y Claire me sonríen burlonamente. «¡Perdona, Bruce, pero no vas vestido precisamente como es debido para andar por la granja! ¡Ahora ten cuidado, no vayas a pringar a Claire!»

Me consumo de rabia silenciosa mientras llegamos al establo. Es un sitio enorme, feo y frío, pero está bastante aislado. Monto rápidamente la cámara, aunque no lo bastante para Claire.

«¡Me estoy helando, Bruce, date prisa!»

La luz sigue siendo buena, pero hace frío. El viento helado susurra alrededor del establo con un olor clínico y cortante de origen ártico.

«De acuerdo, Claire», me pongo a dirigir, «quítate el abrigo y quítate esas medias…, si pudieras inclinarte sobre esa repisa y abrir esas piernas… »

«¿Cómo lo ves, Bruce…?», dice Héctor a través de los labios fruncidos.

«¡Apaga ese pitillo, Claire! Un poquitín a la izquierda…, eso es. Héctor, todo tuyo.»

Héctor le acerca el perro a Claire y deja que la olfatee bien. Después empieza a darle tirones a la polla del perro; al mismo tiempo, se masajea la suya a través de los pantalones mientras mira fijamente a Claire. La lengua del perro cuelga y su polla rosada asoma como si fuera el accesorio de plástico de un juguete, como la lanza de Darth Vader en Toys'R'Us.

Héctor pone en marcha el *cassette* portátil con la banda sonora de *The Archers'*. Eso ha sido idea suya. Orienta al perro, que no para de gañir, hacia Claire, cogiéndolo por el collar para contenerlo. Entonces lo suelta.

El animal la ignora por completo y de un brinco se pega a mi pierna, empujando con ferocidad. «¡Quítame de encima a esta puta cosa!», grito, tratando de apartarlo, pero el muy hijo de puta se encoleriza y de su garganta sale un gruñido grave. Me tambaleo hacia atrás, derribando el trípode y la cámara. Héctor coge al perro y me lo quita de encima, pero mis pantalones de C&A están ya cubiertos de lefa canina.

«¡Yo no, ella!», le grito a la estúpida bestia jadeante.

Volvemos a disponerlo todo para otro intento. Una vez más, la puta cosa boba esta se tira sobre mí y se me pega. «¡Joder, Jesús Todopoderoso!»

Esa delgada polla rosada arranca y chorrea sobre mis pantalones. «¡Joder, mis pantalones nuevos!»

«Lo siento, Bruce», dice Héctor encogiéndose de hombros y agarrando por el collar a la jadeante y demencial bestia. Claire empieza a reírse, con un rebuzno caballuno y estrepitoso.

«Este perro es un puto maricón», maldigo, señalando al muy cabrón.

Héctor tiene el puto atrevimiento de poner cara de afrenta. «Este perro ha engendrado más cachorros campeones que comidas calientes te has metido tú», refunfuña, «es sólo que le gustas.»

«Tú me gustas, Héctor, pero no quiero follar contigo, joder. ¡El perro es un puto maricón y no hay más cascaras!»

Héctor se pone a consolar al animal, como si hubieran herido sus sentimientos. «Lo único que pasa es que esto es nuevo para él, eso es todo.»

«De nada sirve que le guste yo, ¡se supone que es ella la que le tiene que gustar!», digo señalando a Claire, que ha vuelto a ponerse su abrigo de pieles. «Tiene que haber algo que podamos hacer…, ponerle algo encima…, como comida para perros o algo así.»

«Y una puta mierda», gruñe Claire, «¡no voy a dejar que esa cosa se me coma viva!»

«Sólo era una idea», digo. Intento limpiarme los pantalones con el pañuelo, pero sólo consigo ensuciarlos más con mocos y farlopa. Vaya un puto asco de día.

Volvemos a intentar lo mismo una vez más, y de nuevo el perro va a por mí. Mis putos pantalones nuevos están arruinados. Es totalmente inútil, una pérdida de tiempo completa. Se está haciendo paulatinamente de noche y hemos perdido nuestra oportunidad. Piso por-accidente-a-propósito el rabo del collie y el cabrón suelta un

fuerte gañido seguido de una serie de acusadores gimoteos jadeantes.

«¡Cuidado con el perro! ¿Estás bien, chico?», lo arrulla Héctor. Claire me echa una mirada de desaprobación.

Me la voy a tirar, a no dudarlo. Tengo más o menos el tiempo justo para uno rápido en la parte de atrás del Volvo. Le hago la proposición, pero me informa de que se va a quedar en casa de Héctor para ganarse algo más de pasta con su nuevo protector. Se cogen del brazo y se dedican unas sonrisas complacientes. Cabrones. Yo vuelvo a mi casa en el Volvo, parando en Crawford's por algo de comida para llevar.

Quería esos pantalones nuevos porque venía Bunty. Ahora tengo que echarlos al montón de la ropa sucia y sacar unos que estén sucios pero menos de la pila apestosa. Esta casa está hecha un auténtico estercolero. El tufo que hay aquí es peor que el de los establos de Héctor. Amontono todo lo que puedo en bolsas de basura, ataco las superficies con un trapo húmedo seguido de un poco de abrillantador, y paso el aspirador por el suelo. Cuando suena el timbre estoy sudando. Apago el aspirador e inspiro profundamente.

Bunty entra y la conduzco directamente al dormitorio, donde he cambiado la sábana y la funda del edredón y la echo encima. Está más que animada, el coño le chorrea como las cataratas del Niágara y lo tiene más ancho que la circunvalación de la ciudad. He puesto mi equipo de cintas y se oye a todo trapo el «*You Ain't Seen Nothing Yet*» de Bachman Turner Overdrive. Se oyen ruidos procedentes de al lado, ruidos de folleteo. Stronach se está follando a alguien, probablemente la pequeña zorra que trabaja detrás de la barra del hotel; creo que el Mini ese que había aparcado fuera es suyo. Por supuesto, Julie está haciendo no sé qué estúpido cursillo, me acuerdo que lo mencionó. No desperdicio ningún tiempo en metérsela a Bunty. Ella está por la labor, además; es del tipo fuerte y silenciosa. Así que la cabecera de Stronach golpea la pared y la nuestra también y tiene lugar una competición bastante notable. Le enseñaremos a ese cabrón. Afortunadamente, a Bunty le está costando un rato llegar. Pero después de un rato empieza a ser demasiado y no oigo a Stronach al otro lado. Le cuesta siglos y, a decir verdad, empieza a resultar pesado, incluso incómodo, pero aguanto, aunque hacia el final esté apretando los dientes. Cuando finalmente se corre pienso que vamos a atravesar la pared y aparecer en el dormitorio de Stronach. ¡Así aprendería, el muy cabrón! ¡Mismas reglas!

Mientras nos sumimos en una siestecilla poscoito, me complace notar el silencio procedente del hogar de Stronach. No tiene aguante, joder, ni en el terreno de juego ni en el catre.

Cuando nos despertamos, preparo una ligera comida con las cosas que he pillado en Crawford's de camino a casa, y después compruebo distraídamente los mensajes del contestador, poniendo el que Bladesey tuvo la estupidez de dejarme.

Observo con aire indiferente mientras a Bunty se le hiela la sangre al oír a

Bladesey soltar su parrafada justo después de que mi hija me desee feliz Navidad. Entonces la veo estallar otra vez. Es como un segundo orgasmo, pero esta vez la puta flipa con la indignación en vez de con el sexo.

«¡Es él! ¡En tu contestador!», despotrica.

«Bunty, ése es Cliff», le digo. «Sólo estaba enredando.»

«¡Pero es él! ¡Es exactamente igual que él!»

«¡Cualquiera puede hacer eso! ¡Manchistih!», digo pésimamente.

«¡Es él! ¡Es él! ¡Voy a llamar a la policía! ¡El triste hijo de puta! ¡Tendría que haberlo supuesto! ¡Viviendo con un pervertido! ¡Las cosas que quería hacer! ¡Tendría que haberlo supuesto! ¡He sido tan idiota!»

Estalla en lágrimas y se le corre el rímel. «¡Voy a hacerle sufrir!»

Otra vez esa palabra.

«Bunty…, no saquemos conclusiones precipitadas…, podría haber una razón perfectamente válida para que Cliff…»

«¡No! ¡No le defiendas!», chilla.

«No le estoy defendiendo, sólo estoy diciendo que no nos calentemos la cabeza», salto. «Si Cliff es culpable de humillarnos a ambos, entonces créeme, no hay poder sobre la tierra que me impedirá despedazarle con mis propias manos. Créeme», digo, mirándola con inquebrantable resolución y casi sintiendo lástima por Bladesey a medida que los ojos se le ponen vidriosos de odio. «Pero hemos de estar seguros.»

«¡Estoy segura! Estoy totalmente segura, joder… Ay Bruce…», gime suavemente, con expresión retorcida y traumatizada. De pronto me enfoca. «¿Qué ha querido decir con lo de las cintas? ¡Ha dicho algo sobre cintas! ¿Qué era?»

Trago aire de forma ostentosa. «Mira, Bunty…, se trata…, Dios, qué difícil es esto.»

«¡Dímelo!»

«Cliff…, Cliff y algunos chicos de la logia…, ellos…»

Me mira como una maníaca.

«Solían obtener cintas de vídeo de un tío de la logia. Un agricultor. Realmente no es mi rollo. Obviamente sabía de qué se trataba pero pensé: Bueno, eso es cosa suya. Cliff quería verlas aquí, no quería que tú supieras nada al respecto. Evidentemente pensaba que tú te opondrías.»

«¿Qué clase de cintas…?»

Me acerco al armario de detrás de la tele y saco un par de las obras escogidas de Héctor. «Son pornográficas. Yo nunca las he mirado, pero me imagino lo que contendrán.»

«¡Lo sabía! Quiero verlas. ¡Pon una!»

«Bunty, no creo que sea prudente.»

«¡Sí, por favor, quiero saberlo todo! Quiero saberlo todo sobre él. ¡El verdadero Cliff!», gimotea.

Me hago el remiso, pero Bunty insiste. Miramos un poquito de *Vibrator*

Massacre, y ella sale corriendo a potar al retrete, justo cuando a mí empezaba a gustarme. Ha visto suficiente.

La tranquilizo un poco y finalmente llamo un taxi para que la lleve a casa. Estaba seguro de que llamaría a la policía y presentaría una denuncia contra Bladesey. He seguido intentando convencerla con poco entusiasmo para que desistiese, recomendándole encarecidamente que llamase a Cliff a casa de su madre y le diese una oportunidad de sacar a la luz su versión de las cosas y toda la bazofia insincera, pero sabía que ella ya estaba decidida. Gus me da un toque desde la logia después de cenar, diciéndome que tienen previsto detener a Bladesey para interrogarle. Las buenas noticias viajan rápido. Más tarde Bunty me deja un mensaje diciéndome que se ha ido a casa de *su* madre con Craig. No quería estar allí cuando él volviese de New-market.

Eso me sitúa en buenas condiciones para lo de esta noche, ahora que la debacle con ese estúpido perro es agua pasada. Le he dado a Ray Lennox la entrada que me sobraba y después de quedar para tomar una pinta en el Antiquary, nos dirigimos al Sheraton para la Cena del Deportista de Stronach. Estoy un pelín preocupado, pues no he hablado con Stronach desde nuestra pequeña riña vecinal por el nivel de ruido el día de Navidad.

Acabaré bolinga perdido pero voy a coger el coche; si acabo demasiado hecho polvo ya lo recogeré más tarde. Pongo la radio del coche. Es la tía esa, Celine Dion, cantando esa horrible canción, esa que nació para cantar. Lennox parlotea sobre no sé qué mierda del departamento y Dion desaparece, siendo sustituida por los Eurythmics. Lennox está venga a contarme que Gus se la tiene jurada.

Tengo a Annie Lennox por la radio soltándome quejidos en un oído y a Fanny Lennox[82] a mi lado haciéndome lo mismo al otro.

Para sorpresa mía, Stronach me saluda efusivamente. Parece como si quisiera dejar el pasado atrás, o quizá intuya mi potencial para estropear su gran noche si me toca los huevos. Me instalo descaradamente en su mesa junto a Lennox, cosa que no le agrada demasiado puesto que está en compañía del exdelantero de la selección inglesa Rodney Dolacre. Maravilla de maravillas: Dolacre ha venido hasta aquí para la ceremonia. Dalglish y Souness no podían; los dos ganan puntos suplementarios en mi estima. Me deja atónito que Dolacre lo haya hecho, hasta que me entero de que el verdadero motivo por el que está en Escocia, junto a su agente, es para organizar su propio partido de homenaje con el Celtic.

Hay buen rollo, con los montones de chistes habituales sobre los futboleros como la sal de la tierra y sobre cómo las mujeres no valen más que para limpiar, cocinar y follar. Disfruto del hecho de que Stronach se encuentre intranquilo porque Dolacre le está eclipsando, aunque Lennox la caga diciéndole algo adulatorio a nuestro deportista homenajeado. ¿Cuándo fue la última vez que Lennox estuvo en Gorgie en

calidad de espectador y no de servicio?

La comida está bastante buena. Empiezo por el cóctel de gambas, después voy por el filete, las patatas fritas, los champiñones y los aros de cebolla, seguidos de la Tarta de la Selva Negra. Stronach y Dolacre se toman no sé qué plato de pasta mientras Lennox toma un Chicken Kiev. Hay unos cuantos parásitos en esta mesa, montones de celebridades futbolísticas menores tratando de captar la atención de Dolacre puesto que sigue siendo alguien bastante grande. Stronach, alentado por el lameculos de Lennox, ha cesado de intentar competir con Dolacre y disfruta de la gloria que refleja aquél.

Tengo que reconocer que ese cabrón inglés de Dolacre nos tiene bien calados a los bobos de los *Jocks*[83] «Los gilipollas estos siempre se bajarán entre cinco y diez mil, que con nuestros precios pueden suponer un cuarto de millón de libras extra en la hucha. Lo único que tengo que hacer es interpretar el viejo número de la abuela irlandesa. Supongo que tendré que desenterrar alguna de algún sitio», dice guiñándole el ojo a su agente, antes de dar más explicaciones. «Veréis, un par de los chicos, chicos ingleses, jugaron para la república. Me han estado enseñando todas esas bobas canciones de los *Mick*[84]».

Alguien saca un *Evening Times*. Contiene una entrevista con Rodney:

> Me crié en una extensa familia irlandesa en el norte de Londres y todos los parientes de la madre patria eran seguidores acérrimos del Celtic. Me habría encantado haber podido ponerme sobre la cabeza la camiseta de aros.

«Al principio dije camiseta a rayas», se ríe. «¡No me acordaba de que jugaban con aros! ¡Gracias a Dios que el periodista simpatizaba conmigo! Puñeta», bufa, «quiero decir, para mí un equipo *Jock* es más o menos igual que cualquier otro. Son todos una mierda, ¿no? ¡Eso sí, aceptaré sus cheques del paro! Otros diez mil en la puerta del estadio: eso no se puede despreciar, ¿verdad?»

Llegados a ese punto vi a Stronach ponerse colorado. Dolacre sabe hacer un discurso ingenioso, como también lo sabe hacer un mánager escocés de Primera División, pero los demás no son más que putos charlatanes a los que les gusta escuchar el sonido de sus propias voces. Dolacre se marcha temprano, antes de que tenga lugar la subasta. Los colores que vistió durante el Inglaterra B contra la República Checa hace un par de años en su último partido representando al país salen a subasta y se venden por ciento cincuenta libras para el fondo de homenaje a Tom. Lo ha comprado Alan Beach, el fontanero, que está en el comité de homenaje.

Al final de la noche Lennox se marcha y yo decido que estoy demasiado jodido para conducir el Volvo, así que comparto el taxi hasta casa con Stronach. «Ese Rodney Dolacre es divertido, eh», sonrío, «ha sido cojonudo escuchar sus relatos futboleros.»

«Cabrón inglés arrogante», escupe Stronach.

Entro en casa y llama Shirley. Dejo que atienda el contestador. «Bruuss…, necesito hablar contigo, Bruuuuss», gimotea su angustiado tono mecanizado. «Es muy importante…, llámame, Bruussss…, por favor…»

Pongo un vídeo de Private, uno de los de Héctor, en el que salen algunos buenos planos de sodomizaciones. Nunca deja de asombrarme el modo en que esos actores masculinos logran agarrarse. Las mangueras tendrán que estar bien engrasadas. Eso sí, las tías esas tendrán que tener el ojete más ancho que el coño de una madre de diez hijos.

Shirley. No me confundas con alguien a quien le importas, mi amor.

Voy a echar una cagada. Me he tomado algunos de los laxantes de Rossi pero no veo rastro alguno de la solitaria. De todos modos, no sirve de nada expulsar sólo el cuerpo, necesitas sacar la cabeza entera, de lo contrario simplemente sigue creciendo. Intento dormir, pero me siento intranquilo y duermo con las luces encendidas. Estos cabrones y sus recortes de horas extra me van a matar.

(*Siempre fuiste consciente de tu madre,*)
(*pero de niño tu padre fue una sombra. De él no*)
(*provenían calor ni ternura algunos. Cuando*)
(*intentabas acercarte a él, te rechazaba. A veces le*)
(*veías observarte, cuando jugabas con tus juguetes en*)
(*la alfombra. Asomándose a tu interior, mirando más allá.*)
(*Tú te volvías y le sonreías porque eras un chiquillo*)
(*bueno y querías agradar a tu padre, querías de verdad que*)
(*te quisiera pero él hacía una mueca y miraba para otro lado.*)
(*Dejaste de intentar acercarte a él. Aquella mirada era suficiente.*)
(*Entonces empezó a hacerte aquello. Con el carbón. Hacerte*)
(*probar el carbón, probar porquería. No entendías nada.*)
(*¿Qué habías hecho?¿Porgué hacía aquello?¿Qué habías*)
(*hecho para merecer aquello?*)
(*Tu madre venía cuando llorabas por la noche. Eres un*)
(*buen chico, Bruce, eres el chiquillo de mamá, te decía ella.*)
(*Pero, no obstante, percibías la compasión que había en su amor.*)
(*Supiste desde el primer momento que había algo en ti*)
(*que no andaba bien. Entonces llegó el bebé. Un hermanito.*)
(*A ti apenas te interesaba, pero todo el mundo adoraba*)
(*al bebé, tu hermanito Steyen. Tu papá, tus tíos y tus tías,*)
(*todos adoraban a aqueja criatura. Tú pensaste que si*)
(*tú también le querías, verían que eras un chico bueno*)
(*y a lo mejor te querrían. Te asomaste a la cuna y tocaste*)

(*la manita del bebé. Tu padre te apartó de un violento tirón*.)
(*La articulación de tu brazo se dislocó cuando tiró*)
(*de él. ¡No te acerques a él! ¡No le pongas un dedo encima*)
(*jamás!, saltó él. No lloraste. Sólo inclinaste la cabeza,*)
(*tu madre vino y se te llevó. Su mirada, aquella mirada*)
(*lastimera, que ahora empezaba a provocarte*)

pero lo cier(*casi tanto resentimiento como las burlas de tu padre*) tazas de café (0000000000000000000000000000000 *no* 00000000) laxantes segu(00000000000000 *no* 00000000000000 *no hagas*)cosa que dentro (*esto* 0000000000000000000000000000000000)me limpio el culo (000000000 *aguanta* 00000000 *aguanta* 000)gando como tagliatell(0000000000000 *aguan* 0000000 *el dolor* 00000)ecesito sacar la jodida cabe(000000000000000000000000000000) de esas cosas y no consigo expulsar al hijo de puta.

Decido que hoy no voy a trabajar nada, así que relleno un OTA 1-7 con las horas extra, y me quedo sentado viendo vídeos hasta estar somnoliento. Cuando despierto, noto que es de noche. Entonces es cuando despierto a la vida. Ha sido una cabezada estupenda. Me ha puesto las pilas.

Me he esnifado mi último medio gramo y voy a ver si puedo conseguir más blanca de gorra. Me presento en el queo de Ray Lennox sin avisar. Siempre es la mejor manera de presentarse en casa de cualquiera. El modo policial. Llamo sonoramente a la puerta con los nudillos y oigo el característico sonido de los ocupantes precipitándose como ratas alteradas, sus vidas lamentables empantanadas en la criminalidad. Lennox está haciendo algo que no debería. Entonces se abre la puerta. Tiene una periquita en casa, justamente ahora se marchaba.

«Eh, Bruce», dice Lennox, «ésta es Trudi.»

«Encantado de conocerte, querida», digo llevando su mano hasta mi boca y besándola, un gesto extravagante. Vale cuarenta pajas, además. Mmm hmm. «Encantado de conocerte, Trudi. Ray no me había dicho nada de ti. Muy descuidado por su parte», sonrío. Me vuelvo hacia Lennox, que ahora parece un poco paliducho, «¡Entiendo por qué querrías mantener a un tesoro como ella bien lejos de un viejo buscador de oro como Bruce Robertson!»

Ella sonríe y se marcha, mientras Ray recupera instantáneamente la compostura.

«Un cacho por su sitio, Mister Lennox», digo yo con ademán aprobatorio.

«Una muchacha encantadora», replica Lennox con falsa pomposidad. Ya se ha ido para su escondite y ha empezado a hacer las rayas. Diré una cosa en favor de Ray Lennox, no cría moho en materia de polvo blanco. Que se joda el trabajo hoy, incluido el turno de tarde.

Me esnifo una raya: «Creo en la ley y creo en el orden. Esto es una recompensa, un gaje por mantener… Joder…, buena esta mierda…, por dónde iba, sí, un gaje por

mantener la ley y el orden. Quiero decir, sabemos que hay leyes de mierda, así que no tiene ningún sentido que nosotros las obedezcamos, aunque sea nuestro trabajo hacer que otros las cumplan. El problema es que la mayoría de la gente es débil, así que si no hubiera leyes, ni siquiera leyes de mierda, entonces desde luego tampoco habría orden, amiguito. Mismas reglas.»

«Estoy de acuerdo», dice Ray señalándome, y a continuación se inclina sobre el espejo para llenarse la tocha de mandanga. «Fua… Sí, a veces pienso que la mejor solución a todo el puto follón sería que simplemente pudiéramos andar por ahí cargándonos a cualquier cabrón que nos diera la gana en todo momento. La mayor parte de las veces acertaríamos, simplemente mediante la experiencia y la profesionalidad. Entonces los espabiladillos hijos de puta no andarían por ahí tan chulos. Imagínate toda la puta escoria con enormes expresiones de ir a pedir perdón… »

«Los negratas de Londres y los *abos* de Sydney todos sonriendo y diciendo "Sí, masa", como hacían en los putos campos… »

«Las periquitas acercándose y haciéndote una mamada por el privilegio de que no les volaran la puta cabeza… »

«… pero, sobre todo, el solo hecho de matar a los tarados a tiros», sonrío formando una pistola con la mano, arrimándola a mi cabeza y haciendo un fuerte sonido de explosión mientras aparto con una violenta sacudida la mano de la cabeza.

«Buena coca, ¿eh, Bruce?»

«Demasiado buena para tarados, Ray. Demasiado buena para tarados. No bromeo, mi querido, queridísimo amigo.»

Ray Lennox. Un tío legal y un policía que te cagas. No me importa lo que diga nadie.

Después de volver a atacar la nieve nos vamos a unos cuantos bares, y después volvemos a su casa con comida para llevar y más nieve. El cabrón me hace escuchar sus discos de mierda toda la noche. ¡Empieza a tratar de decirme que The Verve o como se llamen son mejores que U2 y Simply Red! ¡Vete a paseo, Lennox! Se hace excesivo y me marcho y me voy para el centro. Que me jodan si pienso pagar un taxi. Puede que me haya perdido el último autobús regular. Tendrá que ser el autobús nocturno. Hace un frío que te cagas ahí fuera. Me dirijo a la estación de autobuses de St Andrew's Square a ver si hay algún autobús para alguna de las ciudades-escoria del extrarradio que pueda dejarme en Colinton.

Puede que esté de suerte, pues todavía hay una o dos personas merodeando por ahí. Veo a un borrachín callejero por el rabillo del ojo. Va rozando la pared, hasta que se detiene en una parada. El bolinga parece tener una expresión de temor en los ojos, como si acabara de caer en que lo que acaba de beberse simplemente no basta del todo para borrar la espantosa realidad de su miserable vida.

Y yo le conozco. Alan. Alan Loughton. En tiempos fue miembro del comité de huelga, en aquel entonces. ¿Cómo te va, Al, amiguete? ¿Cómo te va ahora que los

pozos llevan más de diez años cerrados? ¿Cómo te va ahora que en el pueblo ya no te ven como a un héroe socialista, sino como a un viejo y aburrido bolinga y que las cosas están así (*huelga* 000000000000000000) todo el país y los pijos desap(00000 *tuviste dos* strikes *Bruce*)ce mucho? ¿Cómo te va?

(*cuando vino la poli la primera*)
(*vez* 00000000000 *tres* strikes)
(*y fuera* 00000000 *en el viejo*)

Pero no nos preve(*viejo juego de la ley*[85] 00000)

«¡Qué tal! Alan, ¿no es así? ¿Qué es esto?», digo señalando con la cabeza la lata dorada de Carlsberg Special. «¿No le pegas a la lata morada? ¿Te nos estás aburguesando? ¿Nos estamos reformando?»

Ahora me está mirando, trata de enfocarme.

«¡Bruce! Bruce Robertson», le digo. «¿Te acuerdas de mí? ¡Ingresé en la policía justo antes de la huelga! Si no puedes vencerles únete a ellos, es lo que siempre dije. ¿Y tú qué? ¿A qué te dedicas últimamente? A la política, seguro. ¡Siempre tuviste mucho estilo para hablar en público!»

Loughton suelta un gruñido incomprensible de reconocimiento.

«Pero parece que lo has perdido, ¿eh, colega? Aquella oratoria dorada. De todos modos, tengo que volar, nos vemos», digo mientras me vuelvo y cruzo la explanada. Detrás de mí oigo un doloroso gruñido de pura angustia.

Pero hay dos palabras que yo, que nosotros, podemos distinguir.

Porquería.

La otra es bes…

Ni de coña va a comerme el tarro un borrachín callejero, un capullo de los de la lata morada. Soy yo, Bruce. No hay otros. No es de mí de quien habla Loughton. Nada. Un don nadie. Un conjunto de putos problemas sociales latentes esperando que los supriman. Ésa es la verdadera porquería, la basura de verdad.

Al otro extremo de la estación, dos tarados de uniforme están hablando con un inspector de transportes de Eastern Scottish. Me aproximo a ellos.

«¿Todo bien, agentes?», digo mostrando mi identificación.

«Sí», dice nerviosamente uno de ellos.

«¿Cuántos años tiene tu abuela?», pregunto.

«Trecientos sesenta y dos», contesta él.

«Buena logia. ¿Sigue siendo Dougie Millar el gran maestre?» «Sí… »

«Bien, ¿agente…?»

«Cameron, señor.»

«Bien, agente Cameron, sugiero que usted y su colega se saquen el dedo del culo. ¿Están al tanto de la política de tolerancia cero de los delitos y faltas en áreas públicas?»

«Sí…, nosotros…», tartamudea él. Un tarado novato.

«¿Supongo que son ustedes los agentes que hacen la ronda aquí?»

«Sí, señor.»

«Me alegra oír eso. Hay un puto borrachín en la explanada», digo señalando a Loughton. «Está insultando a los pasajeros, incluyéndome a mí. Pillad a ese cabrón o recibiréis por partida doble, a través del cuerpo y a través de la hermandad. ¿Comprendido?»

«De acuerdo», dice uno nerviosamente, volviéndose hacia el otro. «Vamos.»

Los dos tarados de uniforme salen corriendo por el asfaltado y agarran al aturdido Loughton.

A mí siempre me gustó Loughton, pero me parece que no ha ido a ninguna parte desde sus días de juventud de la huelga de los mineros. Lo mejor que podía hacer era ayudar al tipo a revivir viejos recuerdos y era casi como en los viejos tiempos ver cómo los muchachos de azul se llevaban a empellones al pobre cabrón a la parte posterior de un vehículo policial.

ADELANTE, CHARLIE[86]

La oficina del South Side recién estrenada ya parece mugrienta: esas puertas de cristal con pegajosas huellas dactilares y ese mostrador cara al público con quemaduras de colilla y pósters mal impresos y descoloridos sobre el tablón de anuncios que lo preside. Hay un olor a desinfectante, del tipo fuerte e institucional que parece haber sido diluido para ocultar el olor a pis aunque sin conseguirlo. Una vieja vacaburra le está haciendo pasar un mal rato al sargento del mostrador. Pero él es Sammy Bryce, y Sammy es demasiado profesional para dejar que ella le maree. «… Eso lo entiendo», dice él, «pero si no tiene un número de delito, entonces no podemos hacer nada.»

«¿Cómo consigo un número de delito?», pregunta ella.

«Tiene que ir a la comisaría más próxima a donde tuvo lugar el delito.»

«Pero dijeron que cualquier comisaría…», dice casi llorando de frustración.

«Cualquier comisaría si tiene un número de delito.»

Le guiño el ojo a Sammy, que no es mal tipo para ser un tarado de uniforme, y a continuación subo las escaleras para ver a Davie McLaughlin.

El sargento McLaughlin del South Side está encabezando la investigación en torno a Bladesey, que regresó del seno de su familia tarada en Newmarket para encontrarse desprovisto de esposa y bajo nuestra custodia, ayudándonos con nuestras investigaciones. McLaughlin es una buena elección para este caso: un cochino hijo de puta pelirrojo con un asqueroso nombre papista de mierda, que no es miembro de la hermandad, un detestable ejemplar de vómito racial. Resulta bastante oportuno, pues es una excusa para no mover hilos en pro del hermano Blades. El pervertido hermano Blades.

«¿Así que conoces bien a Cliff y Bunty Blades?», pregunta.

Por supuesto, nos parece de mal gusto hablar con un pecoso *left-footer*[87], pero sirve a nuestros fines. Me pongo la careta de preocupación. «Sí, Davie, soy amigo de los dos. Hace un par de años que conozco a Bladesey, eh, Cliff Blades, pero sólo he llegado a conocer a Bunty desde hace poco. Estaba pasando una temporada bastante durilla con el acoso de ese maníaco, así que Bladesey quiso que me acercara y les animara un poco.»

«¿Alguna vez te dio la impresión de que era él quien hacía todas esas llamadas?»

Trago aire de forma lenta y deliberada. «Davie, llevo de policía más tiempo del que me apetece recordar, y he investigado montones de casos como éste. En aquel

momento, tengo que reconocerlo, fue lo último que habría pensado», digo sacudiendo la cabeza. «Ahora veo que eso es lo que le ponía, disfrutar del elemento de riesgo. ¡Se me estaba meando encima!», digo estrellando el puño contra la mesa.

«No seas tan duro contigo mismo, colega, en serio», dice el católico concienciado. No parece mal tío, para ser papista. «Todos tenemos que desconectar y tener nuestras propias vidas. A veces somos ciegos respecto de alguna gente.»

«Pero es que me siento como un puto gilipollas, Davie…»

«Bruce, no puedes andar por la vida privada pensando que todos los amigos que tienes están o pueden estar *Jackie Trent* de un modo u otro. La verdad sea dicha, cuando salimos por esa puerta, todos ponemos el trabajo aparcado hasta cierto punto.»

A lo mejor tú sí, pero tú eres papista. Como probablemente toda tu familia esté formada por criminales, *tienes* que dejar el trabajo aparcado.

«Quiero verle… »

«No creo que sea una buena, idea, Bruce…», me dice el raenearosarios.

«Dame sólo dos minutos con él, no le tocaré, te lo juro.»

«Vale», dice enarcando esas cejas color canela. Puede que McLaughlin sea un capullo romano y antiabortista, pero es policía de cabo a rabo.

Me bajo al cuarto de los detenidos donde tienen a Bladesey. Hay un tarado de uniforme vigilándole, pero se marcha cuando entro yo.

Bladesey no dice nada, pero sus ojos están encendidos y ansiosos. Se alegra de verme. ¡Este lamentable hijo de puta se alegra verdaderamente de verme!

¿De verdad se piensa que sería amigo de un lamentable pervertido? Será mejor dejárselo claro. «¡Capullo de mierda!», salto. «Puto pedorro…, ¡me estuviste tomando el pelo desde el principio! ¡Toda esa puta mierda sobre Frank Sidebottom! ¡Te la estabas meneando en mi cara, puto cabrón!»

Ahora Bladesey es un cuadro de miseria. «No…», protesta. Tiene tan mala pinta que me resulta difícil seguir mirándole a los ojos. Me aparto brevemente, pero entonces la necesidad de cazar se apodera de mí, como lo hace siempre, y le miro con ferocidad.

«Bruce, tienes que creerme, ¡no fui yo!»

«¡No me hagas que te hunda la cabeza entre los hombros a hostias hasta sacártela por el puto culo, cabrón!» Me acerco a él y se encoge. Me detengo y me vuelvo y entonces doy otra vuelta completa quedándome frente a él. Pienso en todas las injusticias que he sufrido, más de las que ese pequeño cabrón podría imaginar jamás. Extendiendo las palmas le ruego: «¿Por qué, colega? ¿Por qué cojones lo hiciste, Cliff? ¿Por qué me metiste a mí por medio? ¡Pensé que éramos colegas!»

«¡No lo hice, no lo hice, somos colegas!», suplica Bladesey derrumbándose a continuación. «¡N-no lo hi-hi-ce…, n-no lo hi-hice…!», se atraganta, mordiendo la manga de su chaqueta de cuadros para ahogar su llanto.

Es lamentable ver a un hombre hecho y derecho llorar de ese modo. Sin el más

mínimo orgullo. ¿Me verás a mí derrumbarme como una putita de mierda, y encima con toda la mierda con la que yo he tenido que lidiar? ¡Y una mierda! Apechugamos. Se merece morir, merece verse obligado a cometer suicidio y morir. Como Clell. Sí, si por mí fuera eso es lo que pasaría con los tipos deshechos: una especie de selección psíquica natural. Me haría cargo de los putos teléfonos de la esperanza y si uno de esos sujetos lamentables llamase diría: Creo que tienes toda la razón al sentirte tan desesperado. Dale un respiro al mundo y pon fin a tu miserable vida. Si necesitas ayuda, estaré allí en unos minutos. Bladesey. Es una puta basura. ¿Yo, merodeando por ahí con este desecho solitario? ¡Ja! Me parece que no. Empiezo a resoplar mientras le miro desde arriba. «Ojalá pudiera creerte…, ojalá pudiera creerte, joder…, ¡me voy de aquí, joder!» Salgo en tromba de la habitación derribando una silla y escucho a Bladesey gimiendo: «Bruuuss… » mientras me marcho.

Una vez fuera, recobro la compostura. Señalo la sala de interrogatorios con el pulgar. «Hecho polvo. Del puto tarro. No le des café a ese subnormal», le espeto al tarado de uniforme, que está un poco pasmado.

«De acuerdo, jefe», dice tímidamente.

Me gusta este agente. Me gusta que me llamen «jefe». ¡Es un término al que algunos de los tarados de esta comisaría van a tener que acostumbrarse cuando llegue ese ascenso! ¡No es broma! Me despido patateramente del comedor de patatas McLaughlin, agradeciéndole al romano su asistencia y confirmando que sí, retrospectivamente, debí haberme dado cuenta de que con el hermano Blades teníamos que vérnoslas con mercancía averiada. Vuelvo en coche a Jefatura. Pronto estoy en mi mesa estudiando las abultadas tetas de Mónica, de Sheffield. El fotógrafo ha hecho un buen trabajo con ésta. Un apasionado estudioso del juego.

Suena el teléfono. Llamada exterior. El corazón me da un vuelco y a continuación noto la tensión acumulándose en el pecho. Lo cojo.

«¿Diga?»

Es Bunty.

«Bunty», declaro.

«¿Lo tienen detenido?»

«Sí. Acabo de verle.»

«Seguirá negándolo todo, me juego algo.»

«Sí…, era de suponer. Todos lo hacen. No ha sido una experiencia demasiado agradable, hay que decirlo.»

«Sí…, ha debido ser…, Bruce, ¿cuándo puedo verte?»

«He estado pensando un poco en eso, Bunty, y creo que sería mejor que nos mostremos discretos con nuestra relación, al menos hasta que se aclare todo este follón.»

«¿Qué…?»

«Bunty, esto podría costarme muy caro. Soy detective. Tendría que haber captado que Cliff era sospechoso. Sabía cómo era por la hermandad, por los vídeos y esas

cosas. Nosotros… ¡Podría ser el hazmerreír aquí en el trabajo! Hay un ascenso en ciernes. ¿Me sigues?»

«Bruce, seré discreta sobre lo nuestro hasta que sea el momento. Prometo no decir nada. Pero tienes que venir a verme, Bruce… »

«Por supuesto que lo haré», digo suavemente por el auricular. «Tenemos algo especial, ¿no es así?»

Me acercaré a follarte pronto, pedazo de puta gorda.

«Eso me parece», dice con voz quebradiza, «pero nunca me interpondría entre tú y tu carrera, nunca haría nada que pudiera estropearlo.»

«Bunty, no sabes cuánto significa para mí oírte decir eso. Toda mi vida he sentido que estaba destinado a hacer cosas importantes, pero siempre había algo que me retenía, alguna pieza que faltaba en el rompecabezas. Esa pieza que faltaba, ahora me doy cuenta, era el amor y la comprensión de una mujer maravillosa. Eso es lo que eres tú, Bunty, una mujer maravillosa. Y has sufrido tanto…, quiero corregir eso… »

«Oh, Bruce… »

«Limítate a guardar silencio, querida, pronto iré a verte. Lo prometo.»

«De acuerdo, Bruce.»

«Pronto nos veremos.»

«Bruce…, te quiero…»

Vete a tomar por culo, gorda. Desde el momento en que encerraron a Bladesey nuestra relación entró en sus últimos estertores. Eso sí, puede que embauque a esta vacaburra durante algún tiempo más; no hace preguntas molestas y sabe mantener limpia una casa. ¡Seguro que planchando los cuellos de las camisas es formidable! «Yo también te quiero, Bunty.»

Se hace el silencio.

«Tengo que dejarte», le digo. Tengo otra llamada en espera. Vaya que sí. Es Shirley. Hostia puta. He oído la expresión chochetes saliendo de las putas paredes, pero desde luego por el auricular salen también. Veo a Gillman en la esquina junto al grifo y sostiene mi taza de los Hearts y señala la tetera con la mano libre.

«Shirley», digo secamente. Busco los Kit Kats en mi cajón. Aún quedan algunos.

«Bruce…, tengo que verte. Tenemos que hablar.» Le hago a Dougie la señal de adelante.

«¿De qué?»

«¡Necesito verte! Por faavooor…»

Esta capulla se nos está volviendo chiflada. «¡De acuerdo, de acuerdo! ¡En Jeannie Deans dentro de media hora!»

«Estate ahí, Bruce, por favor, no me defraudes… »

«No lo haré», le decimos. Que no qué: estar o defraudarle. Después, pensando en Bunty, no en lo que sentimos por ella sino en lo que le dijimos, decimos: «Te quiero.»

«¿Lo dices en serio?»

El enfoque imparcial. ¡Aumenta la credibilidad tanto en el trabajo policial como

en las relaciones personales! «Acabo de decirlo. Voy de camino. Nos vemos enseguida.»

«Hasta luego.»

Cuelgo el auricular. ¿Qué querrá de mí esa vacaburra subnormal? Ya tengo suficientes problemas tal y como están las cosas. Me acerco a la tetera, donde Gillman y Lennox están parloteando. «Gascoigne tenía razón y Best hasta lo dijo. Jamás ha habido un hombre, un hombre de verdad, que no haya abofeteado a su señora. Toda esa mierda de chachara liberal. Se pasa de la raya, hostia en la boca que se lleva, y ya está.»

Lennox sacude lentamente la cabeza con expresión de asco. «Investigamos los delitos de violencia doméstica. Eso es una agresión y va contra las leyes del país.»

«Bah», se mofa Gillman, y nadie se mofa como él. Si alguien me dijera con sinceridad que yo me mofo como Gillman, moriría feliz. Me doy cuenta de que a Lennox le deja la cara pálida a metro y medio de distancia. «Ya me dan bastantes malas contestaciones mientras trabajo como para tener que aguantárselo en casa a alguna capulla.» Me mira a mí: «Ponle los puntos sobre las íes a este capullo, Bruce.»

«Tengo que salir volando. Tengo problemas de mujeres», sonrío afectadamente. «Pero éste es un tema que requiere mayor disc(00000000000 *ahora sólo estamos tú y yo, Bruce* 000) (0000000000000 *sólo nosotros* 00000000000000000)

Asienten afirmativamente, Lennox a su pesar, y yo, nosotros, yo…, todos estamos aquí…, me meto en el Volvo y salgo pitando hacia el pub Jeannie Deans en el South Side. Decidimos atravesar Queens Park y nos maravillamos ante la imponente faz de Salisbury Craig encumbrándose sobre nuestras cabezas. Esta ciudad nuestra es verdaderamente hermosa y nos gusta esta parte donde no hay una sola barriada a la vista. ¿Por qué no podemos trasladar toda la escoria al culo del mundo por ejemplo a Glasgow, donde armonizaría mejor? Ahora que lo pienso, eso es exactamente lo que hicimos al construir las barriadas. Los enviamos lejos, pero no lo bastante.

Seguimos llevando una papelina de coca encima y debe de quedar un buen medio gramo; nos frotamos las encías con un montón y la cara se nos entumece. Nos hace falta para la puta esa de Shirley, sabemos que nos va a venir con exigencias. No se nos han de confiar las exigencias de los débiles. No casa con nuestro carácter.

Shirley está sola y sentada en una mesa de la esquina del bar vacío. Parece una puta esperanzada haciendo el turno de día. Cuando nos aproximamos, observamos la angustia que hay en su cara enrojecida e hinchada. Parece que nuestra cuñada ha estado llorando.

«Bruce…, me han hecho un frotis…, un frotis cervical…, había algo…, tengo que volver para hacerme más pruebas…»

«Lo siento», le decimos, «pero es una de esas cosas que pasan. No tiene ningún sentido alarmarse hasta que veas lo que dicen los resultados de las otras pruebas.»

«Pero yo no puedo hacer frente a esto…, no tengo a nadie desde que Danny se marchó…, te necesito, Bruce. Necesito a alguien. Necesito apoyo, Bruce… »

El solo hecho de mirarla, de ver su angustia, por un segundo nada más, hace que quisiéramos ser más fuertes. Quisiera ser otro, la persona con la que me está confundiendo, la persona con la que *quiere* confundirme. La persona a la que sí le importa. «Lo siento», le decimos. «No veo qué es lo que puedo hacer yo. Tendrás que arreglártelas.»

He estado lamiéndole ese coño enfermo. Dios mío.

Entonces yo, nosotros, empezamos a pensar: Ni de coña debería estar saliendo a jugar Stronach al campo cuando el chaval joven ese languidece en el banquillo de los reservas, cómo se llama, aquel que jugó hacia el final de la temporada. Ahora está en forma, así que no hay excusa alguna para una selección tan pobre.

«Bruce, por favor», dice ella, y coge mi mano entre las suyas. La apartamos. «Lo siento, Shirley», decimos, levantándonos, mientras ella da comienzo al lloriqueo. «No hay nada que podamos hacer. Caso urgente, eh. Arréglalo y mantenme al tanto. ¡Ánimo! ¡Chao!»

Bailamos por el suelo del pub, deslizándonos hábilmente para esquivar dos sillas y al volvernos vemos el agujero redondo, oscuro, negro, de su boca y está voceando algo pero salimos por la puerta girando y ella se levanta para seguirnos pero nos largamos que te cagas cruzando el aparcamiento, tarareando la tonadilla del cierre del *Show de Benny Hill*.

Todavía nos sigue muy de cerca gritando Bruuusss y nos damos cuenta de que estamos corriendo en la dirección equivocada, alejándonos del coche. Volvemos la vista atrás y aminoramos la marcha, recobrando el aliento y después volviéndonos, permaneciendo quietos y sonriendo mientras ella se nos aproxima respirando con dificultad. Entonces cambiamos los pies y le vendemos tal finta estilo Charlie Cooke que si llega a ser un defensa tendría que pagar para que la dejaran volver a entrar en el campo.

¡Te pillé!

¡Emúlame ésa, Stronach!

Ella cae de rodillas aullando de frustración mientras nosotros, yo, nos lanzamos hacia el coche y arrancamos el motor y desaparecemos por la calle observando cómo se desvanece su figura arruinada en el retrovisor.

Shirley lo provocó ella misma. Una enfermedad del cono, castigo divino por sus infidelidades. Nosotros tenemos nuestro sarpullido, ésa es nuestra penitencia. No infligimos nuestro infortunio sobre otras personas. No estamos hechos de ese modo.

Tonta del culo.

Nuestra, mi cabeza da vueltas pero me siento eufórico y con náuseas al mismo tiempo. No hay forma alguna en que podamos volver a la oficina y ser acosado por putas. Mañana es Año Nuevo: fuera lo viejo, adelante con lo nuevo. Las reglas son las mismas para los chochos que para todo lo demás. Nosotros, yo, nos ponemos en contacto por radio con Toal, diciéndole que estamos siguiendo varias pistas. Después me dirijo a casa, pasando antes por el *off-licence*[88] por más provisiones, y después

voy en coche hasta casa de Héctor el Granjero a recoger algunos libros de naturaleza especializada que serán empleados para proporcionarnos, proporcionarme, mi diversión de esta noche.

Héctor está boyante cuando llego a su casa. Está fumándose esa pipa, lo que siempre le da un aire de mayor satisfacción. «Sabes, Bruce, lo mejor que has hecho nunca ha sido ponerme en contacto con la pequeña Claire. Me he convertido en todo un vejete amancebado. Una chiquilla fantástica.»

Mi jodida…, noto un acceso de celos y recuerdo que no es más que una puta y que son todo transacciones comerciales. Me tomo un whisky de malta rapidito con Héctor y me largo. Mientras me acompaña hasta la puerta, ese puto collie intenta asaltarme otra vez. «¡Quieto, Angus! ¡Sólo es Bruce!»

Se lleva al perro a rastras y yo me largo, todavía molesto con Claire por irse con ese viejo cabrón.

Mujeres.

No puedo

Carole

Shirley No

puedo

Shirley, encuentra a alguien fuerte. Este trabajo, esta vida, ha agotado mis fuerzas. No necesito llevar a remolque a una deshauciada.

Un hijo de puta me pita en la circunvalación y me planteo el perseguirle, pero no me siento en condiciones.

Nuestra capacidad de hacer frente a las situaciones es baja.

(00 *come* 0 *come* 00 *come* 0)

Como con(*no te pases con la coca*[89] *Bruce*) voz quejosa me dice que coma t(0 *no te pases con la coca* 00)ero la farlopa nos ha jodido el apetito y lo único que quiero es más de lo mismo, ahora no quiero comer nada, joder.

Coca como combustible, coca como energía. Tómate una coca y una sonrisa. Coque de carbón. Ésta es blanca, no negra; limpia, no porquería. La coca nunca se come. Sólo se esnifa. Se esnifa todo el puto mogollón.

Me la he tomado toda, así que intento hacerme una paja con los vídeos de Héctor a fin de distraerme del ansia de coca, pero no logro concentrarme. Mi cuerpo entero quiere la sangre que necesita mi polla y me voy a casa de Ray Lennox. Voy a toda hostia en el coche, haciéndole la señal de la victoria a un tarado atontao mientras le hago la pirula. Capullo caradura. Policía. Prioridad. Llego al queo de Ray y aporreo la puerta al estilo policial hasta que su silueta aparece en el umbral de la puerta,

envuelta en un batín. «Ray», sonrío, «pásame algo de blanca. *Pronto*[90], colega.»

«Bruce…, no puedo…», dice.

«¡Pásame algo, Ray! ¡Mañana es Año Nuevo!», salto, haciendo rechinar los dientes en su cara. La noche es joven todavía.

Oigo una voz procedente del interior de la casa. «¿Quién es, Ray? ¿Qué pasa?»

«¡No es nada!», grita él hacia el interior del queo.

Esa voz. Parecía Drummond. Supongo que son bastantes las putas que tienen esos tonos irritantes y quejosos. Quizá sea la periquita esa, Trudi.

«¿Compañía, Ray?», digo con una sonrisa afectada.

«Espérate ahí un minuto», dice sacudiendo la cabeza antes de volver a meterse dentro. ¿Afuera con este frío? Y una puta mierda. Me meto en el recibidor. Desaparece durante uno o dos segundos y vuelve, entregándome un gramo. «Eso es todo, Bruce, no tengo más.»

«Sí, tú sabrás», digo yo, y después me alejo dejándole con cara de pan. Capullo caradura.

Me meto en el Volvo y quiero esnifar una raya sobre el tablier, pero hay demasiados capullos por los alrededores. La desesperación asume el mando y lo hago de todas formas. Es fuerte que te cagas. Si hay que someterla a prueba, que dejen de derrochar el tiempo de la policía haciéndola pasar por los laboratorios. Una buena esnifada. Voy temblando mientras atravieso la ciudad de vuelta a Colinton. No sé lo que quiero hacer.

Probablemente me tiraré a la priva dentro de poco. Necesito quitarle fuerza a esta coca. Ahora. Necesito beber algo ahora. Paro delante de un bar que solía frecuentar hace años, antes de que nos fuéramos a *Oz*. Tendrá que ser una: nos damos cuenta de que nuestras tarjetas están en casa. ¡PUTO CAPULLO IMBÉCIL DE MIERDA!

Nuestro puño golpea repetidamente el tablier hasta que la mano se nos hincha y casi duele demasiado para sujetar el volante. A continuación salimos y entramos en el pub. Un bolsillo lleno de metralla: apenas lo justo para una pinta de lager. Me siento como un puto borrachín callejero mientras entro en esta minúscula tasca. Al lado hay un pequeño reservado separado, tabicado por un panel de madera y un cristal escarchado. Oigo a mis espaldas la risa de rebuzno de una guarra de cuatro bacardis, cuando ni siquiera llevo suficiente para invitarla a uno. Pido la pinta de lager y me pimplo dos terceras partes en un periquete. Hay un grupo de vejestorios jugando al dominó en la esquina y un cabrón solitario leyendo el *Evening News* en la barra. Lo reconozco como poli, de Drylaw, me parece. Termino rápidamente la pinta y me marcho de la tasca, metiéndome en el coche y conduciendo aceleradamente hasta Colinton. Durante todo el trayecto me concentro en las tarjetas que hay dentro del bolsillo interior de nuestra chaqueta, sobre la silla del cuarto de estar.

Con gran desaliento vemos, veo, vemos (ahora estamos todos aquí) un coche aparcado fuera de nuestra casa. Resulta vagamente familiar. Nos planteamos pasar de largo, pero necesitamos nuestras tarjetas y nuestro dinero. Ignoramos a la ocupante

del coche, incluso ahora que la reconocemos como Chrissie, y cruzamos la vereda como un vendaval. Pero ella sale directamente tras de nosotros.

«Bruce…, he intentado llamarte al trabajo», dice ella. Sus fosas porcinas se distienden.

Por qué fastidiar siempre a Bruce, también hay otros, por qué no pueden hacer nada, joder… «Está enferma, sabes, podría estar muriéndose», le decimos. Sacamos las llaves y las metemos en la cerradura.

«¿Quién?»

«Shirley, mi cuñada. Está enferma. Mismas reglas», decimos, haciendo girar la llave.

«Lástima», dice ella, cerrando la puerta después de pasar yo.

Intentamos esquivarla pero está por todas partes, como un traje barato y grita: «Venga, quiero cortarte el gas, venga», y tiene la mano metida en mi bragueta. «Dios, este sitio apesta… venga, Bruce… »

Sólo soy yo, joder, sólo yo…, estoy solo aquí, joder…

Me aparto, pero esta puta bruja cacareante de ojos burlones y depravados de zorra sigue atacando; le aparto las manos, pero se me levanta en contra de mi voluntad. «Déjame…, déjame… »

«Venga… »

Me ha sacado la polla y me la está chupando y estamos llorando, llorando por Shirley, no, no, no, llorando por nosotros y me ha sacado el cinturón y estoy diciendo: «No, no, Chrissie, espera un minuto, espera un minuto, Chrissie», y se quita la ropa a toda velocidad, saca la cuerda del bolso y se rodea el cuello con ella.

Tiemblo y me estremezco y necesito mi farlopa, la llevo en el bolsillo y necesito ver a Shirley o a Carole…, es a ella a quien necesito…, y ha apretado el cinturón alrededor de mi cuello antes de que pueda hablar y sus afiladas uñas pintadas se clavan en el prepucio de mi semierección y me empuja sobre el sofá y es horrendo y ella empuja su coño sobre ella contra mi voluntad y se ensarta y el roce me hace daño y me ahoga con más fuerza y no puedo respirar o hablar al aumentar la presión…

«¡Empálmate más, mariquita de mierda! ¡Venga! ¡Métela!» Ella se frota y se retuerce con más fuerza y yo me empalmo más y se la meto más, ella me rodea y quiero follarme a esta zorra hasta hacerla pedazos pero no hay manera, porque aunque ahora esté empalmado, ella se me está follando vivo, estrangulándome a muerte y chillando: «¡Córtame el puto gas! ¡Más fuerte! ¡Muévete! ¡Muévete! ¡Córtame el puto gas!»

Me ahogo y estoy perdiendo el conocimiento mientras sufro convulsiones y ella chilla y gruñe y sus dientes muerden mi labio inferior mientras ruge y se encabrita y se estrella antes de apartarse jadeando y veo desintegrarse mi polla.

Ella se acuesta y enciende un cigarrillo. «Mmmm. Eso ha estado estupendo. ¿Qué pasa, Bruce? ¿Estás bien? ¡Estás llorando como un niño pequeño!»

«Shirley está enferma», digo. «Mi cuñada. No se encuentra bien.»

Lloro por mí.

Ella me mira y sacude la cabeza. «Ya no eres divertido, Bruce.»

«Oímos voces, Chrissie. A todas horas. ¿Tú las oyes alguna vez? Las hemos oído toda la vida. Las lombrices.»

«¿Qué? ¿De qué hablas?»

«Nosotros decimos esto, ellas dicen aquello. Ponemos los discos a tope. Es como lo de los mensajes que hay en los discos cuando los ponen al revés. Como yo y ella. Seguimos estando juntos, ¿sabías eso? Somos todos nosotros…, me escucho, nos escuchamos, me escucho cantar en voz baja y desafinada: *“Why not take all of me…”*[91]».

«Tengo que irme», dice ella, mientras empieza a vestirse. «Sea lo que sea lo que estés tomando, deberías dejarlo.»

No decimos nada, sólo la sugestionamos para que no esté aquí. Largo largo largo nadie te ha pedido que vinieras.

Cuando se ha ido, nos pasamos con la coca que nos ha dado Ray. Tras unos cuantos tiritos quisiéramos que la guarra volviera porque se iba a enterar de verdad la cabrona, pero nah, mi polla sigue tan fláccida y triste como la de Ray Lennox aquella vez con Shirley.

Porque éramos Shirley y yo y yo la defraudé y no puedo culpar a los demás.

Me acerco al teléfono, pero decido no hacerlo. Intento encender el fuego pero me tiemblan las manos. Se ha conservado un fragmento del manuscrito de Toal, seco y quebradizo.

OFICINA DE BILL TEALE

[ANDERSON]

El psicópata este, ¿crees que volverá a hacerlo?

[TEALE]

¿Por qué estás tan seguro de que es un hombre?

[ANDERSON]

Venga, Bill. Suelen serlo.

[TEALE]

Creo que nuestra mujer misteriosa puede tener más que ver con esto de lo que imaginamos.

Anderson parece alterarse visiblemente.

[ANDERSON]

¿Por qué lo dices?

[TEALE]

Por dos cosas fundamentales. Uno, ha desaparecido de la faz de la tierra, lo cual significa que alguien la está encubriendo, quizá alguien que sepa mucho acerca de esta investigación, y dos

Qué cojones…

¿Qué cojones sabe este cabrón de Toal? Tendría que haber leído el guión. ¡Puta Carole!

Estúpida vacaburra de mierda.

Joder.

Tendría que haber leído ese guión. El conocimiento es poder, o eso dicen. Pero a la mierda. Agacha la cabeza y endurece el corazón y no te pasará nada. Respirar despacio.

Respirar despacio.

Fácil de hacer.

En este negocio se nos endurece el corazón. Tenemos que tenerlo más duro que la cabeza de nuestros patrocinadores y eso es lo que nos hace polvo. Ellos pueden permitirse ser duros porque pueden abstraerse de todo y pueden hacerlo porque están alejados de todo.

Nosotros, por otra parte, hemos de pagar el precio físico y psíquico para que estos ricos cabrones consentidos puedan mariposear por ahí sin que les molesten.

Nah, nadie regala nada. *Nosotros* siempre pagamos.

Llego al (0000000000000000)aista el Royal Scot a través del cr(000000000000000000 *comer* 00000)omo Bernie el del seguro que en(00000000000 *gracias* 000000000000)asteles en el horno detrás de los d(00000 *Tú. Fuiste el primogénito*)rta.

Me voy hac(*de tus padres. Pero algo no*)risbane, añade.

«De acuerdo (*marchaba. Tu padre no tenía*)no puedo tragar esta mierda de ap(*tiempo para ti. Fuera, la gente*)mbaleando por el suelo.» (*del pueblo parecía mirarte de*)

«Pasaste por lo (*soslayo, como si fueses una*) «Ocho años en (*especie de bicho raro. Los*)guiendo chulos por King's Cross o bien(*padres les decían a sus*)dios bastardos griegos y consejos a lo (*hijos que no jugaran contigo*)familia estaba trasladando a los dem(*En casa te mirabas al espejo*)los suburbios. Me dispararon en S(*y tratabas de ver qué es lo*) el Met o bien aquí. No dejéis que(*que veían ellos. Lo único*)as tonterías sobre Australia. Es una y (*que veías era un muchacho*)de

bastardos convictos y asesinos q (*joven normal. Pero Stevie*)s como aquí. Me está mirando como(*siempre jugó contigo. Stevie*)algún tipo de loco y le digo a los (*era efervescente y entusiasta*)que maricones como tú pueden (*Hacia las mismas cosas que tú*)no en la jodida cola. Acuérdate d(*pero la gente respondía de*)jando al idiota aturdido. A casa y(*forma diferente; indulgentes*)unca dormiré hasta que se den ci(*con él, impacientes contigo.*)porquería y la suciedad y los jueg(*A veces, sin embargo, cuando*)

(*te quedabas a un paso de*)
(*distancia, salías con bien*)
(*agarrándote a la estela de*)
(*Stevie. Pero tú y él erais inseparables*)
(*Tu padre adoraba a Stevie y no le*)
(*gustaba que jugara contigo. Pensaba*)
(*que Stevie debía jugar con sus amigos*)
(*normales. Los del colegio que eran de la*)
(*misma edad, no dos años y medio mayores.*)
(*Por la noche en la cama oías discutir a*)
(*tu padre y a tu madre, a él levantar la voz y llorar*)
(*a tu madre. Querías impedirlo. Pero después de*)
(*algún tiempo empezaste a ver las cosas de otro modo.*)
(*Empezaste a fijarte en las palabras que*)
(*él empleaba que la hacían llorar. Le estudiaste*)
(*Al principio resultó desalentador. Para tu*)
(*universo infantil, él parecía una inexpugnable*)
(*poderosa fortaleza de pavorosa omnipotencia.*)
(*Pero andando el tiempo empezaron a*)
(*asomar las grietas ante tu mirada*)
(*crítica. Aprendiste qué cosas*)
(*le dolían aunque sabías que*)

Y lo hicimos (*nunca podrías poner en*)uel lisiado en el sillón, horrible, hor(*práctica ese conocimiento*)blando, intenta recogernos en su coche (*Todavía…*)un día malo en que los demonios nos acechan.

Esta mañana se presentan bajo la forma delgada y miserable de Drummond. Estoy de patrulla con ella. ¿Por qué? No sé por qué. No logro pensar con claridad. No para de hablar del caso: víctimas, sospechosos, escenas de los crímenes, informes, datos forenses, análisis, política y quiero gritar: MIERDA. ESO NO ME IMPORTA, JODER. ¡ME ESTOY MURIENDO AQUÍ, JODER! Porque sí.

No puedo respirar dentro de este puto coche. La puta coca me provoca sinusitis y me empeora la bronquitis. Estoy tosiendo y temblando y el olor de su perfume resulta insoportable. Tiene que estar con la regla para empaparse de esa manera. Una lamentable labor de encubrimiento. Este puto coche apesta como el cubículo de una

puta del distrito de los farolillos rojos una noche de sábado durante la temporada turística alta en la Dam.

Esto no es Año Nuevo…, esto es Halloween, joder…

De todas las personas, tenía que ser con ella. Paseando en coche. Buscando a Ocky. Ella. Nunca será una puta poli.

Pero nosotros somos putos polis.

Estamos enfermos y temblorosos y asustados. Lennox intentó envenenarme con esa coca. Estaba llena de mierda. Intenta matarnos. Nos entran ganas de gritarle a Drummond: SI NOS MORIMOS SERÁ CULPA DE RAY LENNOX, RAY EL DROGADICTO LENNOX, EL MISMO RAY LENNOX DE CUYO CULO TÚ CREES QUE SALE EL SOL PERO NO SABES CÓMO ES. NO TE FOLLARÍA COMO TÚ QUIERES, HEMOS VISTO SU PUTA POLLA Y SI MORIMOS HA SIDO LENNOX. ÉL ES EL ASESINO.

Estoy respirando pesadamente. Respiramos violentamente. Estoy estoy estoy oliendo cómo se fríe el puto beicon…

Que alguien llame a la policía. Socorro. Por favor.

«¿Te encuentras bien, Bruce?»

«Sí. Desde luego que me encuentro bien.»

«Mira, puedes decirme que no es asunto mío… »

«Estoy perfectamente…, de verdad. Simplemente he pasado una mala temporada», le decimos, recobrando el control de nuestra respiración mientras el sudor cae a chorros de nuestra frente. Bajamos la ventanilla y entra una ráfaga de aire helado.

«Si te apetece hablar del tema…», dice ella bajando la voz, asumiendo la posición-de-Miss-Hunter-en-vena-de-poli-buena. *Miss Cunter*[92] Si tuviera ocasión me la follaba hasta sacarle los ojos. Probablemente una solterona con una vagina con sabor a tierra de Arizona.

¿Pero quién se habrá creído que es para pensar que yo iba a hacerle confidencias? «No te pongas la careta de Personal, Amanda. Esto es trabajo policial de verdad. Hay que apechugar, seguir adelante.»

La cabeza me da picotazos que te cagas y estoy temblando. Trabajopolicialtrabajopolicialtrabajopolicialtrabajopolicialquéib asasabertúdeesooooo.

«No es la careta de Personal. Estoy preocupada por un compañero, eso es todo.»

«¿De verdad es eso todo?», le sonrío, tratando de controlarme.

«Por favor, no te adules tú solo. Me pareces un hombre bobo y lamentable y no tengo interés alguno en ti aparte del hecho de tener que trabajar juntos.»

Ésa ya la he oído antes. Por lo general, en boca de una guarra con ganas de que la cubran. «Me deseas. Eso es lo que hay y punto. Lo noto.»

«Bruce, eres un viejo feo y bobo. Muy posiblemente seas un alcohólico y Dios sabrá qué más. Eres el tipo de sujeto lamentable que victimiza a mujeres vulnerables,

débiles y estúpidas a fin de hinchar su propio ego hecho polvo. Eres un desastre. En algún punto te has extraviado, amigo», dice tocándose la cabeza despectivamente.

Hiervo de indignación en mi asiento. Comienzo a hablar, pero la muy guarra levanta la mano y me corta. «Te pasaste aquella vez con Karen. Estaba deprimida y borracha y te aprovechaste de ella.»

«Tienes un verdadero problema, ¿lo sabes? Eso no es asunto tuyo. Adultos en edad de consentir», le digo.

«Ella no estaba en estado de consentir o no consentir», cloquea Drummond. «¿Crees que si hubiera estado sobria se habría ido contigo?»

Tendrá jeta la puta de mierda… «Muy bien, pues entonces tampoco debería haber bebido, ¿no? ¿Lo siguiente que vas a hacer es impedirle a la gente hacer eso? Quería tomar una copa, así que se la tomó. Después de tomar una copa quiso echar un polvo, así que lo echó. No me hables como si fuera un puto violador. ¿A qué viene tanto interés por Karen? ¿Estás celosa? ¿Es eso?»

«Ay Dios», dice con un gesto de desaprobación, entornando los ojos. «No soy lesbiana, Bruce, antes de que empieces con más de tus previsibles y bobas contestaciones. Tengo novio. Tiene infinitamente mejor aspecto, es más inteligente, más sensible, más fuerte y más joven que tú. En el mercado sexual tú no eres siquiera un Poundstretcher o Ali's Cave en relación con su Jenners[93]. Eres una criatura lamentable. Desde luego no deseo a Karen en forma o modo alguno, pero aún menos te deseo a ti. Te encuentro repulsivo. ¿Hay alguna forma más clara de expresarlo?»

Esto no es…, esto no es… «Entonces por qué tanto preocuparse por mí, joder…», me oigo a mí mismo gimotear. Esta guarra… «No soy así…, no soy así no lo soy no lo soy no lo soy no lo soy… »

«Porque eres mi compañero y porque eres un ser humano. Tienes que ponerte las pilas, y a lo mejor entonces quizá puedas llegar a ser la clase de persona que te imaginas que eres, aunque sabe Dios qué será eso.»

Qué cojones es esto… no sabe (00000 *come* 00000000 *come* 0000)ue no sabe nada. (00000 *todo lo que necesitas* 000000) (, 000000000 *es amor* 000000000000).

«Yo… ya no hago tan bien mi trabajo…, no soy tan bueno…, llevo demasiado tiempo en él…, en Australia era el mejor…, mi familia no me habla…, por la huelga…, son una familia minera…, Newtongrange…, Monktonhall…, no me hablan. No nos dejan entrar en casa. Mi padre. Fue mí hermano. Fue el carbón, la suciedad, la porquería. La oscuridad. Odio todo eso. No nos dejan entrar en casa. Nuestra propia casa, joder. Lo intentamos. De verdad que lo intentamos, joder…, sólo hacía mi puto trabajo…, policía, eh. Sólo fue la huelga.»

Se vuelve hacia mí, haciendo rechinar los dientes como si también hubiese estado levantada toda la noche a base de farlopa… «Acéptalo. Enfréntate a ello», salta ella. «Tienes una mujer, una hija…, ¿no?»

«Todo eso es historia…», estoy sacudiendo la cabeza, «contaba mentiras…, estúpidas mentiras… »

«¿Quién?»

«Las dos…, estúpidas mentiras», nos reímos. «Todo ha salido mal. Las reglas son las mismas. Antes se nos daba bien el viejo trabajo policial. Apuesto a que te lo dijeron, ¿eh?»

«Sí, me lo dijeron», dice ella desinteresadamente.

Bueno, cómo iba a saberlo ella, porque nunca será policía, joder, pero si pudiera ayudarnos, si pudiera tratar de comprender como solía hacer Carole…, si pudiéramos explicar… «Ahora nos falla algo. Nos pasa algo malo. Algo… dentro.»

«¿Has ido al médico?»

«No puede hacer nada por nosotros. Nada. Se acabó», le digo. Ahora me doy cuenta de que no puedo hablarle. ¡A ella! A ella, de todas las personas. He sido débil, débil por empezar a hacerlo. «Mismas reglas. Mira, detente aquí. Voy a salir y voy a vigilar a Setterington y Gorman.»

«Bruce, no creo que estés en condiciones de trabajar de momento…», dice ella.

Me revuelvo en el asiento y le echo una mirada macabra y desgarradora. Capulla entrometida. Búscate una vida propia en lugar de meter las narices en la de los demás. «¡Yo estoy al frente de esta investigación, Drummond! ¡No lo olvides jamás! ¡CUMPLE CON TU PUTO TRABAJO Y DEJA DE JUGAR A LA PSICÓLOGA AFICIONADA!», bramo con violencia, y ella se encoge bajo el impacto de mis palabras y mi aliento cálido y babeante, deteniendo el coche bruscamente, con la cara colorada y los ojos llorosos. Me bajo de un salto. Ella arranca y se marcha despacio. En cuanto desaparece de mi vista cojo un taxi hasta casa y me voy a la cama, donde veo más demonios tomando forma entre los patrones arremolinados de mi techo Artex.

La cama que compartíamos.

Hora de actuar.

Es Año Nuevo y esta noche voy a salir. Voy a salir con Carole.

¿MÁS CAROLE?

He bebido mucho, en realidad puede que demasiado, pero es esta época del año. Hace un frío que pela y me alegro de haberme puesto el abrigo grande. Llevo mi bonito bolso nuevo, el que Bruce me regaló las últimas Navidades, bueno ahora serán las Navidades anteriores a éstas, pero en realidad apenas lo he utilizado. El Tron[94] está vallado y la ciudad está agitada. Antes esto era algo tradicional y escocés, pero ahora no es más que el Festival de Edimburgo en Año Nuevo, otro montaje turístico. Estoy harta. Me alejo de todo el barullo, bajo por Leith Walk y paso frente a muchedumbres de jóvenes vociferantes, parejas y turistas que se dirigen todos al centro.

Tuerzo por una bocacalle y veo la luz incandescente de un bar. Me encamino hacia ella pero noto que hay un coche junto a mí como si fuera una prostituta o algo así. Hay un tío asomado a la ventanilla haciendo gestos. Lo ignoro. Entonces se detiene un poco más adelante y del coche descienden dos jóvenes. Se acercan a mí y uno de ellos me cierra el paso. Aprieto el bolso con más fuerza.

«¡Feliz Año Nuevo, muñeca!», dice.

«¿Vienes a dar una vuelta, cariño?», pregunta el otro.

«No…, yo…, yo…», empiezo y entonces me callo. No me gusta hablar. Con extraños. No cuando salgo con…

Empiezan a reírse. Yo empiezo a reírme. Nos empezamos a reír. Entonces sale un hombre de la parte trasera del coche y nos mete dentro a empujones mientras otro par de manos nos coge de las muñecas. Estamos en el asiento trasero del coche aplastados entre dos hombres y los otros dos se han sentado delante y salimos a todo correr. Resulta extraño, pero en ningún momento se nos pasó por la cabeza reaccionar: resistiéndonos o echando a correr, aunque tuvimos tiempo de hacer ambas cosas. Esta parece la mejor manera de hacer las cosas.

«Eres un puto maricón asqueroso. Te voy a dejar lisiado», me dice uno de los jóvenes, dándose la vuelta en el asiento del pasajero. Sabemos que este muchacho de piel albina es Gorman. Conocemos el historial de este matón.

«¿Follas con tíos así…, cariño?», se ríe un tío que tenemos al lado. Es grande. Tiene unas manos como palas. Su cabeza es tan maciza como la máscara de Darth Vader. Sabemos que este hombre es Setterington.

No pueden hablarnos de ese modo. «¡Escuchad!», les decimos: «¡Policía! ¡Estamos en misión clandestina!»

Se ríen. Simplemente se ríen de mí. Nos arrancamos la peluca que llevábamos. Seguimos aferrándonos al bolso. El bolso de Carole. Mi regalo. Las Navidades pasadas te entregué mi corazón. El coche parece desplazarse muy lentamente, y sentimos una náusea en el estómago, una náusea que nos hace sentirnos como si hubiéramos comido demasiado algodón de azúcar en las ferias y subido después a las atracciones. A Stacey le gustaban las atracciones. Nosotros y ella, ella arropada entre los dos. La familia nuclear, dando vueltas, retorciéndose, desorientada, pero todavía haciendo una pina.

Todavía…

«Pero te queda más sexy puesto, eh», se ríe uno de los tíos. Se ríe de nosotros. No le reconocemos.

Dando vueltas, perdiendo el control. La peluca. Costó doscientas libras en Turvey's, en Glasgow Road. Encargada especialmente para parecerse al cabello de Carole, largo y negro. Le dije al tío que era para mi mujer. Se le cayó el pelo tras la quimioterapia. Qué terrible, dijo él. Fuma demasiados cigarrillos, le dije.

«Cualquier par de gayumbos que lleves puesto podrá ser bajado y empleado como prueba», sonríe otro: Liddell, se llama éste.

«Soy el sar… »

Soy

Somos una familia…, conocimos una fam…

«Sar…», empezamos a decirles, pero Setterington nos ha sacudido un fuerte puñetazo en la nariz con ese puño que parece un yunque y los ojos se nos llenan de lágrimas y por nuestra cara se extiende el agudo ruido del dolor, golpeando el centro de nuestro cerebro y una tanda de rachas de respiración irregular, una palpitación en el pecho, un medio sollozo medio vómito. Lo único ante lo que podemos reaccionar es el dolor. No vemos ni sentimos ninguna otra cosa.

Cómo te hizo sentirte.

Somos distintos de lo que piensan.

¿Dónde cojones está el puto grupo de apoyo? ¡Somos polis, joder! Policía.

Nos ponen una bolsa de plástico en la cabeza. Ahora no somos capaces de ver adonde nos llevan. Estamos recordando cómo empezó todo esto: al principio, cuando Carole se marchó con la cría, solíamos poner la mesa para dos y entonces empezamos a ponernos su ropa y era como si ella aún estuviera con nosotros, pero en realidad no…, Carole…, Carole, por qué lo hiciste, con ese puto negro, aquellas putas no significaban nada para mí…, la puta bocazas de mierda de tu hermana…, un coño como el túnel del Mersey…, y la cría…, ay Dios…, Dios…, Dios…, queremos vivir…, lo único que pedimos es un poco de ley y de orden…, es el trabajo…

queremos arreglarlo…

no somos como la escoria a la que encarcelan…

queremos poner las cosas del derecho…

… no sabemos adonde vamos. No lo sabemos en absoluto. Esto es Edimburgo. Es invierno, pero bajo esta bolsa de plástico hace un calor pegajoso y no podemos respirar, joder.

Hemos perdido el bolso.

Y sus voces.

«Haría falta ponerle una bolsa en la cabeza antes de que yo me lo follara», la voz de Gorman.

«¡Vete por ahí! ¡Es un puto tío, so amariconao!», le dice otro.

«No me lo voy a follar con la polla, ¿verdad, tonto del culo?, pero veremos lo que encontramos para meterle por ese culo de maricón, a ver cuánto resiste.»

«Chachi.»

Nos botan del coche y nos suben a empujones por unas escaleras. Escaleras. Vemos los peldaños bajo nuestros pies. Empujado. El negro. Nos hacen movernos con demasiada rapidez y damos un traspié y tropezamos, pero impiden que nos caigamos y nos gritan obscenidades.

«¡Mueve ese culo de maricón, puto bujarra!»

«¡Venga, bobo gilipollas de mierda!»

El lugar está en ruinas, vemos los cristales rotos bajo nuestros pies. Está abandonado, no hay más ruido que el nuestro. Llegamos al final de las escaleras y nos arrojan a una habitación. Entonces se oyen más voces. La voz de una chica. La reconozco.

«Sabía que le conocía de alguna parte.»

Estelle.

«¿Llevaba una bolsa de plástico en la cabeza aquella vez?»

«¡Listillo!»

Siento un dolor agudo en los testículos. Me los cubro con las manos. Mis dedos amasan la tela de la falda.

«¡Muy buena, Ocky!»

Ocky. Ocky me ha pateado.

«El caso es chicos… y chicas», es la voz de Lexo, «que tenemos que llegar hasta el final con este cerdo. Ya sabéis lo que eso significa.»

«No te puedes cargar a un cerdo, tío», está diciendo el otro, creo que se llama Liddell.

A Estelle se le escapa una risa nerviosa. Se piensa que estos cabrones están bromeando. «Yo no quiero tener nada que ver con esto», dice ella.

«No seas tonto, Lexo», dice Liddell. «No te puedes cargar a un cerdo y punto. Después de eso la has cagao.»

Otra voz interrumpe, jadeando, asustada. «No es una broma, joder…, venga, chicos…, no podéis matarle…, a un policía no…» Mi agresor Ocky.

«Tú cierra esa puta boca de chivato», dice Ghostie, y siento temblar a Ocky desde aquí. «De ti ya nos ocuparemos después. Lo sabemos todo sobre ti, amiguito.»

«No soy un chivato…», alega Ocky.

Pobre Ocky. Siempre entre el martillo y el yunque.

«Lexo tiene razón», dice Ghostie. «Este cabrón sabe lo que hay. Nos cargamos al tío aquel.»

«A él también nos lo cargamos», continúa la voz burlona de Lexo, «los capullos muertos no hablan. Podemos pegarle fuego a este sitio con este cabrón dentro. O con lo que quede de este cabrón.»

Uno de ellos me saca la bolsa de un tirón. Una luz intensa nos enfoca la cara y parpadeamos. Los miramos. Sí, hay cuatro, los mismos cuatro más Estelle y Ocky. Liddell enfoca mi cara con una vieja lámpara de estudio.

El bolso está sobre el estante. Setterington se pone a dar pasitos remilgados con él.

Pero ahora empezamos a recuperar el control. No han debido sacarnos la bolsa. La cara nos palpita y nos duele, los ojos aún nos lloran, pero pensamos otra vez. Los vemos. La lámpara no nos molesta. Ven nuestra mirada impávida.

Los vemos.

«Mírale, vaya un puto gilipollas», escupe Ghostie Gorman, el pequeño mamón albino de aspecto malvado. Entonces sonríe y saca una papelina de farlopa y empieza a frotársela por las encías. «Categoría superior, colega, categoría superior. La saqué de tu bolso. ¿La pillaste estando de servicio con los de Antidroga, ¿no?»

No digo palabra.

«¡Yo también tendría que haberme hecho policía!», se ríe, y los otros le responden al unísono.

Miro a Ocky y después a Estelle. Ella tiene expresión apurada e iracunda. Me mira con odio puro, como si yo tuviera la culpa de que se encuentre en esta situación. Ghostie me ve mirándola fijamente. «Te gusta la periquita, ¿no? ¿Sexy, eh? Pero no tan sexy como tú, ¿eh, colega?»

Abraza a Estelle y la besa, introduciéndole la lengua en la boca. Ella se muestra poco dispuesta y rígida, resistiéndose ligeramente y después accediendo. Él para y se vuelve hacia mí. Estelle se limpia los labios. «Beso francés», explica Ghostie. «Aquí me tienes, poniéndome en forma para la copa del mundo. El papeo también. El verano pasado fui a un restaurante francés. ¿Te gusta la comida francesa?»

«Me da igual», le digo.

«El pijo ese que está al lado de la Milla Real», insiste. «Un garito francés auténtico. Me gusta el ajo. Los caracoles al ajillo.»

Frunce los labios y hace sonidos de sorber.

«¿Has ido a ese sitio alguna vez, colega, *Le Petit Jardin*?» Ghostie pronuncia el nombre del restaurante con un amanerado acento francés.

«Nah. No he ido nunca», le digo.

Yo y Carole nunca fuimos allí. A mí nunca me ha gustado la comida francesa. Siempre he preferido salir a tomar un curry. El Raj, en los muelles de Leith. El sitio de Tommy Miah. Siempre ha sido mi favorito. Una mesa junto a la ventana si se podía conseguir. El Anarklia, en Dairy Road. A Carole le gustaban las variedades vegetarianas que tenían allí.

«Fue durante el Festival», me cuenta Ghostie, haciendo una pausa para entretenerse. Este cabrón es peor que Toal. «Entro en el restaurante, un restaurante de mi propia ciudad. El camarero se acerca y dice: ¿Tiene usted reservas? Yo me limito a echar un vistazo alrededor…», dice girando la cabeza en torno a la habitación en ruinas, «y le suelto: Sí, las tengo. La decoración», y entone es me mira despectivamente como si fuera yo el camarero «el servicio y probablemente la comida. Pero sigo queriendo una puta mesa.»

Los demás sonríen afectada y servilmente mientras él termina la pantomima. Las sonrisas de Ocky y Estelle ocultan máscaras mortuorias de terror y sólo Lexo permanece impasible, mirando por la ventana.

Ghostie sacude macabramente la cabeza. «Pero no. No me dieron mesa. No había sitio.» Se encoge de hombros. «Pero Le Petit Jardín estuvo cerrado durante un mes después de aquello. En el lapso de unas horas después de que nos echaran, una pequeña pandilla entró a saco y puso el local patas arriba. Aterrorizaron a la clientela. Ahora nunca tengo problemas para encontrar mesa. Nos tratan como si fuéramos de la *realeza*, eso hacen. Incluso con el Año Nuevo en Edimburgo, con todos esos turistas, podría entrar en cualquier momento y me atenderían enseguida.»

Aquí no va a haber súplicas de perdón. Son basura, escoria criminal. Son distintos de nosotros. Ahora no sentimos temor alguno. Son débiles.

«¿Te crees que eso me impresiona?», nos reímos, sacudiendo la cabeza, «¿que puedas hacer que una pandilla de críos idiotas destroce un restaurante franchute? Pues no», digo sacudiendo burlonamente la cabeza, mirándole ferozmente a esos ojos oscuros.

«Cierra la pu…», empieza Liddell, dejando la lámpara y adelantándose.

Ghostie levanta la mano. «Cállate. Deja que hable.»

Echo una mirada en torno a todos ellos y después vuelvo a mirar a Ghostie. «Te conozco, colega. Te escondes entre la horda. Eres un cagao. Tú y yo pues…» Miro fijamente esos ojos fríos, fríos. «Podría contigo.» Los miro de uno en uno. «¡Podría con cualquiera de vosotros en una pelea de hombre a hombre! ¡Putos cagaos!», les gruño.

Vemos que eso pulsa las palancas apropiadas en su psicología subnormal. Están conmocionados. Riéndose, incrédulos, pero desconcertados. Saben que van a tener

que trabajar para algo que ellos pensaban que no iba a ser más que diversión. Que van a tener que jugársela de algún modo. Hemos descifrado su puto código y les estamos desafiando para que nos demuestren que son aquello que creen ser. Uno de ellos, Ghostie Gorman, suelta: «Vale, a este capullo lo mato. Yo me encargo.»

«¿Por qué no apañamos al capullo ahora y dejamos de enredar?», dice Lexo.

«No. Lo quiero para mí.» Gorman me mira y se ríe estrepitosamente. «Vas a morir», dice en voz baja.

A los otros les hace señal de que se vayan y desfilan indecisos por la puerta. Él tiene una llave vieja, que utiliza para encerrarnos en esta habitación. «La llave de la casa del amor», sonríe, colocándola sobre la repisa de la chimenea.

Sólo estamos él, el puto burro, y yo. Sin anunciar nuestras intenciones, arremetemos contra él, pero nos pilla con un puñetazo en la cara y duele y lo tenemos encima por todas partes y nos sentimos débiles y quebrantados bajo esa lluvia de golpes y no debería haber sido así y se ríe de nosotros y ahora el temor está presente y nuestro desaliento aumenta a medida que nos damos cuenta de que no tenemos nada que hacer, que estamos inmóviles. Su cabeza se estrella contra la nuestra y la nariz explota mucho peor que en el coche porque ha crujido y ha sido hundida y nos asfixiamos con nuestra propia sangre y no podemos respirar y hay más golpes penetrantes y nuestros brazos parecen tan pesados que ni siquiera podemos levantarlos para devolver los golpes o bloquearle.

Estamos en el suelo. Sólo Bruce encaja golpes, patadas. Me protege, protege a Stevie, a los demás…, no…, no…, Carole no está aquí. Stevie no está aquí. Sólo yo. Bruce. Bruce y la Lombriz.

«¿Te acuerdas de esa vieja canción discotequera? ¿Doctor Kiss-Kiss? Ése soy yo», dice pavoneándose. Me tiende la mano. La acepto.

Me pone de pie. Me rodea los hombros con el brazo. No podemos movernos.

«Siempre he odiado a los polis que te cagas», me explica.

«No de la forma normal en que todo el mundo odia a los polis. Yo siempre he odiado a esos cabrones de un modo especial. Pero tú eres diferente, cariño. ¡Aún lograré hacer de ti una mujer honrada!»

Nos echa la *cabeza* atrás de un tirón y nos mira a los ojos. Se relame los labios con su larga lengua.

«¡Puto poli espabilao de mierda!» Sonríe. «Ahora es el momento de que aprendas algo…» Nos mete la lengua en la boca, mezclando su saliva con nuestra sangre.

Explora durante un rato, y entonces la retira y oímos su voz: «¡Sexy! ¡Uooa jo! ¡Pensabas que podrías *conmigo*, puto maricón asqueroso! Eso te ha gustado, eh, sexy», jadea suavemente. «¿Te ha gustado, eh?»

Sí. Sabemos que queremos que vuelva a hacerlo, es nuestra última voluntad. Queremos decir: Por favor, volvamos a estar juntos así una última vez, pero no podemos gritar, sólo pensar, sólo esperar que de algún modo pueda percibir este deseo.

Lo hace.

Introduce su lengua en nuestra cabeza otra vez, pero ahora levantamos nuestros fatigados brazos para abrazarle. Nuestras manos se entrelazan alrededor de su espalda para celebrar nuestra propia unión, nuestra propia comunión, nuestra propia hermandad. Una presa que nada podrá romper…, es Carole…

Oh, Carole

La abrazamos y mordemos su lengua con fuerza y ella chilla y trata de apartarnos como hizo cuando sólo queríamos abrazarla después de encararnos con ella por lo del negrata, pero no, querida, esta vez no puedes huir, no, porque la estamos abrazando con fuerza y mientras trata de liberarse avanzamos, no, no, querida mía, no podemos soltarte, ahora no… porque necesitamos estar juntos, Carole, tú lo sabes…, es justo como siempre tiene que ser…, nuestros ojos se han cerrado pero a través de la membrana de nuestros párpados aún vemos la luz y nos movemos hacia ella.

Aproxímate a la luz, Stevie…, Carole…, aléjate de la porquería, acércate a la luz…

Pero ésta no es Carole. Esto es excremento. ¡Qué hace aquí esta cosa, qué hace aquí con nosotros en lugar de Carole!

Tiene que irse.

En el momento preciso dejamos de abrazarle y empujamos y le observamos caer hacia atrás, atravesando y rompiendo los marcos podridos de las ventanas, aferrándose aún pero incapaz de volver a subir, y tratando de agarrar las viejas y raídas cortinas, pero la tela se rasga entre sus manos y nos mira con odio e incomprensión, mientras su propia sangre se derrama por la lengua amputada en su boca, mientras resbala por la ventana y se estrella sobre el patio asfaltado de abajo. Nos asomamos y vemos por el modo en que está doblado y quebrantado que está fiambre y a continuación, como confirmando nuestra sospecha, se forma alrededor de su cabeza una enorme mancha de sangre en forma de corazón.

Los taraos golpean la puerta aullando amenazas. Ja ja ja.

Me acerco a gritarles pero tengo algo en la boca. Me meto los dedos y lo saco. Un trozo de su lengua. Me agacho y veo el bolso de Carole y lo meto dentro.

Les grito a mi vez desde detrás de la puerta: «¡Quién es el siguiente, putos taraos! ¡Somos la poli de Edimburgo! ¡Matamos a los taraos! ¡ODIAMOS A LOS NEGROS! ¡SOBRE TODO LOS BLANCOS A LOS QUE LLAMAN ARRABALEROS!»

Entonces se detiene.

Parece que pasa un siglo.

Entonces olemos a quemado. Le han pegado fuego al edificio. Nos acercamos a la ventana y les vemos salir corriendo por la escalera. Me lanzan a gritos una amenaza de muerte al ver a su amiguete tarado y yo les grito a mi vez: «¡Vais a morir! ¡Vais a recibir lo mismo que ese puto tarao! ¡VAIS A MORIR!»

Cogemos la llave de la repisa de la chimenea y abrimos la puerta. Entra una oleada de calor y las llamas están por todas partes, arrancando desde el suelo hasta llegar al techo y recorriendo las viejas paredes empapeladas.

Estamos atrapados. Los pulmones se nos llenan de humo espeso y asqueroso.

Nuestra única opción es ir a la cocina y salir escalando por el tubo de desagüe de la parte trasera. Cuando conseguimos salir, el viento nos azota las orejas y nos sentimos a gran altura. El cielo sobre nuestras cabezas es de un hermoso azul pálido con unas nubes en forma de mendigo retorcido. La tubería está resbaladiza, pero nos agarramos con firmeza. Entonces se suelta de sus soportes y perdemos el agarre y nos caemos, y no hay tiempo para prepararse para el impacto y nos estrellamos contra algo que absorbe nuestro peso mientras se abre y revienta a nuestro alrededor y nos hundimos en una asquerosa y quebradiza tumba verde, que es donde terminamos, en este puto seto, y no podemos movernos. El seto crece por encima de un enrejado y una de las picas no nos ha dado en la cabeza por unos centímetros. No podemos movernos, lo único que podemos hacer es pensar en Carole y llorar. Lloramos por nosotros, no por ella. Es importante recordar que siempre lloramos por nosotros.

Oh, Carole, sólo soy un loco.

Verás, Carole, no es nada, el necio soy yo. Pobre de mí.

Entonces oímos voces. Primero vemos a medias la figura borrosa de un tarado de uniforme, preguntándonos quién somos.

Querida, te quiero aunque me trates con crueldad Tú me tratas con crueldad.

A partir de cierto momento una de las voces resulta familiar: «Bueno, Robbo, esta vez la has cagado de verdad.»

Estamos hechos migas, vestidos de mujer, atrapado en un seto, y oímos a Toal hablándonos, y en nuestras actuales circunstancias hay que confesar que puede que tenga razón.

Me hieres y me haces llorar.

Lo único que podemos decir es: «Tendrías que ver al otro cabrón.»

«Todavía estamos raspando a ese trozo particular de mierda del pavimento de la entrada.»

Pero si me dejas, seguramente moriré.

«Jefe…, yo…, no me dejes…, quédate conmigo…», gimoteamos con una voz que no es la nuestra.

«No intentes hablar, Bruce, déjalo para luego. Estoy aquí», dice Toal apretándome la mano. Es un buen hombre Toal, siempre lo he dicho. Tiene una expresión en la mirada, como la que tenía mi madre cuando estaba muriendo en aquella cama de hospital. Cuando intentábamos decirle que sentíamos todas las meteduras de pata. Que sentíamos no ser alguien distinto. Que sentíamos no ser como Stevie. Una mirada que ella comprendió. Pero seguía teniéndome lástima.

Toal es legal, pero veo la compasión en su mirada, una compasión que detesto más que cualquier otra cosa.

Me han cogido en una(00000 *Estoy preocupado*) con sólo cortes menores y en un (*por ti, Bruce. Tengo que estarlo*) dijo que tenemos mucha suerte d(*somos uno. La supervivencia del*)o jodidos hicieron algo, aunqu(*parásito depende de la existencia*)ce con (*continuada del anfitrión. Pero las cosas*)

(*no te están yendo bien, amigo mío, en*)
(*tanto que yo me vuelvo más ambicioso,*)
(*pensando en multiplicar el Ego y poniendo en*)
(*vida más Otros significativos. Aunque esto supondrá*)
(*competencia en torno a los preciosos y escasos*)
(*elementos nutricios con los que te dignas proveerme*)
(*junto a tu consumo alimenticio. Cuánta ironía, Bruce, que*)
(*yo me preocupe por ti, que te llevaste*)
(*al Otro, el más bello de los seres que*)
(*jamás albergara un organismo viviente,*)
(*incluso uno tan primitivo como el mío.*)
(*Las divisorias están*)
(*trazadas. De un lado tenemos*)
(*al apuesto Bruce y a su amigo*)
(*el doctor Rossi y del otro a mí.*)
(*Noto la intensificación*)
(*de la embestida química y la vigorosa contracción del*)
(*vientre, lo que significa celo renovado en el intento de*)
(*arrojarme al olvido. Pues bien, amigo mío, mi sólex*)
(*se mantiene firme y estoy decidido*)
(*a no pasar a través de tu bonito*)
(*ojete hasta la zona gris del*)
(*sistema de alcantarillado de la hermosa*)
(*ciudad de Edina.*)
(Scotia’s darling lawy seat[95] 0000000000000000000 *tengo*)

silbó en los o(*que intentar no moverme* 00000)aratanes son ¡ay! Los jodidos(000000 *despierta, Bruce, despierta* 000)rnieras en cualquier caso(00000 *¿puedes*

comer? No, no creo que)

En a(*puedas* 0000000000000 *por los demás que*)osas de hospital,p(*estamos aquí, Bruce* 0000000000 *come* OOOO)úa a mi lado siem(0000 *Quizá nuestro Bruce no sea el más guapo y el*) sedante.

(*más generoso de los hijos de Scotia,*)
(*pero el destino ha decretado que*)
(*yo establezca mi hogar en sus entrañas y*)
(*si he de ser sincero, me he acostumbrado*)
(*a vivir aquí dentro. No me moverán.*)
(*No, señor. Me moverán menos*)
(*aún que a ti, Bruce. Menos conmovido que*)
(*en ocasión de la mayor de las huelgas del*)
(*carbón de la memoria reciente, de 1972 a 1974.*)
(*Los cortes de electricidad, cuando tu padre*)
(*os enviaba a ti y a tu hermanito Stevie a*)
(*robar el carbón del depósito a fin de calentar*)
(*la casa. Carbón que él había extraído antes*)
(*de la tierra con sus propias manos,*)
(*pero que era propiedad de otros* 000)
(00000000000000 *Tú eras mayor. Se suponía que tú*)
(*tenías que cuidar de Stevie, se sobreentendía.*)
(*Así tienen que ser las cosas siempre.*)
(*Los dos no erais más que unos*)
(*críos, y ambos lo veíais como una gran aventura.*)
(*Para ti estaba el incentivo añadido de quizá*)
(*poder hacer algo que*)
(*agradase a tu padre. Resultó bastante fácil*)
(*para los dos colaros por el solapo de*)
(*la valla de hierro ondulada. Se te cortó el*)
(*aliento al ver la gran montaña de carbón*)
(*frente a ti. Vamos. Vamos a escalar la montaña,*)
(*dijiste, ¿o fue Stevie quien lo dijo?*)
(*¿Quién subió corriendo el primero,*)
(*y quién fue detrás? ¿Importa?*)
(*No se trataba más que de unos chiquillos*)
(*jugando* 00000000000000000000000000)
(*Sólo un juego de chicos. Juegos.*)
(*De chiquillos atontaos*)
(*000 Pero tú le oyes gritar ¡Soy el rey*)
(*del castillo y tú eres el sucio picaruelo!*)
(*Stevie te canta eso en voz alta,*)

(*mirándote desde arriba, con la cara*)
(*dispuesta en una caricatura de un monarca cruel y*)
(*despótico. El niño pequeño es más rápido y ha*)
(*llegado arriba antes que su hermano mayor*.)
(*Al niño pequeño se le da todo mejor*.)
(*Es más extrovertido, tiene más personalidad*)
(*—todo el mundo lo dice— que*)
(*el chico silencioso y meditabundo,*)
(*que el otro muchacho. Así es*)
(*como se referían a los dos en el pueblo*:)
(*el pequeño Stevie Robertson y el Otro Chico*.)
(*Te enojas ante esta humillación*.)
(*Otra, otro recordatorio de*)
(*que incluso aquí, solos, lejos de la mirada*)
(*de los adultos y de los demás críos, él*)
(*sigue siendo el pequeño Stevie y tú*)
(*sigues siendo el Otro Chico* 000000)
(0000000000 *Vete a la mierda*)
(*Vete a la mierda, maldices mientras*)
(*empujas a Stevie colina abajo y el chico pierde*)
(*el equilibrio y se cae. Cogiendo velocidad al rodar por*)
(*la empinada montaña de carbón suelto, resbala por*)
(*el otro lado de la montaña hasta llegar al fondo*;)
(*justamente hasta la trampilla abierta*)
(*que da a la carbonera donde normalmente*)
(*se almacena todo el carbón,*)
(*pero que ahora está crónicamente abarrotada*)
(*y él intenta salir pero ve la montaña que hay*)
(*sobre él desplazarse a causa de tus movimientos. Tú no*)
(*pretendes mover el carbón, pero aun así experimentas una*)
(*extraña alegría además de un temor aplastante a medida*)
(*que empieza a desplazarse y desciende resbalando sobre*)
(*Stevie, cubriéndole. Ahora tú también estás cayendo, bajas*)
(*resbalando, pero tú no vas a parar al agujero con tu hermano*)
(*porque lo ha tapado el carbón que ha caído precipitadamente*)
(*antes que tú, y tú acabas deteniéndote, sólo parcialmente*)
(*enterrado en la pila de apestoso combustible fósil que lo*)
(*ha sepultado en la carbonera. Sin embargo, no ves*)
(*nada. Intentas recobrar la sensatez mientras sales*)
(*con dificultad del catión y hacia la luz. Ese espeso*)
(*polvo negro parece llenarte los pulmones,*)

(*pero gritas ¡STEVIE! El vigilante nocturno aparece*)
(*mientras emerges, ennegrecido, de esa*)
(*montaña de carbón. Te grita, pero te mantienes firme*)
(*y le dices que tu hermano pequeño está allí*)
(dentro. Vuelves al montículo,)
(excavando y gritando: ¡Sal al a luz, Stevie!)
(0000000000000000000000000000000000000000)
Sal a la luz…, la porquería…, está oscuro que te cagas, tan oscuro, joder…
(000000000 *El vigilante nocturno también*)
(*excava… Aparece más gente. Se habla de*)
(*traer un tubo para ,suministrarle oxígeno*.)
(*La gente sigue cavando. Pasa, el tiempo*.)
(*El ánimo se ensombrece. Llega tu padre*.)
(*Llega cuando están sacando a Stevie, magullado,*)
(*quebrado, exánime y negro* 0000000000000000000)
Magullada, quebrada, exánime y… ¡Carole!
(000000 *El hombre al que considerabas tu padre*.)
(*Está agachado, llorando junto al cuerpo de su hijo*.)
(*Tu madre no ha llegado aún. Tu padre te mira y te*)
(*señala con el dedo. Los aldeanos se quedan en silencio*)
(*como para dar cabida a sus palabras*.)
(*Tú sabes lo que va a decir, así que*)
(*no te sobrecoge o quizá no te*)
(*sobrecoge porque todo parece ocurrir en cámara*)
(*lenta y la gente está un poco más apartada*)
(*y con voces algo más postizas de lo*)
(*normal. Esta cosa lo ha matao,*)
(*grita tu padre, ¡esta simiente bastarda*)
(*del puto demonio ha matado a mi chico!*)
(*Tú le miras directamente a la cara*.)
(*Querrías negar y confirmar simultáneamente*)
(*sus afirmaciones. ¡Tú no eres mi hijo! ¡Nunca has ido,*)
(*mi puto hijo! ¡Eres basura!*)
(*Se levanta y se aproxima a ti*.)
(*Notas una mano sobre tu hombro. Un hombre te*)
(*aparta mientras contienen y confortan a tu padre*.)
(*Más tarde trabajarás con este hombre,*)
(*conocido para ti como Crawford Douglas*.)
(*Te lleva a casa de tu abuela, donde residirás*)
(*a partir de ahora. A estas*)
(*alturas sabes que el hombre que tú creías*)

(*que era tu padre no lo es. Eso no te reconforta*.)
(*Lo único que quisiste siempre fue*)
(*pertenecer. Ahora Stevie ha desaparecido*.)
(*No logras sentir nada por él* 0000000)
(00000000000000000000000000000000000000000000)

Eso no es cierto.
Eso no es cierto.

HISTORIA DE UNA SOLITARIA

Los procedimientos de alta del hospital. La descarga en mis calzoncillos. En mis pantalones. Espero el taxi para Robertson en urgencias.

«¿No hay nadie que pueda llevarle a casa?», pregunta una enfermera, preocupada.

«No…», digo yo.

Me mira con asquerosa lástima y a continuación se marcha a cumplir con sus obligaciones. La sustituye un borrachín que se sienta a sorber una lata morada. Me la pasa. Le pego un lingotazo, esperando estremecerme cuando el repugnante y espeso líquido llegue a mi esófago, pero no siento nada.

«Llevo siglos viniendo aquí», me dice. «Me desenganché del jaco, pero me pasé directamente a esto.»

Tennent's nunca anuncia la lata morada. No es una droga recreativa; saben que es una droga tan fuerte como la heroína o el crack. Saben que no es necesario comercializar drogas duras como ésas. Los desesperados siempre las encontrarán. El mayor producto de exportación de Escocia después del whisky. Hombre blanco llegar. Quitarte tu tierra. Darte whisky. Justamente cuando te parece seguro volver a entrar en el agua, darte lata morada. Viene el Ku Klux Klan blanco de Caledonia.

«Taxi para Robertson.»

La enfermera ha vuelto. Huele bien. No como el hospital. No como el borrachín. No como yo. «Ojalá hubiera alguien con quien pudiese quedarse», dice, tocándome la muñeca.

En realidad nunca estoy solo, pero no se oyen las voces. De momento.

Sonrío y sigo al taxista. Ojalá hubiese alguien con quien pudiera qued(0000000000 *Te fuiste a vivir*)nte de verdad. Como yo era (*con tu abuela a Penicuik. No te*)ina mujer rara. Si solamente (*contó gran cosa acerca de tu*)frío en ella.

(*verdadero padre, aparte de que no*)

(*estaba bien y que ahora estaba muerto.*)

(*Estuviste contento de pensar en el hombre al*)

(*que una vez trataste de llamar papá como*)

(*Mister Robertson. No era tu padre, no era tu*)

(*padre en ningún sentido de la palabra. Era el*)

(*hombre que se casó con tu madre* 000000)

La lata morada destruirá América una vez que empiecen a importarla… los

borrachines rusos esos que mendigan por las calles bajo el capitalismo, de ésos también nos encargaremos. ¡Aniquilemos el excedente de mano de obra! ¡Aniquilémosles con la vieja lata morada! ¡No les deis Éxtasis! ¡No queremos que bailen! ¡Mantengámosles embotados, tambaleándose e incoherentes mientras mueren! Hagamos que resulte glamouroso. Pongámoslo en celuloide, pongámoslo en cartelera. Pero mantened la realidad tan alejada de nosotros como sea posible.

(000000000 *Allá en Penicuik llevabas mejor vida. Tu abuela era*)
(*excéntricamente bondadosa tras su estupor alcohólico y a veces*)
(*venía a visitarte tu madre. En ocasiones traía con ella a tu nueva*)
(*hermanastra. Mister Robertson no debía enterarse nunca de*)
(*aquello, insistía, aunque aquella omnipresente expresión de*)
(*lástima en su rostro empezó a asquearte tanto que a menudo*)
(*te entraban ganas de informar maliciosamente a Ian Robertson*)
(*de que habías visto al bebé nuevo* 0000000000000000000000)

Y la raza blanca de Caledonia vagará por la Tierra en calidad de macroseres destructores de hombres…, como en el elepé de ese grupo de heavy-metal de mierda…, quién cojones eran…»

(000000000 *A medida que tu hermanastra pasaba de bebé*)
(*a niña tu madre dejó de traerla. Tuvo otro hijo y sus visitas*)
(*se hicieron menos frecuentes. A la larga, prácticamente cesaron,*)
(*y entonces apenas reparaste en ello. En el colegio*)
(*eras tranquilo. Trabajabas mucho y caías bien a*)
(*los maestros. Aunque gozabas de su aprobación, tenías*)
(*dificultad para entablar relaciones con los demás niños*.)
(*Las amistades con tus pares te hacían sospechar*.)
(*No podías esperar a hacerte mayor*.)
(*Querías ser más grande, más fuerte*.)
(*La noche albergaba terrores. Dormías con la luz encendida*)
(*Siempre. Una vez tu abuela te llevó a misa de mala gana*)
(*y te inventaste pecados para un sacerdote agradecido*.)
(*Ella te quería de una forma extraña y retorcida, y no se*)
(*llevaba bien con su hija, tu madre*.)

Carole, tú ahí de pie y yo doblándote los dedos hacia atrás, atiborrado de cocaína y de alcohol y tú mirándome con esos grandes ojos en un estado sobrenatural mucho más allá del miedo y yo tratando de pensar por qué debería parar y tratando de sentir algo que me hiciera parar antes de aquel crujido

aquel crujido

y el cambio en tu grito; ahora más quebrado y más desesperado que nunca, yo te estaba haciendo sentir a ti pero yo seguía sin sentir nada.

¿Cómo te hizo sentirte?

Pero no fui yo quien lo hizo. Todos tenemos que asumir nuestra parte de culpa.

Podemos con esta nada. La conocemos demasiado bien para ser invalidados por ella. Pero hace tanto frío. La calefacción central parece haberse estropeado. El piloto parece haberse apagado. Carole sabía arreglarlo. Nos, me planteo hacer un fuego, pero parece demasiado agobio: ir a por carbón, encontrar astillas (¿habrá un paquete nuevo?), disponer las astillas, encenderlo.

No.

Hemos llamado un par de veces a la puerta de Stronach, pero no contestan. Una vez oímos la televisión, así que sabemos que Julie está en casa. El partido del día de Año Nuevo. Stronach tomará parte en eso. Pero no, el periódico dice que ya no forma parte del equipo. Pero para mí que no dejaría de asistir. Seguro. Nos aventuramos hasta el Safeways a por comida.

No podemos mover la cabeza mientras caminamos.

Escuchamos nuestra respiración entre el aire frío: rítmica, profunda. Nos sume en una especie de trance. Seguimos vivos. Estamos en el supermercado. Respirando.

Las latas y paquetes de las estanterías no son más que colores y formas para nosotros. No reconocemos los productos, no podemos leer las etiquetas. Si cogemos una de cada, entonces lo más probable es que tengamos la cantidad suficiente de cosas apropiadas.

Esta.

Aquélla.

Ésta.

«Sar…, Mister Robertson…», oigo una voz junto a mí.

Me vuelvo para verla. Una mujer. Parece…

… lleva una gran sonrisa puesta. Tiene el pelo bonito y los dientes blanquísimos. Viste vaqueros y un jersey beige con cuello de cisne debajo de una chaqueta de cuero marrón forrada. Hay una expresión triste en sus ojos.

¿Quién es? Estoy confundido y atontado por la falta de sueño y todas esas voces en mi cabeza reclamando mi atención…, ser reconocidas…

Lo único que puedo decir es: «¿Cómo le va últimamente?»

«No está mal…, ni bien.» Se le entorna la cara y se ríe con amargura. Quiero de verdad volver a verla sonreír. Tiene una expresión bellísima cuando sonríe. «Le echo tanto de menos. ¿Por qué será que sólo los buenos mueren jóvenes?», me pregunta, y lo pregunta de forma *real*, como una pregunta *real*, mirándome como si pensara que yo podría conocer la respuesta.

«Eh…, yo…, eh…»

Ahora me ve por primera vez. Ve el collarín que me pusieron cuando me lesioné el cuello al caerme. Ve las seis latas de la vieja lata morada en mi cesta de la compra.

No me había dado cuenta de que las había cogido. Es como si se hubiesen metido allí por impulso propio. Ahora me ve. Ve a un borrachín callejero con barba de cuatro días, un gabán mugriento, pantalones manchados y zapatillas viejas.

«¿Se encuentra bien?», pregunta.

«¿Eh? Ah, *esto*», me río, echándome un vistazo. «Voy de incógnito», cuchicheo de forma confidencial.

«¿No resulta un tanto exagerado para un simple robo?»

«¡Ja! Esto no es un simple robo. Estoy investigando un fraude a gran escala.» Señalo con la *cabeza* las oficinas del personal de plantilla al fondo del supermercado.

«Ya entiendo», dice distraídamente, mientras su hijo se aproxima y se coloca junto a ella. «¿Te acuerdas de Mister Robertson? El policía. Intentó ayudar a tu papá.»

«Hola», sonríe el pequeñajo, pero en cuanto me ve da un paso atrás. Me huelo los pantalones. Del interior del gabán me llega hasta la nariz una ráfaga de olor.

«No pasa nada, Euan. Mister Robertson está trabajando de detective. Va vestido de vagabundo. Debe ser emocionante ir de incógnito, ¿eh, Euan?»

El pequeñajo fuerza otra sonrisa.

«Hola», digo yo, devolviéndole la sonrisa. Miro su chándal de los Hearts. El nuevo. Un regalo navideño. Señalo el logotipo. «Conque eres un *jambo*[96], ¿eh? ¿Fuiste a ver el partido de ayer?»

«No…», dice con tristeza.

«Colin solía… », empieza su madre.

«¿Quién es tu jugador favorito?», pregunto, esperando que sea Neil McCain o Colin Cameron.

«Tom Stronach, supongo», dice él, y a continuación sonríe dubitativo, «pero ya no es tan bueno como antes.»

«¡Mi vecino de al lado! Tendré que hacer que Tom nos consiga unas entradas especiales para Tynecastle. ¿Te gustaría?»

«Sí, eso estaría guay.»

«Habla bien, Euan», dice su madre. Me mira a mí. «Es usted muy amable, pero no puedo dejar que… »

«No es problema. De verdad.»

Intercambiamos direcciones y números de teléfono.

«Qué hombre tan amable. Mister Robertson. Un buen hombre», le oímos, la oigo decirle al chaval mientras se marchan.

Las asas de las bolsas de plástico casi nos cortan las manos por la mitad, pero no somos conscientes de ello hasta llegar a casa.

¿Quiénes somos?

¿Quiénes somos?

¿Cómo nos sentimos?

Ponemos las manos bajo el grifo del agua caliente para ayudar a la circulación, pero el agua está hirviendo a causa del calentador. Nos encogemos con el dolor de la escaldadura y lloramos ante la iniquidad de la situación: que los transgresores llevan mejor vida de la que somos capaces de llevar nosotros en este momento. Más televisión vacacional, y un montón de ta(00000000000000000)

(*¿Por qué no nos preparas un tentempié, Bruce?*)
(*Empiezo a estar un poco preocupado*)
(00000000000000000000 *por tu falta de*)
(*apetito. Si no piensas en mí, al menos piensa en ti. Todos*)
(*esos ruidos en tu cabeza, voces reclamando atención.*)
(*Bueno, puesto que no obtengo respuesta alguna de ti, tanto*)
(*me da continuar con tu historia. Te crió tu abuela, una mujer*)
(*borracha, amargada y amable. En su vida hubo un vacío desde*)
(*que desapareció su marido, tu abuelo, un vacío ocupado*)
(*inadecuadamente de vez en cuando por diversos hombres*)
(*que no daban del todo la talla.*)
(*Crawford Douglas fue uno de esos hombres.*)
(*A veces, en aquella casa, piensas en ella y en tu abuelo.*)
(*Piensas que él está allí, compartiéndola con ella.*)
(*Piensas en el vacío que dejó, en cómo seguía habiendo*)
(*rastros suyos por todas partes. Piensas en cuánto odia*)
(*ella a ese hombre. «Debió ser horrible para que lo odies*)
(*tanto, abuela», te atreviste una vez a preguntarle mientras*)
(*estaba sentada en el sofá acariciando a su gato. Te miró*)
(*durante un par de segundos, y después se quedó mirando*)
(*el vacío. Con una voz lenta y fantástica que no parecía la*)
(*suya, dijo: «No, hijo, fue un hombre encantador. Pero se*)
(*fue, los buenos siempre lo hacen. Es la basura la que se*)
(*queda. Pero siempre se odia más al bueno que se va*)
(*que al malo que se queda.»*)
(*El malo que se quedaba en ese momento era Joe Caughey,*)
(*que trabajaba como vigilante nocturno en el supermercado.*)
(*Joe volvía a casa de tu abuela a la hora de cerrar los viernes*)
(*y sábados por la noche. Olía a* aftershave *y a alcohol, pero tú*)
(*siempre lo asociaste con el olor a mierda, pues se limpiaba*)
(*el culo con las toallas del cuarto de baño, en las que siempre*)
(*dejaba vetas. Si hacía aquello deliberadamente o si no se lavaba*)
(*bien el trasero cuando se bañaba los sábados o domingos por la*)
(*mañana, es algo que jamás supiste. A ti aquello te fascinaba,*)
(*porque de niño te interesaban mucho la orina y las heces. Te*)

(*pasabas siglos en el retrete, reteniendo la mierda,*)
(*reintroduciéndotela en los intestinos antes de liberarla. Te meabas*)
(*bajo la alfombra que había junto a la chimenea y esperabas a*)
(*que se secara y el olor a orina se extendiera por toda la casa.*)
(*Tu abuela le echaba la culpa al gato y colocaba páginas del*)
(Evening News *bajo la alfombra, que se tornaban amarillas. Te*)
(*excitaba ver la alfombra absorber aquel lago de pis, preguntándote*)
(*si te descubrirían o no. A la larga tiró la alfombra, después de*)
(*haber hecho sacrificar al gato. «Billyse ha vuelto incontinente»,*)
(*explicaba. «Era un animal cochino.» También echó a Joe*)
(*Caughey. Sospechaba de él.*)
(*Pero de ti no. A ti jamás te habría echado.*)
(*Tu abuela había tenido un hijo, que murió siendo un niño. No*)
(*sabías cómo había ocurrido aquello. Sabías que ella le echaba*)
(*la culpa a Dios y había renunciado indecisamente a su catolicismo.*)
(*En las ocasiones en que se sentía vulnerable, cuando tenía una*)
(*mala resaca, regresaba a la iglesia, atormentada por el*)
(*remordimiento. Más tarde, bebida, decía entre burlona y*)
(*despreciativa que jamás volvería a poner los pies en aquel*)
(*lugar. Si existe, no pone coto al mal, Si no, entonces no*)
(*deberíamos preocuparnos por él, decía ella. El alcohol y el*)
(*bingo, otrora complementos del matrimonio y la religión,*)
(*se ampliaron hasta ocupar su lugar en la vida de tu abuela*)
(*Tu abuela odiaba las cualidades devotas de su hija, tu*)
(*madre. Pero, a su manera, amaba al hijo que su hija*)
(*le dejó*)

(0000000000000000000000)odamos hacer. Así que vemos televisión. En determinado momento Toal aparece en casa. Mi *first foot*[97]. Al menos viene aquí, en lugar de obligarme a acudir allí. A ese funesto, funesto lugar. Algunos lo habrían hecho, Niddrie lo habría hecho. Hemos estado oficialmente de baja por enfermedad, con el cuello metido en un collarín.

«Quizá no parezca lo más apropiado, Bruce, pero feliz Año Nuevo.»

«Feliz Año Nuevo, Bob», oigo proferir a una voz que sale de mis rígidos, fríos y entumecidos labios.

Toal nos explica que hemos sido suspendidos de empleo y sueldo tras una investigación de tipo interno, del tipo al que pertenecen todas nuestras investigaciones.

«No te preocupes, haremos lo que podamos», nos dice, echando un vistazo a la casa. No se ha quitado su abrigo de piel de camello ni sus guantes de cuero. Parece un directivo de un equipo de fútbol. Como el tío que organiza lo de Wimbledon, el que jugó con los Spurs. De su boca sale un aliento condensado. A algunos pasos de

distancia, en la chimenea, yacen las cenizas de su manuscrito.

No podemos asentir con el collarín puesto. «Te lo agradezco», decimos tímidamente.

Toal trata de mostrarse firme y compasivo al mismo tiempo. Tiene que hacernos conscientes de la gravedad de la situación, pero también darnos esperanzas de que las cosas van a mejorar. Ya ni siquiera somos capaces de sentir lástima por nosotros mismos. Eso es mala señal. Nos parece.

«Escucha, Bruce, obviamente hemos tenido que retirar tu solicitud… para el ascenso. Ahora no es el momento indicado para que te reúnas con la junta de ascensos. Eso lo entiendes, ¿no?»

Entendemos lo que está diciendo Toal. No podemos molestarnos en responder. Ahora nos han quitado el empleo que añorábamos, el que era nuestro por derecho, pero la sensación de pérdida que tenemos resulta extrañamente insignificante.

Toal echa otro vistazo a la casa con expresión de disgusto. Es un desastre; cartones de aluminio de comida para llevar, envoltorios de tiendas *at fish & chips*, latas de cerveza (¿moradas?, ¡sí, al fin nos ha encontrado!), platos con restos de comida pudriéndose en ellos, hasta un montón de vómito seco en un rincón. «Escucha, Bruce», dice Toal palideciendo al permitir a sus fosas nasales reconocer el pestazo al que nosotros llevamos largo tiempo siendo ajenos, «no puedes seguir viviendo así. ¿No hay nadie con quien podamos ponernos en contacto, para asegurarnos de que te están cuidando?»

«No… »

BUNTY

SHIRLEY

CHRISSIE

CAROLE

Carole. La única que podía darnos algo. Las demás sólo cogían. No tenemos nada que darles. Pero Carole nunca volverá.

«¿Estás seguro?»

«Yo lo arreglaré, jefe», le decimos a Toal. Nos mira agriamente. «De verdad», digo, tratando de forzar una sonrisa.

«Quiero que lo hagas, Bruce. La gente de asistencia social de la policía vendrá pronto a verte. Podrán ofrecerte ayuda profesional. Sé que en estos momentos las cosas parecen bastante crudas, pero no eres el último agente que se ha ido de la pelota y no serás el último. Busby tuvo sus problemas. Después fue lo de Clell. Parece que ahora se está reponiendo. Bruce… »

Toal parece un poco avergonzado. Está frotándose sus manos enguantadas.

«Tienes amigos, ¿sabes?», dice en voz baja. A continuación sonríe levemente. «No somos tan tontos como tú crees. Tu mujer. Sabemos que tenía una aventura con un negro. No es una gran ciudad, Bruce, y es muy blanca. La gente se fija en esas cosas, no importa lo discretos que se muestren los interesados. Pero, como he dicho, tienes amigos. Cuidamos de los nuestros.»

Sus palabras me golpean como en una lenta y pasmosa inundación. Me siento como un muñeco de pruebas programado para impactos leves. Intento desentrañar lo que quiere decir. «Quieres decir que sabías…, todo el tiempo…, tú… »

«No digas nada, Bruce», dice Toal con severidad, «No me digas una palabra.»

Se da la vuelta y abre los visillos para asomarse a la ventana. Después se vuelve hacia mí con una mirada penetrante. «A veces lo mejor es dejar las cosas como están. Hay reputaciones, moral y carreras en juego. Sí, de algún modo es pan para hoy y hambre para mañana. Tenemos cierta tendencia a pensar en el corto plazo. Pero, por otra parte, estamos abrumados por el pequeño problema de las jubilaciones. Hay que tenerlo en cuenta», sonríe.

Las reglas son las mismas. Intento sonreír, pero es como si tuviera congelado el rostro, como si todos sus músculos y nervios hubiesen sido cercenados.

«¿Sabes todo el follón de la mujer misteriosa? Perdí mucho tiempo con ella.» Se ríe y menea la cabeza mientras me mira, ligeramente avergonzado. «Oí por casualidad a Bob Hurley diciéndote una vez en el bar: *They're all fucking Jackie Trent*[98]. Sabes, pensé que la tal Jackie Trent tenía algo que ver y que estaba haciéndoselo con la mayor parte de los tíos que tenían que ver con el caso para que la encubrieran. Me pasé siglos detrás de una Jackie Trent a la que investigar. Entonces me di cuenta de que no era más que una gracia de cantina, un poquito de estúpido argot rimado.»

«Sí…, Jackie Trent.» Oigo reverberar en mi cabeza las palabras y salen repetidas por mis labios como si fuera un loro ausente.

«De todos modos, estoy harto de todo. Es curioso, Bruce, te infravaloré. Verás, alguien afanó un documento privado mío. De mi despacho. El hijo de puta se llevó el borrador, borró el documento y la copia de seguridad. Tenía mis sospechas», dice mirándome y encogiéndose de hombros.

Sabemos que nuestra expresión es demasiado vacua para acusar nada.

«Durante un tiempo me puse un poco paranoico. Ponía a prueba a todo el mundo, tratando de encontrar grietas. O sea, todo el rollo que te estaba soltando sobre Inglis, como si a mí me importara a quién se folla. Pero lo hiciste bien, Bruce, eso lo reconozco. De todos modos, fui un bobo por guardar aquello en el trabajo. Estaba haciendo algo privado, durante los descansos, ya sabes, a veces cuando tenía un minuto que matar. A veces me quedaba trabajando después de cerrar, se está más tranquilo en el despacho que en casa. Pensé que quizá tú sabías, bueno…, lo que

sabíamos nosotros. Te explico, Bruce: estaba escribiendo un guión basado en un caso de asesinato racista. Lo basé a grandes rasgos en el caso Wurie, con mis propios adornos ficticios, por supuesto. En mi guión, el asesinato lo encubre un poli racista que tiene un móvil… para no resolver el crimen.»

«¿Cómo acaba?…», pregunto demasiado rápido.

«Ah, incriminamos a unos matones. Un final feliz.»

Asiento. La clase de final que a la gente le gusta.

«Sí, me llevé un susto cuando robaron el documento y borraron los archivos. Al principio sospeché… de determinados individuos. Pero sabía que la persona en cuestión habría tenido que leerlo y habría podido darme cuenta de ello. Por supuesto, tenía otra copia en el disco duro en casa, así que los inconvenientes no fueron excesivos. Nunca se puede ser demasiado cuidadoso, ¿eh? Aún es posible que lo termine y se lo envíe a una productora. Un sueño imposible, pero tampoco se pierde nada, ¿eh?»

«Sí…, eso está bien…, que lo hayas hecho…, quiero decir que tengas algo que te interese… »

«Sí. Estoy harto del cuerpo. Hasta aquí», dice saludando a la altura de su frente con una mano enguantada. «Clell tiene razón. La ley pasa demasiado tiempo demonizando a gente normal que sólo intenta salir adelante. La sociedad ha cambiado y la ley no ha seguido el mismo ritmo; así que somos nosotros, los primos que tienen que mantenerla, los que nos llevamos todos los palos. Me pone enfermo. Hay suficientes malos de verdad a los que enchironar sin tener que mandar a unos chavales empanaos a un cursillo de la Universidad del Crimen del Servicio de Prisiones de Su Majestad por fumar hierba o vender pastillas. No se puede criminalizar a la gente por sus preferencias de consumo. Para eso podríamos encarcelarles por preferir los *Cornflakes* al Ají Bran. Un montón de putas insensateces», dice sacudiendo la cabeza. «En fin, tengo que marcharme.»

Noto cierta ansiedad acumulándose en mi pecho. Quiero que se quede. No. Quiero que me cuente algo. Tengo que preguntarlo.

«Una cosa, jefe. ¿Qué pasa con el tío de tu guión…, el, eh, el poli racista?»

«Aún no he llegado hasta ahí, Bruce. ¡A lo mejor tú puedes ayudarme!», sonríe. «De todos modos, la gente de asistencia social aparecerá pronto. Como he dicho, intenta resistir.»

Toal se marcha.

Un buen hombre.

Estamos solos. Encendernos la televisión. No dan nada.

(0000 *amaste una vez* 000 *antes de Carole* 000)

No Sólo nos amamos a nosotros mismos.

(00 *amaste una vez* 00 *todo el mundo lo hace, seguro* 00)

No. No somos nosotros. Estamos pensando en otra persona.

(0000 *Rhona* 00000 *Rhona* 00000 *Rhona* 00000) Rhona.

Tenemos que pensar en Rhona. La horda del odio me lo hizo recordar, siempre la horda del odio. Estaban los aldeanos de los pozos y los matones de Setterington. Entre ellos, otra horda. ¿Quiénes?

No, no nos hace ningún bien pensar en eso.

(0000000000000000 *por qué no* 00000000000000000)
(0000000000000000000 *por qué no* 00000000000000)

Porque se acabó y pertenece al puto pasado

(0000000000 *entonces piensa en comida* 00000000000)
(000000000000000000 *hermoso papeo* 00000000000000000)

Ni siquiera puedo comer.

(00000000000000000 *te estás convirtiendo en un trabajo*)
(*duro, Bruce. Demasiado «yo», y demasiado poco*)
(«*nosotros*». *¡Ahora tienes que comer para dos!*)
(*Si no puedes pensar en Rhona, yo te haré recordar*.)
(*Rhona*.)
(*Rhona era la chiquilla a la que nunca conociste en realidad pero*)
(*que fue tu primer amor. La viste por primera vez en el recreo en*)
(*secundaria. ¿Aún puedes verla ahí de pie, delante del pabellón*)
(de bellas artes con sus colegas? Ella también hacía bellas artes,)
(*pero iba un curso más abajo que tú. Eras un muchacho virgen*)
(*de quince años con las hormonas completamente revueltas. Ella*)
(*tenía una copia del elepé de Mott the Hoople: Mott. Te parecía chulo*)
(*que le molara aquello. Querías hablarle. Probablemente quería*)
(*hacerlo todo el mundo, pero nadie tenía las narices de hacerlo*.)
(*Sí, fue la forma en que te miraba lo que te hizo querer hablarle*,)
(*pero su forma de moverse te repugnaba y avergonzaba. Sentías*)
(*vergüenza por ti y vergüenza por ella. Entonces le dijiste a Dermott*,)
(*tu amigo del colegio, que ibas a hablar con ella y punto. A*)
(*medida que te acercabas a ella notabas cómo la cara se te iba*)
(*poniendo colorada, que los ojos empezaban a llorarte*.)
(*algo estúpido, le dijiste tipo*:)
(«*Ése no es tan bueno como All The Young Dudes*.»)
(«*Es mejor», contestó ella, mirando la portada*.)
(«*No lo es», respondiste fatuamente, prisionero de tu propia*)
(*incapacidad de expresarte*.)
(«*Sí que lo es», insistió ella, y las cosas no iban a ningún lado*)
(*hasta que añadió: «Será que no lo has oído bien*.»)
(«*Aún no lo tengo», dijiste tú*.)
(*Aún no podías dar el paso siguiente siquiera, ¿verdad, Bruce?*)
(*Fue preciso que su amiga dijera: «Lo vamos a escuchar esta*)
(*noche en casa de ella, ¿eh, Rhona?*»)

(*Rhona parecía avergonzada, pero en ese momento te arriesgaste*)
(«*¿Puedo ir a escucharlo?*»)
(*Ella te dijo: «Ven si quieres»* 00000000000000000000000000)
(000000000000000000000000)
(0000000000000000000000000)

«Ven si quieres», le estoy diciendo al teléfono, «tú ven si quieres.»

Cuelgo el auricular y caigo en que ni siquiera sé con quién estaba hablando. Sé que era una mujer. Pero no sé quién era. ¿Bunty? ¿Chrissie? ¿Shirley? ¿La mujer de la asistencia social de la policía? ¿Carole?

Nah, no era Carole.

Estoy aquí sentado inspeccionando el sarpullido de mis muslos. He cogido un rotulador y he trazado la frontera alrededor del extremo de la piel infectada. De este modo podré calcular la velocidad con la que se extiende la infección. Si pudiese calcular toda la superficie de mi piel, podría averiguar cuánto tardaré en quedar completamente cubierto por el sarpullido.

Se lo diré a Rossi, joder. Dispondré de esa información antes de que ese matasanos inútil pueda obtenerla. Dentro de tres años, cuatro meses, doce días y seis horas y media, su paciente, el sargento, no, ahora no es inspector, el sargento Bruce Robertson, no será más que una enorme costra ulcerada.

¿Le coge por sorpresa?

¿Pone usted en duda mi método de cálculo? Mis métodos son mis métodos son mis métodos. Me importa un carajo.

Me levanto y me acerco a la ventana. Se están concentrando nubes que anuncian una tormenta de nieve.

(00000000000000000000000000 *Estabas en las nubes, Bruce*)
(*pero parte de ti no estaba seguro si ella te habría escogido*)
(*para infligirte más del ridículo y la humillación que habían sido*)
(*tuyos desde que tuviste conciencia de respirar. Pero fuiste,*)
(*Las hormonas son una fuerza poderosa, más poderosa en Bruce*)
(*Robertson que en la mayoría de adolescentes. Pero estabas*)
(*asustado, Bruce. Fuiste a su casa, que se encontraba en los*)
(*límites de tu barriada, junto al río y las granjas*.)
(*Cuando llegaste, todo iba bien. Era estupendo estar sentado al*)
(*sol hablando de música, y más con chicas. Fuiste a casa y te*)
(*masturbaste pensando en ella. Por mucho que intentaras evitaré*)
(*pensar en su corrector, por mucho que intentaras borrarlo de la*)
(*imagen que te hacías de ella en la cabeza, casi siempre reaparecía*)
(*resueltamente, en todo su frío, brillante, metálico y correoso*)
(*esplendor. Después te sentías culpable, ¿pero por qué? Todos*)
(*los adolescentes se masturban*.)
(Pero querías besarla, Bruce, tenías muchas ganas de besarla,)

(Al día siguiente fuiste a su casa solo. Volviste a escuchar el elepé)
(*con ella otra vez. Dijiste: «¿ Te importaría que te besara, en la mejilla*)
(*nada más?*»)
(*Ella se rió y dijo: «No, en la mejilla no. Quiero un beso de verdad.*»)
(*Tú temblaste y dijiste: «Bueno, vale…*»)
(*Al principio resultó extraño, tus labios y los suyos. Parecían*)
(*estrechos, distintos a como los habías imaginado. Después*)
(*pensaste en la saliva y los gérmenes. Pero pronto os relajasteis*)
(*y empezó a gustaros, a ambos, y vuestras bocas y lenguas*)
(*empezaron a desaparecer. La polla se te puso dura y la cabeza*)
(*empezó a darte vueltas*.)
(*Un par de días después te la encontraste en el recreo. Ella*)
(*fe sonrió y una de sus amigas dijo algo. Te acercaste*.)
(*Siempre se te ponía la cara colorada cuando hablabas con*)
(*ella delante de sus amigas, en realidad siempre que hablabas*)
(*con ella en el colegio*.)
(*Pero lo superaste. Después de un tiempo te encontraste cómodo*)
(*y los celos y la agresividad que percibías por parte de los demás*)
(*muchachos adolescentes que sabías que os miraban a ti ya ella*)
(*dejaron de molestarte. Sabías lo que eran, a pesar de toda su*)
(*palabrería dura y sus poses: vírgenes todos y cada uno*.)
(*Hablaban sin cesar acerca de todas las chicas que se habían*)
(*follado pero tú nunca viste a ninguno de ellos con una tía. Tú*)
(*les enfrentabas a esa insuficiencia con tu forma de pavonearte*)
(*con Rhona. Después de un tiempo su indignación te nutría*.)
(*Sentías que te hacías cada vez más fuerte y ellos cada vez más*)
(*débiles. Resultaba satisfactorio. Empezaste a gozar con aquella*)
(*diferencia. Siempre te habías sentido distinto pero inferior,*)
(*pero ahora empezabas a sentirte distinto pero superior. También*)
(*era así como se te empezaba a ver. Lo único que tenías que*)
(*hacer era afirmar esa diferencia y aceptar las consecuencias*.)
(*Rhona te hizo fuerte. Era tan orgullosa cuando avanzaba*)
(*tambaleándose con sus pasos largos y retorcidos, con la cabeza*)
(*levantada en un gesto de desafiante serenidad. Había alrededor*)
(*alguna gente que se sentía al fondo de la estructura económica y*)
(*social, que no esperaban otra cosa que más humillaciones. Les*)
(*encantaba la idea de aquella hermosa muchacha joven con un*)
(*corrector. Recuerdas el término que empleaban, aquella palabra*)
(*que salía de sus bocas burlonas, pálidas, despectivas: tarada*.)
(*Muy pronto ya no serías virgen. Ni tú ni Rhona. No podíais*)
(*hacerlo en su casa o la de tu abuela, así que lo hicisteis contra*)

(*los pilares del viejo puente que había junto al río.*)
(*Estaba oscuro y silencioso y un dulce olor surgía del río*)
(*mientras maniobrabais a través de la barandilla rota para llegar*)
(*a la orilla. Rhona se detuvo y te lanzó una miraba acusadora*)
(*mientras te volvías hacia ella. «Venga, no pasa nada, en»,*)
(*insististe.*)
(*«No puedo», espetó ella, enredada e irritada. Liberaste la pierna*)
(*con el corrector de su trampa de alambrada y arbustos. Desplazaste*)
(*tu peso y rodeándola con tu brazo, la atrajiste hacia ti. Dejaste*)
(*que su momento, como solía decir Mr. Conroy en clase de*)
(*ciencias, la hiciera atravesar el hueco hasta la margen. A ella le*)
(*entró el pánico, se contrajo y soltó un grito, pero la sujetaste*)
(*con fuerza y la volteaste, poniéndola en pie. Estabas tan orgulloso*)
(*de ser tan fuerte y de que ella fuese tan ligera…*)
(*Te gustaba cuando podías aproximarte a ella así. Su calor junto*)
(*a ti, el olor de su cabello, el perfume que a veces llevaba,*)
(*probablemente de su madre.*)
(*tuviste que inmovilizarla más o menos contra el viejo puente*)
(*para impedir que resbalase hacia abajo por la orilla y cayese al*)
(*río. Aquello no le agradó demasiado, y no paraba de regañar, así*)
(*que actuaste con rapidez, levantándole la falda y bajándole las*)
(*bragas hasta los tobillos para que pudiese quitárselas de la*)
(*pierna buena. Volviste a levantarlas por la pierna lisiada y las*)
(*encajaste entre la piel y las correas para que no se ensuciaran en*)
(*el suelo.*)
(*Lo siguiente en bajar son tus pantalones y calzoncillos, pero*)
(*ambos os quedáis helados cuando un coche pasa por el puente*)
(*de un solo carril que tenéis encima, aplastando la gravilla a su*)
(*paso. Te aprietas contra ella y ella te ayuda a meterla usando la*)
(*mano. Ella rechina los dientes y tú también porque duele y te*)
(*das cuenta de que debiste acariciarla antes, para que estuviera*)
(*mojada y fuera más fácil meterla, pero estás desesperado,*)
(*preocupado de que ella cambie de parecer en el último momento*)
(*o de que alguien os moleste.*)
(*La segunda vez es como la primera, pero la vez después de*)
(*aquélla o la siguiente, la tercera o la cuarta, nunca consigues*)
(*recordarlo, ha sido la última. ¿Por qué no logras recordarlo? Tu*)
(*mente te hace cada jugarreta…*)
(*La última vez. Igual que las otras dos o tres.*)
(*Estás pensando que algún día sería estupendo follar en una*)
(*cama, aunque por ahora aquello bastaría. Sí, pones tus manos*)

(*sobre sus nalgas para impedir que friccione contra el muro de*)
(*piedra mientras te la follas. Ahora que tú se la estás metiendo*)
(*del todo, a ella le empieza a gustar y susurra: «Dame…, dame…»*)
(*y tienes la lengua metida en su boca y ella la suya en la tuya y*)
(*ahora estáis haciendo el amor, ha ido mucho más allá de la*)
(*sórdida e incómoda penetración hasta llegar a un estado de*)
(*pura brillantez.*)
(*Tú terminas primero y no puedes continuar. Igual que las*)
(*tres o cuatro primeras veces. Notas su frustración. Crees*)
(*que deberías tomarte tu tiempo. Ahora que ha terminado sientes*)
(*un poderoso impulso de salir corriendo y abandonarla. Ahora*)
(*parece lo que la llaman, una tullida, una tarada. Pero tu colega*)
(*Dermott dice que es normal sentirse así después de haber echado*)
(*un polvo. Se te agotan determinados productos químicos y lleva*)
(*un rato hasta que vuelven a reponerse. Pero ni de coña habrías*)
(*salido corriendo, por lo del corrector. Crees que la quieres. Te*)
(*quedas despierto por las noches pensando no en Stevie y la*)
(*porquería, sino en lo estupendo que sería si tú y ella estuvierais*)
(*casados. No sólo por el sexo, sino para que pudierais tener una*)
(*casa en común y pudieseis cuidar el uno del otro. Sabes que su*)
(*madre y su padre no estarían de acuerdo. Te parece bobo y*)
(*blandengue sentirse así pero así es como te sientes.*)
(*Tu abuela lo ha descubierto. Su amiga Agnes te ha visto besar a*)
(*Rhona en un banco de un parque en la ciudad. Llegas una*)
(*noche a casa y te la encuentras levantada con media botella de*)
(*whisky y algunas latas de Carlsberg Superlager delante de la*)
(*tele. Para entonces ella se encuentra en un avanzado estado de*)
(*desintegración alcohólica. «Sí, me han contado que ahora*)
(*tienes una novieta», dijo, «¡una que no puede salir corriendo!*)
(*¡Que tiene una pierna lisiada!» Ignoras su risotada de bruja*)
(*y te diriges al refugio que es tu habitación.*)
(*Fuera, todos juegan a lo mismo. Te llaman pervertido. El hijo*)
(*de La Bestia y El Tarado. Rhona nunca va al colegio maquillada*)
(*así que parece más joven. Como si fuese a primero en vez de*)
(*a segundo.*)
(*Pero volviendo a aquella noche, la noche de la cuarta vez. La*)
(*llevas a casa. Entonces los ves más adelante, a Brian Meldrum*)
(*su peña. Están allí con unos tíos mayores. No te importa que te*)
(*llamen el Follador de Cojas. Eso lo puedes llevar. Sabes que no*)
(*son más que celos porque tu novia es muy hermosa. Fácilmente*)
(*la chica más guapa del colegio, a pesar del corrector. Puedes*)

(*aguantar lo que te digan a ti, pero no quieres que le digan nada*)
(*a ella. No se lo merece y tú la quieres. «Es mejor si*)
(*cruzamos por el campo de golf», le dices.*)
(*«Sí», contesta, sabiendo de inmediato lo que quieres decir. Te*)
(*aprieta la mano y baja la vista. Sientes pesar en el corazón y*)
(*querrías ser lo bastante fuerte como para destruirles a todos,*)
(*para destruir a cualquiera que quisiera hacerle daño. Pero no*)
(*te habían visto, parecían estar idos del bolo a base de pegamento*)
(*y vino barato. Así que vuelves a bajar por la carretera, atravesando*)
(*otra valla de alambre hasta llegar al campo de golf.*)
(*Eufórico por haber escapado en el mejor de los casos a un*)
(*montón de malas pullas, coges el banderín de uno de los*)
(*agujeros del campo y lo lanzas como si fuera una jabalina.*)
(*Estás fardando delante de Rhona pero ella dice: «No lo hagas,*)
(*Bruce…, no lo hagas…» mientras se acerca al borde de un*)
(*bunker de arena.*)
(*Entonces se produce en el cielo un redoble y empieza a*)
(*diluviar. A continuación ves un gran relámpago, seguido de*)
(*otro redoble. Entonces oyes a Rhona soltar un extraño gañido*)
(*como el de un perro pequeño cuando le pisan la pata y al volverte*)
(*la ves brevemente amortajada en una incandescencia eléctrica*)
(*al ser alcanzada por un rayo.*)
(*Recorres los cincuenta metros aproximados que habrá entre*)
(*vosotros en medio de la oscuridad, mientras la lluvia te azota.*)
(*Lo único que oyes es el llanto entrecortado de tu pecho y*)
(*ni siquiera puedes llamarla por su nombre* 0000000000000000)
(0000000000000000000000000000000000000000000000000)
(0000000000000000000000000000000000000000000000)

¡Rhona!

¡Carole!

¡Stacey!

Saco su foto y vuelvo a colocarla sobre el aparador. En tiempos la pequeña llevaba un aparato para los dientes. Los dejó arreglados. Cosa buena, aunque yo me opuse al principio. Pero nunca llevó nada en la pierna.

La cocina huele fatal. Algo se ha muerto ahí dentro. Abro la puerta trasera. Hace frío y sólo llevo mis boxers y mi bata, que está abierta, pero es bueno volver a ver caer la nieve. Como el Bing Crosby y el Danny Kaye de *Navidades blancas*, cuando abren las puertas del patio en la posada del General en Vermont y la nieve cae a

raudales y se lanzan a cantar y aparecen los créditos del final. Voy sorbiendo otra lata morada mientras observo la cascada de nieve. Canto para mis adentros: *I'm steaming, it's a shite Christmas…*[99]

Hay algo en el suelo, en el jardín…

(0000000000000000000000000000 *miras lo que hay en el*)
(*suelo y entonces te das la vuelta y vuelves a cruzar la valla,*)
(*regresando a la barriada desde la granja. Te están gritando*)
(*pero no oyes nada definido. Te detienes y miras aquellos*)
(*árboles con flores rosadas, los que Rhona siempre te señalaba.*)
(*Le encantaba su fragancia.*)
(*Entonces Brian Meldrum te cierra el paso. «¡Robertson, te estoy*)
(*hablando a ti, joder!»*)
(*Tú le miras y piensas en lo espantosamente fea que la estupidez*)
(*voluntaria vuelve a las personas. ¿Recuerdas cuando solías*)
(*pensar ese tipo de cosas, Bruce? Pensabas en lo bajo que*)
(*estaba cayendo aquel chico sin darse cuenta de ello en realidad.*)
(*«¡Bruce Robertson, el Follador de Cojas! ¿Dónde está hoy tu*)
(*periquita tarada?»*)
(*«Se ha ido…»*)
(*«Está buena, colega», dice otro tío, «¡yo me la tiraba!»*)
(*«¡Vete a la mierda, capullo pervertido!», se ríe Meldrum.*)
(*«No pero», dice el tío mayor, «es una muñequita que te cagas.*)
(*Sólo porque vosotros no tenéis huevos de pedirle salir. No*)
(*importa lo de la pata chula, de lo que hay que preocuparse es del*)
(*careto, las tetas y el cono. Esa Rhona esa una monada, tío…»*)
(*Meldrum sigue mirándote fijamente. «¿Qué te pasa en la cara,*)
(*Robertson?¿Te han dado calabazas?» Te llega su*)
(*aliento a vino. No es como el perfume de Rhona.*)
(*Oyes la lluvia golpeando el techo de la parada del autobús*)
(*sobre tu cabeza. «No, se ha ido…, el campo de golf…»*)
(*«¿Hace ruedas?», pregunta el otro tío.*)
(*«Está en el campo de golf… » Ahora estás temblando.*)
(*Pensando en ella. En cómo no has hecho nada. En cómo todo*)
(*ha sido por ellos. Para evitar que os ridiculizaran.*)
(*«¡Con este tiempo! ¡Vamos a buscarla!»*)
(*Te sacan de la parada y debajo de la lluvia, hasta el puente y*)
(*por encima de la valla. Les llevas al lugar donde ella aguarda.*)
(*Menuda está cayendo…, aquí no estará…», dice uno de los tíos.*)
(*«Sí que estará, a lo mejor se ha jodido la pierna. Tendremos*)
(*que llevarla a casa.»*)
(*«¿Dónde está?» Ha dejado de tronar pero la lluvia os ha*)

(*empapado a todos.*)
(*«Allí…, detrás del bunker…», les dices.*)
(*Meldrum se acerca corriendo. «Eh, nena…, eh…» Se detiene en*)
(*los márgenes del bunker. «Qué cojones…, joder…», se vuelve*)
(*hacia los demás: «¡LLAMAD A LA PUTA POLI!»*)
(*Te golpea con fuerza en el estómago, dejándote sin aliento y*)
(*haciendo que la náusea inunde todo tu cuerpo. «¡Qué le has*)
(*hecho, joder! ¡Puto pervertido!»*)
(*Eres consciente de que te ha derribado y está pateándote, lo*)
(*están haciendo todos. Estás llorando pero no por ti. Estás*)
(*llorando por ella.*)
(*Llega la policía y te llevan a comisaría. Te dicen que fue una*)
(*idiotez tirar el banderín del campo puesto que los rayos van a*)
(*parar al punto más elevado. De modo que la mataste tú. No.*)
(*Un accidente. Otro accidente. Pero la policía te trata bien.*)
(*Con amabilidad. Con comprensión.*)
(*A veces todavía ves su cara, tan fría y rígida, con las pecas como*)
(*si las llevara pintadas. No como Rhona, no como cuando sonreía*)
(*y hablabais y os besabais y follabais.*)
(*Fue tu primer amor pero en realidad nunca llegaste a*)
(*conocerla tanto como quisiste. Le gustaba la música*)
(*y tenía buen aspecto y buen olor y llevaba un*)
(*corrector y se te solía y aún suele rompérsete el*)

Ell(*corazón, si eres sincero contigo mismo, cada*) gustaban días com(*vez que piensas en ella. A veces no*)pesos cuando el vandalis(*puedes evitarlo, pero los juegos ayudan*)rio hay un tipo de este tip(*O al menos lo hacían antes. Ahora ya*)ugos ya no son largos de pra(*no bastan.*)

¿Qué es? Un saco de carbón. Un hallazgo.

Lo arrastro hasta la fría y oscura habitación. Preparo lentamente el fuego y lo enciendo. Se aviva pronto. Me siento, pasmado ante las llamas, que proporcionan la única luz que hay en la habitación, salvo por un pequeño y molesto destello que hay en el aparador junto a mí, que arroja un matiz enfermizo y rojo sobre la foto de Stacey.

Pongo el contestador para escuchar los mensajes:

«Bruce, aquí Bunty. Llámame, por favor.»

Bip.

«Bruce, aquí Bunty. Me tienes preocupada, cariño. Me dijeron que estabas enfermo. He llamado pero no estabas. Llámame.»

Bip.

«Aquí Chrissie. ¡Llámame algún día, sexy!»

Bip.

«Hola, Bruce. Aquí Gus. Espero que esté todo bien y que pronto estés otra vez en forma. ¡Dame un toquecito!»

Bip.

«Señor Robertson, aquí Heather Sim. La mamá de Euan. Sería estupendo si pudiera conseguir entradas para Tynecastle para el partido contra el Celtic del día veintiuno. No sé si eso le viene bien o no. Si puede, llámeme al seis-uno-dos-siete-cuatro-cuatro-tres. Gracias de nuevo.»

Bip.

«Brucey, nene; aquí Chrissie *from-be Hynde*[100]; ¡la última de las grandes Pretenders! No contestas ni a mis llamadas ni a la puerta. Ayer me pasé por ahí. Sé que estás. Fuera hay obras de carretera. Necesitas que te corten el gas. ¿Qué pasa, grandullón? ¿No soportas la presión? ¡Llámame si reencuentras tus cojones!»

Bip.

«¿Hay alguien en casa? Pues vale…»

Bip.

«Bruce…, por favor, por favor, llámame. Soy Bunty. Por favor, Bruce»

Bip.

«Bruce…, soy Shirley…, Bruce…, llámame…, ¡llámame!»

Bip.

«Bruce. Aquí Gus. No lo he obtenido, Bruce. No me lo han dado. Llámame, Bruce, quiero llevar esto ante la Federación. ¡Ya sabes a quién se lo han dado!»

Bip.

«Hola… »

Bip.

Ya basta. Desconecto el teléfono. Más televisión, eso es lo que necesito.

Más televisión.

No. Los canales, las voces, siempre las putas voces…

Entonces llaman a la puerta. Me da igual, pero las llamadas se hacen cada vez más fuertes y es como si quienquiera que esté allí estuviera a punto de reventar la puerta al estilo de la policía. Estoy abriendo y allí está de pie delante de mí en el portal y miro por encima de su hombro y veo cómo el BMW de Tom Stronach arranca y baja por la calle. El sol invernal rae ciega. La tormenta de nieve. Ha desaparecido. Se ha ido. Hostia puta.

«Tenía que venir, Bruce», nos dice. «Me tenías preocupado. Las has pasado canutas. Tenía que venir», repite.

Queremos cerrar la puerta, pero parece más sencillo dejarle pasar. No decimos nada, pero vamos hasta nuestra cocina y nos sentamos. Nos asomamos fuera para ver nuestro jardín, un asco total. Hubo un tiempo en que era precioso. A Carole le gustaba trabajar en él, a mí nunca me gustó. Pero apreciaba sus esfuerzos. Me gustaba sentarme ahí fuera con una lata de lager. Placeres sencillos. El columpio de Stacey… hace ya unos cuantos veranos que lo pusimos. ¿Cuántos?

Ray me sigue y se sienta frente a mí. Un visitante preocupado.

«Por supuesto, Bruce, no necesito decirte que aunque me alegró lo del ascenso, para mí ha sido una experiencia agridulce. Si no hubieras tenido…, pues los problemas que has tenido…, pues lo tenías chupado, colega. Hay que decirlo.»

«Sí, Ray, así son las cosas», asentimos. Así que de eso se trata. De esto trataba el mensaje de Gus.

El rostro de Lennox está dispuesto en una sonrisa calculadora, con las comisuras de los labios tensas, ojos escrutadores pero extrañamente mortecinos y mecánicos, al estilo policía. «Sabes cuál es tu problema», se ríe fríamente, «no practicas lo que predicas.»

Nada podemos decir.

Lennox nos habla de un modo que simula que es todo por nuestro bien y no para refocilarse él. «Me lo dijiste, Bruce. Recuerda lo que dijiste: Tienes que calar cuál es la línea del partido y después largar el rollo según el guión.»

«Sí, me acuerdo», le decimos.

«Pero ves, Bruce, tú tienes que aprender un guión nuevo. Es como toda esa bazofia de la igualdad de oportunidades: limítate a recitárselo a los cabrones y hazlo con convicción. No es más que otro pequeño código del que echar mano. Por eso los tipos como Gillman…», dice meneando la cabeza con una sonrisa condescendiente. Vaya si ha ensayado este discurso. «Tu comportamiento tiene que ser antirracista y antisexista. Conoces el percal; toda la bazofia esta de la igualdad de oportunidades empezó cuando hizo efecto el desempleo masivo. ¡No podía ser que arrabaleros emprendedores arrebataran empleos a los hijos e hijas de los ricos! Así que metes a un puñado de negratas privilegiados como dádiva tipo caballo de Troya para los de la igualdad de oportunidades, mientras te aseguras de guardar los trabajos con buenos sueldos para la burguesía educada. Empiezas a introducir cualificaciones mínimas, a hacer esencial un título universitario cuando nunca hizo falta en el pasado. Así

eliminas a gente incapaz de aprenderse las chorradas de tu guión. Por supuesto, no cambia una puta mierda. En Londres, a los negratas los aporrea un miembro de su propia raza una vez cada mil años. Ya sabes lo que hay.»

Lennox me echa un guiño que dice Lo-tengo-controlado.

«Sí. Es cierto, Ray.»

«No estoy diciendo que seas un dinosaurio, Bruce, pero has dejado que esos cabrones te pintaran como si lo fueras. Manten las cartas cerca del pecho, colega.»

«Cerca del pecho, Ray, como siempre te dije.»

«Eso me dijiste», dice alegremente. Mira en torno a la habitación y no puede ocultar el asco. Se pone en pie. Lennox el vencedor, Robertson el vencido.

A quién se le habría ocurrido. A Lennox, quizá.

«De todas formas, Bruce, tengo que pirar. Sólo una cosa, y supongo que es algo que siente todo el mundo cuando les ascienden, ya sabes, cómo relacionarse con los viejos colegas y todo eso.»

Me mira con atención para ver si le entendemos. Le miramos sin comprender. No tenemos nada que decir.

«Puedo decir esto porque los dos somos profesionales del mantenimiento de la ley, Bruce, pero tus métodos y los míos son muy distintos. Ahora bien, yo sé que nos hemos pasado un poco, pero ahora eso se acabó, toda la coca y esa mierda.» Me mira de forma dura y penetrante, con una autoridad que jamás mostró antes. La autoridad del hombre que sabe que tiene al Estado haciendo fila detrás de él, de su lado. «¿Comprendes?»

«Claro, Ray», decimos.

«Siempre y cuando te des cuenta de lo que dice la vieja canción: "Aquellos días ya pasaron, y en el pasado han de quedar", ¿vale?»

«Vale… »

«Y, Bruce, nada de rencores, ¿eh, colega?» «No, Ray, ya me conoces, no soy de esos a los que les gusta vivir en el pasado. Estoy seguro de que lo harás muy bien como inspector.»

Ray nos coge ásperamente del hombro. «Gracias, colega. Bien, mejor que me largue. Nos vemos. Cosas que hacer, gente a la que ver.»

«Ya. Hasta luego, Ray.» «Hasta lueguito, Bruce…, ah…, Bruce, vi al Bladesey ese el otro día, en el club en Shrubhill. Todos le volvimos la espalda. Parecía un poco apocado. Entonces Gillman se le acercó y le puso al tanto en el inimitable estilo de Dougie. Así que dudo que nuestro Mister Blades vuelva a asomar la cara en la hermandad. Hasta luego pues.» Me guiña un ojo y hace un ruido chasqueante con un lado de la boca al marcharse. Clic clic clic Zapping.

Cataclinc, (0000000000000 *Creciste y empezaste a*) como un estúpido a (*trabajar en el mismo pozo que el hombre*)rne destroza. Ellos h(*que pensaste que era tu padre. Podías sentir*)odas las cintas est (*su odio. Pero ahora tenías tus amigos. Había un*)re con sexo y la (*viejo minero, un hombre de Skye llamado Crawford*)

(*Douglas. Le recuerdas de cuando eras niño. Fue él*)
(*quien te apartó del depósito de carbón y el cuerpo*)
(*quebrado de Stevie, te llevó calle abajo hasta la casa de*)
(*tu abuela en Penicuik. Te llevabas bien con Crawford. En*)
(*tiempos tu abuela también. Pero ya no. Había vivido en*)
(*Newtongrange durante mucho tiempo. Crawford no se llevaba*)
(*bien con tu padrastro, Ian Robertson. Ésa era base suficiente*)
(*para que te hicieras amigo suyo, y él te inició en la antigua y*)
(*noble hermandad de la francmasonería. Una noche, cuando*)
(*estaba borracho, te contó la verdadera historia de tu padre*)
(*carnal. No estaba muerto*. 0000000000000000000000000)

Oigo las voces y aprieto los botones del mando a distancia para cambiar de canal pero es la voz de mi cabeza. Esa voz insistente y suave, que me devora desde dentro… … cambio de canal…

(0000000000000000000000000 *La familia de Molly Hanlon*)
(*era originaria de Irlanda y tras pasar por el Oíd Town de*)
(*Edimburgo se encontró trabajando en los pueblos mineros de*)
(*Midlothian. Creció en Newtongrange y se enamoró de un*)
(*muchacho local, un joven minero llamado Ian Robertson,*)
(*que trabajaba con su padre, Ian no entendía la necesidad de*)
(*casarse por la Iglesia católica, pero aceptó por Molly. Después*)
(*de todo, amaba a aquella chica. Entonces pasó algo terrible*)
(*algo que sometería aquel amor a la máxima prueba*)
(0000000000000000000000)

… cambio de canal…, una película de Bond. Esta vez es Roger Moore…

(0000000000000000000000000000 *cuando estaba colocando*)
(*flores sobre la tumba de su hermano fallecido, Molly fue*)
(*atacada por un hombre. Fue golpeada y violada. Molly dio una*)
(*descripción y el hombre fue detenido. Se le juzgó y se le*)
(*condenó por numerosas violaciones y agresiones sexuales*)
(*tanto a hombres como a mujeres. Durante el juicio se*)
(*demostró que el hombre padecía problemas mentales*:)
(*esquizofrenia aguda, depresiones, ataques de ansiedad*.)
(*A esta terrible tragedia hubo que añadirle que se demostró que*)
(*Molly había quedado embarazada de aquel hombre. Le pidió*)
(*asistencia a su sacerdote local. El padre Ryan le dijo que,*)
(*como católica, era su deber traer aquella vida al mundo, Ian*)
(*Robertson, aunque hundido, no la abandonó. La boda se*)
(*llevó a cabo y a la criatura se le impuso el nombre de*)
(*Bruce* 0000000000000000000000000000000000000000000)

Cambio de canal…, dibujos animados…, Walt Disney. *La Bella y la Bestia*…

(0000000000000000000000000000000 *Ian Robertson no*)
(*abandonó a su esposa, pero cada vez que miraba al bebé*)
(*veía el rostro del hombre que salía en primera plana del*)
(*Daily Record y el pie de foto: EL ROSTRO DE UNA BESTIA*)
(*grabado a fuego en su cráneo. Tú sabías que no eras como*)
(*él. Como aquella cosa. Tenías que demostrarlo 0000000000*)

Cambio de canal…, anuncios…, los verdaderos escoceses leen el Record…

(*Acabaste conociendo aquel rostro. El viejo Daily Record*)
(*estaba en la microficha del Glasgow Room de la Biblioteca*)
(*Mitchell. Te quedabas mirando aquella cara durante horas*)
(*tratando de encontrar algo en ella, algo de humanidad*.)
(*Aquella extraña peregrinación a Glasgow que hacías*,)
(*ocupaba todo tu tiempo libre. A veces cogías tiempo libre de*)
(*tu trabajo en el pozo. Te cogías tiempo libre para mirar el*)
(*rostro de La Bestia. Tenías que decirte a ti mismo que no*)
(*eras en nada como él. Pero las mujeres… Las deseabas*.)
(*Siempre las deseaste. Pero lo mismo hacían todos los*)
(*jóvenes. Era normal*.)

Cambio de canal: reposiciones de Please, Sir.

(000000000000000000000000000000 *Recuerdas a Miss*)
(*Hunter, Bruce. En la escuela primaria de Penicuik. Tienes que*)
(*recordar su crueldad contigo. Era aquella mujer frágil, delgada*)
(*como un palo que te victimizaba con un celo que iba mucho*)
(*más allá del sadismo natural que manifestaba hacia los*)
(*demás alumnos. Parecía tan personal… A veces te llevaba*)
(*aparte y te zarandeaba y te espetaba suavemente al oído*:)
(*«Sé quien eres, Robertson. Lo sé todo sobre ti, pedazo de*)
(*hombrecito asqueroso y malvado.» Cuanto más duro trabajabas*)
(*cuanto más intentabas complacerla, peor se portaba contigo*)
(00000000000000000000000000000000000000000000)

La tele se apaga.

No sé si es de noche o de día. Delante de mí hay algunas latas moradas vacías. El fuego todavía vacila. En algún momento ha llamado una mujer de los de asistencia social. Ni siquiera recuerdo lo que ha dicho. Tengo que hacer algo.

Me pongo algo de ropa y salgo fuera, haciendo camino hasta Colinton Village. La única persona a la que se me ocurre visitar es a mi médico, el doctor Rossi.

La sala de espera está llena de vejestorios malolientes, pero ahora les llevo ventaja. ¡Con este viejo gabán apesto! Chupaos ésa, vejestorios esnobs. Saco una lata morada del bolsillo del gabán.

«Aquí dentro no puede beber», me dice la recepcionista. Le enseño mi placa. «Policía», le digo. «Voy de incógnito», les explico a las viejas. Una de ellas suelta un gruñido con esos labios viejos y resecos. ¡Me dan ganas de coger una jeringuilla y llenarla con el contenido de la lata morada y después inyectarlo en esos viejos labios, rehidratándolos al instante! «Cirugía plástica», le digo, «técnicas modernas. Al alcance de todos los bolsillos», digo levantando la lata para brindar por la tecnología.

La recepcionista me llama y paso a ver a Rossi. Se le abre la mandíbula cuando entro, y si me importara un carajo, diría que su falta de tacto con los enfermos resulta poco profesional.

Él es el McDonald's de la medicina, y le cuesta menos tiempo realizar un diagnóstico que a ellos servir un Big Mac.

«Está usted deprimido, Mr. Robertson. No hago estas cosas a la ligera, pero voy a recetarle Prozac.»

«Muy bien», le decimos al médico.

Rossi: algo en él ha cambiado. Es como si acabara de caer en que se aproxima a la mediana edad y que jamás va a alcanzar la grandeza quirúrgica. Esto, recetar pastillas para lamentables vejestorios y ser un vendedor con pretensiones, como son todos los polis, los maestros y los trabajadores sociales hoy en día, es a lo más que va a llegar. Nuestro médico normalmente optimista despide el tufillo derrotado y depresivo de un hombre cuyas limitaciones le han dado alcance. Es un olor al que últimamente nos hemos acostumbrado. Rezuma por cada asqueroso poro de mi propio cuerpo, con la misma certeza con que lo hace el sudor de whisky rancio que lo acompaña.

Cuando salimos, salgo, salimos de su consulta y caminamos por el pueblo hacemos una pelota con la receta y la arrojamos a Water of Leith en Colinton Dell. Después vamos al Royal Scot a tomar una pinta: ésta es la única puta droga que necesitamos: alpiste. Fue la puta coca esa la que nos jodió, ese cabrón de Lennox. Nos bajó hasta su nivel y entonces entró sin ser visto y robó el empleo que nos pertenecía. Tendríamos que habernos percatado, tendríamos que haber visto las señales. Pero fuimos débiles.

Ahora hemos de ser fuertes.

Durante la noche, el sueño no consigue apoderarse de nosotros. Los pensamientos dan vueltas en nuestra cabeza como en una noria sin fin. Podemos ver la noria, nuestra esposa y nuestra hija saludándonos desde los estúpidos caballos mientras estamos sentados tomando el té en el Piazza de Princes Street Gardens, siempre distraídos, sumidos en nuestras propias reflexiones, nuestros sueños de venganza contra aquellos que violan las leyes del Estado.

No podemos romper el puto círculo haciéndonos una puta paja porque cada vez que pensamos en la imagen de una mujer vemos los rostros de los hooligans o los de Lennox o Toal, y excitarse, para alivio nuestro, resulta imposible en tales circunstancias.

La presa del terror sobre nosotros parece física; a veces se afloja, pero nunca suelta.

Caminamos otra vez, atravesando el Dell, por el largo pasaje, que es como un viejo túnel ferroviario. Hay un punto en este túnel, el punto al que acabamos de llegar, donde dobla y no se ve la luz del final ni tampoco la ves si miras atrás. Un par de pasos hacia el frente y brilla la luz y un par de pasos atrás y un vistazo por encima del hombro y es la misma historia. Pero aquí, justo en este punto: esto es el limbo. Da la sensación de que si te quedas demasiado tiempo en este punto, si te detienes en este punto del olvido durante cierto tiempo, sencillamente dejarás de existir.

Y no podemos movernos.

(0000000000000000 *el aire que sopla de las regiones*)
(*polares atravesando el mar inhóspito directamente hasta tus*)
(*pulmones devastados por el tabaco está tan helado que parece*)
(*que tuvieras un núcleo ártico en el cuerpo. Lo siento*)
(*aquí dentro, Bruce, y no me gusta. Sientes esa cálida carne*)
(*mamífera envolverlo como capas de mantas que lo asimilan,*)
(*permitiendo que su bondad fluya hasta los órganos del*)
(*cuerpo. Respirar. Respirar. No me gusta. Sal del túnel, Bruce*)
(00000000000000000000000000000000000000000000000000)

El túnel da vueltas a nuestro alrededor, la configuración de piedra resulta visible a medida que empieza a dar vueltas a través de la oscuridad cochina y magullada. Oímos voces, pero no estamos tensos.

Entonces, lamentablemente, resulta que no estamos sumidos en el olvido. No notamos sensación alguna de abandonar el túnel o la cañada, pero sabemos que de algún modo hemos vuelto a subir a la carretera principal por el ruido o las luces de algún coche aislado.

Entonces, la Universidad de Napier y la llegada del crepúsculo y el canto de los pájaros en dirección hacia los jardines de Gilmore Place y ya estamos en el King's Theatre.

Stacey y Carole y la amiguita de Stacey, Celeste, con nosotros en la pantomima, para ver *Mother Goose* con Stanley Baxter y Angus Lennie, de *Crossroads*.

Lo vimos.

No, no lo vimos.

Sí que lo vimos.

Salimos a la luz y tenemos frío; nos castañetean los dientes. Un borrachín nos suelta un insulto, o quizá una petición monetaria. Miramos en nuestros bolsillos y hay un billete de veinte libras y algunas monedas sueltas.

Sacamos el billete de veinte libras y se lo entregamos al borrachín, que ve el dolor en nuestros ojos y sus propios ojos nos enfocan con una sobriedad agradecida y luego atemorizada mientras coge el billete y murmura algo.

(00000000000000000000000000000)

(00000000000 *Poco antes de la huelga*)
(*de los mineros, al oír aquellas*)
(*noticias acerca de tu verdadero padre,*)
(*te fuiste a Londres e ingresaste en la policía*.)
(*Te quedabas absorto en los recortes de prensa*)
(*de la Scottish Library. Pensaste en tus propias*)
(*condiciones, tus propios problemas y los relacionaste*)
(*con los de tu padre natural. Aquel hombre, el más*)
(*temido y odiado del sistema penitenciario, aislado para*)
(*su seguridad y la de los demás. El hombre al que se*)
(*le acabó conociendo simplemente como La Bestia*.)
(*Necesitabas seguir funcionando, mantenerte ocupado,*)
(*desterrar el pensamiento. Eras normal. Dejaste los*)
(*pozos e ingresaste en el cuerpo. Después te*)
(*casaste. Sentaste la cabeza. Tuviste una hija*.)
(*Eras normal. Sólo que entonces llegaron*)
(*los ataques de ansiedad*.)
(*Las depresiones*.)
(*Los deseos*.)

Viajamos en la dirección opuesta, volvemos por donde hemos venido. En un escaparate vemos reflejada nuestra barba espesa y oscura. Tendríamos que habernos afeitado. Qué otra cosa se puede hacer más que irse a casa. A casa.

EL HOGAR ES LA OSCURIDAD

No tengo fotografías. Sólo recuerdos. Aún recuerdo vivamente la vez que entré a verle.

Mi propio padre. El que nunca me insultó, nunca me hizo comer carbón, y nunca me llamó la simiente del diablo. Pero seguía siendo aquel al que más odiaba.

Me había acostumbrado a sitios como éste debido a mi trabajo. Empecé a no fijarme en ellos. Pero en aquel sitio no. Tenías que fijarte en él, tenías que sentir su omnipresente y repugnante desolación al aproximarte a él. Aquella enorme valla del perímetro, que daba la impresión de recorrer toda la extensión del feo vacío de pueblos de mierda, barriadas, polígonos industriales, fábricas y minas que se extendía entre Edimburgo y Glasgow.

Dentro, el olor. El desinfectante. No había ningún otro olor igual. Semejante a un hospital pero más rancio y maloliente.

Temblé mientras el boqueras Josh Hartley me abría la puerta de la celda. Todos mis datos sobre él habían sido recogidos de aquella fotografía única y retorcida del *Daily Record*. Pensé que sería la cosa de aspecto más malévolo que jamás hubiera visto. Fue decepcionante. Mi ansiedad se desmoronó pero sentí el auge del asco y el desprecio mientras miraba aquella figura delgada y avejentada. ¿De verdad podía ser aquello La Bestia? Sus ojos. No eran los ojos de un asesino, sino los de una vieja cotilla enterada de algún fragmento de habladuría maliciosa. Su nariz, ganchuda, no como la mía, la mía es como la de mi madre. Quería tirarlo al suelo y pisotearle la cabeza, sacarle el último aliento, quitarle la vida al igual que él me la había dado a mí. Pensé en mi madre. Estaba resentido por su debilidad. ¿Cómo pudo dejar que esa cosa lamentable le hiciera eso? ¿Cómo es que no pudo sacudírselo?

¿Lo deseaba? ¿Lo deseaba *a él*? ¿Deseaba «o? No. Jamás. ¿Cómo pudo cultivar la simiente de aquella escoria dentro de sí para una estúpida iglesia de mierda dirigida por capullos que ni siquiera follan? O que en cualquier caso se *supone* que no deberían.

Va contra el reglamento.

Va contra el reglamento dejar a un preso de esta categoría solo con un agente, no digamos un policía visitante, pero el boqueras era un incondicional de la hermandad. Me dejó estar solo. Sólo cinco minutos. Más que suficiente cuando has sido formado en la disciplina de las escaleras resbaladizas. Pensé que habría querido decir algo.

Acusar o hacer preguntas. Pero no hablé. No tenía sentido alguno. Simplemente me desplacé hacia La Bestia.

«¡Qué quieres! ¡Qué quieres!», me soltó, captando el odio e intensidad de mi concentración.

Cuando regresó el agente mis manos estaban alrededor del cuello de La Bestia y su cabeza abierta rebotaba contra la pared.

El boqueras me detuvo. Me sacó a rastras. La Bestia sigue pudriéndose en el psiquiátrico penitenciario. Está acostumbrado a ser agredido por el personal de la prisión, pero espero que recordara aquella ocasión como algo un poco especial. Aunque no es probable.

Todo (00000000000000 *Escúchame, Bruce, tú eres*) Vaciado todo. El (*diferente. Él tomó sus opciones, tú tomaste las*)púrpura.

(*tuyas. Escogiste proteger a la gente de los*)
(*depredadores como él. Escogiste defender la ley*)
(*Eres demasiado duro contigo mismo, Bruce. Tenías*)
(*una familia. Eras distinto de ese monstruo. Quisieron*)
(*que fuerais iguales, desde un principio, eras lo único*)
(*contra lo que podía cocear una población aislada y*)
(*aterrorizada. Ése fue el papel que asumiste. Pero eres*)
(*distinto, Bruce, eres distinto de él.*)
(*Olvídate de Rhona. Estaba Carole. Tenías a Carole. Carole era*)
(*el Otro. Te enamoras y después de volver de Londres, donde*)
(*trabajabas en la Met, os casáis.*)

Cambio de canal. Un documental sobre Margaret Thatcher.

(*Pero los impulsos siguen ahí. El impulso de infligir dolor y de*)
(*controlar, para tratar de llenar el vacío interior. Piensas en el*)
(*hombre que te engendró. Te repugna y te enorgullece. El*)
(*deseo de infligir dolor, degradar y controlar es fuerte en ti.*)
(*Devolvérsela de algún modo. Te planteas la política como*)
(*carrera. Qué maravilloso sería empezar una guerra. Enviar a*)
(*miles de personas a la muerte. Idolatras a la Thatcher por lo de*)
(*las Malvinas. Intentas imaginar el cosquilleo que debió sentir*)
(*cuando la palabra «regocijo» salió de sus labios. Te hace*)
(*sentir como te sentías de niño. Mientras que otros niños*)
(*fantaseaban sobre matar en la guerra tú querías estar en la*)
(*posición de enviar a otros a la muerte desde la*)
(*seguridad de un despacho adornado con madera de roble.*)
(Ensayabas discursos de condena del enemigo en tu cabeza.)
(*Ves el trabajo y maldices tus propias limitaciones y las*)
(*que te imponen. A partir de circunstancias como las tuyas,*)
(*sabes que no puedes adquirir poder sin pasar por procesos*)

(*interminablemente aburridos. Pero necesitas protección,*)
(*porque los normales te encarcelarían para protegerse a sí*)
(*mismos. Así que el cuerpo de policía parece la mejor*)
(*opción.*)

Cambio de canal. Holiday. Judith Chalmers explora el Gran Arrecife de Coral…

(*Eres inquieto, sin embargo. Australia te llama.*)
(*La policía de Nueva Gales del Sur,*)
(*con su reputación para las corruptelas,*)
(*te atraía enormemente. Pero no eras*)
(*un mal hombre, Bruce. Hicieras lo que*)
(*hicieras, siempre volvías a casa con Carole.*)
(*Tenías a Carole.*)

Apago la televisión.

Tenía a Carole pero me follé a todas las demás mujeres a las que pude ponerles la mano encima. No importaba lo que fueran; prostitutas, parientes, tías que habían salido que tenían ganas, compañeras de trabajo. A decir verdad, me gustaban muchas de ellas, aunque siempre era más fácil no reconocerlo. Lo hice constantemente, siempre que se presentaba la ocasión.

Carole sólo lo hizo una vez.

Carole nos la devolvió follando con el negrata aquel. Decía que estaba enamorada de él. Eso es lo único que sabía de él: que era negro y que ella estaba enamorada de él. No lo pudimos resistir, darle la puntilla a ese cabrón. Fue cuando estábamos con ella, vestidos con su ropa. En aquel club vestidos con su ropa y con los zapatos grandes especializados que encargamos en la tienda de Newcastle. Aquellos hooligans habían ido a por el cabrón, le dejaron inconsciente a hostias. Simplemente tuvimos que darle la puntilla, no sabíamos si era o no el tío con el que estaba Carole. Lo liquidamos con el martillo de carpintero que llevábamos para protegernos en la calle. Lo compramos en Chelmsford, al volver de casa de Tony y Diana. Drummond podía buscar por toda Escocia. Lo necesitábamos; había gente que trataría de darnos el coñazo. Lo necesitábamos, Carole y yo.

Sí, estábamos en Jammy Joe’s y vimos a Efan Wurie bailando, bebiendo. Intentamos hablar con él pero nos despreció. Pensamos que era el mismo tío con el que estaba liada Carole. Sólo queríamos hablar con él, averiguar si él la conocía. Pero nos despreció. Nos rechazó a Carole y a mí. Nunca la quiso, sólo la utilizó. Era una cuestión de principio. A la mierda, cualquiera servirá. Queríamos hacer daño.

La Estelle Davidson esa nos estuvo mirando toda la noche, nos había visto en el servicio de mujeres. Nos había señalado ante Gorman y Setterington y los demás matones allí presentes. Por eso tuvimos que marcharnos.

Tuvimos que marcharnos y esperarles. Teníamos que hacerlo para devolvérsela.

Pero ellos pillaron al negrata. Ellos le pillaron primero. Yo acabé con él, pero ellos le pillaron primero. No sé por qué, ni me importa, probablemente por el simple

hecho de estar allí, quizá intentara ligar con sus periquitas. No me importa. Lo único que me importa soy yo. Incluso eso es mentira.

(*No lo hagas, Bruce* 0000000000 *No hagas esto* 000000000)

(0000000000000000000000000 *no hagas esto* 0000000000)

(00000000000000 *eres mejor que todo esto* 000000000000)

(00000000000000000000000000 *no hagas esto* 0000000000)

(000000000000000000000 *hay más* 000000000000000000)

Lo único que me importa soy yo y por qué no me importa nadie más.

Ella piensa que puede hacer lo que quiera, pues ni de coña, y ha envenenado a la cría contra nosotros con esas bobas y estúpidas mentiras que cuenta, la puta amargada, y todo ha salido mal y hay que enseñarle, hay que hacerle pagar porque esto no sirve para nada, joder.

Cuando la llamamos a casa de su madre lo único que podemos decir es que queremos volver a ver a la cría, que queremos hablar. Arreglar el divorcio.

Su voz no es la voz de la Carole que conocemos. Ahora no hay lugar para las palabras que tanto tiempo estuvo esperando, las palabras que no fuimos capaces de pronunciar, las que quizá habrían supuesto una diferencia. En ausencia de las palabras ella se convirtió en carne, en un depósito para mi semen. Para follar, para hacerse pajas encima. Para forzarla a hacer cosas que que de otro modo no habría hecho. En los clubs sexuales a los que nos unimos. Doblegada por la voluntad de mi… ¿necesidad? No es su voz. Casi me gusta esta mujer. Parece Carole antes de…

Basta.

Ahora que le hemos dicho que venga, lo único que podemos hacer es sentarnos y esperar. Y prepararnos. Prepararnos para liquidar a esa guarra. De una vez por todas.

(00000000000000 *sé razonable, Bruce* 0000000000000)

(00000 *no hay nada tan malo que no se pueda arreglar* 000)

(000000000 *quizá no con ella, pero tienes toda la vida*)

(*por delante* 0000000000000000 *por favor* 0000)

(00000000000 *por favor* 00000000000000)

(000000000 *no hagas esto* 0000000000000)

(0000000000000000 *no es justo* 0000000000)

(000000000 *no lo hagas* 0000000000000000)

La camiseta que llevamos la he hecho yo. Pone TÚ LO PROVOCASTE en grandes letras negras. La soga me aprieta el cuello. La miramos, colgado de las vigas del ático y ahora sólo esperamos, listos para saltar por la trampilla en cuanto oigamos la llave en la cerradura y abra la puerta. Caeremos justo delante de ella en el recibidor, de modo que esa puta de mierda y embustera lo lleve sobre la conciencia el resto de su puta vida.

(000000000000000000 *Bruce* 000000000000)

(000000000 *Bruce* 000000000000000 *Bruce* 00000000)

(000000000000 *Bruce* 0000000000000000)

(000000000000000000000000 *Bruce* 0000000000)
(0000000 *Bruce* 00000000000 *Bruce* 00000000)
(00000000000000000 *Bruce* 0000000000000000000000)

Esperamos y pensamos y dudamos y odiamos. ¿Cómo te hace sentirte?

El sentimiento abrumador es de rabia. Nos odiamos a nosotros mismos por ser incapaces de ser distintos de lo que somos. Incapaces de ser mejores. Sentimos rabia.

Hay que actuar de acuerdo con los sentimientos. No importa que uno sea ideólogo o sensualista, sigue los estímulos pensando que son los postes indicadores que llevan a la tierra prometida. Pero no son nada semejante. Son rocas que se dejan atrás al navegar, y uno se roza contra cada una de ellas, desgarrándose un poco más, y en el horizonte siempre hay más. Pero no puedes aceptarlo, así que te fuerzas a creer en la bazofia de aquellos que instintivamente sabes que son unos mentirosos y te repites esas mentiras a ti mismo y a otros, con la esperanza de que repitiéndolas lo bastante a menudo y con el fervor suficiente alcanzarás el estatus divino que atribuimos a quienes cuentan las mentiras con más frecuencia y pasión.

Pero nunca lo haces, y aunque pudieras, no lo valorarías, te darías cuenta de que nadie cree ya en los héroes. Sabemos que sólo quieren vendernos algo que en realidad no necesitamos y apartarnos de lo que necesitamos en realidad.

Quizá sea cosa buena. A lo mejor estamos por fin entrando en contacto con nuestra condición. Es horrible cómo siempre morimos solos, pero no es peor que vivir solos…

(00000000000 *NO LO HAGAS, BRUCE* 00000000 *NO LO HAGAS,*)
(*BRUCE* 00000000)

Ahora estoy preparado y oigo la llave. Salto y caigo, después noto que me elevo, oigo un crujido pero no siento dolor y hay una figura en el cristal escarchado de la ventana pero no es ella es demasiado pequeña es Stacey no Stacey hostia puta no abras la puerta… no lo hagas… y me importa…

… quiero más que cualquier otra cosa que Stacey no esté ahí y lo vea y trato de gritar No vete y la oigo gritar Papá y quiero vivir y compensarla a ella y a Carole, ahora también la oigo a ella gritando BRUCE porque me importa y he ganado y he vencido a los hijos de puta pero qué precio para la victoria.

STACEY POR FAVOR DIOS SÉ ALGO DISTINTO ALGUIEN DIFERENTE

(*Noto cómo me deslizo fuera de mi Anfitrión entre*)
(*un gran montón de excrementos y resbalo por su*)
(*pierna en el interior de sus pantalones. Luego me separo*)
(*de él. Se oye un grito desgarrador… alguien sufre….*)
(*como el Otro cuando el Anfitrión se deshizo de él… el*)
(*Otro al que amé… ahora el Anfitrión ha desaparecido y*)
(*ya no puedo resistir más; no puedo conservar la vida*)
(*fuera del cuerpo del Anfitrión… como el Otro*)
(*desaparezco, desaparezco, dejando a los*)

(*vociferantes otros, siempre los otros*)
(*que recojan los platos rotos*)
(0000000000000000000)

Notas

[1] Juego de palabras basado en la homofonía que puede haber entre picase y pólice, si se pronuncia apresuradamente la segunda palabra. (*N. del T.*) <<



[2] En inglés, tanto los trozos de azúcar como los de carbón se denominan *lumps* («terrones»). (*N. del T.*) <<

[3] Juego de palabras intraducible. *To dig* es excavar o extraer, pero coloquialmente, y en el argot *hip* norteamericano, significa «gustar». (*N. del T*.) <<

[4] Argot rimado. Jackie Trent por *bent* («corrupto»). (*N. del T.*) <<



[5] Juego de palabras entre el francés *hors d'oeuvres* («aperitivos») y el *Scots hoors* («putas»). (*N. del T.*) <<

[6] Apodo formado por la contracción de Amsterdam, que significa también presa. (*N. del T.*) <<

[7] Se trata de alguna variedad de cerveza Tennent’s, probablemente Super, sobre cuya extrema nocividad ha incidido I. Welsh a menudo. (*N. del T*.) <<

[8] Tarta de fideos chinos a la plancha con gambas o pollo. (*N. del T*.) <<

[9] Véase nota de página 25. (*N. del T.*) <<

[10] Juego de palabras basado en uno de los títulos por los que se conoce a David Bowie, *The Thin White Duke* (El Delgado Duque Blanco), y «Puke», que puede traducirse por «pota» o «potar». (*N. del T*.) <<

[11] Community Relations. Relaciones con las comunidades o barrios. (*N. del T*.) <<

[12] Argot rimado. *Minee pies* («pasteles de carne») por *eyes* («ojos»). (*N. del T.*) <<

[13] Brindis en gaélico que significa «salud». (*N. del T.*) <<



[14] Término despectivo para designar a las personas de ascendencia china. (*N. del T.*) <<

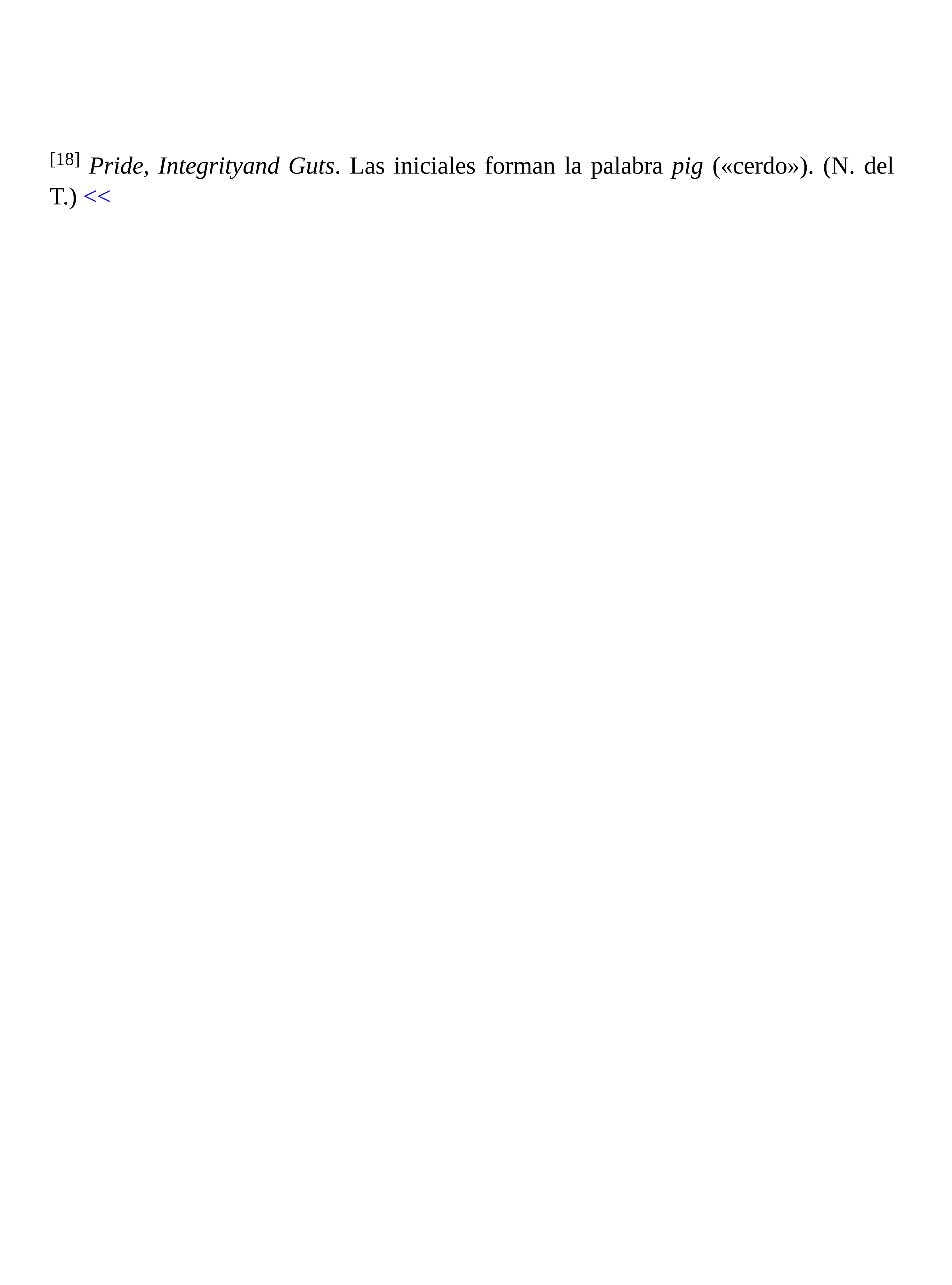
[15] Las más célebres y «fundacionales» batallas de la historia escocesa. En la primera (1314), fracasó la empresa de Eduardo I de Inglaterra de reducir por la fuerza a Escocia a apéndice feudal de Inglaterra. La segunda (1745) selló la suerte del último intento de restablecer una dinastía escocesa independiente (la unificación definitiva de las coronas ya había tenido lugar en 1606 y la de los parlamentos un siglo después) y remató la destrucción definitiva del modo de vida tradicional de las Highlands, eliminando el último obstáculo heredado del pasado capaz de amenazar la estabilidad interna del nuevo Estado británico. (N. del T.) <<



[16] Argot rimado. *Kitchen Sink* («fregadero») por chink, contracción de chinky. (N. del T.) <<



[17] Se denomina City Chambers a las sedes de los gobiernos municipales de Edimburgo, Glasgow y Dundee. (N. del T.) <<



[18] *Pride, Integrityand Guts*. Las iniciales forman la palabra *pig* («cerdo»). (N. del T.) <<

[19] Frase de doble sentido (véase nota de página 25), que puede entenderse tanto como «todos se están follando a Jackie Trent» o como «están todos corrompidos, joder». (*N. del T.*) <<



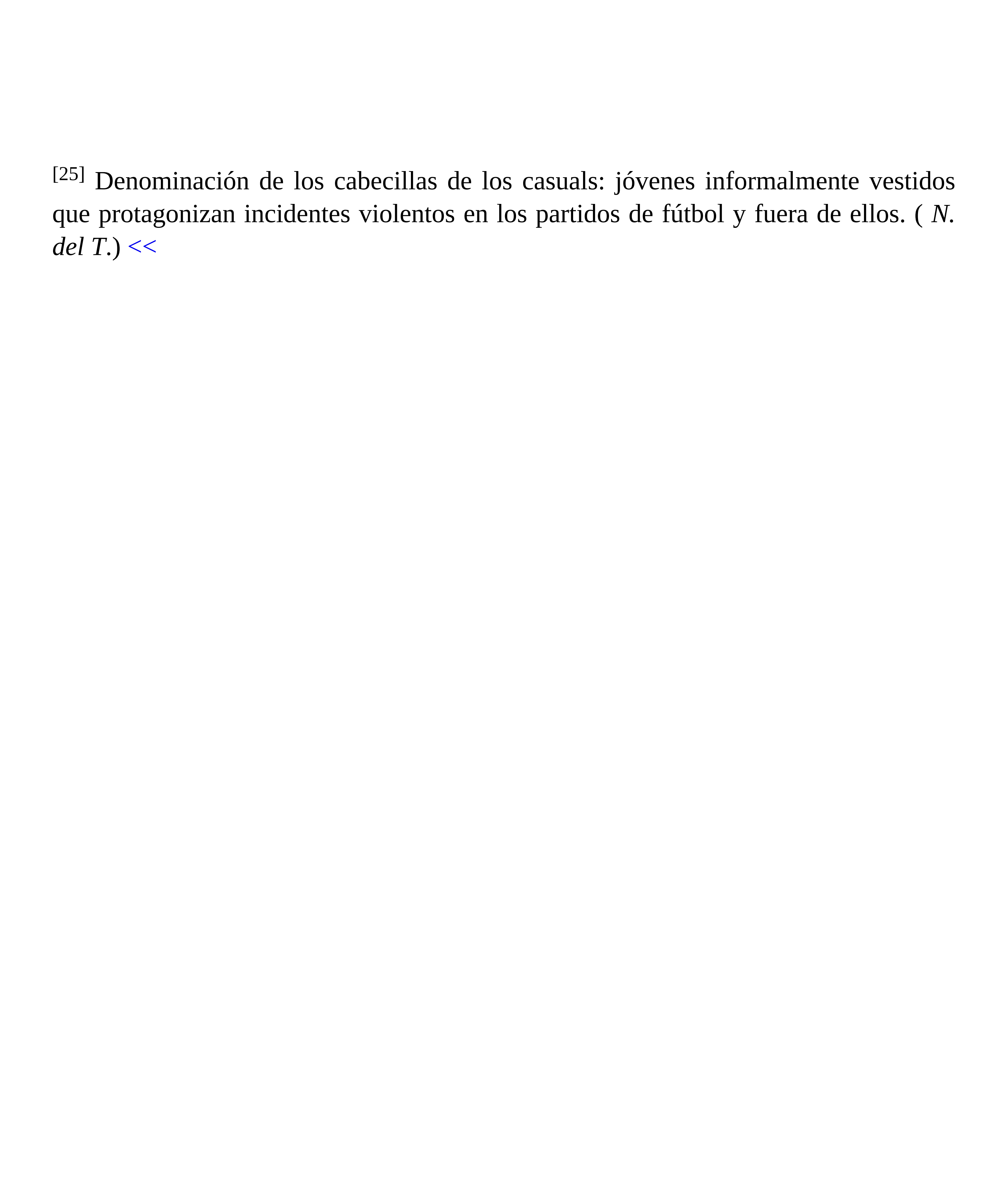
[20] Siglas de Capital City Service. Denominación de los casuals seguidores del Hibernian F. C. (*N. del T.*) <<

[21] Juego de palabras basado en la homofonía entre *coarse* («basto», «grosero», «áspero») y course («curso» o «cursillo»), *Briefing* significa en este caso «sesión informativa» o «dar instrucciones». (*N. del T.*) <<

[22] «Si yo, ruiseñor, cantase como tú.» (*N. del T.*) <<

[23] Literalmente, «No nos rendiremos ante el IRA». (*N. del T*.) <<

[24] *British National Party*. Organización fascista británica. (*N. del T*.) <<



[25] Denominación de los cabecillas de los casuals: jóvenes informalmente vestidos que protagonizan incidentes violentos en los partidos de fútbol y fuera de ellos. (*N. del T.*) <<

[26] Hibby. Seguidor del Hibernian F. C, equipo de Edimburgo de hinchada mayoritariamente católico-irlandesa. (*N. del T*.) <<

[27] Argot rimado. Roger Moore por *hoor* («puta»). (*N. del T*.) <<



[28] Primer verso del conocido poema de Robert Burns Address to Edinburgh: Edina, querida capital de Scotia. (*N. del T*.) <<



[29] Deformación de Bunty a fin de imitar fonéticamente el acento del norte de Inglaterra. (*N. del T.*) <<

[30] Argot rimado. Ruby Murray por curry. (*N. del T.*) <<

[31] «Palillo» o «baqueta». (*N. del T.*) <<



[32] *Taking coals to Newcastle*. Refrán inglés sobre las iniciativas inútiles, en este caso, llevar carbón a Newcastle, centro minero. (*N. del T*.) <<

[33] Véase nota de página 100. (*N. del T.*) <<



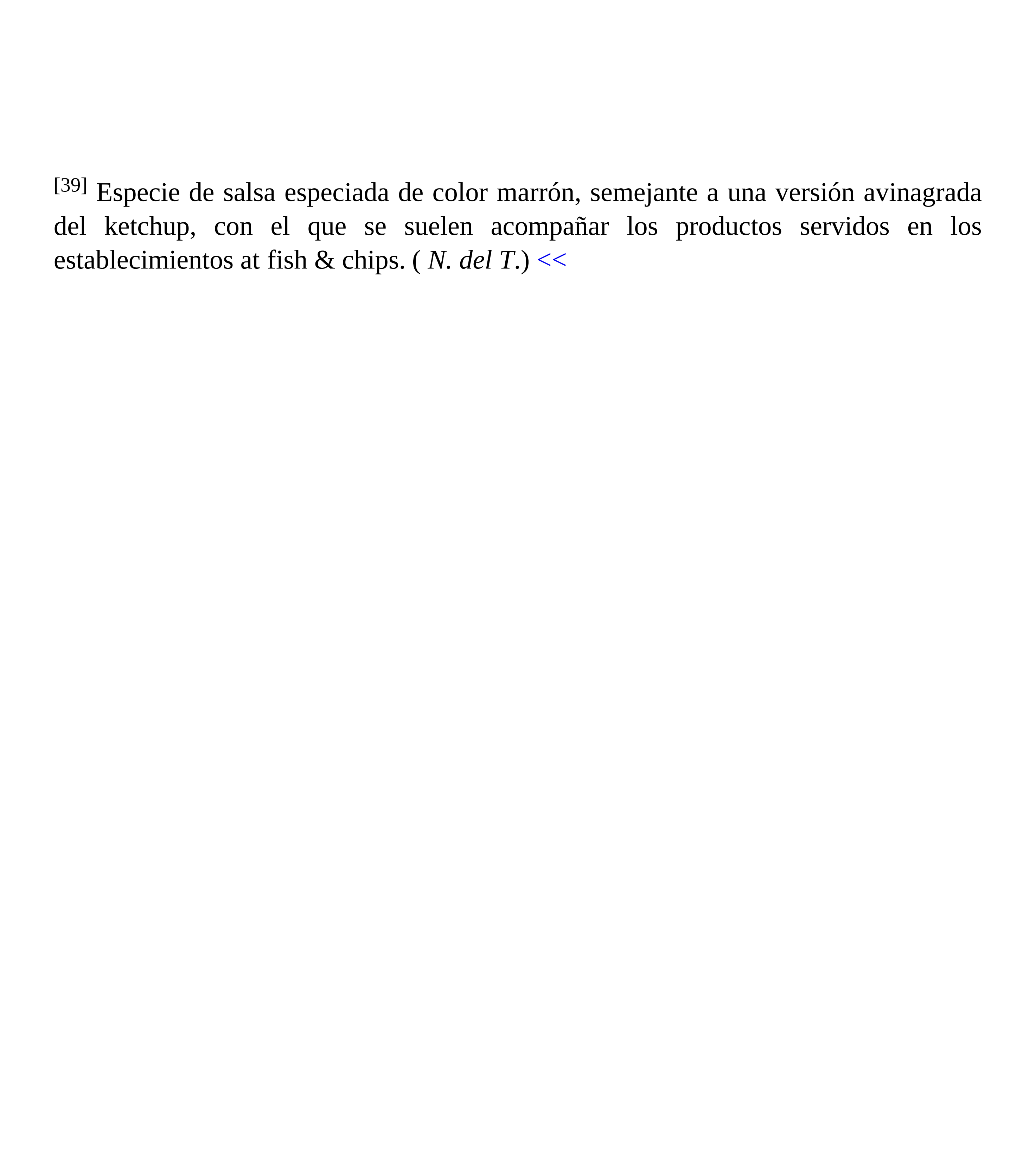
[34] ¿Qué rayos les pasó a todos los héroes, a todos los héroes de Shakespeare…? (*N. del T.*) <<

[35] Feniano: miembro de una organización revolucionaria fundada en los Estados Unidos durante el siglo XIX para luchar por una Irlanda independiente; en sentido despectivo, un católico irlandés o cualquier persona descendiente de católicos irlandeses. (*N. del T.*) <<

[36] Mote dado a los seguidores de los Hearts, equipo de fútbol de Edimburgo de hinchada mayoritariamente protestante. Procede del argot rimado Jam Tarts, y probablemente fue influido por los colores granates del uniforme del equipo. (*N. del T.*) <<

[37] Se trata de las cenas conmemorativas de la vida y obra del poeta Robert Burns, el bardo nacional, celebradas todos los 25 de enero. Tradicionalmente comienzan con la entrada ceremonial de un haggis acompañado por música de gaita. Después de que alguien haya recitado el poema de Burns Adress to a Haggis, éste se consume acompañado de nabos y puré de patatas. El primer Burns’ supper se celebró en Edimburgo en 1815 y en un principio fueron actos de exclusiva asistencia masculina. (*N. del T.*) <<

[38] Necesito un poco de tiempo / un poco de tiempo para pensar las cosas. <<

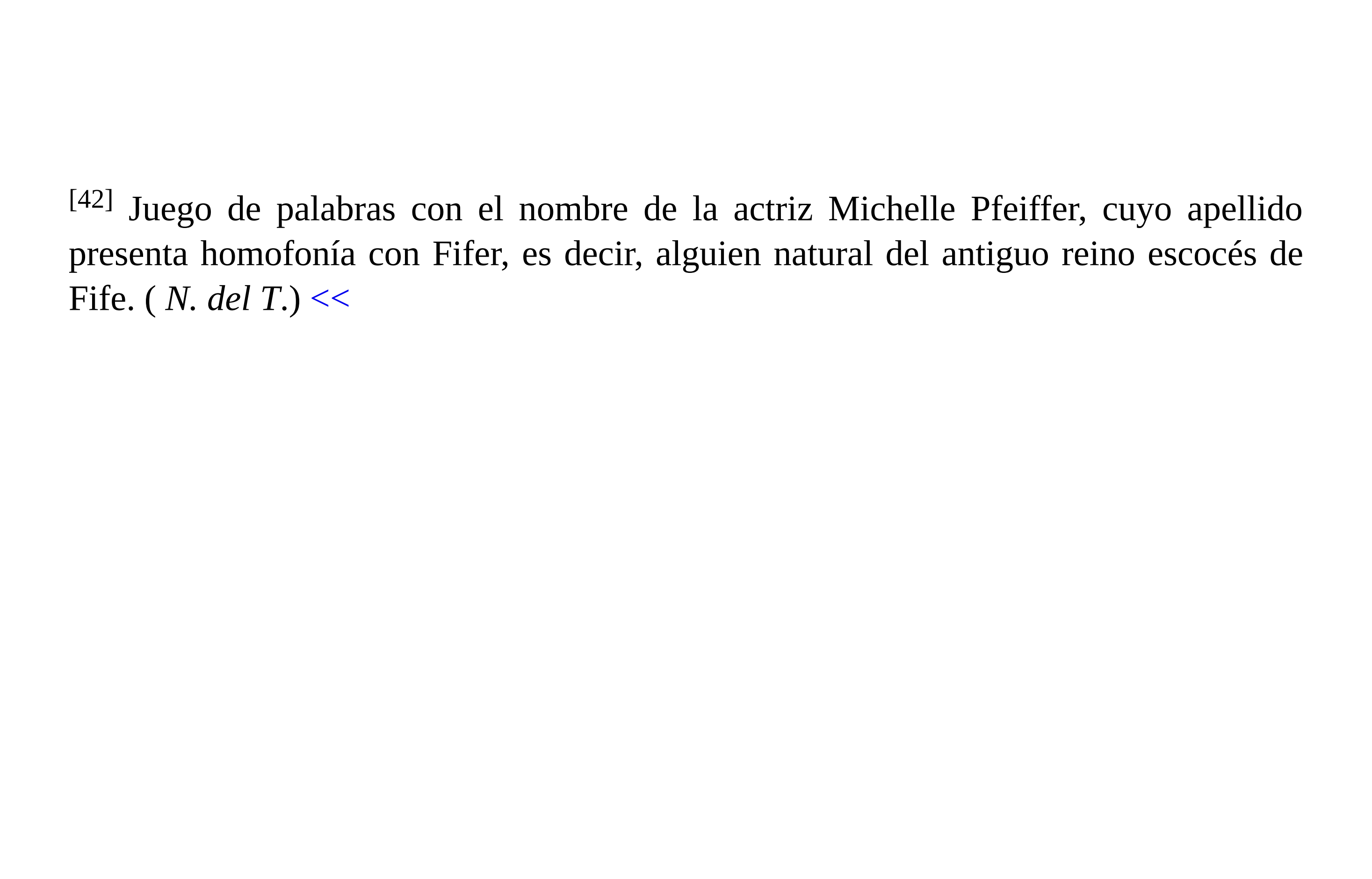


[39] Especie de salsa especiada de color marrón, semejante a una versión avinagrada del ketchup, con el que se suelen acompañar los productos servidos en los establecimientos at fish & chips. (*N. del T.*) <<

[40] Juego de palabras que convierte a Hannover Street (la calle de los Hannover, dinastía reinante durante el siglo XVIII) en Hangover Street (la calle Resaca). (*N. del T.*) <<



[41] En la cocina hindú, los korma son currys (salsas) suaves, mientras que los vindaloo son extremadamente picantes. (*N. del T.*) <<



[42] Juego de palabras con el nombre de la actriz Michelle Pfeiffer, cuyo apellido presenta homofonía con Fifer, es decir, alguien natural del antiguo reino escocés de Fife. (*N. del T.*) <<

[43] Hoor: término Scots cuya versión inglesa es whore («puta»). (*N. del T.*) <<

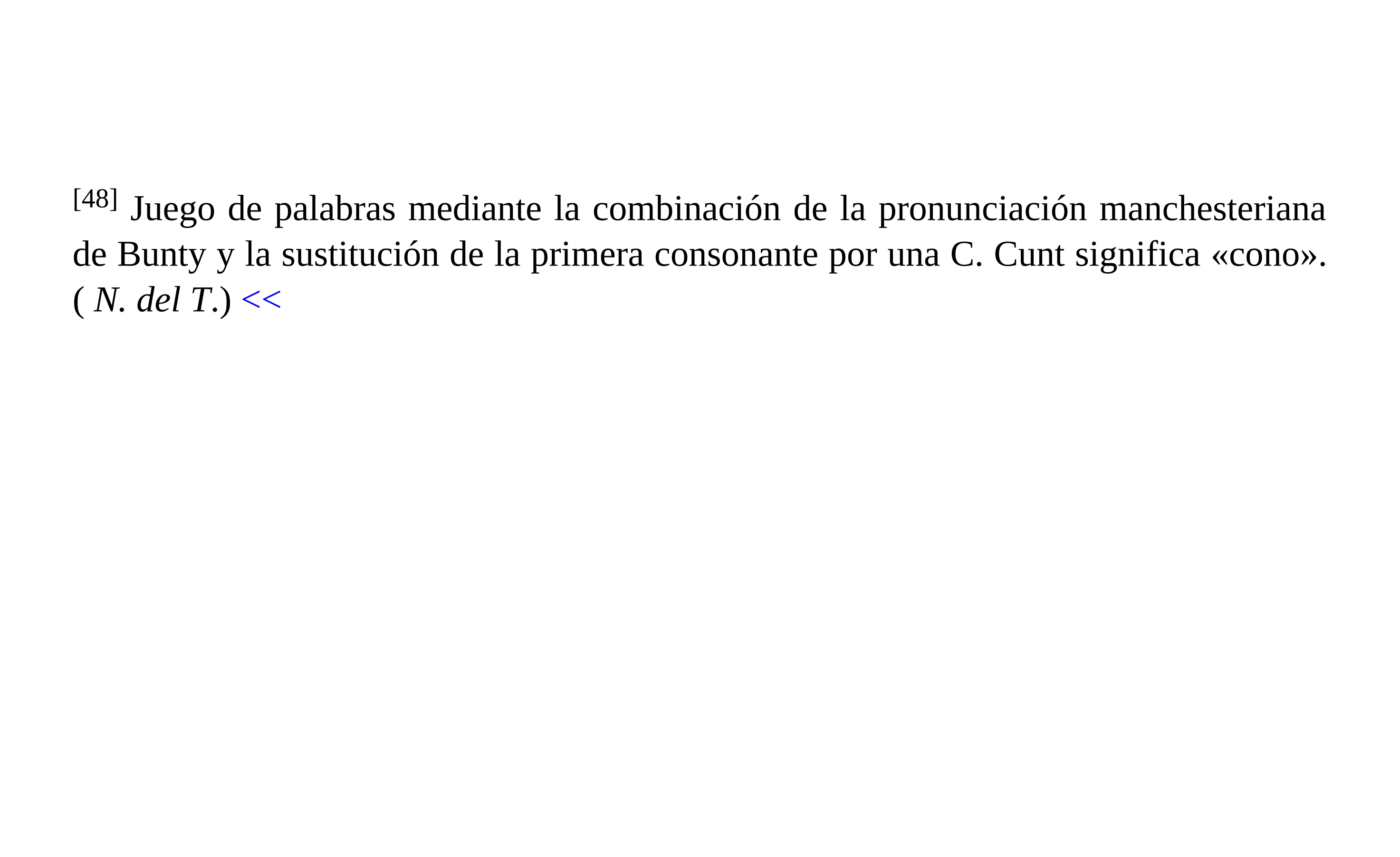
[44] Serie humorística británica protagonizada por un trío de sacerdotes católicos irlandeses caracterizados por las taras y vicios estereotipados tradicionalmente atribuidos a éstos por los ingleses, entre los que destacan la afición a la bebida y la cortedad de entendederas. (*N. del T.*) <<

[45] Lay-by. Uno de los significados de lay es «acostarse». (*N. del T.*) <<

[46] Véase nota de página 57. (*N. del T.*) <<



[47] Establecimientos así denominados por el predominio del color marrón en el decorado. (*N. del T*.) <<



[48] Juego de palabras mediante la combinación de la pronunciación manchesteriana de Bunty y la sustitución de la primera consonante por una C. Cunt significa «cono». (*N. del T.*) <<



[49] Variedad de cannabis desarrollada en Holanda y que goza de gran reputación entre los consumidores de cáñamo. (*N. del T*.) <<

[50] Véase nota de página 100. (*N. del T*.) <<

[51] Véase nota de página 151. (*N. del T.*) <<

[52] Naturales de Liverpool. (*N. del T.*) <<

[53] Culebrón de la BBC que transcurre en Liverpool. («corrupto»), (*N. del T.*) <<



[54] Término de argot referido a los escoceses, y que muchos de éstos consideran despectivo. (*N. del T.*) <<



[55] Juego de palabras intraducible, al que da pie la conjunción adversativa *but* («pero») y el término de argot *butt* («culo»). (*N. del T.*) <<

[56] Véase nota de página 53. (*N. del T*.) <<



[57] Término de argot que significa literalmente «bruja de maricones» y que designa a las mujeres que se rodean de homosexuales. (*N. del T*.) <<



[58] La Asociación Escocesa de Fútbol, convertida por sinonimia y coincidencia de las iniciales en eufemismo de *Sweet Fuck All* («Una Puta Mierda»). (*N. del T*.) <<

[59] «la sangre feniana nos llega hasta las rodillas». (*N. del T*.) <<

[60] Apodo para designar a los católicos. (*N. del T*.) <<



[61] Se trata de un conocido lema de una campaña institucional contra el delito. Puede traducirse por «El Delito: juntos lo resolveremos». (*N. del T.*) <<

[62] «Escoria». (*N. del T.*) <<

[63] Erse («culo»). Skin («piel»). Lesbians («lesbianas»). (*N. del T.*) <<

[64] Oz. Apodo empleado tanto en Gran Bretaña como Australia para referirse a este último país. Se basa en la homofonía entre la primera sílaba de Australia y el mítico país de la célebre película El mago de Oz. (*N. del T.*) <<

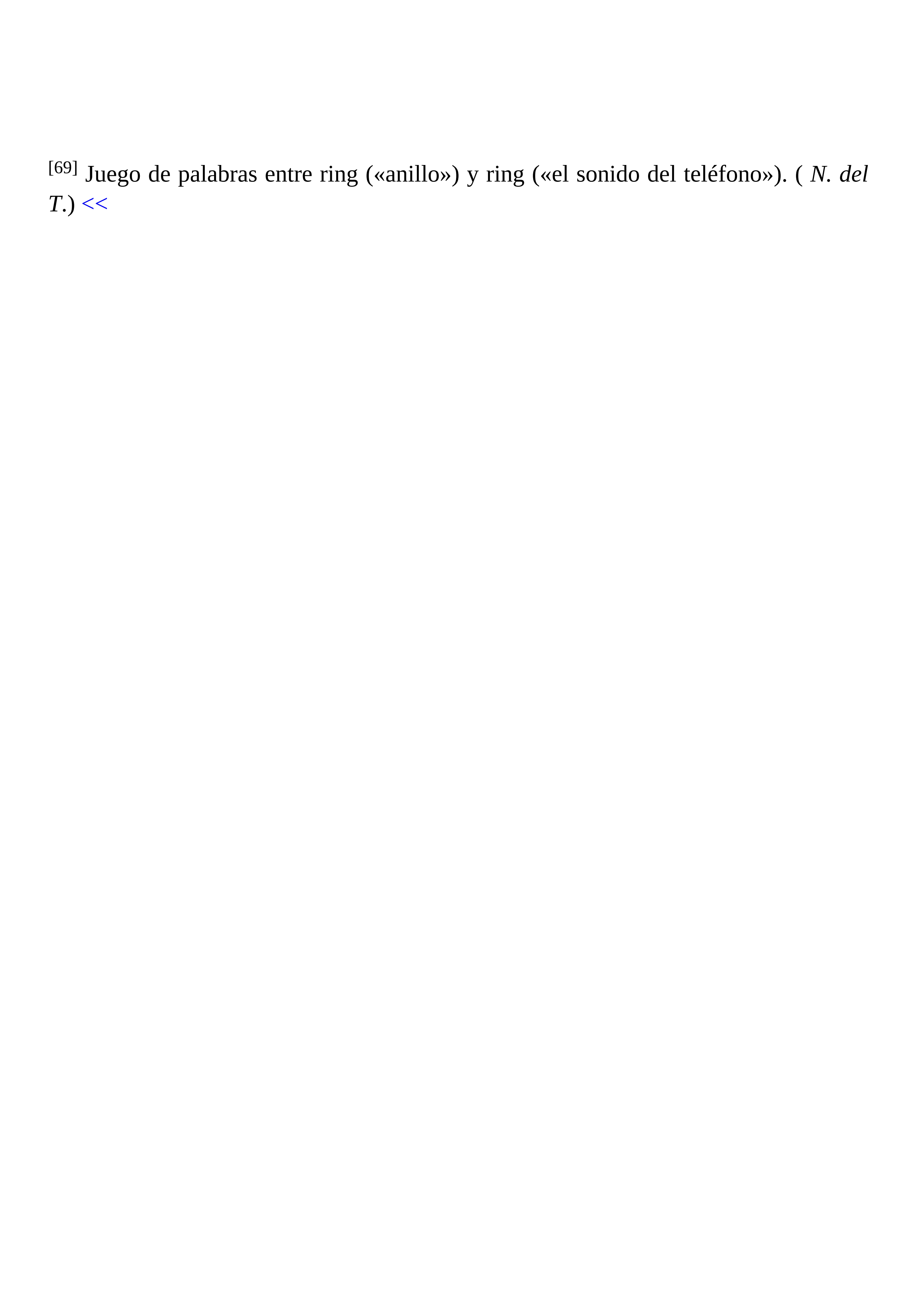
[65] Conocidos comentaristas deportivos británicos. (*N. del T*.) <<



[66] Título que llevan las cabezas de gobierno municipales de Edimburgo, Glasgow, Aberdeen y Dundee. (*N. del T.*) <<

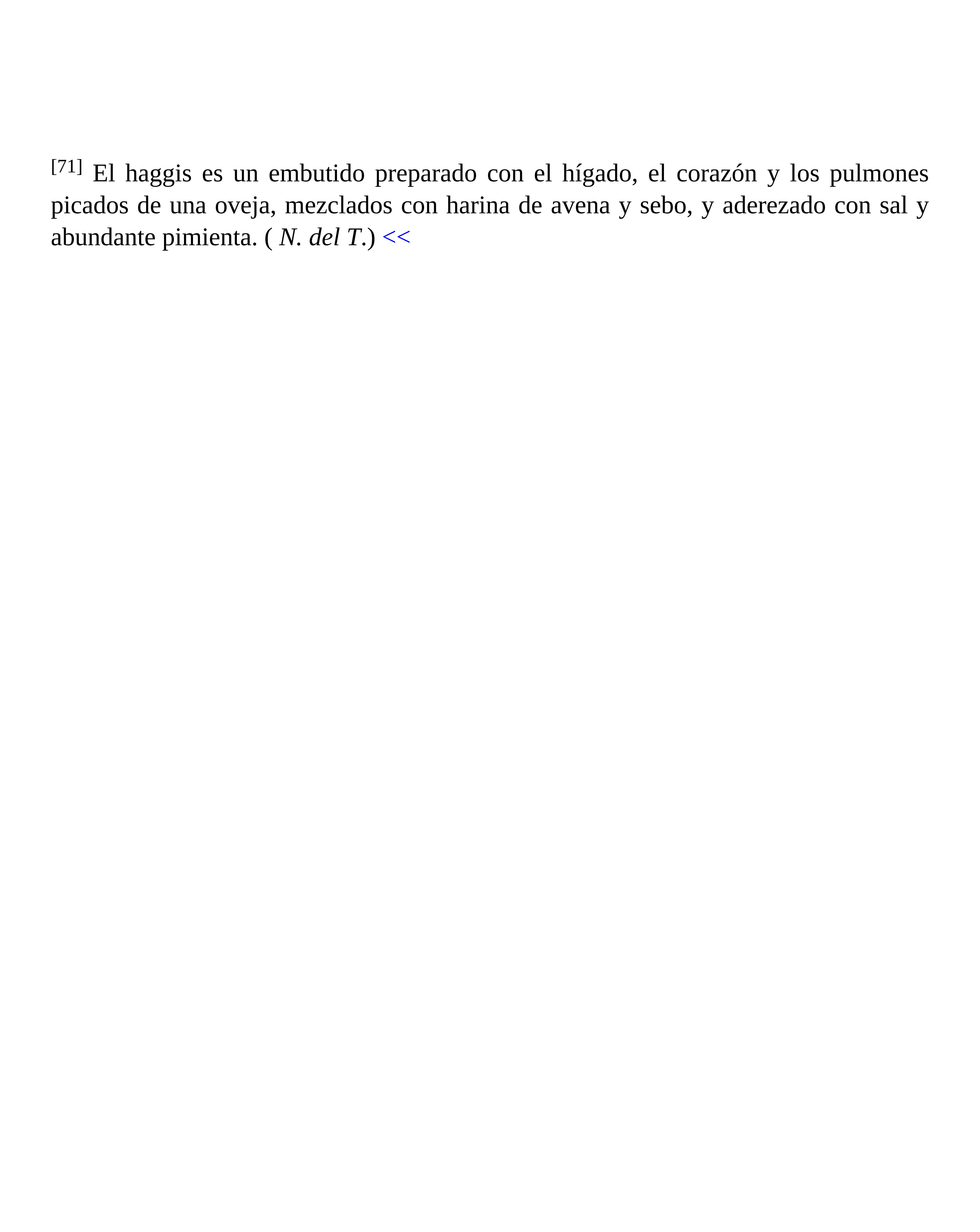
[67] General Post Office. El servicio de correos. (*N. del T.*) <<

[68] aunque a veces caemos siempre podemos volver a levantarnos… (*N. del T.*) <<



[69] Juego de palabras entre ring («anillo») y ring («el sonido del teléfono»). (*N. del T.*) <<

[70] Juego de palabras. Ejfen es contracción de F-ing, eufemismo de *fucking*, y *Worry* («preocupación», «quebradero de cabeza») presenta homofonía con el apellido de la víctima, Wurie. Podría traducirse por «puto dolor». (*N. del T*.) <<

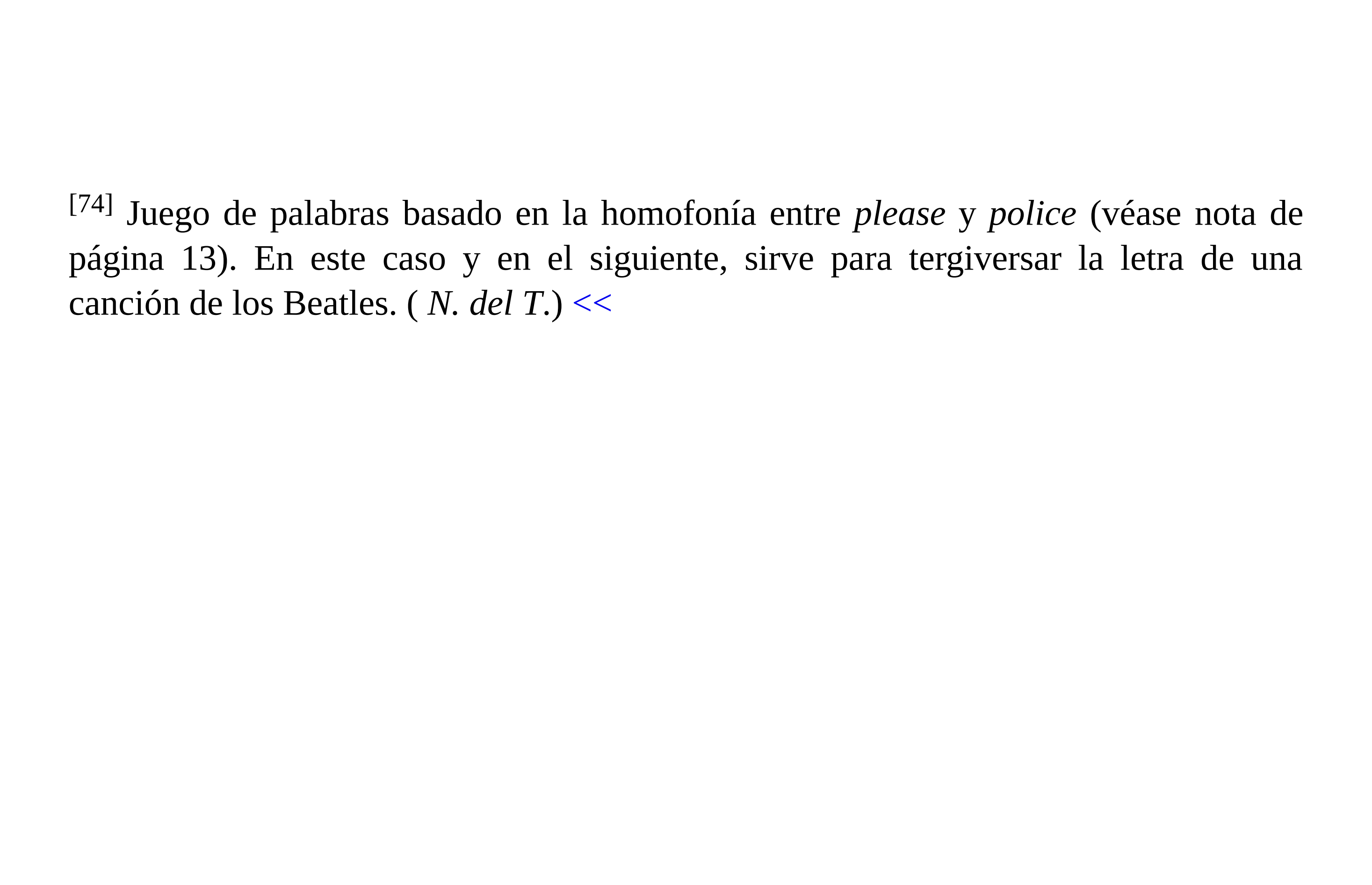


[71] El haggis es un embutido preparado con el hígado, el corazón y los pulmones picados de una oveja, mezclados con harina de avena y sebo, y aderezado con sal y abundante pimienta. (*N. del T.*) <<

[72] Término despectivo para los habitantes de Glasgow. (*N. del T.*) <<



[73] Juego de palabras. Además de ser un nombre de mujer, Carole significa «villancico». (*N. del T.*) <<



[74] Juego de palabras basado en la homofonía entre *please* y *police* (véase nota de página 13). En este caso y en el siguiente, sirve para tergiversar la letra de una canción de los Beatles. (*N. del T.*) <<

[75] Anoche le dije estas palabras al pobre Ray / Nuestra Shirley piensa que en la cama eres una mierda/ Vete a la mierda, a la mierda, a la mierda, por favor patrúllame oy yeah / como yo te patrullo a ti. (*N. del T*.) <<



[76] Presentador de programas infantiles de nacionalidad australiana afincado en Gran Bretaña. (*N. del T.*) <<

[77] ¿Todo bien, colega? En el viejo pub la rana y el sapo… (*N. del T.*) <<



[78] Juego de palabras. Lodge significa, entre otras cosas, «logia». To lodge significa «presentar». (*N. del T.*) <<



[79] Juego de palabras intraducible. *Bull* («toro») es también contracción de *bull-shit*, que puede traducirse por «chorradas» o «vaciles.» (*N. del T.*) <<

[80] Fish & chips. (*N. del T.*) <<

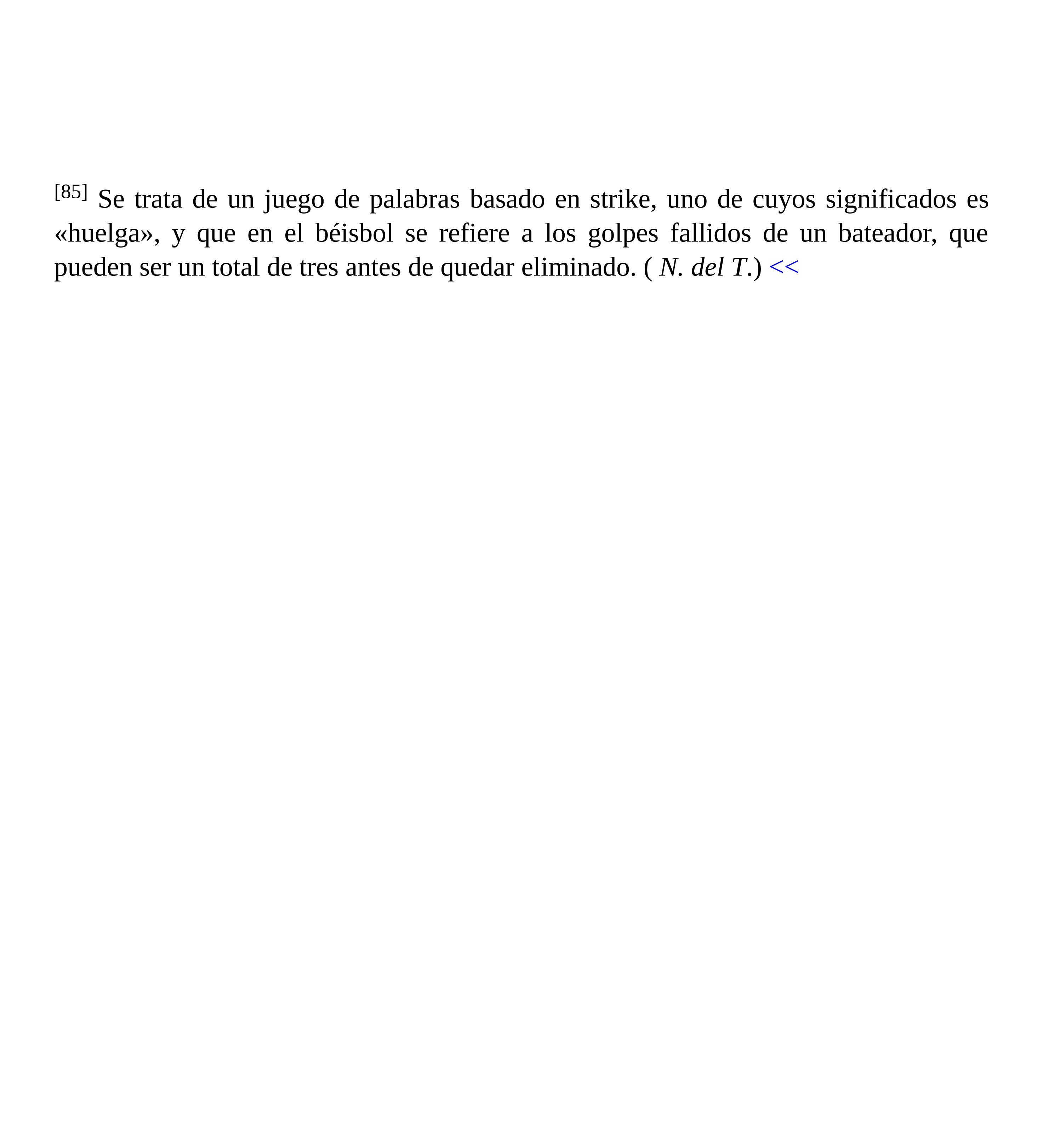
[81] Véase nota de página 302. (*N. del T*.) <<



[82] Fanny. Término de argot que en inglés británico se refiere tanto al sexo de la mujer como a las mujeres genéricamente y en sentido despectivo. (*N. del T.*) <<

[83] Véase nota 2 de página 201. (*N. del T.*) <<

[84] Término de argot referido a los irlandeses. (*N. del T*.) <<



[85] Se trata de un juego de palabras basado en strike, uno de cuyos significados es «huelga», y que en el béisbol se refiere a los golpes fallidos de un bateador, que pueden ser un total de tres antes de quedar eliminado. (*N. del T*.) <<

[86] Charlie es un eufemismo para la cocaína. (*N. del T.*) <<

[87] Un católico. El término procede de Irlanda del Norte, donde se decía que los obreros agrícolas católicos empleaban el pie izquierdo para empujar la pala, mientras que los protestantes emplearían el derecho. (*N. del T*.) <<

[88] Tienda donde se venden bebidas alcohólicas para llevar. (*N. del T*.) <<

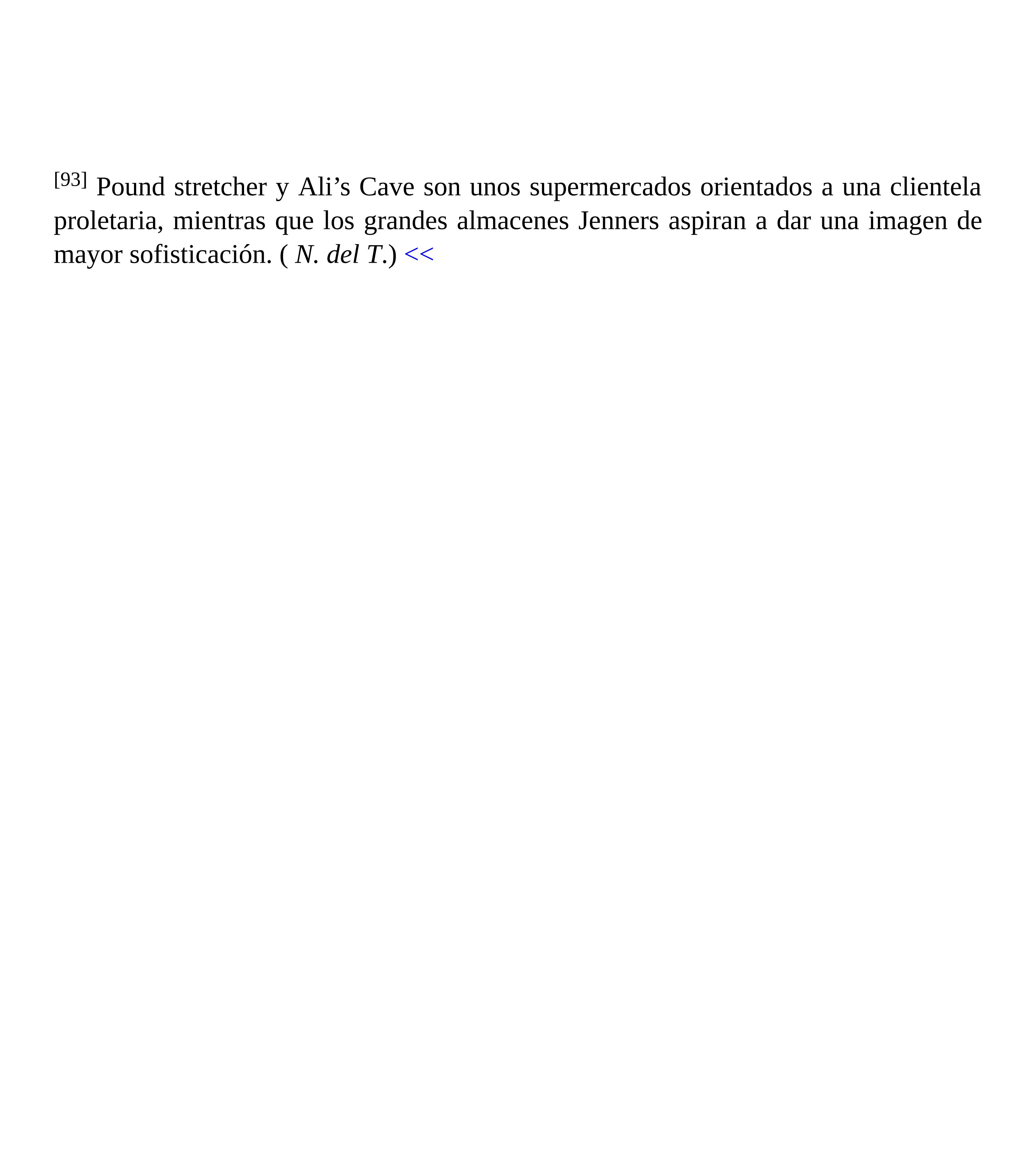


[89] Juego de palabras con la palabra coke, que puede designar tanto a la cocaína como a la coca-cola y al coque de carbón. (*N. del T.*) <<

[90] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[91] ¿Por qué no me aceptas en bloque? (*N. del T.*) <<

[92] Véase nota de página 187. (*N. del T.*) <<



[93] Pound stretcher y Ali's Cave son unos supermercados orientados a una clientela proletaria, mientras que los grandes almacenes Jenners aspiran a dar una imagen de mayor sofisticación. (*N. del T*.) <<



[94] En las ciudades escocesas, el tron era antiguamente el lugar o edificio que albergaba la balanza pública. (*N. del T*.) <<

[95] Alusión tergiversada al primer verso del célebre poema de Burns «Address to Edinburgh»; Edina, el querido asiento de retrete de Scotia. Véase nota de página 113 (*N. del T.*) <<

[96] Véase nota de página 160. (*N. del T.*) <<



[97] En Escocia, un *first foot* es la primera persona en atravesar el umbral de la puerta de una casa en Año Nuevo. (*N. del T.*) <<

[98] Véanse notas de páginas 25 y 82. (*N. del T*.) <<



[99] Tergiversación de la letra de «White Christmas», que podría traducirse así: Estoy mamao, son unas Navidades de mierda. (*N. del T*.) <<



[100] Juego de palabras empleando el nombre de la cantante de The Pretenders, Chrissie Hynde. From-be Hynde viene a significar «por detrás». (*N. del T.*) <<